

DAD A
CIÓN G



CONSULADO

IMPERIO



DC201

T5

1846

V.14

c.1

ERAL DE



1080045901



\$ E#7 C#162

9.00	9.00
3.30	2.36
12.00	12.00
5.40	9.60
<u>32.70</u>	<u>37.96</u>

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular

T. XIV. 1

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los días se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad. —Para ser suscriptor en provincia hasta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitiran las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las ciudades del reino y administraciones se hacen por corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

Estab. Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

TOMO XIV.

MADRID, 1837.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA: FORTIN

54689

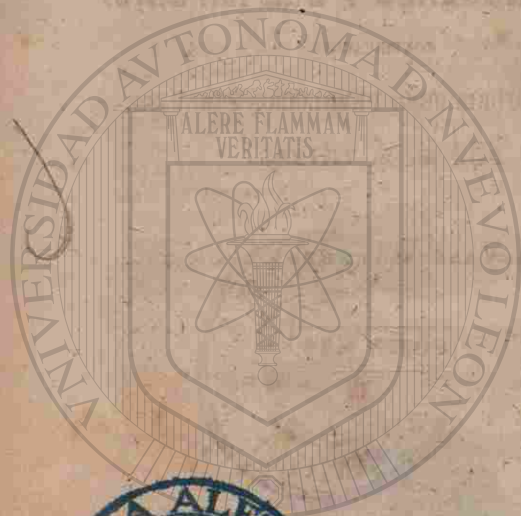
17027

DC 201

T 5

1846

V. 14



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

15087

88882

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

Moscou.

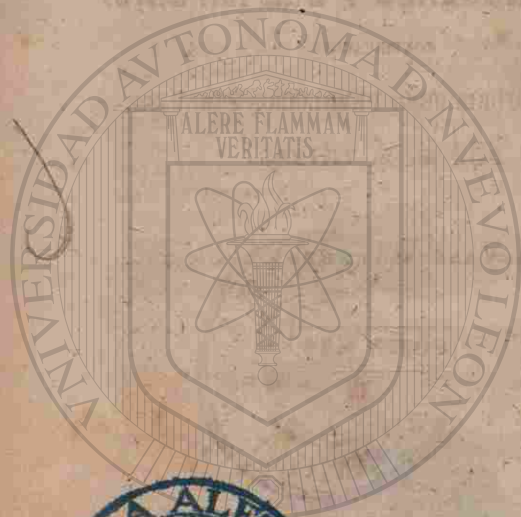
Prepárase Napoleon á marchar sobre Wilna.—Sus disposiciones en Rowno para asegurar la posesion de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su línea de navegacion.—Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés.—Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento.—Razones que provocaron este paso.—El emperador Alejandro y su estado mayor.—Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra.—Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfuhl.—Sentimiento de los generales Barclai de Tolly y Bagration con motivo de este sistema.—Al saber Alejandro la llegada de los franceses, se decide á retirarse junto al Dwina al campamento de Drisa, y á dirigir al príncipe de Bagration sobre el Dnieper con el segundo ejército ruso.—Entrada de los franceses en Wilna.—Tempestades de verano durante la marcha del ejército á este punto.—Primeros padecimientos.—Desde el principio de la campaña contraen muchos hombres la costumbre del merodeo.—Por la dificultad de las marchas y de los aprovisionamientos se determina Napoleon á detenerse en Wilna.—Inconvenientes de hacer este alto.—Mientras Napoleon se detiene para juntar sus hombres desbandados y dar tiempo á que lleguen sus convoyes, envia al mariscal Davout hácia su derecha, con el fin de perseguir al príncipe Bagration, separado del principal ejército ruso.—Organizacion del gobierno lithuano.—Creacion de almacenes, construccion de hornos, establecimiento de una policia en los caminos.—Entrevista de Napoleon y de Mr. de Balachoff.—Lenguaje inoportuno usado con este personaje.—Operaciones del

DC 201

T 5

1846

V. 14



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

15087

88882

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

Moscou.

Prepárase Napoleon á marchar sobre Wilna.—Sus disposiciones en Rowno para asegurar la posesion de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su línea de navegacion.—Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés.—Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento.—Razones que provocaron este paso.—El emperador Alejandro y su estado mayor.—Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra.—Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfuhl.—Sentimiento de los generales Barclai de Tolly y Bagration con motivo de este sistema.—Al saber Alejandro la llegada de los franceses, se decide á retirarse junto al Dwina al campamento de Drisa, y á dirigir al príncipe de Bagration sobre el Dnieper con el segundo ejército ruso.—Entrada de los franceses en Wilna.—Tempestades de verano durante la marcha del ejército á este punto.—Primeros padecimientos.—Desde el principio de la campaña contraen muchos hombres la costumbre del merodeo.—Por la dificultad de las marchas y de los aprovisionamientos se determina Napoleon á detenerse en Wilna.—Inconvenientes de hacer este alto.—Mientras Napoleon se detiene para juntar sus hombres desbandados y dar tiempo á que lleguen sus convoyes, envia al mariscal Davout hácia su derecha, con el fin de perseguir al príncipe Bagration, separado del principal ejército ruso.—Organizacion del gobierno lithuano.—Creacion de almacenes, construccion de hornos, establecimiento de una policia en los caminos.—Entrevista de Napoleon y de Mr. de Balachoff.—Lenguaje inoportuno usado con este personaje.—Operaciones del

mariscal Davout á la derecha de Napoleón.—Peligro á que se hallan expuestas muchas columnas rusas, separadas del principal cuerpo de su ejército.—Logra salvarse la columna del general Doctoroff, y son rechazados los demas sobre el principe Bagration.—Atrevida marcha del mariscal Davout hácia Minsk.—Hallándose delante del ejército de Bagration, dos ó tres veces mas fuerte que las tropas que manda, pide este mariscal refuerzos.—Napoleón, que medita el proyecto de lanzarse sobre Barclai de Tolly con la mayor parte de sus fuerzas, niega á Davout los socorros necesarios, y cree suplirlos acelerando la reunion del rey Gerónimo á este mariscal.—Marcha del rey Gerónimo desde Grodno á Neswij.—Sus lentitudes involuntarias.—Le pone Napoleón bajo las órdenes del mariscal Davout para mostrar su desagrado.—Ofendido este principe, abandona el ejército.—Pérdida de muchos dias, durante los cuales el principe Bagration logra salvarse.—Corre el mariscal Davout á perseguirle.—Hermoso combate de Mohilew.—Aunque batido, consigue Bagration retirarse mas allá del Dnieper.—Ocupaciones de Napoleón durante los movimientos del mariscal Davout.—Después de organizar sus medios de subsistencia, y de dejar en Wilna gran parte de sus convoyes de artillería y de viveres, se dispone á marchar contra el principal ejército ruso de Barclai de Tolly.—Insurrección de la Polonia.—Recibimiento hecho á los diputados polacos.—Lenguaje reservado con que Napoleón les habla, y motivos de esta reserva.—Partida de Napoleón para Gloubokoe.—Magnífico plan consistente en caer sobre Barclai de Tolly, después de lanzar á Davout y á Gerónimo sobre Bagration, por un movimiento de izquierda á derecha, para rebasar á los rusos y cogerlos por la espalda.—Marcha de todos los cuerpos del ejército francés, desfilando por delante del campamento de Drisa, para trasladarse á Polotsk y Witebsk.—Los rusos en el campamento de Drisa.—Sublevacion de su estado mayor contra el plan de campaña atribuido al general Pfluhl, y presión ejercida sobre el emperador Alejandro para obviarle á que se alejara del ejército.—Este resuelve dirigirse á Moscou.—Barclai de Tolly evacua el campamento de Drisa, y se traslada á Witebsk marchando por el otro lado del Dwina, con el fin de juntarse á Bagration.—Napoleón se esfuerza por tomarle la delantera en Witebsk.—Brillante serie de combates delante y mas allá de Ostrowno.—Andaz bravura del ejército francés y teson del ejército ruso.—Por un momento se espera una batalla, mas los rusos desaparecen para tomar posición entre Witebsk y Esmolensko y juntarse al principe Bagration.—Descencimiento producido por los excesivos calores, cansancio de las tropas, nueva pérdida de hombres y de caballos.—No pudiendo Napoleón llegar á Esmolensko antes que Barclai de Tolly, y desesperando de impedir que se una á Bagration, se resuelve á hacer un nuevo alto de quince dias, para allegar los hombres rezagados y los convoyes de artillería, y dejar que pasen los grandes calores.—Su establecimiento en Witebsk.—Sus acantonamientos en derredor de esta ciudad.—

Sus desvelos por su ejército, ya reducido de cuatrocientos mil á doscientos cincuenta y seis mil hombres desde el paso del Niemen.—Operaciones en el ala izquierda.—Los mariscales Macdonald y Oudinot, encargados de operar junto al Dwina, deben de bloquear á Riga el uno y de apoderarse de Polotsk el otro.—Ventajas obtenidas en los dias 29 de julio y 1.º de agosto por el mariscal Oudinot sobre el conde de Wittgenstein.—Con el fin de proporcionar algun descanso á los bavaros, arruinados por la disenteria, y de reforzar al mariscal Oudinot, los dirige Napoleón á Polotsk.—Operaciones en el ala derecha.—Después de incorporarse á Napoleón, el mariscal Davout y parte de las tropas del rey Gerónimo, encarga al general Regnier con los sajones y al principe de Schwarzenberg con los austriacos guardar el curso inferior del Dnieper, y hacer frente al general Tormazoff, que ocupa la Volhinia con cuarenta mil hombres.—Después de adoptar estas disposiciones y de conceder algo de reposo á sus soldados, vuelve Napoleón á emprender las operaciones ofensivas contra el gran ejército ruso, compuesto ya de las tropas reunidas de Barclai de Tolly y de Bagration.—Excelente marcha de izquierda á derecha delante del ejército enemigo, para pasar el Dnieper mas abajo de Esmolensko, sorprender esta ciudad, coger de revés á los rusos, y arrinconarlos sobre el Dwina.—Mientras Napoleón operaba contra los rusos, estos pensaban en tomar la iniciativa.—Desconcertados por los movimientos de Napoleón y descubriendo el peligro de Esmolensko, se repliegan sobre esta ciudad con ánimo de socorrerla.—Marcha de los franceses sobre Esmolensko.—Brillante combate de Krasnoe.—Llegada de los franceses delante de Esmolensko.—Inmensa reunion de hombres en torno de esta ciudad desventurada.—Ataque y toma de Esmolensko por Ney y Davout.—Retirada de los rusos sobre Dorogobouga.—Encuentro del mariscal Ney con parte de la retaguardia rusa.—Sangriento combate de Valoutina.—Muerte del general Gudini.—Pesadumbre de Napoleón al ver fracasar una tras otra las mas felices combinaciones que jamás hubo imaginado.—Dificultades del terreno y poco favor de la fortuna en esta campaña.—Gran cuestion relativa á determinar si conviene detenerse en Esmolensko, para invernar en la Lituania, ó marchar adelante para precaver los peligros políticos que podrian emanar de una guerra prolongada.—Razones en pró y en contra.—Mientras delibera Napoleón, sabe que el general Saint-Cir, reemplazando al mariscal Oudinot herido, ha ganado una batalla el 18 de agosto sobre el ejército de Wittgenstein en Polotsk; que los generales Schwarzenberg y Reymier, después de diversas alternativas, han ganado otra batalla el 22 de agosto en Gorodeczna sobre el ejército de Volhinia, que el mariscal Davout y Murat, persiguiendo al gran ejército ruso, le han hallado en Dorogobouga, con apariencias de querer venir á las manos.—Al saber esta última noticia, parte Napoleón de Esmolensko con el resto del ejército á fin de terminarlo todo en una gran batalla.—Su llegada á Dorogobouga.—Retirada del ejército ruso, cuyos gefes

divididos fluctúan entre la idea de combatir ó de retirarse, destruyéndolo todo á su paso.—Su marcha sobre Wiasma.—Juzgando Napoleón que van al cabo á dar batalla, y esperando decidir en una jornada la suerte de la guerra, se da á perseguirlos, y resuelve así la gran cuestion que tenia su espíritu como en suspenso.—Órdenes á sus alas y á su retaguardia durante la marcha que proyecta.—Para cubrir la retaguardia del ejército se traslada el 9.º cuerpo á las órdenes del mariscal Victor, de Berlin á Wilna; le reemplaza en Berlin el 11.º á las órdenes del mariscal Angereau.—Marcha del gran ejército sobre Wiasma.—Aspecto de Rusia.—Numerosos incendios prendidos por mano de los rusos en todo el camino desde Esmolensko á Moscú.—Exaltacion del espíritu público en Rusia, é irritacion tanto entre el ejército como entre el pueblo, contra el plan reducido á retirarse destruyéndolo todo delante de los franceses.—Impopularidad de Barclai de Tolly, acusado como autor ó ejecutor de este sistema, y envío del veterano general Kutusoff para reemplazarle.—Carácter de Kutusoff y su llegada al ejército.—Aunque inclinado al sistema defensivo, se determina á presentar batalla delante de Moscú.—Eleccion del campo de batalla de Borodino á orillas del Moskowa.—Marcha del ejército francés de Wiasma á Ghjat.—Algunos dias de mal tiempo hacen titubear á Napoleón entre el proyecto de retroceder y el de perseguir al ejército ruso.—Vuelta el buen tiempo, se decide, á pesar del dictamen de los principales gefes del ejército, á continuar su marcha ofensiva.—Llega el 5 de setiembre á la vasta llanura de Borodino.—Toma del reducto de Schwardino el 5 de setiembre por la noche.—Descanso del 6 de setiembre.—Preparativos de la gran batalla.—Proposicion del mariscal Davout para rebasar al ejército ruso por su izquierda.—Causas por las cuales esta proposicion es desechada.—Plan de ataque directo, consistente en tomar á viva fuerza los reductos que sirven á los rusos de apoyo.—Espíritu militar de los franceses, espíritu religioso de los rusos.—Memorable batalla del Moskowa, dada el 7 de setiembre de 1812.—Cerca de sesenta mil hombres quedan fuera de combate de los rusos, y treinta mil de los franceses.—Espectáculo horrible.—Porque no fué decisiva la batalla á pesar de lo mortífera para los rusos y de haberla perdido del todo.—Se retiran los rusos á Moscú.—Les persiguen los franceses.—Consejo de guerra celebrado por los generales rusos para determinar si se da nueva batalla ó se abandona Moscú á los franceses.—Kutusoff se decide á abandonar á Moscú, cruzando por medio de la ciudad y retirándose por el camino de Riazan.—Desesperacion del gobernador Rostopchin y sus preparativos secretos de incendio.—Llegada de los franceses delante de Moscú.—Soberbio aspecto de esta capital, y entusiasmo de nuestros soldados al descubrirla desde las alturas de Worobiewo.—Entrada en Moscú el 14 de setiembre.—Algunos indicios de fuego en la noche del 15 al 16.—Horroroso incendio de esta capital.—Se ve obligado Napoleón á abandonar el Kremlin para retirarse al palacio de Petrowskoie.—Do-

lor que el desastre de Moscú le causa.—Ve en él una resolucion desesperada que excluye toda idea de paz.—Es dominado el incendio al cabo de cinco dias.—Aspecto de Moscú despues del incendio.—Quedan destruidas las cuatro quintas partes de la ciudad.—Inmensa cantidad de víveres hallada en los sótanos, y formacion de almacenes para el ejército.—Pensamientos que agitan á Napoleón en Moscú.—Conoce el peligro de detenerse en aquel punto, y desearia, por medio de una marcha oblicua hacia el Norte, unirse á los mariscales Victor, Saint-Cir y Macdonald delante del Dwina, para resolver el doble problema de aproximarse á Polonia y de amenazar á San Petersburgo.—Mala acogida que halla esta concepcion profunda entre sus lugartenientes, y fundadas objeciones sobre el estado del ejército ya reducido á cien mil hombres.—Mientras Napoleón vacila, se apercebe de que el ejército ruso ha desparecido y tomado posicion á su flanco derecho hacia el camino de Kalouga.—Murat enviado á perseguirle.—Los rusos establecidos en Tarousino.—Embarazado Napoleón por la posicion en que se halla, envia al general Lauriston á Kutusoff para procurar que se entre en tratos.—Sutiliza de Kutusoff fingiendo recibir bien estas aberturas y aceptacion de un armisticio tácito.

Acababa de ser cruzado el Niemen el 24 de junio sin oposicion alguna por parte de los rusos, y todo auguraba que las causas que les impidieron resistir en los alrededores de Kowno, se lo impedirian igualmente en los demas puntos de la frontera. No dudando que á su izquierda el mariscal Macdonald, encargado de pasar el Niemen cerca de Tilsit, que á su derecha el príncipe Eugenio, encargado de pasarlo por las inmediaciones de Prenn, hallarian las mismas facilidades, solo pensaba Napoleón en trasladarse á Wilna, para ser dueño de la capital de la Lithuania, y colocarse entre los dos ejércitos enemigos de manera de impedir que se juntaran uno á otro. Sin embargo, antes de abandonar á Kowno, y mientras marchaban sobre Wilna sus tropas, quiso proveer á ciertos

cuidados, que su rara prevision no habia jamas desatendido. siempre le ocupaba ante todo el asegurar su linea de comunicaciones, cuando marchaba adelante, y convenia pensar en esto mas que nunca, ahora que se iba a aventurar a tan grandes distancias, por entre paises tan arduos y en medio de una caballeria enemiga la mas molesta del mundo.

Primeramente hizo alzar los puentes echados mas arriba de Kowno, volver a colocar las barcas sobre los carruatos, y encaminar detras del mariscal Davout el tren entero. Al infatigable general Eblé encargó que en el mismo Kowno construyera un puente sobre estacas, para tener seguro el paso del Niemen en todos tiempos. Le ordenó que estableciera otro semejante sobre el Wilia, a fin de asegurar las comunicaciones del ejército en todas direcciones. Abundantes eran los recursos del pais en punto a maderas, y respecto de las demas partes del material necesarias para el establecimiento de puentes, como herrage, cordage y herramientas, se debe recordar que proveyó copiosamente al cuerpo de ingenieros de todo. Despues ocupóse Napoleon en rodear la ciudad de Kowno de obras de defensa, a fin de que no pudiesen penetrar allí las partidas enemigas, y de que el vasto deposito de cosas, que iba a dejar en su recinto, se hallara en seguridad perfecta. Seguidamente absorbian su atencion sin descanso los hospitales para recibir a los heridos y a los enfermos, las tahonas, los almacenes para depositar provisiones de todas clases, y muy especialmente los bateles a propósito para remontar la corriente del Wilia hasta Wilna, y expidió las órdenes oportunas

para que, solo con un trasborde, los convoyes procedentes de Danzick por el Vistula, el Frische-Haff, el Pregel, el Deime, el canal de Federico y el Niemen, pudieran subir de Kowno a Wilna. Por desgracia el Wilia, menos hondo que el Niemen y ademas muy tortuoso, hacia el trasporte casi tan difícil como por tierra. No se calculaba en menos de veinte dias el tiempo indispensable para subir por el Wilia desde Kowno hasta Wilna, y casi era este el tiempo que se gastaba en ir desde Danzick hasta Kowno. Sin embargo, Napoleon dispuso que se practicara el ensayo de esta navegacion, salvo que se organizaran otros medios de trasporte sino salia bien este.

Mientras se ocupaba en estas atenciones con su actividad de costumbre, Napoleon puso en marcha sus tropas. Segun los informes adquiridos sobre la situacion del enemigo, oscuros para otro que no fuera Napoleon, se hallaba el ejército de Barclai de Tolly formando como un semicirculo en torno de Wilna, y se enlazaba por medio de un cordon de cosacos con el del principe Bagration, que estaba mucho mas abajo sobre nuestra derecha en las cercanias de Grodno. Véase como, por lo que arrojaban estos informes, se encontraba distribuido el ejército de Barclai de Tolly en redor de nosotros, y particularmente opuesto a la masa principal de nuestras fuerzas. Se decia que entre Tilsit y Kowno, hacia Rossiena, esto es, sobre nuestra izquierda, estaba el cuerpo de Wittgenstein, que se suponía de veinte y tantos mil hombres (de veinte y cuatro mil constaba); que en Wilkomir se hallaba otro, el de Bagowouth, de fuerza mas reducida (de diez y nueve mil hombres

incluso el cuerpo de caballería de Ouvaroff); que en Wilna estaba acampada la guardia imperial con las reservas (ascendía á veinte y cuatro mil hombres, agregando la gruesa caballería del general Korff); que en frente de nosotros y sobre el camino de Wilna, si bien algo mas á nuestra derecha, se hallaban desparramadas otras varias tropas, cuyo número era desconocido, aunque no debía ser inferior á los destacamentos ya enumerados. Estas tropas se componían del cuerpo de Tonczkoff, acampado en Nowoi-Troki con cerca de diez y nueve mil hombres; del de Schouvaloff, acampado en Olkeniki con catorce mil, y finalmente del de Doctoroff, establecido en Lida con veinte mil hombres, y enlazado por los ocho mil cosacos de Platow al ejército del príncipe Bagration. Semejante distribución de los ciento treinta mil hombres de Barclai de Tolly no era conocida mas que imperfectamente; pero su distribución en semicírculo alrededor de Wilna, en masa mas fuerte sobre nuestra izquierda y nuestro frente, algo menos sobre nuestra derecha, y enlazándose á Bagration por medio de los cosacos, se entreveía harto á las claras, para que Napoleón pudiera ordenar la marcha de su ejército sobre Wilna con bastante conocimiento de las cosas.

A nuestra extrema izquierda el mariscal MacDonald acababa de pasar el Niemen por Tilsit sin dificultad alguna. Once mil polacos y diez y siete mil prusianos tenía; y recibió orden de adelantarse sin precipitación sobre Rossiena, de manera de cubrir la navegación del Niemen y de invadir sucesivamente la Curlandia, á medida que los rusos se replegaran sobre el Dwina. Napoleón dirigió el

cuerpo del mariscal Oudinot, fuerte de cerca de treinta y seis mil hombres, sobre Janowo, previniéndole que pasara el Wilia para trasladarse á Wilkomir. Probable era que este cuerpo encontrara el de Wittgenstein, que debía cruzar á Wilkomir al retirarse sobre Rossiena. Así se le reforzó con una división de coraceros destacada del príncipe Eugenio y perteneciente al tercer cuerpo de caballería de reserva. También quiso llevar mas allá del Wilia el cuerpo de Ney, que constaba asimismo de treinta y seis mil hombres, si bien haciéndole pasar este río mas á las inmediaciones de Wilna. Marchando Oudinot y Ney paralelamente, y muy cerca uno de otro, eran bastante fuertes para hacer cara á cualquiera tropa enemiga, y para dar tiempo á que se acudiera en su ayuda, si contra todas las verosimilitudes, encontraban el grueso del ejército ruso. De consiguiente nada tenían que temer de Wittgenstein ni de Bagowout, separados ó reunidos, y hasta debían abrumarlos, combinando bien sus esfuerzos.

Tomadas estas precauciones, casi superabundantes, sobre su izquierda, resolvió Napoleón marchar en derecha sobre Wilna con los veinte mil ginetes de Murat, los setenta mil infantes de Davout y los treinta y seis mil soldados experimentados de la guardia. Teniendo así bajo su mano por lo menos ciento veinte mil combatientes, estaba seguro de vencer todas las resistencias y de obstruir la comunicacion de Barclai de Tolly y de Bagration del todo, cortando la línea rusa hacia Wilna.

En cuanto á las tropas enemigas desparramadas sobre su derecha, y que, sin que se supiera exactamente, se hallaban entre Nowoi-Troki y Lida y

formaban la izquierda de Barclai, no se podía suponer que pasaran de cuarenta mil hombres: ahora bien, el príncipe Eugenio, que hacia sus aprestos para pasar el Niemen por Preen con ochenta mil soldados, debía dar cuenta de ellas, si, contra el plan evidente de los rusos, tomaban la ofensiva.

Estas disposiciones, ordenadas al día siguiente del paso del Niemen, se iban ejecutando mientras Napoleón, establecido en Kowno, se aplicaba á las atenciones de que acabamos de dar noticia. Personalmente no debía acudir sino cuando sus avanzadas señalaran la presencia del enemigo. Por otra parte, con el valiente Murat en su vanguardia, con el sólido Davout en su cuerpo de batalla, no tenía que temer una mala ventura. Adelantáronse Murat y Davout el 25 hasta Lismori, uno á la cabeza de su caballería, otro á la de su infantería, despues de atravesar un país escabroso, donde los hubiera podido detener fácilmente el ejército ruso. Efectivamente, caminaron por la ladera de las enramadas colinas, que separan el lecho del Niemen del lecho del Wilia, apretados entre estas colinas y la escarpada orilla del Niemen, y sin mucho espacio para desplegarse en caso de ataque. Pernoctaron el 25 en Lismori, país mas expedito, siendo allí mucho mas abierto el ángulo formado por el Niemen y el Wilia. Al día siguiente 26 fueron á dormir al camino de Jewe, y no hallaron mas que cosacos, que á su aproximacion se daban á la huida, poniendo fuego á las granjas y haciendas, cuando les era posible. Díaano y puro habia continuado el cielo, pero ya las aldeas distaban mas unas de otras y escaseaban los recursos. Llevando

os soldados del mariscal Davout, el pan á su espalda y detrás un rebaño, no carecian de nada, pero se sentían algo cansados de la longitud de las marchas, y dejaban entre los reclutas, sobre todo entre los ilirios y los holandeses, algunos rezagados por el camino. Particularmente los caballos sufrían mucho, y á falta de avena, todas las noches era menester soltarlos por el campo, donde pacían el centeno verde, que les gustaba sin nutrirles. Detrás iba la artillería de reserva, compuesta de las piezas de á doce, y los trenes con viveres y municiones. Ya estaba muy fatigada la caballería de Murat, con la cual guardaba pocos miramientos por desgracia, poniéndola en movimiento desde muy temprano y haciéndola correr á rienda suelta en todas direcciones. El solícito y severo Davout desaprobaba esta imprevisión, y aunque poco comunicativo, dejaba ver lo que pensaba. Nada adecuado era esto para que se estableciera intimidad entre los dos gefes de nuestra vanguardia, ya tan desemejantes en espíritus y caracteres.

Llegaron el 27 á Jewe, que no dista mas que una jornada larga de Wilna, y á fin de poder entrar en esta ciudad muy temprano al día siguiente, se trasladó Murat á Riconi, tres ó cuatro leguas mas allá de Jewe.

No debían hallar la corte del czar ni su ejército en Wilna. Allí del paso del Niemen, comenzado el 24 por la mañana, se tuvo noticia la misma noche, mientras el emperador Alejandro asistía á un baile dado por el general Benningsen.

Esta noticia, llevada por un criado del conde de Romanzoff, produjo grande turbacion en los animos, y no hizo mas que acrecentar la extremada

confusion que ya reinaba en el estado mayor ruso. A fin de rodearse de numerosos pareceres, Alejandro habia llevado consigo una multitud de personajes, todos diferentes de nacion, de carácter y de categoria. Independientemente del general Barclai de Tolly, que no daba sus órdenes como general en jefe del ejército, sino como ministro de la Guerra, tenia Alejandro cerca de sí al general Benningsen, al gran duque Constantino, al antiguo ministro de la guerra Araktchejeff, á los ministros de Policia y del Interior, MM. de Balachoff y Kotchoubey, al príncipe Volkonski. Este último desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor cerca de su persona. A estos rusos, animados la mayor parte de pasiones muy vehementes, se habian agregado una porcion de extrangeros, de todas las naciones, huyendo cerca de Alejandro de las persecuciones de Napoleon, ó solamente de su influencia y de su gloria, que detestaban con toda el alma. Entre estos figuraban un oficial de ingenieros, llamado Michaux, oriundo del Piamonte, con poco golpe de vista militar, aunque inteligente en su arma y consideradísimo por Alejandro; un sueco, el conde de Armfeld, que por los acontecimientos políticos de Suecia, se habia visto obligado á refugiarse en Rusia, hombre de talento, pero poco estimado; un italiano, Paulucii, sugeto de mucha imaginacion y petulancia; muchos alemanes, particularmente el baron de Sein, á quien Napoleon habia excluido del ministerio en Prusia, que era en Alemania el idolo de los enemigos de Francia, y que juntaba á una singular mezcla de espíritu liberal y aristocrático un patriotismo ardiente; un oficial de estado mayor, el coronel Wol-

zogen, instruido, inteligente, activo y deseoso de hacer figura; por último, un prusiano, mas doctor que militar, el general Pfuhl, ejerciendo sobre el espíritu de Alejandro sobrada influencia, y detestado de resultas por todos los cortesanos, creyéndose profundo y no siendo mas que sistemático, reputado como un genio superior por algunos adeptos, si bien para la mayoría no era mas que un espíritu extravagante, absoluto, insociable, incapaz de prestar el menor servicio, é idoneo á lo sumo para dominar por algun tiempo hasta la inquieta y mediatunda imaginacion de Alejandro.

En el seno de estos prodigadores de consejos, con mas talento que ninguno de ellos, si bien menos apto que todos para fijarse en una idea y seguirla con perseverancia, vivia el emperador Alejandro ya hacia muchos meses, cuando el cañon de Napoleon llegó á arrancarle de sus incertidumbres y á obligarle á formar un plan de campaña.

Entre estos diversos personajes no habian cesado de ser vivamente debatidas dos ideas. Los hombres de carácter fogoso, que segun costumbre no eran los mas ilustrados, querian, no ya que se aguardase á Napoleon, sino que se corriese á su encuentro, lanzandose sobre la Vieja Prusia y la Polonia; que se devastasen estos paises, aliados ó cómplices de Francia; que hasta se tratase de sublevar la Alemania, alargandola desde luego la mano, salvo el retirarse de seguida, si era forzoso, despues de ensanchar no menos de doscientas leguas el desierto en que se esperaba que Napoleon viniera á abismarse. Los espíritus reposados y juiciosos consideraban peligrosísimo este proyecto, y sustentaban fundadamente que ir en busca de Na-

poleon equivalia á acortarle el camino, á ahorrarle la mayor de las dificultades de esta guerra, la de las distancias, ó ofrecerle casi sobre su territorio, á alcance de sus recursos, lo que debia desear mas de veras, una batalla de Austerlitz ó de Friedland, batalla que ganaria sin duda alguna, y que, una vez ganada, decidiria la cuestion, ó por lo menos asentaria su ascendiente para todo el resto de la guerra. Ademas, decian que en vez de disminuir la dificultad de las distancias, convenia agrandarla retirándose delante de Napoleon, cediéndole cuanto terreno quisiera invadir, y luego que se le hubiere atraido muy lejos y se le tuviera en las profundidades de la Rusia, exánime de cansancio y de hambre, caerle encima, abrumarle y hacerle tornar medio destruido á la frontera rusa. Este plan ofrecia el inconveniente de entregar al estrago, no ya la Vieja Prusia y la Polonia, sino la misma Rusia. Sin embargo, la casi certidumbre del triunfo era una razon de tanto peso que no permitia que ninguna consideracion material se pusiera con ella en balanza.

Esta controversia, empezada en San Petersburgo, no habia aun cesado en Wilna, cuando la noticia del paso del Niemen vino á poner fin al baile del general Benningsen. Alejandro tenia el talento sobrado perspicaz para vacilar un momento sobre cuestion semejante. Proporcionar á Napoleon, bajo el clima de Rusia, la campaña que bajo el clima de la Peninsula acababa de tener Massena, era una táctica harto indicada para que pensase en seguir otra. Ademas, para adoptarla, tenia una razon decisiva, y era la razon política. Constantemente aplicado á poner de su parte la opinion de Rusia,

de Europa y aun de Francia, á fin de agravar la situacion moral de Napoleon á la faz de los pueblos, se habia guardado con esmero de aparecer provocador, y por consecuencia de este sistema se habia propuesto esperar al enemigo y no ir en su busca. Asi lo habia anunciado de continuo, y asi lo habia llevado á cabo, manteniéndose detrás del Niemen, su natural frontera, hasta el punto de no haberlo siquiera defendido.

Semejante conducta era muy sencilla y dictada por el buen seso. Pero á la sazón se habia querido erigir todo un sistema, y el general Pfuhl, como autor del mismo, era su demostrador cerca del emperador Alejandro, á quien con cierta especie de profundidad se tenia casi la certidumbre de seducir siempre.

En cada época, cuando un hombre superior, inspirándose, no de teoría alguna, sino de las circunstancias, ejecuta grandes cosas, vienen en pos los espíritus imitadores y establecen sistemas en lugar de las grandes cosas realizadas por el verdadero genio. En el siglo XVIII todo el mundo queria hacer el ejercicio al estilo de Federico, y despues de la batalla de Leuthen construia sistemas sobre el órden oblicuo, al cual se atribuian todas las victorias del monarca prusiano. A contar desde el año 1800 y las campañas del general Bonaparte, que con tanto arte supó maniobrar sobre las alas y las comunicaciones de los contrarios, no se hablaba mas que de coger por la espalda al enemigo. En Austerlitz los consejeros de Alejandro quisieron rebasar á Napoleon, y sabido es lo que vino á costarles. En 1810, un hombre de seso y de tesón, auxiliado por las circunstancias y una

rara ventura, acababa de hacer en Portugal una campaña brillante, y ya no se hablaba en Europa mas que de obrar á semejanza suya. Retirarse destruyéndolo todo, refugiarse despues á un campo inexpugnable, aguardar allí el aniquilamiento de su adversario temerariamente comprometido, y por último, revolver sobre este adversario, acometerle, abrumarle, habia venido á ser para ciertos espíritus, desde Torres-Vedras, toda la ciencia de la guerra. De esta ciencia se habia constituido maestro supremo el general Pfuhl en medio del estado mayor ruso. A excepcion del czar, que se complacia en estas falsas profundidades, este general habia fastidiado y ofendido á todos con su dogmatismo, sus pretensiones y su orgullo. Mas Alejandro acogióle como á un recondito genio, y le encargó que redactara todo el plan de la guerra.

Despues de estudiar el general Pfuhl el mapa de Rusia, fijose en lo que cualquiera descubre á la primera ojeada, en la larga línea transversal del Dwina y del Dnieper, que, agregada una á otra, forman una vasta y magnífica línea de defensa interior del Noroeste al Sudeste. De consiguiente queria que se replegasen allí los ejércitos rusos y estableciesen una especie de Torres-Vedras invencible, é imitasen la conducta de los ejércitos inglés y español en Portugal. Habiendo notado, al estudiar atentamente el mapa de Rusia, un parage en Drisa junto al Dwina, que le parecia adecuado para el establecimiento de un campo atrincherado, propuso que se construyera, y Alejandro, adoptando este pensamiento, envió al ingeniero Michaux al terreno para trazar y hacer ejecutar las obras. El oficial de estado mayor Wol-

zogen, especie de intérprete del genio misterioso del general Pfuhl, iba y venia para aplicar las ideas de su maestro sobre el terreno. Finalmente, á la creacion de este campo de Drisa, añadió el general Pfuhl una distribucion de las fuerzas mas apropiada al sistema que dedujo de las operaciones de lord Wellington en Portugal. De consiguiente pidió dos ejércitos, uno principal y otro secundario; uno junto al Dwina, recibiendo á los franceses de paso, atrayéndolos en su seguimiento y retirándose al campo de Drisa; otro junto al Dnieper, retrocediendo tambien delante de los franceses, pero destinado á asaltarlos de flanco y por la espalda, cuando se volviera á tomar la ofensiva para anonadarlos. En virtud de este plan se habian formado los dos ejércitos de Barclai de Tolly y de Bagration.

Sin duda era un pensamiento juicioso, al cual debió Alejandro posteriormente grandes resultados, el de emprender la retirada delante de los franceses, atraerlos al corazon de Rusia, y todo el mundo lo temia en Europa. Mas ¿por qué un campo atrincherado, y sobre todo, por qué tan cerca de la frontera? Esto es lo que podian preguntarse todos al simple anuncio del plan del general Pfuhl, que, segun se ve, se reducía á la imitación sistematizada de la guerra de Portugal. Si lord Wellington habia pensado en un campo atrincherado, era porque necesitaba detenerse de pronto, sin lo cual hubiera sido lanzado al Océano. Para los rusos el campo atrincherado era el espacio, sin mas limites que el Océano Glacial. Y luego situar el punto de alto junto al Dwina, equivalia á querer detener á los franceses al principio de su carrera, cuando aun tenian todos sus bríos y re-

cursos, como lo acreditaron los sucesos, y exponerse á que se tomara por asalto aquel campo. Finalmente, admitiendo que se pudiera operar de una manera provechosa sobre los flancos del enemigo, se corrían grandes peligros dividiendo desde el origen la masa principal de las fuerzas rusas, apenas bastante para mantener el campo, y fuera mejor entendido dejar á las tropas que venían de Asia, el papel de este ejército de flanco, destinado á acosar á los franceses, y aun quizá á cerrarles la retirada.

Esto lo demostraba el simple buen juicio, antes de la lección de los sucesos. A mayor abundamiento Alejandro se habia guardado bien de someter este plan á debate: lo habia reservado para sí y para algunos adeptos alemanes, y limitóse á disponer que se ejecutaran los preparativos mas importantes. Entretanto se habia avanzado, segun se ha visto, en dos masas, una apoyada sobre el Dwina, otra sobre el Dnieper, teniendo la primera por punto de direccion á Wilna y la segunda á Minks.

Hasta aquí nada habia censurable, pues natural era que estas dos principales reuniones de los rusos se formasen detrás de los dos rios. Pero en el estado mayor del czar pensaban los hombres sensatos que muy pronto se iban á reunir los dos ejércitos rusos, y á presentarse luego en una sola masa á los franceses, salvo no ofrecerles batalla, y retirarse á su aproximacion, y esperar, antes de caerles encima, á que estuvieran fatigados, desprovistos de víveres y harto hondamente metidos en Rusia para que no pudieran volver atrás. Este era el dictámen con especialidad del general Bar-

clai de Tolly, oficial frío, firme, inteligente, vástago de una familia escocesa establecida en Curlandia, y por causa de este origen poco grato á los rusos, que conciben odio hácia los extrangeros, no bien comienzan á fermentar sus pasiones nacionales. Pero ya hemos dicho que este dictámen no era del gusto de todos. Los hombres fogosos, que detestaban á Francia, y su revolucion y su gloria, ora fuesen rusos, ó suecos, ó alemanes, ó italianos, no querían que se hiciera á los franceses el honor de retroceder delante de ellos, y sustentaban que era forzoso tomar la ofensiva, lanzarse sobre la Prusia y la Polonia, para talar mayor extension de territorio, y sublevar la Alemania, que nada anhelaba mas que verse libre. Semejante opinion dominaba especialmente en el cuártel general del príncipe Bagration. Este, georgiano de origen, bizarro, con buen golpe de vista sobre el terreno, pero desprovisto de los talentos de un general en jefe, encargado, si se hubiera tomado la ofensiva, de invadir la Polonia, deseaba ir mas adelante y avanzar á los franceses con furiosa energia. Celoso de Barclai, menospreciando á los militares doctos, favorecia en torno suyo las declamaciones contra los extrangeros que rodeaban á Alejandro, y trabajaban por inspirarle una conducta tímida, segun se decia.

Así Alejandro se habia adelantado con sus dos ejércitos, no declarándose todavía, considerando secretamente el plan del general Pfuhl como la salvacion del imperio, si bien fluctuando en decirlo y reservándose ejecutarlo sucesivamente, segun lo reclamaran los acontecimientos. Por tanto no habia querido ni osado nombrar general en jefe, lo cual

implicara la proclamacion de un sistema, y encargó al general Barclai de Tolly que expidiera las órdenes como ministro de la Guerra. La repentina aparicion de Napoleon mas allá del Niemen, obligó á poner término á las vacilaciones y á fijar un plan de campaña.

Alejandro hubiera deseado convocar al punto un consejo de guerra, llamar allí á sus consejeros de todas las naciones, hacer que se presentara el plan del general Pfuhl, no por éste, incapaz de sufrir que se le contradijera, sino por el coronel Wolzogen, su intérprete ordinario, talento claro y dócil, y por último, pedir á cada cual su voto. Pero el coronel Wolzogen le hizo comprender que se vendría á parar á un nuevo caos, y que mas valia nombrar simplemente un general en jefe, al cual se confiara la ejecucion del plan que se creyera preferible. Para semejante papel estaba indicado el general Barclai de Tolly mas que otro alguno por su obediencia, su energía, sus talentos prácticos y su calidad de ministro de la Guerra. Por otra parte, la aproximacion del enemigo con una masa formidable de cerca de doscientos mil hombres, cuando apenas se contaban ciento treinta mil que oponerle, habia calmado mucho á los parciales de la ofensiva, y los mas de los prodigadores de consejos no pensaban mas que en retirarse, para no caer en manos de Napoleon, que probablemente no los tratara con miramientos. No habia, pues, que temer que á la sazón se criticara mucho un movimiento retrógrado, ya inevitable. De consiguiente, adoptando Alejandro el dictámen del coronel Wolzogen, que á la verdad era el único admisible segun el estado á que habian llegado

las cosas, fió al general Barclai de Tolly, no en calidad de general en jefe, sino de ministro de la Guerra, el cuidado de operar la retirada del ejército principal sobre el Dwina, en la direccion del campo de Drisa. Tomadas estas disposiciones, partió con la muchedumbre de sus consejeros, siguiendo el camino que llevaba á este último punto por Swenziani y Vidzouy.

No era fácil operar delante de Napoleon, comunmente rápido como el rayo, la retirada de seis cuerpos rusos desparramados en torno de Wilna, y componiendo el ejército principal.

Segun hemos dicho, el primero de estos cuerpos á las órdenes del conde de Wittgenstein se hallaba en Rossiena, donde formaba la extrema derecha de los rusos, opuesta á la extrema izquierda de los franceses: el segundo á las órdenes del general Bagowouth estaba en Janowo: el tercero, compuesto de la guardia rusa y de las reservas en Wilna: el cuarto á las órdenes del general Touczkoff, entre Kowno y Wilna en Nowoi-troki (1). Para estos cuatro cuerpos era fácil la retirada, pues solo tenian que practicarla directamente sobre el Dwina, sin exposicion de hallar á los franceses en su camino. Tampoco habia dificultades para la caballeria pesada, distribuida en dos cuerpos de reserva á las órdenes de los generales Ouvaroff y Korff y situada á retaguardia. Pero el quinto cuerpo á las órdenes del conde Schouvaloff, el sexto á

(1) Al decir primero, segundo, tercer cuerpo ruso, no los designamos por el número que llevaban en su ejército sino por el lugar que á la sazón ocupaban en la línea alrededor de Wilna.

las órdenes del general Doctoroff, establecidos, uno en Olkeniki, otro en Lida, y formando la extrema izquierda del semicírculo que los rusos describían en torno de Wilna, antes de que ganaran el camino de Swenziani, podían ser detenidos por los franceses, ya en marcha sobre Wilna. Relativamente al hetman Platow, que completaba con ocho mil cosacos los ciento treinta mil hombres del ejército ruso, estaba cerca de Grodno, y no había por qué inquietarse con corredores tan ágiles como los suyos.

Barclai de Tolly apresuróse á dar á todos sus cuerpos la orden de replegarse sobre el Dwina, tomando por direccion el campo de Drisa, y previno á los dos que estaban peor situados operar de seguida su movimiento de retirada; girando en torno de Wilna, y manteniéndose durante la travesía lo mas lejos que pudieran de esta ciudad, á fin de no tropezar con los franceses. Sobrado desdénso respecto de los prodigadores de consejos, que habian manifestado tanta prisa por la partida, afectó quedarse á su retaguardia y retirarse lentamente con ella, disputando el terreno palmo á palmo. Al príncipe Bagration enviósele en nombre del emperador mismo la orden de trasladarse sobre el Dnieper, siguiendo en cuanto lefuera posible la direccion de Minsk, para rennirse al ejército principal en caso necesario. Siempre encargado el hetman Platow de enlazar entre sí á Barclai de Tolly y Bagration, tuvo orden de acosar á los franceses por los flancos y por la espalda.

Antes de abandonar el emperador Alejandro á Wilna, y aun considerando ya inevitable la guerra, y hallándose resueltísimo á hacerla con energía,

quiso probar el último paso, que no podía reprimir las hostilidades, si bien de seguro cargaria sobre Napoleon toda la responsabilidad de ellas. Viendo por las noticias de San Petersburgo que, para pedir sus pasaportes, se habia fundado el general Lauriston en la petición que el príncipe de Kourakin hizo de los suyos y en la supuesta condicion exigida á los franceses de evacuar la Prusia, aplicóse sobre todo á responder á estos cargos de manera que toda la culpa recayera sobre su adversario. De consiguiente llamó á Mr. de Balachoff, ministro de Policia, que habia llevado consigo á Wilna, hombre de talento y de tacto, y encargóle que fuera á significar á Napoleon cuánta extrañeza le causaba una ruptura tan repentina, sin preceder ninguna declaracion de guerra, cuán liviano le parecia el motivo sacado de una petición de pasaportes hecha por el príncipe de Kourakin, sabiendo que éste no se hallaba autorizado para hacerla, y finalmente, cuán poco formal era el agravio de la supuesta condicion de evacuar la Prusia, dado que habia sido propuesta, no como una satisfaccion prévia y que hubiera de preceder á cualesquiera negociaciones, sino solamente como consecuencia prometida y segura de todo ajuste pacífico. Hasta autorizó Alejandro á Mr. de Balachoff para declarar que tanto distaba de ser una condicion absoluta la evacuacion dicha, que si los franceses querian detenerse junto al Niemen, desde luego consentia en negociar sobre las bases indicadas en las comunicaciones anteriores. Dadas estas órdenes, el emperador Alejandro partió el 26 de junio, dirigiendo á su pueblo una proclama calorosa, en la que contraía el compromiso solemne de no

entrar nunca en tratos con el enemigo, mientras pisara el suelo de Rusia.

Interin se alejaba Alejandro, corria Mr. de Balachoff al encuentro del ejército francés, y hallóle camino de Wilna. Al principio le costó algun trabajo lograr que se le reconociera como ayudante de campo, despues fué admitido en calidad de tal y llevado a presencia de Murat, quien, recamado de oro y cubierta la cabeza de plumas, galopaba á la sazón en medio de sus numerosos escuadrones.

Accesible y afable Murat, según costumbre, si bien indiscreto, hizo á Mr. Balachoff muy grata acogida, afectó deplorar esta nueva guerra, echar de menos su hermoso reino de Nápoles con vehemencia, no desear de ningún modo el de Polonia, mostrarse como instrumento razonable de un soberano que lo era muy poco, y acompañó estas sesudas frases con infinidad de demostraciones graciosas, para lo cual tenia natural talento, á pesar de su educación poco esmerada. Seguidamente envió á Mr. de Balachoff á las avanzadas de infantería, que estaban muy cerca de las de caballería. Allí encontró Mr. de Balachoff una acogida harto diferente. Presentado al mariscal Davout fué recibido con frialdad, reserva y silencio. Habiendo expresado el deseo de penetrar hasta donde se hallaba Napoleón sin demora, no pudo conseguir que se le autorizara al efecto, para lo cual alegó el mariscal las órdenes con que se hallaba, y hasta obtener respuesta del cuartel general le retuvo, por decirlo así, prisionero. A la caída de la tarde le invitó á que le acompañara á la mesa, y le hizo sentar delante de una que consistia en la puerta de una casa arrancada de sus goznes y puesta sobre

toneles, siendo los manjares de frugalidad sumamente excusosa de esta hospitalidad militar del todo, y de cosas relativas á la guerra ó la política no le dijo ni una palabra. A la mañana siguiente recibió la orden de guardar á Mr. de Balachoff hasta Wilna, donde el emperador debia recibirle, y dejándole el mariscal Davout sus criados, que acababan de llegar justamente, le comprometió á servirse con libertad de ellos, y montó á caballo para ponerse á la cabeza de sus tropas. De consiguiente, para conferenciar con Napoleón, hubo de aguardar Mr. de Balachoff la entrada de los franceses en Wilna.

A sus puertas llegó la caballería del general Bruyere en la misma mañana del 28, bajando de las colinas que se alzan á las márgenes del Wilia. Allí encontró un grueso destacamento de caballería rusa, apoyado por infantería y por algunas piezas de artillería. Vivo fué el choque, mas despues de resistir la vanguardia enemiga algunos instantes, se replegó á Wilna, quemando los puentes del Wilia, é incendiando dentro de la ciudad los almacenes de viveres y de forrages. El mariscal Davout, que seguia á la caballería de Murat á una legua de distancia, entró en Wilna con ella. Aunque sometidos los lituanos á los rusos ya hacia mas de cuarenta años, y algun tanto amoldados ya al yugo, acogieron á los franceses con alborozo, y se apresuraron á ayudarles á reparar el puente del Wilia. Con algunos bateles del país restablecióse el paso del rio, poco ancho por aquel parage, y de seguida se lanzaron los franceses á la persecucion de los rusos, que se retiraron rápidamente, aunque sin desorden.

Así la capital de Lithuania acababa de ser coa-

quistada casi sin disparar un tiro, y no mas que á los cuatro dias de empezadas las hostilidades. Habiendo partido Napoleon de Kowno el dia antes y llegando á medio dia, hizo su entrada en Wilna, en medio del anhelante concurso de los habitantes, que poco á poco se acaloraban y animaban al contacto de nuestros soldados, especialmente de los soldados polacos, y al recuerdo de su libertad antigua, que solamente los de edad mas avanzada habian conocido, y cuyas escenas habian contado frecuentemente á sus hijos. A la fuga se habian dado los señores lituanios parciales de los rusos, y los que no lo eran nos aguardaron de intento. Entre estos últimos unos se presentaron de voluntad propia, otros dieron lugar á que se les llamase, bien que todos se prestaron francamente á la creacion de nuevas autoridades para administrar el pais en interés de las tropas francesas, que á la sazón era el de la misma Polonia. Con todo, un gran temor reprimia y helaba su celo, y era el de que no fuese formal la tentativa de reconstituir la Polonia, y se viera á los pocos meses la nueva entrada de los rusos en Wilna con órdenes de secuestros y proscripciones.

A moler grano, á construir hornos, á cocer pan para nuestros soldados, que llegaban hambrientos, no de carne que tenian en abundancia, sino de pan de que se vieron privados casi en todas partes, se reducía el primer servicio que debian prestarnos. No escaseaba el grano, si bien los rusos se habian aplicado especialmente á destruir las harinas, los molinos y las avenas, previendo que con trigo no se tendria pan al punto, y que sin avenas no conservariamos largo tiempo la gran-

de cantidad de caballos, que seguian á nuestras tropas. Ahora bien, la ciudad de Wilna, que encerraba cerca de veinte y cinco mil hombres, no podia ofrecer para la elaboracion del pan los mismos recursos que Berlin ó Varsovia. Napoleon dispuso que inmediatamente se emplearan en la construccion de hornos los albañiles, que el mariscal Davout llevaba consigo y los que habia proporcionado la Guardia. Entretanto hubo que apoderarse de los hornos que la ciudad contenia, y que apenas bastaban para cocer cotidianamente treinta mil raciones, necesitándose cien mil desde luego y doscientas mil de allí á poco.

Mientras Napoleon atendia á estos primeros cuidados, los diversos cuerpos del ejército ejecutaban los movimientos que les estaban prescritos, sin otros accidentes que los que habia que temer de la fatiga y del mal tiempo. Segun se ha visto, el mariscal Ney debia haber pasado el Wilia mas cerca de Wilna que el mariscal Oudinot, esto es, por las cercanias de Riconti, y habia marchado en direccion de Maliatouy, descubriendo desde lejos el cuerpo de Bagowouth, que se hallaba en Wilkomir al principio, y que en el movimiento de retirada de los cuerpos rusos, se dirigia desde este sitio á Swenziany y Drisa. Por lo demas el mariscal Ney solo tuvo que habérselas con la retaguardia de Bagowouth, compuesta de cosacos, que se esforzaban por quemarle todo, pero que no siempre tenian tiempo, y todavia por dicha nos dejaban para vivir algunos recursos. Habiendo pasado el Wilia el mariscal Oudinot mas abajo, esto es, por Janowo, para marchar sobre Wilkomir, no encontró ya á Bagowouth, que acababa de emprender la

retirada, sino á Wittgenstein, que se habia trasladado á Wilkomir desde Rossiena. Este último hallóse en posiciones en Deweltowo, el 28 por la mañana á la hora en que el grueso del ejército francés entraba en Wilna, Wittgenstein tenia veinte y cuatro mil hombres, mucha caballeria, y cuanto brio se necesitaba para no retirarse timidamente delante de nosotros. Presentó al mariscal una linea de cerca de veinte mil infantes, operando lentamente su retirada, y cubiertos por artilleria numerosa y caballeria brillante. Wittgenstein encontró en el mariscal Oudinot un adversario nada idóneo para consentir que se le echaran plantas. No teniendo el mariscal á la mano mas que su caballeria ligera, su artilleria de tiro, la division de infanteria de Verdier y los coraceros de Doumere, no vaciló á pesar de todo en arrojarle sobre los rusos. Despues de cargar á todo trance á su caballeria, y de obligarla á colocarse detras de las lineas de infanteria, atacó á esta con la division de Verdier, y forzóla á replegarse, matando ó haciendo prisioneros á unos cuatrocientos hombres. No tuvo tiempo de emplear á sus coraceros, y menos aun á las divisiones de Legrand y de Merle, que llegaban á toda prisa. Entre muertos y heridos no perdió mas de cien hombres. Pronto los rusos se pusieron fuera de alcance.

Nuestras tropas del cuerpo del mariscal Oudinot y del cuerpo del mariscal Ney estaban cansadissimas tanto por las marchas hasta el Niemen como por las posteriores al paso de este rio. De pan y de sal carecian y de bebidas espirituosas, y se hastiaban de comer carne sin sal con un poco de harina desteida en agua. Ya los caballos estaban

debilitados por falta de avena, á pesar de que el tiempo habia sido hermoso. Gran número de soldados rezagados, y, por decirlo así extraviados, buscaban su camino y no hallaban á quien preguntarlo, habiendo pocos habitantes, y no sabiendo hablar estos pocos mas que polaco. Una enorme cantidad de carros, así de la artilleria como de los bagages, prolongaban y embarazaban esta cola del ejército.

Tal era la situacion de las cosas á nuestra izquierda, mas allá del Wilia. Poco mas ó menos era la misma en nuestro centro, por el camino recto de Kowno á Wilna, que las últimas divisiones del mariscal Davout recorrían en este momento, seguidas por la Guardia imperial. A nuestra derecha, en el cuerpo del principe Eugenio todo estaba retrasado, lo mismo la cabeza que la cola. Habiendo temido que ir el principe Eugenio, no por la Vieja Prusia, como los mariscales Davout, Oudinot y Ney, sino por la Polonia, hubo de cruzar trabajosamente y á costa de grandes esfuerzos y privaciones aquellas estériles y movedizas arenas, y no pudo llegar junto al Niemen hasta el mismo dia en que el grueso del ejército entraba en Wilna. Al pasar el Niemen por Prenn debia desembocar este principe sobre Nowoi-Troki y Olkeniki, puntos ocupados por los cuerpos de Touczkoff y de Schouvaloff, cuya totalidad no ascendia á mas de treinta y cuatro mil hombres, poco capaces por consiguiente de hacer cara á los ochenta mil soldados del ejército de Italia. No tenia pues que temer el principe Eugenio las dificultades emanadas de la presencia del enemigo; solo el terreno podia presentar obstáculos á su

marcha. Su operacion debia ejecutarse del 28 al 30 de junio.

Hasta ahora, salvo algunas tormentas pasajeras, el cielo habia brillado puro, el calor habia sido bastante, aunque todavia no molesto, como lo es á menudo en aquellas comarcas extremas, alternativamente privadas del sol en invierno ó abrumadas por sus ardores en verano. Con todo, la Polonia, que se habia hallado tan triste durante el invierno de 1807, mostrábase ahora verde, cubierta de vastos bosques, con perspectiva no poco agradable, si bien falta de la verdadera alegría, de la que el hombre derrama sobre la naturaleza con su presencia y su trabajo. Aunque, no en firme sus caminos, todavia no eran penosos, habiéndolos el sol secado.

Estas condiciones climáticas cesaron de repente en la noche del 28 (1). Cubrióse el cielo de

(1) Diversos historiadores de esta época han hablado de una tormenta, que estalló en el instante del paso del Niemen, queriendo ver en ella siniestros presagios. Semejante aserto merece que se explique. De la atenta lectura de los despachos de los generales, donde se relatan los sucesos dia por dia, resulta que en todos los puntos el mal tiempo, el que verdaderamente se puede denominar de este modo, no empezó sino del 28 al 29 de junio, durando hasta el 2 ó 3 de julio. Habiendo tenido lugar el principal paso del Niemen en Kowno el dia 24, no fué precedido de ningun signo alarmante, como se dice que lo fué la muerte de César en los tiempos antiguos. Verdad es que á la caída de la tarde del 24 se experimentó una breve tormenta, pero durante la mayor parte del dia, el tiempo estuvo hermoso, y no justificó en nada la tradicion de los presagios siniestros. Habiendo comenzado el paso del príncipe Eugenio el 29 por la noche, fué en efecto interrumpido por la tormenta, y sin duda esto ha

nubes, y casi á la Polonia entera envolvió una serie de tempestades espantosas. Torrentes de lluvia inundaron las tierras y ablandáronlas bajo los pies de los hombres y de los caballos. Para colmo de desgracia, la temperatura cambió como el aspecto del cielo, y llegó á ser tan fria como húmeda de pronto. Durante los tres dias, del 29 de junio al 1.º de julio, estuvo horroroso el tiempo, y los bivaques fueron extremadamente penosos, pues hubo que dormir sobre cierta especie de lango. Muchos reclutas fueron atacados de disenteria, á causa no solo de la rápida variacion de la temperatura, sino del alimento compuesto casi únicamente de carne, y á menudo de carne de cerdo. Hallándose sin abrigo parte de las divisiones del mariscal Davout, que aun se hallaban el 29 en marcha sobre Wilna, y toda la Guardia que las seguia, pues apenas habia en las escasas habitaciones del pais donde alojar á los estados mayores, tuvieron que padecer mucho. A la izquierda del Wilna no gozaron de mejor tiempo las tropas de los mariscales Ney y Oudinot, si bien padecieron algo menos, cruzando un pais no visitado por los rusos, ni por los franceses. Mayores todavia fueron los padecimientos del príncipe Eugenio, que pasaba el

dado lugar á decir que el rayo anunció á Napoleon el destino que le esperaba mas allá del Niemen. Nueva prueba entre mil de la dificultad de llegar á la exactitud histórica, y de la parte que la imaginacion de los hombres aspira siempre á tomar en los sucesos á expensas de la verdad rigurosa. Por lo demas, este detalle es de poca importancia, y no le mencionamos sino porque ha ocupado mucho á Mr. Fain y provocado por su parte numerosas reflexiones.

Niemen á aquella hora. Echado fué el puente el 29 por la noche, y ya habia pasado el rio una division universal una tempestad violenta, torrentosa, mezclada de viento, granizo y truenos, á semejanza de las tempestades de los trópicos, llevándose las tiendas, obligando á los ginetes á echar pie á tierra, y á los infantes á apretarse unos contra otros. Solo en medio de esta inundacion cabia dormir en el suelo. Interrumpióse el paso, y durante veinte y cuatro horas estuvo una mitad de la fuerza á un lado del rio y la otra mitad al otro. Especialmente los bávaros, que habian andado mucho y hecho gran consumo de carne de cerdo, contrajeron entonces el germen de una disenteria que muy luego les fué desastrosa.

A pesar de todo se cruzó el Niemen y tomóse de seguida la direccion de Nowoi-Troki, bien que en una especie de desorden producido por la subitanea invasion del mal tiempo. Napoleon habia sacado los caballos como los quintos á millares en Suiza, en Italia, en Alemania, sin cuidarse de sus años. Cierta es que hizo algunas recomendaciones, pero las cantidades pedidas impidieron su observancia. Enganchados estos caballos, demasiado jóvenes y sin educacion prévia, á inmensos carros, obligados á tirar de ellos por entre los arenales de Polonia, alimentados con centeno verde en vez de grano, ya estaban cansadissimos al llegar á orillas del Niemen. Muchos miles de ellos sucumbieron durante las lluviosas y frias noches del 29 y 30 de junio, especialmente en el cuerpo del principe Eugenio. En dos dias los caminos quedaron sembrados de caballos muertos y de car-

ros abandonados. Si los soldados y los oficiales del tren hubieran sido mas expertos, pudieran remediar el mal á lo menos algo, reuniendo en parques al borde del camino los carros faltos de caballos, dejando destacamentos para custodiarlos, y enganchando seguidamente los caballos que aun habia á los carros que importaba hacer llegar los primeros. Escaso número de ellos obraron de este modo, pues los demas abandonaron los carros á los rezagados hambrientos, que no tuvieron escrúpulo de saquearlos. En el cuerpo del principe Eugenio, donde habia muchos bávaros é italianos, fué el desorden extremo. Igualmente se introdujo á espaldas del mariscal Davout entre los holandeses, los anséatas y los españoles del primer cuerpo. Poco celosos estos extrangeros del honor de un ejército que era francés, poco adictos á una causa que no era la suya, fueron los primeros en desbandarse, y en aprovecharse de la espesura de aquella region cubierta de bosques para desertar ó entregarse al merodeo. Alguna relajacion hubo hasta entre nuestros mismos soldados, si bien fué solo entre los antiguos prófugos, arrancados por las columnas movilizadas á la vida errante y llevados por fuerza al servicio. Del Niemen á Wilna vieronse veinte y cinco ó treinta mil bávaros, wurttembergeses, anséatas, españoles, franceses, italianos, escapándose de las filas, saqueando los carros abandonados y despues las quintas de los señores lituanios. No era alarmante sin duda el daño, pues de los cuatrocientos mil hombres que acababan de cruzar el Niemen, no eran veinte y cinco ó treinta mil merodeadores uua disminucion inquietadora de nuestras fuerzas, si no pasaba el mal adelante; pero podia hacerse

contagioso, y sobre todo era difícil de reparar la pérdida de siete ú ocho mil caballos experimentada en cuatro días. Llegado el príncipe Eugenio á Nowoi-Tróki, sobre la derecha de Wilna, puso en conocimiento de Napoleon el daño que habia cundido entre sus tropas con mas violencia. También los demas gefes le dirigieron análogos informes, y señalaron síntomas desagradables en todos los cuerpos del ejército.

Napoleon no era hombre que se asustara de resultas de semejantes accidentes á la apertura de una campaña apenas empezada, y para la cual tanto habia multiplicado las precauciones. Además algo parecido vió aunque en menos escala el año de 1807, y sin embargo no fué obstáculo para la victoria. Tampoco dudó que superaría estas dificultades, con las cuales habia contado, que miraba como esencialmente locales, y que provenian de causas generales por desgracia. No habia contraído el ejército el mal de que estaba atacado en las llanuras de Polonia; habia llevado su germen consigo. Para vivir los soldados de Massena en Portugal desamparaban su bandera, si bien tornaban de noche como franceses y veteranos. Pero el ejército llevado á Rusia casi quedaba reducido á menos de la mitad si se descontaban los no veteranos ni franceses.

Fácil remedio encontró Napoleon á este mal repentino, que le alarmaba harto poco, y era el de hacer en Wilna un alto de dos semanas. Con esta espera se debia en su concepto incorporar la cola de las columnas y la de los bagages. La larga rastra de sus convoyes no se extendia solo de Wilna al Niemen, sino del Niemen al Vistula, del Vis-

tula al Elba. Aun no habian recibido los cuerpos la mitad del equipo que les estaba destinado. En el camino se habian quedado la mayor parte de los carros de nuevo modelo por lo pesados, pero de esperar era que llegaran los mas ligeros. Deteniéndose algunos dias en Wilna habia seguridad de que se incorporaran estos, únicos que seguirian adelante, y á los mas pesados, que deberian llegar mas tarde, se les dejaria á espaldas del ejército, donde podrian prestar mas de un servicio. Al propio tiempo se organizaria la Lithuania, estableciéndose allí un gobierno polaco, de que se necesitaba mucho.

De consiguiente no faltaban ocupaciones provechosas para emplear las dos semanas que se trataba de pasar en Wilna. Pero si esto se llevaba á cabo ¿no seria inejecutable el excelente plan de Napoleon, reducido á cortar en dos la linea rusa? Retrocediendo Barclai de Tolly y Bagration, el uno sobre el Dwina y el otro sobre el Dnieper, ¿no iban á encontrar el medio de juntarse mas allá de estos rios? ¿No se iba, y esto era todavía mas grave, á perder la ocasion de alcanzarlos y de batirlos antes de que pusieran en planta su proyecto de retirada indefinida á lo interior de Rusia? ¿Y no era este el caso de preguntar, si ya que se habia de hacer un alto para esperar las columnas y los convoyes, no fuera preferible hacerlo en el mismo Kowno, antes de cruzar el Niemen, cuando inmóble el enemigo y debiendo permanecer así mientras no violáramos sus fronteras, no habia recibido con nuestra pronta aparicion el aviso de retirarse sobre el Dwina y el Dnieper á toda prisa? ¿Pero ya que se habia procedido de otro modo, ya que se habia operado

tal vez quince días antes de lo oportuno, no valiera mas proseguir temerariamente una empresa temerariamente concebida, y marchar con cuanto estaba mas a punto, y lanzarse sobre los rusos, y obtener un resultado decisivo, antes de que tuvieran tiempo de meterse por lo interior de su territorio? Cuestiones graves y de muy difícil resolución despues del suceso, bien que al parecer nada embrazaron á Napoleon por entonces, pues deteniéndose en Wilna para que se le unieran los rezagados, establecer una buena policía á su espalda, reorganizar sus convoyes y establecer un gobierno en la Lithuania, no entendia renunciar al proyecto de situarse entre los dos principales ejércitos rusos, para aislarlos uno de otro durante el resto de la campaña. Efectivamente, las circunstancias autorizaban hasta cierto punto para concebir la esperanza de realizar á la vez las dos ideas.

Apenas llegado á Wilna, esto es, al dia siguiente 29 de junio, se supo, á tenor de los informes de la caballería, que en torno de aquella ciudad se divisaban muchas tropas rusas en marcha, corriendo circularmente de nuestra derecha á nuestra izquierda, sin duda para incorporarse á Barclai de Tolly junto al Dwina. ¿Acaso eran algunas divisiones destacadas, que no se habian podido juntar á Barclai de Tolly hasta entonces, ó era la cabeza del ejército de Bagration, que aspiraba á formar junto al Dwina con el ejército principal una sola masa? Aun no se podia comprender distintamente; pero de todos modos eran tropas á las cuales se estaba en aptitud de interceptar el paso, y á mayor abundamiento, si se hallaba al príncipe Bagration en frente, no habria que venir á las manos mas

que con la cabeza de su cuerpo de ejército, puesto que hácia el Norte necesitaba remontar lo que dista Grodno de Wilna, y de seguro se estaba á tiempo de obstruirle el camino. De consiguiente Napoleon resolvió que mientras se detenía delante de Barclai de Tolly por su izquierda, se marchara prestamente por la derecha para interceptar el camino que debía seguir Bagration, envolverle si era posible, ó arrinconarle cuando menos hácia los pantanos de Pinsk y paralizarle de este modo para toda la campaña.

Lo que se ha dicho en la presente historia sobre el teatro de la guerra, indica de sobra los movimientos que necesitaba ejecutar Napoleon para conseguir el objeto que se proponia. Desde el Rhin al Niemen habia marchado hácia el Nordeste casi de continuo: al Este torció despues del paso de este río, y ya hasta Moscou iba á marchar siempre hácia Oriente en esta extraordinaria campaña. Cruzado el Niemen, remontado el Wilia hasta Wilna, iba á encontrar las grandes líneas transversales de que hemos hablado, las que forman el Dwina y el Dnieper, y naturalmente debía encaminarse hácia el espacio abierto que dejan estos dos rios en sus fuentes entre Witbsk y Esmolensko. En este movimiento su izquierda daba frente al Dwina, hácia el cual se dirigia Barclai de Tolly, y su derecha al Dnieper, donde Bagration propendia á retirarse. Queriendo á la vez detenerse, para que cuanto iba detrás se le uniera, y perseguir activamente á Bagration, á fin de separarle de Barclai de Tolly, debía hacer alto por su izquierda, que no distaba mucho del Dwina, á la par que intentara por la derecha tomar la delantera á Bagration junto al

Dnieper á fuerza de marchar de prisa. Con esta doble mira fueron tomadas admirablemente sus disposiciones.

Macdonald, dirigido al principio sobre Rossiena tuvo orden de apovarse en Poniewietz sobre la derecha, con el fin de aproximarse á Oudinot; este la tuvo de marchar igualmente hácia la derecha entre Avanta y Widzouy para estrecharse con Ney; y á Ney se le previno que se mantuviera hácia Swenziany, cerca de Murat, que con toda su caballería debía seguir por Gloubokoe al ejército ruso en retirada sobre el Dwina. Macdonald, Oudinot, Ney, Murat, que hubieran debido formar una masa de ciento veinte mil hombres, y solo constaban de ciento siete mil ú ocho mil despues de la última marcha, tuvieron orden de permanecer en observacion para ocultar los operaciones del resto del ejército, incorporarse los rezagados, reñir granos, reducirlos á harina, reparar los molinos destruidos por los rusos, construir hornos, atraer su gruesa artillería y sus equipages, y finalmente emplear el tiempo en concentrarse, reorganizarse, estar muy en guardia y estudiar atentamente los movimientos del enemigo.

Para enlazar á esta izquierda inmóvil y ocupada en rehacerse con su derecha, que iba á operar muy activa, prescribió Napoleon á Murat que extendiera su caballería desde Gloubokoe á Wileika, y para no dejar esta caballería sin apoyo, hizo que fuera sostenida por una ó dos divisiones del mariscal Davout, que entraron en línea las primeras. Se proponía mandar que el cuerpo del príncipe Eugenio, recién trasladado junto á Preen al otro lado del Niemen, se dirigiera sobre este punto, á

fin de establecer mas íntimo enlace entre su izquierda y su derecha. Este príncipe se habia determinado en Nowoi-Troki para tomar algo de descanso y restablecer algun orden en sus columnas.

Con el cuerpo de Davout, siempre el mejor constituido, el mejor provisto, el mas idóneo para soportar el efecto disolvente de los movimientos rápidos en demasia, determinó Napoleon operar sobre su derecha, contra las tropas que se veian correr circularmente en torno de Wilna. Segun acabamos de decir, podian ser los restos de Barclai de Tolly, ó la cabeza del ejército de Bagration: en el primer caso habia que cogerlos, y en el segundo habia que atajarles el paso, y arrinconarlos hácia los pantanos de Pinsk de resultas de un esfuerzo vigoroso. La caballería ligera del mariscal Davout, á las órdenes de los generales Pajol y de Bordessoulle fué puesta en movimiento el 29 de junio, la de Pajol por el camino de Ochmiana á Minsk, la de Bordessoulle por el camino de Lida á Wolkowisk. Estos eran los dos caminos reales que bajaban á la Lithuania meridional desde Wilna, y por los cuales se podia encontrar á los destacamentos rezagados de Barclai de Tolly ó al mismo ejército de Bagration. Ambos generales, Pajol y Bordessoulle, anunciaron la presencia de columnas de infantería, de artillería, de bagages, esforzándose por remontar bastante altura para girar en torno de Wilna é ir de nuestra derecha á nuestra izquierda á incorporarse al principal ejército ruso. Uno y otro esperaban copar algunos restos de estas columnas, pero se necesitaba de una fuerza mas eficaz, esto es, de infantería, para hacer una captura importante.

En la tarde del 30 hizo partir Napoleon al ma-

mariscal Davout con la division de Compans, para ir detrás del general Pujol en direccion de Ochmiana: encaminó la division de Dessaix detrás del general Bordessoulle en direccion de Lida; y tuvo pronta á la division de Morand para hacerla marchar detrás del mariscal Davout, si la necesidad lo requeria. Aceleró el movimiento del príncipe Eugenio que, habiéndose detenido despues de pasar el Niemen en Nowoi-Troki, y recibiendo allí noticias contradictorias, temia aventurarse, si avanzaba demasiado aprisa. Remontándose el príncipe Eugenio desde Nowoi-Troki á Ochmiana, debía en caso necesario apoyar al mariscal Davout; ó bien ir á ocupar su puesto al lado de Murat en la linea de batalla, para formar el centro del ejército y enlazar la derecha con la izquierda. Napoleon prescribió á la caballeria del general Grouchy, perteneciente al príncipe Eugenio, que ayudara á la de Bordessoulle y se pusiera á las órdenes del mariscal Davout, si era preciso. Ademas dió á este último los coraceros de Valencia.

Sin embargo el mariscal Davout con las dos divisiones de Compans y Dessaix, únicas que iba á tener á la mano al alejarse de Wilna, no hubiera bastado para envolver á Bagration, que debía contar alrededor de sesenta mil hombres, pudiéndosele calcular hasta cien mil á tenor de voces contradictorias; pero quedaba la extrema derecha á las órdenes del rey Gerónimo con setenta y cinco mil hombres, la cual, desembocando de Grodno y siguiendo á Bagration por la cola, mientras se le atajaba de frente, debía contribuir á envolverle ó á arrinconarle hacia los pantanos de Pinsk.

Así por este conjunto de movimientos, rete-

niendo Napoleon en observacion junto al Dwina á las tropas de su izquierda, empujando vivamente hacia el Dnieper á una parte de las tropas de su derecha, mientras su centro, despues de descansar en Nowoi-Troki, se aprestaba á ir á colocarse en linea, daba lugar á que se fueran juntando las dos terceras partes de su ejército, y solo hacia operar á la otra tercera parte, con el fin de cortar al príncipe Bagration la retirada. No se podian combinar con habilidad mas profunda los movimientos de un ejército inmenso, sabiendo armonizar á la vez la necesidad de descanso con la urgencia de ciertas operaciones activas. Por su parte, mientras con su actividad prodigiosa entraba en todos los pormenores administrativos que interesaban á sus tropas, atendia solícitamente á Polonia, de la cual era urgente ocuparse, pues se estaba en su territorio, parecia haberse ido allí por su causa, y no se podia prescindir de ella, si se deseaba que la guerra fuese formal y venturosa.

Con efecto á la sazón se agitaba Varsovia, y al rumor del paso del Niemen por cuatrocientos mil soldados á las órdenes del gran hombre del siglo, se proclamaba la reconstitucion de la Polonia, se decretaba la reunion de todas sus provincias en un solo Estado, se votaba finalmente una de aquellas confederaciones generales por las cuales defendieron los polacos en otros dias su territorio y su independencia. No podia menos de suceder así ante los acontecimientos que se iban preparando. Puesto que, al adelantarse Napoleón hasta el mismo seno de Rusia, se veia obligado á agitar la grave cuestion de la Polonia, transitando por su territorio y debiéndola pedir sus brazos, quizá fuera

mejor que desde luego adoptara su partido y pensara en reconstituirla completamente. En este caso, segun ya hemos dicho, debiera juntar el ejército polaco en una sola masa de setenta ú ochenta mil hombres, formar con él su ala derecha, y trasladarla, remontando el Bug, á la Volhinia y la Podolia. Este á la derecha guardara mas fielmente sus flancos y tuviera mas probabilidades de insurreccionar la Volhinia que los austriacos. Además, en vez de constituir aparte el gobierno de la Lithuania, debiera reunirlo inmediatamente al gobierno general de Polonia. Con esta doble unidad del ejército y del gobierno, hubiera restituido á Polonia el sentimiento cabal de su existencia, y comunicádola acaso el empuje nacional de que necesitaba para salir triunfante en el cumplimiento de sus designios. Pero vacilante sobre este punto, segun hemos indicado, no queriendo contraer un compromiso muy lato, sin saber si los polacos le ayudarian lo bastante para cumplirlo, vaciló, como en muchas ocasiones decisivas de esta campaña, por un sentimiento de prudencia que se avenia mal con la temeridad de su empresa, y aplicóse á no hacer nada de mucho bulto, á causa del Austria á quien temia enagenarse, y de Rusia, á la cual no entendia declarar una guerra á muerte. Habiendo ya dividido el ejército polaco en muchos destacamentos, colocados donde quiera que habia que contener á aliados dudosos, renunció á incorporar la Lithuania á la Polonia y dióla una administracion separada. Conviene añadir que para proceder de este modo tenia una razon administrativa de las mas poderosas. Se hallaba en el centro de la Lithuania, iba á combatir en ella, y quizá á esta-

blecerse allí por uno á dos años; y hacerla depender de un gobierno situado á mas de cien leguas, gobierno agitado, disputador é inactivo al menos en los primeros instantes, equivalia á renunciar á sacar de esta provincia los recursos que necesitaba, y que estaba seguro de obtener administrándola por si mismo.

De consiguiente Napoleon dió á la Lithuania una administracion distinta é independiente. Respecto de Rusia era esta una amenaza, bien que no todavia una declaracion de guerra implacable. Formó una comision de siete miembros, y la compuso de los señores lithuanios de mas nota, que no se pudo ganar Rusia ó cuya voluntad descuidó captarse. Persistiendo en intimar á Polonia y Sajonia, nombró cerca de esta comision un representante, que al propio tiempo debia ser gobernador de la provincia y eligió para estas funciones al conde de Hogendorp, oficial sajón á quien habia hecho su ayudante de campo. Cada uno de los cuatro gobiernos secundarios de Wilna, de Grodno, de Minsk, de Bialistok, entre los cuales se subdividia la Lithuania, formóse de tres miembros y de un intendente, que dependia del gobernador general. En cada distrito se establecieron agentes ejecutivos bajo la denominacion de subprefectos. Organizado así el gobierno de la Lithuania, fué encargado de tomar nota de las propiedades públicas, y de conservarlas, de recaudar los impuestos, de levantar tropas, de mantener el orden, de atraer á los habitantes, de que se hiciera la recoleccion, de restablecer la seguridad de los caminos, de crear almacenes y hospitales, de contribuir en suma á la reconstitucion de la Polonia, por el medio mas po-

deroso, consistente en ayudar al ejército francés de una manera activa. Por lo demás este gobierno, colocado bajo la acción directa de Napoleón, fué autorizado para adherirse á la gran confederación polaca, que acababa de ser decretada en Varsovia.

El primer acto del nuevo gobierno fué instituir una fuerza pública. Votó la creación de cuatro regimientos de infantería y de cinco regimientos de caballería. Sin duda se pudiera hacer mas con la población de la Lituania, pero faltaban recursos rentísticos y oficiales. Estos nueve regimientos, que formaban un total de doce mil hombres, debían costar de primera creación cuatro millones por lo menos y no habia la mas mínima parte de esta suma. Napoleón que, una vez empeñado en semejante aventura, debiera no economizar medio alguno, solo consintió en adelantar cuatrocientos mil francos. Por coroneles fueron elegidos grandes propietarios, que habian servido en otro tiempo, y á quienes se atrajo con un alto grado. Se pidieron oficiales de inferior graduación al príncipe Poniatowski. Aunque ya algo amoldada la población lituana al yugo de Rusia, segun hemos dicho, no carecía de celo por la causa de su independencia, pero los señores no podían menos de temer la vuelta de los rusos y se acobardaban singularmente ante las proscripciones y los secuestros. Saqueo y devastación temían las poblaciones del campo. Con excepción de los judíos, se hallaba en perfecta disposición el vecindario de las ciudades, si bien era poco numeroso y estaba muy vejado. Todos, pobres y ricos, se habian arruinado á consecuencia del bloqueo continental y la residencia de las tropas rusas. Finalmente se les hablaba de su inde-

pendencia con cierta reserva, de que Napoleón no podia dispensarse, y solo se mostraba vehemencia al hablar de los sacrificios que eran forzosos. Ateñando estas causas el celo, sin destruirlo, se habian hecho mas arduas las creaciones de que habia que ocuparse, siendo ya ellas harto difíciles de suyo.

A los regimientos de línea se añadieron guardias nacionales. Empezóse por crear la de Wilna, que debia ser de mil quinientos hombres. Necesitando especialmente el campo de una milicia para el mantenimiento del orden, se crearon guardas de coto, especie de milicia nacional de á caballo, acomodada á las costumbres del país y á las distancias que debia recorrer. Al principio se compuso de cuatro escuadrones de ciento veinte hombres, uno para cada gobierno. Estos guardas de á caballo debían servir de guías á los destacamentos de caballería francesa, encargados de perseguir á los pillos, á los merodeadores y á los bandidos. Esta represión del merodeo pareció á Napoleón que debia ser el primer cuidado para impedir la disolución del ejército, y para atraer, tranquilizándola, á la población á sus hogares. De consiguiente se crearon columnas de caballería veterana, que, precedida de destacamentos de guardas de coto polacos, se pusieron á recorrer al campo, á auxiliar á los señores asaltados en sus castillos, á atraer á los paisanos ocultos en los bosques, á recoger á los hombres de buena voluntad que no estaban mas que extraviados, á capturar y á fusilar á los facinerosos. Comisiones militares seguían á estas columnas, y al mismo siguiente dia de su institución, esto es, en la primera semana de ju-

lio, hicieron juzgar y fusilar á alemanes, italianos, franceses, en la plaza pública de Wilna.

Desgraciadamente el mal era ya harto grande, y el número de veinte y cinco ó treinta mil desbandados se aumentaba en vez de disminuir, á causa de las marchas precipitadas de muchos cuerpos del ejército. Especialmente en el primero, á pesar de estar muy en regla como á cargo del mariscal Davout, se habia desbandado el regimiento 33.^o de ligeros, compuesto de holandeses, casi por completo, y saqueaba implacablemente el canton de Lida, uno de los mas fértiles del pais. Las casas de campo estaban devastadas, los viveres destruidos, lo cual remató la ruina de este canton despues del tránsito de los cosacos. Al dirigirse á su puesto el subprefecto de Nowoi-Troki fué atacado en el camino, y llegó allí sin ninguna especie de equipage. Correos de los procedentes de París habian ya sido desvalijados. Por fortuna las columnas de á caballo empezaron á poner á los facinerosos en fuga, á tranquilizar algo á los señores, á atraer á los paisanos, si bien no podian echar mano á los rezagados, que se metian por los bosques ó retrogradaban al Niemen para repasarlo. Por lo demas los que tomaban este último partido eran menos peligrosos para el ejército que los otros.

Otro inconveniente que habia que remediar en los caminos era el de los cadáveres de hombres, y cuerpos muertos de caballos, que yacian insueltos é infestaban el aire y mas con el calor sofocante que se experimentaba ya hacia algunos dias. En Italia, en Alemania, países pobladissimos, siempre que habia muertos por el fuego ó por otras causas, los habitantes interesados personalmente

en la salubridad de sus comarcas, se apresuraban á sepultarlos, y hasta comunmente la prisa de despojarlos impulsaba á los paisanos á no perder tiempo. Pero aqui, con aldeas distantes cinco ó seis leguas unas de otras, y diez á veces, nada se atendia á este género de cuidado, é independientemente de algunos reclutas, que sucumbieron de fatiga, de hambre, ó de pasmo, á causa del mal tiempo, infestaban la atmósfera ocho mil caballos muertos. A los deberes impuestos á estas columnas, añadió Napoleon el de enterrar á los hombres y á los caballos.

Desde Koenigsberg á Wilna hizo que se estableciera una serie de puestos militares, donde debia haber un comandante, un almacén, un pequeño hospital, una parada de caballos, y una patrulla encargada de velar por la seguridad del camino y el enterramiento de los muertos.

Al mismo tiempo que Napoleon se ocupaba en todos estos objetos, dedicaba su especial cuidado á un asunto el mas urgente de cuantos podian atraer su atencion, el de los viveres y convoyes. Ante todo con los albañiles de la Guardia y los del mariscal Davout dispuso la construcción en Wilna de hornos, capaces de cocer diariamente cien mil raciones. Faltando carpinteros para armar las cimbrias, se buscaron en los diversos cuerpos. Por desgracia los ladrillos, única especie de material que se podia usar en aquel pais, donde escaseaba la piedra, no se hallaban mas que á alguna distancia de Wilna. A falta de los caballos de la artillería, casi extenuados, no vaciló Napoleon en exigir los de los carros de los estados mayores, á fin de trasportar los ladrillos al pié de la obra. Cada día

iba á examinar personalmente lo que avanzaban estos trabajos.

No era la construcción de hornos la única dificultad que habia que vencer para asegurar la subsistencia del ejército en Wilna. A pesar de los desastrosos del enemigo, abundaban bastante los granos; pero no teniendo siempre tiempo los rusos de destruirlos, se daban particularmente á destruir los molinos. Se necesitaba, pues, repararlos ó requerir á los que habian quedado intactos para que redujeran el grano á harina. Provisionalmente se tomó la que llevaba el primer cuerpo, siempre el mejor provisto, á reserva de devolvérsela mas tarde. Tahoneros habia bastantes para amasar y cocer el pan, gracias á los que llevaban la Guardia y el primer cuerpo.

De seguida pensó Napoleon en crear grandes almacenes, tanto en Kowno y en Wilna como en las demas ciudades de que se iba á apoderar sucesivamente. Resolvió hacer en Lithuania una requisición de ochenta mil quintales de granos y de una cantidad proporcionada de avena, de paja, de heno, de forrage, etc. Carne abundaba, gracias al ganado que el ejército llevaba consigo, y tanto que la disenteria, que empezaba á cundir en las filas, procedia mucho de la gran cantidad de carne, comida sin sal, sin pan y sin vino. Para despues de hechas estas requisiciones, dispuso Napoleon que se acopiara un millon de quintales de granos, ya por cuenta de las contribuciones que debia pagar el país, ya á costa de dinero. No era imposible realizar este inmenso acopio, si se presentaba la cosecha buena, si la recoleccion no llegaba á ser estorbada por las hostilidades.

Nueva intervencion de la poderosa voluntad de Napoleon exigian los medios de trasporte. A la sazón acababan de cruzar la distancia entre Danzick y Kowno los primeros convoyes dirigidos por el coronel Barte, que en mas de un sitio vióse obligado á hacer limpiar los canales, y á quien costó infinito trabajo adaptar los barcos á la naturaleza de las corrientes de agua. Napoleon experimentó una verdadera alegría; pero faltaba que estos convoyes se remontaran de Kowno á Wilna por el sinuoso riachuelo Wilia. De veinte dias era la travesia, casi tan larga como de Danzick á Kowno, aunque la distancia no pasara de la quinta ó la sexta parte. Napoleon hizo reunir bateles para procurar que esta navegacion se acortase con el auxilio de los marineros de la Guardia. Si no salia bien el ensayo, pensaba renunciar al proyecto y sustituirlo con una grande empresa de trasportes por tierra, que se proponia confiar á una compañía de judios polacos. No siendo difícil encontrar granos en los parages donde estaba, limitó los objetos de trasporte á la harina, despues á las bebidas espirituosas, al arroz, á los efectos de vestuario y á las municiones de artilleria.

No se habian obtenido los resultados que se esperaban de la organizacion de los trenes militares. Desde el Elba al Niemen se perdieron la mitad de los carros, una tercera parte de caballos, y una cuarta de hombres. Segun hemos dicho, sólo llegaron los ligeros carros de violin, aunque retrasándose algunos. Napoleon determinó que por demasiado pesados quedaran en Wilna los carros de nuevo modelo, y sólo se llevaran los del antiguo y los muy ligeros de violin á Rusia, pero habiendo

perdido el tren de artillería muchos caballos, y pareciéndole mas necesarias que el pan las municiones de guerra, pues si aqui y allá se encontraban algunos viveres en los campos, no se hallaban cartuchos en ninguna parte, se aplicaria á la artillería parte de los caballos de los equipages. A los carros que se quedaban sin tiros dispuso que se uncieran bueyes, y cuando no los hubiera, caballos del pais, raza pequeña, pero fuerte y dura en la fatiga, aunque infestada como los hom- res de la horrible enfermedad de la plica. Desgraciadamente era mas fácil expedir estas órdenes que ejecutarlas, pues no habia posibilidad de procurarse yugos para uncir los bueyes, ni con que herrarlos, ni boveros para conducirlos.

Vése, pues, que de diversos cuidados, de infinita multiplicidad y de éxito dudoso, exigia la temeraria empresa de trasladar seiscientos mil hombres á un pais lejano, que difícilmente podia mantenerlos, con un material harto poco experimentado, y con una porcion inmensa de reclutas mezclados con los veteranos, unos y otros iguales en el fuego sin duda, bien que desigualísimos en la fatiga. Aunque se hizo mas caviloso al tocar los obstáculos de cerca, aun tenia Napoleon el convencimiento pleno de su poderío. Electivamente, unos pocos dias le habian bastado para conquistar la Lithuania y cortar en dos el ejército ruso: se lisongeaba de coger a Bagration ó de inutilizarle por mucho tiempo, y á pesar de la dificultad de los lugares, del clima, de la distancia, esperaba de sus maniobras bien entendidas resultados correspondientes á su política y á su gloria. Así, aun recibiendo cortesmente al ministro de Alejandro, Mr. de Balachoff,

estaba resuelto á no aceptar las proposiciones de que era portador este enviado. Con efecto, así para Alejandro como para Napoleon, no era ya hora de tratar de ajuste, y solo la espada podia resolver la terrible cuestion que acababa de ser suscitada. Antes del paso del Niemen, todavía foera posible abocarse y gastar algunos dias en parlamentos, no teniendo nadie que hacer el sacrificio de su decoro, puesto que Napoleon no habia de repasar el Niemen, ni Alejandro se veia reducido á tratar sobre su invadido territorio. Pasado el Niemen, estaba gravemente comprometido tanto el honor del uno como el del otro. Para Napoleon habia otras razones que le ponian en el caso de no dar oídos á nada: primeramente la estacion, pues ya era julio y solo quedaban para operar tres meses, y ademas el tiempo que negociando se daría á los rusos, ora para traer junto al Vístula las tropas de Turquía, ora para reunir las tropas de Bagration á las de Barclai de Tolly. Siendo un arcano lo porvenir para Napoleon como para todos los mortales, no debia escuchar las proposiciones de Mr. de Balachoff. Sin duda valiera cien veces mas no haber comenzado la guerra; pero, ya empezada, era imposible detenerse en Wilna, y nada habia mas conveniente que rechazar de una manera atenta y hasta urbana al enviado de Alejandro. Por desgracia Napoleon hizo mas, pues zahirió vehementemente á Mr. de Balachoff, no sabiendo dominar sus arranques, á poco que se le contrariara, sobre todo desde que la edad y la victoria le habian impulsado á prescindir de todo freno. De seguro templa la edad cuando la vida ha sido una mezcla de triunfos y de reveses; al contrario, embriaga y ciega, cuando la

vida no ha sido mas que una larga serie de triunfos.

Al pronto Napoleon recibió á Mr. de Balachoff con bastante cortesania, y hasta le oyó con atención benévola cuando le dijo que su soberano se habia sorprendido al ver invadida tan de repente la frontera rusa, sin declaración de guerra, y bajo el doble pretexto, muy poco formal, de la solicitud de pasaportes hecha por el príncipe Kourakin, y de la condicion de evacuar el territorio prusiano, exigida como preliminar indispensable de cualesquiera negociaciones. Napoleon dejó repetir que se habia censurado al príncipe Kourakin vivamente, que en materia de evacuacion solo se pedia la del territorio ruso, y que si los franceses querian repasar no el Vistula y el Oder, sino el Niemen tan solo, prometia negociar con franqueza, con cordialidad y con deseo de entenderse; que la corte de Rusia no habia aun contraido ningun compromiso con Inglaterra, sobre lo cual hacia empeñar Alejandro su palabra de hombre y de soberano; y que por consiguiente, segun todas las probabilidades, se volveria á la anterior buena inteligencia; pero que, si esta condicion no era admitida, el czar, en nombre de su nacion, adquiria el compromiso, cualesquiera que fuesen los azares de la guerra, de no entrar en tratos mientras quedara un solo francés en el territorio de Rusia.

Napoleon oyó este lenguaje sin enojo, como hombre que tiene el sentimiento de su fuerza y abrazado ya su partido. Respondió que ya era tarde para venir á parlamentos, y que le era imposible repasar el Niemen. Y reprodujo su dicho de costumbre, que se habia armado porque se habia ar-

mado en su contra; que armando y todo, quiso negociar, á lo cual se negó la Rusia; que despues de anunciar el envio á Paris de Mr. de Nesselrode, nada se habló de esto; que ademas, se lió á Mr. de Kourakin la mision de exigir una condicion deshonrosa, la de repasar el Vistula y el Oder; que apenas se podrian proponer tales cosas al gran duque de Baden; que finalmente, para coronar esta conducta, Mr. de Kourakin habia persistido en reclamar sus pasaportes, y que Mr. de Lauriston habia sufrido un desaire, cuando solicitó el honor de trasladarse adonde se hallaba el emperador Alejandro; que entonces se colmó la medida, y el ejército francés debió cruzar el Niemen.

Mr. de Balachoff no se hallaba bastante instruido de los hechos para responder á estas aserciones con la verdad sencilla. Contentóse con repetir que su soberano deseaba la paz, y que libre de todo compromiso, aun podia celebrarla bajo las condiciones que desde 1807 mantuvieron la mas perfecta inteligencia entre ambos imperios. —Creo, dijo Napoleon, que sois libres respecto de los ingleses, pero pronto vendrá la avenencia. Un solo correo bastará para ponerse de acuerdo y estrechar los vinculos de la nueva alianza. Ya hace tiempo que vuestro emperador ha empezado á avenirse con Inglaterra; tiempo hace ya que he visto producirse en su politica este movimiento. ¡Cuán excelente reinado pudo ser el suyo! No necesitaba mas que entenderse conmigo... Le he dado la Finlandia (grave falta de que nunca debió Napoleon vanagloriarse); le he prometido la Moldavia y la Valaquia, y ya iba á obtenerlas; pero de repente se deja circundar por mis enemigos y aun se ro-

dea exclusivamente de ellos: vuelve en mí contra las armas que solo debía esgrimir contra los turcos, y lo que ha ganado es no poseer la Moldavia ni la Valaquia. Hasta se dice, añadió Napoleon en tono interrogatorio, que habeis firmado la paz con los turcos sin obtener estas provincias.—Habiendo respondido Mr. de Balachoff afirmativamente, afectado Napoleon con viveza, aunque sin manifestarlo, continuó de este modo.—Por consiguiente vuestro soberano no poseerá estas hermosas provincias; y sin embargo, las hubiera podido agregar á su imperio, y bajo un solo reinado se extendiera así la Rusia desde el golfo de Bothnia hasta las bocas del Danubio. Catalina la Grande no hizo tanto. Todo esto lo hubiera debido á mi amistad, y él y yo tuviéramos la gloria de vencer á los ingleses, ya reducidos á los últimos apuros. ¡Ah, cuán magnífico reinado, repitió Napoleon muchas veces, pudo ser el de Alejandro! Pero ha preferido rodearse de mis enemigos. ¡A su lado ha llamado á un Stein, á un Asmfeld, á un Wintzigerode, á un Benningsen! ¡Stein, expulsado de su país; Asmfeld, un intrigante y un perdido; Wintzigerode, súbdito rebelde de Francia; Benningsen, algo mas militar que los otros, pero incapaz, que nada supo hacer en 1807, y que solo trae horribles recuerdos á la memoria de vuestro soberano! ¡Recurrir á tales gentes, y colocarlas tan cerca de su persona!... En buen hora si tuvieran suficiencia; pero tales como son, no sirven para el gobierno ni para el combate. Se dice que Barclay de Tolly sabe algo mas que los otros; nadie lo creería á juzgar por vuestros primeros movimientos. ¿Y qué hacen todos? Mientras Pfuhl propone, Asmfeld contradice, Benningsen examina,

Barclay, encargado de ejecutar, no sabe que concluir, y así pasa el tiempo sin hacer nada. Solo Bagration es un militar verdadero, de talento escaso, pero tiene experiencia, golpe de vista, arrojo... ¿Y qué papel se hace representar á vuestro soberano en medio de esa barahunda? Se le compromete, se hace que pese sobre sus hombros la responsabilidad de todas las faltas. Un soberano, solo cuando es general debe hallarse al frente de sus tropas. Cuando no lo es, debe alejarse y dejar que obre libremente un general responsable, en lugar de ponerse á su lado para contrariarle y echar toda la responsabilidad sobre su cabeza. Fijaos en vuestras primeras operaciones: ocho dias hace que se abrió la campaña, y no habeis sabido defender á Wilna: vuestras fuerzas se hallan cortadas, y estais expulsados de vuestras provincias de Polonia: vuestro ejército se queja y murmura, y con fundamento. Además, conozeo vuestras fuerzas, pues cuento vuestros batallones tan exactamente como los míos. Aquí en línea solo me podeis oponer doscientos mil hombres, y mis fuerzas son triples, como que os empeño mi palabra de honor sobre que del lado de acá del Vistula tengo quinientos treinta mil soldados. Los turcos no os serán de utilidad alguna; para nada son buenos y lo acaban de probar firmando la paz con vosotros. Destinados están los suecos á ser regidos por personas extravagantes. Un rey tenían loco; lo cambian, y toman otro no menos demente, pues forzoso es estarlo para que se os una quien se llama sueco, ¿y qué son en suma todos esos aliados juntos? ¿Qué pueden todos ellos? Muy distintos aliados tengo yo en los polacos: ochenta mil son, y se baten con rabia, y serán

doscientos mil en breve. Me voy á apoderar de todas vuestras provincias polacas: quitaré á todos los deudos de vuestra familia reinante cuanto aun les quedaba en Alemania, y á todos os los enviaré sin corona y sin patrimonio. Hasta borraré del mapa de Alemania á la Prusia, si llegareis á conmovierla, y os daré por vecino un enemigo jurado. A arrollaros voy mas allá del Bvina y del Dnieper, y á restablecer contra vosotros una barrera, derribada por culpa y por ceguedad de la Europa. Hé ahí lo que habeis ganado con romper conmigo y dejar mi alianza. ¡Cuán hermoso reinado, dijo Napoleon de nuevo, pudo ser el de vuestro soberano! (1).

Trabajando Mr. de Balachoff por contenerse, respondió respetuosamente, que al reconocer la bizzarria de los ejércitos franceses y el superior talento de su caudillo, no desesperaba todavía del resultado para los rusos de la lucha en que se les empeñaba, pues se batirían con bríos y hasta desesperadamente, y Dios les protegeria sin duda en una guerra que tenían por justa, pues, según repetia de continuo, no la habían buscado de ningun modo. Interrumpida fué al poco tiempo la conversacion despues de girar casi sobre los mismos temas, y Napoleon dejó á Mr. de Balachoff, para montar á caballo, convidándole á comer aquel mismo dia.

Luego de volver al alojamiento donde se hospede-

(1) Siempre fiel á la costumbre de no admitir discursos, cuya sustancia por lo menos no sea exacta, no reprodujera yo este dialogo sin tener á la vista el manuscrito muy curioso é imparcialísimo á todas luces, en que Mr. de Balachoff refirió esta entrevista, muy distinto de un interesante folleto publicado en su nombre, si bien solo contiene esta relacion en compendio.

daba y de admitir á Mr. de Balachoff á su mesa, tratóle bienévolamente, si bien con familiaridad á menudo ofensiva; y obligóle muchas veces á defender á su soberano y á su patria. Repetidamente le habló de Moscou, del aspecto de la ciudad, de sus palacios, de sus templos, al modo que un viagero, que va á un pais, se informa de los que están de retorno. Habiéndole hablado hasta de los diversos caminos que conducian á Moscou, herido Mr. de Balachoff en lo mas vivo, le respondió que habia muchos, que la eleccion dependia del punto de partida, y que entre ellos habia uno que pasaba por Pultawa. Haciendo Napoleon versar la conversacion sobre los muchos conventos que se encontraban en Polonia, y especialmente en Rusia, dijo que estos eran tristes sintomas del estado de un pais, y denotaban su civilizacion atrasada. Mr. de Balachoff repuso que cada pais tenia sus instituciones peculiares, y que lo que se acomodaba á uno podia no convenir á otro. Insistiendo Napoleon y sustentando que esto dependia menos de los lugares que de los tiempos, y que al siglo actual no le convenian conventos, irritado Mr. de Balachoff nuevamente, repuso que efectivamente el espíritu religioso habia desaparecido casi de toda Europa, si bien aun quedaba en dos paises, España y Rusia. Esta alusion á las resistencias que habia encontrado en España y á la que podia hallar en otra parte, desconcertó algun tanto á Napoleon, quien á pesar de su talento prodigioso, tan rápido en la conversacion como en la guerra, no supo que responder. Así como la extremada opresion provoca la rebeldia, el talento eminente, que abusa de su superioridad, halla á veces justos dichos pican-

tes, á los cuales no encuentra réplica para su castigo. Cuantas personas juiciosas habia en torno de Napoleon, deploraron el lenguaje usado con Mr. de Balachoff y temieron sus consecuencias. Conociólo Napoleon de igual modo, y terminada la comida, cogió á Mr. de Balachoff aparte, le habló mas formal y dignamente, le dijo que estaba dispuesto á hacer alto y á entrar en negociaciones, si bien á condicion de que se le abandonarían las antiguas provincias polacas, esto es, la Lithuania, si no como posesion definitiva, á lo menos como ocupacion momentánea. Interin durasen los tratos; que haria la paz á condicion de una cooperacion absoluta y sin reserva de Rusia contra Inglaterra; que de otro modo seria necedad hacer alto, y perder los dos meses que le quedaban para sacar de la abierta campaña los resultados que se prometia. Ademas protestó de sus buenos sentimientos hacia la persona del emperador Alejandro; atribuyó la culpa del desacuerdo entre ambos imperios á los zizaños que rodeaban á aquel soberano; despidió en seguida á Mr. de Balachoff amistosamente, é hizo que se le dieran sus mejores caballos, para conducirle hasta donde estaban las avanzadas.

Estas contemplaciones tardias no alcanzaban á reparar el mal ya hecho. Sin ser Mr. de Balachoff narrador malévolo, tenia que referir, para ser exacto, una porcion de especies que debian ofender profundamente á Alejandro y de convertir una disputa política en una disputa personal. Mas tarde tuvo Napoleon la prueba de ello. Asi, poseyendo el arte de seducir en grado sumo, cuando se tomaba el trabajo de apelar á este medio, sin peligro no se podia hallar en presencia de hombres con

quienes hubiera de entrar en tratos, tan violenta y tan difícil de refrenar se habia hecho en él la irascibilidad de la omnipotencia. Su célebre conversacion con lord Witworth en 1803 acredita que este mal era añejo; pero la que acababa de tener con Mr. de Balachoff, y la que tuvo con el príncipe Kourakin el último verano, demuestran que el mal se habia aumentado singularmente, bajo la influencia de no interrumpidos triunfos.

Mr. de Balachoff partió sin demora, una vez mas vió á Murat en las avanzadas, hallóle siempre lleno de donaire, cariñoso, protestando contra esta nueva guerra, defendiéndose de toda pretension al reino de Polonia, procurando hacer su paz personal con Alejandro, al par que le iba á combatir briosamente en todos los campos de batalla de Rusia.

Mientras Napoleon atendia á los cuidados que acabamos de enumerar en Wilna, los ejércitos rusos y franceses continuaban sus movimientos. Los seis cuerpos de infantería y los dos de caballería de reserva del general Barclai de Tolly pusiéronse en camino hacia el Dwina; los mas cercanos, que daban frente á nuestra izquierda, marchaban allá en derechura, los otros, situados hácia nuestra derecha, tenian que ejecutar un movimiento circular en torno de Wilna, forzando al paso para que el mariscal Davout no los cortara. Haciéndose mas violento en el estado mayor ruso el plan atribuido al general Pfluh de la division en dos ejércitos, y no sabiendo aquel oponer á las objeciones que se le hacian mas que arranques de mal humor ó el desdenoso silencio de quien hacia alarde de genio desconocido, vióse obligado el emperador Alejandro á

ceder ante la sublevacion de los ánimos, y á enviar al príncipe Bagration, además de la instruccion para replegarse sobre el Dnieper, la de dirigirse á Minsk á toda prisa, con el fin de que pudiera incorporarse al ejército principal, cuando se juzgara necesario.

A consecuencia de estas órdenes diversas, cada cual marchó lo mejor y mas pronto que pudo. Los tres cuerpos de Barclai de Tolly situados á nuestra izquierda, los de Wittgenstein, Bagowouth y de la Guardia, que al principio se hallaban en Rossiena, en Wilkomir, en Wilna, se habian retirado en direccion de Drisa sin obstáculo alguno, seguidos tan sólo por los mariscales Macdonald, Oudinot y Ney. Sin embargo uno de ellos, segun se ha visto, fué no poco encantado por el mariscal Oudinot en Dewetowo. Su movimiento, gracias á su posicion y á la delantera que llevaba, se terminó sin dificultades, á pesar de la persecucion de nuestra caballería. Los cuerpos de Touczkoff y de Schonvaloff, situados el primero en Nowoi-Troki, el segundo en Olkeniki, uno y otro á la derecha de Wilna (la derecha con relacion á nosotros), se pusieron en marcha el 27 de junio, vispera del dia de nuestra entrada en Wilna, tuvieron tiempo de retirarse, y pudieron sustraerse á nuestra persecucion antes de que la caballería de los generales Pajol y Bordessoulle y la infantería del mariscal Davout consiguiesen darles alcance. Sin embargo, hallándose en Orani la retaguardia del cuerpo de Schonvalof, no pudo traspasar á tiempo el camino de Ochmiana á Minsk, que seguia el mariscal Davout, y quedó entre este y el Niemen errante y procurando unirse al hetman Platow y refugiarse

al lado de Bagration en su compañía. Por último restaba el 6.º cuerpo, el del general Doctoroff y el 2.º de caballería del general Korff, llevados mas lejos hácia nuestra derecha, por Lida, y necesitando correr mas circuito para girar en torno de Wilna. Despachada para ellos como para los demas cuerpos la órden de retirarse el 26 de junio, les llegó el 27, se pusieron inmediatamente en camino y marcharon sin descanso hácia Ochmiana y Smorgoni. El vigilante y bravo Doctoroff, ya conocido y estimado por nuestro ejército, dirigía su movimiento. No perdió instante, así el 29 traspuso el camino de Wilna á Minsk, y llegó el 30 á Donachevo, sin dejar tras de sí mas que bagages y retaguardias, acosadas por los generales Pajol y Bordessoulle con viveza. En marcha se volvió á poner el 4.º de julio, para incorporarse al grande ejército de Barclai de Tolly, forzando el paso.

Tal era el estado de las cosas el 1.º de julio. A nuestra derecha no habia mas que algunos destacamentos de Doctoroff, la retaguardia del cuerpo de Schonvaloff á las órdenes del general Dorokoff, el hetman Platow con ocho ó diez mil cosacos, sin mas recurso unos ni otros que replegarse sobre Bagration, siguiendo á lo largo del Niemen.

Partido de Wilna el mariscal Davout para sostener la caballería de los generales Pajol y Bordessoulle, y estorbar la retirada del príncipe Bagration sobre el Dnieper, caminó tan de prisa como pudo, y sin embargo no llegó á tiempo de dar á los generales Pajol y Bordessoulle la fuerza que necesitaban para encantar el cuerpo de Doctoroff, y continuó marchando sobre Minsk, bien convencido de cuanto tenia que hacer contra el príncipe

Bagration, separado de Barclai de Tolly de todos modos.

En este pais de selvas y pantanos, ya muy oscuro de suyo, y cuyos habitantes no contribuian á disipar la oscuridad por escasos y poco inteligentes, circulaban los rumores mas contradictorios, y tan pronto designaban las tropas, con que se acababa de tropezar, diciendo ser los restos del ejército de Barclai de Tolly, como la cabeza del de Bagration, que se adelantaba con ochenta mil hombres, segun unos, con cien mil, segun otros. Gracias á la experiencia de su oficio y á su firmeza de carácter estaba exento el mariscal Davout de un defecto tan comun y peligroso en la guerra como el de abullarse los objetos. Despues de marchar adelante el 2 y 3 de julio hasta Volosjin, mitad de camino de Wiina á Minsk, recogiendo atentamente y sin perturbarse las noticias de los prisioneros, de los habitantes, de los párrocos, distinguió claramente que á su izquierda se le habia escapado un cuerpo, el del general Doctoroff, y que retaguardias de infanteria y caballeria, cortadas de sus cuerpos principales, andaban errantes hácia su derecha por los bosques, donde seria posible encerrarlas y cogerlas, marchando contra Bagration. ¿De qué fuerza disponia este? Davout lo ignoraba. Realmente Bagration tenia unos cincuenta mil hombres, y si se reforzaba con la retaguardia de Dorokoff, fuerte de tres mil infantes y de ocho mil cosacos de Platow, estaba en aptitud de juntar sesenta y cinco ó setenta mil combatientes.

Segun las indicaciones generales, calculo Davout á Bagration por lo menos sesenta mil hombres, cuarenta mil de ellos de infanteria. En este

pais cubierto de maleza, donde se le alcanzaba ser muy fácil la defensiva, no temia el mariscal encontrar cuarenta mil rusos de infanteria, pudiendo oponerles solo veinte mil con la division de Compans, que dirigia personalmente sobre el camino de Uchmiana, con la division de Dessaix que estaba sobre el de Lida, y que por un movimiento transversal se podia atraer muy pronto. Aun hubieran debido suministrarle estas dos divisiones veinte y cuatro mil hombres de infanteria; pero los ilirios, anséatas, holandeses, y especialmente los reclutas languidecian por los caminos ó lo saqueaban todo á su paso. No tenia pues más que diez y ocho ó veinte mil infantes, si bien eran de los mejores. De caballeria llevaba mas que le hacia falta, es decir, los húsares y los cazadores de los generales Pajol y Bordessoulle, los coraceros de Valencia destacados del cuerpo de Nansouthy, y finalmente el cuerpo entero de Groachy, separado momentáneamente del príncipe Eugenio, y lanzado por Napoleón en direccion de Groduo para establecer una comunicacion con el rey Geronimo. Toda esta caballeria tuvo orden de obedecer al mariscal Davout, y podia presentar diez mil ginetes. En pais tan bravo preferiria Davout tres ó cuatro mil hombres de infanteria á la mas hermosa caballeria.

Con todo se adelantó sobre Minsk, no teniendo ningun recelo de encontrar al príncipe Bagration, haciéndose fuerte por el contrario para contenerle é impedirle ganar el Dnieper, aunque no lisonjándose de envolverle y aprisionarle con tan poca gente. Por lo demas ya era importantísimo resultado el de oponer obstáculos á su marcha, pues

asi se le iba á obligar á descender de nuevo hácia los pantanos de Pinsk, y si el rey Gerónimo, que habia debido pasar el Niemen por Grodno, avanzaba rápidamente con los setenta ó setenta y cinco mil hombres de que disponia, se tenia la probabilidad de copar al segundo ejército ruso. Davout dió parte de esta situacion á Napoleon y de su resolución de penetrar sobre Minsk en derechura, á pesar de las fantasmas de que iba rodeado por aquel camino, le pidió que le enviara apoyo, ya hácia su izquierda contra un retroceso ofensivo de las columnas que se le habian escapado, ya á su espalda para que pudiese detener al príncipe Bagration por sí solo, si era necesario. Al mismo tiempo escribió al rey Gerónimo para que acelerara el paso y extendiera el brazo hácia Ivié ó Volosjin, puntos sobre los cuales era posible darse la mano, y finalmente para que no omitiera nada por realizar una incorporacion que prometia tan excelentes resultados.

Así se adelantó el intrépido mariscal los dias 3, 4 y 5 de julio de Volosjin sobre Minsk, ora tropezando directamente con la columna fugitiva de Dorokoff, ora encontrando sobre su derecha á los cosacos de Platow, que se designaban siempre como la cabeza del ejército de Bagration. Conociendo á pesar de todo que, según se acercaba á Minsk, crecia el peligro, y viendo ensancharse tambien la distancia que le separaba de sus refuerzos, multiplicó los reconocimientos sobre su derecha para saber exactamente qué caballeria era aquella que corria por todos lados, si era el mismo cuerpo de Bagration por ventura, y si habria modo de comunicarse con el rey Gerónimo. Así acabó por retar-

dar algo su marcha, y se detuvo entre Volosjin y Minsk dia y medio para tener tiempo de incorporarse la division de Dessaix, así como la caballeria de Grouchy lanzada á gran distancia, y para entrar en Minsk á la cabeza de sus fuerzas reunidas.

Entretanto Napoleon recibió las demandas de socorro que el mariscal Davout le dirigia. Estas demandas eran fundadas, pues, si con veinte mil hombres de infanteria y diez mil de caballeria no temia Davout encontrar doble número de fuerzas en un pais favorabilísimo á la defensiva, teniendo tan reducidas estaba obligado á ser circunspecto, á avanzar con precaucion, á hacer reconocimientos por derecha é izquierda y á perder así un tiempo precioso. Con dos divisiones mas siguiera adelante en derechura, sin darle cuidado de que el rey Gerónimo pudiera incorporársele: si detenerse corriera á Minsk, de Minsk al Berezina, del Berezina al Dnieper, hasta que tomara al príncipe Bagration la delantera. Llegando el rey Gerónimo de seguida, se envolviera al príncipe georgiano, y probablemente se le hiciera lo que al general Mack en Ulm. Tan gran resultado era este que valia la pena de que se le sacrificasen cualesquiera combinaciones. Mas para obtenerlo de seguro se necesitaba que el mariscal Davout pudiera marchar de prisa, para marchar de prisa que pudiera marchar sin precauciones, que tuviera fuerzas bastantes, y que no estuviera obligado á esperar una incorporacion dudosa.

Ocupado Napoleon á la vez en muchas combinaciones, descuidó estas consideraciones por desgracia. Ya lo de cortar á Bagration de Barclai de Tolly le parecia efectuado ó punto menos. Envol-

verle y aprisionarle parecia un apetecible y magnifico triunfo; pero habia encargado á su hermano Gerónimo que pasara el Niemen con setenta y cinco mil hombres por Grodno, y calculaba, salvo dos ó tres días de tardanza, que la union del mariscal Davout con el rey de Westfalia era casi infalible; que debiendo reunir estos dos gefes cerca de cien mil hombres acabarian con Bagration, envolviéndole y aprisionándole, ó batiéndole de plano. De consiguiente creyó haber hecho bastante por este lado del inmenso campo de batalla, sobre el cual su prevision se ejercitaba. Ahora meditaba una combinacion digna de su vasto genio, la cual debia entregar al mismo Barclai de Tolly en sus manos, al modo que Bagration seria entregado á Davout y al rey Gerónimo, lo cual podria producir el fin de la guerra de un solo golpe. Entrado el 28 de junio en Witna, y habiendo ocupado diez días en reunir sus tropas y en reorganizar sus equipages, se lisonjeaba de poder partir de alli el 9 de julio. Habia imaginado dirigirse hácia el Dwina sobre el campo de Drisa, y, mientras Oudinot y Ney llamaran la atencion de Barclai de Tolly con cerca de sesenta mil hombres, pensaba maniobrar detrás de ellos, trasladarse á la derecha con las tres divisiones restantes de Davout, con la Guardia, con el principe Eugenio, con la caballeria de Murat, cruzar súbito el Dwina sobre la izquierda del enemigo hácia los alrededores de Polosik, por ejemplo, punto en que es muy fácil de cruzar este rio, envolver al grande ejército ruso en su campo de Drisa, cortarle á la vez de los caminos de San Petersburgo y de Moscou, y no dejarle asi mas arbitrio que abrirse paso ó rendir las armas. Al plan

de una retirada indefinida, que habia descubierto perfectamente en los rusos, no le era dado oponer una combinacion mas sabia y terrible; y todas las eventualidades estaban de su parte con las fuerzas de que disponia y con su arte de maniobrar ante el enemigo.

Con efecto, aun despues de las marchas ejecutadas y de las deserciones sufridas, Oudinot y Ney contaban mas de cincuenta mil hombres, treinta mil las tres divisiones de Davout retenidas, veinte y seis mil la Guardia, tras un desfalco producido por lo que se dirá en breve, setenta mil el principe Eugenio, y quince mil Murat. Era una fuerza total de cerca de doscientos mil hombres, que contenia lo mejor del ejército. Si Napoleon empleaba sesenta mil hombres en ocultar su movimiento, le quedaban ciento cuarenta mil para pasar el Dnieper por la izquierda de Barclai de Tolly, y para envolverlo y destruirle. Seguro parecia el resultado, y se concibe que inflamara la imaginacion poderosa de Napoleon.

Solo habia un error, el de querer llevar á la vez todos los objetos á cabo. Posible era que, por dar alcance á Barclai de Tolly, se librara Bagration, como lo era que, por caer sobre Bagration, se escapara Barclai de Tolly. Necesitárase optar de consiguiente, y asegurarse ante todo de la destruccion del uno, sin perjuicio de dedicarse de seguida á la destruccion del otro. Reservándose doscientos mil hombres, número que para la operacion principal no era excesivo, sin duda Napoleon concediera al mariscal Davout fuerzas bastantes para la operacion secundaria, dejándole cien mil hombres, si los tuviera á mano. Pero de estos cien

mil hombres, setenta mil á las órdenes del rey Gerónimo debían haber pasado el Niemen por Grodno, y tenían que ejecutar una travesía de mas de cincuenta leguas para unirse al mariscal Davout por entre un país cubierto de selvas y espantosos pantanos.

Contando con esta incorporacion á pesar de todo, no quiso desprenderse de las tres divisiones del primer cuerpo, que eran las de Morand, Friant y Gudin, temiéndolas en mas que a la misma Guardia; y deseando tambien dar al mariscal Davout un refuerzo que le permitiera subsistir por sí solo, mientras la incorporacion del rey Gerónimo se efectuaba, destacó de la Guardia á la division de Claparede, compuesta de los famosos regimientos del Vistula y los lanceros rojos á las órdenes del general Colbert. Hermosa tropa era la de la division de Claparede, si bien, completada al entrar en Polonia con quintos, era de temer que se hallase reducida de seis ó siete mil hombres á cuatro ó cinco mil de infantería, esto es de veteranos: por lo que atañe á los lanceros rojos, no eran mas de mil seiscientos caballos. Aunque limitado á seis mil hombres de todas armas, no era menos útil este refuerzo, á causa de su valer sobre todo. No envió al mariscal Davout mas auxilio; pero hizo muchas excitaciones al rey Gerónimo para comprometerle á marchar mas de prisa, y aprestóse personalmente á ponerse en movimiento el 9 ó 10 de julio, para comenzar la operacion decisiva, que habia meditado contra Barclai de Tolly.

Seguro el mariscal Davout de juntar con la division de Claparede y los lanceros rojos veinte y cuatro mil hombres de infantería y once mil caba-

llos, sabiendo que estaba cubierto á su izquierda por el principe Eugenio, no experimentó ninguna inquietud respecto de lo que pudiera encontrar por delante. Habiendo resistido tiempos antes con veinte y dos mil franceses á setenta mil prusianos, en los campos abiertos de Awerstaedt, no temia encontrar con treinta y cinco mil hombres á sesenta mil rusos en un país sembrado de obstáculos de toda especie, donde se podia detener á un ejército detras de un bosque, un pantano ó un puente cortado.

El Niemen, que desde Grodno á Kowno corre directamente hacia el Norte, presenta mas arriba de Grodno una direccion diferente del todo, pues desde Neswij á Grodno corre de Este á Oeste, describiendo mil rodeos. Marchando el mariscal Davout hacia el Este y declinando algo al Sur, dejaba este rio á la derecha. Del principe Bagration y del rey Gerónimo estaba separado por las numerosas sinuosidades de su curso. Habiendo repelido en virtud de fuertes y frecuentes reconocimientos mas allá del Niemen á la caballería enemiga, que habia divisado completamente sobre su derecha, atrajo á sí á la division de infantería de Dessaix, y á toda la caballería de Grouchy, y se adelantaba sobre Minsk en masa compacta. Contando cerca de treinta y cinco mil hombres á sus órdenes, no vaciló en seguir adelante, y entró en Minsk el 8 de julio por la noche con una simple vanguardia.

Bien le salio marchar sobre Minsk francamente y tan de prisa, pues expulsados á tiempo los cosacos por nuestra caballería ligera, no tuvieron espacio para destruir los almacenes de esta ciudad. Allí encontró el mariscal, hallazgo á la sazón

de grande precio, una provision de tres mil seis-
cientos quintales de harina, trescientos quintales
de harina de avena, veinte y dos mil fanegas de
avena en grano, seis mil quintales de heno, quin-
ce ó veinte barricas de aguardiente. Ademas se
encontraron un establecimiento, donde se podian
cocer hasta cien mil raciones al dia, medios para
reparar el vestuario, las monturas, y mucho celo
por la independenciam polaca, al modo que en todas
las grandes ciudades. Felices eran estas circuns-
tancias para el mariscal Davout, cuyo cuerpo no
habia tenido dos dias enteros de descanso desde el
24 de junio, marchando de Kowno á Wilna, de
Wilna á Minsk de continuo. Apresuróse el maris-
cal á aprovecharse de todo, pues aun entre sus
tropas, tan fuertemente organizadas, el desórden
habia llegado á su colmo. Detrás venian la tercera
parte de sus soldados, los caballos carecian de
fuerzas y con especialidad el regimiento 33.º de
ligeros, holandés segun hemos dicho, habia que-
dado casi todo á la espalda, ocupado en el saqueo.
No era hombre para ablandarse, por grandes que
fueran las excusas que se pudieran hacer valer en
favor de aquellos soldados extenuados. Juntó las
compañias de preferencia, pasólas revista, les di-
jo que con ellas contaba para dar buen ejemplo,
les testificó la satisfaccion que le inspiraba su ex-
celente conducta, pues, con muy contadas excep-
ciones, los capitanes tenian razones valederas que
alegar respecto de cada rezagado, concedió elo-
gios y recompensas á los mas dignos, pero encon-
trando las compañías de preferencia del regimien-
to 33.º muy incompletas, las hizo desfilar en la pa-
rada con las culatas hácia arriba, anunció el

pronto licenciamiento del regimiento, si no tenia
mejor porte, y siempre implacable con los pillos,
mandó fusilar inmediatamente á cierto número de
hombres que en Minsk probarean saquear muchas
tiendas.

Su severidad, censurada por algunos gefes,
aplaudida por otros, motivada de todos modos por
las circunstancias, produjo una impresion saluda-
ble, tranquilizó á los habitantes, intimidó á la gen-
te perdida, y sin restituir las fuerzas á los solda-
dos rendidos de fatiga, ni la buena voluntad á los
que no la tenian para tal guerra, despertó el sen-
timiento del deber en las masas, empezadas á con-
taminar por el mal ejemplo, la aficion al saqueo,
y la impunidad asegurada en la espesura de los
bosques. Por fortuna las provisiones de cereales
halladas en Minsk estaban en harina, y el maris-
cal solo tuvo que mandar amasar y cocer pan. Pro-
porcionóse raciones para diez dias, dió avena á los
caballos, y todo lo puso en órden en sus tropas, á
fin de emprender nuevas marchas.

Entrando en Minsk el 8 por la noche con su
vanguardia, no habiendo juntado sus divisiones
hasta el 9, dejolas el 10 algo restablecidas, y hu-
biera proseguido su movimiento, si la situacion en
torno suyo no fuera de las mas ambiguas, y no re-
quiriera nuevas luces antes de ir mas lejos. Ya en
Minsk, dando algunos pasos mas, podia llegar al
Berezina, y torciendo algo á la derecha, dirigirse
bajo los muros de Bobruisk, plaza fuerte que
dominaba el paso del Berezina, ó bien, rompiendo
hácia adelante, trasladarse á orillas del Dnieper á
Mohilew. Uno de estos dos movimientos, el mas
corto ó el mas largo, habia que emprender, segun

se calculara que el príncipe Bagration nos llevaba mas ó menos delantera. Ahora bien, de los informes recogidos de boca de los prisioneros, de los judíos, de los curas, unos deseosos de decir la verdad ignorándola, otros conociéndola y no queriendo descubrirla, resultaba que primeramente el príncipe Bagration, se adelantó hasta el Niemen hacia Nicolajef, y que despues de allegar las fuerzas de Dorokoff y Platow, se replegó hacia la pequeña aldea de Neswij, en el camino de Grodno á Bobruisk, que era el camino natural del ejército del Dnieper. Por tanto era posible detener al príncipe Bagration en Bobruisk mismo, sobre todo si el rey Gerónimo llegaba á tiempo, no debiendo tardar ya en aparecer por aquel punto, aunque solo se tenían de él noticias muy vagas. Con efecto sí, marchando sobre Bobruisk por Inghoumen, se llegaba á detener al príncipe Bagration al paso del Berezina, mientras el rey Gerónimo le asaltara por la espalda, se le podia envolver de tal modo que no tuviera mas que los pantanos de Pinsk por asilo. Al contrario, corriendo hasta el Dnieper para interceptar su marcha en Mohilew, se aumentaba con la distancia la incertidumbre del buen suceso. Podia suceder efectivamente que, detenido en Mohilew, se encaminara el general ruso mas hácia abajo y pasara el Dnieper junto á Rogaczew, y era dudoso que á tal distancia se hallase el rey Gerónimo exactamente á su espalda, y le estrechase bastante de cerca. En suma el círculo, en que se aspiraba á encerrarle, se habia agrandado, y le quedaban mas puntos de escape. Así el mariscal Davout resolvió aguardar aun uno ó dos dias para determinar lo que parecia mas conveniente, pre-

paraado á mayor abundamiento su marcha sobre Inghoumen, marcha que le aproximaba igualmente á Mohilew y á Bobruisk, dos objetos de los cuales se necesitaba lograr uno ú otro.

Su enojo contra el rey Gerónimo, segun sucede á todo el que aguarda, era extremado, y no omitia comunicárselo á Napoleon, que lo trasladaba á este príncipe en términos violentos. En la vida comun, y mas aun en la militar, se fija uno en los propios apuros y no hace caso de los ajenos. Esto acontecia respecto del rey Gerónimo y de sus tropas. Se les echaba en cara su lentitud, mientras soldados y generales se extenuaban por no faltar al punto de reunion á donde se les llamaba. Con efecto, véase lo que les sucedió al paso del Niemen y posteriormente.

Partidos de los alrededores de Pultusk, y obligados á seguir el camino de Ostrolenka y Goniondz para dirigirse á Grodno por entre un pais pobre, donde era menester llevarlo todo consigo, por caminos donde toda carga algo pesada se atollaba hondamente, los polacos y los westfalianos, precedidos por los cuerpos de caballeria del general Latour-Maubourg, no sin gran trabajo llegaron á orillas del Niemen á fines de junio. Mientras se dirigian hácia Grodno, para pasar el Niemen por este punto, se trasladaba el general Reynier sobre su derecha con los sajones para desembocar por Bialistok, y el príncipe de Schwarzenberg con treinta mil austriacos llegaba de la Galitzia á Brezesc-Litowski. Despues de vacilar este príncipe en pasar el Bug, marchaba irresolutamente sobre Proujani, y se detenia allí de miedo de verse comprometido ante las fuerzas de Tornazoff, que se exageraban mucho.

Estrechado el rey Gerónimo por las órdenes reiteradas del emperador, llevando á la cabeza de su columna las excelentes tropas del príncipe Poniatowski, sacrificó mas de mil caballos de tiro para llegar cuanto antes á Grodno, y dejó además á muchos hombres rezagados, sobre todo reclutas de los regimientos polacos. Animados el 28 de junio los ginetes polacos ligeros de una verdadera rabia contra los rusos, llegaron á Grodno, y repelieron vivamente á los cosacos de Platow hácia el arrabal de esta ciudad, situada á la orilla izquierda del Niemen, por la cual llegabamos nosotros. Muy luego se apoderaron del arrabal mismo, é hicieron sus aprestos para cruzar el rio, ayudados por los habitantes á quienes llenaron de entusiasmo la presencia de sus compatriotas y la noticia de la reconstitucion de la Polonia. De repente el 29 de junio, Platow, que habia recibido orden de replegarse, evacuó á Grodno, y cruzando el Niemen la caballería ligera polaca, ocupó la ciudad y se apoderó de muchos bateles de granos, que se esforzaban por salvar los rusos, llevándoselos rio arriba. Sin tomar descanso la caballería ligera polaca, corrió al camino de Lida en observancia de las órdenes del cuartel general que prescribían darse la mano con el príncipe Eugenio, cuyo paso tuvo lugar por Preen, segun se ha visto.

Al dia siguiente, 30 de junio, llegó el rey Gerónimo con el resto de la caballería, dejando detrás á una ó dos jornadas á la infantería de su hueste. Sin levantar mano se puso á aprestar víveres para sus tropas, molidas de cansancio, y á las cuales no pudieron seguir sus convoyes. Habiendo envuelto la gran tempestad del 29 de junio á toda la Polo-

nia, hizo así en éste, como en los demas puntos del teatro de la guerra, impracticables los caminos, causó la muerte de algunos hombres, la desercion de muchos de ellos, y mató á numerosa porcion de caballos. Muy sensible la poblacion de Grodno, á semejanza de todas las grandes ciudades, ante la noticia de la independencia de Polonia y la presencia de un hermano del emperador, prorumpió en muchas aclamaciones, celebró fiestas, y obsequió al jóven rey de Westfalia con banquetes y bailes. Prestóse el príncipe á estos agasajos, bien que sin perder el tiempo, pues mientras sus columnas llegaban los dias 1, 2 y 3 de julio, nada descuidaba á fin de tener que repartirlas, y trataba de proporcionarse algunos quintales de pan, cuya adquisicion y cuyo transporte especialmente no bastó á facilitar toda la alegría de los habitantes de Grodno. Durante este espacio, las cartas de Napoleón, que no queria reconocer las dificultades ajenas, al paso que se fijaba en las suyas hasta el extremo de hacer una larga mansion en Wilna, llegaban unas tras otras al rey Gerónimo con cargos tan injustos como humillantes sobre su lentitud, su incuria y su aficion á los placeres. Aun cuando Gerónimo veía perecer hombres y caballos á fuerza de marchas rápidas en torno suyo, no dejó de despachar sus columnas al camino de Minsk, dando solo á cada una de ellas un dia de descanso, pues hacia partir el dia 3 las que habian llegado el 1.º, el 4 las que llegaron el 3, y así sucesivamente. Por Tzicoutzin, Joludeck, Novogrodek, se dió á perseguir el ejército de Bagration, cuya fuerza engrosaba la imagnacion polaca hasta el extremo de calcularle cien mil hombres.

El rey Gerónimo, que no tenía la experiencia del mariscal Davout para discernir la verdad á través de las exageraciones populares, se habia puesto en marcha con cierta aprension de lo que suceder pudiera, pero completamente atenido a las ordenes de su hermano, y ni dia perdió ni hora, recomendando de continuo al general Raynier, el cual se adelantaba paralelamente á él por Bialistok y Slonim, que acelerara el paso y se arrimase á la columna principal. Mas el principe Bagration llevaba seis ó siete marchas de delantera, y no era fácil alcanzarle. Con efecto, partiendo el general ruso el 28 de junio de Wolkowisk, tras la primera orden que le prescribia ganar las orillas del Dnieper, recibió otra en el camino, para que se aproximara á Barclai de Tolly en su movimiento de retirada, y trasladóse entonces á Nicolajef, á fin de pasar el Niemen por este punto, y operar despues en torno de Wilna el movimiento circular que habia salvado á Doctoroff. Allí recogió á Dorokoff y á Platow, quienes le noticiaron la llegada del mariscal Davout tras su huella, y con esta noticia, en vez de remontarse al Norte, declinó al sur para dirigirse por Nowogrodek, Mir y Neswij, á Brobruisk. Aun habiendo empleado dos dias en Neswij para dar descanso á sus tropas, extenuadas por el calor y las marchas, se hallaba en aptitud de partir de allí el 10 de julio, y fuera necesario que el rey Gerónimo llegara el propio dia para darle alcance. Ahora bien, esto era imposible. Desde Grodno á Neswij, pasando por Nowogrodek se contaban cincuenta y seis leguas, y habiendo salido el rey de Westfalia el 4 de Grodno, y andando siete leguas por dia durante ocho, lo cual era excesivo por ta-

les caminos y con tales calores, no podia estar en Neswij antes del 12. Todo el celo del mundo era impotente contra tamañas dificultades.

De continuo acosaba el principe á sus generales, aguijoneado como se hallaba por las cartas de su hermano. Estas lo decian, que habiendo debido llegar el 30 de junio á Grodno, debia hallarse en Minsk el 10 de julio, cerca del mariscal Davout, á lo cual respondia el principe, tocado en lo mas vivo, que, habiendo entrado en Grodno el 30 de junio con una simple vanguardia, no tuvo sus columnas de infanteria hasta el 2 y el 3 de julio, que le fué necesario atraer su caballeria ligera, enviada de reconocimiento sobre Lida, y preparar despues viveres, por lo cual no le fué posible partir hasta el 4; que el camino quedaba sembrado de hombres ahogados por el calor y de rezagados extenuados, y de convoyes abandonados por falta de caballos; que su caballeria vivia de milagro; que su infanteria se alimentaba con carne sin sal, sin pan y sin aguardiente, y que ya estaba diezmada por la disenteria de resultas de este alimento, del calor y de la fatiga.

Acosado así el rey de Westfalia por su intratable hermano, llegó el 10 de julio á Nowogrodek, catorce leguas distante de Bagration, que se hallaba en Neswij, y veinte del mariscal Davout, que estaba en Minsk. Siete leguas por dia habia andado durante seis, y no se le podia pedir mas de seguro. Aproximándose, el fantasma de Bagration habia tomado proporciones menos formidables, y los cien mil habian quedado reducidos á sesenta mil hombres, número todavía muy superior á las fuerzas del rey Gerónimo, pues de los treinta mil solo se

contaban ya veinte y tres ó veinte y cuatro mil polacos; de diez y ocho mil se disminuyeron hasta catorce mil los westfalianos, y de los diez mil ginetes de Latour-Maubourg, solo seis ó siete mil se mantenian sobre las armas, lo cual formaba un total de cuarenta y cinco mil soldados á lo sumo. A dos jornadas del cuerpo principal se hallaban los sajones, reducidos de diez y siete á trece ó catorce mil hombres. Por tanto el rey Gerónimo se podia encontrar delante de sesenta mil rusos con cuarenta y cinco mil polacos y westfalianos, estando los sajones muy lejos para podersele unir en tiempo oportuno. Fuerza es añadir que, si los polacos eran muy aguerridos y se sentian muy animados, con los westfalianos no sucedia lo propio. Sin embargo, temiendo el principe á su hermano mucho más que al enemigo, continuó avanzando á todo trance.

Habiendo corrido su caballería ligera el mismo dia 10 mas allá de Nowogrodek por el camino de Mir, descubrió la retaguardia de Bagration, compuesta de seis mil cosacos, de dos mil ginetes regulares, y de dos mil hombres de infantería ligera. El general Rozniecki con seis regimientos, unos de cazadores, otros de lanceros polacos, y que serian en totalidad tres mil ginetes, no pudo contener el ardimiento de su caballería, hallóse empeñado contra diez mil hombres, se batió con la mayor bravura, sostuvo mas de cuarenta cargas, dejó unos mil rusos fuera de combate, y vióse al fin libre por el general Latour-Maubourg, que acudió con la gruesa caballería.

Tal fué la conducta del rey Gerónimo hasta el 11 de julio. Aun no se habia podido comunicar el mariscal Davout con él, por una razon que se com-

prende facilmente. Este mariscal avanzaba por la derecha con sus reconocimientos hasta el Niemen, bien que sin atreverse á pasarlo; si al propio tiempo, avanzara el rey Gerónimo con los suyos sobre su izquierda y tambien hacia aquel rio, fuera muy posible un encuentro; pero totalmente ocupado este principe contra Bagration, dirigia sus reconocimientos cabalmente en sentido contrario, esto es, hacia su derecha y en seguimiento del enemigo. De consiguiente no habia manera de que encontrara á las patrullas del mariscal Davout. Por su parte este, que se hallaba en Minsk desde el 8 de julio, sentia agitado por una impaciencia, que expresaba á Napoleon de continuo, y no reprimiéndose éste ya envió á su hermano la orden de ponerse bajo el mando del mariscal Davout, tan luego como su union se efectuase. Al mismo tiempo expidió al mariscal esta orden para que pudiera hacer uso de ella en tiempo oportuno. Nada hubiera sido mas natural que poner á un jóven principe, aun llevando corona, á las ordenes de un veterano encanecido en el ejercicio de las armas; pero si hubiera sido natural una determinacion de esta especie al principio de la campaña, tomada fuera de tiempo, y á título de castigo, podia producir ages funestos, y comprometer todos los resultados que se querian salvar con ella.

En efecto, sin alteracion alguna de mando, con buena voluntad de unos y de otros, bien asegurada sin duda, podian llevarse perfectamente las combinaciones de Napoleon á cabo. Bagration, quieto en Neswij hasta el 11 de julio, decidióse por ultimo á bajar hacia Bobruisk, para evitar el encuentro del mariscal Davout, á quien creia superior en

fuerzas, para pasar el Berezina al amparo de aquella plaza, y para dirigirse luego al Dnieper. Con este designio encargó al general Raefiskoi que formara la vanguardia con el sétimo cuerpo ruso, y se encargó personalmente de formar la retaguardia con el octavo para hacer frente al rey Gerónimo, cuya caballería le apretaba demasiado. Saliendo de Neswij el 11, se hallaba el 12 en Romanow, y no se adelantó mas que hasta Slouck el 13. No podia estar en Bobruisk antes del 16, y bien necesitaba dos dias para juntar su gente, y cruzar el Berezina con todos sus equipages. Ahora bien, Gerónimo, llegado á Nowogrodek el 10 con la infantería polaca, se puso inmediatamente en camino para Neswij. Avisado de la presencia del principe Bagration sobre el camino de Bobruisk, de la del mariscal Davout en Inghoumen, estaba pronto á marchar y podia hallarse en Bobruisk el 17, esto es, á la hora en que el principe Bagration estaria aun en este punto, y mucho antes de que cruzara con todo el material el Berezina. Por su parte el mariscal Davout, teniendo sus avanzadas cerca de Inghoumen, podia hallarse en Bobruisk dentro de tres dias, llegando el 16 si partia el 13, el 17 si partia el 14, lo cual era hacedero. En este caso, desembocando Davout sobre Bobruisk por la izquierda del Berezina, al par que el rey Gerónimo se presentara por la orilla derecha, el primero con treinta y cinco mil hombres, el segundo con cuarenta y cinco mil sin los sajones, y con cincuenta y ocho mil, si se le incorporaban estos, era posible agobiar á Bagration y hacerle sufrir una verdadera derrota. Cierro es que el rey Gerónimo estaba separado del mariscal Davout por una region pantanosa y llena de

maleza y que por tanto eran difíciles las comunicaciones, y que era probable que solo junto á Bobruisk se pudieran dar la mano, estando separados por toda la masa del cuerpo de Bagration hasta entonces, y pudiendo lanzarse este con habilidad y energía sobre uno ú otro de los generales franceses. En cambio las tropas de Bagration estaban molidas de cansancio, quebrantadissimas por una retirada precipitada, al par que nada igualaba en valor á las del mariscal Davout y en animacion á las del principe Poniatowski. Bajo los ojos de su jóven rey manifestaban celo los westfalianos, y Reynier llegaba con los sajones, que eran excelentes. Razon habia, pues, en este momento para concebir las mas halagueñas esperanzas. Aunque el rey Gerónimo no se explicara muy claramente esta situacion, á la sazón bastante oscura, noticioso de que tenia al mariscal Davout cerca, y habiendo hallado algunas de sus patrullas de caballería, le escribió que estaba en Neswij, pronto á marchar sobre Bobruisk, y le invitó á dirigirse allí por Inghoumen, prometiéndole y prometiéndose de esta union los resultados mas felices.

Hasta el dia 12 operó el mariscal Davout en Minsk, no atreviéndose á ir mas adelante, porque solo tenia dos divisiones francesas de infantería. Finalmente, al saber el 13 por una carta de Gerónimo que este principe se hallaba en Neswij y estaba en visperas de juntarse bajo Bobruisk, no vaciló en emprender la marcha y determinó á partir el dia siguiente 14 para Inghoumen. Un descanso de tres dias habia repuesto y reunido á sus tropas, le habia permitido cocer pan, cargar carros de este alimento, y disponerlo todo para hacer nuevas

marchas forzadas. Queriendo al propio tiempo asegurar mas el concierto de todas las fuerzas que iban á hallarse juntas, no sintiendo tampoco reducir á la posición de subordinado suyo á un joven príncipe, de quien mas de una vez mostróse descontento durante su permanencia á orillas del Elba, le comunicó lo resuelto por Napoleon para el caso en que se juntaran los dos cuerpos de ejército, y tomando el papel de general en jefe le previno, bien que con mucho miramiento, que marchara por Neswij y Slouck sobre Bobruisk, mientras él iba por Inghoumen al mismo punto. En la propia carta le indicó algunos caminos de travesía, por los cuales se podrían dar la mano con auxilio de la caballería ligera.

Aunque habia cuatro dias de marcha para un ejército entre los cuerpos del rey Gerónimo y del mariscal Davout, para oficiales de á caballo no habia mas de treinta horas. Asi la orden de Davout, expedida el 13, llegó á Neswij el 14 en el curso del día. El príncipe Gerónimo, que se habia hallado de muy buena voluntad hasta entonces, experimentó un violento movimiento de despecho al recibir aquellos despachos. Desesperóse y se creyó profundamente humillado de resultas de aquella posición subordinada relativamente al mando del primer cuerpo, que no le hubiera agradado antes, y que ahora se le imponía como una especie de castigo. Sin duda habia razon para que se sintiese ajado, era víctima de cargos injustos, y se le condenaba ante todo su cuerpo de ejército á una humillación verdadera; mas las humillaciones son generalmente lo que uno las hace por la manera con que las toma. Hieren, si uno se da por ofendi-

do; mas si se aceptan como una simple condicion de las cosas, lejos de producir desdoro, dan frecuentemente realce. Apresurándose el joven rey de Westfalia á reconocer los títulos que el veterano mariscal tenia al mando y concurriendo con celo á un triunfo brillante, hubiera participado de su gloria, salvado quizá la campaña de 1812, y ahorrado de consiguiente una gran catastrofe á su hermano y á su familia.

Sea como quiera, cediendo á un sentimiento muy explicable, resolvió no desobedecer, pero si resignar el mando. Desgraciadamente entre todas las resoluciones no la podia tomar mas funesta para el éxito de las concepciones de su hermano. Hizo llamar al general Marchand, su jefe de estado mayor, le entregó el mando, le encargó que lo ejerciera hasta su incorporacion con el mariscal Davout, y en el deseo de atender al mas apremiado, convino con él en que se adelantaran los polacos una marcha por el camino de Slouck, para sostener en caso de necesidad á la caballería del general Latour-Maubourg y dar un paso mas sobre el camino de Bobruisk, llevó á Neswij á sus westfalianos, que no pensaba retirar del ejército, no se reservó para su escolta personal mas que algunas compañías de su guardia, y aproximó á Neswij á los sajones, distantes ya no mas que una jornada. El retrogradó á Mir y Nowogrodeck, para esperar allí los órdenes del emperador y volver á sus estados, si las tales órdenes no eran conformes á su decoro tal como lo comprendia.

Un oficial corrió adonde el mariscal Davout se hallaba, para comunicarle la resolución que el joven príncipe habia tomado, y encontróle en In-

ghoumen el 13. Al recibir el mariscal esta respuesta, no procedió con la firmeza que convinió á su carácter: en vez de conservar el mando, de que se habia apoderado harto pronto, y de ejercerle con el vigor que requerian las circunstancias, temió haber ofendido á un rey, á un hermano del emperador, y se apresuró á escribirle una carta llena de contemplaciones, para comprometerle á continuar á la cabeza de las tropas polacas y westfalianas, bajo sus órdenes siempre, aunque prometiéndole la mas cordial inteligencia, y haciendo valer á sus ojos la gran razon del servicio del emperador, única alegada entonces, pues en el lenguaje del tiempo no se mentaba el servicio de Francia. Inmediatamente hizo partir á un oficial para que llevara esta carta al jóven príncipe, y corrigiendo con su vigilancia las faltas que no eran ordinarias de su carácter, dispuso las cosas de modo que el tiempo de estas idas y venidas no fuera perdido del todo para el éxito de las operaciones militares. Fijos siempre los ojos en Bobruisk extendia su atencion mas lejos para observar lo que pasaba al otro lado del Berezina, y asegurarse de si el enemigo pensaba en cruzarlo, lo que le hubiera decidido entonces á correr al Dnieper, es decir, á Mohilew. Ya habia enviado la caballería de Grouchy á Borisow, para apoderarse de esta ciudad, de su puente sobre el Berezina, de sus almacenes. Se pudo salvar el puente, mas los almacenes de ningun modo. Otros muchos puentes hizo echar sobre el Berezina, especialmente en los alrededores de Jakzitci, y encaminó allí sus fuerzas el 15, porque tenia la ventaja de estar una marcha mas adelante de Inghoumen, y mas cerca á la vez de Bobruisk y de

Mohilew. Desgraciadamente no era él quien convenia que se aproximase desde luego á Bobruisk, pues se hallaba mas cerca, sino el ejército del rey de Westfalia, que estaba á tres jornadas y á quien retardaban deplorablemente todos aquellos debates en el momento de esperar el resultado quizá mas importante de la campaña.

Cuando esta carta llegó á Neswij ya no se hallaba allí el rey Gerónimo, pues habia salido el dia 16 de este punto, despues de hacer operar una especie de movimiento retrógrado á sus tropas, con la intencion laudabilísima que va á verse. En Neswij se estaba separado de Inghoumen por una region pantanosa y cubierta de matorrales, por entre la cual eran casi impracticables las comunicaciones, excepto para la caballería ligera. De consiguiente para unirse al mariscal Davout habia necesidad de trasladarse por el camino real á Bobruisk en derechura, avisando al mariscal que se encontrara por aquel lado, lo cual exponia á hallarse con el príncipe Bagration en persona, ó dirigiéndose á la izquierda, rodear la region difícil de que se trata, é ir por Romanow, Timkowiczi, Ouzda, Dukora, á ganar á Inghoumen; rodeo que no exigia menos de cuatro dias. Juzgando con razon el príncipe Gerónimo que el plan decisivo de lanzarse todos osadamente sobre Bobruisk cesaba de ser practicable, juzgó conveniente llevar sus tropas á lughoumen por el gran contorno de Ouzda y Dukora, lo cual por otra parte parecia conforme á algunas indicaciones anteriores del mariscal Davout y del cuartel general. Por consecuencia envió á los westfalianos á Ouzda, y dejó á los polacos en Timkowiczi, camino de Bobruisk, de

suerte que apoyaran en caso necesario á la caballería de Lateur-Maubourg, que llevaba sus corrientes hasta las puertas de Bobruisk. Hecho esto, marchó a Nowogrodek.

En camino para este punto y el 17 recibió la carta del mariscal Davout, y contestó persistiendo en lo determinado, respuesta que no debía llegar al mariscal hasta el 18 ó el 19. Con esto la gran combinación del Napoleon había abortado, pues se requería que todos estuvieran juntos bajo Bobruisk el 17, y ya no era posible. Frustrada la coyuntura de atajar y de envolver á Bagration junto al Berezina, ya solo cabía aspirar á adelantarsele junto al Dnieper, yendo á ocupar á Mohilew; pero así no se debían alcanzar los mismos resultados. Deteniendo al príncipe Bagration junto al Berezina, no se le dejaba mas retirada que hácia Mozir y los pantanos de Pinsk, donde había medio de asaltarle, envolverle y coparle. Deteniéndole solo junto al Dnieper, se lograba impedirle el paso por Mohilew; pero entonces volvería á bajar sobre Staro-Bichow: si se le detenía hácia este último punto, aun podía bajar hácia Rogaczew, y se le hacían perder cinco ó seis dias en el primer caso, y diez ó doce en el segundo. Esto no era, segun se había esperado, su ruina, ni su anulación por toda la campaña; era un resultado útil, mas de ningun modo decisivo.

Sin esperar el mariscal Davout las últimas respuestas del príncipe, y con noticia de algunos movimientos del enemigo mas allá del Berezina, determinó renunciar á una operacion combinada sobre Bobruisk, y marchar sobre Mohilew, á fin de que no se le escaparan á la vez todos los resulta-

dos. Ya desde el 16 encaminó sus tropas por Jackizci mas allá del Berezina; el 17 siguió con el resto de su cuerpo de ejército el propio movimiento, y se dirigió por Pogost sobre el Dnieper, en direccion de Mohilew. Habiendo recibido en el camino cartas del rey Gerónimo, que le anunciaban las resoluciones definitivas de este príncipe, adoptó el partido de dar órdenes á todo el cuerpo de ejército, del cual era ya único jefe. A los westfalianos previno que marcharan por Ouzda, Dukora y Borisow á Orscha, para situarlos junto al Dnieper, entre él y el grande ejército, del cual sabia que marchaba á la sazón hácia el alto Dwina. Aguardando la llegada de los westfalianos, que no se podía efectuar antes de ocho ó diez dias, dirigió á la caballería de Grouchy sobre Orscha, para establecer su enlace con el grande ejército lo mas pronto posible. Prescribió á los polacos, cuerpo con el cual contaba mas, que se encaminaran á Mohilew por Ouzda, Dukora á Inghoumen, rodeando la region pantanosa y cubierta de matorrales, que le habia separado de Gerónimo. Era una travesía de seis dias por lo menos. En el caso de poder reunir á tiempo á los polacos, debía de tener mas de cincuenta mil hombres, los bastantes para abrumar á Bagration. A la caballería de Lateur-Maubourg encargó que envolviera á Bobruisk y hostigara esta plaza, cuidando de mantenerse junto al Berezina y de estar en comunicacion con Mohilew. Quedaban los sajones, y á su derecha los austriacos, cuyo empleo se vera muy en breve y tal como por Napoleon le fué prescripto.

Así de la combinación imaginada para envolver y coger al príncipe Bagration no quedaba mas

que la probabilidad de detenerle en Mohilew y de obligarle á pasar el Dnieper mas abajo, lo cual retardaba mucho, pero no hacia imposible su incorporacion á Barclai de Tolly.

Al saber Napoleon este mal suceso concibió un vivo enojo contra el mariscal Davout y el rey Gerónimo, pero mucho mas vivo contra este. Reconvinó al mariscal Davout por haber tomado el mando demasiado pronto, no estando aun los dos ejércitos verdaderamente reunidos, y de no haberlo ejercido con vigor suficiente después de tomarlo. Reconvinó al rey Gerónimo por haberle hecho perder el fruto de una de sus mejores maniobras, y le dejó volver á Westfalia, conservando los westfalianos. No se reconvinó á sí propio, lo cual fuera mas justo, de haber fiado por una costumbre real, digna á lo sumo de Luis XIV, á un jóven decidido, bravo, si bien inexperto, un ejército de ochenta mil hombres; y además de haberle reprendido, cuando aun no habia cometido falta alguna, y humillado de todos modos, como si fuera responsable de la resistencia de los elementos; de haberse decidido de pronto á someterle á un mariscal, partido que conviniere tomar desde el principio en interés de las operaciones, y no con posterioridad y á título de castigo, de no haber previsto el escándalo que habia de resultar de esto, ni la consecuencia todavía mucho mas grave de hacer que fracasara una maniobra decisiva y de las mas sabias que habia imaginado nunca; por último y sobre todo, de no haber concedido al mariscal Davout el refuerzo de una ó dos divisiones, refuerzo que le pusiera en aptitud de no hacer depender sus movimientos de una incorporacion de las mas

problemáticas. Véase aqui lo que Napoleon no se dijo, y lo que revelaba, no decadencia en su mente, tan vasta, tan perspicaz, tan fecunda como en otra época cualquiera, sino el progreso de aquel humor despótico, caprichoso, intemperante, que para nada hace caso de los caracteres ni de los elementos, que trata á los hombres, á la naturaleza, á la fortuna, como á súbditos que se pueden dar por contentos de obedecerle, é impertinentísimos por no hacerlo siempre, humor fatal y pueril á la vez, que toma aun en los hombres de genio mas eminente algo del niño que desea todo cuanto ve, quiere todo cuanto desea, y lo quiere al punto, sin admitir obstáculo ni demora, y grita, manda, se encoleriza, ó llora cuando no lo consigue. Esto es mas que la decadencia de la mente, pues es la del carácter echado á perder por el despotismo, y esta es la verdadera causa que se verá dominar de una manera desastrosa en los sucesos ulteriores.

Aunque ya no esperase el éxito de su maniobra contra el ejército del Dnieper, habia una cosa que esperaba todavía, y la esperaba con plena confianza del mariscal Davout, y era que el principe Bagration fuera repelido muy abajo del Dnieper hacia Mohilew por lo menos, lo cual condenaria al segundo ejército ruso á dar un largo rodeo y le impediria llegar en auxilio de Barclai de Tolly en tiempo oportuno. De consiguiente Napoleon ordenó al mariscal Davout que se mantuviera firme en Mohilew: prescribió al principe de Schwarzenberg que se aproximara al grande ejército con el cuerpo austriaco, remontando la Lithuania del Sur al Norte por Proujani, Slonim y Minsk, y á los sajones que retrocedieran para ir á ocupar el puesto de los aus-

triacos junto al alto Bug en las fronteras de la Volhinia y del gran ducado de Varsovia. Efectivamente había prometido á su suegro hacer servir á los austriacos bajo sus órdenes directas, y por este motivo trabajaba en aproximarlos al cuartel general: ademas no contaba con ellos lo bastante para confiarles á la vez el encargo de guardar el gran ducado y de insurreccionar la Volhinia, y preferia con razon fiar uno y otro á los sajones, poseedores de la Polonia actual y probablemente de la Polonia futura.

Ordenadas estas disposiciones, volvió de lleno á su otra manobra, mucho mas importante que la abortada de que se acaba de dar cuenta, pues si marchando por la derecha conseguia deslizarse con la mayor parte de sus fuerzas delante del campo de Drisa, rebasar á Barclai de Tolly, cogerle por la espalda, pasando el Dwina, y cortarle á la vez de Moscou y de San Petersburgo, hacia imposible el proyecto de retirada indefinida concebida por los rusos, ó les reducía á ejecutarlo con restos desorganizados, y podia esperar ver á un nuevo Dario enviando suplicantes al campo de un nuevo Alejandro.

Para el éxito de este gran movimiento era muy de deplorar el alto hecho en Wilna. Entrado en esta ciudad el 23 de junio, todavia se encontraba allí Napoleon el 16 de julio por la mañana; pero este tiempo habia sido rigurosamente necesario para contener la desercion en los cuerpos, para despachar su artillería rezagada y tirada por parte de los caballos de los convoyes de viveres, para reorganizar estos convoyes reduciéndolos á los carros mas ligeros, para cocer pan, para asegurar ocho ó

diez dias de subsistencia á la Guardia, condicion de disciplina indispensable hasta en este cuerpo de preferencia, para proporcionar al grueso del ejército una reserva de viveres destinada á los cuerpos que nada absolutamente hubieran hallado en los caminos, y en fin, para trasportar los trenes de puente. Aunque los dias transcurridos eran diez y ocho, ni una sola hora se habia perdido con el fin de asegurar en lo posible estos resultados de primera necesidad. Ya al cabo casi estaban completos, y desde entonces Napoleon lleno de confianza lo aguardaba todo de su genio y de la bizzaria de sus tropas. A Wilna le llegaron noticias de todo el mundo. A pesar del disimulo de los rusos ya no se podia dudar de su paz con los turcos, pues ademas de la orgullosa confidencia que Mr. de Balachoff hizo á Napoleon de ella, acababa de recibir de sus agentes en Constantinopla la casi certidumbre de haberse celebrado. Al mismo tiempo no era ya cuestionable la adhesion de Bernadotte á la causa de Rusia. De consiguiente Napoleon podia, en un porvenir cercano, prever la llegada de los ejércitos rusos de Tormazoff y Tchitchakoff sobre la derecha, y quizá la bajada de los suecos á su retaguardia. Verdad es que estas noticias eran compensadas por otras favorables de Inglaterra y de América, pues se anunciaba la muerte de Mr. Perceval, asesinado á la entrada del parlamento, una próxima variacion de rumbo en la política británica, y finalmente, la certidumbre de una declaración de guerra de América á la Gran Bretaña. Ningun caso hacia Napoleon de estos lejanos rumores propicios ó adversos, y con razon por cifrarlo todo en el éxito de las grandes operaciones que estaba

á punto de emprender. Ya habia encaminado la caballería ligera de la Guardia á las órdenes del general Lefebvre-Desnoettes para preparar su movimiento, reuniendo harinas, construyendo hornos, protegiendo los cuerpos de los pontoneros que debían proporcionar al ejército el paso, no solo de los rios, sino de los numerosos pantanos de que el país estaba cubierto. Detrás de la caballería ligera hizo partir á la joven Guardia á las órdenes de Mortier y la vieja á las de Lefebvre. La primera debía pasar por Lowariski, Michaldiski, Danilowitski; la segunda por Swenziani y Postavi, y ambas debían desembocar en Gloubokoe, donde Napoleon iba á fijar su cuartel general entre Drisa y Polotsk, frente del Dwina. Detrás de Mortier y Lefebvre envió la reserva de la artillería de la Guardia, con la cual contaba particularmente para los días de batalla, y recomendó que marchara lentamente para no inutilizar los caballos. Además, dirigió hacia el mismo punto, si bien algo mas á la izquierda, y detrás de Murat, á las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, que habia retenido en su poder para ejecutar con ellas la parte mas difícil de su maniobra, la que se operara mas cerca del enemigo, en el mismo punto en que se girara en torno de los rusos para envolverlos. Al propio tiempo hizo ejecutar á Ney, Oudinot y Macdonald un movimiento de izquierda á derecha, llevando á Ney de Maliatoui á Widzoui, á Oudinot de Avanta á Rimchanoui, á Macdonald de Rossiena á Poniewiez, con la instruccion de costear al enemigo sin abordarle, de cargarse de pan, de acarrear en los carros cuanto harina se pudiera recoger, y de llevar consigo cuanto ganado les fuera posible. Hacia su de-

recha puso por fin Napoleon al príncipe Eugenio en movimiento de Nowoi-Troki á Ochmiana, Smorgoni y Wileska, haciéndole iguales recomendaciones. La mitad de los bávaros habia perdido el príncipe Eugenio de resultas del cansancio y la disenteria, y estaba muy mermado su cuerpo. Debía formar la derecha de Napoleon y darse la mano con el mariscal Davout por medio de la caballería de Grouchy.

Antes de salir de Wilna, dió Napoleon sus últimas órdenes para asegurar todos los ramos del servicio durante su ausencia. No queriendo privarse del talento, del celo, de la probidad de Mr. Dam, y necesitando otro él en Wilna, resolvió dejar allí al duque de Basano, con cuya adhesión y aplicación podia contar por completo, y dejóle efectivamente con autorizacion para abrir no solo la correspondencia diplomática, sino la administrativa y militar, para comunicar á cada gefe de cuerpo lo que le interesara saber, y aun para dar órdenes sobre todo lo concerniente á las provisiones del ejército. Para los trasportes desde Kowno á Wilna, hizo un ajuste con los judíos polacos. Decididamente la navegacion por el Wilia, se reconoció casi impracticable, y resolvióse emplear los trasportes por tierra. Los numerosos convoyes, que, gracias al celo del coronel Barte, llegaban cotidianamente de Danzick á Kowno, y contribuían á llenar esta ciudad de materias de toda especie, hubieron ya de descargar en Kowno para terminar por tierra su travesía hasta Wilna. Aquí habia por lo menos mil carros de artillería y de equipages sin tiros. Colocados fueron en un vasto parque y al aire libre, para preservarlos de un incendio. Napoleon

ordenó enganchar en parte de estos carros dos mil caballos, pequeños, pero fuertes, sacados por el mariscal Macdonald de Samogitia. Al general Bounier dejado en Hannover, envió orden para comprar nuevamente en Alemania y á cualquier precio cuantos caballos pudiera hallar de silla y de tiro y los despachara sin la menor tardanza á Wilna. Finalmente, para corresponder al movimiento que el ejército activo iba á emprender hácia adelante, quiso que ejecutase otro análogo el ejército de reserva. Prescribió al mariscal Victor, que mandaba en Berlin el noveno cuerpo, que se adelantara sobre Danzick, al mariscal Augereau, que mandaba el undécimo cuerpo, compuesto de cuatro batallones y de los regimientos de prófugos, que reemplazara al duque de Bellune en Berlin. Las cohortes, cuya organizacion prescribió Napoleon antes de su salida de Paris, hubieron de reemplazar á las tropas del undécimo cuerpo en las fronteras de Francia. Hasta en Wilna quedaba á las órdenes del general Hogendorp, nombrado gobernador de la Lituania y puesto bajo la autoridad de Mr. de Bassano, una guarnicion movable, formada de todas las tropas en marcha, la cual habitualmente no seria menor de veinte mil hombres, y se apoyaria en las obras de campaña que Napoleon habia mandado ejecutar por sí mismo. En lo interior de Wilna estaban ya acabados los hornos y los hospitales, sobre lo cual se habia ocupado mucho. Hornos habia para cocer hasta cien mil raciones, y hospitales para recibir diez mil enfermos, y oficiales para recoger ó incorporar á los rezagados que llegaran á reunir las columnas movibles. A cuarenta mil por lo menos ascendian ya los rezagados, extrangeros

la mayor parte. Apenas se habian recuperado dos ó tres mil de ellos, los demas se dedicaban al pillage. Los mas volvian á pasar el Niemen, con especialidad los alemanes.

Habiendo sido prescripto quanto la prevision humana permitia hacer para corregir los inconvenientes de una empresa, la mas temeraria de los siglos sin duda, resolvió Napoleon partir en la noche del 16 al 17 de julio. Antes de dejar á Wilna no pudo menos de recibir á los representantes de la dieta polaca reunida extraordinariamente en Varsovia. De cierto se recuerda que, á falta de Mr. de Talleyrand, fue allá Mr. de Pradt, arzobispo de Malinas, con el encargo de excitar y de dirigir el impetu patriótico de los polacos. Este personage, incapaz de gobernarse en medio de una conmocion popular, llegó á su puesto, halló á los polacos agitadísimos por la idea de una reconstitucion inmediata, dispuestos como de costumbre á batirse denodadamente, pero arruinados por el bloqueo continental, sin confianza en el éxito de aquella guerra, ni en las resoluciones de Napoleon respecto de ellos, opinando cada cual su cosa, y mas que nunca exaltados, bulliciosos y desunidos. Hacerse oír en medio del caos de voluntades desacordes, templar á los violentos, estimular á los tibios, conciliar á los émulos, distraer á los dados á quimeras, y finalmente, atraer en fuerza de flexibilidad y de vigor á la muchedumbre aturdidora y aturrida á voluntades sensatas, enérgicas y uniformes, es un arte que la naturaleza no basta á dar por sí sola, si la experiencia no lo madura, y que solo en los paises libres se adquiere. Sorprendido el arzobispo de Malinas, desconcertado. no teniendo otro

manejo que algunas chispeantes agudezas, no sabia como salir de caos semejante. Pero supliendo la pasion por todo, vinieron á parar los polacos á la idea de una dieta general, convocada inmediatamente, y que, según el uso antiguo, proclamaria, además de la reconstitucion de Polonia, la confederacion de todas sus provincias, y el alzamiento en masa de la poblacion contra Rusia. El pobre rey de Sajonia, sobre cuya cabeza habia caido la corona de Polonia, proveyó de antemano á sus ministros en el granducado de los poderes necesarios, y estos se prestaron eficazmente á la convocacion de la dieta. Llamada extraordinariamente juntóse al punto y nombró presidente al respetable principe Adam Czartoryski, octogenario, y mariscal en otro tiempo de una de las antiguas dietas, proclamando en medio de un entusiasmo universal el restablecimiento de Polonia, la confederacion de todas sus provincias, la insurreccion de las que estaban aun bajo el yugo de soberanos extrangeros, y acordando dar cerca de Napoleon un paso, á fin de suplicarle que dejara caer de su boca soberana esta gran frase: *Polonia está restablecida.*

Separóse la dieta instituyendo una comision encargada de representarla, y de llenar el papel de la soberania nacional en cierto modo, al par que los ministros del gran ducado representaban el del poder ejecutivo. Dificultad grave ofrecia que marcharan de acuerdo estos representantes de la soberania nacional y estos agentes del poder ejecutivo, queriendo unos y otros desempeñar á la vez ambos papeles, mas no era esta la mayor todavía. Sin pérdida de tiempo se necesitaba poner la mira en dos objetos esenciales con ardimiento, en lla-

mar gente á las armas y en propagar la insurreccion en Lithuania, Volhinia y Podolia. Si el abate Pradt hubiera tenido dinero, una autorizacion lata y un verdadero genio de accion, pudiera sin duda sacar de estos elementos en fermentacion una fuerza organizada, capaz de insurreccionar la Volhinia y la Podolia, mientras Napoleon organizaba la Lithuania, que se acababa de insurreccionar con su presencia. Pero Napoleon no le habia dado un obole, apenas le hizo percibir sus asignaciones, y le concedió una autorizacion equivoca como la confianza que tenia en sus talentos políticos y administrativos. Asi todo lo que el abate Pradt pudo y supo hacer fué ayudar á los polacos á redactar el manifiesto que anunciaba la reconstitucion de Polonia, documento escrito con algun talento, bien que sin oportunidad y pareciendo mas bien redactado en Paris que en Varsovia. Ya formado, convinose en enviar una diputacion á Wilna, para presentar á Napoleon el acta de la dieta y provocar por su parte una declaracion solemne. Obligado se vió Mr. Pradt á consentir en este paso, muy embarazoso para Napoleon, si bien inevitable y natural, fuerza es conocerlo, por parte de los polacos.

Los diputados, que eran los senadores José Wibiski y Valentin Sobolewski, los nuncios Alejandro Beniski, Estanislao Soltik, Ignacio Stadnicki, Mateo Wodzinski, Ladislao Tarnowski y Estanislao Alejandrowicz, llegaron á Wilna un poco antes de la partida de Napoleon, con encargo de presentarle un mensaje, y de obtener una respuesta que se pudiera comunicar á todo el mundo.

Esta manera de apremiarle desagradaba á Napoleon mas que le sorprendia, y recogióse para

hallar una respuesta que, sin desalentar á los polacos, no le arrastrase á mas compromisos que los que queria contraer buenamente. Ya hemos dicho que lo que le asustaba no era la libertad de los polacos, pues al contrario en todas partes el espíritu insurreccional se excitaba en su nombre; no era tampoco precisamente el temor al Austria, pues si la disgustaba el sacrificio de la Galitzia, la Iliria podia consolarla; sino el temor de hacer demasiado difícil la paz con Rusia, especialmente despues de haber pasado el Niemen. Desde lejos Napoleon habia considerado esta guerra, si no como obvia, al menos como muy practicable: de cerca juzgábala mejor, y entreveia la dificultad de seguir á los ejércitos rusos hasta las profundidades de su territorio, si no se lograba darles alcance antes de su retirada. De consiguiente deseaba que la querrela permaneciera en estado de que pudiera concluir una brillante victoria, al par que, si se proponia por objeto esencial el restablecimiento de Polonia, fuera necesario reducir á Rusia á la última extremidad antes de obtenerla. Agréguese á esto que hubiera querido ver salir restaurada á Polonia de un arranque de entusiasmo, siendo así que no podia renacer mas que de una reorganizacion lenta y laboriosa, poco favorecida á la sazón por las circunstancias. En esta disposicion de ánimo dirigió á los polacos una respuesta ambigua, que tenia el inconveniente ordinario de este género de respuestas, el de decir demasiado para los unos y harto poco para los otros, demasiado para Rusia y harto poco para Polonia.

Napoleon recibió á la diputacion la ante vispera de su partida de Wilna. El senador José Wibiski,

hombre de talento, empleado á menudo por los franceses en Polonia, llevó la palabra, y en un discurso bastante largo dijo, que la dieta del ducado de Varsovia, reunida para satisfacer las necesidades del ejército de Francia, conoció que *tenia que cumplir deberes de orden mas elevado*; que por voto unánime se habia constituido en confederacion general, proclamado á la Polonia restablecida, y declarado nulos y criminales los actos que la desmembraron; que á los ojos del mundo civilizado y de la posterioridad, el acto que arrancó su existencia á Polonia, nacion independiente, antigua en Europa, señalada por sus servicios á la cristiandad, era un acto de usurpacion, de perfidia y de ingratitude, un indigno abuso de la fuerza, que no podia constituir ningun derecho y debia cesar con la fuerza de que era producto; que efectivamente esta fuerza, por largo tiempo del lado de los opresores, pasaba ahora al lado de los oprimidos por la llegada milagrosa del grande hombre del siglo, destinado por la Providencia para cambiar la paz del mundo; que no tenia mas que pronunciar una frase, *el reino de Polonia existe*, y que al instante esta frase *equivaldria á la realidad*; que nada le oponia embarazo; que solo hacia ocho dias que estaba empezada la guerra, y ya recibia sus homenajes en la capital de los Jagelones; que las águilas francesas estaban plantadas en las márgenes del Dwina y el Boristenes, en los limites de la antigua Moscovia; que por otra parte los polacos subian á diez y seis millones de hombres, prontos á sacrificarse por su libertad, y que juraban todos morir por la santa causa de su independenciam; que el restablecimiento de Polonia era, no solo de grande interés para

Francia, sino casi un deber de honor para ella, porque la inicua repartición, que fué oprobio del siglo décimo octavo, había señalado la decadencia de la casa de Borbon, y que al glorioso fundador de la cuarta dinastía tocaba reparar las debilidades y las faltas de la tercera; que ellos por su parte proseguirían de todos modos su noble objeto, y no descansarían hasta despues de haberlo alcanzado, con la aprobacion y el auxilio del glorioso y omnipotente emperador de los franceses.

Despues de haber escuchado Napoleon con cierto disgusto la expresion brillante de estas ideas, respondió con el estudiado discurso que sigue:

«Señores diputados de la confederacion de Polonia.

«He oído con interés lo que acabais de decirme.

«Polaco, pensaria y obraria como vosotros, como vosotros hubiera votado en la asamblea de Varsovia; el amor de la patria es la primera virtud del hombre civilizado.

«En mi posicion tengo que conciliar muchos intereses y que cumplir muchos deberes. Si yo hubiera reinado al tiempo de la primera, de la segunda y la tercera repartición de la Polonia, habria armado á todo mi pueblo para sosteneros. Tan pronto como la victoria me ha permitido restituir vuestras antiguas leyes á vuestra capital y á parte de vuestras provincias, lo he hecho con eficacia, sin prolongar á pesar de todo una guerra que hubiera hecho correr aun la sangre de mis súbditos.

«Año á vuestra nacion: diez y seis años hace que veo á mi lado á vuestros soldados así en Italia como en España.

«Aplaudo cuanto habeis hecho; autorizo cuantos esfuerzos querais llevar á cabo; haré cuanto de mi dependa para apoyar vuestras resoluciones.

«Si vuestros esfuerzos son unánimes, podeis concebir la esperanza de reducir á vuestros enemigos á que reconozcan vuestros derechos; pero en estas comarcas tan remotas y tan extensas debéis fundar especialmente las esperanzas del triunfo en la unanimidad de los esfuerzos de la poblacion que las cubre.

«Igual lenguaje usé con vosotros al tiempo de mi primera aparicion en Polonia: debo añadir aqui que he garantizado al emperador de Austria la integridad de sus Estados, y que no podria autorizar ninguna maniobra, ningun movimiento que propendiera á turbarle en la pacifica posesion de lo que le queda de las provincias polacas. ¿Sientanse animadas la Lithuania, la Samotigia, Witebsk, Polostk, Mohilew, la Volhinia, la Ucrania, la Podolia del mismo espíritu que en la gran Polonia he visto, y la Providencia coronará con el triunfo la santidad de vuestra causa, y recompensará esa adhesion á vuestra patria, que tan interesantes os ha hecho y os ha granjeado tantos derechos á mi estimacion y á mi patrocinio, con el cual debéis contar en cualesquiera circunstancias.»

Este discurso muy sensato, muy razonable, que debia alcanzar poco éxito entre los polacos, no constituia por sí mismo una falta, aunque despues se haya así dicho, pero era consecuencia de una falta inmensa, la de haber ido á aquella region distante, donde solo tenia que hacer una cosa, intentar el restablecimiento de Polonia, y donde esta cosa única era casi impracticable á pesar de todo,

porque para llevarla á cabo se necesitaba antes que nada la concurrencia celosa de aquellos á quienes propendia á despojar de parte de sus posesiones, la Prusia y el Austria: se necesitaba además la adhesión absoluta de aquellos á quienes interesaba, de los polacos, los cuales, en vez de adherirse completamente, hacian depender su adhesión de los compromisos temerarios que se contrajeran con ellos; de manera que con voluntades forzadas como las de los prusianos y los austriacos, ó vacilantes como las de los polacos y los franceses, se trataba de acometer la mas ardua y mas nueva empresa, tan nueva que aun no tiene ejemplo en la historia, la de reconstituir un Estado destruido.

Ya cerca de la dificultad, conocia Napoleon esta falta, y quizá por este motivo, se reservaba tal vez demasiado, al par que los polacos se reservaban mas todavía. ¡Triste y no único presagio de todas las desventuras de esta campaña!

Objeto de mas de una negociacion con los diputados de Varsovia, no les disgustó el discurso de Napoleon precisamente, pues casi les era conocido de antemano, si no en los términos, á lo menos en la sustancia, pero produjo un primer efecto bastante de deplorar aun en Wilna, sin embargo del entusiasmo excitado por la presencia de los franceses victoriosos. ¿Cómo (se decian los lituanos) nos pide Napoleon sacrificios y que le prodiguemos nuestra sangre, nuestros recursos, sin contar lo que tenemos que sufrir de sus soldados, y ni siquiera se aviene á pronunciar la frase de que está restablecida Polonia? ¿Qué le detiene? No es la Prusia, sojuzgada y abatida; no es el Austria, dependiente de él y á la cual es fácil indemnizar

en Iliria; no es Rusia, cuyos ejércitos van de huida. ¿Qué es por tanto? ¿Acaso no tiene voluntad de restituirnos nuestra existencia? ¿Acaso ha venido aqui solo á ganar una batalla contra los rusos, para volverse en seguida sin emprender nada importante, mas que añadir, como en 1809, medio millon de polacos al gran ducado, dejando á la mayor parte de nosotros expuestos á secuestros y proscripciones?..... A estas dudas respondian otros lituanos que Napoleon tenia razon en decir que se hallaba en una posicion delicada, que tenia que guardar miramientos, pero que, á vueltas de todas estas contemplaciones, era facil leer su idea verdadera, que consistia en restablecer la Polonia, si se le ayudaba formalmente: que así era menester que le auxiliaran con todas sus fuerzas, que se alzaran en masa, y le suministraran de esta suerte los medios de dar remate á la obra empezada. Pero los que hablaban de este modo, ilustrados, moderados, equitativos, conocedores de la necesidad de no economizar sacrificios, y de vencer á fuerza de adhesión las vacilaciones de Napoleon, eran, á causa de estas mismas virtudes, los menos numerosos. Para la muchedumbre, la reserva de Napoleon debia ser un pretexto, con que se iban á cubrir todas las debilidades, todas las avaricias, todos los cálculos personales.

Napoleon partió de Wilna el 16 por la tarde, despues de permanecer diez y ocho dias en esta capital de la Lithuania. Pasó por el Sbenziani y llegó el 18 por la mañana á Gloubokoe. Aun encontró por el camino muchos rezagados y carros abandonados. Sobremanera fatigaba el excesivo calor de julio á los hombres y á los caballos, y ade-

mas acontecia á menudo que detuviera el paso la destruccion de los puentes. Infinito era el número de estos en aquellas comarcas pantanosas y cubiertas de matorrales. Se necesitaban no solo para cruzar los rios y los arroyos, sino tambien las aguas estancadas, que cubrian los campos. Hasta el punto que les fué posible los destruyeron los rusos, y para repararlos no habia que contar con los habitantes muy diseminados. Asi estaba atareadísimo el cuerpo de pontoneros, y para dar cima á su trabajo habia menester toda la adhesion de que se hallaba animado, y el noble ejemplo del general Eblé, su gefe.

Gloubokoe era una pequeña ciudad, construida de madera como todas las de aquellas comarcas, y cuyo edificio principal no era un palacio, sino un gran convento. Alojose allí Napoleon y se apresuró segun su costumbre á preparar un establecimiento que pudiera servir al ejército de punto de etapa.

Durante este tiempo los diferentes cuerpos operaban su movimiento, y desfilaban sucesivamente por delante del campamento de Drisa, como si hubieran debido atacarlo, bien que tuviesen orden de no hacer nada. Habiendo permanecido Murat algunos dias delante de Wenziani, en Opsa, con la caballeria de los generales Nansouty y Montbrun, con las tres divisiones del mariscal Davout, desfiló por frente del campamento de Drisa, manteniéndose atrás algunas leguas y fué á apostarse delante de Polotsk, muy cerca de Gloubokoe, y bajo la mano de Napoleon. Durante esta marcha el general Sebastiani fué sorprendido por la caballeria rusa, que habiendo cruzado el Dwina para observar

nuestros movimientos, se aprovechó de lo mal que nos guardábamos para asaltar al general Saint-Genies. Este defendióse briosamente, pero quedó prisionero con algunos centenares de hombres. Al ruido de esta aparicion acudió nuestra caballeria, cayó sobre los rusos, les cogió al general Koulnieff, que mandaba la expedicion, y obligóles á volver á pasar el Dwina. Salvo este accidente, el movimiento de Murat se efectuó conforme á las órdenes de Napoleon. Nuestras tropas se sustentaban en parte de lo que llevaban consigo, y en parte de lo que recogian en el pais que no pudieron acabar de devastar los rusos.

Ney siguió á Murat, ejecutó un movimiento semejante, y se fué á colocar sobre la izquierda de las divisiones de Morand, de Friant y de Gudin. Yendo sus tropas detrás de las de Murat, ya encontraron las aldeas agotadas, bien que se resarcieron con los carros de viveres, que no podian seguir adelante, sirviéndose de ellos para su subsistencia. No se economizaba la carne, que abundaba, pero habia que economizar el pan, que andaba escaso. De consiguiente una racion de carne y media de pan se daba á cada soldado. Con echar arroz en la sopa suplían el pan, y si faltaba arroz, con centeno tostado. Tanto el calor como el alimento, produjeron la disenteria entre los reclutas, y era de temer que se hiciese contagiosa.

Detrás de Ney marchaba Oudinot. Desfilando este á la vista de Dunaburgo, donde los rusos habian construido una fuerte cabeza de puente sobre el Dwina, no supo contenerse, y á pesar de las recomendaciones de Napoleon, asaltó la obra, que abandonaron los rusos. Este incidente no tuvo con-

secuencias, y el mariscal Oudinot fué á situarse sobre la izquierda de Ney á su turno. De consiguiente todos estos cuerpos se hallaron reunidos en el espacio de algunas leguas, unos mas allá del campamento de Drisa, delante del cual habian desfilado, otros quedándose en frente, y todos bajo la mano de Napoleon, que se hallaba en Gloubokoe con la Guardia. Solo el mariscal Macdonald se mantuvo á alguna distancia sobre la izquierda entre Poniewetz y Jacobstadt, cubriendo á la vez la Samogitia, que merecia bien ser libertada de los destrozos de los cosacos, y el curso del Niemen, que seguian nuestros convoyes para remontarse hasta Kowno.

No menos puntualmente se ejecutaron los movimientos ordenados por Napoleon sobre la derecha. El príncipe Eugenio era el que debia ocupar esta parte de la línea y formar el punto de enlace con el mariscal Davout junto al Dnieper. Despues de reunir su gente y sus equipages en Nowoi-Troki, partió de allí y siguió el camino de Minsk hasta Smorgoni, y cortandolo luego, se dirigió á Wileika. Precedióle en este punto el general Colbert, enviado á retaguardia por el mariscal Davout con los lanceros rojos, logrando salvar algunos almacenes. Allí se proporcionó el príncipe Eugenio viveres para dos dias, lo cual le fué muy oportuno, y continuó su camino por Dolghinow hasta Berezino, en las fuentes del Berezina. En este punto un canal llamado de Lepel, unia al Berezina, afluente del Dnieper, con el Oula, afluente del Dwina. De consiguiente se puede considerar este canal como enlace entre el mar Negro y el Báltico. Allí habia bales y provisiones, que no tuvieron tiempo de des-

truir los rusos. Aplicóse el príncipe Eugenio á recogerlo todo, y con especialidad á velar por el mantenimiento de una navegacion que podia ser al ejército de gran provecho. A Kamen se debia haber dirigido el dia 21, y no tenia mas que dar un paso para tocar al Dwina entre Oula y Beschenkowitz, en un parage donde es tan fácil de cruzar que se vadea en el verano.

Así Napoleon tenia todos los cuerpos á su alcance, y disponia de cerca de doscientos mil hombres esparcidos en el espacio de algunas leguas. Verdad es que la marcha habia reducido aun mas el número de los combatientes; pero, sin incluir á Macdonald, situado á la izquierda, ni á Davout, ni al cuerpo del rey Gerónimo, algo distantes hacia la derecha, Napoleon contaba en torno de su bandera lo menos ciento noventa mil hombres, y los mejores de su hueste. Por tanto podia abrumar á Barclai de Tolly, y se aprestaba en efecto á cruzar el Dwina sobre la izquierda de éste, para rebasarle y envolverle, segun lo habia proyectado. Hasta ahora salia todo á medida de sus deseos. Para ejecutar sus grandes designios no esperaba mas que la artilleria de grueso calibre, siempre un poco atrasada y contaba hallarse en aptitud de emprender las operaciones del 22 al 23 de julio. Entretanto se dedicaba con su actividad habitual á formar en Gloubokoe una etapa provista de cuanto á un ejército es necesario. Ademas del convento, en que se alojaba, habia hallado otros bastante ricos. Tambien la vecindad del canal de Lepel ofrecia recursos. Con estos diversos medios, ordenó establecer almacenes, hospitales y tahonas. Ya habia en construccion hasta veinte y cuatro hornos, y todo prometia entre Wil-

na y Witeslk un punto intermedio bien abastecido.

Mientras Napoleon operaba su movimiento, el mariscal Davout continuaba el suyo, que, sin tener la misma importancia, la tenia muy grande, pues se trataba de retener á Bagration en Mohilew, y embarazándole el paso del Dnieper por este punto, obligarle á ir de nuevo mas abajo, y á dar un largo rodeo para incorporarse al grande ejército de Barclai de Tolly mas allá del Dnieper y del Dwina. De este modo el éxito de la resistencia del mariscal Davout trascendia al éxito de la maniobra de Napoleon, puesto que debia retardar la union de Bagration con Barclai, y de obligarles á reunirse mas lejos y mas tarde. Si el mariscal Davout hubiera tenido todo el cuerpo del rey Gerónimo bajo su mano, no solo retuviera á Bagration, sino que le abrumara. Por desgracia, segun se ha visto, las tropas del rey Gerónimo, no pasando por Bobruisk, tenian que hacer seis ú ocho dias de marcha para unirsele, y se hallaba con las divisiones de Compans, de Dessaix y de Claparede en Mohilew, adonde habia corrido prestamente para obstruir á Bagration el camino. A la izquierda estaba esparcido el resto de su caballeria para darse la mano con el príncipe Eugenio, y á la derecha para velar por las tropas polacas y westfalianas actualmente en marcha.

Respecto del príncipe Bagration, habiendo cruzado libremente en Bobruisk el Berezina, sin ser agobiado por Davout y Gerónimo reunidos, se consideraba ya salvo, porque detrás tenia para cubrirse contra Gerónimo la plaza fuerte de Bobruisk, y por delante esperaba llegar á Mohilew, junto á las márgenes del Dnieper, sin obstáculo alguno. No

creia encontrar allí aun al mariscal Davout, y en todo caso empezaba ya á no temerle, hallándose informado con bastante exactitud de sus fuerzas. Efectivamente se aproximaba á Mohilew el 21 por la tarde, despues de cruzar el espacio que separaba el Berezina del Dnieper, y contaba cerca de sesenta mil hombres prontos a la pelea.

Segun acabamos de decir, el mariscal Davout ocupaba á Mohilew con las divisiones de Compans de Dessaix y de Claparede. Sus fuerzas, reducidas por las marchas, estabanlo tambien por los destacamentos que se vió obligado á dejar en muchos puntos. En Minsk habia situado al regimiento 33.º de ligeros, para tener guarnicion en aquel puesto y estar á él unido, y tuvo necesidad de esparcir su caballeria en un espacio inmenso, para enlazarse con las tropas de Gerónimo por un lado, y con las de Napoleon por otro. Bajo su mano solo conservó á los coraceros de Valencia, con la caballeria ligera de los generales Pajol y Bordessoulle, y podia presentar al enemigo veinte y dos mil hombres de infanteria y seis mil de caballeria, es decir veinte y ocho mil contra sesenta mil combatientes. Pero, gracias á la calidad de sus soldados y á la naturaleza del terreno, temia poco al enemigo, y no estaba en Mohilew mas turbado que en Awerstaedt lo estuvo tiempos antes. Sus tropas tuvieron una calorosa alerta el 21 por la tarde. En el camino de Staroi-Bichow, por donde iba la vanguardia de Bagration, estaba Bordessoulle con la caballeria ligera. Un escuadron, puesto de avanzada, fué acometido por Platow y muy maltratado. Por fortuna, el regimiento 83.º de linea, situado algo á la espalda, detuvo con su fuego de fusileria á los numero-

sos escuadrones de Platow, y obligólos á replegarse. Se salió del paso con la pérdida de algunos hombres y de algunos caballos; pero esta viva escaramuza anunciaba la llegada próxima de todo el ejército del Dnieper.

Al día siguiente 22 por la mañana, el mariscal Davout con su vigilancia ordinaria, se trasladó, tan luego como asomó la aurora, al punto donde esperaba que fuera el combate, y acompañado del general Haxo hizo un esmerado reconocimiento. El camino de Staroi Bichow, donde tuvo lugar la escaramuza del día antes, no era otro que el de Bobruisk, que, despues de correr del Berezina al Dnieper en derechura, torcia casi en ángulo recto hácia Staroi-Bichow, y remontaba la orilla derecha del Dnieper hasta Mohilew. Saliendo de este punto el mariscal Davout, y el general Haxo, bajaron por este camino, que teniendo una doble hilera de álamos a cada borde como todos los caminos del país, se prolongaba entre el Dnieper, que corría á la izquierda, y el riachuelo Mischowska, que corría á la derecha. Despues de avanzar por entre el Mischowska y el Dnieper como unas tres ó cuatro leguas, vieron el Mischowska torcer de pronto á la izquierda en dirección del Dnieper, y envolver así con un obstáculo continuo el terreno largo y estrecho que acababan de recorrer. Donde torcía el Mischowska para lanzarse en el Dnieper, se hallaba un molino, llamado de Fatowa y provisto de una esclusa. Mas allá el Mischowska cortaba el camino bajo un puente, en que había un gran edificio, llamado posada de Saltanowka, y de allí iba á perderse en el Dnieper. Circunscrito así el terreno presentose de seguida al mariscal Davout y al ge-

neral Haxo como el mas á propósito para el combate y para hacer cara al enemigo con probabilidades de buen suceso, cualesquiera que fuesen su fuerza y su energía. Hicieron barrear el puente, almenar la posada de Saltanowka y el molino de Fatowa, y cortar la esclusa, que retenia las aguas del molino, de modo que el enemigo no pudiera servirse de ella para pasar el riachuelo. Estos dos puestos confió el mariscal Davout á la custodia del general Friederichs con los cinco batallones del regimiento 85.º de línea, y detrás y á las órdenes del general Dessaix situó al regimiento 108.º para que hiciera veces de reserva. Toda la division de Dessaix se componia de estos regimientos, habiendo sido dejado en Minsk el 33.º de ligeros. Lo mejor que le fué posible previno el mariscal su artillería, aprovechando lo favorable del terreno para este arma, porque, despues de atravesar losques el camino de Staroi-Bichow, por donde se adelantaban los rusos, de repente desembocaba en un terreno escueto, que nuestros cañones podian cubrir de metralla.

Tomadas estas precauciones por su frente, avanzó el mariscal hácia Monilew, para asegurarse de si se intentaria pasar el Mischowska sobre su derecha, en cuyo caso fuera inútil la resistencia opuesta en el puente de Saltanowka y en el molino de Fatowa. Efectivamente, remontándose una legua á la espalda, se encontraba á orillas del Mischowska la pequeña aldea de Seletz, por donde el enemigo hubiera podido pasar el riachuelo. Allí apostó el mariscal á uno de los cuatro regimientos de la division de Compans, el 61.º con una fuerte artillería, que, á la manera de la colocada en el molino de Fatowa, tenía la ventaja de poder dis-

parar de una orilla à otra, y en medio de un terreno donde acababa de haber corta. Algo mas à la espalda el mariscal puso todavìa de reserva à los otros dos regimientos de la division de Compans, el 57.º y el 111.º de línea, con los coraceros de Valencia, para caer sobre todo el que forzara el paso del Mischowska. Finalmente como última precaucion alineó à la division polaca de Claparedo detrás de la division de Compans para enlazar con la ciudad de Mohilew à las tropas que guardaban el camino de Staroi-Bichow. El general Pajol, con su caballeria ligera, y el regimiento 25.º de línea (el cuarto de la division de Compans) tuvo encargo de vigilar el camino de Inghoumen por Pogost seguido por el mariscal desde el Berezina al Dnieper, en el caso de que intentara presentarse allí una porcion del ejército ruso, para evitar la posicion de Mohilew. Despues de estas vigorosas y hábiles disposiciones, atendió con sangre fria el mariscal al combate del dia siguiente.

Efectivamente el 23 de julio y al despuntar la aurora, habiendo dejado el principe Bagration el 8.º cuerpo (el de Borosdin) sobre el camino de Bobruisk, para cubrirse contra la persecucion posible, si bien poco probable del rey Gerónimo, llevó adelante el 7.º cuerpo (el de Raefskoi) sobre el puente de Saltanowka y el molino de Fatowa, con orden de apoderarse de estos dos puestos à toda costa.

La division de Kolioubakin atacó el puente de Saltanowka y la division de Paskowitch el molino de Fatowa. Alineadas una y otra al linde de los bosques no descubrieron mas que su artilleria y sus tiradores. Estos procuraron emboscarse en los

matorrales y en todos los accidentes del terreno. Pero mejor abrigados los tiradores franceses en la posada de Saltanowka y el molino de Fatowa, y disparando con gran punteria, causaban mucho mas daño que el que recibian del enemigo: y ademas la artilleria francesa desmontaba à cada paso la artilleria rusa. Al cabo de algun tiempo de este combate desventajoso, la division de Kolioubakin quiso adelantarse sobre el puente de Saltanowka, pero fué recibida con tal fuego de fusileria y de metralla, que se vió obligada à retroceder y à entrar nuevamente en el bosque.

Al estampido del cañoneo acudió el mariscal à aquel punto, y despues de enterarse de que todo iba à maravilla por su frente, trasladó à retaguardia, à la aldea de Seletz, para ver si le amenazaba por allí un ataque de flanco. Habiéndose asegurado de que el peligro no era inminente, situó un poco mas adelante al regimiento 61.º, que al principio estaba en la aldea de Seletz é hizo avanzar igualmente à los regimientos 57.º y 111.º asi como à los coraceros, descubriendo bien que sobre el frente de su posicion se dirigiria el mayor esfuerzo del enemigo. Al punto volvió allí en persona.

Efectivamente à la sazón hacian los rusos un enérgico y último esfuerzo. Desembocando en masa por el camino real la division de Kolioubakin, avanzaba en columna cerrada sobre el puente de Saltanowka, y desplegándose la division de Paskewitch al descubierto delante del molino de Fatowa, llegaba à orillas de la esclusa, no obstante los bien dirigidos fuegos de nuestra artilleria. Al frente del regimiento 85.º recibió el general Friederichs à la division de Kolioubakin con un fuego de fusileria

tan nutrido que, despues de marchar de una manera resuelta hácia el puente, comenzó á vacilar y se declaró al fin en retirada. Hallando la division de Paskevitch en el riachuelo un obstáculo menos insuperable, trató de pasarlo sobre la esclusa que retiene las aguas del molino. Al ver esto un batallón del regimiento 108.^o, guiado por un oficial valiente hasta la temeridad, corrió hácia los asaltadores, los atacó á la bayoneta y obligólos á reparar el riachuelo. Por desgracia, en vez de contentarse con esta ventaja, cruzó á su vez el obstáculo tan vivamente disputado, y desembocó en medio del terreno descubierto que se extendía al otro lado. Desde luego hallóse en el centro de un círculo de fuego que partía del linde de los bosques, seguidamente fué atacado á la bayoneta, y arrollado mas acá del riachuelo, despues de dejar en manos de los rusos unos cien hombres, y de perder muchos mas por el efecto mortífero de su fusilería.

En este momento llegaba el mariscal Davout de vuelta de recorrer su posición por la retaguardia. Rehizo el batallón desordenado, mandóle ejecutar algunas maniobras bajo el fuego, para que recuperara su sangre fria, y lanzó la caballería ligera sobre muchos pelotones enemigos, que tuvieron la audacia de cruzar el riachuelo. Despues llevó toda su artillería, que, dando de plano sobre el terreno descubierto donde la division de Paskewitch se habia desplegado y cubriéndola de metralla, forzóla á meterse de nuevo en el bosque. Asi desde el molino de Fatowa hasta el puente de Saltanowka, se habian agotado los rusos en impotentes esfuerzos, y caian en proporción de tres ó cuatro por cada uno de los soldados franceses.

Con todo, la division de Paskewitch intentó remontarse por nuestra derecha, siguiendo á lo largo del Mischowska y del linde de los bosques hasta la aldea de Seletz. Por el borde de la costa marchó para estar al abrigo de nuestra artillería, y así llegó hasta en frente de dicha aldea. Aun cruzaron el riachuelo sus flanqueadores. Sobre los que habian cometido esta imprudencia se precipitaron al punto los cazadores del regimiento 61.^o y les obligaron á repararlo. De seguida todo el regimiento, lanzándose mas allá del Mischowska, metióse por el bosque, y cayendo de revés sobre la corta, cuyo borde ocupaban los rusos, forzólos á evacuar precipitadamente esta parte del campo de batalla. Una maniobra semejante ejecutó por nuestro frente el general Friederichs entre el molino de Fatowa y el puente de Saltanowka. Con algunas compañías de preferencia atravesó el riachuelo, penetró sin ser visto en el bosque, giró en torno del espacio descubierto donde se habian desplegado los rusos delante del molino y los atacó improvisamente por la espalda. Nuestros granaderos y cazadores hicieron á la bayoneta una verdadera carnicería en el enemigo, y así despejaron todo el frente del campo de batalla. Entonces los franceses quisieron tomar la ofensiva: desembarazaron el puente de Saltanowka, y trasladáronse al camino real de Staro-Bichow en masa. Despues de perseguir una legua á los rusos, divisaron sobre un terreno descubierto al príncipe Bagration en posición con todo el resto de su ejército. Sobre este nuevo terreno, el combate, ventajósísimo hasta entonces, nos iba á ser tan funesto, como lo acababa de ser para los rusos á orillas del Mischowska. El intrépido Compans, en

quien andaban en competencia la prudencia y la bravura, contuvo el ardor de sus tropas, y las trajo hácia atrás, para no convertir en una alternativa de triunfos y reveses este brillante combate defensivo, que hasta entonces no habia sido mas que una continuada victoria. No fué perseguido. Espantado el príncipe Bagration de las pérdidas que habia experimentado, pues cuatro mil rusos muertos ó heridos yacían a las márgenes del Mischowska, é informado de que al mariscal Davout le iban á llegar refuerzos, creyó que debia retroceder sobre Taroi-Bichow, para pasar por allí el Dnieper y trasladarse a Wicislaw de seguida.

Así terminó este glorioso combate, en el cual los veinte y ocho mil hombres del primer cuerpo detuvieron á los sesenta mil de Bagration. Verdad es que veinte mil rusos entraron tan solo en combate, pero tampoco estuvieron realmente empeñado mas de ocho ó nueve mil franceses, y al par que los rusos perdieron cuatro mil hombres entre muertos y heridos, no tuvieron que deplorar los franceses mas pérdida que la de unos mil soldados, incluso como unos ciento del regimiento 108, que quedaron prisioneros al otro lado del Mischowska. Si el príncipe Bagration conociera mejor el terreno, hubiera podido ejecutar sobre la derecha prolongadísima del mariscal Davout un ataque peligroso con el cuerpo de Borosdin. Pero quedaba la infantería de los generales Compans y Claparede y los coraceros del general Valencia, y no era empresa fácil atropellar á tales tropas. Débese añadir asimismo, que si en esta jornada del 23, hubiera tenido tiempo el príncipe Ponjatowski de asomar por Jakzitci sobre la espalda ó el flanco del príncipe Bagration,

aun despues de frustrada la ocasion de Bobruisk, pudiera hacer experimentar á este ejército ruso un sangriento desastre. Mas arriba se han visto las causas fatales que lo determinaron de otra manera.

Todo el dia siguiente empleó el mariscal Davout en recoger sus heridos y en adquirir noticias de los polacos y de los westfalianos, no queriendo salir antes de su llegada de esta especie de campo atrincherado que le habia sido tan provechoso. Todo lo dispuso para remontar el Dnieper hasta Orscha con el objeto de acercarse á Napoleon, quien, segun hemos indicado, aguardaba en Gloubokoe el instante propicio para rebasar por Polostk y Witebsk al ejército de Barclai de Tolly. Ya no era posible impedir que el príncipe Bagration se uniera al principal ejército ruso; pues no habia modo de seguirle indefinidamente mas allá del Dnieper, pero se habia retardado su incorporacion á Barclai de Tolly, y este resultado, aunque muy inferior al que se esperó al principio, bastaba para el cumplimiento del principal designio de Napoleon.

Para el dia 22 ó 23, á mas tardar, se habia fijado en sus profundos cálculos la ejecucion de su gran maniobra. Estando en Gloubokoe tenia á su derecha hácia Kamen al príncipe Eugenio, delante hácia Ouchatsch á la caballería de Murat y á las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, y finalmente, á su izquierda á Ney y á Oudinot frente por frente del campo de Drisa. En el mismo Gloubokoe tenia á la Guardia imperial. De este modo se hallaba pronto con cerca de ciento noventa mil hombres á cruzar el Dwina sobre la izquierda de Barclai de Tolly. Circunstancia feliz era el triunfo del

mariscal Davout para la ejecucion de su designio, pero en este momento se operaba una singular revolucion en el estado mayor ruso.

Segun se ha visto, Barclai de Tolly se habia replegado sobre el campo de Drisa, y este movimiento excitó el disgusto en el mas alto grado. Entre las filas inferiores del ejército, en que predominaban las pasiones nacionales, el solo hecho de recular delante de los franceses, hirió el sentimiento general profundamente. En la parte mas elevada, capaz de avalorar la prudencia de un plan de retirada continua, el establecimiento en el campo de Drisa no tenia sentido racional para el espíritu de nadie. Efectivamente, la idea de retirarse á lo interior estaba fundada en la esperanza y la casi certidumbre de agotar á los franceses de resultas de una larga marcha, y de caer sobre ellos cuando estuvieran diezmados por la fatiga, el hambre y el frio. Un campo atrincherado no añadía á este plan muchas ventajas, pues, como hemos manifestado, el verdadero abrigo de los rusos consistia en el espacio indefinido, y para nada les hacia falta un Torres-Verdras, no hallándose arrinconados á la extremidad de su continente. Pero de todos modos, un campo junto al Dwina, en mitad del camino de los franceses, por decirlo así, al principio de su carrera, cuando aun tenian todas sus fuerzas y todos sus recursos, era una cosa sin sentido, puesto que Napoleon podia forzar este campo ó evitarlo, sin contar lo fácil que le era, aprovechándose de la inmovilidad del ejército principal, inmovilidad obligada, penetrar por su derecha en el agujero que separa las fuentes del Dwina de las del Dnieper, y cortar en dos la larga línea de los ejércitos rusos para el resto de la cam-

paña. El movimiento del mariscal Davout contra el príncipe Bagration, la concentracion de Napoleon en Gloubokoe, revelaban ya esta intencion muy de sobra. Finalmente, ninguna seguridad ofrecia bajo el aspecto de su construccion el campo de Drisa. Generalmente se busca resguardo detrás de un rio que se quiere defender, y aqui por el contrario, se habian colocado los rusos delante del rio, apoyando en él su espalda y sus alas. Por indicacion del general Pfuhl eligieron los ingenieros rusos un ángulo entrante que forma el Dwina, y alli se armaron como si se cuidaran menos de hacerse inexpugnables por su frente que por su espalda y por sus flancos. Verdad es que sobre el frente de este campo trataron de crearse una especie de inexpugnabilidad artificial por medio de inmensas obras, que pudiesen desafiar todos los esfuerzos del enemigo. Cerróse el ángulo entrante en que se habian situado con una primera línea de obras de tres mil y trescientas toesas de desarrollo, y yendo de uno á otro codo del Dwina; y consistian en troncos de árboles y espolones de tierra de difícil escalamiento y erizados ademas de artilleria. En segunda línea se habian construido diez reductos, enlazados como por cortinas, y armados igualmente con una artilleria muy numerosa. Parte del ejército ruso ocupaba estas obras, y el resto, situado detrás en masas compactas, presentaba una reserva formidable. Cuatro puentes debian asegurar la retirada de este ejército si se veia forzado á evacuar la posicion. Aunque este campo hubiera de oponer grandes obstáculos hasta á la impetuosidad de los franceses, es muy verdad que se prestaba maravillosamente á la maniobra de Napoleon, que pen-

saba en rebasarlo y encerrar allí á Barclai de Tolly. Con efecto, si Napoleon tenia tiempo de pasar el Dwina y de trasladarse á espaldas del ejército ruso, no se concibe como este hubiera podido destilar por cuatro puentes delante de doscientos mil franceses.

De todos modos el grito era universal en el ejército ruso. Unos censuraban la idea de retirarse delante de los franceses, otros la de hacer tan pronto alto, otros aun la de dejar que Napoleon se remontara por la izquierda del ejército principal y se interpusiera de esta suerte entre Barclai de Tolly y Bagration. Todos unánimemente imputaban al general Pfuhl la idea que les desagradaba, despues del general Pfuhl á los extrangeros que parecian cómplices suyos, y despues de estos extrangeros al emperador Alejandro que los escudaba con su patrocinio. Hasta el italiano Paulucci, que se desvivía para hacer olvidar su origen por la violencia de su lenguaje, dijo á Alejandro que su consejero Pfuhl era un idiota ó un traidor, á lo cual respondió Alejandro enviando al soberbio interpelante á treinta leguas á la espalda. Pero la cólera general se hacia cada vez mas viva.

Brevemente no se limitaron ya á censurar el plan de campaña, sino que comenzaron á ejercer la censura hasta sobre la presencia del emperador en el ejército, y á clamar contra el espíritu de corte trasladado á los campamentos, allí donde se necesitaba un gefe que dirigiera las operaciones militares por sí solo, y nada de aquellas reuniones de cortesanos, propias no mas que para turbar al que manda, quebrantar la confianza de los que obedecen, y sustituir finalmente la confusion á

aquella unidad absoluta, que es condicion indispensable de los triunfos en la guerra. Se dieron á decir que Alejandro no podia ejercer el mando, que no lo queria tampoco, aun cuando no careciese de inteligencia militar, y que, no mandando, estorbaba que se mandara, porque una inevitable deferencia á sus pareceres, el temor de caer en su censura ó la de sus familiares debian quitar toda decision al gefe de ejército mas resuelto; que se necesitaba la libertad de derramar, aun engañándose, torrentes de sangre, y no tener detras de sí un soberano que midiera la cantidad de la sangre vertida, deplorándola y echando la culpa á los generales: que por consiguiente, no obrando é impidiendo que se obrara, era menester que Alejandro se fuese, y se llevase asimismo á su hermano, tan incómodo como él y no de mas provecho. ¡Extraño espectáculo el de este czar, tipo acabado en la Europa moderna de la soberania absoluta, y dependiendo de sus principales cortesanos, y casi excluido del ejército por un motin de corte! ¡Tan profunda es la ilusion del despotismo! No se manda verdaderamente sino en proporcion de las voluntades que es capaz de concebir y de ejecutar cada uno: de nada valen el grado ni la categoria, y el soberano mas absoluto sobre el mas temible trono, no es á menudo mas que criado de un criado que sabe lo que su amo ignora. Solo el genio manda porque ve y quiere, y aun este depende de los buenos consejos por la imposibilidad de verlo todo, y si, cegado por el orgullo, da de mano á estos consejos, desemboca en la locura, y por la locura en la ruina.

La aristocracia militar rusa, que, intimidando

ó sosteniendo alternativamente á Alejandro, le habia conducido poco á poco á resistir á la dominacion francesa, no estaba dispuesta, ahora que le habia arrastrado á la guerra, á dejarse poner trabas sobre la manera de sustentarla. Queriala violenta, encarnizada, desesperada; habia formado la resolucion de sacrificar en caso de necesidad todas las riquezas, toda la sangre de la nacion, y no admitia que un emperador patriota sin duda, pero suave, humano, variable, llegase á atajar sus patrióticos esfuerzos.

Animados como estaban los principales personajes de esta aristocracia militar, convinieron en intentar un paso cerca del emperador Alejandro, para hacerle abandonar el plan del general Pfuhl y el establecimiento en el campo de Drisa; para determinarle á remontar el Dwina hasta Witebsk, donde se estaria en aptitud de unirse al ejército de Bagration por Esmolensko. Una vez obtenidos estos puntos se prometieron ir mas allá todavía, invitando á Alejandro á que se alejara del ejército. Para cohonestar esta invitacion de una manera conveniente, tomaron un pretexto, no solo respetuoso, sino hasta lisonjero. Hubieron de alegar que la direccion de la guerra, no era á la sazón la principal tarea del gobierno, siendo todavía mas importante el cuidado de allegar recursos; que detrás del ejército que se iba á lanzar á la pelea, se necesitaba que hubiera otro, y dos si se podia; que para tenerlos era menester alcanzarlos del patriotismo de la nacion; que Alejandro, adorado por ella en aquel instante, obtendria cuanto quisiera; que por tanto urgia que se trasladase á las principales ciudades, á Witebsk, á Esmolensko, á Moscou, á

San Petersburgo, y convocara á todas las clases de la poblacion, á la nobleza, al clero, al estado llano, y les pidiese los últimos sacrificios; que este servicio era á la vez mas urgente y mas provechoso que cuantos podia prestar si se quedaba en el ejército; que á sus generales tocaba pelear y morir sobre el umbral de la patria, y al emperador ir á buscar á otros hijos briosos de ella, para morir donde fuera necesario, aun en las extremas profundidades de Rusia. Y se debe reconocer en honor de esta aristocracia imperiosa y adicta, que doce años antes se habia desembarazado violentamente de un principe loco, y que hoy alejaba del ejército á un principe importuno, se debe reconocer que procedia sinceramente y solo anhelaba una cosa, derramar la sangre del ejército y la suya propia mas á sus anchas y mas copiosamente.

El antiguo ministro de la Guerra Arakchejef, hombre de capacidad ordinaria, bien que de carácter enérgico, y el ministro de policia Balachoff, osaron extender un dictámen que remitieron con su firma á Alejandro, y por el cual le aconsejaban su partida inmediatamente á Moscou, fundándose en las razones que acaban de ser indicadas. Bago-wouth y Ostermann, gefes de cuerpo, suplicaron á Alejandro con una energia, que pasaba del simple ruego, que ordenara el abandono inmediato del campo de Drisa, y un movimiento de derecha á izquierda sobre Witebsk, para desbaratar, uniéndose al principe Bagration, la manioobra de Napoleon, de la cual se empezaban á concebir sospechas.

Movido Alejandro por las observaciones que le acababan de presentar sobre los inconvenientes de su presencia en el ejército, fijándose igualmente

en el peligro de la posición tomada sobre Drisa, sintió desvanecerse todas sus resoluciones. Convocó un consejo de guerra, admitiendo no solo á su propio estado mayor, sino al del general Barclai de Tolly. Además llamó á su seno al antiguo ministro de la Guerra Araktchejev, al ingeniero Michaux, y al coronel Wolzogen, confidente del general Pfuhl. Después de explicar Alejandro el plan en globo, encargó al coronel Wolzogen que lo justificara en sus pormenores. Conviniendo este en que ciertos trabajos habían sido mal concebidos, defendió, sin embargo, el establecimiento del campo de Drisa, con argumentos más ó menos especiosos, si bien carecían de fuerza contra las objeciones que el plan del general Pfuhl suscitaba. Efectivamente, si se trataba del plan de una retirada calculada, detenerse junto al Dwina era hacer alto muy pronto, á causa de la exposición de ser asaltados por los franceses, cuando aun disponían de todos sus recursos: además, retirándose sobre Drisa, se les dejaba la facultad de interponerse entre los dos ejércitos del Dwina y del Dnieper; finalmente, si se podían concebir cuerpos que operaran sobre las alas del enemigo, no era esta una razón para dividir en dos la masa principal de las fuerzas rusas, hasta el punto de no quedar en ninguna parte en estado de hacerle cara. Aunque estas razones no fueran distintamente expresadas por ningún miembro del estado mayor ruso, agitaban confusamente los ánimos de todos. Así el mismo coronel Wolzogen se apresuró á admitir la necesidad de abandonar sin demora el campo de Drisa y de trasladarse sobre Witebsk, donde se daría la mano á Bagration, con la esperanza de in-

corporársele en Esmolensko. Este dictamen, conforme á cuanto se deseaba, no podía hallar contradictores y fué unánimemente adoptado.

Así se abandonó por una especie de rebelión de los ánimos la parte ridículamente sistemática del plan del general Pfuhl, que consistía en buscar en Drisa lo que lord Wellington había encontrado en las líneas de Torres Vedras. Sin embargo Alejandro no abandonó la parte esencial del plan, que verdaderamente pertenecía á todos los espíritus sensatos, el de retirarse á lo interior del territorio. Al general Barclai de Tolly fué la ejecución de este pensamiento, sin darle el título de general en jefe, por no herir el amor propio del príncipe Bagration, y le dejó la calidad de ministro de la Guerra, que hacía subordinados suyos á todos los jefes de cuerpo. Además conoció que necesitaba alejarse, porque molestaba á los generales con su presencia, asumía una responsabilidad espantosa, y experimentaba un insoportable tormento de espíritu en medio de pareceres tan encontrados. De consiguiente aceptó de buen grado el papel cuya idea se le sugería, el de ir á Moscou á levantar las poblaciones rusas contra los franceses, y sin dilación abandonó el cuartel general, llevándose todos los importunos consejeros, á quienes Barclai de Tolly no amaba, y el ejército menos. El general Pfuhl marchó hacia San Petersburgo con el antiguo ministro Araktchejev, el sueco Armfeld y otros. El italiano Paulucci, caído al principio en desgracia de resultas de su franqueza, fué nombrado gobernador de Riga.

Solo Barclai de Tolly al frente del ejército en calidad de ministro de la Guerra, era entre todos

los generales rusos el mas capaz de dirigirla acertadamente. Instruido, conociendo á fondo los detalles de su oficio, fleamático y tenaz, no tenia mas que un inconveniente, y era el de inspirar vivos celos á sus subordinados, á quienes no podia imponer silencio por una superioridad reconocida, y el de ser responsable á los ojos del ejército de un sistema de retirada que, por razonable que fuera, le heria hondamente. Porde pronto se adhirió con toda su alma al pensamiento de evacuar el campode Drisa, de remontar el Dwina hasta Witebsk, de establecerse allíenfrente de Esmolensko, donde se espera a que llegaria Bagration muy luego, remontando el Dnieper, y alargará éste la mano trasladándose en medio del agujero que separa las fuentes del Dwina y del Dnieper, si la necesidad lo requeria. Con este movimiento nos iba a interceptar el camino de Moscou, pero quedaba abierto el de San Petersburgo. A fin de cerrarle cuanto fuera posible, resolvió dejar en posicion sobre el bajo Dwina, entre Polotsk y Riga, el cuerpo del conde de Wittgenstein, el cual al frente de veinte y cinco mil hombres, aumentados muy pronto con las tropas de Finlandia y las reservas del Norte del imperio, cubriría la importante plaza de Riga, y amenazaria el flanco izquierdo de los franceses, mientras que el ejército del Danubio amenazaria al flanco derecho, si volvía á tiempo de Turquía.

Tomadas estas disposiciones, Barclai de Tolly se puso en marcha el 19 de julio, y remontó el Dwina, yendo la infantería por la orilla derecha y la caballería por la izquierda. Al remontar esta última la orilla ocupada por los franceses, podia tener con ellos mas de un choque, si bien le queda-

ba el recurso de vadear el rio, cosa fácil en aquella estacion y por mas arriba de Polotsk. El general Doctoroff debia formar la retaguardia. Despues de la separacion del cuerpo de Wittgenstein y de las pérdidas ocasionadas por la marcha, aun contaba Barclai de Tolly cerca de noventa mil hombres. Ciento cincuenta mil debia juntar, si el principe Bagration se le incorporaba. Partiendo el 19, marchó por las orillas del Dwina durante los dias 20, 21 y 22 de julio, manteniéndose á una distancia bastante grande de los franceses, quienes en su proyecto de maniobra, habian resuelto no acercarse demasiado a los rusos.

Napoleon, que cuando operaba tenia continuamente fijos los ojos en el enemigo, no debia tardar en enterarse de aquel movimiento, aunque la caballería rusa procuraba encubrirlo y disimularlo con reconocimientos ejecutados en todas direcciones. Muy pronto y por entre esta agitacion de la caballería echó de ver un movimiento hacia el alto Dwina, que para los franceses era de izquierda á derecha, y de derecha á izquierda para los rusos. Con su penetracion incomparable reconoció al punto que Barclai de Tolly remontaba el Dwina hacia Witebsk para alargar la mano á Bagration, el cual por su parte remontaria el Dnieper hasta Esmolensko, segun todas las probabilidades. Lejos de retraerle de su gran designio, alentóle esta maniobra de los contrarios. Si los rusos levantaran el campo de Drisa para engolfarse directamente en lo interior de Rusia, pudiera desesperar de darles alcance, mas subiendo Barclai de Tolly por medio de un movimiento transversal á orillas del Dwina, mientras Bagration iba á subir a orillas del Dnie-

per, de resultas de un movimiento semejante, siempre tenia la probabilidad de situarse entre uno y otro para realizar su plan primitivo. Despues de obligar el mariscal Davout al principe Bagration á descender el Dnieper, debia llegar muy delante de él á Esmolensko, y Napoleon no tenia mas que remontar personalmente el Dwina, marchando de prisa por su derecha, para llevar á cabo en Witebsk lo que no pudo hacer en Polotsk, esto es, pasar el Dwina por la izquierda de Barelai de Tolly, rebasarle y cogerte de revés, con tal de que las circunstancias no le fueran completamente desfavorables.

De consiguiente aun era su plan realizable, solo que habia que ejecutarlo mas á la derecha. No dilató la ejecucion un momento, y hasta anticipara la hora, si la reunion de su material se lo permitiera. El principe Eugenio estaba en Kamen el 22 de julio: Murat con la caballeria y con las tres divisiones destacadas del primer cuerpo, estaba muy cerca sobre la izquierda del principe Eugenio: Ney y Oudinot seguian detrás, y despues avanzaba la Guardia por Gloubokoe. Napoleon puso toda esta masa en marcha hácia Beschenkowitzy. Recelando no obstante que debian quedar fuerzas enemigas junto al bajo Dwina, prescribió al mariscal Oudinot que cruzara este rio por Polotsk, arrollara hácia abajo á las tropas que encontrase, y se aplicara á cubrir la izquierda del grande ejército. Descontando á Macdonald, dejado en Samogitia para velar sobre el Niemen, descontando á Oudinot, destinado á mantenerse hácia Polotsk, quedaba Napoleon con Murat, con las tres divisiones del primer cuerpo, con Ney, con el principe Eugenio, al frente de cerca de ciento cincuenta mil hombres. Sobre su dere-

cha debia hallar al mariscal Davout á la cabeza de sus tres divisiones y de todas las fuerzas que habian compuesto el cuerpo de Gerónimo. Por tanto se hallaba en aptitud de descargar sobre Barelai de Tolly un terrible golpe.

El principe Eugenio cruzó el 23 el Oula, y se trasladó con algunas tropas ligeras hácia Beschenkowitzy, pequeña aldea situada á orillas del Dwina, desde donde se podian distinguir los movimientos del ejército ruso mas allá del rio. A la sazón se descubria la retaguardia de Doctoroff en el camino de Witebsk. A la orilla izquierda, que ocupábamos, asomaron retaguardias de caballeria en direccion del mismo punto y se replegaron, si bien defendiéndose con mastenacidad que de costumbre, lo cual hizo nacer la esperanza de ver en fin aceptar á los rusos la batalla tan ardientemente deseada. Napoleon ordenó al principe Eugenio, el cual no se pudo trasladar á Beschenkowitzy mas que con una vanguardia, que reuniera al dia siguiente 24 todo su cuerpo y la caballeria de Nansouty y echara un puente sobre el Dwina para hacer un reconocimiento al otro lado. Ya él habia salido con su cuartel general de Gloubokoe y se hallaba á media marcha detrás del principe Eugenio. Al resto del ejército hizo ejecutar un movimiento general en el mismo sentido.

El dia 24 llevó el principe Eugenio su cuerpo á Beschenkowitzy. Mientras, pasando la caballeria ligera de Nansouty mas allá de este punto, corria por el camino de Ostrowno, el principe diseminó sus cazadores á lo largo del Dwina para alejar de allí á los rusos, que se veian á la orilla opuesta, é hizo aproximar su artilleria, con el fin de mante-

nerlos aun á mayor distancia. Llevados á este sitio los pontoneros de su cuerpo, se lanzaron audaces al rio para emprender el establecimiento de un puente. A las pocas horas ya estaba practicable, de modo que pudieran empezar á pasar las tropas. Impaciente la caballeria bávara del general Preysing, agregada al ejército de Italia, por mostrarse mas allá del Dwina, se precipitó al agua sin vacilaciones, vadeó el rio, y corrió á limpiar la otra orilla. Sus escuadrones, mejor conservados que la infanteria bávara, se hicieron admirar de todo el ejército por la precision y la rapidez de sus maniobras al galopar en seguimiento de los rusos.

A eso de medio dia anunció la presencia de Napoleon un gran tumulto de caballos. Las tropas de Italia, que aun no le habian visto, saludáronle con estrepitosas aclamaciones, á las cuales respondió con un saludo brusco. Tan ocupado estaba del objeto que le conducia á aquel punto. Precipitadamente se apeó para dirigir al gefe de los pontoneros algunas observaciones: volviendo á montar de seguida cruzó el puente al galope, y siguiendo á la caballeria bávara á toda rienda, avanzó á mucha distancia por la orilla izquierda del Dwina para observar la marcha de los rusos. Aun cuando con su sagacidad prodigiosa adivinara la verdad por los mas vagos informes de los oficiales de vanguardia, queria ver las cosas por sus propios ojos, siempre que le era posible.

Despues de correr el espacio de dos ó tres leguas, volvió convencido de que el ejército ruso habia desfilado entero hácia Witebsk, y resolvió avanzar mas de prisa y mas osadamente en la direccion misma, para situarse violentamente, si era

necesario entre Witebsk y Esmolensko, entre Barclai de Tolly y Bagration. Por tanto ordenó al príncipe Eugenio y al general Nansouty que se encaminaran al dia siguiente 25 hácia Ostrowno. Murat, que habia marchado delante con la caballeria de Montbrun y las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, debió ponerse al frente de la caballeria, ahora que el ejército estaba reunido, y preceder al príncipe Eugenio en el movimiento sobre Ostrowno.

Al dia siguiente 25 emprendióse la marcha muy temprano. Abria el general Bruyere con siete regimientos de caballeria ligera y un regimiento de infanteria de la division de Delzons, el 8.º de ligeros. Seguian los coraceros de Saint Germain; por lo que hace á los de Valencia, que completaban el cuerpo del general Nansouty, se hallaban destacados cerca del mariscal Davout, segun se ha visto mas arriba.

Queriendo retardar este mismo dia el general Barclai de Tolly los progresos de los franceses, disputándoles el terreno palmo á palmo, situó delante de Ostrowno al cuarto cuerpo (el de Ostermann), con una brigada de dragones, con los húsares de la Guardia, con los húsares de Soumy y una bateria de artilleria montada. Estas tropas se hallaban de reconocimiento entre Ostrowno y Beschenkowitzy.

El general Piré con el 8.º de húsares y el 16.º de cazadores de á caballo avanzaba por el camino de Ostrowno, ancho, recto, con alamos á un lado y á otro, cuando descubrió en lo alto de una colina á la caballeria ligera rusa, escoltando su artilleria montada. No bien se reconocieron unos á otros cuando el 8.º de húsares y el 16.º de cazado-

res fueron cubiertos de metralla. Cayendo entonces el general Piré con sus dos regimientos sobre la caballería rusa, puso desde luego en fuga al regimiento que ocupaba el centro del camino, cargó de seguida al segundo que estaba en el llano hacia la derecha, revolvió sobre el tercero que estaba en el llano hacia la izquierda, y después de haberse deshecho de cuantas tropas de á caballo tenia por delante, se arrojó sobre las piezas, acuchilló á los artilleros, y se apoderó de ocho cañones. Murat llegó en el momento de realizarse este hecho de armas al frente de la segunda brigada del general Bruyère y de los coraceros de Saint Germain, y tomó la dirección del movimiento.

Apenas trepó el ribazo, á cuya falda tuvo lugar este primer choque, descubrió mas allá en la llanura á todo el cuerpo de Ostermann, apoyado por una parte en el Dwina y por otra en alturas cubiertas de maleza. Al punto adoptó sus disposiciones para hacer cara á aquella infantería numerosa, flanqueada por mas de mil caballos. A su izquierda hacia el Dwina situó sus regimientos de coraceros en tres líneas. En el centro desplegó el 8.º de ligeros á fin de responder al fuego de la infantería rusa, é hizo que le sostuviera parte de la caballería del general Bruyère. Sobre su derecha colocó el resto de su caballería, que se componia del 8.º de lanceros polacos, del 10.º de húsares polacos y de un regimiento de hulanos prusianos. Al príncipe Eugenio envió á decir que acudiera con la división de Delzons tan pronto como le fuera posible.

Aun no estaban terminadas estas disposiciones, cuando los dragones de Ingríe se adelantaron para

atacar su extrema derecha. Los polacos, á quienes la vista de los rusos animaba con singular ardimiento, ejecutaron un cambio de frente á la derecha, se precipitaron sobre los dragones de Ingríe, rompieron por medio de ellos, mataron no pocos y se apoderaron de doscientos ó trescientos. Instantáneamente se halló barrida esta parte del campo de batalla y así dió tiempo á que la infantería de la división de Delzons llegase. En este intervalo los dos batallones desplegados del 8.º de ligeros ocupaban el centro del campo de batalla y protegían á nuestra caballería contra el fuego de la infantería rusa. Para desembarazarse de ellos el general Ostermann envió en su contra á tres batallones destacados de su izquierda. Al punto hizo Murat que estos batallones fueran atacados por algunos escuadrones, que les forzaron á replegarse. Así nuestra caballería llenaba cada hora de la jornada con brillantes combates, mientras esperaba la aparición de la infantería. No atreviéndose ya el conde de Ostermann á acometer á nuestra caballería de frente, hizo avanzar, á favor de los bosques, á otros muchos batallones sobre nuestra derecha, y empujó á dos sobre nuestra izquierda con el propio designio. Murat, que hasta ahora no tenia aun mas que caballería, soltó contra los batallones, que se presentaban hacia su derecha, á los lanceros y á los húsares polacos y á los hulanos prusianos. Cayendo esta caballería ligera á toda rienda sobre los batallones rusos, desbaratólos y los obligó á meterse otra vez en el bosque. En el ala opuesta, sostenido el 9.º de lanceros por un regimiento de coraceros, rompió con el mismo vigor á los batallones rusos enviados contra nuestra

izquierda, y los puso en la necesidad de retroceder.

Muchas horas hacia que duraba esta lucha incesante de la caballería francesa contra toda la infantería rusa, cuando llegó al fin la división de Delzons, que realmente había andado tan de prisa como le fué posible, y á la vista de sus líneas compactas el conde de Ostermann se declaró en retirada hácia Ostrowno. Esta jornada, que nos costó á lo sumo trescientos ó cuatrocientos hombres, hizo perder á los rusos ocho bocas de fuego, setecientos ú ochocientos prisioneros, y mil doscientos ó mil quinientos hombres fuera de combate. Señalóse nuestra caballería por su brío y la exactitud y oportunidad de sus maniobras, gracias especialmente á Murat, que poseía en el mas alto grado el arte difícil, no de economizarla, sino de servirse de ella.

Este combate anunciaba en los rusos la intención de disputar el terreno, y aun quizá de presentar batalla. Nada convenia mas á Napoleon, que, persistiendo en interponerse entre Barclai de Tolly y Bagration, y sobre todo en rebasar al primero, ansiaba particularmente conseguirlo por medio de una batalla, capaz de proporcionarle de seguida todos los resultados que esperaba de una sabia maniobra. De consiguiente ordenó al príncipe Eugenio y á Murat que á otro día se trasladaran en masa á Ostrowno, y fueran mas allá de este punto, para acercarse á Witebsk lo mas posible.

Con efecto al día siguiente, despues de concertar bien sus movimientos, se adelantaron Murat y Ney sumamente enlazados uno á otro. La caballería ligera y los dos batallones del 8.º de ligeros abrian la marcha, detrás iban los coraceros de Saint Ger-

main, y por último la división de infantería del general Delzons. La división de Broussier estaba á una hora á retaguardia. Asi cruzaron á Ostrowno por la mañana, y dos leguas mas allá encontraron al enemigo alineado detras de un gran barranco. Era la división de Konownitsin, enviado por Barclai de Tolly para sostener al cuerpo de Ostermann y reemplazarle en caso necesario. El campo de batalla presentaba los mismos caracteres que los dias anteriores. Remontando el valle del Dwina, teníamos á la derecha colinas cubiertas de ramage, en el centro el camino real con álamos á uno y otro borde, cruzado por barrancos, sobre los cuales se habían echado pequeños puentes, y á la izquierda el Dwina, describiendo numerosos recodos y vadeable en cierta estacion por varios puntos.

A cosa de las ocho y al borde del barranco, detras del cual se había situado el enemigo, se encontraron sus tiradores. Nuestra caballería ligera vióse obligada á replegarse, y á dejar el cuidado de superar aquel obstaculo á la infantería. Murat se mantuvo algo á retaguardia con sus escuadrones, contentándose por el momento con enviar á otro lado del Dwina algunos de sus ginetes ligeros, para batir la ribera y amenazar el flanco de los rusos. Llegado el general Delzons delante del barranco, que nos detenia, dirigió sobre los bosques espesos que se hallaban á nuestra derecha al regimiento 92.º de línea, con un batallon de cazadores del 106.º, sobre nuestra izquierda, un regimiento croata apoyado por el 84.º de línea, y conservó en el centro el resto del regimiento 106.º de reserva. Puesta en batería la artillería por el general Anthouard, debía proteger con sus

uegos el ataque que iba á ejecutar la infantería.

Mientras las tropas de la derecha procuraban trepar bajo un vivísimo fuego las alturas cubiertas de maleza, las de la izquierda, guiadas por el general Houard, se aproximaron al barranco, trasladáronse al lado opuesto, y lograron establecerse sobre una meseta que evacuó el enemigo. Este movimiento fué seguido por el centro. Sucesivamente el 8.º de ligeros, la artillería y la caballería fueron á ocupar la meseta abandonada por el contrario. Interin la izquierda, compuesta del regimiento croata y del 84.º proseguía su triunfo, sin inquietarse de lo que acontecía en el ala opuesta, y avanzaba mucho, no hacia la derecha progresos tan rápidos y se agotaba en vanos esfuerzos para penetrar en la espesura de los bosques defendidos por una infantería numerosa. Así nuestra derecha se quedaba á retaguardia, mientras nuestro centro se adelantaba mucho y nuestra izquierda mas todavía. Echando de ver esta situación el general Konownistsin, dirigió contra nuestro centro y nuestra izquierda sus reservas todas, y las condujo vigorosamente al ataque. No esperando el regimiento croata y el 84.º tan brusco rechazo, hubieron de retroceder prestamente a la altura del centro. Ya estaban á punto de ser arrojados al barranco, y nuestra artillería corría peligro de ser tomada, cuando Murat, precipitándose veloz como el relámpago con los lanceros polacos sobre la columna rusa, arrolló al primer batallón, y sirviéndose de sus lanceros contra esta infantería rota sembró el campo de muertos. A la sazón el gefe de batallón Ricard, á la cabeza de una compañía del 8.º de ligeros, fué en socorro de nuestras piezas, de las cua-

les estaba á punto de apoderarse el enemigo. Eugenio soltó igualmente el regimiento 106.º, mantenido en reserva hasta entonces, para apoyar al 84.º y á los croatas. Estos esfuerzos reunidos contuvieron á las masas rusas, volvieron á empujar nuestra izquierda hácia adelante y mantuvieron nuestro centro. Entretanto Murat, Eugenio, Junot, gefe bajo las órdenes de Eugenio del ejército de Italia, acudieron á nuestra derecha, donde el general Roussel á la cabeza del 92.º de línea y de los cazadores del 106.º se afanaba muchísimo por vencer el doble obstáculo de las alturas y de los bosques. Junot se puso al frente del 92.º, electrizóle con su presencia, y triunfante nuestra derecha obligó finalmente á los rusos á retirarse.

Descubriendo Murat y Eugenio mas allá de las tropas de Konownistsin otras columnas compactas, que eran las de Ostermann, sobre un terreno cada vez mas quebrado, temian, aunque victoriosos, empeñarse demasiado, porque ignoraban si convenia á Napoleon provocar una acción general. Mas de repente les sacaron de apuro los gritos de *Viva el Emperador*, que señalaban la llegada de Napoleon comunmente. En efecto apareció seguido de su estado mayor, lanzó una mirada sobre el campo de batalla, que vió sembrado de cadáveres, si bien de rusos mucho mas que de franceses, y al instante conoció á las claras la intención del enemigo, que no era aun la de dar batalla, sino de disputarnos tenazmente el terreno, para embarazar nuestro movimiento, y previno que se prosiguiera sin descanso hasta la noche.

Durante esta persecución que la derecha estaba obligada á ejecutar siempre, sosteniéndose en el de-

elive de alturas cubiertas de maleza, el bizarro general Roussel, que disputaba el terreno de la espesura de un bosque á otro, fué herido de un balazo, y murió con sentimiento del ejército.

Esta segunda jornada nos costó mil doscientos hombres; cuatrocientos de ellos muertos y los demas heridos. Cerca de dos mil perdieron los rusos. No tomamos cañones, y cogimos pocos prisioneros. Por lo demas las tropas acreditaron valor extraordinario.

Napoleon pasó esta noche en medio de la vanguardia, resuelto a ponerse desde la madrugada á la cabeza de sus tropas, pues á cada paso que se adelantaba se hacia la situacion mas grave, y podia producir sucesos de importancia. A las tres divisiones destacadas del primer cuerpo, á la Guardia y al mariscal Ney prescribió que se incorporaran á la cabeza del ejército lo mas pronto posible, á fin de estar en aptitud de dar batalla, si el enemigo se determinaba á admitirla. Agobiados de fatiga los bávaros fueron dejados á retaguardia en Beschenkowiezi para cubrir las comunicaciones con Polostk, puesto señalado á Uudinot, y con Wilna, centro de todos nuestros recursos y de todas nuestras comunicaciones.

A la aurora siguiente Napoleon, seguido del príncipe Eugenio y del rey Murat, marchó adelante, para mandar personalmente aquella jornada. Muy cerca estaba de Witebsk y ya se distinguian sus torres hácia nuestra izquierda, á orillas del Dwina, y á la falda de un ribazo. Un barranco nos separaba del enemigo, y había sido incendiado el puente que servía para cruzarlo. Mas lejos se divisaba una llanura bastante extensa, en la cual una

numerosa retaguardia de infanteria y caballeria se aprestaba á disputar el paso del barranco. Finalmente, en el fondo de la llanura se distinguia un riachuelo, desaguando en el Dwina cerca de Witebsk, y mas allá de este riachuelo el ejército ruso en batalla, presentando una masa que se podia calcular en noventa ó cien mil hombres. ¿Acaso queria por fin dar batalla para impedir que nos estableciéramos entre ellos y Bagration y penetrar en el agujero que separa el Dwina y el Dnieper? Su actitud autorizaba á creerlo, é inmediatamente Napoleon envió ayudantes de campo unos tras otros, para apresurar la llegada del resto de las tropas. Aquel dia no era posible aguardar mas que un nuevo choque de nuestra vanguardia con la retaguardia rusa, pero al dia siguiente parecia indudable la batalla. Napoleon deseábala con ardimiento, y el ejército participaba de sus deseos y sus esperanzas.

Aproximándose al barranco que nos separaba de la retaguardia enemiga, fué necesario detenerse para restablecer el puente, que era muy estrecho, y desfilar por allí en seguida. Un poco á la izquierda se situó Napoleon y á retaguardia, sobre una altura desde la cual abarcaba toda la extension del campo de batalla. Delante de él se pusieron los cazadores de la Guardia. El dia estaba soberbio, el sol resplandeciente, el calor era extremadamente vivo. Como los dias anteriores formaba el ejército de Italia la cabeza de nuestra columna en union de la caballeria de Nansouty. Habiendo peleado la vispera la division de Delzons, cedió el paso á la valiente division de Bronssier. Este general apresuróse á hacer reparar el puente, lo cual consumió

algo de tiempo, y de seguida el regimiento 16.º de cazadores, de la brigada de Piré, pasó el barranco y detrás trescientos tiradores del 9.º de línea. Desfilando por la izquierda estas tropas, á la falda de la cumbre en que Napoleon se hallaba, se adelantaron por la llanura, mientras los regimientos de Broussier cruzaban el puente, yendo despues unos tras otros á formar en cuadro sobre la llanura el 53.º á la cabeza, y los demas en escalones sucesivos. Al mismo tiempo el general de brigada Bertrand de Rivrai con el 18.º de infanteria ligera, se dirigió hacia las alturas cubiertas de matorrales, que se extendian por nuestra derecha.

Mientras se operaban estos movimientos al amparo de una artilleria numerosa, habiéndose adelantando mucho por la izquierda el 16.º de cazadores con los tiradores del 9.º, atrajo una tempestad sobre su cabeza. El conde Pahlen lanzó en su contra á los cosacos de la Guardia imperial rusa. No teniendo el 16.º á nadie que le sostuviera si cargaba, resolvió esperar á pié firme la carga del enemigo, amorteciéndola con los fuegos de carabina. Efectivamente, esperó con sangre fria á los escuadrones rusos, hizo una descarga general sobre ellos, y derribó no escaso número de ginetes, aunque no bastante para contener su empuje. Fué, pues, acometido vivamente y obligado á replegarse. En el mismo instante movióse la mayor parte de la caballeria rusa y vino á caer sobre nuestra izquierda. Perdidos parecieron los trescientos cazadores del 9.º y como tragados en medio de aquella muchedumbre de sables levantados sobre sus cabezas. Con todo, se aproximaron al barranco sin desunirse, se apelotonaron á las órdenes de dos

valientes oficiales, los capitanes Guyard y Savary, y siguieron haciendo un fuego nutrido contra los numerosos escuadrones que les cargaban. Prosiguiendo su movimiento hacia adelante esta nube de ginetes, llegó casi al pié de la cumbre, donde Napoleon se encontraba, y llegó á amenazar nuestra artilleria hasta la altura de nuestros cuadros. Pero el primero de ellos, formado por el 53.º de línea, recibió con el aplomo de las veteranas tropas de Italia las cargas de la caballeria rusa, y la atajó el paso: adelantándose despues sin romperse libertó al 16.º de cazadores y á los trescientos tiradores del 9.º, que habian quedado como anegados en medio de aquella ola de asaltadores. El ejército, que presenciaba este espectáculo con la emocion mas viva, descubrió con gozo al pequeño grupo de tiradores del 9.º salir sano y salvo de aquella espantosa refriega. Napoleon, que no habia cesado de observar con su antejo, dejó la posicion que ocupaba, cruzó el barranco y pasando á caballo por delante de aquellos intrepidos tiradores, les dijo: —¿Quiénes sois, amigos míos?—Cazadores del 9.º de línea é hijos de Paris todos, respondieron aquellos jóvenes valerosos.—Pues bien, sois valientes, y todos habeis merecido la cruz.—Le saludaron con los gritos de ¡Viva el Emperador! y seguidamente se trasladó á los cuadros de la division de Broussier. Esta se adelantaba por la llanura, teniendo su artilleria en los trechos de cuadro á cuadro, y persiguiendo á la numerosa caballeria del conde Pahlen á cañonazos. En breve llegaron al centro la caballeria de Nansouty y á la izquierda la division de Delzons. No creyendo prudente los rusos hacer cara á tales fuerzas, repasaron el riachuelo Lout-

cheza, detrás del cual estaba todo su ejército en batalla. De esta suerte se había ganado la mitad del día, y si hubieran estado juntas todas nuestras tropas, al punto aceptara Napoleón la batalla, que al parecer se le ofrecía. Pero no tenía á la mano mas que una parte insuficiente de su ejército. Por tanto determinó emplear el resto del día en reconocimientos, en estudios del terreno, en concentraciones de fuerzas. Después de observar la línea enemiga y de fijar mentalmente el puesto que cada uno de sus cuerpos ocuparía al día siguiente, fué á bivaquear en medio de sus tropas, llenas de júbilo por los triunfos de los días anteriores y por la perspectiva de una gran batalla. Nuestros soldados anhelaban un acontecimiento decisivo, por sangriento que fuera. Esta marcha sin resultados les fatigaba. Caminaban con un calor de 27°, tenían escaso aguardiente, pan casi nada, y frecuentemente solo se alimentaban con carne cocida y sin sal. Soldados valientes en posición que les disgusta, siempre desean una batalla, aunque no sea mas que bajo el aspecto de variar. El cansancio había aclarado mucho nuestras filas. Mas de tres mil hombres nos habían arrebatado los últimos combates, de mil ciento á mil doscientos muertos, y mil ochocientos heridos. La partida de los bávaros nos había debilitado en unos quince mil hombres. Con los dos cuerpos de caballería de los generales Nansouty y Montbrun, con el ejército de Italia, con las tres divisiones del primer cuerpo, con la Guardia y el mariscal Ney, quedaban alrededor de ciento veinte y cinco mil hombres. Mas eran de los que se necesitaban para dar con Barclai de Tolly al traste, y así se esperaba anonadarle al día siguiente.

En efecto, Barclai de Tolly había tomado la osada determinación de presentar batalla. Las quejas amargas de sus soldados y aun sus ultrajes, pues había oído que le dirigian insultos á veces por causa de aquella retirada continua en que se obstinaba, no bastaran á hacerle variar de conducta, sino hubiera llegado á decidirle una consideración poderosa. Dando un paso mas hacia atrás, quedaba interceptada la comunicación entre Witebsk y Esmolensko, y Bagration, á quien había citado para Babinowiczi seria detenido en su marcha, cogido quizá entre Davout y Napoleón, y destruido por consecuencia. Así resolvió, á costa de cualquier peligro, dar detrás del riachuelo Outcheza una encarnizada batalla con sus fuerzas todas. A menos de cien mil hombres le habían reducido la separación del cuerpo de Wittgenstein y las largas marchas. Mas de siete mil hombres le habían costado los tres últimos días de combate entre muertos, heridos y prisioneros. Le quedaban por tanto unos noventa mil hombres, si bien sostenidos por el valor de la desesperación, contra ciento veinte y cinco mil, animados por el valor que nace del espíritu militar en su mayor grado de energía. Peligroso era el trance, pero el momento era de aquellos en que no se debe calcular y en que se necesita salvar los imperios con resoluciones desesperadas.

Había pues empleado todo el día en prepararse, cuando un oficial llegado á toda prisa, le adujo de repente poderosas razones para mudar de consejo. Era un ayudante del príncipe Bagration encargado de anunciarle el combate de Mophilew y sus resultas. Bagration, á quien Davout había for-

zado á pasar el Dnieper mucho mas abajo de Mohilew, se veia en la necesidad de dar mas largo rodeo para unirse á Barclai de Tolly en el agujero que separa las fuentes de los dos rios. Ya no era en Orscha, punto del Dnieper mas cercano al Dwina, donde Bagration pensaba juntarse á Barclai de Tolly, sino en Esmolensko á lo sumo. Tales eran las noticias que el ayudante de campo del príncipe Bagration le llevaba. Ya en este caso podia seguir retrocediendo sin comprometer la union de ambos ejércitos detrás de la linea del Dnieper y el Dwina, y era inútil dar una batalla extremadamente peligrosa por un objeto mas lejano sin duda, pero no comprometido de ningun modo por un nuevo movimiento retrogrado. Descargado de responsabilidad tan inmensa, Barclai de Tolly tomó el partido de levantar el campo aquella misma noche. Ya muy tarde el 27 y cuando la fatiga empezaba á adormecer la vigilancia de los franceses, fué comunicada á todos los gefes de cuerpo la orden de retirada, y ejecutada con un concierto, una exactitud y un silencio notables. Se dejaron encendidas fogatas, y la retaguardia del conde Pahlen á orillas del Loutcheza, á fin de engañar completamente al enemigo, y retiráronse en tres columnas, la de la derecha compuesta del 5.º y 6.º cuerpo (la Guardia y Doctaroff) por el camino de Roudnia sobre Esmolensko; la del centro, compuesta del tercer cuerpo (el de Touczkoff) por Kolicki sobre Poreczie, la de la izquierda, compuesta de los cuerpos segundo y cuarto (de Bagowout y Ostermann) por Janoviczi sobre Poreczie. Este punto, adonde se dirigian dos columnas rusas, estaba situado detrás de un riachuelo pantanoso y cubierto de ma-

torrales, el Kasplia. Corriendo de Esmolensko á Sourage, obstruye hasta cierto punto el espacio de diez y ocho á veinte leguas que se extiende entre las fuentes del Dnieper y las del Dwina y cierra, por decirlo así, las puertas de la Moscovia. Establecido en Poreczie con el grueso de sus fuerzas, detrás de una region de bosques y de pantanos, protegido por el curso tortuoso y pantanoso del Kasplia, libre para trasladarse á Sourage, á orillas del Dwina, ó á Esmolensko, á orillas del Dnieper, Barclai de Tolly podia esperar algunos dias para que Bagration se le incorporara, cubriendo á la vez los caminos de Moscou y San Petersburgo. Tomada esta resolucion con tanta prontitud como la de combatir el dia antes, ejecutada con precision rara, hacia honor al juicio y al carácter militar del general en gefe Barclai de Tolly, y probaba que, entregado á si mismo, menos contrariado así por la aristocracia militar, que gobernaba el imperio, como por las pasiones populares, que dominaban el ejército, hubiera podido dirigir euerdamente las operaciones de esta guerra tan grave como ardua.

A caballo Napoleon desde muy temprano el 28 de julio, y rodeado de sus lugartenientes, corria á orillas del Loutcheza, donde se lisonjaba de hallar un nuevo Friedland, y sobre todo la paz que tan ligeramente habia abandonado, y que echaba de menos ahora, como se echa todo lo que fácilmente se ha dejado. A pesar de una brillante retaguardia orgullosamente dirigida por el conde Pahlen, no era posible engañar á un ojo tan ejercitado como el de Napoleon, y reconoció muy luego que, despues de habersele plantado delante la vispera con osadia los rusos, habian levantado el

campo á fin de evitar la batalla. Ignorando los motivos que les habian determinado sucesivamente á combatir y á retroceder, pudo creer que esta apariencia de una resolución que no tenia y á la cual habia sucedido una repentina retirada, no era por su parte mas que un cálculo para atraer al ejército francés en su seguimiento, cansarle y agotar sus fuerzas. Esta idea, que penetró mucho antes en el espíritu de sus lugartenientes que en el suyo, entristeció á los oficiales y los soldados. Inmediatamente se pusieron en marcha con un calor sofocante de 27 ó 28 grados, para procurar coger algunos restos de aquel ejército fugitivo, y á pesar del cansancio de los días anteriores, se corrió hasta perder el aliento. Pero aunque la caballería del conde Pahlen no rehusara las cargas de la nuestra, siempre acababa por retirarse y por evacuar el terreno disputado.

Apenas se dieron algunos pasos, descubrióse á la izquierda junto al Dwina la ciudad de Witebsk, capital de la Rusia Blanca, poblada de veinte y cinco mil habitantes y no poco dedicada al comercio. Uno de nuestros destacamentos entró sin dificultad en su recinto, ahuyentando á las bandas de cosacos, que, semejantes á las aves maléficas, nunca se retiraban sin manchar antes los lugares donde habian posado. No tuvieron tiempo de entregar á las llamas esta ciudad bastante linda, pero destruyeron los principales almacenes, é inutilizaron especialmente los molinos. Al aproximarnos huyeron los habitantes, con excepcion de algunos sacerdotes y algunos mercaderes, espantados por el rumor exageradísimo de los estragos que habiamos hecho en Polonia, estragos casi nulos en las

ciudades protegidas por la presencia del ejército, pero siempre efectivos en los campos abandonados á los pillos aislados sin defensa.

Napoleon entró en Witebsk para juzgar por sus propios ojos de la importancia de esta ciudad y de la extension de los recursos que podria ofrecerle, pasó allí algunos instantes, tomó posesion del palacio del gobernador, palacio poco suntuoso, pero bastante para su sencillez siempre grande en la guerra, y despues de expedir las órdenes indispensables, partió á toda rienda para dar alcance á la cabeza de sus columnas. Sofocante era el calor del día, y cuando se le comparaba al frio glacial que nos exponiamos á experimentar mas tarde, parecia una irrision de la naturaleza. Hombres y caballos caian sobre el camino, por el doble efecto del mal alimento y del calor, y aquellos de nuestros soldados, que detrás de Napoleon habian ya visto países tan diversos, no recordaban haber respirado en Egipto aire mas abrasador, impregnado de un polvo mas sutil y mas sofocante. Y era lo extraño que al par que dejábamos por los caminos una porcion de rezagados, no hallábamos rezagado un solo ruso, aun siendo mucho menos ágiles que los franceses. Pero habiendo marchado siempre en medio de sus almacenes, no habian tenido que sufrir privacion alguna, y ademas tenian para ser retenidos en las lilas el estímulo del miedo, pues mientras nuestros soldados al retrasarse estaban seguros de ser recogidos por sus camaradas, ellos no tenian otra probabilidad que la de quedar prisioneros, ó ser acuchillados por nuestra caballería encarnizada en su persecucion.

De esta suerte se caminó por espacio de muchas

leguas detrás del ejército ruso, sin encontrar un solo hombre de quien se pudiera saber la verdad. Sin embargo, á la caída de la tarde se acabó por coger á algunos, que no pudieron sostener la celeridad de aquella marcha, y ya por la dirección de las columnas, que se descubrían de vez en cuando desde los puntos culminantes del terreno, ya por las respuestas sacadas á los que se cogieron en el camino, creyóse descubrir que el contrario se retiraba, por entre Esmolensko y Sourage, con intención evidente de unirse al príncipe Bagration. Día por día se hallaba enterado Napoleon de las operaciones del mariscal Davout, del combate de Mohilew, de las consecuencias de este combate, del rodeo á que el príncipe Bagration se vió condenado, rodeo que retardaba, pero no impedía su incorporacion á Barclai de Tolly; de consiguiente poseía todos los elementos necesarios para juzgar bien de los proyectos del enemigo. Despues de seguir á los rusos hasta el fin del día, hizo personalmente alto en un lugarcito llamado Haponowtschina. Allí platicó algunos instantes con Murat y el príncipe Eugenio, reconoció con ellos la inutilidad y el peligro de una persecucion prolongada, porque el proyecto de rebasar á Barclai de Tolly se habia hecho impracticable, hallándose este muy sobre aviso y llevándose mucha delantera. No pudiendo rebasarle, no habia manera de impedir su reunion con Bagration, que estaba en marcha mas allá del Dnieper para juntarsele detrás del Dwina. De obstinarse en esta persecucion, lo mas que se podia conseguir era obligar á los dos generales rusos á que se juntaran diez ó quince leguas mas lejos, y esta ventaja de importancia escasisi-

ma no equivalia al inconveniente de agotar las fuerzas de los soldados. La caballeria se hallaba en un estado lastimoso: á la artilleria le costaba mucho seguir adelante. De consiguiente Napoleon prometió á Eugenio y á Murat que nuevamente haria alto, con el fin de proporcionar algunos dias de descanso á las tropas, de allegarse los rezagados y de rehacer los almacenes con los recursos del pais, que no habian tenido tiempo de destruir los rusos.

Adoptada esta resolucion, separóse Napoleon de Eugenio y de Murat, á quienes dejó con sus tropas, y volvió á entrar en Witebsk aquella misma noche.

Así fracasaron sus combinaciones de la apertura de la campaña, que se contaban entre el número de las mas bellas que habia concebido nunca, aunque hubiera batido al enemigo en todos los encuentros, aunque le hubiera hecho perder cerca de quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, aunque le hubiera arrancado muchas de sus mejores provincias, tales como la Lituania y la Curlandia. Algunas faltas de ejecucion contribuyeron sin duda á este mal suceso, como la de apresurarse demasiado á cruzar el Niemen, y la de no parar en Kowno, antes de dar ninguna alerta al enemigo, el tiempo que fué preciso parar en Wilna para reunir el ejército y sus bagages; como las de contar con la incorporacion del rey Gerónimo al mariscal Davout, no poner á este en aptitud de perseguir y de envolver al príncipe Bagration por sí solo; producir, con tratar sobradamente mal á su jóven hermano, una fatal interrupcion de mando; y finalmente haber contado muy poco para todas las cosas con los hombres y los elementos. Pe-

ro, independientemente de estas faltas, el mal éxito emanaba, como las faltas mismas, de la imprudencia de esta guerra, consistente en tentar con soldados violentamente arrancados de todos los países y precipitadamente regimentados, marchas sin término en comarcas inmensas, harto poco fértiles y harto poco habitadas para suplir todo lo que es imposible llevar consigo; de haber, no dejado de pensar en las dificultades de tal empresa, ó descuidado los medios de superarlas, sino creído con sobrada facilidad en la eficacia de los medios empleados; de haber obrado en suma con toda la embriaguez de un poder alucinado por la continuidad de los triunfos y por la sumisión general de los pueblos. Reparemos no obstante, que iniciada ya la locura de esta guerra, si Napoleón se mostrara todavía más loco, si marchara adelante en derechura, sin detenerse diez y ocho días en Wilna para allegar sus tropas y sus convoyes, de cierto se dejara atrás mucha gente, pero quizá abrumara á Barclai de Tolly por un lado, al príncipe Bagration por otro, y descargara golpes terribles, que pudieran traer la paz y haber bastado en todo caso para llenar grandemente esta primera campaña, y ahorrarle de ir á buscar al seno de Rusia los brillantes resultados que necesitaba para conservar su prestigio, para imponer á Europa, y para tener sus tropas en juego. Mas tarde allegara á los hombres dejados por los caminos, á los más robustos cuando menos, y de todas maneras nunca perdiera tantos como perdió en breve por correr detrás de un triunfo que se le huía de continuo. Ya aquí se ve, y se verá en lo sucesivo, á esta guerra marcada con el doble carácter de una concepción temeraria y de

una ejecución incierta, y al genio que comienza las faltas, se arrepiente inmediatamente después de haberlas comenzado, y fracasa por la vacilación misma que en su acción produce este arrepentimiento. ¿Nos atreveremos á decirlo? Mas obcecado Napoleón saliera más airoso. Conviene añadir que aun cuando su salud nada se resintiera, parecía menos activo; que iba más frecuentemente en carruaje, y menos á menudo á caballo, ya porque el calor y el vientre abultado produjeran pesadez, no á su espíritu, sino á su cuerpo, ya porque la enormidad de lo que había emprendido asustase, enervase su voluntad antes tan firme y tan ardiente, ya, diríamos finalmente si participáramos más de las supersticiones humanas, porque la fortuna inconstante ó causada cesase de favorecer sus designios.

De cierto aun le quedaban á Napoleón por imaginar muchas combinaciones, y su inagotable genio distaba enormemente de hallarse al cabo de sus recursos. Barclai de Tolly, cuya incorporación al príncipe Bagration no había podido impedirse, y que iba á ver elevados sus noventa mil hombres á ciento cuarenta mil, de resultas de la unión de los dos ejércitos del Dwina y del Dnieper, no se hacía invencible para los doscientos cincuenta mil hombres que Napoleón podía oponerle, después de juntarse al mariscal Davout; Barclai de Tolly, que hasta entonces no pudo ser sorprendido ni envuelto, no había llegado á ser tan perspicaz de pronto que no pudiera ser adormecida su vigilancia y descargado sobre su cabeza uno de aquellos golpes terribles bajo los cuales habían sucumbido en el espacio de quince años los ejércitos más valientes

de Europa. De consiguiente no estaban mas que aplazados los resultados maravillosos que solian señalar el principio de todas las campañas napoleónicas, y entretanto se tenían resultados sólidos como las conquistas de la Lituania y la Curlandia y además el ascendiente de las tropas francesas sobre las tropas enemigas sustentado en todo su auge. Así cabia descansar en Witebsk sin pensamientos muy sombríos, y si se prestaba á la censura el descanso tomado en Wilna, el que se iba á tomar en Witebsk se hallaba al abrigo de todo cargo; pues en Wilna, al precio de treinta ó cuarenta mil rezagados, fuera posible llegar á tiempo sobre la espalda de Bagration y el flanco de Barclai, al par que en Witebsk solo se podia ensanchar mas, adelantándose, el círculo que ambos gefes iban á describir para juntarse, sin llegar á cortar este círculo por parte alguna, sin conseguir otra cosa que sacrificar todo el ejército á un resultado insignificante, exponiéndole á perecer de calor ahora, por miedo de que mas tarde pereciera de frio.

De consiguiente Napoleon instalóse por doce ó quince dias en el palacio del gobernador de Witebsk con su corte militar. Distribuyó sus cuerpos de ejército en torno suyo, de manera de ponerlos á cubierto de toda sorpresa, de alimentarlos lo mejor posible, de prepararles una reserva de viveres para los próximos movimientos, y de poder concentrarse oportunamente sobre los puntos donde hubieran de ser ejecutadas las operaciones. A la Guardia imperial la estableció en Witebsk mismo; al príncipe Eugenio delante de él en Sourage, pequeña ciudad situada mas arriba de Witebsk junto al

Dwina; un poco mas á la derecha, hácia Roudnia, en medio del espacio comprendido entre el Dwina y el Dnieper, y detrás de la cortina de bosques prolongada á orillas del Kasplia, al mariscal Ney; y delante de éste á la masa de la caballería en todas las avenidas por donde podia presentarse el contrario. Detrás de Ney, entre Witebsk y Babinowiczi, hizo acampar á las tres divisiones del primer cuerpo, que aguardaban con impaciencia la hora de juntarse al gefe severo, si bien paternal, á cuyas órdenes tenían costumbre de vivir y de pelear.

Efectivamente, el mariscal Davout habia remontado el Dnieper despues del combate de Mohilew, y se habia establecido en Orscha desde donde guardaba el Dnieper, como Napoleon desde Witebsk guardaba el Dwina. Habia extendido la caballería de Grouchy sobre su izquierda, para enlazarse con el grande ejército hácia Babinowiczi, y habia encaminado hácia su derecha á la caballería ligera de Pajol y de Bordesouille, para seguir y observar mas allá del Dnieper al príncipe Bagration, que daba un gran rodeo por Micislaw, á fin de juntarse á Barclai de Tolly hácia Esmolensko. Finalmente, el mariscal Davout habia allegado á los westfalianos y á los polacos, extenuados unos y otros por una marcha de mas de ciento cincuenta leguas ejecutada desde el 10 de junio hasta el 28 de julio en un país árduo y sin viveres lo mas del tiempo. Los polacos se hallaban en Mohilew, los westfalianos entre Mohilew y Orscha. El general Latour-Maubourg se retiraba con su caballería fatigada desde Bobruisk á Mohilew muy despacio, observando las tropas destacadas de Tomarsoff. Reynier, á la cabeza de los sajones, destinados á cus-

todiar el gran ducado, se acrecia con los austriacos, que estaban en marcha hácia el grande ejército.

Establecido así Napoleon sobre el alto Dwina con la Guardia y el príncipe Eugenio, teniendo entre el Dwina y el Dnieper á Murat, á Ney, á las tres primeras divisiones del mariscal Davout, y sobre el mismo Dnieper al resto de las tropas de este, y además á los westfalianos y á los polacos, se hallaba en una posicion inatacable, y en aptitud de preparar nuevas operaciones. Ocupándose de las necesidades de los soldados, su intencion era recomponer cada cuerpo segun su formacion primitiva, dar al príncipe Eugenio la caballeria de Grouchy y aun los bávaros, dar al general Montbrun los coraceros de Valencia prestados al mariscal Davout un momento, dar á este sus tres primeras divisiones de infanteria, confiarle además el primer cuerpo, los westfalianos, los polacos y la caballeria de reserva del general Latour-Maubourg.

Segun su costumbre, Napoleon dispuso que se empleasen inmediatamente los recursos que ofrecia el pais para proporcionar á los soldados la subsistencia de que habian carecido durante la marcha, y proporcionarles una reserva de víveres para ocho ó diez días. En Witebsk habia algunas provisiones, con especialidad de vino, azúcar, café, y se dispuso de ellas para los hospitales. Bastante bien cultivada estaba la ribera del Dwina, y mas allá, entrando en la Rusia Blanca, de Witebsk á Newel y Wielij se encontraban aqui y alli granos y ganado. Generalmente habian sido destruidos los almacenes de los rusos, pero se habian conservado algunas porciones, que se trasladaban á la sazón

en carros del pais detrás de Barclai de Tolly. Nuestra caballeria aprovechóse de la coyuntura, é hizo presas de bastante importancia delante de los cantones del príncipe Eugenio. En Liosna, Roudnia, Babinowiczi, esto es, entre el Dwina y el Dnieper, no habiendo hecho mas que pasar los rusos, y no pudiendo aun desparramarse nuestros rezagados, quedaban medios de subsistencia. En Orscha, junto al Dnieper, habia hallado el mariscal Davout con que preparar las provisiones de sus tropas. Mas allá del Dnieper, desde Orscha á Micislaw, se extendia una comarca fértil y donde habia muchos molinos. Por desgracia la mayor parte estaba inservible. Napoleon ordenó repararlos, construir hornos, formar almacenes, particularmente en Witebsk y en Orscha, donde se proponia establecer sus dos principales puntos de apoyo sobre el Dwina y el Dnieper. Se carecia de hospitales, en Witebsk sobre todo, donde habia que asistir, además de los mil ochocientos heridos franceses de los tres combates de Ostrownó, á quinientos ó seiscientos rusos heridos, sin contar un número considerable de enfermos. El bueno y hábil cirujano Larrey, verdadero héroe de humanidad, cuidando á los heridos del contrario, á fin de que éste cuidase á los nuestros, trabajaba en Witebsk lo indecible para suplir los efectos del hospital de sangre que aun no habia llegado: Napoleon hizo que se le entregara todo lo mejor que se halló en los conventos. Además se aprovechó de la presencia del mariscal Davout en Orscha, para hacer preparar alli mismo, así como en Borisow y en Minsk, hospitales capaces de recibir doce mil enfermos.

Si algo podia dar idea de la dificultad de las

operaciones militares á tan grandes distancias y con tan grandes masas de hombres, es la extension y la multiplicidad de los padecimientos de nuestros soldados á pesar de todos los esfuerzos hechos por el genio para precaverlos. Los combates dados por la caballería de Poniatowski en Mir, por el cuerpo de Davout en Mohilew, por el grande ejército en Ostrowno, por Oudinot en Deweltowo, y por diversos cuerpos en otros muchos lugares, nos habian costado cuando mas de seis á siete mil hombres entre muertos y heridos, y sin embargo, ya habian desaparecido cerca de ciento cincuenta mil hombres de las filas durante las marchas del Niemen al Dnieper y al Dwina. De esto hablaban los gefes de cuerpo á Napoleon con tanta insistencia, que despues de determinarse por este motivo á hacer en Witebsk un nuevo alto, ordenó para conocer la extension del mal que se revistaran todos los regimientos (1). Al comenzar esta revista detallada de

(1) Los historiadores, que han querido excusar la campaña de Rusia, hacen datar la ruina del ejército de la retirada de Moscou, de los grandes frios que acompañaron á esta retirada y de las privaciones que fué necesario sufrir durante una marcha de doscientas cincuenta leguas, etc. Este es un error cometido por escritores que no han examinado de cerca los documentos verdaderos. La correspondencia de los generales, de los ministros y hasta de los prefectos, prueba que las causas de este gran desastre eran mas antiguas y mas hondas. Se tocaba en efecto á la disolucion del ejército por consecuencia de guerras incesantes, á las cuales habia sido forzoso atender con un reclutamiento precipitado y soldados muy mozos, bravos pero débiles, con extranjeros de mala voluntad y un material que no resistia á tan enormes distancias. Estas causas comenzaron la ruina del ejército mucho antes de que se llegase á Moscou, y la retirada de este punto no

los cuerpos de la extrema izquierda á la extrema derecha, del mariscal Macdonald hácia Riga al general Reynier hácia Brezosc, en una línea de mas de doscientas leguas, se hallaron los tristes resultados siguientes. El mariscal Macdonald, que tenia á los prusianos y á los polacos organizados en un todo, que habia tenido que andar cincuenta leguas á lo sumo y que sufrir muy pocas privaciones, solo habia experimentado la pérdida de seis mil hombres. De treinta mil estaba reducido á veinte y cuatro mil combatientes. El mariscal Oudinot, que con la division de los coraceros de Doumerc, destacada del cuerpo de caballería de Grouchy, contaba cerca de treinta y ocho mil hombres al paso del Niemen, no conservaba ya mas que de veinte y dos á veinte y tres mil en Polotsk. Atribuia esta disminucion desconsoladora á la desercion que se habia declarado entre las tropas extranjeras, tales como los croatas, los suizos, los portugueses. Entre los franceses no se habia manifestado la desercion mas que en los mancebos. El mariscal Ney, que poseia treinta y seis mil hombres al principio de las operaciones, afirmaba en Witebsk que no podia poner mas de veinte y dos mil en línea. Los extranjeros,

hizo mas que consumarla. La fatiga, la escasez de víveres, la mortandad de los caballos, que dejó á pie mucha parte de la caballería, crearon muy luego funestos hábitos de vagabundage, que se desarrollaron despues en esta fatal campaña, cuando las causas que los habian producido llegaron al último grado de fuerza. Este principio lo señalamos aquí por medio de pruebas irrefragables y esmeradamente recogidas. Nuestro trabajo está hecho en vista de los estados mismos presentados á Napoleon por los gefes de cuerpo, despachos segun los cuales establece sus propios cálculos.

es decir, los ilirios y los wurtembergeses, eran en este cuerpo como en los demas la principal causa de la disminucion del efectivo. Murat, con la caballeria de reserva de los generales Nansouty y Monthbrun, estaba reducido de veinte y dos mil á trece ó catorce mil ginetes. Conviene añadir que la caballeria ligera agregada á cada cuerpo de ejército habia disminuido en proporcion todavía mas fuerte, por consecuencia del fatigante servicio de las vanguardias y de la proteccion con que era preciso rodear de continuo á las tropas enviadas á buscar forrages. Solo presentaba la mitad de su fuerza primitiva. La misma Guardia imperial no contaba mas que veinte y siete ó veinte y ocho mil en vez de treinta y siete mil hombres, lo cual era debido á las pérdidas de la joven infanteria, á las de la caballeria ligera constantemente empleada en los reconocimientos que el emperador ordenaba directamente, y sobre todo á la increíble desaparicion de los nuevos reclutas en la division de Claparede. Esta division habia venido á parar de siete mil á menos de tres mil infantes. No consiendiendo ya á su vuelta de España mas que en el cuadro de los regimientos, se habia llenado con jóvenes polacos, muchos de los cuales sucumbieron á la fatiga ó á la tentacion de regresar á sus hogares. De esta suerte la misma Guardia, aunque siempre bien provista, contaba ya diez mil hombres menos. La vieja Guardia era la única tropa que no habia perdido nada.

El cuerpo del príncipe Eugenio, calculado en ochenta mil hombres al paso del Niemen, no constaba ya mas que de cuarenta y cinco mil, habiendo sucumbido como dos mil al fuego enemigo. Una espantosa disenteria, que se hizo epidémica en-

tre los bávaros, les redujo de veinte y siete mil á trece mil. Esta enfermedad era debida al alimento en que entraba mas carne que pan, á la carne de puerco comida sin sal, á la privacion de vino, al relente de los bivaques sucediendo repentinamente á los excesivos calores durante el dia, finalmente y sobre todo á la rapidez de las marchas, á la juventud de los hombres, á su poca inclinacion al servicio. Se miraba á este cuerpo como casi fuera de estado de ser útil, y se le habia dejado en Beschenkowiczi, porque cada dia de marcha le ocasionaba mil enfermos (1). La division italiana era el cuerpo que, despues de los bávaros, habia sufrido mas de la disenteria, y ni aun se habia eximido de ella la Guardia italiana, compuesta de soldados selectos. Las hermosas divisiones francesas de Broussier y de Delzons habian resistido mejor á esta ruda vida de marchas y de privaciones. De abril á junio habian ido de Verona á Witebsk, del Adriático á las fuentes del Dwina. Dos mil hombres habian perdido por el fuego en Ostrowno y tres mil por la fatiga, con lo que se redujeron de veinte á quince mil hombres: gran ventaja sobre la division de Pino que de once mil habia bajado á cinco mil soldados. El cuerpo del mariscal Davout habia disminuido menos que los otros, gracias á su organizacion fuerte. Si no tuviera en sus filas holandeses, hamburgueses, ilirios, españoles, apenas con-

(1) Entiéndase bien que no hablo ni á tenor de las memorias del mariscal Saint-Cir, mas aflictivas aun que mi relato, sino á tenor de las correspondencias cotidianas de los gefes de cuerpo. No hay un detalle en la exposicion esta que no pueda apoyar en estados auténticos y en cálculos irrefragables.

tara la reduccion de una décima parte en su efectivo. Por consecuencia de esta mezcla y tambien de la incorporacion de los profugos en sus regimientos, no podia poner en linea mas que cincuenta y dos ó cincuenta y tres mil hombres de los setenta y dos mil con que empezó la campaña. El cuerpo de Gerónimo, compuesto de los westfalianos, de los polacos, de los sajones, de la caballeria de Latour-Maubourg, habia experimentado las pérdidas siguientes: los polacos estaban reducidos de treinta mil á veinte y dos mil hombres, los westfalianos de diez y ocho á diez mil, los sajones de diez y siete á trece mil, la caballeria de Latour-Maubourg de diez á cerca de seis mil.

Así el ejército activo, que al paso del Niemen constaba de cuatrocientos mil hombres, y cerca de cuatrocientos veinte y cinco mil de todas armas con los parques, no ascendia ya mas que á doscientos cincuenta y cinco mil soldados, excelentes sin duda, todos muy fuertes y en torno de su bandera, pero no muy numerosos, si se queria penetrar en el corazon de la Rusia. Verdad es que habia ciento cuarenta mil hombres en segunda linea entre el Niemen y el Rhin, y de cincuenta á sesenta mil enfermos entre los diversos hospitales de la Alemania y la Polonia, y que de estos doscientos mil hombres se podian sacar útiles refuerzos. Dejando á las órdenes de los mariscales Macdonald y Oudinot sesenta mil hombres junto al Dwina, cerca de veinte mil á las órdenes del general Reynier junto al Dnieper, quedaban ciento setenta y cinco mil hombres del ejército activo para proseguir adelante. Conviene observar que los treinta mil austriacos del principe de Schwarzenberg, en marcha ha-

cia Minsk actualmente, debian engrosar este número muy pronto, y que de los ciento cuarenta mil hombres escalonados entre el Niemen y el Rhin podia Napoleon sacar treinta mil buenos soldados á las órdenes del mariscal Victor para aproximarlos á su retaguardia. En cuanto á la reserva confiada al mariscal Augereau, en cuanto á las diversas guarniciones de Alemania, eran necesarias para hacer frente á los suecos, y no habia posibilidad de trasladarlas á otro punto. Así añadiendo á los sesenta mil hombres de los mariscales Macdonald y Oudinot, dejados junto al Dwina, los treinta mil hombres del mariscal Victor, añadiendo á los veinte mil hombres del general Reynier, dejados entre el Bug y el Dnieper, los treinta mil austriacos, Napoleon tenia ciento setenta y cinco mil hombres que llevar consigo, ya sobre Moscou, ya sobre San Petersburgo, estando fuertemente protegidos sus flancos. Sin duda con esta masa organizada se podian aun descargar golpes decisivos, pero era cruel hallarse reducido á tales proporciones al mes de abierta la campaña y sin ninguna gran batalla.

Ya se han indicado las causas de esta disminucion grande. Aun las acababan de revelar mas claramente las marchas postreras. El ejército de Italia habia andado seiscientas leguas desde marzo á julio, el del Rhin quinientas. Se habian reunido ciento cuarenta mil caballos para llevar las municiones de boca y guerra, pero la mitad de estos caballos habian ya sucumbido por falta de alimento, y una parte considerable de nuestros convoyes hubo de ser abandonada por los caminos. Unidas las privaciones á lo largo de las marchas, impidieron á muchos hombres, aun de los de bue-

na voluntad, seguir á sus cuerpos. Entendiéndose mal unos con otros y con los habitantes de los países atravesados los extrangeros de todas las naciones, italianos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, alemanes, polacos, convirtiendo el ejército en una Babel, no manifestando inclinacion á servir con nosotros, batiéndose bien por amor propio cuando se hallaban á nuestra vista, pero no sintiendo fuera del campo de batalla el menor escrúpulo en quedarse atrás cuando estaban fatigados ó indispuestos, teniendo en las selvas de Polonia una retirada segura para ocultarse, desaparecian a vista de ojo. Algunos morian ó se podrian en los hospitales, otros ejercitaban el oficio de bandoferos, los mas se deslizaban á través de la Alemania favorecidos por los habitantes y comunmente volvia á sus casas. Despues de los extrangeros, tanto los prófugos como los reclutas, eran los mas propensos á abandonar las filas, los reclutas por desmoralizacion, los prófugos por aficion á la vida errante. No quedaban en rededor de las banderas mas que los veteranos, ó bien aquellos á quienes un temperamento mas militar habia asociado al espíritu de la antigua tropa, y formaban, como se ha visto, un total de cerca de doscientos cincuenta mil hombres. Para cometer la temeridad de esta campaña tan lejana, mas valiera ciertamente no tener consigo mas de doscientos cincuenta mil hombres en vez de cuatrocientos mil, pues ademas de necesitarse menos medios de subsistencia, se evitara el inconveniente de infestar el país con una muchedumbre de desertores, cuya conducta podia ser contagiosa. Efectivamente mas debia inquietar el ejemplo de la desercion que la

pérdida material de ciento cincuenta mil hombres, de los cuales habia por que inquietarse, pues esta facilidad de abandonar las banderas, desconocida hasta entonces entre nuestros soldados, arrastraba á muchos que jamas pensarán en tal cosa, si no vieran de continuo el espectáculo de la desercion á la vista. Al ejemplo de la desercion se agregaban mil pretextos fatales para alejarse de las filas. Todas las noches, las correrias para ir en busca de víveres, la atencion que habia que dedicar á inmensos bagages, el cuidado de los rebaños llevados detras del ejército, la artilleria regimentaria que Napoleon quiso confiar á los regimientos de infanteria, y que segregaba de su servicio habitual á muchos excelentes infantes para convertirlos en malos artilleros, finalmente la mortalidad de los caballos, que por fuerza dejaba á pié á una multitud de ginetes, reducidos á arrastrarse trabajosamente detras de los cuerpos, engrosaban esa triste cola, que despues del paso de los ejércitos se descubre de ordinario, y que pronto se prolonga, se corrompe y hasta se hace infecta en proporcion del mal estado de las tropas. Este conjunto de causas preocupaba á Napoleon mucho mas que el considerable número de hombres de que se iba á ver privado materialmente, pues, en rigor, con cien mil hombres distribuidos en sus filas, y una masa bien compacta de otros cincuenta mil que marchara adelante, no fuera imposible descargar un golpe mortal sobre Rusia; pero, viendo lo que acontecia, era de temer que los doscientos cincuenta mil hombres que le quedaban, se redujeran á doscientos, ó á cien mil y aun quizá á mucho menos. Napoleon tenia en ciertos instantes el siniestro presentimiento

de que así se efectuaría, y para precaver este peligro tomaba las precauciones mas minuciosas y mas profundamente calculadas. He aquí las que adoptó durante su permanencia en Witebsk.

Ejerciendo comunmente la policia á retaguardia del ejército, la gendarmeria de preferencia, tropa sin igual por la calidad de los hombres, y componiéndose de trescientos á cuatrocientos ginetes, le pareció insuficiente á pesar de las columnas volantes con que la habia reforzado, y dispuso que se enviaran de París al cuartel general cuantos hombres quedaban en los depósitos de la Guardia. Creó por vez primera, y esto demuestra harto bien el deplorable estado de las tropas, dos inspectores del grande ejército, que, bajo el título de *ayudantes mayores generales* de infanteria y de caballeria, estaban encargados de velar por la situacion de estas dos armas, por su vestuario, su efectivo y sus necesidades. Debían asegurarse de la verdadera fuerza de los regimientos en el momento de cada accion, y de prestar atencion especial á los pequeños depósitos que el ejército dejaba por el camino. Para estos cargos hizo Napoleon dos elecciones excelentes, tanto bajo el aspecto de la vigilancia como del conocimiento de cada arma, y fueron para la infanteria el conde Lobau, y para la caballeria el conde Durosnel. Por desgracia la multiplicacion de los empleos no remedia mas los abusos que la multiplicacion de los médicos asegura la curacion de los enfermos. Con mayor razon Napoleon, durante este segundo alto, que se proponia hacer en Witebsk, y que á falta de otro motivo, el calor hiciera necesario, buscó el remedio al mal que le inquietaba en el allegamiento de los hombres, en la incorpora-

cion de los convoyes, que un plazo de diez ó quince dias facilitaria sobremanera, en el cuidado de reunir una nueva reserva de víveres, que se procuraria trasportar realmente ahora detrás del ejército. Siempre con el deseo de despertar el sentimiento de la disciplina entre sus soldados, quiso pasar personalmente revistas en la plaza de Witebsk, que ensanchó mandando derribar algunas casas de madera que la obstruían. Allí inspeccionó ante todo las diversas brigadas de la Guardia imperial, despues los cuerpos que estaban á su alcance, examinando en detalle por si mismo el estado de los hombres, su armamento, su equipo, y hablando á soldados y oficiales un lenguaje propio á excitar en sus corazones los mas nobles sentimientos. En una de aquellas revistas recibió al general Friant en calidad de coronel comandante de granaderos á pie de la Guardia, dignidad vacante por muerte del general Dorseane y con que quiso recompensar á uno de los tres antiguos gefes de division del cuerpo del mariscal Davout. Verificóse esta recepcion con aplauso de todo el ejército. A la sazón era el general Friant un modelo acabado de aquellas virtudes guerreras formadas bajo la república, no corrompidas por las prosperidades del imperio y consistentes en la modestia, la probidad, la adhesión á la bandera, la profunda ciencia del ejercicio de las armas unida á un verdadero heroísmo. Despues de estrechar Napoleon á este hombre singular en sus brazos, á este hombre, que habia encanecido en la milicia, le dijo. Mi querido Friant, no tomareis este mando hasta fines de la campaña: estos soldados van solos, y es preciso que sigais al frente de vuestra division, donde aun

tendreis que prestarme grandes servicios. Sois uno de aquellos hombres á quienes querria poder colocar donde quiera que yo no puedo estar en persona.

No era Napoleon el único que habia echado de ver en el ejército la grave dificultad de las distancias, sobre todo en un país mal cultivado porque estaba mal poblado, con un enemigo que se retiraba de continuo por necesidad y por cálculo. En el primer empuje no se dudó de alcanzar á los rusos, y de batirlos tan luego como se les diera alcance, pero habiendo abatido las fuerzas el calor y el mal alimento, se empezaba á medir los espacios recorridos, á inquietarse respecto de los que se extendian delante, y se preguntaba con cierta especie de pena cuando se podría alcanzar al ejército enemigo (1). Este era el asunto de las conversaciones de

(1) El historiador ruso Boutourlin, el mejor narrador extranjero de esta guerra, ha dicho, en la página 435 del tomo II de su obra, que la retirada de los rusos fué efecto no de un cálculo, del cual tanto se habia blasonado posteriormente, sino de la inferioridad numérica de sus tropas. Este escritor juicioso y generalmente imparcial, sentia el naturalísimo deseo de reducir á su justo valor las pretensiones de los que han aspirado á atribuirse exclusivamente la gloria de los sucesos de 1812, y á arrogarse el mérito de, lo que á menudo no fué mas que producto del acaso, ó bien falta del que dirigia las tropas francesas. Verdad es efectivamente que los rusos se retiraban porque no podian hacer otra cosa, y que, obrando frecuentemente en ellos el impetu de las pasiones en sentido contrario de la razon, hubieran presentado batalla, si su inferioridad numérica se lo consintiera. Verdad es que, considerados los movimientos de los rusos en sus motivos de cada dia, fueron mas bien impuestos por las circunstancias del momento que ajustados á un plan general. Perc

los generales, de los oficiales y aun de los mismos soldados.—¡Siempre huyen estos miserables! decia la tropa.—Estos taimados, decian muchos oficiales, quieren arrastrarnos en su seguimiento, cansarnos, extenuarnos y acometernos cuando ya estemos reducidos en número y en fuerza física para no inspirarles miedo.—Esta última idea habia germinado especialmente en las filas mas elevadas del ejército, y se oia preguntarse en torno de Napoleon, si no seria tiempo de hacer alto, puesto que se habia llegado á los verdaderos limites que separaban la antigua Polonia de la Moscovia, y por decirlo asi, la Europa del Asia, de establecerse solidamente junto al Dwina y junto al Dnieper; de fortificar á Witebsk y á Esmolensko; de tomar á Riga á la

tambien equivaldria á desconocer una parte no menos importante de la verdad el no ver que en medio de las variaciones continuas de ideas, producidas por una situación violenta, habia no obstante un pensamiento general existente en todas las cabezas, aun prescindiendo del plan del general Pühl, pensamiento reducido á creer que cuanto mas se retrogradaba hácia el centro del imperio, mas se debilitaban los franceses, y mas fuertes se hacian relativamente los rusos; que no habia porque les apesara-se mucho un movimiento retrógrado indefinidamente continuado, y que se perdia mas en apariencia que en realidad. Sin duda luchaban el odio y el orgullo contra esta idea, y la conducta de los generales rusos fué un perpetuo conflicto entre el cálculo que aconsejaba la retirada, y la pasion que empujaba al combate. Otra idea menos generalmente divulgada y á la cual estaba muy adherido Alejandro, y que solo él podia poner en planta, como que daba exclusivamente las órdenes á los ejércitos distantes de Finlandia, de Volhinia y de Moldavia, era la de operar sobre los flancos del ejército francés, luego que se empeñase completamente en lo interior de Rusia. Tan justa era

izquierda; de extenderse á la derecha hasta la Volhinia y la Podolia; de insurreccionar estas provincias; de organizar la Polonia; de crearla un ejército, un gobierno; de preparar así los cantones de invierno, y de aguardar en ellos con tropas reorganizadas, bien armadas, bien alimentadas, bien situadas sobre una buena frontera, á que los rusos vinieran á demandarnos la Polonia con las armas en la mano. En este caso la respuesta no ofrecía duda, y no había soldado que no estuviera seguro de darla victoriosa.

Estas ideas eran positivamente muy exactas, y sin embargo, suscitaban fuertes objeciones. Así Napoleón, que lo veía y sabía todo, experimentaba cierta especie de impaciencia al oír los propósitos

esta idea como la de retrogradar hasta el entero agotamiento del ejército francés, y aplicadas una y otra oportunamente, debían tener por desgracia muy fatales consecuencias para nosotros. Estas dos ideas, inspiradas á todos por la misma naturaleza de las cosas formaron el plan de los rusos, y pertenecieron á la mente de todos mas bien que á la de uno solo, lo cual corrobora el juiciosísimo aserto del general Clausewitz al decir que la campaña de 1812 se hizo casi por sí sola. Sistematizándolas el general Pfuhl de sobra, las echó á perder quizá con exageraciones, pero tales ideas no existían menos en su mente que en la de otros, y Alejandro, al recompensarle mas tarde, acreditó una justicia generosa y delicada. En cuanto al pensamiento de retirarse, concediendo mucho el general Bouterlin á la necesidad dice la verdad, si bien la exagera, quitando al cálculo su parte positiva. Obligados estaban á retirarse, pero se retiraban con el convencimiento de que el perjuicio efectivo era mayor para el ejército francés que para el ruso. Si insistimos en esclarecer este punto de hecho, es porque cumple á la historia fijar el origen de las resoluciones, que cambian la faz del mundo. ¿De qué serviría la historia, si descuidara esto?

de hombres sensatos, que tenían razón en gran parte, si bien no haciendo caso de un lado importante de la verdad. Condenado en aquellos países des poblados por la naturaleza y por la guerra á vivir mano á mano con sus lugartenientes, y mostrando mas condescendencia que de costumbre á causa de la ansiedad de que los veía poseídos, contestaba á sus opiniones, cuya exactitud no desconocía, con las graves reflexiones siguientes.

Ante todo, decía, estos cantones no eran tan fáciles de establecer como se pensaba. El Dwina y el Dnieper, que á la sazón semejaban fronteras, no lo serían ya al cabo de tres meses. Convertiríanlos en llanuras la escarcha y la nieve, y apenas una ligera cavidad marcaría á lo sumo el curso de los rios ¿de qué servirían entonces algunos puntos como Dunaburgo, Polotsk, Witebsk, Esmolensko, Orscha, Mohilew, distantes treinta ó cuarenta leguas unos de otros, y ligeramente fortificados? ¿Cómo defender contra tropas á las cuales no paralizaría el invierno ni con mucho, contra la facilidad del uso de los trineos semejante línea de cantones? ¿Y cómo retener á los franceses, tan ejecutivos por naturaleza y mas ejecutivos aun por la costumbre de las últimas guerras, y hacerles tener paciencia bajo el mas triste clima del mundo durante nueve meses enteros, desde agosto del presente año hasta junio del año siguiente, sin contar siquiera con la seguridad de alimentarlos bien durante este largo espacio de tiempo? ¿Interrumpir en agosto una campaña empezada en junio!... ¿Cómo explicar timidez semejante y hacérsela comprender á la Europa? Y esta, acostumbrada á nuestras vibraciones de rayo, viéndonos vacilar, titubear, de-

tenemos despues de algunos encuentros brillantes, pero sin resultado ¿no iba á mirarnos con ojos menos humildes, á dudar de nosotros, y quizá á agitarse á nuestra espalda? Y España, en la cual se empezaban á realizar sucesos fatales, de que se dará cuenta muy pronto, ¿no iba á crearnos embrazos que, poco inquietantes cuando el grande ejército se hallaba situado entre el Rhin y el Elba, figurarian como graves cuando estuviera confinado con su gefe entre el Niemen y el Boristenes y por un tiempo indefinido? ¿Se habian medido todas estas dificultades y otras muchas en que se debia pensar cuando tan expeditamente se aconsejaba el hacer alto?

Tales eran las objeciones que Napoleon dirigia á los que consideraban el establecimiento junto al Dwina y el Dnieper como resultado suficiente de la campaña, y habia aun otras muchas objeciones sobre las cuales guardaba silencio, aunque las supiera muy á fondo, pues, si era mas propenso que otro alguno por carácter, por costumbre, por ambicion, á lanzarse á dificultades intrincadas, tambien aventajaba á todos en la perspicacia de descubrir todas aquellas dificultades, ya lanzado á ellas, y, si las negaba, no era por ignorancia, sino por repugnancia á confesar sus yerros, por cálculo, y tambien por aquella necesidad de ilusiones que induce á uno á negarse á sí propio cosas que se conocen por verdaderas, como si negándolas se disminuyera su realidad. Por ejemplo, sin convenir en ello, sabia que empezaban á enagenársele los ánimos hasta en Francia, que estaban profundamente exasperados en Europa, que en el ejército, su verdadera clientela, el cansancio habia ya

producido el resfriamiento, la critica, la desconfianza, y que en esta situacion no se podia sostener mas que á fuerza de golpes deslumbradores.

Por lo demas no desconocia el mérito de la idea de no traspasar los límites de Polonia, que se esperaba en torno suyo; aun estaba pronto á adherirse á ella y á fijarla como principio de su conducta, si bien despues de ejecutar ciertas operaciones que aun meditaba, despues de obtener algun triunfo señalado, porque, tras de este nuevo reposo de una quincena, no desesperaba de descargar algun gran golpe que mantuviera entero todo el prestigio de sus armas, y le permitiera sostenerse en las fronteras de Moscovia, sin que dudasen de él ni el mundo ni la Francia, punto para no olvidado nunca. A mayor abundamiento las divergencias sobre esto no tenian aun gravedad alguna, pues, aunque surgiesen aquí y allá tales ó cuales dudas, la confianza en él era entera entre sus soldados y sus generales, y si la fatiga inspiraba á veces momentos de tristeza, á nadie sugeria la idea de un desastre.

Alimentando Napoleon el proyecto de nuevas y decisivas operaciones, dirigia en este sentido los movimientos de los cuerpos de ejército que actualmente no tomaban parte en el descanso de Witebsk. Se ha visto que junto al Dwina habia ordenado al mariscal Oudinot que marchara con la espada desenvainada sobre el conde de Wittgenstein, y que le empujara hácia Sebej, en el camino de San Petersburgo por Pskow, á fin de desembarazar la izquierda del grande ejército; que habia ordenado al mariscal Macdonald que apoyara el movimiento del mariscal Oudinot y se trasladara hácia el bajo Dwina, á fin de hacer que cayera Dunaburgo, y de pre-

parar el sitio de Riga, lo cual debía asegurar no solo la ocupacion pacífica de la Curlandia, sino también probablemente la posesion de los dos puntos fuertes de apoyo de Dunaburgo y de Riga. Se ha visto finalmente que hácia el Daieper habia ordenado que se enviaran el general Reynier con los sajones y el principe de Schwarzemberg con los austriacos, y se trasladaran el principe de Schwarzemberg á Minsk y el general Reynier á Brezesc ó Kobrin, teniendo encargo este último de cubrir el gran ducado, y de insurreccionar la Volhinia. A la sazón estas órdenes eran ejecutadas ó se hallaban en curso de ejecución, á medida de las circunstancias y del talento de los que tenían el encargo de ejecutarlas.

El mariscal Oudinot, cuyo cuerpo estaba reducido de treinta y ocho mil hombres á veinte y ocho mil á lo sumo (1), habia desfilado sucesivamente por delante de Dunaburgo, Drisa, Polotsk, y pasado finalmente el Dwina por este punto. Ante todo, por orden de Napoleon, habia dejado la tercera de sus divisiones, compuesta de suizos, ilirios y holandeses, bajo el mando del general Merle, en el campo de Drisa, para destruir sus obras tan célebres como infructuosas. Pero brazos agotados y faltos de útiles, por haber quedado atrás el material de ingenieros, no pudieron adelantar mucho esta demolición importante; y hallándose el mariscal imponderablemente débil ante el cuerpo de

(1) Menester es notar que, si más arriba le hemos presentado como reducido á unos veinte y tres mil hombres, se debe entender despues de los combates, cuya relación va á seguirse; pero en la época de que se trata contaba aun veinte y ocho mil hombres.

Wittgenstein, que con los refuerzos del principe Repnin se habia elevado á treinta mil hombres, atrajo á sí nuevamente á la division de Merle. Para cumplir la orden de remontarse hasta Sebej en el camino de San Petersburgo, empujó el 28 de julio una mitad de su caballería ligera hácia el riachuelo Drisa, uno de los afluentes del Dwina, y escalonó entre el Drisa y Polotsk sus divisiones primera y segunda con los coraceros. Para guardarse contra los rusos de Wittgenstein, establecidos mas allá del Drisa en una dirección casi perpendicular á su flanco izquierdo, apostó el resto de su division ligera y la division extranjera del general Merle en Lazowka. Un paso adelante dió el 29, vadeando el Drisa por Sivotschina, llevando su vanguardia cerca de Kliastitsoui, alineando sus dos principales divisiones algo á retaguardia, y dejando la division de Merle en custodia del vado. Enlazábase con Polotsk algunos destacamentos de caballería y de infantería ligera.

Tal era la situación el 29 de julio, segundo día de la entrada del ejército en Witebsk. Este día los fuertes ataques de caballería á la cabeza y á la cola de su columna no le dejaron duda alguna acerca de los proyectos ofensivos de los rusos. Dos oficiales, á quienes se hizo prisioneros, le enteraron además de que, marchando el conde de Wittgenstein hácia él diagonalmente, vendría á tropezar con su cabeza en Kliastitsoui. Creyó que debía anticiparse y avanzó hasta la aldea y el castillo de Jakoubow á la entrada de una pequeña llanura rodeada de bosques. Con efecto el conde de Wittgenstein desembocó en esta llanura el 29 por la mañana, y atacó vivamente la aldea y el castillo de Jakoubow.

wo. Confiando el mariscal Oudinot la defensa de este puesto á la primera brigada de la division de Legrand, situó el 26.º de ligeros en el mismo Jakoubowo, y al 56.º de línea algo mas á la izquierda, enlazándose con los bosques. En reserva guardó la segunda brigada mandada por el general Maison. Encarnizadisimo fué el combate por una parte y otra. El 26.º de ligeros disputó bravamente al enemigo la aldea de Jakoubowo, y el 56.º de línea trató de arrebatárle el linde de los bosques. Un momento penetraron los rusos en la aldea de Jakoubowo y hasta en el patio del castillo. Cayendo inmediatamente sobre ellos dos compañías del 26.º á la bayoneta, los rechazaron, les mataron doscientos ó trescientos hombres, y les cogieron prisioneros casi otros tantos. Por todas partes se les repelió de la llanura á los bosques. Pero en el linde de ellos tenian una artillería numerosa y bien servida, que no nos permitía permanecer desplegados, á menos de tomar la ofensiva y de aventurarnos en los bosques para apoderarnos de ellos, ataque difícil á que el mariscal no queria arriesgarse, estando incierto de lo que pasaba á su espalda. Temia efectivamente y con razon que mientras defendia su cabeza, se le cogiera de revés y se le cortara de Polotsk, donde tenia sus parques y su material. Por tanto creyó mas prudente retroceder sobre el Drisa, vadearlo por Sivotschina, y aguardar en esta posicion al enemigo. Cercano á Polotsk, que bastaban á cubrir la division de Merle y la caballería ligera, podia juntar detrás del Drisa las dos divisiones francesas de Legrand y Verdier con los coraceros, y si los rusos intentaban pasar el Drisa ante sus ojos, precipitándose sobre ellos, poseía

todos los recursos para hacerles sufrir una sangrienta derrota.

Todo el dia 31 empleó en operar este movimiento retrógrado, y por la tarde hallóse mas acá del vado de Livotschina, teniendo sus tiradores á lo largo del Drisa, á las dos divisiones de Legrand y Verdier á alguna distancia á la espalda, á los coraceros prontos á sostener la infantería y á la division de Merle en observacion hácia Polotsk. Si los rusos pasaban el Drisa, nuestros tiradores tenian orden de no resistirles sino lo que bastara para atraerlos, y avisar al instante al cuartel general de su aproximacion.

En la noche del 31 de julio al 1.º de agosto, marcharon los rusos sobre el Drisa, y en la mañana del 1.º de agosto cometieron la imprudencia de atravesarlo. Esto era lo que el mariscal Oudinot esperaba. Tan pronto como los vió empeñados mas allá del rio, lanzó desde luego en su contra á la primera division de Legrand y despues á la segunda. Correr sobre los rusos, empujarlos y repelerlos sobre el Drisa fué cosa de un instante. Se les hirieron y se les mataron cerca de dos mil hombres, se les cogieron mas de dos mil prisioneros y parte de su artillería. Habiéndose puesto la division de Verdier á perseguirlos, cruzó detrás de ellos el Drisa, y arrebatada por su ardor dejóse arrastrar demasiado lejos. Aun les quitó muchos hombres, pero desgraciadamente se dejó coger algunos, cuando tuvo que repasar el Drisa. Esta débil compensacion otorgada por la fortuna á los rusos, no impidió que esta jornada fuera para ellos una sangrienta derrota: cuatro ó cinco mil hombres perdieron entre muertos, heridos y prisioneros: de dos á tres mil

habian perdido los dias anteriores. Por nuestra parte en esta serie de combates perdimos de tres a cuatro mil hombres, entre los cuales se contaron quinientos ó seiscientos muertos, dos mil heridos y muchos centenares de prisioneros. Además la fatiga nos puso fuera de servicio algunos hombres. Seguro el mariscal Oudinot de haber desaficionado por algun tiempo á los rusos á atacarnos, no considerándose bastante fuerte para alejarse del Dwina con veinte y cuatro mil soldados muy causados, juzgó mas conveniente volver á Polotsk, donde tenia sus parques, sus viveres, y donde podía dejar pasar en seguridad y con cierta especie de bienestar los calores, que habian obligado al mismo Napoleon á detenerse en Witebsk. La ventaja de estar cinco ó seis leguas delante de Polotsk, siempre inquieto por los flancos y por la espalda, y obligado á consumir sus caballos en llevar al campamento los viveres que tenia en aquel punto, no valia las penalidades que debía causar esta posicion ofensiva. Para abandonarla no habia mas que un solo inconveniente, y era el de perder el efecto moral de los triunfos obtenidos. El mariscal Oudinot informó á Napoleon de lo que habia ejecutado durante estos últimos dias, y declaró que si no se le concedian descanso y socorros, se hallaría en la imposibilidad de dar cima á la tarea que se le habia impuesto.

Mientras el mariscal Oudinot obraba de este modo, con la division polaca de Grandjean y con los diez y siete mil prusianos que le estaban confiados, trasladóse el mariscal Macdonald sobre el Dwina, y conquistó, merced á una marcha rápida, la Curlandia. Al retirarse los rusos, cogidos de flan-

co por los prusianos, sufrieron en las inmediaciones de Mitau un revés harto grave y se replegaron precipitadamente sobre Riga, entregándonos Mitau y toda la Curlandia. Hecho digno de nota era el vigor con que por nosotros se batian aliados que nos detestaban y que no hacian la guerra sino muy á pesar suyo. El honor militar, tan vivamente excitado en ellos por nuestra presencia, les hacia casi mas bravos á nuestro favor que lo habian sido en nuestra contra. Conviene añadir que al par que los aliados pertenecientes á pequeños ejércitos, como los havaros, los wurtembergeses, los westfalianos, desertaban individualmente cuando les era posible, los prusianos y los austríacos, retenidos por el poder del espíritu militar, siempre proporcionado á la grandeza de los ejércitos, no desertaban, salvo el abandonarnos en masa por efecto de una revolución en las alianzas, cuando fuera llegada la hora.

Con los prusianos emprendió el mariscal Macdonald el bloqueo de Riga, y á la cabeza de la division polaca de Grandjean aproximóse á Dunaburgo, prudentemente á pesar de todo, pues pasaba por plaza muy fortificada. Pero, no queriendo los rusos desparramar demasiado sus fuerzas, y contentándose con defender la importante plaza marítima de Riga, después de entregar á las tropas del mariscal Oudinot la cabeza de puente de Dunaburgo, muy en breve entregaron á los polacos del general Grandjean la ciudad misma. Por consiguiente la tarea del mariscal Oudinot se hallaba muy simplificada, puesto que de las dos plazas de Riga y Dunaburgo ya no tenia que tomar mas que la primera. Pero sola esta tarea bastaba para dete-

nerle largo tiempo y quizá toda la campaña. Con efecto, se había visto obligado á dejar en los alrededores de Tilsit y de Memel para velar por la navegacion del Niemen y del Kurische-Haff, y en los alrededores de Mitau para guardar la Curlandia, cinco mil hombres del cuerpo prusiano. A lo sumo conservaba diez mil hombres delante de Riga, cuyas obras presentaban un gran desarrollo y que tenía una guarnicion de quince mil hombres. Se quedaba la division polaca de Grandjean reducida de doce mil á ocho mil soldados, y con esta division veíase obligado á vigilar el espacio de Riga á Polotsk, que es de cerca de setenta leguas. ¿Qué hacer con tan poca gente, sobre una linea tan vasta, con tantos objetos á que atender é impuestos á su celo?

Apresuróse á enterar al cuartel general de su situacion en términos muy juiciosos y aun algo irónicos, mal adecuados para agradar, y que recordaban la antigua oposicion militar del ejército del Rhin. Declaró que sin una agregacion de fuerzas considerables no lograría apoderarse de Riga, ni mantenerse en relacion constante con el cuerpo de Oudinot, porque estando segregada del bloqueo de Riga la division de Grandjean, para permanecer en observacion delante de Donaburgo, no podría ni aun aproximarse á las obras de Riga; y teniendo que cubrir esta division un espacio de setenta leguas, se hallaría en la imposibilidad de mantener la libertad de las comunicaciones en semejante extension de territorio. En tal situacion lo mas sencillo de proponer era la reunion del cuerpo del mariscal Macdonald y del mariscal Oudinot, porque de este modo Wittgenstein fuera infalible-

mente batido, y batido y rechazado lejos, estaba cubierta la Curlandia y el Niemen al abrigo de todo insulto, y aunque es verdad que ni así fuera sitiada Riga, y menos tomada, siempre adquiriéramos gran seguridad en el ala izquierda de nuestra linea de operaciones. En vez de proponer la reunion de estos dos cuerpos, que era posible y aun necesaria, si bien hubiera exigido un desinterés poco comun por su parte, pues hubiera estado subordinado al mariscal Oudinot, solicitó el mariscal Macdonald un aumento de fuerzas, que no tenía probabilidad alguna de obtener. Especialmente pidió que se le agregaran una ó dos divisiones del mariscal Victor, que se formaban entre Danzick y Tilsit, como se ha visto. Este era un modo seguro de no alcanzar nada.

Al otro extremo del vasto teatro de esta guerra, ciento cincuenta leguas al Sudeste, es decir, hácia el curso superior del Bug, acababan de ocurrir ciertos accidentes, que no podían menos traer consigo algunos cambios en los proyectos de Napoleon. Con los sajones tuvo que retroceder el general Reynier de Newij á Slonim, de Slonim á Proujani para cubrir el gran ducado ó invadir mas tarde la Volhinia. Con el ejército austriaco tuvo que marchar el príncipe de Schwarzenberg en sentido contrario, elevarse de Proujani á Slonim y Neswij, para incorporarse al cuartel general, disposicion conforme á los deseos del emperador de Austria, que quería que su ejército no recibiese órdenes mas que de Napoleon en persona, y á la desconfianza de Napoleon, que no pensaba entregar la defensa de su retaguardia á un ejército austriaco. En este movimiento cruzado con el príncipe de Sch-

warzemberg, vió el general Reynier, y ambos convinieron en reemplazar los puestos austriacos por puestos sajones en la linea del Bug y del Mouckawetz, que nos separaba de los rusos. Tomadas estas precauciones, continuó el general Reynier su movimiento, y envió destacamentos para reemplazar en Pinsk, en Kobrin, en Brezesc a los austriacos;

A la sazón, y cuando Napoleón entraba en Witebsk, el general Tormazoff se ponía al fin en marcha conforme á la órden recibida de amenazar el flanco derecho de los franceses, tarea que el príncipe Bagration no podía ya tener á cargo desde que hubo de incorporarse al grande ejército ruso. Mientras el almirante Tchitchakoff, empeñado en vastos proyectos del lado de Turquía, pudiera ejecutarlos ó recaer sobre Polonia, el general Tormazoff, á la cabeza de cuarenta mil hombres, era el único encargado de una diversion sobre nuestras alas, y marchaba atrevidamente hácia el alto Bug. Había distribuido como unos doce mil hombres de Broboisk á Mozir, de Mozir á Kiew, para mantenerse en comunicacion con el príncipe Bagration por un lado, con el almirante Tchitchakoff por otro. Era una precaucion contra las tentativas que pudieran hacer á su espalda los austriacos reunidos en Galitzia. Aunque la corte de Viena hubiera mandado dar en San Petersburgo la seguridad de que sus esfuerzos en favor de los franceses se limitarían al envío de treinta mil hombres del príncipe de Schwarzenberg, con todo el general Tormazoff no quiso ir adelante sin tomar todas las precauciones contra las eventualidades de la política austriaca, y despues de dejar á su espalda las fuerzas que acaban de mencionarse, avanzó hácia el alto Bug con cerca de veinte y ocho mil

hombres, amenazando el gran ducado, que el general Reynier debía defender con doce ó trece mil sajones. Aunque bien poco temibles entonces para tropas regulares, los cosacos estaban en posesion de esparcir el espanto en todas las comarcas donde se les anunciaba, y efectivamente con la improvisa rapidez de sus apariciones, unida á su barbarie, habia para espantar á los pueblos inermes. Precediendo al general Tormazoff sobre el Bug en quince ó veinte leguas habian excitado en toda la Polonia un terror singular y que contrastaba mucho con las grandes resoluciones de que hacian alarde los polacos. Este terror vino á ser mucho mas vivo y mas motivado cuando el general Tormazoff en persona, con veinte y ocho mil hombres de tropas regulares, se aproximó á Kobrin, uno de los puestos que los austriacos acababan de ceder á los sajones. Instruido el general Tormazoff por los judios, que hacian traicion donde quiera á la causa de Polonia, de la presencia de un destacamento sajón en Kobrin, resolvió señalar su aproximacion con un golpe de ruido sobre este destacamento, que por desgracia carecia de apoyo. Marchó sobre Kobrin, que ocupaba el general sajón Klengel con su escasa tropa. Este oficial bizarro, si bien imprudente, en vez de replegarse, se obstinó en mantener una ciudad abierta del todo, y donde era imposible defenderse. Fué asaltado, envuelto y obligado, despues de batirse con rara bravura, á rendir su espada al general enemigo. Este encuentro, que tuvo lugar el 27 de julio, costó á los sajones dos mil hombres proxímanamente entre muertos, heridos y prisioneros.

Semejante accidente, que tenia su importancia

en el estado de debilidad á que el cuerpo sajón se hallaba reducido, era aun por el efecto moral mas funesto. Sobre todo en Varsovia produjo una impresion de las mas tristes. Aquellos infortunados polacos, que se habian lanzado al proyecto de insurreccion general con ardimiento, al saber que se hallaban tan cerca de ellos los rusos, vieron los destierros, los secuestros suspendidos sobre sus cabezas, y gran número de ellos dieron el peligroso ejemplo de reunir lo mas precioso que tenian y de trasladarse á la orilla izquierda del Vistula. Aun cuando hubiesen deseado con toda su alma la loca guerra, que Napoleon hacia en este momento, temian sus consecuencias ahora que estaba comenzada. A este gran capitán le dirigian un cargo por empeñarse imprudentemente mas allá del Dwina y el Dnieper, por dejarles sin apoyo, como si pudiera hacer otra cosa que avanzar mucho para obtener sobre los rusos un triunfo decisivo, como si ellos no debieran responderle de la seguridad á sus espaldas, en vez de dejarle el trabajo de cubrirlas. A la sazón se quejaban del frio discurso de Wilna, atribuian á la tibieza de este discurso la tibieza de los polacos, olvidando que les tocaba provocar con su ardimiento el ardimiento de Napoleon, y vencer sus vacilaciones con resoluciones enérgicas y hasta temerarias. Por desgracia, segun hemos dicho, solo el ejército era adicto sin tasa en Polonia; la nacion miraba, juzgaba, criticaba la temeridad de la marcha de Napoleon, como si esta temeridad fuera mayor que la que se exigia de él al querer que reconstituyera la Polonia.

Diéronse pues en Varsovia á suscitar las masivas quejas, y á pedir urgentemente á Mr. de

Pradt socorros de que el prelado embajador no disponia. Este, despues de haber perdido la cabeza en medio de los disturbios del concilio, no era ya capaz de resistir las emociones de una capital espantada, y habia acreditado menos carácter aun que ciertos habitantes de Varsovia. Usó de su único recurso. Escribió á Mr. de Basano por una parte, al general Reynier por otra, para reclamar envios de tropas. El general Reynier, que tenia á su cargo otra tarea que la de proteger á Varsovia, pues con once mil sajones necesitaba hacer frente á treinta mil rusos, respondió al embajador que á los habitantes de Varsovia tocaba el defenderse á sí propios, y que él tenia otra cosa que hacer que ocuparse en su seguridad. Por una carta muy apremiante comprometió al principe de Schwarzenberg á retrogradar inmediatamente, para que le ayudara á repeler al enemigo, salvo el volver á emprender su marcha hácia el cuartel general cuando se hubiera detenido á los rusos, y ocupado detrás de los pantanos una fuerte posicion que no les permitiera ya seguir adelante (1). Advertido prontamente al principe de Schwarzenberg de aquel choque, pues su ruido habia resonado en toda Polonia, respondió al general Reynier que conocia el peligro de la situacion, y que iba, á pesar de las ordenes del cuartel general, á retrogradar para correr en su socorro. En cuanto á Mr. de Basano, contestó con bastante ironía á los terrores de Mr. de Pradt, y no pudiendo determinar nada sobre las

(1) Hablo aquí á tenor de las correspondencias de los oficiales que se quedaron á la espalda, á tenor de la de Mr. de Basano, de la de las administraciones y de la de la embajada de Varsovia.

demandas de auxilios, dirigiólas al cuartel general todas.

Napoleon acogió mal estas noticias, sobre todo con relacion á los que habian cedido á la intimidacion tan fácilmente. Aprobó por completo la determinacion tomada por el principe de Schwarzenberg de retroceder sobre Proujani para socorrer al general Reynier, y puso á este último bajo las ordenes del jefe austriaco. Al principe de Schwarzenberg intimó que marchara resueltamente con los cuarenta mil hombres que iba á tener sobre Tormazoff, quien no podia juntar arriba de treinta mil soldados, y que le acosara á todo trance hasta que le repeliere á la Volhinia. Prometióle que, luego que diera cima á esta tarea, le llamaria al cuartel general, conforme á los deseos del emperador de Austria, y escribió á éste para pedirle que enviara un refuerzo al cuerpo austriaco. Aunque ignorara las secretas relaciones que subsistian entre la corte de Austria y la de Rusia, harto á las claras veia Napoleon que no conseguiria mas que los treinta mil hombres del principe de Schwarzenberg; pero al menos hubiera querido que estos se mantuvieran siempre completos, y sin pronto refuerzos no podian estarlo, pues no les trabajaban las fatigas menos que á nosotros. Tambien hubiera querido que un cuerpo del ejército austriaco, que se hallaba á la sazón en Galitzia, y de quien se le habia hecho esperar la concurrencia, fuese autorizado para tomar una actitud amenazadora hácia la parte de Volhinia, lo cual obligara al general Tormazoff á mostrarse menos temerario, mas pidiolo sin contar mucho con ella, e insistió particularmente sobre el envío al prínci-

pe de Schwarzenberg de un refuerzo de siete á ocho mil hombres.

Estas providencias bastaban para mantener á distancia el cuerpo de Tormazoff y para reducirle á una completa impotencia, á menos que el almirante Tchitchakoff llegase á duplicar sus fuerzas. Con efecto bastaba con cuarenta mil austriacos y sajones para hacer que retrocediera á Volhinia el general ruso; pero se necesitaba mantenerse en comunicacion con estos cuarenta mil hombres, que iban á hallarse lo menos á cien leguas de Orscha, punto en que se apoyaba la derecha del grande ejército. Napoleon consintió en privarse de una de las tres divisiones del principe Poniatowski, la cual debió quedar acantonada entre Vinsk y Mohilew, para garantizarnos contra las sorpresas de los cosacos, y enlazarse por medio de puestos de caballería con la izquierda del cuerpo austriaco.

Así estaba asegurada nuestra derecha á lo menos por entonces. En cuanto á nuestra izquierda, Napoleon tomó disposiciones menos eficaces, aunque á la sazón pudieran parecer suficientes. Criticó mucho el movimiento retrógrado del mariscal Oudinot sobre Polotsk, no tomando bastante en cuenta el estado de las tropas y preocupado exclusivamente del efecto moral de este movimiento, ora sobre los rusos, ora sobre Europa, que recogía avidamente los menores detalles de esta guerra. Según los ingeniosísimos cálculos que habia hecho en vista de los documentos cogidos á los rusos, dedicóse á probar al mariscal Oudinot que el conde de Wittgenstein no debía tener mas de treinta mil soldados, de malísima calidad; que de consiguiente no podia dar que temer á veinte mil fran-

ceses aguerridos, y le ordenó que marchara atrevidamente sobre el enemigo, y le rechazara á distancia sobre el camino de San Petersburgo. A fin de dejar al mariscal sin objecion que oponer al mandato, le envió el cuerpo bávaro, bueno un día de accion, como todos nuestros aliados, si bien luego mermaba a vista de ojo por la fatiga, las enfermedades y las deserciones. Seguía Napoleon suponiendo que este cuerpo ascendia á quince ó diez y seis mil hombres, aunque ya tenía trece mil tan solo, y calculando en veinte y cuatro mil el cuerpo del mariscal Oudinot, supuso que con cuarenta mil hombres se debía agobiar á Wittgenstein. Hallaba una ventaja mas en situar á los bávaros en Polotsk, y era la de restituirles la salud y una parte de su efectivo con el reposo y el buen alimento. De todas las tropas bávaras no guardó mas que la caballería ligera, que continuó sirviendo al lado del príncipe Eugenio, y que era excelente. Con este refuerzo no dudaba que pronto se veria desembarazado de Wittgenstein sobre su izquierda, como esperaba estarlo muy luego de Tormazoff sobre su derecha, con la reunion del príncipe de Schwarzenberg al general Reynier. Por lo demas, en su mente las operaciones que iba á ejecutar con el ejército principal debian en breve colocar entre el número de los sucesos insignificantes de esta guerra los que tuvieran lugar sobre sus alas. Lisonjeándose Napoleon de que el mariscal Oudinot repelería á Wittgenstein sobre Sebej y Pskow, concluía que el mariscal Macdonald podría inmediatamente despues reconcentrar todo su cuerpo sobre Riga y comenzar el sitio de esta plaza. Así rehusó concederle una de las divisiones del duque de Be-

llune, cuyo cuerpo no queria dislocar de ningun modo, mas indicóselo como un socorro eventual que, si lo requeria la necesidad, podría llamar en su ayuda, y que le prestaria, situado en espera á su espalda, un apoyo moral muy grande. A estas razones, que no valian lo que unos regimientos más, añadió Napoleon un número mas que ordinario de cruces de honor para los prusianos, que habian combatido valerosamente contra los rusos.

Mientras se ocupaba en asegurar así sus alas durante los movimientos ofensivos á que se prevenia, no cesó Napoleon de velar por su retaguardia, fiada al mariscal Victor y al mariscal Augereau, al primero hácia Koenigsberg y al segundo hácia Berlin. Con su activa correspondencia habia trabajado por proporcionar al mariscal Victor veinte y cinco mil hombres de infantería, tres ó cuatro mil de á caballo y sesenta bocas de fuego. Mucho habia recomendado á este mariscal, muy solícito comunmente, la disciplina de las tropas, y proyectaba llamarle pronto á Wilna, para que, si se presentaba la coyuntura, pudiese prestar auxilio ora al mariscal Macdonald, ora al mariscal Oudinot, ora al príncipe de Schwarzenberg. Igualmente se habia ocupado en acelerar la organizacion de los cuartos batallones y de los regimientos de refractarios destinados al mariscal Augereau, las cohortes de guardias nacionales, encargadas de reemplazar á las tropas atraídas á Berlin en las fronteras del imperio, y finalmente de los regimientos de lituanos, que debian ascender, segun se esperaba, á doce mil hombres, y para los cuales se carecia absolutamente de dinero. Napoleon no habia pues perdido en Witebsk el tiempo, y ademas no

era tal su costumbre. Diez dias llevaba allí de permanencia, y sobre conceder á sus soldados un necesario reposo, que les hizo pasar bajo cabañas de follage el tiempo de los mas ardorosos calores, obtuvo la ventaja de allegar, si no todas las partes de la artillería rezagada, al menos algunas, y especialmente de atraer cien bocas de fuego de la Guardia con dobles municiones, de reunir seiscientos carros del tren en Witebsk, de seiscientos á setecientos entre este punto y Kowno, sumando así mil trescientos, y pudiendo acarrear provisiones para doscientos mil hombres durante diez ó doce dias, y finalmente de dar tiempo al príncipe Eugenio por correrías mas allá del Dwina, á Ney por correrías entre el Dwina y el Dnieper, á Davout por activas exploraciones mas allá de este rio, de juntar víveres para seis ó siete dias, sin contar el alimento cotidiano. Napoleon los habia reunido en Witebsk para cerca de diez dias, y los destinaba á la Guardia. Además el mariscal Davout habia preparado almacenes, hornos y puentes en Orscha, donde se estableció al principio, en Doubrowna, adonde se trasladó seguidamente, en Rassasna, donde acantonó su caballería. Por orden de Napoleon echó en este último punto sobre el Dnieper hasta cuatro puentes de balsas. Tanto la abundancia de maderas como el lento movimiento de los ríos hacían fácil y de buen uso esta clase de puentes en aquellas comarcas, y á menudo se recurrió á ellos.

Prevenido se hallaba así todo para un nuevo movimiento, y se abrigaba la esperanza de que esta vez fuera decisivo. Después de meditar profundamente sobre las operaciones que á la sazón podían ser practicadas, adoptó Napoleon la única que

le parecia realizable, y cuya concepcion era digna de su genio. Ante un enemigo, que se esmeraba en escaparse de continuo, propendió ante todo á cortar en dos su línea, después á rebasar, á girar en torno, á envolver cada una de las dos partes de la línea citada, de modo de destruir la una y la otra antes de que tuvieran tiempo de darse á la fuga. Desde la reunion del príncipe Bagration con el general Barclai de Tolly, reunion que elevaba el ejército ruso, descontadas las pérdidas del fuego y de la fatiga, á unos ciento cuarenta mil hombres, ya era imposible esta maniobra. Mas no lo era, renunciando al proyecto de dividir en dos esta hueste, procurar todavía rebasarla, girar en torno de ella, cogerla de revés, lo cual la colocaría fuera de la posibilidad de evitar una gran batalla, y la obligaría á aceptarla en las condiciones mas desventajosas. Por consecuencia de este dato, que le inspiraban la situación y los lugares, y aprovechando la cortina de bosques y de pantanos que le separaba de los rusos, decidió Napoleon deslizarse claudestinamente delante de ellos por medio de un movimiento de izquierda á derecha, semejante al que se propuso ejecutar delante del campo de Drisa, trasladarse desde las orillas del Dwina á las del Dnieper, de Witebsk á Bassasna, pasar el Dnieper, remontarlo velozmente hacia Esimolnsko, sorprender esta ciudad que no estaba defendida, desembocar de súbito con toda la masa de sus fuerzas sobre la izquierda de los rusos, que se hallarian así rebasados y cogidos por la vuelta, llevar, si le ayudaba la fortuna, su movimiento á fondo, y quizá renovar contra Bagration y Barclai reunidos lo que quiso hacer contra Barclai solo, y

lo que ya habia ejecutado con tan feliz suceso contra Melas y Mack en otros dias. En uno de tantos momentos de favor como le habia prodigado la fortuna, podia y debia quedar triunfante. ¡Y qué resultados entonces! ¡Verosimilmente la paz arrancada á la Rusia sometida al cabo, y puesto en sus manos el cetro del mundo!

Sin embargo este movimiento, aunque bien cubierto por la naturaleza del pais espeso y pantanoso, ofrecia un inconveniente, el de ser muy prolongado, porque la derecha del ejército, establecida á las órdenes del mariscal Davout en Rassasna, tenia que andar treinta leguas antes de llegar á Esmolensko, y la izquierda, situada bajo el príncipe Eugenio en Sourage, necesitaba caminar otro tanto, para reemplazar al mariscal Davout en Rassasna, y solo despues de ejecutar este movimiento se podia empezar á caer sobre la izquierda del enemigo. Pero era casi imposible obrar de otro modo, y la cortina de bosques y pantanos, que nos separaba de los rusos, era ademas tan espesa, y Napoleon tan hábil en las marchas, que habia probabilidades de dar á la empresa un feliz remate. Verdad es que se hubiera podido acertar, mucho esta travesía, ahorrándose de pasar el Dnieper, yendo por entre este rio y la izquierda de los rusos, dispensándose así de tomar á Esmolensko, y girando en torno del enemigo, á quien se trataba de envolver, mas de cerca. Pero de esta suerte se trocaba una dificultad por otra, la de sorprender á los rusos por la de arrollar subitáneamente su izquierda, formada por el valiente Bagration en este momento, y de arrollarla de manera tan rápida y venturosa que se imposibilitara al resto del ejército

to el escape. Antes de tomar su partido, consultó Napoleon al mariscal Davout, como el mas idóneo para dar sobre esta grave cuestion un dictamen provechoso, y á mayor abundamiento como el mejor colocado entónces para calcular la situacion de las dos huestes. Despues de oírle, decidióse por el movimiento mas prolongado, el que consistia en pasar el Dnieper, remontarle por la orilla izquierda, apoderarse de Esmolensko y desembocar improvisamente sobre la izquierda de los rusos, sorpreñida y rebasada (1).

Resuelta esta brillante y vasta maniohra, dispuso Napoleon que se aprestara todo para la marcha de los diversos cuerpos de ejército del 10 al 11 de agosto. Por Babinowiczi y Rassasna debia allegar el mariscal Davout sus tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, juntarlas á las de Dessaix y Compans, á los polacos, á los westfalianos, y estar pronto con la caballeria del general Grouchy á llegar á cubrir las avenidas de Rassasna y de Liady, cerca de las cuales estaba acordado que el ejército pasara el Dnieper. Segregando del ejército polaco la division de Dombrowski, dejada en Minsk, podia formar el conjunto de este cuerpo una masa de

(1) Algunos historiadores han supuesto que determinaron la marcha de Napoleon los movimientos ulteriores de los rusos, de que se va á dar cuenta. La correspondencia de Napoleon y del mariscal Davout, no conocida por estos historiadores, demuestra que Napoleon consultó ya al mariscal sobre este punto el 6 de agosto; prueba irrefragable de que ya le habia ocurrido antes de esta fecha. Hasta el 8 no se dió á conocer el primer movimiento de los rusos, ni se supo en el cuartel general hasta el 9, y por consiguiente no fué causa de las operaciones ejecutadas por Napoleon en torno de Esmolensko.

cerca de ochenta mil hombres á las órdenes del mariscal Davout. La caballería de Montbrun y de Nansouty bajo la mano de Murat y el cuerpo del mariscal Ney se debían deslizar por Liosna y Lionawiczzi sobre Liady y Bassasna, y cruzar allí el Dnieper muy cerca del mariscal Davout, á quien llevarían de este modo un refuerzo de treinta y seis mil hombres. Finalmente, partiendo el príncipe Eugenio de Sourage, y la Guardia de Witebsk, para pasar por Babinowiczzi y Bassasna, debían añadir la Guardia veinte y cinco mil hombres, el príncipe Eugenio treinta mil, esto es cincuenta y cinco mil soldados, á la masa total del ejército francés, á lo menos en la parte que estaba dispuesta al avance. Pudiendo añadir á ella el general Latour-Maubourg de cinco á seis mil ginetes, si se le mandaba concurrir á la empresa, había que calcular en ciento y setenta mil combatientes bajo bandera las fuerzas con que Napoleón se prevenía á descargar el golpe decisivo. Si se cuentan además diez y ocho ó veinte mil sajones y polacos á la derecha hácia el Dnieper, no incluidos los austriacos, sesenta mil franceses y aliados á la izquierda junto al Dwina, que sumaban ochenta mil en todo, se hallan los doscientos cincuenta ó doscientos cincuenta y cinco mil hombres que restaban de los cuatrocientos veinte mil, con que se había pasado el Niemen. Para guardar el punto importantísimo de Witebsk junto al Dwina, y además sus almacenes y hospitales, dejaba allí Napoleón como unos seis ó siete mil soldados, componiéndose de un regimiento de banqueros de la Guardia, de otro de tiradores, de tres batallones de marcha, y de hombres sueltos, que se esperaba ir juntando. Estos cuerpos de-

bían seguir muy pronto adelante, bien que reemplazándoles otros, de manera de formar como en Wilna una guarnición móvil y siempre bastante numerosa. Encargada fué la caballería ligera de ejecutar una batida sobre las dos márgenes del Dwina para atraer á Witebsk á los merodeadores, diciéndoles que iban á partir sus regimientos, y que, si se quedaban en aquellos lugares, les aprisionarían los cosacos.

Mientras se preparaba todo para esta operación magna, los rusos prevenían otra no tan bien concertada ni con las mismas probabilidades de buen suceso. Al ejército principal se había unido el príncipe Bagration por Esmolensko. Después de las pérdidas sufridas delante de Mohilew y en las marchas, no llevaba á Barclai de Tolly mas de cuarenta mil hombres, y elevaba así á ciento treinta y cinco ó quizá á ciento cuarenta mil soldados el ejército total opuesto á Napoleón por los rusos. Lo que subsistía del plan general adoptado por el emperador Alejandro y modificado después por los acontecimientos, era la resolución de aprovecharse al paso de las faltas que por el ejército francés pudieran ser cometidas, sin dejar de ir continuamente operando la retirada. Una falta muy grave se creía haber descubierto en la dispersión aparente de sus acantonamientos. Viéndolos empezar en Sourage, seguir por Witebsk, Liosna y Babinowiczzi hasta Doubrowna, se les suponía diseminados sobre mas de treinta leguas. No se sabía que tan luego como se hubiera roto la cortina de bosques y de pantanos, se encontraría á Murat con catorce mil ginetes, apoyado al punto por los veinte y dos mil infantes del mariscal Ney, lo cual sumaba de seguida

treinta y seis mil hombres de una calidad admirable, capaces de hacer cara á triple número de fuerzas, debiendo juntarse los treinta y seis mil hombres de las divisiones de Morand, de Friant y de Gudin en el espacio de algunas horas: no se sabia que se recibirian por el flanco los veinte y cinco mil hombres del príncipe Eugenio y los treinta mil de la Guardia; que tales tropas y tales generales, situados ademas con tanto arte unos al lado de otros, no eran fáciles de sorprender, ni de perturbar, ni de ser puestos en derrota por un ataque imprevisto sobre uno de sus acantonamientos. Sea como quiera, los generales rusos, que formaban una oligarquía militar mas bien que un estado mayor subordinado á un solo gefe, pues, segun se ha visto, el general Barclai de Tolly no mandaba al príncipe Bagration mas que en calidad de ministro de la Guerra, y los generales rusos, aun creyendo muy prudente la idea de retirarse hasta que el ejército francés se sintiese muy debilitado, no cedian á ponerla en planta sino á despecho, y experimentando á todas horas el deseo de aventurar una batalla, si se presentaba ocasion favorable. Sobre todo desde que los dos ejércitos estaban juntos, y se habia subido del número de noventa mil al de cerca de ciento cuarenta mil hombres, se contaban mas razones para que prevaleciera el proyecto de arriesgar una batalla. Con su ardor habitual estaba el príncipe de Bagration á la cabeza de los que apetecian combate. En la masa del ejército, no habiendo bastante ilustracion para discernir el mérito de una retirada calculada, se calificaba de cobardes á los que hablaban de proseguir retrocediendo. Hasta á insultar al bizarro Barclai de Tolly se propasaban los

soldados, lo cual soportaba éste con indiferencia aparente, pero con interior pena, tanto mas honda, cuanto mas oculta. Impulsado el movimiento de los animos hasta la insubordinacion en ciertos momentos, vióse obligado á mandar fusilar á algunos sediciosos demasiado audaces en sus demostraciones. Con todo, juntó el 3 de agosto un consejo de guerra, al cual asistieron, ademas de los dos generales en gefe Barclai de Tolly y Bagration, el gran duque Constantino, el general Yermozoff y el coronel Toll, un gefe de estado mayor y otro cuartel-maestre general del primer ejército, el conde de Saint-Priest, gefe de estado mayor del segundo y el coronel de Wolzogen, representante el mas distinguido del sistema de retirada. Con la vivacidad y las formas incisivas que le eran peculiares, abogó el coronel Toll por la idea de la ofensiva, y obtuvo el éxito que se obtiene siempre, cuando se habla á favor de la pasion dominante. En vano el general Barclai de Tolly y el coronel Wolzogen hicieron valer las ventajas de una retirada, que tenia por objeto atraer á los franceses á las profundidades de la Rusia, y acometerlos solo cuando estuvieran bastante debilitados, para que infaliblemente se pudiera triunfar de su bravura. No se les comprendió ó fingióse que no se les comprendia, y se acogieron con la mayor frialdad sus razonamientos. Barclai de Tolly no tenia de extranero mas que el nombre, el coronel Wolzogen tenia á la vez el nombre y la cuna. Se les hizo ver harto á las claras la desconfianza que inspiraban uno y otro, é inmediatamente se resolvió la ofensiva, si bien contra toda razon. Efectivamente, no era probable que el emperador Napoleon se mostrara de improviso tan hisoño gene-

ral que acampara durante quince dias muy próximo al enemigo, sin haber tomado sus precauciones. Se le suponian doscientos mil hombre á su alcance, lo cual era exagerado, pero bastaba que tuviera cien mil solamente, dándose la mano unos á otros, para que á los ciento cuarenta mil hombres de que disponian los rusos, y de los cuales podian concurrir cuando mas ochenta mil á un solo punto, se les atajase el paso, y á las veinte y cuatro horas de un ataque imprudente, se les envolviera y arrastrara sabe Dios á que consecuencias. Pero es raro que los hombres conserven su razon ante una idea dominante. Antes de esta guerra, la propension á la imitacion habia dirigido todos los ánimos hacia una retirada semejante á la de lord Wellington en Portugal: despues del principio de las hostilidades, la pasion nacional habia enderezado los mismos ánimos al furor de combatir. Barclai de Tolly cedió y acordose atacar el 7 de agosto en tres columnas: dos de ellas, compuestas de tropas del primer ejército, se adelantarian por el alto Kasplia sobre Inkowo contra los cantones de Murat, punto medio de la linea de los franceses y que se consideraba el mas flaco; la tercera columna, compuesta del segundo ejército á las órdenes del príncipe Bagration, debia avanzar de Esmolensko á Nadwa para apoyar el esfuerzo de las otras.

Con efecto, el dia 7 se pusieron en marcha á tenor del plan adoptado. Una fuerte vanguardia de ginetes, formada por los cosacos de Platow y por la caballeria del conde Palhen, se aproximó el dia 8 á Inkowo, donde el general Sebastiani estaba acantonado con la caballeria ligera de Montbrun y un batallon del 24.º de ligeros, perteneciente al ma-

riscal Ney. Personalmente quiso ir el general Barclai de Tolly con esta vanguardia, para observar lo que iba á acontecer por sus propios ojos. Mas dotado de sagacidad politica que de sagacidad militar el general Sebastiani, habia dejado que se le acercaran los rusos, casi sin que lo descubriera, y limitóse á participar á su gefe, el general Montbrun que, habiendo sido muy estrechados sus puestos desde el dia antes, recelaba que le costaria trabajo vivir de allí á poco. A esta simple indicacion acudió el general Montbrun, y aunque enfermo, la mañana del 8 montó á caballo, y vió caer doce mil ginetes sobre los tres mil del general Sebastiani. Guiado por un valiente oficial recibió el batallon del 24.º de ligeros muy largo rato á aquella nube de caballos, y los generales Montbrun y Sebastiani vieron obligados á cargarles durante el dia mas de cuarenta veces. Finalmente, despues de perder de cuatrocientos á quinientos hombres, y con especialidad una compañía entera del 24.º de ligeros, volvieron á ganar estos dos generales los cantones del mariscal Ney, y allí encontraron un apoyo invencible. Los rusos hicieron alto. Esta tentativa les demostró que, si á la sazón no estaban muy en guardia algunos puestos franceses, nada podian contra su masa. Hacia Poreczie, frente á frente de los cantones del príncipe Eugenio, hallaron extremada vigilancia y masas de tropas considerables, lo cual era natural porque habia allí mucha infanteria. Este dato hizo creer á Barclai de Tolly que los franceses habian mudado de posicion, que se habian trasladado sobre su izquierda para rebasar la derecha de los rusos hacia el nacimiento del Dwina, é interceptarlos el camino de San Petersburgo. Afecto

tado por este recelo Barclai de Tolly, que marchaba de mala gana, expidió una contraorden general de ala á ala, y prescribió el movimiento retrógrado á sus dos principales columnas, que le obedecian directamente, á fin de operar de seguida un fuerte reconocimiento sobre su derecha. Le salió perfectamente, pues si se obstinara en esta marcha ofensiva, recibiera de flanco el choque de los ciento veinte mil hombres procedentes del Dwina, fuera empujado sobre los cincuenta y cinco mil que guardaban el Dnieper y probablemente se viera ahogado entre unos y otros. Por lo que hace á Bagration se estuvo en el camino, delante de Esmolensko y hácia Nadwa.

De estos movimientos bastante oscuros del enemigo, se dió noticia al cuartel general el 9 de agosto. Difícil era penetrar la intencion de ellos; pero Napoleon sentia tal impaciencia de venir á las manos con los rusos, que se regocijaba de encontrarlos, sin que le importara dónde ni cómo. Delante tenia á su derecha á Murat y á Ney hácia Liosna, detrás las divisiones de Morant, Friant y Gudin, y pudiendo acudir personalmente con el príncipe Eugenio y la Guardia, estaba seguro de abrumar á los rusos, de empujarlos hácia el Dnieper y de entretárselos vencidos á Davout, que los aprisionara á millares. A todos prescribió que estuvieran alerta, y quiso aguardar el desarrollo de los designios del contrario antes de emprender su gran manobra. Pero habiendo pasado el 9 y el 10 de agosto, sin que los rusos que retrogradaban le dieran señal de vida, supuso que los movimientos que habian llamado su atencion no eran mas que cambios de cantones, y puso el ejército en marcha. Siendo

el 10 el tiempo horroroso, no se marchó hasta el 11 y el 12 (1). Los cuerpos de Murat, de Ney y de Eugenio, las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, y por último, la Guardia, se movieron cada cual de su lado el 11 de agosto, llevando delante al general Eblé con el tren de puente. Murat y Ney desfilaron por detrás de los bosques y los pantanos que se extendian desde Liosna hasta Lioubawicz y vinieron á desembocar á orillas del Dnieper en frente de Liadi. Allí se trabajaba en echar dos puen-

(1) Véase la verdadera situacion de las fuerzas en el instante del movimiento sobre Esmolensko.

A las órdenes de Napoleon.

El príncipe Eugenio en Sourage.	50,000 hombres.
Murat en Inkowo.	14,000
Ney en Liosna.	22,000
Las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, entre Janowiczi y Babinowiczi.	50,000
La Guardia en Witebsk.	25,000
Total.	121,000 hombres.

A las órdenes del mariscal Davout junto al Dnieper.

Dessaix y Compans.	18,000 hombres.
Caballería ligera.	2,000
Claprede.	5,000
Grouchy.	4,000
Poniatowski.	15,000
Westfalianos.	10,000
Latour-Maubourg.	5,000 ó 6,000
Total.	57,000 hombres.

Unidas las tropas mandadas por Napoleon á las dirigidas por el mariscal Davout sumaban 177 ó 178,000 hombres.

tes, que el día 13 debian estar practicables. Siguió el príncipe Eugenio á Murat y á Ney á distancia de una jornada por Sourage, Janowiczi, Liosna, Lioubawiczi. Las divisiones de Morand, Frian y Gudín se encaminaron por Babínowiczi á Rassasna, donde cruzaron el Dnieper sobre tres puentes echados de antemano. Siguióles la Guardia. Todo el ejército durante la tarde del 13 y la noche del 13 al 14 pasó el Dnieper, y á la siguiente mañana se encontraron ciento setenta y cinco mil hombres al otro lado de este río, con el corazón lleno de esperanza, teniendo á Napoleon á su cabeza, y creyendo marchar á triunfos próximos y decisivos. Nunca se han visto tantos hombres, caballos y cañones reunidos verdaderamente en un mismo punto, pues cuando los historiadores hablan de cien mil hombres, lo cual es raro, no hay que entender cien mil hombres presentes en realidad bajo bandera, sino cien mil que se suponen presentes, lo cual significa la mitad á menudo. Aquí los ciento setenta y cinco mil hombres, residuo de los cuatrocientos veinte mil, estaban completos. Extraordinaria era la alluencia de hombres, de animales y de carros de guerra. De pronto aparecía cierta especie de confusion, pero muy luego se descubria el orden que una mano superior habia sabido introducir en todo. Secado habia el sol los caminos y se marchaba por entre inmensas llanuras, cubiertas de hermosas mieses, sobre una carretera ancha, y á cuyos bordes se veian cuatro hileras de álamos blancos, bajo un cielo resplandeciente de luz, si bien menos ardoroso que los días anteriores. Se remontaba la orilla izquierda del Dnieper que se acababa de pasar, y cuyas aguas poco caudalosas en esta parte de su curso, corrien-

do lentas sobre un lecho sinuoso y profundamente encajonado, no correspondian sino medianamente á la idea que de él se habia formado el ejército por su antiguo nombre de Boristenes; y consistia en que se estaba junto al nacimiento de este río, y en que los ríos, á semejanza de los hombres, son humildes al principio de su carrera. Este movimiento de ejército, uno de los mejores que se hayan ejecutado nunca, operose durante los días 11, 12 y 13 de agosto, sin que lo echaran de ver los rusos. Todavía se hallaban ocupados en hacer probaturas, en buscarnos sobre su derecha, mientras nosotros íbamos á rebasar su izquierda, y no se atrevian ya á avanzar mas á pesar de su plan de ataque contra nuestros cantones, que les parecian disseminados.

A la mañana del 14 marchaba Murat con la caballeria de los generales Nansouty, precedida por la del general Grouchy sobre Krasnoe. Ney le seguia con su infanteria ligera. Todo pasaba hasta ahora á maravilla. Napoleon habia mandado ir adelante y remontar el Dnieper hácia Esmolensko.

Algo mas acá de Krasnoe descubriose por primera vez al enemigo. Las tropas que se divisaron eran de la division de Neverofiskoi, fuerte de cinco á seis mil hombres de infanteria, de mil quinientos de caballeria, y situada por el príncipe Bagration en observacion de Krasnoe, para cubrir á Esmolensko contra las tentativas posibles del mariscal Davout. Lanzada sola á la izquierda del Dnieper, mientras Bagration y todo el ejército ruso estaban á la derecha, corria muy grave peligro. Marchando la caballeria de Bordessoulle en union de la de

Grouchy, precipitose sobre el enemigo y le repelió hácia Krasnoe. Al frente de algunas compañías del 24.º de ligeros entró Ney en esta ciudad á la bayoneta, expulsó de allí á los rusos, y muy luego pasó al otro lado, donde habia un barranco, y sobre el barranco un puente roto. Necesitabase restablecerlo, y entretanto se halló atajada la artillería. Lo que es la caballería, girando á la izquierda, bajó á lo largo del barranco, halló y cruzó un paso fangoso, y corrió detrás de los rusos. El general Neveroffskoi habia formado su infantería en un cuadro compacto, y así marchaba por la ancha carretera, guarnecida de álamos blancos y que conducía á Esmolensko, sacando el mejor partido posible del obstáculo que oponian aquellos árboles á las cargas de nuestra caballería. También se aprovechaba de carecer nosotros de artillería, para disparar á cada alto la suya, y cubrir á nuestros ginetes de metralla. Pero cada vez que detenía el terreno á este grueso cuadro ruso, y le obligaba á desunirse para que desfilaran los soldados, nuestros escuadrones se aprovechaban á su vez de la coyuntura, les cargaban y penetraban en su centro, le cogian hombres y cañones, sin lograr dispersarle á pesar de todo, porque inmediatamente después de trasponer el obstáculo se rehacía. Apelotonados así aquellos infantes unos sobre otros, defendiendo sus banderas y su artillería, asaltados de continuo por una nube de ginetes, se retiraron hasta la aldea de Koritnia, después de ponernos fuera de combate de cuatrocientos á quinientos ginetes entre muertos y heridos, bien que dejando en nuestras manos ocho bocas de fuego, setecientos ú ochocientos muertos y unos mil prisioneros.

Efectivamente no quedara uno, si tuviéramos nuestra infantería y nuestra artillería.

Delante de Koritnia se detuvo nuestra vanguardia, por no haber pasado el grueso del ejército de Krasnoe.

Al día siguiente no se hizo mas que una etapa muy corta para juntarse todos. El mariscal Davout habia devuelto á la Guardia la division polaca de Claparede, á Nansouty los coraceros de Valencia, encargandose de nuevo de sus tres divisiones de infantería de Morand, Friant y Gudin, muy felices de volverse á hallar á las órdenes de su antiguo gefe. Los polacos, mandados por Poniatowski, los westfalianos fiados por Napoleon al general Junot, tornaron á verse á las órdenes del cuartel general, y se hallaban á la misma altura del ejército sobre su extrema derecha. Con la vanguardia de Murat y de Ney marchaba la caballería de Grouchy, interin se incorporaba el príncipe Eugenio, que era el que tenia que andar mas camino.

Al día siguiente 15 se quiso celebrar en aquellas lejanas márgenes del Dnieper el santo de Napoleon, aun cuando no fuera mas que con algunas salvas de artillería. Todos los mariscales rodeados de sus estados mayores llegaron á rendirle sus homenajes. Retumbaba el cañón á la misma hora, y como se lamentase Napoleon de que, á la distancia en que se hallaban entonces, se gastaran municiones preciosas, le respondieron los mariscales que aquellas salvas de regocijo se hacian con la pólvora tomada en Krasnoe á los rusos. Sonrióse al oír esta respuesta, y acogió de buen grado los vivas del ejército como una señal de su ardimiento belicoso. ¡Ah ni él, ni sus soldados sospechaban los horribles

desastres que les aguardaban en aquellos mismos sitios tres meses mas tarde!

A otro dia, el 16 de agosto, dióse orden á la vanguardia de marchar sobre Esmolensko, donde se esperaba entrar por sorpresa, pues, no habiendo encontrado mas que á la division de Neveroffskoi, de la cual una tercera parte quedaba prisionera ó destruida, se suponía que esta ciudad debia estar mal custodiada, y destinada por consiguiente á pertenecernos dentro de pocas horas. En esta region próxima á los polos y en la estacion presente, era ya día claro á las tres de la madrugada. Unida la infantería de Ney con la caballería de Grouchy, siguió adelante, y al llegar á lo alto de las cumbres que rodean á Esmolensko, y desde donde se cae á plomo sobre esta ciudad construída á orillas del Dnieper, pudo juzgar de que la esperanza de sorprenderla era poco fundada. Efectivamente descubrió á otro lado del Dnieper una tropa numerosa que entraba en los muros de Esmolensko. Era el sétimo cuerpo de Raefskoi, dirigido allí de prisa por Bagration, que empezó á comprender nuestro movimiento. Adelantándose él mismo por la orilla derecha del Dnieper, cuya izquierda remontábamos nosotros, corría en auxilio de la antigua ciudad de Esmolensko, plaza fronteriza de la Moscovia, que era muy apreciable para los rusos, y que habian disputado violentamente y durante siglos á los polacos.

A penas se aproximó Ney al barranco, que le separaba de la ciudad, fué acometido por muchos centenares de cosacos emboscados, recibió un balazo en el cuello de la levita, y no se vió libre sino con gran trabajo y socorrido por la caballería li-

gera del tercer cuerpo. Habiendo descubierto á su izquierda que parte del recinto de Esmolensko estaba cerrado por una ciudadela pentágona de tierra, trató de tomarla con el regimiento 46.º de línea; mas, recibido por una granizada de balas, perdió trescientos ó cuatrocientos hombres y hubo de retirarse. Como ignoraba Ney hacia qué punto era abordable la ciudad por estelado, y no quería aventurar una refriega súbita hasta que Napoleón llegara, se detuvo para esperarle. Poco á poco llegó el resto del tercer cuerpo y formóse en línea sobre las alturas á cuya falda se descubre Esmolensko. Ney se estableció á la izquierda y cerca del Dnieper con su infantería, mientras la caballería de Grouchy desembocaba sobre la derecha, y se dirigía al encuentro de un grueso cuerpo de caballería rusa. Habiendo hecho ademán de cargarnos, echóse encima el 7.º de dragones al galope, le embistió con brioso empuje, y repelió á la ciudad. Murat, siempre en medio de sus ginetes, no pudo menos de batir palmas al ver esta carga del 7.º de dragones. Habiendo acudido la artillería montada de Grouchy, á las órdenes de un oficial tan audaz como hábil, el coronel Griois, cubrió de bombas á los escuadrones rusos y les obligó á meterse en los arrabales de Esmolensko.

Así se empleó el tiempo hasta la llegada del emperador y de todas las tropas. Napoleón presentóse á cosa de medio día, y Ney se apresuró á mostrarle el circuito de la ciudad que ya habia recorrido entonces.

Esmolensko, segun acabamos de decir, se halla junto al Dnieper y á la falda de dos cordilleras de montañas, que estrechan el curso de este rio. La

ciudad vieja, y mas importante con mucho, está á la izquierda, por la cual llegábamos nosotros; la ciudad nueva, llamada arrabal de San Petersburgo, se alza á la orilla derecha, por la cual llegaban los rusos. Las junta un puente. Rodeada se hallaba la ciudad vieja de un muro de ladrillo, de quince pies de espesor en su base, de veinte y cinco de altura, y flanqueado de trecho en trecho por gruesas torres. Un foso, con camino cubierto y glasis, todo mal trazado, precedia y amparaba entonces este muro, muy anterior á la ciencia de la fortificacion moderna. Delante y en torno de la ciudad se descubrian grandes arrabales, uno llamado de Krasnoe, sobre el camino de esta poblacion y tocando al Dnieper; otro hácia el centro, llamado de Micislaw, por el nombre del camino que allí desemboca; otro mas al centro, llamado de Roslawl por la misma causa; otro á la derecha, llamado de Nikolskoie; y el último, llamado de Raczenska, formando la extremidad del semicírculo y teniendo al Dnieper por apoyo. Desde las alturas sobre las cuales se habia ido alineando el ejército todo, se descubria la ciudad vieja, su recinto flanqueado de torres, sus calles tortuosas y en cuesta hácia el rio, una hermosa y antigua catedral bizantina, el puente echado sobre el Dnieper de una orilla á otra, y mas allá por fin la ciudad nueva, elevándose sobre las cumbres de enfrente. Se veian llegar por la orilla derecha del Dnieper tropas numerosas, cuya marcha rápida anunciaba que los soldados rusos corrian en masa para defender una ciudad que estimaban casi tanto como á Moscou. Ya que Napoleon habia perdido la esperanza de sorprender á Esmolensko, se lisonjeaba con la de ver desembo-

car á todo el ejército ruso para dar batalla. Le bastaba con una gran victoria conseguida bajo los muros de esta ciudad, y seguida de las consecuencias que sabia sacar de todos sus triunfos. Una profunda experiencia le habia enseñado que en la guerra no siempre se realiza la victoria buscada, pero que si la hay y es insigne, importa poco que no sea la prevista y la deseada.

Con efecto el príncipe Bagration remontaba la orilla derecha del Dnieper á toda prisa, por un movimiento paralelo al nuestro, y viniendo Barclai por el camino trasversal, que conduce del Dwina al Dnieper, empezaba á aparecer sobre las alturas opuestas á las ocupadas por nosotros. Advertidos de los designios de Napoleon ambos, se adelantaban presurosamente á defender la antigua ciudad rusa, y aun cuando combatir en aquella posicion fuera grande imprudencia, no podian soportar el oprobio de entregar á Esmolensko sin disputarla, cualquiera que fuese el resultado. No se discutió de consiguiente, cedióse á un movimiento involuntario, é inmediatamente se distribuyeron los papeles sin ninguna disputa (1). Dos habia que desem-

(1) Se han atribuido al general Barclai de Tolly motivos de toda clase para explicar la defensa de Esmolensko. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, militar tan bravo como agudo, parcial con razon de Barclai de Tolly har- to despreciado por el ejército ruso, pretende que Barclai de Tolly no defendió á Esmolensko mas que por engañar á Napoleon, y á fin de no revelarle demasiado el proyectó de retirada indefinida, de la cual no le quedara la mas remota duda, si hubiera cedido sin combate un punto como el de Esmolensko. Esta es una de las hipótesis ingeniosas, por cuyo medio se atribuye á los hombres mas cálculo que el que ha guiado su conducta. Semejante cál-

peñar muy importantes: el primero y mas indicado el de defender á Esmolensko. Pero si mientras por esta ciudad se empeñaba la pelea, no haciendo Napoleón mas que un ataque simulado, pasaba el Dnieper mas arriba, cosa muy posible, como que era vadeable el rio en aquella estacion y por aquel parage, sin duda, se les podia rebasar y cortar á la vez de Moscou y de San Petersburgo, y se exponian á un verdadero desastre, el que les amenaza-

culo no valia el sacrificio de doce á quince mil hombres, la pérdida de un tiempo precioso, y movimientos en torno de Esmolensko, que exponian al ejército ruso á perder la línea de retirada. A veces los gefes de ejércitos como los gefes de Estados experimentan sentimientos indominales, ó, sin experimentarlos, se ven obligados á ceder á ellos, y estos sentimientos producen en su conducta varias contradicciones, sobre las cuales, y por no comprenderlas, se hacen despues interminables comentarios. A un sentimiento semejante cedió Barclai de Tolly entonces, porque entregar á Esmolensko sin combate, fuera una vergüenza, á la cual nadie se hubiera querido exponer en el estado del ejército ruso. Se peleó en esta ocasion sin hacer caso del resultado que se obtendria, y al cabo de todo, batirse bien, batirse vigorosamente, nunca es un yerro, y siempre agota las fuerzas físicas y morales del enemigo.

Por su parte Mr. de Chambrai ha pretendido que fué disputado Esmolensko por salvar algunos almacenes. No se pierde la vida de doce mil hombres, ni se corre el riesgo de dos dias perdidos en una retirada, para salvar almacenes. Repetimos que solo el sentimiento, experimentado á la vista de la ciudad de Esmolensko próxima á caer en manos de los franceses, fué el que decidió á Barclai de Tolly al combate. Estos son efectos morales que es necesario tener en cuenta en la guerra, y que determinan mas que el calculo en muchas ocasiones la conducta de los hombres de guerra lo mismo que la de los hombres políticos.

ba sin que llegaran á comprenderlo desde el principio de la campaña. De consiguiente acordóse que al frente del segundo ejército fuera el principe Bagration á tomar posicion mas arriba de Esmolensko, junto al Dnieper, á fin de vigilar de cerca los vados, mientras Barclai de Tolly defendia la ciudad contra los franceses. Esta distribucion de papeles parecia la mas natural, y era mas fácil al principe Bagration, por haber llegado el primero y estar delante del resto del ejército ruso, trasladarse mas arriba de Esmolensko. Inmediatamente se puso en marcha, y fué á apostarse con cuarenta mil hombres, detras del riachuelo Kolodnia, afluente del Dnieper. El general Raeffskoi, que á la cabeza del cuarto cuerpo habia guardado á Esmolensko durante el dia 15 y la madrugada del 16, debió evacuarlo, reemplazándole las tropas de Barclai de Tolly. Este fió la defensa de Esmolensko al sexto cuerpo, mandado por uno de los oficiales de mas peso del ejército ruso, el general Doctoroff. Agregóse al efecto la division de Konownitsin, los restos de la division de Neveroffskoi, la que habia peleado en Krasnoé, y situó lo demas de su ejército al otro lado del Dnieper en la ciudad nueva y en las cumbres de mas arriba. Ocupando los franceses en número de ciento cuarenta mil hombres (1) y como en anfiteatro las alturas de la orilla izquierda del Dnieper, ocupando los rusos en número de ciento treinta mil hombres las de la orilla derecha,

(1) A no haberse quedado algunos leguas atrás el principe Eugenio y el general Junot, contarán los franceses no menos de ciento setenta y cinco mil hombres sobre las armas.

presentaban unos respecto de otros el espectáculo mas sorprendente y mas extraordinario.

Todo lo que Napoleon, con su practica ojeada, pudo colegir de cuanto pasaba ante sus ojos, fué que el ejército ruso acudia en masa á defender una ciudad que estimaba sobremanera.

Deteniéndose al fin los rusos, Napoleon no podia retroceder ni fluctuar en su presencia, dándoles la ventaja de haberle disputado un punto como Esmolensko. Sin duda pudiera remontar el Dnieper, quizá vadearle por mas arriba de Esmolensko, y ejecutar á algo mas de altura su gran maniobra; pero, por una parte no tenia tiempo de reconocer el rio y averiguar si era fácil su paso, y por otra debia de titubear en emprender á vista de los rusos una operacion semejante, y sobre todo dejándoles el puente de Esmolensko, por donde podian desembocar á toda hora y cortarle su linea de comunicaciones. Tomar á Esmolensko ante sus ojos, por un acto de energia, era la única operacion adecuada á su situacion, adecuada á su carácter, y capaz de conservarle el ascendiente de las armas, de que necesitaba mas que nunca.

Napoleon formó inmediatamente en linea sus tropas. A la izquierda, junto al Dnieper y frente por frente del arrabal de Krasnoe, situó las tres divisiones de Ney: en el centro y frente por frente de los arrabales de Micislaw y de Roslawl, las cinco divisiones de Davout: á la derecha y delante de los arrabales de Nikolskoie y de Raczenska, los polacos de Poniatowski, impacientes por atacar la ciudad tan disputada á los rusos por sus abuelos; y por último á la extrema derecha, y sobre una meseta á lo largo del Dnieper, la masa de la caballe-

ria francesa. Detrás, y en el centro de este vasto semicírculo estableció á la Guardia imperial, y sobre las alturas, en los puestos mejor escogidos, su formidable artillería, que iba á cubrir con sus fuegos de arriba abajo á la desgraciada ciudad rusa.

Todavía el cuerpo del príncipe Eugenio estaba detrás unas tres ó cuatro leguas, en Koritnia á lo largo del Dnieper. Junot, encargado de ir con los westfalianos en auxilio de los polacos, habia equivocado el camino. Pero no se necesitaban los cuarenta mil hombres á que ascendian estos dos destacamentos del ejército para abrumar á los contrarios. Toda la segunda mitad del dia 16 fué así empleada por los franceses y los rusos en asentarse en sus posiciones, sin choque serio por ninguna de las dos partes, salvo por la de los franceses en hacer un continuo fuego de artillería, que producía sobre la ciudad grandes destrozos, y mataba mucha gente á causa de lo hacinadas que estaban las tropas.

Al dia siguiente 17 por la mañana, montando Napoleon á caballo desde muy temprano, quiso observar lo que hacia el enemigo, y rodeado de sus lugartenientes recorrió todo el semicírculo de las alturas, sobre las cuales habia acampado. Distintamente se veía á los treinta mil hombres de Doctoroff, de Konownitsin y de Neveroffskoi tomar sus posiciones en la ciudad y los arrabales, mientras permanecía inmóvil sobre las alturas el resto de los dos ejércitos rusos. Entre el número de las suposiciones juzgadas por Napoleon como admisibles, aun cuando poco verosímiles, se contaba la de que, dueños los rusos de Esmolensko, y pudiendo pasar y repasar á su antojo el Dnieper al abrigo de fuer-

tes muros, llegasen á presentarle batalla, para salvar una ciudad, á la cual atribuian grande precio. Con efecto, al lado de Esmolensko y hácia nuestra derecha habia una meseta bien situada, ceñida de un barranco, y sobre la cual se preparaba Napoleon á desplegar su caballería. No hubiera sido imposible que tentara este puesto á los rusos, y hasta para atraerlos allí Napoleon tuvo el cuidado de no ocupar todavía y de mantener su caballería á retaguardia. De seguro nada le conviniera mas que semejante falta por parte de los rusos; pero ir á dar una batalla al otro lado del Dnieper, teniendole así á su espalda en caso de quedar batidos, era un yerro tan enorme que no se debia esperar. Además que á la sazón no pensaban en dar batalla, sino en verter su sangre por Esmolensko, y este sacrificio á la pasión nacional era todo lo que se habia de esperar de ellos.

Sin embargo Napoleon dejó trascurrir dos ó tres horas antes de abrazar un partido, á fin de apurar las eventualidades de una acción general hasta el último extremo. En torno suyo se elevaba mas de una reflexion sobre la dificultad de tomar á Esmolensko por asalto contra treinta mil rusos que se metian en su recinto; y las escuchaba sin dar respuesta. Como ninguna de las ideas, que pudiera suscitar una situación militar, dejaba de surgir en su mente, entrevió la posibilidad de cruzar el Dnieper mas arriba de Esmolensko y de desembocar de improviso sobre la izquierda de los rusos, lo cual le llevara á la plena ejecución de su gran manobra. Pero para intentar semejante operación sin imprudencia, se necesitaba que pudiera ejecutar el movimiento con celeridad extremada, es decir, que

el río fuera vadeable, que sus soldados pudieran cruzarlo con el agua hasta el pecho, y que pasando el Dnieper, como en otros días el Tagliamento delante del archiduque Carlos, llegasen á desbordar rápidamente la izquierda de los rusos, y á cogérselos por la espalda. Con efecto era indispensable que esta operación se efectuara en algunos instantes, porque, reduciéndose á echar puentes delante del enemigo, este acudiría infaliblemente al punto por donde se intentara el paso, y opondría obstáculos casi insuperables al establecimiento de los puentes, ó bien desembocaría por Esmolensko sobre nuestro flanco y sobre nuestra espalda, para cortarnos la línea de comunicaciones, ó bien levantara el campo, escapándosenos de nuevo y dejándonos sin duda á Esmolensko, pero privándonos de la ocasión de venir á las manos. Todo dependía de la cuestión siguiente. ¿Era vadeable el río por mas arriba de Esmolensko y muy cerca de la posición que ocupábamos al presente? Porque remontarse mucho mas arriba y dejar abierto el desemboque de Esmolensko á nuestra espalda, era una imprudencia inadmisibile. Rumiando todas estas consideraciones en su mente, envió Napoleon un destacamento de caballería á orillas del río, con el fin de buscar el vado. A la verdad por aquel parage parecia el río de poca hondura; mas ora porque se practicase mal el reconocimiento, ora porque no se llevara bastante arriba, el hecho es que no se halló el vado apetecido. Así se tenia delante un curso de agua lento, aunque no vadeable, y todo el ejército de Bagration alineado en batalla á la opuesta orilla. Echar puentes en presencia de un enemigo tan preparado, si no era impracticable, se resentía de

temerario, y solo quedaba una operacion posible, la de apoderarse de Esmolensko por un golpe de energía (1). Napoleon no se detuvo pues ante algunas objeciones suscitadas en torno suyo, y resolvió tomar á Esmolensko por asalto. Haber ido tan lejos para fluctuar delante de los rusos, para economizar hombres en la pelea, cuando se economizaban tan poco en las marchas, vacilar sobre perder diez mil en una jornada, que podria ser de efecto moral inmenso, cuando en tres ó cuatro dias de camino se perdía el doble sin hacer mas que desalentarse, no era conducta que le acomodara, ni podia ser sostenible, una vez admitida esta guerra. De consiguiente dió la señal de ataque á las diez ó las once de la mañana: los rusos inmóviles no pensaban en cruzar el Dnieper: se necesitaba pues irlos á buscar á Esmolensko, á riesgo de verter mucha sangre, pero casi con la certidumbre de sepul-

(1) El coronel Boutourlin en su obra ya citada, y tan imparcial como puede serlo una obra enemiga, escrita en el momento en que se hallaban en todo su hervor las pasiones, ha acusado mucho á Napoleon por haber derramado sin utilidad torrentes de sangre delante de Esmolensko, en vez de remontar el Dnieper y pasarlo sobre la izquierda de los rusos. Los pormenores, en que hemos entrado, prueban la necesidad de conocer bien los hechos y pesarlos, antes de acusar á Napoleon de no haberle ocurrido pensar sobre el terreno en la idea que era practicable. Ocasión daba á la crítica siempre que le extrañaban las pasiones. Cuando obraba sobre el terreno, sin ceder á ninguna de las pasiones, que le dominaban á menudo, os raro, y dificilmente se podrian citar ejemplos, que faltara á lo que convenia hacer, y que hubiera combinacion alguna ejecutable que se le escapara. Nueva prueba suministran de ello los pormenores que aqui damos y hemos bebido en auténticas fuentes.

tar á doce ó quince mil de ellos bajo las ruinas de la vieja ciudad moscovita, y de producir en el alma de aquellos soldados exaltados, ya que no un absoluto abatimiento, una impresion de terror muy fuerte.

Dada la señal, cada cual acometió á los rusos segun el puesto que ocupaba. A la derecha la caballeria, contenida al principio, fué lanzada sobre la meseta que se habia dejado vacante y que se extendia hasta el Dnieper. Los escuadrones del general Bruyere arrollaron á una brigada de dragones rusos, y protegieron el establecimiento de una bateria de sesenta bocas de fuego, que Napoleon ordenó disponer á la misma orilla del rio para cañonear á Esmolensko, para enlazar el puente que servia de comunicacion entre las dos partes de la ciudad, y batir de este modo la orilla opuesta, donde los rusos se hallaban en batalla: contestar quiso la artilleria enemiga, pero en breve fué reducida al silencio.

Durante esta operacion preliminar ejecutada á nuestra extrema derecha, adelantándose el principe Poniatowski entre la derecha y el centro con su infanteria, atacó francamente los arrabales de Raenzenska y de Nikolskoie, defendidos por la division de Neyeroffskoi, y llegó á la cabeza de ellos con sus bizarras tropas. En el centro el mariscal Davout arrolló las avanzadas rusas hácia los arrabales de Roslawi y de Micislaw, y comenzó un fuego violento contra ellos y la ciudad, que defendian por estelado las divisiones de Konowintsin y Kapsewitch. Adelantándose Ney por la izquierda con tres divisiones, y dejando otra de reserva, fué á acometer por medio de la division de Marchand la ciudadela, contra la

cual se habia estrellado el regimiento 46.^o el dia antes. Espesa maleza impedia distinguir la forma y la debilidad de esta ciudadela, construida de tierra, no empalizada, y de fácil acceso. No se atrevió Ney á llevársela de un golpe de mano, por causa del recuerdo de lo que le habia acontecido; pero penetró en el arrabal de Krasnoe, arrollando á la division de Likhaczeff, que lo defendia, hasta los fosos de la plaza.

Este era el momento escogido para el ataque principal, que debia ejecutar el mariscal Davout contra los arrabales de Micislaw y de Roslawl. Separándolos un ancho camino, bajaba á los de la ciudad y conducia á la puerta de Malakofskia. Ante todo dirigió el mariscal á la division de Morand sobre este camino con el fin de que lo ocupara, y aislara asi á los dos arrabales uno de otro, é hiciera mas fácil el ataque de frente de que iban á ser blanco. Guiado por el general Dalton el 13.^o de ligeros, y apoyado por el 30.^o de linea, acometió á la bayoneta á las tropas enemigas situadas delante del camino, las arrolló con vigor irresistible, arrebatólas un cementerio donde se hallaban establecidas, y empeñándose de seguida en el mismo camino, bajo una granizada de balas que llovian de todas partes, superó todos los obstáculos y á la vista del ejército, poseido de admiración, rechazó hasta el recinto de la ciudad á los rusos. Con la brava division de Konownitsin habian venido á las manos los regimientos 13.^o y 30.^o sembrando la tierra de cadáveres. Al par y algo á la izquierda, la division de Gudin, guiada por su general y el mariscal Davout en persona, atacó no menos vigorosamente el gran arrabal de Micislaw,

defendido por la division de Kapsewitch, á la cual rechazó primeramente en la entrada del arrabal á la bayoneta, luego penetró allí detrás de ella, expulsóla de calle en calle, y la llevó asi hasta el borde del foso, en el momento en que tambien la division de Morand llegaba por el camino real á este punto. A la derecha la division de Friant se apoderó del arrabal de Roslawl con menos trabajo, y llegó como las otras dos divisiones delante del recinto, donde pudieran ser abrasadas, si hubiera dispuestas en la muralla antigua troneras para la artillería. Sin embargo, algunas balas y bombas recibieron de las torres; pero mas tuvieron que sufrir los rusos, porque, rechazados con las puntas de las bayonetas hasta los fosos de Esmolensko, y fusilados despues á quema-ropa, solo podian entrar en la ciudad por algunas escasas avenidas practicadas en el recinto.

No obstante los rusos, á quienes Barclai de Tolly habia enviado de refuerzo la division del principe Eugenio de Wurtemberg, trataron de volver á tomar la ofensiva, ejecutando salidas violentas por las puertas de Nikolskoie y de Malakofskia. Llegado el principe Poniatowski delante de la puerta de Nikolskoie hubo menester de toda la bravura de sus polacos, para repeler dentro de la ciudad á los rusos. No menor denuedo necesitó el mariscal Davout delante de la puerta de Malakofskia. Tenia que habérselas con las divisiones de Konownitsin y del principe de Wurtemberg, vueltas furiosamente á la carga: sin embargo, las rechazó y obligólas á meterse de nuevo por la puerta de Malakofskia, desde donde habian intentado el desemboque. Habiendo llevado allí á este tiempo el general Sorbier

la reserva de artillería de la Guardia, compuesta de piezas de á 12, se la dispuso de modo que cogiera los fosos de enfilada así á la derecha como á la izquierda, lo cual obligó á los rusos á encerrarse definitivamente en Esmolensko. Entonces se dirigió contra el recinto de la ciudad toda la artillería; pero dando las balas en el viejo muro, no se producía gran efecto. Recurrióse á otro arbitrio y fué el de disparar contra la plaza por encima de los muros, empleándose á este fin muchos centenares de cañones. Cada proyectil destrozaba casas ó mataba en gran número los defensores aglomerados en calles y plazas.

Al cabo de seis horas de este combate horroroso, el obstáculo del recinto que ni podíamos forzar nosotros, ni osaban trasponer los rusos, acabó por separar á los combatientes. Hacia el centro lo previno todo el mariscal Davout para tomar la ciudad á la otra mañana, despues de abrumentarla toda la noche con destructores proyectiles. Napoleon le envió á decir que era forzoso tomarla á todo trance, dejándole la eleccion de los medios. Y á la verdad, sin producir una impresion moral de las mas tristes, y sobre todo despues de haber perdido tantos soldados, no se podia aceptar el papel de gentes que habian sido rechazadas.

De acuerdo el mariscal Davout con el general Haxo, que bajo un fuego espantoso fué á reconocer el recinto, determinó dar el asalto por un punto que parecia accesible y que estaba situado hacia nuestra derecha, entre los lugares ocupados respectivamente por el primer cuerpo y el príncipe Poniatowski. Allí habia una antigua brecha, llamada de Sigismundo, nunca reparada y cercada solo por un

espolon de tierra. Habiendo declarado abordable la posicion el general Haxo, destinó el mariscal Davout al general Friant el honor de llevar su division al asalto á otro dia.

Espantosa fué la noche. Haciendo al fin los rusos el sacrificio de esta ciudad amada, se unieron á nosotros para destruirla, y la prendieron de propia voluntad el fuego que nosotros la prendiamos involuntariamente con nuestras bombas. En medio de la oscuridad se vieron brotar de improviso torrentes de llamas y de humo. De pié el ejército sobre las cumbres, asombróse vivamente á la vista de espectáculo tan extraordinario, semejante á una erupcion del Vesubio en una noche de verano (1). A su aspecto presintióse todo el furor que iba á caracterizar la presente guerra, lo cual produjo conmocion, aunque no espanto. Nuestra numerosa artillería acrecentó las llamas de este incendio, para hacer la mansion de Esmolensko inhabitable al enemigo.

Con efecto, la sangre derramada copiosamente por los rusos habia satisfecho á su honor, á su deber, á su piedad religiosa, á todos los sentimientos que les impulsaron á combatir en esta coyuntura. Barclai de Tolly, despues de sacrificar el cálculo al sentimiento, vuelto otra vez al cálculo, ordenó á Doctoroff, á Neveroffskoi, al príncipe Eugenio de Wurtemberg, que evacuaran á Esmolensko durante la noche, lo cual ejecutaron no sin prender fuego en todas partes, para entregarnos el cadáver calcinado mas bien que el cuerpo de esta gran ciudad.

Habiéndose aproximado al despuntar el dia al-

(1) Tal es la frase de Napoleon en su boletín.

gunos soldados del mariscal Davout á la trinchera de tierra, de que debian apoderarse, y no hallándola defendida, treparon á lo alto, oyeron el acento eslavo a la otra parte, al pronto creyeron haber caído en medio de los rusos, pero muy luego reconocieron á los polacos, que acababan de penetrar por el arrabal de Raczenska, les alargaron la mano, y corrieron á comunicar al mariscal esta feliz nueva. Entonces penetraron en masa dentro de la ciudad y se apresuraron á disputársela á las llamas, con la esperanza de salvar parte de ella. Por cada francés habia dos ó tres rusos muertos en los arrabales, cosa que se explica por el efecto mortífero de nuestra artilleria, y por la situacion de los rusos, plantados largo tiempo entre los arrabales y el recinto. Nuestra pérdida efectiva fué de seis á siete mil hombres, entre muertos y heridos, y la de los rusos, segun los cálculos mas exactos, de doce á trece mil por lo menos (1).

(1) No se comprende que Mr. Boutourlin haya podido atribuir á los franceses una pérdida de veinte mil hombres y á los rusos de seis mil tan solo. Forzoso es decir que nunca se han desfigurado tanto los hechos. El testimonio del doctor Larrey, testigo verídico y generalmente bien informado, calcula la pérdida de los franceses en cerca de mil doscientos muertos y de seis mil heridos. Segun los testimonios de la administracion asciende á menos el guarnisimo. Despues de comparar los diferentes documentos, juzgo que fué mayor el número de muertos que el doctor Larrey calcula por nuestra parte y menor el de heridos; y que aproximándose á la verdad en lo posible, nuestra pérdida subió á siete mil hombres fuera de combate, entre muertos y heridos. Ni podian ser inutilizados por el fuego veinte mil hombres, no pasando de cuarenta y cinco mil los que atacaron á Esmolensko, pues realmente solo este número de tropas se hallaron empeñadas, diga Mr. de

Considerables eran los destrozos del fuego, destruidos estaban los principales almacenes, y se contaban pérdidas inmensas y sobre todo en generos coloniales. A mayor abundamiento figuraban los rusos como autores de tal estrago, disminuyendo por su parte el mérito de este sacrificio la circunstancia de ser el ejército y sus caudillos los que devastaban las propiedades pertenecientes á pobres mercaderes, y asi satisfacian su rabia á costa ajena. En su mayoría estaban huidos los moradores, y los que se quedaron por falta de tiempo ó de re-

Boutourlin lo que quiera, asegurando que de nuestra parte combatieron setenta y dos mil hombres. Todo lo mas combatieron del lado del mariscal Ney quince mil hombres, catorce ó quince mil del lado del mariscal Davout, y algunos menos del lado del principe Poniatowski. Es de consiguiente una exageracion ridicula el número de veinte mil hombres caidos en nuestras filas, pues se necesitara que sucumbieran la mitad de los acometedores. En cuanto á las pérdidas de los contrarios, los testigos menos favorablemente dispuestos concuerdan en que por cada francés cayeron muchos rusos delante de Esmolensko. El doctor Larrey especialmente, no procurando dulcificar el cuadro de la campaña de 1812, lo afirma de la manera mas positiva. Con mas razon se podria atribuir á los rusos que á los franceses la cifra de veinte mil muertos ó heridos. Lo mas verosímil, comparando todas las relaciones, es que los rusos perdieron de doce á trece mil soldados. Nos parece este número mas inferior que superior á la verdad, sobre todo cuando se piensa en la fuerza atribuida al ejército ruso despues del combate de Esmolensko. Por lo demás, segun nuestra costumbre, solo damos estos cálculos como aproximativos. Se hace perder su gravedad á la historia cuando se muestra uno muy afirmativo en cuestiones de esta naturaleza. Siendo modesta en su pretension de descubrir la verdad puede únicamente merecer confianza la historia cuando afirma de plano.

cursos para la fuga, se hallaban reunidos en la iglesia principal de Esmolensko, antigua basilica bizantina, muy renombrada entre los rusos. Allí habia mugeres, viejos y niños, aterrorizados, abrazando los altares y anegados en llanto. Por dicha nuestros proyectiles habian perdonado al venerando edificio, y nos habian ahorrado la pena de causar inútiles profanaciones. Tranquilizóse á aquellos infelices, y se procuró volverlos á aquellos de sus hogares no devorados por el incendio. Las calles ofrecian el espectáculo repugnante de muertos y heridos rusos tendidos por el suelo. Casi al mismo tiempo que á los heridos franceses los hizo recoger el excelente doctor Larrey, persistiendo en su bondad natural y en su noble política de cuidar á los heridos del enemigo, para que á su vez el enemigo cuidara los nuestros. Pero el furor nacional exaltado hasta el último extremo en nuestra contra debia hacer su cálculo casi infructuoso.

No obstante la embriaguez del combate y del triunfo, nuestro ejército experimentó una emocion penosa al entrar en Esmolensko. Antes en nuestras largas carreras triunfales, cuando penetrábamos en las ciudades conquistadas, y pasado el primer momento de espanto, los moradores, tranquilizados por la benevolencia habitual del soldado francés, volvian á sus hogares, que no habian pensado en destruir, y de cuyos recursos se apresuraban á hacernos partícipes. No habia mas incendios que los prendidos involuntariamente por nuestras bombas. En esta última campaña, y sobre todo despues de traspuesta la frontera moscovita, no hallábamos por donde quiera mas que soledad y llamas, y si quedaban en nuestro poder algunos contadísi-

mos habitantes, se pintaban el odio y el terror en sus rostros. Hasta faltaban los judios tan numerosos en Polonia, tan serviciales por codicia, tan diligentes en ofrecernos una hospitalidad repugnante, si bien provechosa, pues no los habia mas allá de la frontera polaca. Al ver aquellas llamas, aquella soledad, aquellos cadáveres tendidos por las calles, nuestros soldados empezaron á comprender que no se trataba de una guerra como habian visto tantas, y en las cuales con actos brillantes y con humanidad se desarmaba al enemigo: se les alcanzó que era mas grave lucha; pero la pasion por lo extraordinario les dominaba y les arrastraba; la presencia de Napoleon les arrebatava siempre, y creian marchar á una expedicion maravillosa, que superaba á todas las de la edad antigua.

Napoleon recorrió los arrabales y la ciudad á caballo, luego fué á situarse en una de las torres que flanqueaban el recinto hácia la parte del Dnieper, y desde la cual se podia descubrir lo que pasaba mas allá de este rio. A los rusos vió ocupando la otra orilla y manteniendo aun la ciudad nueva, si bien aprestándose evidentemente á evacuarla, y no pensando en defenderla mas que el tiempo necesario para conseguirlo. De consiguiente asegurar el paso del Dnieper era la principal operacion de esta jornada. Habiendo destruido los rusos el puente que unia la antigua ciudad á la nueva, no lo hicieron de modo de impedir que nuestros intrépidos infantes pasaran el rio, andando por la cabeza de las estacas no quemadas del todo. Algunos habian usado de este medio para ir mas allá del Dnieper á hacer disparos, si bien fueron repelidos ó quedaron prisioneros. El emperador ordenó

al general Eblé que echara puentes, y este apresuróse á emplear con actividad sus pontoneros y las tropas del mariscal Ney en tan importante trabajo.

Aunque vencedor en todas partes del enemigo, sentia Napoleon un desengaño muy triste hasta en medio de la victoria, hasta en el seno de una ciudad tomada por asalto. Esta era su tercera gran maniobra que fracasaba desde la apertura de la presente campaña. No pudo atajar en Bobruisk á Bagration, intentó vanamente rebasar á Barclai de Tolly entre Polotsk y Witebsk, y ahora, despues de uno de los movimientos mas hábiles y mas atrevidos, para tomar la delantera á los dos ejércitos reunidos de Bagration y de Barclai, acababa de ser detenido por Esmolensko, que, sucumbiendo y todo, le habia hecho perder los dias 16 y 17 de agosto, y le iba á costar ademas el dia 18. Ya desde entonces carecia de fundamento la esperanza de rebasar la izquierda del enemigo, desembocando mas allá del Dnieper en tiempo oportuno, pues se necesitaba todo el dia para echar los puentes, y en este intervalo debian ganar terreno de sobra los rusos para sustraerse á todas nuestras maniobras. Todavía pensó Napoleon en buscar un vado mas allá de Esmolensko, y encargólo á Junot, que, extraviándose el dia 17, se habia remontando bastante hácia nuestra derecha. Pero nada podia impedir que los rusos nos llevasen un dia de delantera, ni que estuviesen por tanto en aptitud de precedernos en el camino de San Petersburgo ó de Moscú. Así Napoleon entró afectado y triste en la mansion que se le habia reservado en Esmolensko, y vengóse de sus disgustos censurando sobremana la torpeza de los generales enemigos, que,

en su concepto, acababan de sacrificar doce mil hombres sin ningun motivo razonable. Con efecto, su conducta no se justificara, si no hubieran obedecido á un sentimiento poderoso; pero cedieron á un impulso irresistible al hacer cuanto estuvo á su alcance por disputarnos la ciudad de Esmolensko, y aun cuando sea la razon la verdadera luz que, así en la guerra como en la política haya de seguirse, forzoso es reconocer que el corazon no extravia siempre, y los rusos, deteniéndose dos dias delante de Esmolensko, sin que lo echaran de ver se habian salvado de la mas peligrosa de las combinaciones de su adversario formidable. Aun habiendo perdido á Esmolensko y miles de hombres, les tenia menos confusos que al mismo Napoleon el suceso.

Jueces severos, tan rigurosos contra Napoleon despues de su caída como la fortuna, le han atribuido el mal éxito de sus combinaciones, tan profundamente concebidas á pesar de todo como todas las que han inmortalizado su genio. Le han dirigido cargos, cuyo mayor ó menor fundamento pueden mostrar los hechos aqui referidos. En el proyecto de envolver al príncipe Bagration, ó de aislarle á lo menos para el resto de la campaña, se ha visto efectivamente que Napoleon no avaloró con bastante exactitud las dificultades que el pais y las distancias opondrian á la incorporacion del rey Gerónimo con el mariscal Davout; que maltrató mucho á su jóven hermano, y que puso á disposicion del mariscal muy pocas tropas. De consiguiente se le podia imputar una parte de este primer mal suceso. En el proyecto de desfilar delante del campo de Drisa, de pasar luego de súbito el Dwina entre

Polotsk y Witebsk, y de rebasar á Barclai de Tolly, para cogerle de revés, correspondió la ejecución á la concepcion, y solo se le podia culpar de una cosa, y era de haber enseñado á fuerza de guerras el modo de hacerla á sus enemigos, los cuales, advirtiéndolo á tiempo el peligro, lo evitaron con hacer violencia á su maestro. Finalmente, en el último proyecto se ha reconvenido á Napoleon por haber avanzado tanto para su movimiento giratorio, por haberlo llevado hasta cruzar el Dnieper y luego repararlo en Esmolensko: se ha dicho que debiera detenerse antes de llegar á este rio, remontarlo por la orilla derecha en vez de remontarlo por la izquierda y rebasar á los rusos hácia Nadwa. Pero los hechos demuestran que habia pesado todas estas eventualidades de concierto con el mariscal Davout, y que despues de maduras reflexiones determinó caminar por la orilla izquierda, no ocupada por los rusos, lo cual le ofrecia para rebasarlos una travesía mas expedita y mas segura, aunque mas larga. Y con efecto, de los sucesos resulta que, si hubiera seguido el dictámen contrario, hallara á Bagration batiéndose desesperadamente en Nadwa, que probablemente atrajera á la masa de los rusos sobre su izquierda, y corriera el riesgo de que le arrinconaran junto al Dnieper. Aquí le justifican los hechos del todo. Otros jueces han dicho que, en vez de tratar de rebasar á los rusos por su izquierda, debió de pensar en rebasarlos por su derecha, esto es, entre Witebsk y Sourage; que por consiguiente debió remontar el Dwina, y volver luego sobre los rusos por su derecha, para acorralarlos sobre el Dnieper. Pero el mapa demuestra que su calculo era muy preferi-

ble al de sus censores, porque repeliendo á los rusos sobre el Dnieper, los repeliera hácia el puente de Esmolensko, que pasaran sin trabajo, despues de lo cual hubieran ganado libremente lo interior del imperio por las provincias meridionales, que eran las mas fértiles y ofrecian mas vasto campo á una retirada continúa. Al contrario, rebasándolos por su izquierda y repeliéndolos sobre el Dwina, los rechazaba hácia un ángulo formado por el mar y este rio, pudiendo asi no dejarles ningun escape. Para esto bastaba que los rebasara y les tomase uno ó dos dias de delantera. Esta fué la razon profunda por la cual aspiró siempre á rebasar por la izquierda, y no por la derecha, á los rusos acampados junto al Dwina. Evidentemente lo que le hizo fracasar en este punto fué la alerta en que los halló á todos, la energía que desplegaron en Esmolensko; y no es su genio militar lo que se sorprende en falta, sino lo que llamamos su política, su política que le condujo á arrostrar los lugares, cualesquiera que fuesen, y á empujar á los hombres á la desesperacion á fuerza de querer dominarlos. Ahora bien, no considerados los lugares, empujados á la desesperacion los hombres ¿qué otra cosa se halla que la naturaleza de las cosas resistiendo invenciblemente á quien pretende violentarla?

Mientras Napoleón penetraba en lo interior de Esmolensko para dedicar la atencion á sus tropas, mientras nuestros pontoneros, á pesar del vivísimo fuego de fusilería, se apresuraban á echar los puentes, se ocupaban los generales rusos en asegurar su retirada. Necesidad tenian de darse prisa, porque, prolongándose el camino de Moscou á la orilla derecha del Dnieper algunas leguas, se ha-

llaban expuestos á todas las tentativas de los franceses, que podian muy bien acabar por descubrir los vados del rio y por cruzarlo para atajarles el paso. Pero, si se necesita poco tiempo para resolverse en el sentido de la pasion general, muy de otra manera sucede cuando es la resolucion en sentido opuesto. Barclai de Tolly, que á cada paso retrógrado heria las pasiones de su ejército, no tomó hasta el 18 por la noche, y cuando ya estaban acabados nuestros puentes, el partido de abandonar definitivamente á los franceses la ciudad nueva. Asi ordenó al príncipe Bagration que fuera por delante y se apoderara en el camino de Moscou de los puntos de mas importancia, pues debian probar á interceptárnoslo los franceses, y adoptó las providencias oportunas para seguirle con todo el grueso de su tropa. Este camino de Moscou avanza en derechura hácia el Este, luego que se ha traspuesto la abertura de veinte leguas, de que ya muchas veces hemos hablado, y que existe entre las fuentes del Dwina y del Dnieper: dos veces encuentra por tanto las sinuosidades de este último rio, una en Solowievo, que está á una gran jornada de Esmolensko, y otra en Dorogobouga, que se halla á dos jornadas de distancia. En Solowievo el camino de Moscou pasaba de la orilla derecha del Dnieper, ocupada por los rusos, á la orilla izquierda, donde se encontraban los franceses. De consiguiente podia ser detenido allí el ejército que iba de retirada. En Dorogobouga, donde halla al Dnieper el camino por vez postrera, se veia detrás del Ouja, riachuelo que desagua en el Dnieper, una posicion que les era útil ocupar antes que nosotros. El general Barclai de Tolly resolvió que el prínci-

pe Bagration se trasladara de seguida á Dorogobouga, y determinó dirigirse á Solowievo en persona, partiendo el 18 por la noche, y marchando toda ella, con el fin de llegar allí á tiempo. Pero esta retirada, fácil para el príncipe Bagration por llevar mucha delantera, no tenia igual carácter para Barclai de Tolly, que aun estaba en Esmolensko y no debia salir de allí hasta la última hora. Además el camino de Moscou seguia tan de cerca el curso del Dnieper durante dos leguas, que estaba expuesto á una súbita irrupcion de los franceses. Para evitar este peligro concibió el general Barclai de Tolly la idea de tomar caminos de travesía que le colocaran fuera de su alcance, y le condujeran sobre el camino real á distancia de tres ó cuatro leguas, hácia un lugar llamado Loubino. Por consecuencia dividió en dos columnas el ejército que se hallaba á sus órdenes inmediatas. Una compuesta de los cuerpos 5.º y 6.º, bajo el general Doctoroff, de los cuerpos 2.º y 3.º de caballería, de toda la reserva de la artillería y los bagages, debió de hacer el rodeo mas largo y de pasar por Zikolino para desembocar en Solowievo. La segunda, compuesta de los cuerpos 2.º, 3.º y 4.º, y del 1.º de caballería, dirigida por el teniente general Touczkoff, debia de hacer un rodeo mas corto, y de pasar por Krahotkino y por Gotbounowo, para desembocar en Loubino. Sin embargo, el general Barclai de Tolly, que no habia enviado por el camino recto mas que cuatro regimientos de cosacos á las órdenes del general Karpoff, temió que no bastaran para ocupar el punto de Loubino, por donde se junta al camino real el de travesía, y destacó al mayor general Touczkoff III, hermano del

que mandaba la segunda columna, con otros tres regimientos de cosacos, los húsares de Elisabethgrad, el regimiento de Revel y el 20.º y el 21.º de cazadores. Cinco ó seis mil hombres eran de todas armas, encargados de apoderarse oportunamente del desemboque, por donde la segunda columna, que era la mas expuesta, debia ganar el camino real. Por la via recta y desde muy temprano envió sus últimas tropas, y le salió á maravilla, segun va á verse. Adoptadas estas disposiciones, puso todo su ejército en movimiento durante la noche del 48 al 49, y dejó delante de Esmolensko una retaguardia á las órdenes del general Korff.

A la caída de la tarde del 18, ya los franceses tenian muy adelantado el establecimiento de sus puentes, y empezaron á trasladarse al otro lado del Dnieper durante la noche. A la mañana del 19 pasó Ney el rio con su cuerpo á fin de emprender la persecucion del enemigo, y lo propio hizo Davout con el suyo. Batallóse contra la retaguardia del general Korff y se la rechazó vivamente. Ya en las alturas de la orilla derecha se dilataban hácia adelante dos caminos, uno elevándose rectamente al Norte conducia por Poreczie y el Dwina en direccion de San Petersburgo; otro dirigiéndose al Este y prolongándose junto al Dnieper, llevaba por Solowievo y Dorogobouga en direccion de Moscon. Sobre uno y otro se veian retaguardias enemigas, lo cual era natural, pues el grueso del ejército de Barclai de Tolly, destinado á tomar los caminos de travesía, debia seguir un momento la carretera de San Petersburgo, y al revés el destacamento del general Karpoff, enviado por la via mas corta, para apoderarse del desemboque de Loubino, debia se-

guir simplemente el camino de Moscou. Vacilante Ney, corrió contra el destacamento que tenia mas cerca, el cual marchaba por el camino de San Petersburgo, acometióle y le repelió á lo lejos. Esto acontecia en un lugar llamado Gedeonowo (1). Con susto Barclai de Tolly al ver á los franceses tan cerca y en actitud de interceptar los caminos de travesía reservados á las dos columnas de su ejército, acudió sin demora, y ordenó al principe Eugenio de Wurtemberg que conservara este punto á toda costa, para dar tiempo de desfilas á los que aun quedaban á la espalda. Allí se combatió con gran teson por parte de los rusos, que cifraban su salvacion en conservar el puesto disputado, con mucha menos insistencia por parte de los franceses, que no tenian objeto determinado alguno, y trataban solo de ilustrarse con numerosos reconocimientos acerca de la direccion tomada por el enemigo. De consiguiente los rusos quedaron dueños de Gedeonowo.

Asi corria la mañana, cuando Napoleon sobrevino, y mirando ya hácia el Norte, ya hácia el Este, por el movimiento general de las tropas reconoció que en direccion de Moscou se debia operar la retirada de los rusos. Asi atrajo al mariscal Ney que se encarnizaba en batallar sobre el camino de San Petersburgo, y trasladóle al de Moscou, afirmandole que, si marchaba presurosamente, antes

(1) El historiador Bourtoulin ha colocado el lugar del choque en Gorbounowo: el principe Eugenio de Wurtemberg, en una relacion mas moderna, lo ha colocado en Gedeonowo: poco importa este detalle, lo que importa es el fondo del hecho, donde quiera que se sitúe, y este fondo es incontestable. ®

de que el día expirase recogería algún brillante trofeo. Hizo que por el propio camino de Moscou le siguiera parte de las tropas del mariscal Davout, á fin de que le apoyara si la necesidad lo requeria, pero dejó la otra parte sobre el camino de San Petersburgo para ilustrarse en todas direcciones, y volvió á entrar en Esmolensko, adonde le llamaban diversos cuidados. Para abrazar un partido definitivo aguardaba el resultado de los reconocimientos que debían ejecutar sus lugartenientes.

El mariscal Ney con sus tres divisiones siguió al destacamento ruso encargado de ocupar el desemboque de Loubino, mandado, según se ha dicho, por el mayor general Touczkoff III. Le alcanzó sobre la meseta de Valoutina, donde, según las tradiciones del país, frecuentemente habían peleado los polacos y los rusos. Estos, apreciando la importancia de la tarea que les estaba encomendada, se batieron con grandes bríos, mas fueron rechazados de esta meseta á un pequeño valle extendido á su respaldo, lo cruzaron lo mejor que les fué posible, treparon á otra meseta, que encontraron al paso, defendieronla con igual bizarría, y también fueron repelidos, por lo cual se retiraron á un último puesto con la resolución firme de conservarlo á toda costa. Efectivamente, poco mas lejos se hallaba el desemboque de Loubino, por donde debía ganar el camino real de Moscou la segunda columna de Barclai, y si retrocedían un paso mas, caería en mano de los franceses aquella posición importante. Favorable era para los rusos el terreno, pues se habían situado detrás de un arroyo fangoso y sobre una cuesta larga y elevada, cubierta de trecho en trecho de bosquecillos y espesa

maleza. Por un puente, que destruyeron, cruzaba el camino este arroyo, y luego atravesaba la misma cuesta por un corte practicado entre dos montecillos poblados de matorrales. Llamado por el mayor general Touczkoff III, acudió Barclai de Tolly y al aspecto del peligro, apresuróse á traer á aquel punto la cabeza de la segunda columna, y previno que toda acelerara su llegada. Esta cabeza consistía en ocho piezas de artillería, muchos regimientos de granaderos y alguna caballería. A la margen del arroyo y en los matorrales colocó á los cazadores, á derecha é izquierda del corte por donde iba el camino á los granaderos, dispuso de través un destacamento fuerte, y despachó á numerosos oficiales para pedir auxilios á todas las tropas que estaban á la mano.

Llegado el mariscal Ney á esta tercera posición á eso de medio día, resolvió tomarla. Para lograrlo empleó las dos divisiones de infantería de Razout y Ledru, trató de trepar la cuesta coronada de artillería, y no pudo conseguirlo. Verdaderamente la empresa resentíase de muy ardua. Para tomar la posición había que forzar el camino, que bajaba algo á la derecha hacia una especie de pantano, que pasaba después el arroyo por el puente que habían destruido los rusos, y luego se elevaba en medio de matorrales, llenos de tiradores, por entre la cuesta guarnecida de tropas y de artillería. Gallardamente rechazó Ney las avanzadas rusas mas allá del arroyo, pero, para pasarlo sin puente, se necesitaban refuerzos considerables. Así abrazó el partido de mandarlo restablecer á toda prisa, y de enviar á pedir socorros á Napoleon entretanto. Un fuerte cañoneo llenó el intervalo entre este combate de la

mañana y el que se preparaba para la caída de la tarde.

En esto Murat, despues de batir la campaña en diversas direcciones, asomó por el camino de Moscou al frente de algunos regimientos de caballería, pronto á juntarse á Ney. Encargado Junot, por consecuencia de su posicion de los dias anteriores, de pasar el Dnieper mas arriba de Esmolensko, lo cruzó por Prouditchewo, y se hallaba sobre el flanco de los rusos. De las cinco divisiones de Davout, dos estaban en marcha por el camino de Moscou, y una, la del general Gudin, iba á llegar á tiempo. Con efecto presentóse á cosa de las cinco de la tarde junto al pequeño puente, que acababa de ser restablecido, y de seguida tomó sus disposiciones de ataque. Pero entretanto se habia perdido un tiempo muy precioso, y los rusos se habían reforzado singularmente. Barclai de Tolly habia recibido casi toda su segunda columna, salvo el cuerpo de Bagonow, retardado por el combate de Gedeonowo. Habiendo llegado los cuerpos tercero y cuarto de Touczkoff y de Ostermann á Loubino, entraron inmediatamente en línea y se dispusieron á la espalda por la derecha y la izquierda del enemigo. A lo lejos fué situada la caballería sobre la izquierda, frente por frente del punto de Prouditchewo, por donde Junot acababa de pasar el Dnieper. De consiguiente la posicion se habia hecho de las mas arduas, pues la defendian cuarenta mil hombres y una artillería formidable. Ney solo tenia verdaderamente disponibles sus dos divisiones de infantería de Razout y Ledru, reducidas á doce mil hombres por los combates del dia antes, y la division de Gudin que, despues de la toma de Esmolensko, no debia con-

tar mas de ocho mil bayonetas. Lejos estaban los tres mil ginetes de Murat sobre la derecha, procurando cruzar los pantanos, que se extendian á lo largo del Dnieper, á fin de desembocar sobre la izquierda de los rusos, y los diez mil westfalianos de Junot estaban tan embarazados por aquellos pantanos, que no era seguro que se les pudiera hacer concurrir á la general acometida.

Estas dificultades no detuvieron al mariscal Ney, ni al general Gudin. Este último se puso intrépidamente á la cabeza de su division para tomar á toda costa la especie de madriguera que se hallaba mas allá del puentecillo. Realmente, segun se acaba de decir, se necesitaba meterse en el pantano, cruzar el puente bajo el fuego de los tiradores apostados entre los matorrales, trepar de seguida el camino por entre una garganta coronada á ambos lados de artillería, y por último desembocar sobre una meseta, donde estaban alineados los rusos en masas profundas. El general Gudin formó su division en columna de ataque, mientras el mariscal Ney con la division de Ledru se aprestaba á apoyarle, y la division de Razout ocupaba al enemigo hácia la izquierda, y Murat, galopando con su caballería, buscaba un paso á la derecha por entre los pantanos.

Dada la señal, lanza Gudin sus columnas de infantería, que desfilan á los gritos de *Viva el Emperador* por el puente, y sufren sin alterarse por el flanco el fuego de las tiradores, y de frente el de la artillería asestada á la cuesta. A paso de carga cruzan el puente, trepan la cuesta, y hallan una tropa de granaderos que les recibe con las puntas de las bayonetas. Se les echan encima, los repelen

y consiguen desembocar sobre la meseta; pero allí se presentan nuevos batallones y les obligan á retroceder camino. Vuévelos el bizarro Gudín á llevar adelante, y se traba una refriega horrible entre el puente y la falda de la cuesta. Se avalanzan los hombres unos á otros, se cogen cuerpo á cuerpo y pelean al arma blanca. En medio de tan horroroso conflicto echó Gudín pié á tierra, y espada en mano, guiaba á sus tropas, cuando es herido por una bala que le rompe el muslo, y al caer designa al general Gerard para reemplazarle. Este oficial (1) de rara energía, toma el mando, y conduciendo sus soldados al enemigo, trepa la cuesta nuevamente, y asoma otra vez sobre la meseta. Ney le apoya con la division de Ledru, y parecen dueños de la posicion; mas para disputársela avanzan nuevas tropas rusas, y es de temer que se la arranquen de nuevo.

Durante este tiempo Murat, que para desbordar la posicion acude á la derecha, halla á Junot trasladado mas allá del Dnieper, aguardando órdenes que no le llegan é incurriendo en el error de no suplirlas. Murat le estrecha á que marche, para coger de revés la larga cuesta que en vano se esfuerzan Ney y Gerard por ganar de frente. Por desgracia, atacado Junot á causa de los fuertes calores de la enfermedad de que habia de morir, y era consecuencia de la herida recibida en Portugal en la cabeza, no tenia su vigor de costumbre. Vacilando trata de cruzar el terreno pantanoso que le separa del enemigo, y de abrirse paso echando faji-

(1) Es el mismo á quien bajo el nombre de mariscal Gerard ha honrado la generacion actual con justicia.

nas en el lodo. Murat carga violentamente á la parte de la caballeria rusa que se halla á su alcance, pero sobre aquel terreno no puede hacer los oficios de la infanteria. Vuelve á estrechar á Junot, grita, se arrebató sin lograr hacer el terreno mas sólido, ni á Junot mas diligente.

A pesar de todo, hácia el punto principal toca á su fin esta lucha encarnizada. Queriendo probar el último esfuerzo, lanza Barclai de Tolly la bizarra division de Konownitisin sobre las divisiones de Gudín y Ledru, mandadas por Gerard y Ney, á fin de desalojarlas de la meseta de que han logrado apoderarse. Gerard y Ney reciben la acometida, un instante ceden á su violencia, pero vuelven á la carga, se arrojan sobre la infanteria rusa furiosos, y la ponen en derrota. Al cabo á las diez de la noche quedan en posesion del desemboque. Se les une la division de Razout, y Murat á su turno, despues de superar todos los obstáculos, se despliega á galope sobre la meseta, de donde obliga á retirarse definitivamente á los rusos.

Esta accion terrible, conocida con el nombre de combate de Valoutina y una de las mas sangrientas del siglo costó de seis á siete mil hombres á los rusos y otros tantos á los franceses. Menester era remontarse á los recuerdos de Hollabrun, de Eylau, de Ebersberg, de Essling, para hallar una semejante. Por desgracia carecia de objeto, no pudiéndose ya tomar á los rusos la delantera en el paso del Dnieper junto á Solowiewo, y no ofrecia otra ventaja que la de conservarnos el ascendiente de las armas. ®

Quando Napoleon supo lo acontecido, sorprendióse de la gravedad de este encuentro, y quedó

hondamente afectado [por habersele ido tan feliz ocasion de copar una columna entera del ejército ruso, lo cual diera á la toma de Esmolensko la importancia de una gran victoria y le ahorrara de ir á buscar mas lejos un brillante triunfo. A las tres de la madrugada del otro día, que era el 20, dirigióse á caballo al campo de batalla, para ver con sus propios ojos, lo que habia sido y hubiera podido ser el combate de Valoutina, y recompensar á las tropas, cuya energía celebraba. Al aspecto del campo de batalla, pasmóse del vigor que necesitaron desplegar, sobre lo cual se podia hacer juicio por el número y la posicion de los muertos y los accidentes de los lugares. Trepando á lo alto de la meseta, y dirigiendo hácia la derecha sus miradas, irritóse mucho contra Junot, contra la lentitud que se le echaba en cara, lentitud que habia contribuido á salvar á los rusos, pues, rebasándolos hácia aquel lado, se acertara singularmente su resistencia, y quizá se lograra aprisionar gran número de ellos. Pero no se le dijo que el camino era difícil de atravesar y pantanoso; no se le recordó que él mismo habia incurrido en el yerro de dejar á Junot sin orden alguna; y se tuvo la crueldad de excitarle contra la inmovilidad enfermiza de este antiguo compañero de armas, de modo que al primer impulso resolvió reemplazarle, poniendo al general Rapp á la cabeza de los westfalianos. Colocado en el centro de los ensangrentados bivaques de la division de Gudin, hizo formar círculo á las tropas, les distribuyó premios, y dió grandes muestras de sentimiento al valiente general Gudin que estaba espirando. Este ilustre general, partícipe hacia muchos años con los generales Morand y Friant de

la gloria del mariscal Davout, era por su valor héroe, por su bondad perfecta y su espíritu culto, un objeto de estima para los oficiales y de afecto popular para los soldados. Su muerte fué sentida en el ejército como una pérdida comun que tocaba á todos.

De vuelta en Esmolensko, no pudo prescindir Napoleon de las mas tristes reflexiones. En esta campaña, que consideraba como la mas decisiva de su vida, como la postrera si era venturosa, y para la cual habia hecho tan vastos preparativos, su genio aun no habia alcanzado un solo favor de la fortuna. Sus mas excelentes maniobras se habia frustrado, pues, segun dejamos referido, Bagration, separado de Barclai de Tolly, de resultas de hábiles combinaciones, logró juntarse al cabo; Barclai, que estuvo á pique de ser rebasado y cogido por la vuelta en Polotsk, y que debió serlo en Esmolensko, acababa de volver á ganar en compañía de Bagration el camino de Moscou. Vigorosamente batido fué sin duda el contrario en todas partes: lo fué en Deweltowo, en Mohilew, en Ostrowno, en Polotsk, en Inkrowo, en Krasnoe, en Esmolensko, en Valoutina. Se le mataron ó se le hirieron tres veces mas hombres que los perdidos por nosotros, y sin ninguna gran batalla, se le condujo del Niemen al Dnieper y al Dwina, lo cual aseguraba la conquista de toda la antigua Polonia, exceptuando únicamente la Volhinia. Pero hasta ahora faltaba á las armas de Napoleon el brillo fulminante, que siempre las habia rodeado y hecho irresistibles, y les faltaba cabalmente cuando lo necesitaban mas de lleno para contener á tantos pueblos enemigos, por cuyo territorio tenian que transitar á la fuerza, á

tantos pueblos aliados, cuya fidelidad era indispensable. Colocándose en el curso ordinario de las cosas, positivamente era un resultado de gran bulto el de haber arrebatado al enemigo sus mas importantes provincias, y puéstole donde quiera en fuga, y reducidole á la imposibilidad de oponer formal resistencia en ninguna parte; pero para un conquistador acostumbrado á herir con golpes sorprendentes la imaginacion de los hombres, parecia faltar algo en el principio de esta guerra, algo, ya que no efectivo, deslumbrador al menos y que mantuviese íntegro el prestigio de su pujanza. Napoleón lo sentía, aunque aparentara no convenir en ello, y estaba vivamente afectado. Aun cuando en todas partes hubiera forzado á los rusos á la retirada, no dejándoles eleccion sobre este punto, claramente veía que, á vueltas de muchos movimientos contradictorios, siempre acreditaban el secreto cálculo de trasladar la guerra á lo interior de la Rusia. Este cálculo era evidente; muy bien se lo explicaba Napoleón á pesar de algunas apariencias contrarias, y en el estado mayor del ejército lo notaban y se lo hacien notar muchos espíritus ya inquietos por el carácter de esta guerra, cuando se dignaba hablar con ellos de la marcha general de la campaña. Así, aun cuando sobre tal punto no abrigara Napoleón ninguna duda, negaba esta táctica de los rusos, siempre que se le señalaba, como se niega un peligro que se quiere confesar menos cuanto mas se teme, y no cesaba de decir que los rusos se iban porque no podian obrar de otra manera, porque estaban batidos, arrollados, y que su pretendida táctica no era otra cosa que la imposibilidad de hacernos cara.

Pero poco ó nada creía lo que manifestaba sobre esta materia, y al ver sus filas aclararse, aun despues de Witebsk, por la marcha mucho mas que por el fuego, se le representaba vivamente el peligro de llevar la guerra á mayor distancia.

Pensando de este modo, parece que tenía un medio sencillísimo de precaver semejante peligro, y era el de hacer alto junto al Dwina y el Dnieper, envanecerse en alto grado de las bellas conquistas á que acababa de dar remate, servirse de ellas para reconstituir la Polonia, hasta dilatarlas con proporcionar al general Reynier los medios de invadir la Volhinia, emplear el otoño y el invierno en dotar con un gobierno y un ejército á Polonia, trasladar al propio tiempo sus almacenes del Niemen al Dnieper y al Dwina, escoger y fortificar sus cantones, y prepararlo todo en suma para una nueva campaña al año siguiente, en la cual se caminarían cien leguas mas adelante, cien leguas decisivas, si se andaban en seguridad completa, pues esta vez conducirían á Moscou ó á San Petersburgo. Estas ideas, que ya en Witebsk se habian ocurrido, presentábanse mas naturalmente en Esmolensko, en la frontera de la vieja Rusia, despues de la toma de una ciudad importante, arrancada espada en mano á los dos ejércitos rusos unidos, despues del combate enérgico y brillante de Valoutina, y finalmente, en una época ya muy adelantada de la estación puestas que se tocaba á los últimos dias de agosto.

Mas capaz que nadie en el mundo era Napoleón de juzgar una cuestion tan grave, tan complicada, y para cuya solución se necesitaban pesar tantas consideraciones administrativas, políticas y militares. De cierto habia en esta clase de guerra, lenta

y metódica, algo nuevo que podía lisonjear su talento, algo profundo que podía también herir las imaginaciones. Además, la destrucción del conde de Wittgenstein sobre su izquierda, la del general Tormazoff sobre su derecha, la toma de Riga por un lado, la invasión de la Volinia por otro, debían quitar á este fin de campaña todo carácter de inercia, de impotencia ó de mal suceso. Pero, cometida la falta de ir tan lejos por entre tantos pueblos enemigos, llevando tras sí á tantos aliados dudosos, dejando á la otra extremidad de Europa una guerra mal conducida, la de España, Napoleon la sentía, quizá demasiado profundamente, ahora que ya no era reparable, y mostrábase muy preocupado de los peligros de esta situación extraña. Se repetía mas dolorosamente todo lo que ya en Witebsk se había dicho, y se preguntaba qué pensarían, qué harían los prusianos, los austriacos, los alemanes, los holandeses, los italianos, si le veían detenerse durante todo un invierno de ocho meses, y detenerse ante obstáculos que todos serían libres de avalorar á su manera, y de creerlos invencibles tan insuperables al otro año como el presente? ¿No se iba á conmover todo su imperio bajo su mano, por robusta que fuese, y de modo que no pudiera quizá contener partes tan distintas y tan inclinadas á desmembrarse? ¿Serían fáciles de establecer, de defender y de aprovisionar, según había dicho tantas veces, aquellos cantones, de que se le hablaba de continuo sobre el Dwina y el Dnieper en una extensión de trescientas leguas, desde Bobruisk hasta Riga? ¿Servirían desde los últimos días de octubre hasta los primeros de abril de frontera aquellos rios, colmados de nieve durante el invierno?

¿Cómo sus soldados, acometidos ya de una enfermedad desconocida de ellos hasta entonces, la desercion de la bandera, aguantarian inmóviles é inactivos aquellos ocho meses de invierno penoso y causado? ¿Lo pasaría entre ellos Napoleon, su habitual gefe? ¿Quién los podía mandar, contener y tranquilizar, si él se iba? Y si se quedaba, ¿sería bastante potente su mano para hacerse sentir en Roma y Cádiz desde el seno de situación tan árdua?

Consideraciones serias eran estas, de que hacen poco caso los que censuran á Napoleon por no haber terminado esta primera campaña en Esmolensko, y que prueban que el peligro de semejante lucha estriba mas bien en la misma empresa que en tal ó cual manera de dirigirla. Tales reflexiones sumieron á Napoleon en desvelo profundo, desvelo tanto mas penoso, cuanto que no estaba como en Witebsk todavía distante de abrazar un partido, sino que era urgente abrazarlo sin mas demora. No obstante, aun necesitando adoptar sus resoluciones de seguida, ciertas circunstancias muy próximas, podían inclinar la balanza á uno ú otro lado, y ahorrarle que hiciera por sí mismo una eleccion difícil de suyo, muy embarazosa y muy tremenda, pues casi había la certidumbre de parecer, si era mala. Estas circunstancias eran la actitud del enemigo mas allá de Esmolensko, la disposicion que mostrara á combatir ó á retirarse, la situacion de los generales dejados en las alas del grande ejército, del mariscal Oudinot en Polotsk, del principe de Schwarzenberg y del general Reynier en Brezesc, empeñados unos y otros en tenaces reiriegas. Si el enemigo parecia inclinarse á dar batalla, lejos de vacilar, se necesitaba admitir este desafio al punto.

Si el mariscal Oudinot, si el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier eran vencidos, había que socorrerlos: si eran vencedores, se estaba en libertad de seguir adelante.

Pocos días bastaban para adquirir luces sobre estos diversos puntos, y sin querer encadenarse todavía, resolvió Napoleon permanecer dos ó tres días en Esmolensko, para informarse allí de lo que había necesidad de saber, y para dictar las providencias urgentes en el caso de que conviniera seguir mas lejos. De consiguiente prescribió á Murat y al mariscal Davout, los dos hombres mas semejantes del ejército, y de los cuales el segundo corregía provechosamente al primero, que se pusieran en marcha, el uno con dos cuerpos de caballería y el otro con sus cinco divisiones de infantería, para seguir al enemigo paso á paso, y juzgar lo mas exactamente posible de sus proyectos. El mariscal Ney, siempre á vanguardia desde Witebsk, necesitaba dar descanso á sus divisiones, y era además harto fogoso para que se pudiera dar asenso á sus juicios en tal coyuntura. Napoleon le previno que, despues de tomar uno ó dos días de descanso, siguiera á Murat y á Davout, si bien manteniéndose á alguna distancia. Un poco sobre la izquierda del grueso del ejército, dirigió al príncipe Eugenio hácia Doukhowtchina, á fin de limpiar el país entre el Dnieper y el Dwina y de ilustrarse por este lado acerca de los proyectos de los rusos. Así bastaba una jornada para que todo el ejército estuviera unido y pronto al combate, si había la fortuna de que los rusos abrazaran este partido. De todos modos no se podia tardar en adquirir completos informes, y si no ocurría la batalla ardiente-

mente deseada, se estaba en libertad de retrogradar, pues tres ó cuatro marchas mas hechas mas adelante no eran una razon para no desandar camino si se necesitaba, y tampoco eran un gran perjuicio en aquella estacion y con los medios de trasporte con que se contaba todavía.

Dadas estas órdenes, establecióse Napoleon en Esmolensko para tomar sus providencias en la doble hipótesis de una nueva marcha ofensiva ó de un establecimiento definitivo en la Lithuania, y sobre todo para vigilar lo que acontecia hácia sus alas, y proveer segun conviniera.

Efectivamente, á todas horas llegaban noticias de la derecha y de la izquierda, de Brezesc y de Polotsk, y eran satisfactorias. Lo acontecido en estas dos fronteras se reducía á lo siguiente.

Hasta Slonim había retrocedido el general Reynier, para ir al encuentro del príncipe de Schwarzenberg, al cual, segun se ha visto, se le había despachado la orden de retrogradar hácia Bug, con el fin de unirse á los sajones y de repeler al general Tormazoff á Volhinia. Habiéndose operado la reunion de los sajones y de los austriacos el 3 de agosto bajo las órdenes del príncipe de Schwarzenberg, se encaminaron todos juntos sobre Proujani y Kobrin, cabalmente donde se había realizado el fatal revés del destacamento sajón, sorprendido por el general Tormazoff. Despues de sus marchas y contramarchas, despues del suceso de Kobrin, que le había costado dos mil hombres, despues del destacamento de casi toda su caballería al cuerpo de Latour-Maubourg, despues del envío de un regimiento sajón á Praga, (Bajo Varsovia) no contaba el general Reynier mas de once mil hombres, en-

tre los cuales mil y quinientos eran de caballería. Por su parte el príncipe de Schwarzenberg, tras de la larga travesía que había ejecutado, no mandaba más que veinte y cinco mil austriacos. De consiguiente el total de fuerzas juntas en este punto ascendía á treinta y seis mil hombres. Muchos más se atribuían al general Tormazoff, bien que no tenía más que los mismos á lo sumo, obligado como se vió á dejar tropas en Mozir para que le guardasen las espaldas. Así no dejó de retroceder, temeroso de expiar su último triunfo con un descalabro más grave que el que acababan de sufrir los sajones. Así apresuróse á desandar camino y á volver hácia Kobrin y hácia Pinsk, para cubrirse con el Bug, el Pripet y todos los pantanos famosos de esta comarca.

Concordando mucho los austriacos y los sajones como alemanes, y como gentes que necesitan unas de otras, forzarón á una los numerosos desfiladeros que se encuentran en esta región escabrosa, y siguieron activamente al ejército ruso. Llegado habían el 11 de agosto por la noche á un sitio que se llama Gorodeczna, á algunas leguas de Kobrin, y hallaron establecidos en una buena posición á los rusos, con la resolución evidente de sustentarla. En Gorodeczna el camino de Kobrin trepaba una cuesta de bastante altura, cuyo pié bañaba un riachuelo pantanoso y de difícil paso. Sobre aquella cumbre se había apostado el general Tormazoff con treinta y seis mil hombres de infantería y sesenta bocas de fuego. Habiendo reconocido el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier la dificultad de tomar la posición de frente, buscaron sobre su derecha un paso que les permitiera rebasar la iz-

quierda del enemigo. Efectivamente, algo hácia la derecha, y en una aldea llamada Podoubie, existía un paso que daba acceso á la izquierda de los rusos, pero siempre había que pasar el riachuelo cenagoso, y además los rusos tenían fija allí la vista. Sin embargo, un poco más lejos, y á la parte del declive de la cumbre, de cuya toma se trataba, se hallaba un bosque no ocupado, y en la espesura de este bosque, un camino que iba á juntarse al camino real de Kobrin á una legua de distancia.

El general Reynier, que, aun cuando muy brioso entre el fuego, carecía de carácter en la guerra, era un oficial inteligente y un táctico hábil. Muy luego echó de ver la falta del enemigo, y ofreció al príncipe de Schwarzenberg aprovecharse de ella, penetrando por más abajo de Podoubie en el bosque descuidado por los rusos, de manera de caer sobre su posición por la espalda. El príncipe de Schwarzenberg obraba con una sinceridad de intención que hacía fáciles las cosas: asintió á la oferta, y dió al general Reynier una división austriaca para asegurar el éxito de la proyectada maniobra. Hasta le dió una gran porción de su caballería, de la cual no podía servirse en el parage en que se hallaba. Se convino en que al día siguiente 12 de agosto por la mañana, atacara seriamente el príncipe con el grueso de sus fuerzas á Gorodeczna de frente para llamar por este lado la atención de los rusos, mientras el general Reynier dirigía sobre su izquierda un esfuerzo vigoroso para envolverla.

Convenido así todo, el general Reynier penetró de noche en el bosque citado, establecióse allí, y no bien despuntó el alba, desembocó de improviso en una pequeña llanura, sobre cuyo centro ve-

nia á terminar la pendiente de la cumbre ocupada por los rusos. Estos, desde lo alto de Gorodeczna, descubrieron muy pronto la marcha de los sajones, y dejando las competentes fuerzas en aquel punto para resistir al príncipe de Schwarzenberg de frente, se replegaron con las restantes sobre el flanco izquierdo para hacer cara al general Reynier. En esta doble línea peleóse todo el día 12.

Vivamente atacó el príncipe de Schwarzenberg á Gorodeczna, pero sin mucha esperanza de ganarla, ocupando los rusos la cumbre con numerosa artillería. Sin embargo, los austriacos portáronse bizarramente, como si trabajaran para sí propios. A la derecha el general Reynier, al desembocar del bosque, halló á los rusos plegados en horca y formando frente así á este lado como al otro. Enérgicos fueron sus esfuerzos para romperlos, pero infructuosos, pues, aun cuando los sajones se batieran como los polacos, á los cuales estaba ligada su suerte, constantemente fueron detenidos por el fuego de una artillería dominante. A su vez, cuando los rusos quisieron arrollarle hácia el bosque, obligóles Reynier á volver á ganar la altura de la cual intentaron descender al pequeño llano.

Todo el día se combatiera estérilmente, si el príncipe de Schwarzenberg no ensayara un ataque hácia el punto intermedio de Podoubie, que daba mas de cerca sobre el flanco izquierdo de los rusos. Juntándose el regimiento austriaco de Coloredo á los cazadores sajones, entraron en el pantano, y metiéndose hasta las rodillas, lo traspusieron y treparon á la cumbre en el instante del mayor empeño entre el general Reynier y los rusos. Estos al verlo, vacilaron y, aprovechándose Reynier de la

coyuntura, acometiélos todavía mas vigorosamente con los sajones y la division austriaca puesta bajo su mando. Así ganó terreno sobre su izquierda, y al mismo tiempo dirigió toda su caballería á la extrema derecha, sobre las espaldas del enemigo, amenazando el camino real de Kobrin con este movimiento. Temiendo ser cortados los rusos, lanzaron su caballería contra la aliada, y despues de diversos lances, les pareció prudente no disputar una posición difícil de conservar por mas tiempo. Su retirada fué protegida por la noche, que impidió al ejército austro-sajon aprovechar todas sus ventajas. No obstante, suya era incontestablemente la victoria, pues, además de la adquisición de un puesto tan calorosamente disputado y de la conquista del camino de Kobrin, hizo sufrir pérdidas considerables á los rusos. Cerca de dos mil hombres perdieron los sajones y los austriacos entre muertos y heridos: mas del doble perdieron los rusos, entre los cuales se contaron quinientos prisioneros.

Esta jornada, si se sabia sacar partido de ella, facilitaba repeler á los rusos hácia Volhinia, perseguirlos hasta en aquel territorio, ó impedirlos volver de allí cuando menos, salvo si duplicaba sus fuerzas la llegada de las tropas de Polonia, y bastaba para cubrir nuestro flanco derecho. Al saber Napoleon esta nueva en el momento de su entrada en Esmolensko, experimentó una verdadera alegría, envió al ejército austriaco un donativo de quinientos mil francos, que era el segundo de esta suma, unió á esto un gran número de condecoraciones, y escribió á Viena para que se diera el baston de mariscal al príncipe de Schwarzenberg. Con

todo, imposible era que se forjase ilusiones sobre la fuerza de esta ala, que debía hallarse reducida por la última batalla á treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y rogó á su suegro que los engrosara con tres mil ginetes y seis mil infantes, los cuales, unidos á algunos refuerzos demandados también á Varsovia, podrían proporcionar al príncipe de Schwarzenberg un ejército de cuarenta y cinco mil soldados, con inclusion de los sajones. Obstinándose en creer que Tormazoff no tenía mas que treinta mil hombres, juzgaba muy bastante una fuerza de cuarenta y cinco mil para repelerle á Volhinia, y libertar á esta provincia del yugo de Rusia.

Forzosamente cambiaba este suceso la primera resolución de Napoleón, que era atraer al príncipe de Schwarzenberg al grande ejército, según los deseos del emperador de Austria y según sus cálculos personales, pues á los polacos, y no á los austriacos, deseaba fiar la insurrección de la Volhinia y la custodia de sus espaldas. Pero no era razonable hacer andar ciento veinte leguas por lo menos al príncipe de Schwarzenberg para traerle á Esmolensko, hacer andar otro tanto al príncipe Poniatowski para enviarle desde Esmolensko á Kobrin, paralizar así durante mas de un mes estos dos cuerpos en el momento mas decisivo de la campaña, condenarlos á perder una cuarta ó una quinta parte de su fuerza efectiva con estas nuevas marchas; y además, la conducta de los austriacos en Gorodeczna, su vigor contra los rusos, la cordialidad de sus procederes respecto de los sajones, merecían alguna confianza. Sin duda no había que lisonjearse de tenerlos por activos propagadores de la insurrección polaca en Volhinia, pero, siu echar

cuentas galanas, se podía fiar á su honor el cuidado de guardar nuestra derecha y nuestras espaldas fielmente.

No habían sido menos favorables los sucesos sobre nuestra izquierda á la parte del Dwina. Después de los reveses causados al conde de Wittgenstein en las jornadas del 24 de julio y del 1.º de agosto, había retrocedido el mariscal Oudinot, según se ha visto, hácia Polotsk, á fin de proporcionar á sus tropas descanso, una posición de fácil defensa y la comodidad de hacer los forrages al amparo del Dwina. Temiendo Napoleón fuadadamente el efecto moral de los movimientos retrógrados, y exagerándose los recursos confiados á sus lugartenientes, había reconvenido al mariscal Oudinot diciéndole que, al retirarse después de una victoria, tomaba la actitud del vencido, que debía dejar al conde de Wittgenstein, á quien le correspondía mas justamente. Esta observación era verdad sin duda, pero lo era mayor todavía que las tropas del mariscal Oudinot estaban extenuadas, reducidas de treinta y ocho mil á veinte mil hombres por las marchas, los calores, la deserción, y que necesitaban la mansion tranquila de Polotsk para descansar y vivir. Napoleón, á fin de reforzar al mariscal Oudinot, le envió los bávaros, que igualmente necesitaban reponerse de los efectos de la fatiga, del calor y de la disenteria. Este cuerpo, reducido por la segregación de su caballería de veinte y ocho á veinte y cuatro mil hombres, no constaba ya mas que de trece mil de resultas de las enfermedades. Al llegar de Beschenkowicz y á Polotsk no se hallaba en estado de prestar ningun servicio.

No obstante, despues de algunos dias de reposo, tan útiles al cuerpo entero del ejército como á los bávaros, el mariscal Oudinot, constantemente aguijoneado por Napoleon, creyóse en el caso de volver á tomar lo ofensiva contra el conde de Wittgenstein, y se trasladó hácia la izquierda de Polotsk sobre el Drisa, á Naleintsoui, algunas leguas mas abajo del vado de Sivotschina, donde tanto habia maltratado á los rusos algun tiempo antes. No hallándolos detrás del Drisa, cruzó este rio y dirigióse al Svoiana, detrás del cual estaban acampadas las tropas del conde de Wittgenstein. Mientras los franceses fueron reforzados por los bávaros, lo cual les hacia subir á cerca de treinta y dos á treinta y seis mil hombres, ocupándose la quinta parte de ellos en hacer forrages, se reforzaron tambien los rusos de una manera igual por lo menos. Recibido habian toda la guarnicion de Dunaburgo, y además algunos batallones de depósito que se mantenian de reserva cerca de los ejércitos de operaciones para reclutarlos. En totalidad podian subir á diez ó doce mil hombres de refuerzo, con los cuales pasaban de treinta mil los que el conde de Wittgenstein tenia bajo su mando. Pero, no careciendo de nada estas tropas, y habiendo hecho pocas marchas, se hallaban en mejor estado que las nuestras, aunque militarmente fueran muy inferiores. Conviene añadir que todas se componian de rusos, al par que en el cuerpo del mariscal Oudinot apenas eran la mitad franceses.

Calculando el mariscal Oudinot su cuerpo en treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y sabiendo que no podia poner mas de veinte y cinco mil en linea á causa de los forrages y de las enferme-

dades, contando poco con las tropas aliadas, no habia vuelto á tomar la ofensiva sino por sentir vivamente lo que en las reconvençiones de Napoleon habia de picante. Durante algunos dias permaneció á lo largo del Svoiana, delante del campo de los rusos, provocándoles con tropas ligeras, y procurando arrastrarles á una nueva falta como la que habian cometido junto al Drisa, en el vado de Sivotschina. Pero los rusos no contaban dejarse atrapar segunda vez en el lazo, y durante varios dias hubo tiroteo de una y otra parte, sin mas resultado que el de la pérdida inutilísima de algunos centenares de hombres sacrificados en estas emboscadas.

Sin embargo el mariscal Oudinot, que habia tomado una posiciou avanzada á la izquierda de Polotsk y descendido el Drisa hasta Naleintsoui, temia no sin fundamento ser rebasado hacia su derecha, por el camino de Polotsk á Sebej, que estaba desguarnecido de tropas. De consiguiente repasó el Drisa, y fué á establecerse entre Lazowka y Bielse, delante de la vasta selva de Gumzeleva, que cubre á Polotsk. Debilitado de nuevo por las postreras marchas, exagerándose las fuerzas que se habian incorporado al conde de Wittgenstein, determinó aproximarse todavia mas á Polotsk, por el miedo de ser cortado de esta ciudad, y fué á situarse detrás del Polota. Este riachuelo, cubierto de motinos, de granjas, de construcciones de todas clases, cruza, al salir de la selva de Gumzeleva, praderas, campos cultivados, tuerce en torno de Polotsk, y desagua en el Dwina por mas abajo de esta ciudad. El mariscal Oudinot guardaba todos los pasos del Polota, y aun así tenia mas acá parte

de sus fuerzas, para estar en seguridad contra un cuerpo que, pasando el Polota por mas arriba, llegara á desembocar sobre sus espaldas por la selva de Gumzeleva, y atacara á Polotsk por el lado descubierto.

Establecido en esta posicion desde el dia 16 de agosto, convocó un consejo de guerra, á fin de examinar si convenia dar batalla, ó repasar el Polota y el Dwina, para ponerse al amparo de estos dos rios, vivir con mas holgura y limitarse á disputar bien el curso mucho mas ancho del Dwina. Asistiendo el general Saint-Cir á este consejo en calidad de gefe del ejército bávaro, sostuvo que era inútil dar batalla y debilitarse de este modo, si el enemigo no habia seguido al ejército francés, y no manifestaba trazas de retroceder ante él tampoco; pero que si, por el contrario, hubiera marchado tras nuestras huellas, se necesitara atajarle de plano con una lucha vigorosa, y repeliéndole á distancia, probarle que la retirada no era por miedo, sino por eleccion voluntaria, y por deseo de ocupar una posicion de mas comodidades. Este dictámen muy prudente y muy militar estuvo á punto de concordar los animos, cuando el estampido del cañon puso fin á todos los debates, é hizo que cada cual corriera á las armas, para resistir á los rusos, que trataban de cruzar el Polota. Una division bávara y otra francesa, situadas delante de este riachuelo, recibieron vigorosamente á los rusos y los contuvieron junto á la orilla. Sobreviniendo la noche, no se pudo seguir este primer choque.

Siempre exagerándose el mariscal Oudinot las fuerzas de los rusos, y hallando ademas su posicion poco segura, aun no se habia fijado en la con-

ducta que debia seguir á otro dia, que era el 17 de agosto. Con efecto su posicion no era de las mejores: si, para cubrirla, tenia á su frente el Polota, que por desgracia podia ser pasado hácia su derecha; tenia detrás el Dwina, de modo que peleaba con un riachuelo delante, y un rio candaloso á la espalda, sin tener sobre este mas puente que el de Polotsk, medio de retirada muy insuficiente en el caso de un descalabro. Como acontece á menudo en ocasiones semejantes, abrazó un partido medio, el de disputar fuertemente la posicion con una porcion de sus tropas, y llevar la otra porcion asi como sus parques y sus equipages sobre la izquierda del Dwina.

Por consecuencia de esta resolucion mandó defender enérgicamente las orillas del Polota, mientras el resto de su ejército cruzaba á Polotsk y el Dwina. Efectivamente la defensa fué muy vigorosa y no permitió á los rusos adelantar un solo paso. Pero el mariscal Oudinot fué gravemente herido, á lo cual le exponia con frecuencia su rara bravura; tambien lo fué el general Saint-Cir, aunque de una manera mas leve. Impidiendo al mariscal Oudinot su estado conservar el mando, lo tomó inmediatamente el general Saint-Cir ya herido. No se podia poner en manos mas hábiles la direccion de las operaciones.

A los principales oficiales del ejército convocó el general para entenderse con ellos sobre el modo de salir de una situacion que se habia complicado mucho. Juntando el vigor á la prudencia, hizo conocer los inconvenientes de una actitud puramente defensiva, y de una retirada mas acá del Dwina, demasiado evidentemente obligada: demostró el

peligro de ser atacados en breve, atormentados á las dos márgenes del Dwina, hasta el extremo de no poder salir á los forrages, y en prueba alegó los aprestos que á la sazón hacía el enemigo mas arriba de Polotsk para cruzarlo. En consecuencia propuso para el otro dia que, siguiendo la retirada aparente, se aprovechara el terreno cubierto en que se lidiaba, para repasar secretamente el Dwina y el Polota con la mayor parte de las tropas, acometer improvisamente á los rusos, hacerles sufrir, si era posible, un revés sangriento, y descansar despues al amparo de este triunfo detrás de Polotsk y del Dwina. Este dictámen tan juicioso al par que tan firme no suscitaba mas que una objecion, la del cansancio de los soldados con cuatro dias de marcha y tres de pelea, casi sin tiempo de tomar algun alimento, y llegados á un estado de debilidad fisica verdaderamente alarmente. Con todo, afirmando el general Saint-Cir que le bastarian cuatro horas, para dar á los rusos un choque vigoroso, se convino en descansar por la mañana, y en combatir á la tarde del dia siguiente. Asi se separaron todos resueltos á dar esta nueva y última batalla.

Efectivamente á otro dia, el 18 de agosto, el general Saint-Cir ejecutó todas sus disposiciones segun las habia anunciado. Dejó sus parques y sus bagages á la orilla izquierda del Dwina, adonde el mariscal Oudinot los habia enviado; hasta los dirigió al camino de Oula, como si fuera á aproximarse al grande ejército remontandose sobre Witebsk; aprovechó este movimiento simulado para concentrar en torno de Polotsk la division de Verdier y los coraceros de Doumerc, y despues á medio dia

hizo que sus tropas repasaran de pronto sobre la derecha del Dwina, las condujo entre este rio y el Polota, y ordenó inmediatamente el ataque.

Como ocultas estaban las tropas francesas y bávaras en la cuenca del Polota, los bávaros á la derecha, las dos divisiones francesas de Legrand y de Verdier en el centro, y una mitad de la division suiza del general Merle á la izquierda con los coraceros de Doumerc. Otra mitad de la division de Merle estaba mas acá del Polota, para guardarnos contra las tropas enemigas, que hubieran podido cruzar este rio á nuestra extrema derecha, y desembocar del bosque de Gumzeleva sobre nuestra espalda.

Por su parte los rusos estaban alineados á otro lado del Polota, describiendo un semicírculo en torno de nuestra posicion, y situados muy cerca de nuestras avanzadas, á fin de caer sobre nosotros en el momento en que emprendiéramos la retirada, segun lo esperaban al ver el movimiento de nuestros parques sobre la izquierda del Dwina. A una señal dada, toda nuestra artillería, tanto bávara como francesa, trasladada rápidamente hácia adelante en número de sesenta bocas de fuego, cubrió con sus proyectiles á los rusos sorprendidos y desconcertados. Efectivamente su caballería no estaba montada, su infantería solo en parte se hallaba en las filas, y hubo entre ellos un momento de turbacion grande antes de que cada cual ocupara su puesto. Nuestras divisiones se aprovecharon de ella, y marcharon, segun el orden en que se encontraban, en columnas de ataque, las dos divisiones bávaras de Deroy y de Wrede á la derecha, las divisiones francesas de Legrand y de Verdier

en el centro, la division de Merle á la izquierda, si bien no adelantándose esta mucho, á fin de atraer á Polotsk á la derecha de los rusos, lisonjeándose de envolverla despues de desbaratar su centro. Sorprendidos de pronto los rusos fueron arrollados en gran desorden, dejando las praderas y los pantanos, cubiertos de heridos que no podian recoger, y de cañones, que no se podian llevar. Sin embargo, despues de haberse replegado hasta su segunda linea, se detuvieron y mostraron mejor continente. Entonces se hizo viva y encarnizada la lucha. Despues de un fuerte fuego de fusileria, se atacaron á la bayoneta, y la refriega vino á ser general de allí á poco. Los bávaros, á semejanza de la mayor parte de nuestros aliados, desertando por los caminos y conduciéndose perfectamente en el fuego, se batieron con la mayor bizarría. Desgraciadamente el bravo y digno general Deroy, anciano de ochenta años, prez del ejército bávaro y uno de los oficiales mas respetables del siglo presente, pagó con la vida las ventajas alcanzadas por sus tropas. En el centro, la division de Legrand se llevó por delante cuanto se le opuso: digna compañera suya mostróse la division de Verdier, cuyo jefe fue herido. No obstante, habiendo flaqueado un momento la segunda brigada de esta division, en que se contaban muchos quintos, ante un ataque furioso de los rusos, el general Maison, que juntaba al mas rápido golpe de vista una rara energia de carácter, supo reparar con la primera brigada la falta de la segunda, y puso á los rusos en derrota. Apenas hacia dos horas que duraba el lance, y ya el enemigo rechazado sobre todos los puntos estaba obligado á cedernos el campo de ba-

talla, cubierto de sus muertos y de su artilleria.

Con todo en este momento una corta refriega estuvo á pique de privarnos de los frutos de la victoria. Habiendo conseguido deslizarse hácia nuestra izquierda un regimiento de dragones rusos por entre los senderos pantanosos del terreno y hácia enmedio de las divisiones de Verdier y de Merle, penetró en lo interior de nuestra linea muy adelante, y produjo un momento de turbacion. Allí se encontraba el general Saint-Cir, á quien su herida estorbaba mantenerse á caballo, y que asistia á la batalla en un pequeño carruaje polaco. Derribado fué en aquella especie de barahunda y atropellado por los caballos. Le levantaron y no cesó de dar sus órdenes. Un puesto de la brigada de Merle, que guardaba las orillas del Polota, detuvo á los rusos á fusilazos. De flanco les cargaron los coraceros de Doumerc y acuchillaron á buena parte de ellos y pusieron término á esta extraña aventura.

No obstante, habia resultado algo de tiempo perdido y algo de confusion. La izquierda, compuesta especialmente de la division de Merle, habia cometido el yerro de adelantarse casi á la altura del centro y de empujar hácia atrás á la derecha de los rusos, que de otro modo se pudieran coger entre el Polota y el Dwina. A pesar de esta falta, producida por un exceso de buena voluntad, sobre todo el frente de los dos ejércitos estábamos completamente victoriosos, y el enemigo se hallaba rechazado sobre todos los puntos hasta el linde de la selva de Gumzeleva, desde donde habia desembocado sobre nosotros. Si aun pudiéramos contar una hora de dia, y si se hallaran menos fatigadas nuestras tropas, siguiéndole por la selva, lográramos

arrebatarle muchos prisioneros y artillería. Pero nuestros soldados, cayéndose de lasitud y de inanimación algunos, no se encontraban en estado de ir mas lejos. Se hizo pues alto en el linde de la selva después de una brillante victoria, cuyos trofeos consistían en mil quinientos prisioneros, catorce piezas de artillería, una gran cantidad de arcas de municiones y tres mil hombres muertos al enemigo. Nuestra pérdida no llegaba á mil hombres. La principal ventaja de esta jornada estribaba en haber repelido lejos al conde de Wittgenstein, y quitándole la afición á la ofensiva, á lo menos por algun tiempo, y poder descansar tranquilamente delante de Polotsk, y no temer ya que se nos arrebataran los forrageadores, por muy lejos que se adelantaran. El único sentimiento fué el universal, que la muerte del general Duroy produjo.

Esta victoria, conocida en Esmolensko el 19 de agosto, al dia siguiente de la entrada en este punto, causó una viva satisfacción á Napoleon, y le hizo al fin justo respecto del general Saint-Cir, cuya rápida determinación nos habia hecho volver á ganar junto al Dwina el prestigio de la victoria. Napoleon envióle el baston de mariscal del imperio, muy debido á sus talentos, que eran eminentes, si bien echados á perder por defectos de carácter. Al par le dirigió numerosos premios para las tropas francesas y bávaras, que se habian portado perfectamente, no quiso que entre ellas hubiese la menor diferencia y concedió dotaciones á las viudas y á los huérfanos de los oficiales bávaros lo mismo que á las viudas y á los huérfanos de los oficiales franceses. Tambien dedicó particularísimos honores á la memoria del general Duroy: su pérdida y la del

general Gudin eran las mayores que el ejército habia experimentado hasta entonces. ¡Mas ah, que en breve debia experimentarlas, sino mayores, de positivo mucho mas numerosas! Afortunadamente la herida del mariscal Oudinot nada tenia de grave, aunque durante muchos meses le hubo de impedir el ejercicio del mando.

Estas dos victorias, de Gorodeczna y de Polotsk, obtenidas la una el 12 y la otra el 18 de agosto, alianzaban al parecer la seguridad de nuestros flancos, y nos permitian aventurarnos á mayor avance, si llegaba á lucir sobre el camino de Moscou la esperanza de un decisivo triunfo. Asi lo juzgó Napoleon, y calculando que los austriacos y los sajones bastarian para contener é Tormazoff sobre su derecha, y que los franceses y los bávaros de Saint-Cir bastarian para para contener á Wittgenstein sobre su izquierda, sin contar al mariscal Macdonald dejado entre Polotsk y Riga, no halló en la situación de sus alas ninguna razon pare detenerse, dado caso de que en seguir adelante viera la probabilidad de terminar la guerra ó de comunicarla un gran brillo. Solo se podia entrever una eventualidad funesta, y era la del regreso probable del almirante Tchitchakoff, que iba á quedar desembarazado de resultas de la paz entre los rusos y los turcos. Pero el noveno cuerpo, el del duque de Bellune (mariscal Victor), cuidadosamente formado de antemano para todas estas eventualidades, situado por junio en Berlin, por julio en Tilsit, trasladándose á Wilna, iba á ofrecer un recurso precioso contra todos los accidentes imaginables. Para asentar bien Napoleon sus resoluciones definitivas, solo tenia, pues, que tomar en consideracion lo que sucediera entre

el grande ejército reunido bajo su mano y el grande ejército ruso mandado por Barclai de Tolly, y que se hallaba en retirada sobre el camino de Moscou. De continuo tenia fijos los ojos sobre este punto, consultándose siempre acerca de si convendría permanecer en Esmolensko, para organizar alli la Polonia y preparar sus medios de invernage, á riesgo de todo lo que pensara Europa de una lentitud tan nueva; ó si convendría proseguir internándose en Rusia, para descargar antes del fin de la estación un golpe decisivo, al cual no pudiera resistir el carácter movable del emperador Alejandro. Los informes de sus dos generales de vanguardia debian hacer que se inclinara á uno ú á otro lado la balanza, oscilante á la sazón en sus manos.

Con efecto, Murat y Davout, el uno con su caballería y el otro con su infantería, seguian las huellas del ejército ruso que se retiraba por el camino de Moscou. Tomado habian á Solowievo despues de algunos combates de retaguardia, y dejando á otros el cuidado de conservar este puesto, corrieron sobre Dorogobouga, último punto en que el camino de Moscou encuentra las sinuosidades del Dnieper. Al modo que sus caracteres, se diferenciaban las relaciones de estos dos caudillos. La brillante, pero inconsiderada bravura de Murat, prodigando su caballería en los reconocimientos, si bien lanzándola en el combate sobre el enemigo con oportunidad maravillosa, y no sabiendo por desgracia cuidarla de modo que durase, era antipática á la sólida y fria razón del mariscal Davout, que no gastaba inútilmente ni la vida, ni las fuerzas de sus soldados, y avanzaba menos de prisa que los otros, bien que en cambio no retrocedía nunca. Cuando,

comprometido Murat temerariamente, pedía la infantería del mariscal, éste la llevaba sin demora, y sacaba de apuros al brillante rey de Nápoles, sin querer á pesar de todo fiarle jamás soldados, de cuya vida se mostraba avaro. Solo hacia unos pocos dias que marchaban juntos, y ya se habian suscitado entre ellos vivos altercados, en los cuales la vivacidad del coronado gefe de nuestra caballería vino á estrellarse en el teson del gefe de nuestra infantería. Asi en sus comunicaciones al emperador se contradecian continuamente.

El enemigo, mandado por el general Barclai de Tolly, se retiraba con orden y firmeza, llevando á su retaguardia una porción no grande de tropa, si bien suficiente y selecta, de infantes ligeros, de ginetes y de artillería. Retrogradaba por escalones ocupando toda posición donde podia contener á nuestros caballos con cañones y tiradores, y defendiéndola de este modo hasta que llegaba nuestra infantería. Solo entonces emprendía presurosamente la marcha, se replegaba detras de otros escalones bien apostados asimismo, y finalmente, no soltaba su caballería sino en lugares descubiertos, cuando veia probabilidad de rechazar la nuestra. Nada anunciaba en semejante conducta ni turbación ni desaliento, y por el contrario todo revelaba una resistencia, que debía crecer sucesivamente, hasta llegar á una batalla general cuando el enemigo juzgase oportuno presentarla. No observando Murat mas que superficialmente lo que pasaba ante sus ojos, no teniendo en cuenta mas que el sucesivo abandono de las posiciones ocupadas por el contrario, pretendía que estaban desmoralizados los rusos y que, tan luego como se les pudiera dar alcance, no habia

mas que acometerlos para destrozarnos, por lo cual solo con andar prestamente, se hallaria en el camino la ocasion de un hermoso triunfo. Lo contrario sostenia el mariscal Davout muy de lleno, y afirmaba que nunca habia visto una retirada mejor dirigida, y en que fuera mas dificil vencer á fuerza de galopar detras de las huellas del enemigo. Su dictamen era que sin consumirse en correr detras de los rusos, á los cuales no se lograria dar alcance, se les hallaria pronto en una posicion escogida por ellos, donde se defenderian á muerte, y ante la cual se necesitaria llegar con fuerzas prudentemente conducidas, si se queria dar batalla. Próxima la creia de consiguiente y sangrienta y una de las mas terribles del siglo. En tal sentido escribia á Napoleon mas de una vez al dia, y contradecia por tanto lo que Murat le comunicaba. A vueltas de todo, estos dos gefes de vanguardia estaban concordes en un punto, el de que pronto se hallaria en el camino una batalla, fácil segun el uno, difícil segun el otro, segura en sentir de ambos.

Al acercarse á Dorogobouga se descubrió á los rusos alineados en batalla detras de un riachuelo, llamado el Ouja, que, despues de cruzar terrenos mas ó menos quebrados, iba á desaguar hácia nuestra izquierda en el Dnieper, junto á un lugar que tiene Ouswiat por nombre. En su actitud, en su número, en su vasto despliegue daban á entender que se disponian á una campal batalla. No era obstáculo de importancia el riachuelo, que habia que atravesar para atacarlos, pero sus orillas eran fangosas y de difícil acceso. Con todo, remontándolo hácia nuestra derecha, se tenia la esperanza de coger la vuelta á los rusos, y si por aquel lado se

operaba con fuerzas bastantes, era verosímil que se llegara á repelerlos hácia el ángulo que con el Dnieper forma el Ouja. De consiguiente en este sitio habia la probabilidad de un grande y decisivo encuentro, y Davout y Murat se lo comunicaron á Napoleon de seguida, hallándose esta sola vez del mismo parecer en sus partes. El ejército polaco, que marchaba á dos leguas sobre nuestra derecha, fué á tomar posicion hácia el nacimiento del Ouja, punto por el cual se esperaba coger la vuelta al enemigo. Nuestra vanguardia, puesta en marcha el 20 de agosto, comunicó esta noticia á Napoleon el 23 por la noche.

Lo que esta vanguardia creyó descubrir era la verdad exacta. Despues de haber sobrellevado valerosamente los injuriosos ducharachos de que era objeto, el juicioso é intrépido Barclai de Tolly sentia desvanecerse su firmeza, sobre todo desde la retirada de Esmolensko, que le habia sido forzoso prescribir á pesar de todos los generales rusos, y particularmente contra el gusto del príncipe Bagration. Universal era el desencadenamiento en su contra. Tanto los generales como los hombres políticos necesitan de valor cívico para saber despreciar las vanas habladurias de la soldadesca, que frecuentemente ha perdido ejércitos ni mas ni menos que la muchedumbre ha perdido los estados libres, cuando se le ha escuchado. Para nosotros los franceses nada podia ser mas venturoso que dar batalla cerca de Esmolensko: para los rusos nada podia sobrevenir mas infausto. Pero los gefes del ejército, acogiendo las quejas de sus soldados y sobre todo las de la nación, cuyas ciudades y aldeas se entregaban á las llamas, decian que se iban

defendiendo con ruinas, con ruinas rusas, y que mas noble y menos perjudicial era defenderse con sangre. Tanto era el acaloramiento de los ánimos que se preguntaban con fundamento, si, á pesar del peligro de presentar una batalla á los franceses tan cerca de los recursos propios, no lo habia mayor en dejar que la desmoralizacion se propagara entre las tropas y por mas tiempo se suministrara pretexto á aquel desprecio de los gefes, que empezaba á engendrar la mas horrorosa indisciplina. Este motivo hizo que Barclai de Tolly se decidiera y abandonara el proyecto de retirada á lo interior por el de una batalla encarnizada y dada inmediatamente. En su consecuencia envió al cuartel-maestre general, coronel Toll, á elegir un campo de batalla, y este adoptó la posicion que se habia ofrecido detrás del Ouja y delante de Dorogobouga. Llegado allí Barclai de Tolly el 22, cambió el puesto que ocupaba el segundo ejército á las órdenes del príncipe Bagration, y le estableció á su izquierda, en el punto mismo en que podriamos rebasar la línea de los rusos. Efectivamente, todo el día 23 se aplicó á estudiar el terreno, á asentarse allí con solidez y á hacer sus preparativos de pelea. Aunque apreciando Murat y Davout diversamente el estado moral del enemigo, no se engañaban pues al escribir á Napoleon que los rusos estaban prontos á dar batalla, y que si habia disposicion de admitirla, se necesitaba acudir en masa para pelear con todas las fuerzas.

Napoleon recibió esta noticia algunas horas despues de despachada, pues si necesitaron tres dias las tropas de vanguardia para cruzar aquel espacio, con diez ó doce horas tenia bastante un

correo. Al recibirla decidió Napoleon dejar á Esmolensko, para correr al lance decisivo, brillante, que creia serle preciso para mantenerse en la posicion en que se habia colocado. Solo el hecho de moverse con todas sus fuerzas para ir á algunas jornadas de Esmolensko, zanjaba la mitad de la cuestion que le preocupaba actualmente, pero la zanjaba sin que se apercibiera de ello, porque las razones de ir á buscar esta batalla tan deseada, aun á costa de algunas marchas, eran tan fuertes que no cabian vacilaciones. No titubeó pues en partir el 24 con la Guardia, sin resolver tampoco aun de una manera irrevocable la cuestion reducida á saber si invernaría en Polonia ó marcharía á Moscou. No por eso dejó de tomar sus providencias como para una partida definitiva, porque, sin estar enteramente determinado recelaba que podria ser arrastrado mas lejos, y porque no queria dar un paso adelante sin haber tomado precauciones dignas de su prevision á sus espaldas.

Habiendo despachado á su Guardia la mañana misma del 24, y prevenido á Ney, que seguía á Davout, estrecharse sobre la cabeza del ejército, y al príncipe Eugenio, que habia marchado por Doukhowtchina, dirigirse sobre Dorogobouga, partió en persona por la noche, y anduvo toda ella para llegar á la salida del sol el 25, y dar quizá la batalla, objeto de sus mas ardientes deseos.

Pero al llegar á tal hora encontró casi disipadas, al menos por entonces, las apariencias de batalla, entrevistas al principio con tanto alborozo. Efectivamente, despues de un primer exámen de la posicion, el príncipe Bagration, que ocupaba la parte de difícil defensa, pues cabalmente se halla-

ha en el punto por donde podía ser cruzado el Oujá, y por donde corría riesgo de ser rebasada la izquierda de los rusos, hallóla detestable, y trató de una manera ofensiva al coronel Toll, por empeñarse en sostenerle que era buena. Desde entonces la batalla fué otra vez aplazada por la voluntad propia del que la solicitaba con mas ardimiento. En vista de esto, Barclai de Tolly abrazó el partido de levantar el campo y de cruzar rápidamente por Dorogobouga, para dirigirse á Wiasma, donde se decía que habia una posicion mucho mas ventajosa.

Asi el ejército ruso, á quien se creyó tan apercebido á la pelea, ocultóse de pronto á la vista, de manera de dar á entender que nunca habia pensado en batirse. Pero el tacto de Napoleon era tan seguro y la experiencia del mariscal Davout tan consumada que no podian engañarse, al reconocer en aquellos altos seguidos de retiradas repentinas, no irresoluciones, sino perplejidades de un ejército determinado á la pelea, y que solo buscaba el terreno donde pudiera empeñarla mas ventajosamente. Claro era que, siguiéndole otros dos ó tres dias, se le hallaria al fin dispuesto á hacer cara, y á admitir la batalla que tantas veces se le habia ofrecido. En semejante estado de cosas, detenerse por dos ó tres marchas que faltaban todavía, no parecia una resolucion bastante motivada, y habiendo hecho ya Napoleon las tres etapas, que separaban á Esmolensko de Dorogobouga, no vaciló en atravesar las otras tres que separaban á Dorogobouga de Wiasma, donde era probable que al cabo se alcanzara al ejército ruso; solo que como no era hombre que se engañara sobre las consecuencias

de sus actos, ya no dudó de lo que iba á verificar-se, esto es, del encadenamiento de las cosas que debia conducirle hasta Moscou (1). En Wiasma no estaria aun á la mitad del camino entre esta ciudad y Esmolensko, pero si muy cerca: ya la habria pasado en Ghjat, y si se ganaba una gran batalla á algunas jornadas de Moscou, no era el caso de detenerse y de renunciar al inmenso brillo de la entrada de los franceses en esta antigua capital de los czares. Partido de Esmolensko, sin haberse aun

(1) Una de las cuestiones históricas que se han ventilado mas á menudo es la de averiguar, porqué Napoleon no se detuvo en Esmolensko y empleó lo que faltaba de la estacion en organizar la Polonia, y preparar su punto de partida para un segundo movimiento que hubiera comenzado el año de 1815; en suma por qué no se resignó á hacer esta guerra en dos campañas, en vez de quererla acabar en una sola. Esta cuestion, siempre asentada, nunca ha sido resuelta por no haberse consultado la correspondencia de Napoleon, desconocida hasta ahora, y buscado en ella los motivos, que dia por dia le arrastraron de Wilna á Witebsk, de Witebsk á Esmolensko, de Esmolensko á Dorogobouga, de Dorogobouga á Moscou. La atenta lectura de esta correspondencia, curiosa y siempre profunda, nos ha explicado y revelado los escalones por donde Napoleon se encontró llevado hasta Moscou mismo. Al presente procuramos transmitir esta sucesion de ideas con la exactitud mas rigurosa, y afirmamos que, corriendo detrás de una batalla, cuyo efecto moral le parecia necesario, fué conducido Napoleon desde Esmolensko á Dorogobouga, á Wiasma, á Ghjat, á Borodino, y hallóse casi sin quererlo á las mismas puertas de Moscou. Una vez llegado á tal punto, la entrada en esta ciudad no podia ser objeto de duda. Todavía falta saber porqué permaneció allí tanto tiempo. Tambien nos lo revelara la misma correspondencia, y lo transcribiremos con la propia exactitud, cuando lleguemos á esta parte de nuestro relato.

fijado, resolvióse definitivamente en Dorogobouga, y el 26 expidió sus órdenes como convenia darlas para una marcha que ya hasta el mismo Moscou no terminaria.

Aunque, al dejar á Esmolensko, se hubiese ocupado Napoleon en su base de operaciones, necesitaba atender mas á este punto al abrazar el partido de trasladarse todavía á mayor distancia. Esta base, que habia estado al principio en Danzick y en Thorn, despues en Koenigsberg y en Kowno, mas tarde en Wilna, se habia mudado sucesivamente, á medida que se prolongaba esta marcha extraordinaria por entre la Polonia y la Rusia. Evidentemente era Esmolensko la nueva base en que se habia de buscar el apoyo. Allí estaba el nudo que unia el Dwina y el Dnieper y los enlazaba con Wilna y Kowno. Por esto Napoleon resolvió llamar allí inmediatamente al cuerpo del mariscal Victor, compuesto de cerca de treinta mil hombres, de los cuales una tercera parte era de tropas francesas, otra de excelentes tropas polacas, y otra de tropas de Baden y de Berg muy bien organizadas. Este cuerpo, que iba á engrosar la corriente continúa de batallones de marcha, situado en Esmolensko, donde descansaria y se alimentaria perfectamente, debia estar pronto á sostener al mariscal Saint-Cir ó al príncipe de Schwarzenberg, en el caso en que alguno de los dos llegara á sufrir descalabros. Napoleon juzgaba que, en vez de experimentar reveses, alcanzarían triunfos, haciendo buen uso de sus fuerzas. Sin embargo, poniéndose en lo peor, se figuraba que serian reducidos á la defensiva, lo cual era á sus ojos la mas desfavorable de las eventualidades posibles, y en tal caso

consideraba al cuerpo del mariscal Victor como destinado á hacer cara á las tropas que regresaran de Turquía. No conceptuaba que pudiesen volver mas de treinta mil hombres del bajo Danubio, lo cual era exacto, y entonces, ora se dirigiesen las tropas por la Volhinia sobre Polonia, ora se encaminasen por la Ukrania sobre Kalouza y Moscou, el 9.º cuerpo nos pondria en aptitud de hacerlas frente, marchando en ayuda del príncipe de Schwarzenberg ó del grande ejército mismo. Lo que se inclinaba mas á creer Napoleon era que, siendo herida en el corazon por la marcha sobre Moscou la Rusia, no persistiria en llevar sus fuerzas á las extremidades, y que el almirante Tchitchakoff no se dirigiria sobre Kiew, sino sobre Kalouga. Así consideraba la posicion del duque de Bellune en Esmolensko como la mejor escogida para todas las hipótesis imaginables. De consiguiente envióle sus órdenes desde Dorogobouga el 26 de agosto, y le dió instrucciones ajustadas á las ideas que acaban de ser emitidas.

Todavía llevó su prevision mas lejos. No queria que este cuerpo se hallara diseminado en pequeñas guarniciones; para evitar este inconveniente ya habia atraído sobre Wilna algunos regimientos sajones, polacos, westfalianos, anseáticos, dejados en Danzick y Koenigsberg hasta entonces; y dispuso que todos fueran trasladados á Minsk y Esmolensko, para suministrar desde allí las guarniciones y los destacamentos de que se necesitara. Con el fin de reemplazarlos en Danzick habia llamado previamente á este punto á una de las divisiones del mariscal Augereau, mandada por el general Lagrange, y toda compuesta de batallones

de marcha. También hizo que esta división viniera á Esmolensko, para reforzar los diversos cuerpos del grande ejército y cubrir las bajas producidas por las batallas que hubiera, y escalonarse entretanto sobre el camino. Esta división debió ser relevada en Danzick por otra, perteneciente al cuerpo del mariscal Augereau de igual modo, á las órdenes del general Heudelet, y que solo constaba de cuartos batallones. De esta suerte el mariscal Augereau se iba á ver enteramente privado de una de sus cuatro divisiones, la llamada á Esmolensko. A esta falta proveyó Napoleon con las tropas que resolvió sacar de Italia. Sin duda se hace memoria de que, desconfiando de la corte napolitana, habia formado, á las órdenes del general Grenier y entre Nápoles y Roma, un cuerpo de ejército con muchos buenos regimientos franceses y otros de extrangeros al servicio de Francia. Estando Murat bajo su mano, y no teniendo ya nada que temer de su ligereza, pensó que el ejército de Nápoles, organizado esmeradamente, bastaría para guardar el Mediodia de Italia; ademas le dejó los regimientos de Rembourg y de Latour d'Auvergne, y ordenó que las tropas francesas del general Grenier se reunieran en Verona, para formar una excelente división de quince mil hombres, compuesta de lo mejor que habia en Italia. Al general Grenier previno que se dirigiera lo mas pronto posible á Augsburgo, marchando no obstante con la prudencia conveniente, para no sembrar los caminos de rezagados. Así el mariscal Augereau iba á ganar mucho mas que perdía, y á hallarse con cuatro divisiones y con el número de cincuenta mil hombres de tropas activas.

Ya habia invertido cinco dias en ordenar en Esmolensko los establecimientos militares que creaba por donde quiera que pasase, y que desgraciadamente no siempre estaban terminados cuando partia. Habia prescripto la construccion de veinte y cuatro hornos, la transformacion de los conventos y de las iglesias en almacenes, al acopio de estos almacenes con los recursos del pais, la formacion de un vasto hospital, provisto de todos los objetos necesarios, disposicion urgente, pues habia que curar á cuatro mil franceses y á tres mil rusos, y habiéndose quedado detrás el material de los hospitales de sangre, á falta de trapos se echaba mano del papel de los viejos archivos de Esmolensko. También habia ordenado dar sepultura á los cadáveres que no podia hacer desaparecer la poblacion fugitiva, y cuyo abandono sobre un suelo abrasado producía, no solo hediondez, sino pestilencia, el establecimiento de un puente de estacas en Esmolensko, la reparacion de sus murallas, su armamento, y en fin, otras cien providencias igualmente provechosas. Allí dejó una división de su Joven Guardia á las órdenes del general Delaborde, que tan bien habia servido en Portugal, interin los destacamentos, que se habian quedado detrás, llegaban á formar la guarnicion de esta ciudad importante. Llamó á este punto á los que habia dejado en Witebsk, donde debian ser relevados por otros. Cambió el camino del ejército, y en vez de hacerle pasar por los puntos que personalmente habia recorrido en su marcha, esto es, por Gloubokoe, Ouschatsch, Beschenkowiczi y Witebsk, determinó que pasara por Smorgoni, Minsk, Borisow y Orscha, por ser mas corta la travesia. Dispuso que los

batallones de marcha, al llevar al ejército los reclutas, conforme á las reglas que de muy atrás dejaba establecidas, siguieran esta nueva línea de etapas, y expidió órdenes para acelerar su arribo. La division polaca de Dombrowski, destacada del cuerpo de Poniatowski y situada en Mohilew para enlazar el grande ejército con el cuerpo austro-sajón, recibió una brigada ligera, á fin de que pudiera extender su vigilancia mas lejos, y cuidar mejor de esta nueva base de operaciones. Escribió á los mariscales Macdonald y Saint-Cir, que guardaban el Dwina, y al príncipe de Schwarzenberg, que custodiaba el bajo Dnieper, advirtiéndoles que iba á seguir adelante para dar una batalla decisiva, y les mandó que protegieran bien los flancos del grande ejército, mientras procuraba descargar un golpe mortal sobre el enemigo. Finalmente, envió á decir al duque de Bellune que se preparara á venir á Wilna, porque desde este punto central el noveno cuerpo sería el recurso de aquel de nuestros generales que fuera batido en alguna de nuestras alas.

De este modo con un cuerpo de cincuenta mil hombres entre Berlin y Danzick, con fuertes guarniciones en Danzick, en Koenigsberg, en Memel, en Kowno, en Wilna, en Witebsk, con los dos cuerpos de los mariscales Saint-Cir y Macdonald junto al Dwina, con el cuerpo del príncipe de Schwarzenberg junto al Dnieper, con una excelente division polaca en Mohilew para enlazar al príncipe de Schwarzenberg al grande ejército, con el cuerpo del duque de Bellune perfectamente disponible en Esmolensko y pronto á socorrer á aquella de sus alas que estuviera en peligro, ó á seguir sus hue-

llas hácia Moscou; por último, con la corriente continua de batallones de marcha, dando guarniciones en todas las ciudades del camino, interin llegaban á completar el grande ejército, con todos estos medios, Napoleon se consideraba seguro, y no creia que jamás se pudiera comparar su conducta á la de Carlos XII.

Dignas sin duda eran de su alta prevision estas vastas providencias, y parecia que debieran ponerle á cubierto de todo linage de accidentes. Sin embargo, por parte de sus lugartenientes era objeto una de ellas de observaciones sobrado tímidamente presentadas, y desgraciadamente justificadas por los resultados, y era la que consistia en dejar divididas en dos cuerpos las tropas destinadas á guardar el Dwina. Contando el cuerpo del mariscal Saint-Cir veinte mil franceses y diez mil bávaros despues de los últimos sucesos, quizá bastara con un general emprendedor y sobre todo con subsistencias, para batir al cuerpo de Wittgenstein; pero reducido á menos de veinte y cuatro mil combatientes, por el envio de numerosos destacamentos en busca de víveres, y situado á largas distancias de sus apoyos, en regiones desconocidas, no debia causar extrañeza que ni bajo un gefe tan hábil como el mariscal Saint-Cir nada decisivo llevara á cabo. Con veinte y cuatro mil hombres á lo sumo, repartidos entre Riga y Dunaburgo no podia el mariscal Macdonald ni tomar á Riga, ni mantener con el mariscal Saint-Cir las comunicaciones. Al revés, uniendo estos dos cuerpos, segun el mariscal Macdonald proponia, fuera Wittgenstein abrumado, se pudiera pasar mas allá del Dwina, establecerse hasta en Sebej, forzar asi á Wittgenstein

á replegarse sobre Pskow, y tener por este lado una superioridad marcada. Verdad es, que la Curlandia quedara expuesta á las correrías de la guarnicion de Dunaburgo, y ni se hubiera sitiado á Riga, de la cual deseaba Napoleon apoderarse; pero ocupando fuertemente á Tilsit, guardando bien el curso del Niemen hasta Kowno, no podian ser de grandes consecuencias las correrías de los cosacos á Curlandia; y en cuanto al sitio de Riga, era muy problemático que un cuerpo reducido á veinte y cuatro mil hombres, obligado á destacar una tercera parte de su fuerza efectiva á diversos puntos, fuera capaz de ejecutarlo. Salva esta providencia, de la cual se verán mas tarde los resultados, y que se rozaba con la fatal propension á querer abarcar á la vez todos los objetos, Napoleon adoptó las verdaderas providencias que la situacion exigia. Conociendo la dificultad de asegurar la correspondencia del grande ejército con sus espaldas por entre bandas de cosacos, ordenó que en todo puesto se estableciera una especie de pequeña ciudadela con empalizadas, capaz de contener cien hombres de infanteria, dos bocas de fuego, quince hombres de caballeria, un almacen, un hospitalito, caballos de posta, y un comandante enérgico é inteligente. Los gobernadores de Minsk, de Borisow, de Orscha, de Esmolensko, fueron encargados de proveer á estas atenciones con sus soldados, y así ni los paisanos ni los cosacos podian interceptar de ningun modo la trasmision de las órdenes y de las noticias. Por último, esperando volver á invemar á Polonia, si un triunfo y la toma de Moscou no abatian el valor de Alejandro, quiso que por dinero ó por medio de requisiciones se juntaran en Lithuania un

millon y doscientos mil quintales de granos, sesenta mil bueyes, doce millones de fanegas de avena, cien mil quintales de heno, otros tantos de paja, y que se reuniesen estas vastas provisiones en Wilna, en Grodno, en Minsk, en Mohilew, en Witebsk y en Esmolensko. Con esto habia para alimentar al ejército mas de un año, y era muy posible, y especialmente con dinero, proporcionárselo todo en Polonia. Napoleon habia llevado consigo un pingüe tesoro en numerario, y ademas falsos rublos en papel-moneda, que hizo fabricar en Paris sin escrúpulo alguno, creyendo que le justificaba la conducta de los coligados, que en otra época habian llenado de asignados falsos la Francia.

Tomadas estas precauciones, Napoleon abandonó á Dorogobouga en el orden siguiente. Murat formaba la vanguardia con la caballeria ligera de los mariscales Davout y Ney, con la caballeria de reserva de los generales Nansouty y Monthbrun y con mucha artilleria montada; el mariscal Davout le seguia inmediatamente, llevando pronta de continuo una de sus divisiones para socorrer á la caballeria. Detrás de Davout marchaba Ney, y con Ney la Guardia. El príncipe Poniatowski, con su cuerpo y la caballeria de Latour-Maubourg, manteniéndose á dos ó tres leguas del camino real sobre la derecha, se aplicaba á desbordar al enemigo, y á recoger informes, que la lengua hablada por los polacos y la menor desaparicion de los habitantes hácia los caminos laterales le permitian proporcionarse mas fácilmente. Posicion semejante ocupaba el príncipe Eugenio sobre la izquierda, y marchaba á dos ó tres leguas del camino real, siempre algo delante del grueso del ejército, á fin de desbor-

dar á los rusos. Le precedía la caballería del general Grouchy.

Seguía el cuartel general con los parques de artillería y de ingenieros, con mil carros de equipajes cargados de comestibles. Estos víveres estaban destinados á sustentar á la Guardia, á la cual no quería Napoleon acostumbrar al merodeo, y para proporcionar subsistencia á todo el ejército el día que se necesitara concentrarse para dar batalla. Salvo el cuerpo de Davout, cuyos soldados llevaban víveres para ocho días á la espalda, y una reserva de tres ó cuatro en carros, los otros cuerpos debían vivir sobre el terreno. Efectivamente, se había echado de ver que las aldeas estaban menos desprovistas de lo que se supuso al principio, y que especialmente en los caminos laterales, donde los rusos no habían tenido tiempo de destruirlo todo, quedaba muy bastante porción de subsistencias. Este era el recurso reservado al príncipe Eugenio sobre la izquierda, y al príncipe Poniatowski sobre la derecha.

Se hallaba, pues, desembarazado el ejército de parte de sus carros. No llevaba municiones de artillería en cantidad considerable, y en punto á trenes de puente, se había limitado á los hierros y á los útiles necesarios para echar puentes de caballetes. Sobre esta meseta central, que separa el Báltico del mar Negro, los ríos, casi todos en su nacimiento, eran de lento curso y de poca hondura, y no se necesitaba arrastrar consigo barcas. Bajo el aspecto de la calidad de los hombres, juntaba el ejército lo mejor que había contado en sus filas. Perdido había desde Witebsk cerca de quince mil hombres en diversos combates, especialmente en

Esmolensko y en Valoutina; diez mil había perdido por las marchas. Una división de la Guardia había dejado en Esmolensko, sobre el camino de Witebsk una división italiana en observación con la caballería ligera que el general Pajol tenía bajo su mando, y estaba reducido de ciento setenta y cinco mil á ciento cuarenta y cinco mil hombres por todas estas causas. Es verdad que no se podía ver nada mas excelente. De perfecta serenidad era el tiempo, se marchaba por un bello y espacioso camino, guarnecido de muchas hileras de álamos blancos, por entre verdes llanuras, y aunque el espíritu de los generales estuviera zozobroso, los soldados se dejaban guiar supersticiosamente por la estrella de su caudillo. Ya se había divulgado el susurro de que se iba á Moscou.—¡A Moscou, gritaban los soldados, á Moscou!... y seguían á Napoleon, como en otro tiempo seguían á Alejandro los soldados macedonios á Babilonia.

Llegaron el día 18 á Wiasma, ciudad linda y bastante poblada, cruzada por un río, cuyos puentes estaban rotos. No contemplando mas á las ciudades que á las chozas, los rusos habían prendido fuego á esta pobre ciudad de Wiasma; pero, según su costumbre, prendieronlo de prisa y á última hora. Así nuestros soldados lograron apagarlo y salvar parte de las casas y de los comestibles. De igual modo se aplicaron á restablecer los puentes. Todos los habitantes se habían dado á la huida, y no refrenaban ni los miramientos de la humanidad ni los de la política en la manera de disfrutar de un país conquistado. Se establecían, pues, los soldados en lo que habían arrancado al fuego como en hacienda propia, y se vivía sin reserva, y hasta sin

economía, debiendo partir al día siguiente. Por desgracia, si estaban prontos á arrojarlos en medio de las llamas para atajar sus destrozos, se lograba difícilmente dominarlas á causa de la madera, que forma en Rusia la mayor parte de sus construcciones; y luego, cuando se habia conseguido, queriendo los soldados cocer pan en los hornos de las casas, por descuido prendian el fuego que por cálculo prendieron los rusos, y que por necesidad se habia apagado. Con todo, aunque no sin trabajo, y sin muchos azares, se vivia, porque la industria del soldado francés igualaba á su denuedo.

Segun los informes adquiridos por la vanguardia, informes verdaderos sin duda, debiamos haber encontrado en Wiasma á los rusos, prontos á recibir la batalla á que habian acabado por resolverse, y decididos á admitirla tan luego como el terreno les pareciera favorable. Pero no juzgando los rusos conveniente el de Wiasma, habian trasladado sus miras al de Czarewo-Zaimitche, situado á dos jornadas de distancia, y que debia ofrecer á los acometedores muy grandes dificultades. Al parecer desde que el general Barclai de Tolly habia concedido á las pasiones de su ejército la batalla tan anhelada, se mostraba menos impaciencia por darla y mas dificultad en la eleccion del terreno. Tanto en los campos como en la plaza pública siempre es la misma la muchedumbre; concederla aquello que pide, es casi un medio de hacer que la desagrade. Los mas ardientes partidarios de la batalla, el príncipe Bagration entre ellos, no encontraban ningun terreno á su gusto. No habian querido el de Ouja; no querian tampoco el de Wiasma: ahora se remitian al de Czarewo-Zaimitche. Se

ve á través de cuantas vicisitudes acababa por prevalecer el sistema de una retirada continua, enderezada á llevarnos á las profundidades del imperio.

Por lo demas para Napoleon ya no era cuestion la de saber si habia de seguir á los rusos. Abrazado estaba su partido en esto desde que se convención de que acabarian por admitir la batalla, y una ó dos marchas mas para llegar á este resultado, que á sus ojos debia ser decisivo, no eran ya una consideracion capaz de detenerle. Por tanto ni sorpresa ni despecho le causó ver que los rusos tambien habian levantando el campo de Wiasma, y resolvió seguirlos por el camino de Ghjat. Sin embargo, en su rededor empezaban á preocupar los animos sinieistros presentimientos. Todas las noches, la necesidad de ir á los forrages hacia perder centenares de hombres, y la fatiga mataba á centenares de caballos. El ejército disminuia á vista de ojo, sobre todo la caballería, y podiase temer que aquel sistema de los Partos, del cual se jactaban los rusos en sus bivaques, al par que llenaban de insultos á los generales que lo ponian en planta, fuese harto efectivo y estuviese próximo á proporcionarles el triunfo. Berthier, hombre de extremada reserva, Berthier, que tenia en la guerra el buen sentido del príncipe Cambaceres en la política, pero que no era mas atrevido cuando convenia explicarse, Berthier se permitió dirigir algunas observaciones á Napoleon sobre los peligros de esta expedición llevada á todo trance, y de querer dar cima en una sola campaña, á lo que exigia dos sin duda. Hizo valer las fatigas, la escasez de viveres el sucesivo menoscabo de la fuerza efectiva, l'

mortalidad de los caballos, y por encima de todo la dificultad de la vuelta. Napoleon, que sabia perfectamente cuanto se le pudiera decir sobre este punto, y que se irritaba de hallar en boca de otros la expresion de las ideas que asediaban su mente, recibió muy mal las observaciones del mayor general y dirigióle esta réplica ofensiva, que lanzaba al rostro de todo el que le objetaba algo.—Y vos tambien, vos sois de los que no quieren más!— Luego llegó casi hasta á injuriarle, comparándole á una vieja, diciéndole que se podia volver á Paris si le acomodaba y que sabia pasarse sin sus servicios. Humillado Berthier le respondió con un dolor concentrado, fuese al cuartel del mayor general, y durante muchos días dejó de ir á sentarse a la mesa imperial, aun cuando hizo todas sus comidas como de costumbre (1).

Por la misma época tuvo lugar otro incidente no menos sensible. Se ha visto de que manera Davout y Murat disentan de continuo en la vanguardia, como era propio de sus distintos caracteres. Irritado el mariscal en Wiasma de ver la caballería tratada por Murat sin contemplaciones, le negó su

(1) Se han referido muchos altercados, falsos ó exagerados, de Napoleon con sus lugartenientes durante esta campaña. Me limito á lo auténtico lo mismo en esto que en todo. De boca de un testigo ocular y fidedigno, tan adicto á Napoleon como á Berthier, y que ocupaba en el ejército un puesto elevado, he sabido lo que refiero. Por lo demas este altercado con Berthier fué ya muy conocido entonces, y en muchas memorias contemporáneas se halla mencionado. Es el mas comprobado de cuantos se han referido, y así le creo digno de ser consagrado por la historia. Merece excepcion semejante así por el personaje Berthier como por la autenticidad del hecho.

infantería, por no quererla exponer á igual trato. En vano alegó Murat su calidad de rey, de cuñado del emperador, pues el mariscal Davout obstinóse en su negativa, y delante de todo el ejército prohibió al general Compans que obedeciera al monarca napolitano. Tan viva habia sido la disputa, que se ignoraba adonde conduciria, mas la apaciguó la presencia de Napoleon, quien, aun participando del dictámen del mariscal Davout, sintióse ofendido á causa de los pocos miramientos de éste por el parentesco imperial, y le hizo un público desaire determinando que la division de Compans obedeciera las órdenes de Murat mientras estuviese en la vanguardia.

Desde Wiasma se emprendió el movimiento hácia Ghjat el 31 de agosto. Sobre el camino y en Czarewo-Zaimitche se esperaba encontrar á los rusos. Al llegar allí vióse que ya habian partido como de Wiasma y como de Dorogobouga. Sin embargo no causó extrañeza, y se resolvió seguirles con la seguridad de darles alcance muy pronto. Efectivamente todos los rezagados, que eran cogidos, referian unánimemente que el ejército iba á dar batalla, y que para decidirse á ella solo aguardaban los refuerzos enviados del centro del imperio. En esta misma jornada la caballería ligera apoderóse de un cosaco artillero á las órdenes de Platow. Como parecia muy inteligente, deseando el emperador dirigirle preguntas durante la marcha, ordenó que se le diese un caballo, y le hizo colocar entre él y Mr. Lelorgne d'Iderville, intérprete agregado al cuartel general. Ignorando el cosaco la compañía en que se hallaba, porque la sencillez de Napoleon nada tenia que pudiera revelar á una

imaginacion oriental la presencia de un soberano, explicóse con la familiaridad mas extremada sobre las cosas de la presente guerra. Contó cuanto se decia en el ejército ruso de las divisiones de los generales, supuso que hasta Platow habia dejado de ser amigo de Barclai de Tolly, pondero los servicios de los cosacos, sin los cuales, segun afirmaba, ya hubieran sido vencidos los rusos, aseguró que dentro de poco habria una gran batalla, que, si se daba antes de tres dias, los franceses saldrian vencedores, pero que, si se daba mas tarde, solo Dios sabia los resultados de ella. Añadió que los franceses, segun se decia, llevaban por gefe á un general llamado Bonaparte, acostumbrado á vencer á todos sus enemigos, pero que se iban á recibir inmensos refuerzos para hacerle cara, y que acaso esta vez seria menos venturoso, etc.... Esta conversacion, en la cual se reflejaban de la manera mas natural y mas original todas las ideas que circulaban en el ejército ruso, interesó mucho, é hizo sonreír varias veces al poderoso interlocutor del jóven cosaco. Queriendo probar el efecto de su presencia sobre este hijo del Don, dijo Napoleon á Mr. Lelorgne d'Ideville que le revelara que precisamente el personage, a cuyo lado iba, era el general Bonaparte. No bien el intérprete le impuso en el secreto, quedó el cosaco como acometido de un desmayo, no profirió palabra, y caminó con los ojos siempre fijos sobre aquel conquistador, cuyo nombre habia penetrado hasta él por entre las estepas del Oriente. Toda su locuacidad pasó de pronto, para ceder el puesto á una admiracion sencilla y silenciosa. Despues de recompensarle, hizo Napoleon que se le diera libertad, como se le da á

un pájaro en los campos que vieron su nido (1).

Durante esta jornada llegó la vanguardia á Ghjat, pequeña ciudad, bastante bien provista de recursos especialmente en granos, y que hubo tiempo de arrancar á las llamas. A otro dia, que era el 4.º de setiembre, fué el cuartel general á establecerse en este punto. Una repentina lluvia convirtió el polvo de los campos moscovitas en un lodo espeso, donde se metian bastante los soldados. Espantado Napoleon de las pérdidas de hombres y de caballos al seguir el avance, resolvió detenerse en Ghjat dos ó tres dias. Su intencion era ya seguir

(1) La repugnancia que me inspira todo lo que no es rigurosa verdad en historia, me hubiera impedido referir esta anecdota inapreciable, á pesar de la ventaja de pintar al vivo el estado moral de las masas, con las cuales ibamos á trabar la pelea, si de su autenticidad no estuviera muy seguro. Bastantes años ha que me la refirió el propio Mr. Lelorgne d'Ideville con los pormenores que trascibo, y quizá ni este recuerdo, que tiene ya veinte años de fecha, bastara para decidirme á contarla, si no la hubiese hallado reproducida por entero y con muchas particularidades en la correspondencia intima de Mr. Lelorgne d'Ideville con Mr. de Bassano. Por Mr. de Bassano fué colocado Mr. Lelorgne d'Ideville al lado del emperador en clase de intérprete secretario, y todas las noches pagaba su deuda á Mr. de Bassano, refiriéndole cuanto habia pasado durante el dia, sobre todo respecto de la persona de Napoleon. Mr. Lelorgne d'Ideville habia vivido mucho tiempo en Rusia, conocia la lengua del pais perfectamente, y durante esta marcha sobre Moscou fué constantemente á caballo al lado del emperador. Asi era uno de los testigos que mas interesaba oír sobre esta campaña, y su correspondencia es uno de los restos mas preciosos. Dirigida á Wilna, no le cupo la mala suerte que á los papeles de Napoleon, quemados ó destruidos al paso del Berezina. ®

hasta Moscou á los rusos, segurísimo de encontrarlos, aun cuando fuera á las mismas puertas de aquella capital y determinados á defenderla á muerte. No habia pues motivo alguno que impulsara á correr sin aliento para tomarles la delantera, y era mucho mejor llegar mas en número y con menos fatiga al terreno del combate. De consiguiente previno á todos los gefes que allegaran sus rezagados; que por medio de listas rigurosas averiguaran el número de combatientes que se podian poner en linea; que pasaran revistas de armas y recontaran las municiones; que por el medio ordinario del merodeo se proveyeran de viveres para dos ó tres dias; y finalmente que dispusieran el cuerpo y el alma de sus soldados á la gran lucha que se preparaba. A mayor abundamiento la esperaban aquellos valientes soldados, segun todas las relaciones de las avanzadas, y no se necesitaban muchos esfuerzos para disponerles á ella, pues la deseaban ardientemente y consideraban que debia poner término á sus fatigas, y ser una de las mas insignes jornadas de su vida gloriosa.

Efectivamente llegada era la hora de esta batalla, y resueltos estaban á darla los rusos. Ya la hubieran dado en Czarewo-Zaimitche, si un nuevo cambio sobrevenido en su ejército no produjera un retardo de algunos dias. Este cambio tenia su origen en San Petersburgo, en el seno mismo de la corte de Rusia.

Expulsado Alejandro de su ejército en cierto modo, se habia trasladado á Moscou, para desempeñar allí el papel que se le habia propuesto como el mas adecuado á su dignidad y el mas útil á la defensa del imperio, el de entusiasmar y sublevar

á las poblaciones rusas contra los franceses. Llegado á Moscou, convocó allí á los cuerpos de la nobleza y de los comerciantes, á fin de pedirles pruebas eficaces de su adhesion al príncipe y á la patria. Encargado fué el gobernador Rostópchin de estas convocatorias, y ningun trabajo le costó inflamar los ánimos, poseidos de una especie de patriótica furia, al ver en camino de la capital al enemigo. Ante el emperador Alejandro, viniendo á reclamar el apoyo de la nacion contra un invasor extranjero, todos prorumpieron en gritos de amor y en sollozos. La nobleza votó el alistamiento de un hombre por cada diez en sus tierras; el comercio votó considerables subsidios, y con estos hombres y este dinero se debia formar una milicia, y se calculaba que en el gobierno de Moscou ascenderia á ochenta mil hombres. Estos alistamientos, independientes de los que el emperador iba á ordenar en los dominios de la corona, debian ser imitados en todos los gobiernos no ocupados por el enemigo.

Despues de recibir tales testimonios de sincero y ardiente patriotismo, dirigióse Alejandro á San Petersburgo, para dictar allí las providencias que exigia aquella especie de levantamiento en masa, y para presidir la direccion general de las operaciones militares. La nobleza, residente en la capital entonces, se componia de viejos rusos, á quienes la edad forzaba á vivir lejos de los campos; y se extasiaba de haber traído á Alejandro al centro del imperio, de tenerle hasta cierto punto bajo su mano, lejos de las fuertes impresiones del campo de batalla, lejos sobre todo de las seducciones de Napoleón, pues siempre se temia que una entrevista en las avanzadas, la noche despues de perdida una

batalla, le hiciera caer en los lazos de la política de Tilsit nuevamente. Mrs. Araktebejef, Armsfeld, Stein, todos los consejeros rusos ó alemanes, que despues de la salida de Wilna fueron á aguardar á Alejandro á San Petersburgo, le rodeaban, le tenían por decirlo así asediado, y no le hubieran consentido una resolucion en discordancia con sus pasiones. Un gran refuerzo de influencia hallaron en lord Cathcart, el general que habia mandado al ejército británico delante de Copenhague, y que iba á representar á Inglaterra en San Petersburgo, despues de la paz de esta potencia con la corte de Rusia.

Esta paz se habia celebrado en un momento, inmediatamente despues de la ruptura de las hostilidades; pero no antes, segun habia prometido á Mr. Lauriston el emperador Alejandro. Pactóse entre Mr. de Suchtelen representante de Rusia, y Mr. Thornton, agente inglés enviado á Suecia, y se estipuló el concurso de todas las fuerzas de las dos naciones para el éxito de esta guerra. Lord Cathcart llegó tan luego como la paz quedó firmada. El lenguaje de este embajador y de los consejeros alemanes, apoyado por el príncipe real de Suecia, consistia en decir que en esta guerra no se triunfaria sino á fuerza de perseverancia, que se perderian batallas sin duda, una, dos, tres acaso, pero que bastaria ganar una sola, para que los franceses quedaran destruidos, avanzados como se hallaban en el interior del imperio. Alejandro, que se sentia herido en el fondo del alma por el modo altanero con que Napoleon le trataba de dos años á esta parte, por la insensibilidad visible con que sus aberturas de paz habian sido acogidas, se hallaba decidido, ahora que la guerra

estaba empeñada, á no ceder y á resistir hasta el último extremo. Tenia confianza en el sistema de retirada continua, habia comprendido su trascendencia y queria seguirle, sin caer en la consecuencia de que actualmente daban ejemplo sus compatriotas. Con efecto, al par que se prevalian cotidianamente de la ventaja que habia de producirles su retirada á las profundidades del imperio y atraer allí á los franceses, no se prestaban entre tanto á todos los sacrificios que este linage de guerra imponia. A la verdad se necesitaba resignarse á una especie de humillacion pasagera, la de retrogradar de continuo, y ademas á pérdidas crueles, porque no eran solamente las desgraciadas ciudades de Esmelensko, de Wiasma, de Ghjat, las que padecian las consecuencias de esta táctica ruinosa, sino tambien los señores propietarios de las granjas y de las aldeas, situadas al paso de los franceses, en una zona de doce á quince leguas de anchura. En toda esta region no quedaban mas que cenizas, porque lo que los franceses salvaban de las llamas, de seguida quemabanlo ellos mismos por negligencia; y por una contradiccion singular, cuando se debiera comprender la necesidad de estos sacrificios, y de aplaudir á los generales que dirigian la retirada, destruyéndolo todo sobre su camino, se les llamaba cobardes ó traidores, que no se atrevian á mirar de cara á los franceses, y que tenian por mejor oponerles ruinas que sangre.

Habiendo cesado Alejandro de ser responsable de la direccion de la guerra desde su ausencia del ejército, sobre el infortunado Barclai de Tolly recaía todo lo odioso de los últimos sucesos militares. Haber perdido á Wilna, á Witebsk, á Esmolensko

sin batalla, estar en retirada sobre el camino de Moscou, entregar el corazon del imperio al enemigo sin inmolar millares de hombres, era un crimen, una traicion verdadera, y las masas al pronunciar el nombre de Barclai de Tolly, que no era ruso, decian que no habia por qué asombrarse de tantos reveses, pues todos los extrangeros al servicio de Rusia la hacian traicion, y que asi era menester deshacerse de ellos. Este grito popular resonaba, no solo en el ejército, sino en las ciudades y en los campos, y sobre todo en San Petersburgo. A los exaltados se habian unido los envidiosos, para denunciar á Barclai de Tolly como autor de la catástrofe de Esmolensko. ¿Y qué podia allí el desventurado? Nada, segun se ha visto. Habia sacrificado doce mil rusos para que esta pérdida no se consumara sin una copiosa efusion de sangre, y su yerro, caso de que lo hubiera, consistió en hacer este sacrificio, porque Esmolensko no era capaz de formal defensa. Sin embargo, fuerza es que en las desgracias públicas resulte alguien culpado, y la muchedumbre escoge á menudo por víctima al valeroso y buen ciudadano, al solo que sirve á su pais con provecho. Estas miserias no son peculiares de los Estados libres, sino que tambien corresponden á los Estados donde hay masas ciegas, y tantas existen por lo menos bajo el despotismo como en cualquier parte.

De consiguiente Barclai de Tolly estaba perdido. Hasta las personas sensatas opinaban por sacrificarle, al ver el desencadenamiento de que era blanco, y la insubordinacion que en el ejército resultaba de todo. En medio de este delirio habia un nombre que andaba de boca en boca, y era el del

general Kutusof, este veterano tuerto, á quien el almirante Tchitchakoff habia reemplazado junto al Danubio, que anteriormente perdió la batalla de Austerlitz, y que sin embargo, por su nombre esencialmente ruso, y por su cualidad de antiguo discípulo de Souvarow, habia llegado á ser el favorito de la opinion pública. Lo singular es que se ignoraba que la batalla de Austerlitz se habia perdido á pesar suyo, pues el público no sabia que habia aconsejado no darla; pero la pasion no necesita de buenas razones: siempre es ella la mejor razon por sí propia. Conviene añadir no obstante, que Kutusof habia restablecido las cosas de los rusos en su última campaña contra los turcos, y que, á pesar de sus setenta años, de estar completamente gastado por la guerra y por los placeres, de modo que apenas se podia tener á caballo, y de ser profundamente corrompido, falso, pérfido, embustero, tenia prudencia consumada, arte para imponer á los hombres, como es necesario en tiempos de pasion, hasta el extremo de haber llegado á ser ídolo de los que anhelaban la guerra de batalla, aun siendo el partidario acérrimo de la guerra de retirada. Pero nadie le aventajaba en el don de cautivar los ánimos, de dirigirlos, de dominarlos, fingiendo pasiones que no tenia, de oponer á Napoleon la paciencia, única arma con que se podia batirle, y de usarla sin enseñarla. La Providencia, que sin duda habia condenado á Napoleon en sus inexcrutables designios, la Providencia, que en las extremidades de la Peninsula le habia reservado por adversario un espíritu firme y sensato, sólido como las rocas de Torres-Vedras, que tal era lord Wellington, le reservaba en las profundidades de la Rusia, no un

carácter incontrastable, como se necesitaba en las extremidades de la Península, donde no era posible el retroceso, sino un antagonista astuto y paciente, flexible como el espacio en que había que engolfarse, sabiendo á la vez ceder y resistir, capaz, no de vencer, pero sí de engañar á Napoleon, y de vencerle por engañarle. No opone iguales al genio la Providencia cuando ha resuelto castigarle, sino inferiores, instrumentos bien elegidos de la fuerza de las cosas, como si quisiera castigarle mas vigorosamente, haciéndole sucumbir ante adversarios que no se le acercan ni con mucho.

Así, pues, el viejo Kutusof era el segundo adversario que iba á detener á Napoleon á la otra extremidad del continente europeo, y forzoso es reconocer que jamás la pasión popular, en sus manías irreflexivas, se había engañado menos que al designar á Kutusof para la elección del emperador de Rusia. Cuando decimos la pasión popular, no pretendemos dar á entender que el populacho de San Petersburgo se sublevara para imponer una elección á Alejandro, bien que el puebló semi-bárbaro de aquellas comarcas tomara una parte considerable y legítima en las circunstancias del momento; pero la pasión puede tener carácter popular hasta en una corte. De seguro lo tiene, cuando cuerdos y locos, mozos y ancianos, hombres y mujeres, exigen una cosa sin saber por que, la exigen por un nombre, por recuerdos mal apreciados, y casi nunca por las buenas razones que podrian ser alegadas. De esta suerte los círculos mas elevados de la capital, conmovidos por la toma de Esmolenko, pedían á Kutusof, que desde su vuelta de Turquía se había puesto muy hipócritamente á la cabe-

za de la milicia de San Petersburgo, y se ofrecia así á todas las miradas. Alejandro no tenia en él confianza alguna, solo conservaba impresiones funestas de la campaña de 1803, no le había hallado ni firme ni hábil sobre el terreno, porque no lo era Kutusof realmente, y solo tenia un mérito, muy grande sin duda, el de ser por extremo prudente en la direccion general de una guerra, lo cual no era capaz de reconocer entonces el emperador Alejandro, extraviado como estaba por algunos jóvenes calaveras. Sin embargo, vencido por la opinion, decidióse á elegir á Kutusof para mandar en jefe los dos ejércitos de Bagration y de Barelai quedando estos dos generales por comandantes de cada uno de ellos. Por jefe de estado mayor se le dió el general Benningsen, que había seguido á Alejandro á San Petersburgo, y cuyo carácter, á pesar de infastas memorias, correspondiera bastante á las pasiones del momento, si llevara un nombre ruso.

Tan luego como fué nombrado, se dirigió el general Kutusof al ejército, y su llegada á Czarewo-Zaimitche fué la que impidió que se diera allí la batalla. Siguiendo de cuartel maestro general el coronel Toll, halló en las cercanias de Mojaisk, á veinte y cinco leguas de Moscou y en un lugar llamado Borodino, una posicion tan defensiva como se podia esperar en el país escasamente quebrado, donde se hacia esta guerra; y el general Kutusof, que, aun desaprobando la idea de batirse entonces, se hallaba resuelto á admitir una batalla, para rehusar despues otras muchas, adoptó la elección del coronel Toll, dirigióse personalmente á Borodino, y dispuso que se ejecutaran obras de campaña, para añadir las defensas del arte á las de la na-

turalaza. Quince mil hombres acababa de llevar allí el general Miloradowitch de los batallones de depósito y de reserva, que debían ingresar en los cuadros del ejército. Igualmente acababan de llegar cerca de diez mil hombres de las milicias de Moscú, armados de picas y todavía sin uniforme. Este refuerzo hacía subir á un efectivo de ciento cuarenta mil hombres el ejército ruso, muy debilitado, no solo por los combates de Esmolensko y de Valoutina, sino también por las continuas marchas, en las cuales padecía casi tanto como nosotros, aunque estaba perfectamente alimentado. Establecido así en Borodino el viejo Kutusof detrás de trincheras de tierra, aguardaba á Napoleon con aquella resignación de la prudencia, que, al cometer una falta, la comete porque es necesaria, y solo piensa en disminuir todo lo posible sus daños.

Estos pormenores conocidos por Napoleon en globo, gracias al uso que sabia hacer del espionaje, le persuadieron que mas allá de Ghjat encontraría al ejército ruso apercibido á la pelea. Sin embargo los días 1, 2 y 3 de setiembre hizo un tiempo tan horroroso que hubo de vacilar en su resolución un instante. Todos se lamentaban en el ejército del estado de los caminos, por los cuales nuestra artillería y nuestros equipages rodaban tan fácilmente poco antes, y que las últimas lluvias habian trasformado de súbito en una especie de pantano. A millares morían los caballos de inanición y de fatiga: la caballería menguaba á vista de ojo, y lo peor era que podia temerse por los transportes de la artillería, sin la cual se imposibilitara de todo punto una gran batalla. Frios é incómodos se habian hecho los bivaques, y dañosos á la salud

de los hombres. Napoleon culpaba de ello á sus lugartenientes. Con viveza habia réconvenido al mariscal Ney, que perdía cotidianamente algunos centenares de soldados. Colocado su cuerpo entre el del mariscal Davout, que se hallaba provisto á medias por la extremada prevision de su gefe, y la Guardia, cuyas provisiones la seguian en carros, estaba reducido á vivir de lo que recogia, y se debilitaba tanto por el merodeo como pudiera por una sangrienta batalla (1). Vengóse el mariscal ponien-

(1) Este cargo sobrado injusto, pues el mariscal Ney no podia gran cosa, se halla contenido en una carta que trasladamos, porque revela el verdadero estado del ejército. La copiamos de la minuta de los archivos con todas sus incorrecciones.

«Ghjat 5 de setiembre de 1812.

«Al mayor general.

«Primo, escribid á los generales con mando de cuerpos de ejército que todos los dias perdemos mucha gente, á causa de la falta de orden que existe en el modo de ir á buscar subsistencias; que urge que se concierten con los diferentes gefes de cuerpo las providencias que haya que tomar para poner término á un estado de cosas que amenaza al ejército con su destruccion; que sube á muchos centenares el número de prisioneros que nos coge todos los dias al enemigo; que conviene prohibir bajo las penas mas severas que se extravien los soldados, y enviar en busca de viveres como prescribe la ordenanza que se haga respecto de los forrages, por cuerpos de ejército cuando el ejército se halla reunido, y por divisiones cuando está separado; que un oficial general ó superior debe mandar el forrage para los comestibles, y una fuerza bastante debe proteger la operacion contra los paisanos y los cosacos; que, en cuanto se pueda, siempre que se encuen-

do con razon de manifiesto las penalidades de esta marcha larga en demasia, y escribiendo á Napoleon que no se podia seguir adelante, sin exponerse á que el ejército pereciese. A Ney se unió Murat, quien tenia sobre si no escasa parte de los males que originaban tales quejas. Berthier, que ya no se atrevia á decir palabra, confirmó su testimonio con un mudo silencio, y Napoleon respondió ya casi vencido.—Pues bien, nos detendremos, si el tiempo no cambia mañana.—Lo cual significaba que venia el principio de la mala estacion y retornaria á Esmolensko. Nunca el favor de la fortuna, que le deparó ora la bruma, entre la cual se escapó su flota de Nelson, cuando iba á Egipto, ora el pequeño camino por donde pudo girar en torno del fuerte de Bard, ora el sol de Austerlitz, resplandeciera de un modo mas visible que enviándole ahora tres ó cuatro dias mas de malísimo tiempo. ¡Ah, la

tren habitantes, se les pida lo que hayan de suministrar, sin causar al país más daño; por último que este objeto es tan importante que en bien de mi servicio espero del cielo de los generales y de los gefes de cuerpo la adopcion de todas las providencias capaces de poner término al desorden de que se trata. Escribireis al rey de Nápoles, que manda la caballería, que es indispensable que esta cubra enteramente á los forrageadores, y ponga así á los que vayan á buscar viveres á cubierto de los cosacos y de la caballería enemiga. Recomendareis al principe de Eckmül que no se aproxime á mas de dos leguas de la vanguardia: le hareis conocer que esto es importante para que los forrageadores no vayan á buscar viveres demasiado cerca del enemigo. *En fin dareis á entender al duque de Eichingen que todos los dias pierde mas gente que si se diera batalla; que de consiguiente es necesario que se arregle mejor el servicio de los forrageadores, y que no se aleje tanto.*

fortuna no le amaba ya lo bastante para depararle una contrariedad de esta especie! A la mañana del 4 de setiembre salió el sol radiante, al par que soplabá un viento fuerte y capaz de secar los caminos en algunas horas.—La suerte esta echada! exclamó Napoleon. ¡Marchemos, vamos al encuentro de los rusos!... Y prescribió á Murat y á Davout que partieran á eso de medio dia, cuando estuvieran secos por el sol los caminos, y que se dirigiesen á Gridnewa, que media la distancia entre Ghjat y entre Borodino. Todo el resto del ejército tuvo orden de seguir el movimiento de la vanguardia.

Con efecto marcharon todos, obedeciendo al destino, y fueron á pernoctar á Gridnewa. Al otro dia, 5 de setiembre, se pusieron de nuevo en marcha, y se encaminaron hácia la llanura de Borodino, lugar destinado á ser tan famoso como los de Zama, Farsalia ó Accio. En el camino encontraron una célebre abadía, la de Kolotskoi, enorme edificio flanqueado de torres, y cuyas tejas coloradas contrastaban con el tinte sombrío del paisaje. Muchos dias hácia que marchábamos sobre las elevadas mesetas, que separan las aguas del Báltico de las del mar Negro y el Caspio, y á partir desde Ghjat, se empezaban á descender las vertientes, desde donde el Moskowá á la izquierda, el Protwa á la derecha, se lanzan por el Oka al Volga, y por el Volga al mar Caspio. Efectivamente el suelo se inclinaba al parecer hácia el horizonte, y se cubria de una banda de selvas espesas. Medio velado el cielo por ligeras nubes de otoño acababa por dar á esta llanura un aspecto triste y salvaje. Todas las aldeas estaban incendiadas ó desiertas. Solo quedaban en la abadía de Kolotskoi algunos monges.

Dejóla el ejército á la izquierda y metióse por la llanura, siguiendo el curso de un riachuelo medio seco; el Kolocza, que rectamente corria delante de nosotros, es decir, hácia el Este, direccion en que no habiamos cesado de andar desde el paso del Niemen. Algunas retaguardias de caballeria, despues de cierta resistencia vencida pronto, se lanzaron hácia la derecha del Kolocza, y corrieron á agruparse á la falda de una colina fortificada, donde se hallaba un grueso destacamento como de quince mil hombres de todas armas.

Napoleon se detuvo á contemplar esta llanura, donde se iba á decidir la suerte del mundo. Delante de nosotros y rectamente corria el Kolocza, segun se ha dicho, sobre un lecho alternativamente fangoso ó seco: junto á Borodino tuerce á la izquierda, durante una legua baña el pie de alturas bastante escarpadas, y despues de mil rodeos acaba por perderse en el Moskowa. A nuestra izquierda las alturas, cuyo pie baña el Kolocza, parecian cubiertas de tropas y de artilleria. A la derecha de este riachuelo continuaba la cordillera de cumbres, si bien menos escarpada, marcando su falda simples barrancos. La linea del ejército ruso seguia esta prolongacion de cumbres: siendo alli menos fuerte el sitio de suyo, eran mas considerables las obras, y grandes reductos armados de cañones coronaban las eminencias del terreno. Al primer golpe de vista se conocia que por este lado se necesitaba atacar á los rusos, porque habia solo que cruzar barrancos y no el Kolocza. Sin duda los reductos que se divisaban muy bien armados oponian un obstáculo grave, mas no ciertamente invencible para los franceses.

Sin embargo para trasladarse á la derecha del Kolocza, se hallaba el primer tropiezo en un reducto mas avanzado que los demas y construido sobre una colina, á la cual se habia replegado la retaguardia rusa. Napoleon creyó necesario tomarlo sin demora, con el fin de poderse establecer bolgadamente sobre aquella parte del llano, y adoptar allí sus disposiciones para la gran batalla. A la mano tenia la caballeria de Murat, y la hermosa division de infanteria de Compans, destacada momentáneamente del cuerpo del mariscal Davout para servir en la vanguardia. Napoleon hizo llamar á Murat y á Compans, y encomendóles que se apoderaran de seguida de este reducto, llamado de Schwardino, porque se alzaba cerca de la aldea de este nombre. Murat con su caballeria, Compans con su infanteria habian ya pasado el Kolocza y se encontraban á la derecha de la llanura. Se aproximaba la caida de la tarde. Los escuadrones de Murat forzaron á la caballeria rusa á replegarse, y limpiaron asi el camino delante de nuestra infanteria. Sobre un montecillo que se elevaba enfrente del reducto que iba á ser atacado, situó el general Compans sus piezas de á 12 y algunos tiradores escogidos, para desmontar la artilleria contraria derribando á sus artilleros. Despues de un cañoneo muy vivo el general Compans desplegó los regimientos 57.º y 61.º de linea á la derecha, y los 25.º y 111.º á la izquierda. Primeramente se necesitaba descender á un pequeño barranco, y despues tornar á subir al lado opuesto, sobre el cual estaba construido el reducto, y no solo tomarlo, sino desbaratar á la infanteria rusa alineada en batalla de un lado á otro. Dirigiendo personalmente el general Compans los

regimientos 57.º y 61.º y fiando al general Dupellin el 25.º y el 111.º, dió orden de cruzar el barranco. Nuestras tropas avanzaron pronta y serenamente bajo un fuego muy nutrido. Cubiertas en el fondo de la quebrada, cesaban de estarlo al trepar la cuesta que coronaba el reducto. Llegadas á la cumbre cambiaron con la infanteria rusa descargas extremadamente mortíferas de fusileria por espacio de algunos instantes y casi á boca de jarro. Juzgando el general Compans muy fundadamente que seria menos sangriento un ataque á la bayoneta, dió la señal para la carga; pero entre el estruendo y el humo, su orden fué mal entendida. Al notarlo trasladose á todo galope hácia el regimiento 57.º, como el mas cercano al reducto, y puesto á su cabeza le condujo á bayoneta calada sobre los granaderos de Woronzoff y del principe de Mecklenburgo. Lanzado el 57.º á paso de carga rompió la línea enemiga que se le oponia delante: su ejemplo imitó el 61.º que estaba á su lado, y haciendo otro tanto el 25.º y el 111.º á nuestra izquierda, hallóse el reducto rebasado por este doble movimiento, lo cual le hizo caer en nuestras manos. Casi todos los artilleros rusos murieron sobre sus cañones.

Pero habiéndose adelantado mucho el regimiento 111.º hácia la izquierda, fué atacado repentinamente por los coraceros de Douka y puesto un instante en peligro. Inmediatamente se formó en cuadro, y con una granizada de balas detuvo á los valerosos ginetes que se le acababan de echar encima. Un regimiento español de infantes, llamado de José Napoleon, y que pertenecia á la division del general Compans, corrió bravamente en auxilio de sus camaradas, pero no tuvo que hacer nin-

gun esfuerzo, á causa de bastar el 111.º á libertarse por sí solo. Sin embargo tuvo á pesar el 111.º y fué el de perder su artilleria regimentaria, compuesta de dos cañoncitos, que no pudo traer consigo, al replegarse para formar en cuadro. Nueva prueba era esta de los vicios de institucion semejante, que absorbia por regimiento un centenar de hombres, los cuales fueran de mas provecho en las filas de la infanteria que agregados á piezas que servian malamente, y que no sabian llevar adelante, ni retirar á tiempo. Napoleon se habia obstinado en que esta institucion se conservara, á pesar de sus inconvenientes notorios, porque consideraba la artilleria como el medio menos costoso de destruir á la infanteria rusa.

Este combate corto y glorioso, en que sucumbieron de cuatro á cinco mil hombres por nuestra parte, y de siete á ocho mil por la del enemigo, nos hizo señores de toda la llanura á la derecha del Kolocza, y Napoleon se apresuró á establecer el ejército sobre ella. Solo se destinaron para permanecer á la izquierda del Kolocza las tropas que aun no habian llegado. La actitud de los rusos, en posicion de dos dias atrás sobre las alturas de Borodino, las obras con que estaban cubiertos, los informes de los prisioneros, todo corroboraba la certidumbre de que al fin se iba á tener la batalla, deseada á la vez por los franceses, que esperaban sacar de ella un resultado decisivo, y por los rusos, que estaban avergonzados de retirarse de continuo y cansados de arruinar su pais á fuerza de incendiarle. No pudiendo ya dudar Napoleon de esta batalla, creyó deber tomar un dia entero de reposo, ora para allegar á los hombres que se ha-

bian quedado á la espalda, ora para reconocer maduramente el terreno. Anunciada su intencion á los gefes de cuerpo, bivaqueóse de derecha á izquierda de esta vasta llanura, con la perspectiva de un completo descanso al dia siguiente, y de una espantosa batalla al otro. Se encendieron grandes hogueras, y se necesitaban de seguro, pues caía una menuda y fria lluvia que recalaba los vestidos. Asi acabó el dia 5 de setiembre.

Al amanecer del 6, el sol, que no se mostraba radiante sino á medio dia, velándole nubes asi por las mañanas como por las tardes, iluminó de nuevo millares de cascos, de bayonetas, de cañones sobre las alturas de Borodino, y satisfizo el descubrir siempre en posicion á los rusos, y evidentemente determinados á la pelea. Napoleon, que habia bivaqueado á la izquierda del Kolocza y en medio de su Guardia, montó desde muy temprano á caballo rodeado de sus mariscales, para practicar por si mismo el reconocimiento del terreno, sobre el cual se iba á medir con los rusos.

Despues de recorrerle con la mayor atencion dos veces y de echar á menudo pié á tierra, para observar mas de cerca los lugares, afirmóse en la idea, concebida desde el primer instante, de descuidar la izquierda, donde la posicion de los rusos, fuertemente escarpada, se hallaba protegida desde Borodino por el lecho profundo del Kolocza, y trasladarse á la derecha, donde las colinas menos salientes estaban defendidas por barrancos sin profundidad y sin agua. El camino real de Moscou, seguido por nosotros, se dilatava á la izquierda del Kolocza hasta Borodino, y alli pasaba á la derecha, y elevandose por encima de la meseta de Gorki,

atravesaba la cordillera de cumbres, para caer sobre Mojaisk. Esta parte de la posicion, que formaba su centro, era tan poco accesible como la parte de la izquierda. Alejandose de Borodino y trasladándose á la derecha del Kolocza, empezaba á ser el terreno mas abordable. A la derecha de Borodino el primer monticulo estaba cubierto de espesa maleza á su falda, terminaba en forma de meseta bastante espaciosa en su cima, y sobre ella tenia un reducto vasto, cuyos lados se prolongaban en cortinas. Veinte y una bocas de fuego de grueso calibre llenaban sus troneras. No habian tenido los rusos tiempo de empalizarlo, y su relieve no era muy saliente á causa de ser poco sólido el terreno. En la batalla memorable que se preparaba, debia recibir el nombre de gran reducto. Otro monticulo se hallaba, declinando todavía mas á la derecha, separado del primero por un pequeño barranco, llamado de Semenoffskoie, porque, al remontarlo, se hallaba en su origen la aldea de este nombre. Este segundo monticulo, menos ancho y mas saliente que el primero, tenia encima dos flechas, erizadas tambien de cañones, y otra al respaldo y de cara al barranco de Semenoffskoie. Esta aldea, situada en el nacimiento del barranco que separaba los dos montecillos, habia sido previamente incendiada por los rusos, ceñida de una cerca de tierra y armada de cañones. Hasta cierto punto formaba ángulo entrante en la linea enemiga. Finalmente mas á la derecha se extendian bosques á lo lejos, unos de tallares, otros de alto arbolado, y por medio de ellos se divisaba el camino antiguo de Moscou, que por la aldea de Outitza iba á juntarse con el nuevo en Mojaisk. Posible fuera coger

por aquel lado la vuelta en su posición á los rusos; pero aquellos bosques eran hondos, escasamente conocidos, y se necesitara de un larguísimo rodeo para penetrar en su espesura.

Habiendo fijado Napoleón sus ideas, después de esta inspección de los lugares repetida muchas veces, resolvió no dejar más que muy pocas fuerzas á la izquierda del Kolocza, ejecutar un ataque bastante formal hacia el centro por Borodino, por el camino nuevo de Moscov, á fin de atraer allí la atención del contrario, y dirigir su principal esfuerzo hacia la derecha del Kolocza, tanto sobre el primer montecillo, coronado por el gran reducto, como sobre el segundo que tenía encima las tres flechas, y encaminar por entre los bosques al mismo tiempo y hacia el antiguo camino de Moscov el cuerpo del príncipe Poniatowski, el cual siempre había formado la extrema derecha del ejército. Su intención era que sobre este punto desembocara una fuerza inquietadora para los rusos, y más inquietadora aun si por allí salía bien el ataque.

Mientras ordenaba estas disposiciones, el mariscal Davout que, metiéndose por los bosques, acababa de operar un exacto reconocimiento de los lugares, y se había así convencido de la posibilidad de coger la vuelta de la posición á los rusos, ofreció á Napoleón ejecutar con sus cinco divisiones el rodeo que conducía al antiguo camino de Moscov por entre los bosques, prometió que, partiendo de noche, estaría sobre el flanco de los rusos á las ocho de la mañana con cuarenta mil hombres, que los arrollaría sobre su centro, y los arrojaría en tropel al ángulo formado por el Kolocza y el Moskowa. Aunque el Kolocza estaba seco por muchos

puntos, y el Moskowa, sin estar seco, era vadeable, les fuera difícil salir de semejante atolladero y no salvaran ni un cañón de seguro.

Seductora era la propuesta y de éxito probable, porque la posición de los rusos, casi inatacable hacia su derecha y su centro, bastante defendida hacia su izquierda por los reductos ya descritos, no era de fácil acceso más que hacia la extrema izquierda, por los bosques de Outitza, y estos bosques no se podían suponer impenetrables, cuando un hombre tan exacto como el mariscal Davout se comprometía á atravesarlos durante la noche. Sin embargo, Napoleón juzgó de otra suerte. Le pareció que este rodeo sería muy largo; que se ejecutaría por entre bosques muy espesos, muy oscuros; que durante algunas horas el ejército estaría cortado en dos porciones muy distantes una de otra, y sobre todo que el efecto tan decisivo de la maniobra sería, por sus mismas ventajas, un inconveniente grave, pues, viéndose los rusos cogidos así por la vuelta, quizá levantarían el campo, y con ellos se huiría otra vez la ocasión tan deseada de una batalla; que era preferible pagarla con más sangre, á tal de tenerla, que consumirse indefinidamente corriendo por alcanzarla; que, á mayor abundamiento, se ejecutaría la propuesta maniobra, si bien más de cerca, con menos azares, pasando entre los reductos y el linde del bosque con dos ó tres divisiones del mariscal Davout y no arriesgando en la espesura de los bosques más que el cuerpo del príncipe Poniatowski, y que de este modo se tendrían todas las ventajas de la idea propuesta sin ninguno de sus inconvenientes.

Tal fué el sentir de Napoleón sobre lo que el

mariscal Davout propuso. ¿Quién se atreve á fallar entre semejantes contradictores, despues de trascurrido medio siglo, lejos de los lugares y de las circunstancias? Sea como quiera, habiendo fijado Napoleon su plan irrevocablemente, distribuyó su tarea á cada uno de sus lugartenientes del modo que sigue.

El príncipe Eugenio, que desde Esmolensko habia formado siempre la izquierda del ejército, fué el único encargado de operar á la izquierda del Kolocza, y aun tuvo instrucciones para no hacerlo por este lado sino con la menor porcion de fuerzas. Debíó dejar su caballería ligera y la Guardia italiana delante de las alturas, que hacian inaccesibles su escarpe y el Kolocza, y prescribiósele que con la division francesa de Delzons ejecutara un vivo ataque sobre Borodino y lo tomara, y cruzara el puente del Kolocza, no empeñándose mas lejos, y situando sobre el mismo Borodino una fuerte batería que cogiera de flanco el gran reducto ruso. Con la division francesa de Broussier y dos de las divisiones del mariscal Davout, que se le confiaban durante el día, las de Morand y Gudin, habia de atacar á fondo el gran reducto y de ganarlo á toda costa. El mariscal Ney, con las dos divisiones francesas de Ledru y de Kazout, con la division wurtembergesa de Marchand y los westfalianos de Junot, debia asaltar de frente el segundo montecillo y las tres flechas, que el mariscal Davout tenia orden de atacar de flanco por el linde de los bosques con las divisiones de Compans y de Dessaix. Finalmente el príncipe Poniatowski, lanzado como niño perdido á la espesura de los bosques, debia tratar de coger la vuelta de la posición de los rusos, desembocando

por el antiguo camino de Moscou sobre Outitza.

Los tres cuerpos de caballería de Nansouty, de Montbrun y de Latour-Maubourg, recibieron instrucciones para mantenerse, el primero detrás del mariscal Davout, el segundo detrás del mariscal Ney, y finalmente, el tercero en reserva. Pasado el borde de las alturas, se iban á encontrar sobre mesetas muy practicables para la caballería, y aprovechándolas esta, debia llevar á remate la derrota del enemigo. El cuerpo del general Grouchy continuó agregado al virey.

Detrás y en reserva, fueron colocadas la division de Friant y la Guardia Imperial, para operar segun lo requirieran las circunstancias. Queriendo Napoleon contrabatar los reductos de los rusos, hizo construir tres baterías con espolones de tierra, una hácia nuestra derecha y delante de las tres flechas, otra hácia nuestro centro y delante del gran reducto, y la tercera hácia nuestra izquierda y delante de Borodino. Cien bocas de fuego, sacadas principalmente de la reserva de la Guardia, estaban destinadas al armamento de estas baterías. Para que el enemigo no penetrara el secreto de su plan de ataque, resolvió Napoleon que el ejército pasara todo el día 6 en las mismas posiciones ocupadas el día antes. Nadie debia de tomar su puesto en la línea de batalla hasta la madrugada del 7, y exactamente al despuntar el alba. Para facilitar las comunicaciones, los generales Eblé y Chasseloup habian construido sobre el Kolocza cinco ó seis puentecillos de caballetes, que permitian pasarlo por los puntos mas importantes, sin bajar á su lecho fangoso y encajonado. Como cada cual se pudo proporcionar víveres con el mérodeo de la antevíspera, nadie es-

taba autorizado para alejarse de las filas. Descontando los hombres perdidos en el camino de Esmolensko, ascendía el ejército á cerca de ciento veinte y siete mil combatientes, presentes en realidad bajo banderas, todos animados de una confianza y de un ardimiento extraordinarios, y provistos de quinientas ochenta bocas de fuego.

Por su parte el ejército ruso estaba apercebido á una tenaz resistencia, y determinado á no ceder el terreno sino cuando estuviera casi destruido. El general Kutusof, elevado á la categoría de príncipe en premio de los servicios prestados recientemente en Turquía, tenía por jefe de estado mayor al general Benningsen, y por cuartel-maestre general al coronel Toll: este último era las mas de las veces no solo ejecutor, sino inspirador de sus resoluciones. Bajo sus órdenes seguían mandando Barclai y Bagration, el uno el ejército del Dwina y el otro el ejército del Dnieper. Uno y otro estaban absolutamente resueltos á hacerse matar si era necesario, Barclai á impulsos de una indignacion heroica de los procederes empleados en contra suya, Bagration por patriotismo, por odio á los franceses, por compromiso contraido á la faz del ejército de sacrificar millares de rusos, á trueque de inmolar millares de enemigos. Todos los oficiales participaban de estos sentimientos: no menos que el Estado fomentaba la aristocracia moscovita esta guerra, y estaba pronta á pagar con toda su sangre las pasiones de que se sentía animada.

Colocados estaban los rusos en el orden siguiente. A su extrema derecha, frente porfrente de nuestra izquierda, detras de Borodino, punto el menos amenazado, se hallaba el segundo cuerpo, que era

el de Bagowouth, y el cuarto, que era el de Ostermann, bajo el mando superior del general Miloradowitch. Detrás estaban el primer cuerpo de caballería del general Ouvaroff, el segundo del general Korff, y algo mas lejos, hacia la extrema derecha, los cosacos de Platow, vigilando las márgenes del Kolocza hasta su desagüe en el Moskowa. Los regimientos de cazadores de infantería, tanto de la Guardia como de Bagowouth y de Ostermann, guardaban á Borodino. En el centro se hallaba el sexto cuerpo, que era el del general Doctoroff, apoyando su derecha en la altura de Gorki, detras de Borodino, y su izquierda en el gran reducto. A la espalda del cuerpo de Doctoroff estaba el tercero de caballería á las órdenes del baron de Kreutz en reemplazo del conde Pahlen, que se hallaba enfermo. Allí acababa el primer ejército y el mando del general Barclai de Tolly.

Imediatamente comenzaba el segundo ejército y el mando del príncipe Bagration. El sétimo cuerpo, bajo Raefskoi, apoyaba su derecha en el gran reducto y su izquierda en la incendiada aldea de Semenoffskoie. El octavo cuerpo, bajo Borosdin, tenía plegada hacia atrás su derecha, á causa de lo entrañe de la línea rusa en torno de Semenoffskoie, y su izquierda establecida cerca de las tres flechas. A las órdenes de Neveroffskoi la vigésima séptima division, que habia sostenido el combate de Krasnoe, cooperado á disputar á Esmolensko, y defendido el reducto de Schwardino, guardaba las tres flechas citadas. Para esta jornada servia á las órdenes del príncipe Gorstchakoff, con el cuarto cuerpo de caballería, mandado por el general Sievers. Numerosos batallones de cazadores de infan-

tería llenaban los solos y los bosques. En Outitza se hallaba apostada la milicia recién llegada de Moscou con algunos cosacos. Finalmente, muy atrás del centro, y en los alrededores de Barewo, se mantenía la reserva, compuesta de la Guardia, del tercer cuerpo, que era el de Touczkoff, y de una inmensa artillería de grueso calibre.

Se elevaba el ejército ruso á muy cerca de ciento cuarenta mil hombres presentes sobre las armas, de los cuales ciento veinte mil eran de tropas regulares, y el resto de cosacos y de milicias de Moscou (1). A su derecha estaban las principales fuerzas de los rusos y enfrente de nuestra izquierda, cabalmente por donde no era de suponer tentativa alguna de nuestra parte, y las menores á su izquierda y en frente de nuestra derecha, por donde Napoleon determinaba dirigir el mayor esfuerzo. Aunque nada habia este revelado de sus designios, sin embargo, la toma del reducto de Schwardino á la caída de la tarde del 5, el paso de parte de nues-

(1) Naturalmente estos cálculos han debido de variar mucho. La relación de Danilewski, hecha de orden del emperador de Rusia, y paralisonjear el orgullo nacional, sin hacer caso de la verdad, reduce á ciento trece mil hombres la fuerza del ejército ruso, olvidando que entonces perdió mucha mas gente de la que se quiere reconocer en Esmolensko y en Valoutina. Uno de los narradores mas imparciales, el general Koffman, testigo de vista, la calcula en ciento cuarenta mil hombres. Me parece este cálculo el mas aproximado á la verdad, despues de muchas comparaciones. Por lo demas, algunos miles de hombres mas ó menos, en nada alteran el carácter del gran suceso, y estos cálculos solo interesan á la conciencia del historiador, que no debe aflojar un instante en sus escrúpulos y en su ardor por llegar á la verdad rigurosa.

tras tropas á la orilla derecha del Kolocza y mas que nada la naturaleza del terreno, inaccesible detrás del Kolocza, desde Borodino hasta el Moskowa, bastante accesible por el contrario hácia los montecillos coronados de obras de campaña, sobradamente manifestaban que el peligro para los rusos estaba á su izquierda, hácia Semenoffskoie, en las tres flechas y en los bosques de Outitza. Se le hizo observar así al generalísimo Kutusof, mas idóneo para dirigir sabiamente una campaña que para dar una gran batalla. No se mostró muy sensible á estas observaciones, mantuvo donde se hallaban á los cuerpos de Ostermann y de Bagowouth obstinadamente, porque aun veía el grueso del ejército francés sobre el camino nuevo de Moscou, y solo destacó de la reserva el tercer cuerpo, que era el de Touczkoff, para situarle en Outitza. Tales fueron sus únicas disposiciones de batalla. Por lo demas, la energía de su ejército debia suplir á cuanto omitiera. Acerca de las resoluciones que hubieran de ser tomadas sobre el mismo terreno y en lo fuerte de la refriega, podia fiar en la firmeza de Barclai de Tolly y en la inspirada bravura de Bagration.

Por una especie de consentimiento mútuo, se dejó pasar todo el día 6 sin disparar un solo tiro. Aquella fué la calma, siniestra precursora de las grandes tempestades. Los franceses emplearon el día en descansar, en gozar de los viveres que habian cogido la vispera, en preparar sus armas, en amenizar los bivaques con los chistes comunes del soldado francés, el mas festivo y quizá el mas valiente de los soldados conocidos. Se preguntaban cual de ellos estaria vivo al día siguiente y soltaban estrepitosas carcajadas al comer lo que habian

quitado en las aldeas vecinas; pero ni uno solo dudaba de la victoria, ni de la próxima entrada en Moscou, bajo su general invencible y siempre victorioso. El amor de la gloria era la pasión que inflamaba su alma.

Un sentimiento muy distinto animaba á los rusos. Tristes, exasperados, resueltos á morir, no vinculando mas que en Dios la esperanza, estaban de hinojos, en medio de mil cirios, delante de una imagen milagrosa de la Virgen de Esmolensko, salvada, segun su dicho, sobre las alas de los ángeles del incendio de la ciudad sin ventura, y á la sazón llevada procesionalmente por los sacerdotes griegos á través de los bivaques del campo de Borodino. Prostrados estaban los soldados, y el viejo Kutusof, que, lejos de creer en aquella Virgen, apenas creía en el Dios tan visible del universo, con el sombrero en la mano, y el ojo que le quedaba fijo en tierra, seguía al frente de su estado mayor esta procesion piadosa. Se la divisaba desde nuestros bivaques á la caída de la tarde, y se la podía seguir por el rastro luminoso de los cirios.

Napoleon, bajo su tienda, contando con el espíritu militar de sus soldados, para triunfar de la fé ardiente de los rusos, se ocupaba en objetos positivos del todo. Acababa de expedir sus órdenes, y se hacia dar cuenta de los menores detalles, y escuchaba con una mezcla singular de enojo y de befa la relacion de la batalla de Salamanca, que le hacia el coronel Fabvier, partido de los Arapiles y llegado aquel dia. Lo que hemos referido de los falsos movimientos de nuestros ejércitos en España, de la division de mando, que exponía al mariscal Marmont á los golpes de las tropas ingle-

sas, debe hacer comprender como éste se vió forzado á dar y á perder una importante batalla. Napoleon, que habia sido arrastrado á buscar en Rusia el desenlace que nó hallaba en la Peninsula bastante pronto, despues de oír al coronel Fabvier, despidióle diciendo que al dia siguiente repararía á orillas del Moskowa las faltas cometidas en los Arapiles.

Llegado de París este dia Mr. de Bausset, prefecto del palacio, iba á llevarle el retrato del rey de Roma, ejecutado por el ilustre pintor Gerard. Conmovido Napoleon contempló un instante las facciones de su hijo, despues hizo meter el retrato en su caja, dirigió una mirada postrera á las líneas de las posiciones enemigas para asegurarse de que no pensaban en levantar el campo, observó con muy viva satisfaccion que se mantenian firmes, y volvió á entrar en su tienda, para tomar algunos instantes de descanso.

Una calma absoluta, un silencio profundo reinaban en esta llanura, que al dia siguiente debía ser teatro de la escena mas horrible y ruidosa. Acabado habian las risas de nuestros soldados y los cantos piadosos de los rusos para apagarse en el sueño. Unos y otros dormian en torno de las grandes hogueras que habian encendido para resguardarse del frio de la noche y de la humedad de una menuda lluvia caída por la tarde.

A las tres de la mañana empezóse por nuestra parte á empuñar las armas, y á aprovechar la niebla para pasar á la derecha del Kolocza y ocupar cada uno su puesto de combate, el principe Eugenio delante de Borodino y en frente del gran reducto, debiéndose mantener á caballo sobre el Kolocza, Ney

y Davout en frente de las tres flechas, teniendo detrás la caballería, y á Friant y á la Guardia de reserva hácia el centro, Poniatowski á lo lejos sobre la derecha, caminando por entre los bosques. Estos movimientos se ejecutaron silenciosamente, á fin de no llamar la atención del enemigo. Durante este tiempo los artilleros de nuestras tres grandes baterías, destinados á contrabater las obras de los rusos, estaban junto á sus piezas, aguardando la señal que debía dar Napoleon cuando juzgara que se habian ocupado bastante bien los puestos. En pié éste desde muy temprano, pero atacado de un fuerte constipado contraído en el bivaque, establecióse junto al reduto de Schwardino, desde donde podía ver lo que acontecia, y guarecerse al-
 gun tanto contra las balas, cuyo número debía ser considerable en aquella jornada. Murat, brillante de ardimiento y de bordados, vestido con una túnica de terciopelo verde, llevando una toca de plumas y botas amarillas, ridículo si el heroismo puede serlo, galopaba delante de las filas de sus ginetes, radiante de confianza, é inspirándola con su actitud marcial á todos. Nubarrones oscurecian el cielo, y al salir el sol en frente de nosotros y por encima de los rusos, cuyas líneas designaba á la vista, nose anunciaba mas que por una tinta rojiza ampliamente marcada en el horizonte. Pronto su disco se destacó á semejanza de un globo de hierro hecho ascua, y Napoleon dijo, mirando á sus lugartenientes.—¡Ved allí el sol de Austerlitz!—¡Ah, sí, pero cubierto de nubes!

Una proclama corta y enérgica habia guardado Napoleon para el momento de la batalla. Saliendo los capitanes de las compañías y los comandantes

de los escuadrones de las filas, hicieron formar un semicírculo á sus tropas, y leyeron en alta voz aquella proclama, que fué calorosamente acogida.

Concluida la lectura y ocupadas las respectivas posiciones, á eso de las cinco y media de la mañana, disparóse un cañon de la batería de la derecha. Tras esta funesta señal un ruido espantoso sucedió al mas profundo silencio, y un largo rastro de fuego y de humo marcó en siniestros rasgos las líneas de las dos huestes. Habiéndose juzgado demasiado grande la distancia de la batería de la derecha, nuestros bravos artilleros salieron de sus espolones á las órdenes del general Sorbier, y fueron á situarse al descubierto delante de las tres flechas que debían acribillar de proyectiles.

Mientras disparaban ciento veinte bocas de fuego sobre las obras de los rusos, mientras por la derecha se aproximaban Davout y Ney al paso de la infantería, hácia la izquierda el principe Eugenio habia hecho pasar el Kolocza á las dos divisiones de Morand y Gudin, y dejado á la margen de este riachuelo á la division de Broussier de reserva, y trasladándose con la division de Delzons hácia Borodino, punto donde, segun se ha dicho, tuerce á la izquierda el Kolocza, y cubria la derecha de los rusos hasta su desagüe en el Moskowa. Así el principe Eugenio debía empezar la accion por el ataque á Borodino, á fin de persuadir al enemigo de que descámbamos desembocar por el camino real de Moscou, llamado el nuevo.

Acabadas estas disposiciones, se dirigió el principe Eugenio con la division de Delzons sobre la aldea de Borodino, situada delante del Kolocza, y defendida por tres batallones de cazadores de la Guar-

dia imperial rusa. A la cabeza del 106.º de línea, penetró el general Plauzonne en lo interior de la aldea, mientras por fuera los otros regimientos de la division pasaban de derecha á izquierda. De allí expulsó el 106.º á los rusos, los siguió fuera de la aldea, y empujólos vivamente sobre el puente del Kolocza, para cuya destruccion no tuvieron tiempo. Arrastrado este regimiento por su ardor, cruzó el puente y pasó mas allá del Kolocza, contra las instrucciones de Napoleon, que no queria desembozar por el camino real de Moscou, y solo habia prescripto que se aparentara. Dos regimientos de cazadores rusos, el 19.º y el 20.º situados en este punto, hicieron un fuego repentino y tan terrible sobre las compañías del 106.º aventuradas mas allá del puente, que las hicieron pedazos, cogiendo y matando á todos los hombres que no se pudieron dar á la huida. Un golpe mortal recibió tambien el valeroso general Plauzonne. Pero viendo el 92.º el peligro que corria el 106.º apresuróse á ir en su socorro á las órdenes del ayudante comandante Boissierolle, se le juntó y establecióse sólidamente en Borodino, á pesar de todos los esfuerzos de los rusos. Aquel punto ya no debia perderse.

Concluido este primer acto de la batalla, para acometer con las divisiones de Morand y de Gudin el gran reducto del centro, debia aguardar el príncipe Eugenio á que sobre la derecha se apoderasen de las tres flechas que cubrian la izquierda de los rusos.

Efectivamente el mariscal Davout, precedido de veinte bocas de fuego, se puso en marcha á la cabeza de las divisiones de Compans y Dessaix, y siguió á lo largo de los bosques atravesados á la

sazon por Poniatowski en su espesura. Llegado al linde por caminos arduos, aproximóse á aquella de las tres flechas que estaba mas á la derecha, cogiéndola por el costado para arrebatarla de pronto. Despues de alejar á los tiradores enemigos, haciendo avanzar á los suyos, formó la division de Compans en columnas de ataque, y dejó la division de Dessaix de reserva, para que guardara su flanco y su espalda. Apenas estuvo la division de Compans á alcance del enemigo, acogióla súbitamente un fuego terrible, partido de las tres flechas y de las líneas de los granaderos de Woronzoff. Su bizarro general fué derribado de un balazo: casi todos sus oficiales quedaron heridos, y las tropas sin direccion por un momento, aunque no flaquearon nada. Viéndolas el mariscal indecisa y sabiendo la causa, corrió á reemplazar al general Compans, y empujó al 57.º sobre la flecha de la derecha. Este regimiento entró allí á bayoneta calada y mató á los artilleros rusos sobre sus cañones; pero en el mismo instante una bala hirió al caballo del mariscal Davout, é hizo á este una fuerte contusion que le privó del sentido.

Enterado al punto Napoleon de esta circunstancia, envió al mariscal Ney la orden de atacar sin demora, y despachó á Murat para que reemplazara al mariscal Davout, y á su ayudante de campo Rapp para reemplazar al general Compans. Murat, cuyo corazon era excelente, dirigióse de prisa adonde se hallaba el mariscal su enemigo, pero le halló repuesto del primer desvanecimiento, y persistiendo, á pesar de sus horrosos dolores, en seguir á la cabeza de sus soldados. Apresuróse el rey de Nápoles á comunicar esta buena nueva al

emperador, quien la recibió con satisfacción muy viva. A la sazón Ney, con la división de Ledru al frente, la división wurtembergesa á la espalda, y la división de Razout á la izquierda, encaminóse hácia la flecha de la derecha, que acababa de conquistar el 57.º y que en presencia de los granaderos de Woronzoff conservaba con gran trabajo. Allí entró personalmente con el 24.º de ligeros, y se sostuvo á pesar de los esfuerzos de los granaderos citados, vueltos diversas veces á la carga. Se batieron á bayonetazos y con verdadera furia. En medio de la refriega estaba el intrépido é invulnerable Ney como un capitán de granaderos. En este instante habia acudido Neveroffski en ayuda de los granaderos de Woronzoff con su división bizarra, y todos juntos se lanzaron sobre la disputada obra y estuvieron á punto de recuperarla. Pero Ney hizo avanzar á la división de Marchand, y desembocando con ella á derecha é izquierda de la flecha, consiguió repeler á los rusos. Al mismo tiempo envió á la división de Razout sobre la flecha de la izquierda, y vino á ser tan violento allí el combate como en la flecha de la derecha.

Viéndose amenazado por fuerzas formidables desde las primeras detonaciones de la artillería el príncipe Bagration, opuesto á los mariscales Ney y Davout, retiró algunos batallones del sétimo cuerpo, el de Raefskoi, situado entre Semenovskoié y el gran reducto, hizo avanzar á los granaderos de Mecklenburgo, á los coraceros de Douka, al 4.º de caballería de Siewers, y dirigió á la división de Konovnitsin, que formaba parte del cuerpo de Touczkoff, sobre Outitzá. Ni un instante perdió en comunicar al general en jefe Kutusof lo que acon-

tecía hácia su lado, á fin de que le enviara nuevos socorros.

Con ayuda de estas fuerzas reunidas afanáse lo indecible para recuperar las dos flechas, conquistadas por los franceses. Ya no se batian en las obras disputadas, demasiado estrechas para servir de campo de batalla, sino á la derecha, á la izquierda, hácia adelante, empleando ora el fuego de fusilería, ora las cargas á la bayoneta. Ocupando Ney la flecha de la derecha con la división de Ledru y la de Compans, que Davout le habia devuelto, no habia podido trasladarse á la flecha de la izquierda, acometida y ganada por la división de Razout. Como los refuerzos de los rusos se dirigian en masa sobre esta, la arrebataron y repelieron á los soldados franceses. Hasta el borde de la meseta, sobre la cual se elevaban las tres flechas, les hicieron retroceder los coraceros de Douka. Afortunadamente Murat, enviado por Napoleon hácia este punto, para juzgar del momento en que podria maniobrar la caballería, llegaba al galope, seguido solo por los ginetes ligeros del general Bruyère. A la vista de nuestros soldados en retirada y casi en derrota, echó pié á tierra, los junta y los lleva adelante. Despues de volverlos á poner en línea, les manda hacer muy de cerca fuego mortífero contra los coraceros de Douka, luego lanza sobre ellos la caballería de Bruyère y consigue así barrer el terreno. De seguida hace tocar á carga, y espada en mano, guía personalmente á los soldados de Razout á la posición evacuada. Se vuelve á entrar allí con furia, se mata á los artilleros rusos sobre sus cañones, y otra vez se gana la posición para no perderla. Durante estas proezas de Murat, no te-

niendo Ney á la mano mas que la caballería wurtembergesa del general Beurman, la lanza sobre las líneas de Neveroffshoie y de Woronzoff, las atropella unas sobre otras y las obliga á replegarse.

Merced á estos actos vigorosos, acababa de restablecerse el combate en ambos puntos. Tomando Murat hácia este lado, de acuerdo con Ney la dirección de la batalla, ordenó al general Nansouty superar todos los obstáculos del terreno, trepar las pendientes erizadas de maleza, é ir á situarse á la derecha de las obras ganadas, porque mas allá se tenia delante una especie de llanura ligeramente inclinada hácia los rusos, y allí podia prestar la caballería grandes servicios, disponiendo ahora Ney de las divisiones de Compans y de Dessaix, que ya no podia guiar Davout á pesar de su insistencia en permanecer en el fuego, las condujo hácia la derecha. Allí juntó los westfalianos, que tenia á la espalda, y trató de alargar la mano al príncipe Poniatowski, cuya artillería se empezaba á oír por entre los bosques de Outitza.

De esta suerte se ganó terreno extendiéndose oblicuamente á la derecha. Dueños de las alturas, ya teniamos sobre los rusos la ventaja de los fuegos de arriba abajo, y con presteza se puso en línea, no solo la artillería de todos los cuerpos, sino tambien la de reserva, que al principio de la acción situóse en nuestras baterías de tierra. Menos bien dirigidos eran los fuegos con que nos respondieron los rusos, pero igualmente nutrido, y muy en breve hácia este lado se hizo espantoso el cañoneo. Mientras se seguia el avance, Ney por la derecha, Murat por la izquierda, se aproximaron al barranco de Semenoffskoie, y rebasaron la tercera

flecha, que formaba hácia atrás una vuelta, con lo que naturalmente cayó en nuestras manos. Pero, en posición semejante, del todo nos hallábamós bajo los fuegos de la aldea de Semenoffskoie, y bajo los del cuerpo de Raefskoi, que ocupaba el lado opuesto del barranco, y se extendia desde la aldea de Semenoffskoie hasta el gran reducto.

Murat y sus tropas sufrían mucho de resultas. No teniendo infantería á la mano, y descubriendo que por allí el barranco de Semenoffskoie era poco hondo, hizo que su gefe de estado mayor Belliard trajera la caballería de Latour-Maubourg, le ordenó cruzar el barranco, cargar á la infantería rusa, quitarla sus cañones, y volverse en el caso de juzgar imposible la conservación de aquel puesto. Para ayudarle en tan peligrosa empresa, reunió toda la artillería montada, agregada comunmente á la caballería, y la situó al borde del barranco, de modo de proteger á nuestros escuadrones.

Obedeciendo Latour-Maubourg la señal de Murat, bajó con los coraceros sajones y westfalianos al barranco de Semenoffskoie, remontó el lado opuesto, cayó sobre la infantería rusa, rompió dos de sus cuadros y forzóla á replegarse. Pero despues de alejarla, se vió obligado á tomar la vuelta para no quedar solo, y expuesto á todos los golpes del ejército ruso.

Mientras pasaban estos sucesos delante y á la derecha de las tres flechas, á la izquierda el príncipe Eugenio, habiendo hecho cruzar desde por la mañana á los divisiones de Morand y de Gudin el Koloeza, dirigió la división de Morand sobre el gran reducto, y dejó la de Gudin al pié de la obra, con la intención de economizar sus recursos. Guia-

da la division de Morand por su gefe, trepó al paso al montecillo coronado por el formidable reducto, y aguantó con admirable sangre fria el fuego de ochenta cañones. Marchando esta heroica division por medio de una nube de humo, que apenas permitia al enemigo descubrirla, llegó muy cerca del reducto, y cuando ya estaba á alcance de acometerlo, el general Bonamy á la cabeza del 30.º de linea lanzose allí á la bayoneta, y se apoderó de él matando ó ahuyentando á los rusos que estaban en su custodia. Desembocando entonces toda la division á derecha é izquierda, rechazó á la division de Paskewitch del cuerpo de Raefskoi, el cual se hallaba así arrollado de una parte por Morand, y de otra por los coraceros de Latour-Maubourg.

Decisivo era el instante y la batalla podia ser ganada con resultados muy grandes, aunque apenas eran las diez de la mañana. Efectivamente, en el centro estaba tomado el gran reducto; á la derecha tambien se hallaban ganadas las tres flechas, y se dirigia hácia la aldea de Semenoffskoie un vigoroso esfuerzo; pasando con fuerza bastante el barranco que Latour-Maubourg acababa de pasar á la aventura, y era incapaz de defender el destruido cuerpo de Raefskoi, se podia abrir un honrado agujero en la linea enemiga, y penetrar allí como un torrente, yendo hasta Gorki, mas allá de Borodino, y encerrar el centro y la derecha del ejército ruso, que á la sazón no hacian nada, en el ángulo formado por el Kolozza y el Moscowa. Desde donde Murat y Ney se hallaban situados, es decir, desde el borde del barranco de Semenoffskoie, donde formaban un ángulo entrante en la linea rusa, veian hácia atrás los cuerpos de

Doctoroff, de Bagowouth, de Ostermann; veian los parques y los bagages del ejército ruso, agrupados sobre el camino nuevo de Moscou, que comenzaban á emprender la retirada, y ardian en impaciencia al aspecto de tantos resultados posibles, casi ciertos, que se podian obtener en media hora, pero que en media hora tambien se podian desperdiciar para siempre.

Desgraciadamente ni estaba allí Napoleon, ni aquel era su puesto, fuerza es confesarlo, porque allí habian ya sucumbido veinte generales y coroneles. Milagro era que Ney y Murat estuviesen en pié todavia, y fuera poco sensato hacer que de una bala dependiera la suerte del ejército y del imperio. Se hallaba en Schwardino, donde tambien pasaban no pocos proyectiles, y desde donde descubriria mejor el conjunto de la batalla. Murat y Ney le enviaron á pedir por conducto del general Belliard todos los refuerzos que tuviera disponibles, inclusa la Guardia, si no tenia otro recurso, porque, si se les dejaba obrar libremente, en menos de una hora le ganarian mas trofeos que habia conquistado en ningun campo de batalla.

Habiéndose trasladado Belliard á Schwardino, halló á Napoleon, á quien fatigaba un fuerte constipado, con menos ánimos que sus lugartenientes, menos convencido de que tan pronto se pudiera ganar la batalla. Le parecia extraordinariamente prematuro que se le hicieran dar sus reservas á las diez de la mañana. Desde Schwardino no podia descubrir lo que Ney y Murat descubrían desde el punto en que se hallaban claramente, y se inclinaba á creer que en esta jornada, como en la de Eylau, habria que maniobrar poco, y que cañonear

mucho, y por tanto que con la artillería se llegaría á aniquilar al ejército ruso. De cuanto se le pedía, no concedió mas que la division de Friant, única reserva que le quedaba sin contar la Guardia. Si en vez de confiar dos de las divisiones de Davout al príncipe Eugenio, poco capaz de servirse de ellas, y que, de tres que tenía á la derecha del Koloza, dejaba ociosas dos en un barranco, le hubiese dado una menos, y enviase las divisiones de Gudín y de Friant á Semenoffskoie, quizá con ellas Murat y Ney lo hubiesen decidido todo. Sea como quiera, Belliard volvió cerca de Murat, encontró á la division de Friant en marcha hácia Semenoffskoie, y produjo con lo que dijo mas de un movimiento de impaciencia, mas de una especie harto significativa por parte de los dos héroes de esta sangrienta é inmortal jornada.

Durante estas peripecias, Kutusof, que se hallaba á la mesa algo detrás del campo de batalla, mientras Barclai y Bagration se exponían á un vivísimo fuego, también estaba obsediado por las mas apremiantes instancias para que cerrase con sus reservas los agujeros formados en su línea. Tras de las reiteradas solicitudes de Barclai de Tolly y de Bagration, y por consejo del coronel Toll, destacó de la Guardia, que estaba en Psarewo, los regimientos de Lithuania y de Ismailow, los coraceros de Astrakan, los de la Emperatriz y del Emperador, y además una fuerte reserva de artillería, y enviólos á Semenoffskoie. Decidido estaba igualmente á retirar de la extrema derecha el cuerpo de Bago-wouth, y encaminó las dos divisiones de que se componía, una, la del príncipe Eugenio de Wurtemberg, hácia Semenoffskoie, otra, la de Olsou-

ief, hácia Outitza, á fin de ayudar al general Touczkoff á resistir al príncipe Poniatowski. Finalmente, estrechado por Platow y Ouderoff, que se hallaban á la extrema derecha del ejército ruso, apostados sobre las alturas protegidas por el Koloza, y veían desguarnecida nuestra izquierda, y se impacientaban por aprovecharse de esta circunstancia, permitiéoles pasar el Koloza con la caballería, y hacer una diversion, cuyo efecto podía ser grande por lo imprevisible. Estas providencias, arrancadas á la sagacidad indolente del generalísimo ruso, eran por desgracia las mas convenientes en aquella coyuntura, si no para alcanzar el triunfo, al menos para impedir que lo alcanzáramos nosotros.

Entretanto los generales, encargados del mando sobre el terreno, hacían por ambas partes prodigios de valor y de inteligencia. Barclai de Tolly y Bagration habían determinado reconquistar el gran reduto y las tres flechas á toda costa. Con este fin previno el primero al príncipe Eugenio de Wurtemberg, cuya division estaba destinada al centro, que se dirigiera inmediatamente á Semenoffskoie, para cerrar el agujero. Al propio tiempo, su gefe de estado mayor Yermoloff y el jóven Kutaisoff, comandante de su artillería, acudieron presurosos á rehacer el cuerpo de Raefskoi puesto en derrota, y tomando á Doctoroff, apostado en las inmediaciones, la division de Likatcheff, marcharon sobre el gran reduto, conquistado por la division de Morand. Por desgracia esta acababa de perder á su gefe de una herida grave. Establecido el 30.º de línea en el reduto, se encontraba allí privado del apoyo de los otros dos regimientos,

dejados á izquierda y derecha y muy á la espalda. Al par la division de Gudín estaba á la derecha en un barranco, la division de Broussier á la izquierda á orillas del Kolocza, ambas inactivas por culpa del príncipe Eugenio, valeroso como el que más, pero sin la experiencia y sin la ardiente actividad que se requieren para estos momentos decisivos. A vista de esto Yermoloff y Kutaisoff, marchando á la cabeza del regimiento de Ouja, y de la infantería de Raefskoi ya rehecha, se lanzan sobre el 3.º que, establecido sobre el respaldo del gran reducto, conquista suya, nada tenia para cubrirse. Este bravo regimiento, á las órdenes del general Bonamy, se mantiene firme al principio. Agobiado de metralla, á la cual no puede responder por falta de artillería, se ve obligado á ceder al número, cuando Yermoloff y Kutaisoff se le echan encima á la bayoneta. El intrépido Bonamy permanece en el reducto al frente de algunas compañías, y cae atravesado por muchos bayonetazos. Imaginando los rúso que es el rey Murat prorumpen en gritos de alborozo, y le perdonan la vida para que les sirva de trofeo. En el mismo instante lanzan á derecha é izquierda el 2.º cuerpo de caballería del general Korff, el 3.º del baron de Kreutz, y fuerzan á retroceder á los otros dos regimientos de Morand, situados á ambos lados del gran reducto. Esta valiente infantería se halla á punto de ser rechazada á la falda del montecillo, cuando llega al cabo al frente de la division de Gudín el príncipe Eugenio, mandada por el general Gerard desde el combate de Valoutina. El 7.º de ligeros toma posición á la izquierda del reducto, y el resto de la division á la derecha. Llegando aquel regimiento á la hora en

que la caballería rusa se arroja sobre los restos de la division de Morand, forma en cuadro, recibe á los ginetes enemigos con un furoz a quema-ropa y les obliga á retroceder camino. A la derecha el general Gerard, con los otros regimientos de su division, rehace las tropas de Morand y ataja los progresos de los rusos, que no pueden desalojarnos de la meseta, y se ven reducidos á contentarse con la recuperación del gran reducto.

Caro costó este triunfo á los contrarios, pues cayeron el general Yermoloff gravemente herido, y el jóven Kutaisoff muerto, lo cual era una pérdida sensible para los rusos. Acudiendo á la sazón Barclai con el príncipe Eugenio de Wurtemberg y hallando recuperado el reducto, situó al príncipe entre este punto y la aldea de Semenoffskoie, para llenar el hueco dejado por las divisiones de Pas-kewitch y de Kolioubakin, que componian el cuerpo de Raefskoi casi destruido del todo. Hacia este punto era entonces el fuego espantoso, porque Murat, con toda la artillería de las divisiones de Ney, con la artillería montada de la Guardia, llenaba de proyectiles aquel espacio abierto un momento por el sable de los coraceros de Latour-Maubourg, y al cual hubiera querido precipitarse con todas las reservas de las tropas francesas. Habiendo cerrado Barclai el agujero con la infantería del príncipe Eugenio de Wurtemberg, se mantenía allí inmóvil, bajo un fuego cual no se recordaba haber visto en veinte años de guerra, y mientras sus oficiales caian en torno suyo, experimentaba una especie de placer en rechazar tan nobiemente las indignas calumnias de sus ingratos compatriotas.

Por su parte Bagration, habiendo recibido la

division de Konownitsin, perteneciente al cuerpo de Touczkoff, y ademas los regimientos de infanteria y de caballeria de la Guardia, habia jurado morir ó recuperar tambien las tres flechas, situadas á su izquierda y á nuestra derecha. Por un lado hizo avanzar á Konownitsin, por otro los granaderos de Mecklenburgo, y á la caballeria de Siwers y á los coraceros de Douka juntó los tres regimientos de coraceros de la Guardia. Pero tenia que habérselas con Murat y Ney, que contaban á su izquierda con Latour-Maubourg y Friant, hácia el centro con las divisiones de Razout, Ledru y Marchand, y finalmente á la derecha con las divisiones de Compans y Dessaix, con los coraceros de Nansouty y la infanteria westfaliana. Ademas puso Murat en linea la caballeria de Montbrun, porque, segun hemos dicho, pasadas las alturas, se dilataba en terreno bastante unido y algo inclinado hácia los rusos. En breve se hizo terrible el combate por este punto, y nada en la memoria de nuestras gentes de guerra se parecia á lo que pasaba ante sus ojos. Metiéndose la division de Friant en el barranco de Semenoffskoie, lo traspuso, y sin tomar las ruinas de la aldea, se desplegó á derecha é izquierda bajo un fuego espantoso de fusileria y de artilleria. Viendo caer el valiente Friant á su jóven hijo á su lado, hizo que se lo llevaran, y continuó manteniéndose en medio de sus tropas, cuyo despliegue dirigia. Todos los esfuerzos de los rusos no alcanzaron á que se moviera ni á que abandonara la posicion de Semenoffskoie. En el mismo instante los granaderos de Mecklenburgo y la infanteria de Konownitsin atacaban á la bayoneta á las tropas de Ney para procurar despejarlas de las

tres flechas, y alternativamente victoriosas ó vencidas estas tropas disputaban el terreno con un encarnizamiento extremado. Uno de los Touczkoff cayó combatiendo á la cabeza del regimiento de Revel: era hermano del que habia quedado prisionero en Valoutina, y del que defendia á la sazón á Outitza contra Poniatowski.

Queriendo ya Murat y Ney terminar la batalla por este punto, se deciden á ordenar un vasto movimiento de caballeria. A la derecha los coraceros de Saint-Germain y de Valencia, á las órdenes de Nansouty, se lanzan al galope: á la izquierda los de los generales Vathier y Defrance se arrojan del propio modo: se estremece la tierra bajo los pasos de estos ginetes poderosos. Parte de la caballeria rusa queda rota: la otra parte, compuesta de los regimientos de Lithuania y de Ismailow, resiste y sostiene el choque. Mézclanse unos con otros: se adelantan hasta nuestras lineas los coraceros rusos, y se les rechaza, sin que lleguen á romper ni uno solo de nuestros cuadros. Se hace mortífera la refriega, y las victimas son tan numerosas como ilustres. Montbrun, el héroe Montbrun, el mas brillante de nuestros oficiales de caballeria, cae mortalmente herido por una bala. Rapp, que habia llegado á mandar las tropas del general Compans, recibe cuatro heridas. Dessaix, que deja sus propias tropas, con el fin de reemplazarle, se siente herido á su turno. Ya solo quedan generales de brigada para el mando de las divisiones. En medio de semejante carniceria, Murat y Ney, como si fueran invulnerables, están siempre en pié, siempre entre el fuego, é ilesos. Friant, hombre singular, modelo de todas las virtudes guerreras, único

de los antiguos gefes del cuerpo de Davout aun no tocado, pues Davout acababa de quedar fuera de combate, Morand estaba gravemente herido, y Gudin habia muerto en Valoutina, cae a su vez y es llevado al mismo hospital de sangre, donde se prodigan cuidados á su hijo. Murat corre á la division de Friant, que se halla sin gefe. Un jóven holandés, el general Vandedem era quien debia mandarla. Valeroso, pero falto de experiencia, se apresura á ceder tal honor al gefe de estado mayor Galichet. Este toma el mando en el instante en que Murat llega. Mientras hablan los dos, pasa una bala por entre ellos y les corta la palabra.—No se está bien aqui, dice Murat sonriendo.—Aqui estaremos sin embargo, responde el intrépido Galichet.—En el mismo instante caen en masa los coraceros rusos. Solo tiene tiempo la division de Friant para formarse en dos cuadros enlazados por toda una linea de artilleria. Murat se mete en el uno y el gefe Galichet en el otro, y reciben durante un cuarto de hora con imperturbable sangre fria las cargas furiosas de la caballeria rusa.—¡Soldados de Friant, grita Murat, sois héroes!—¡Viva Murat! ¡Viva el rey de Nápoles! responden los soldados de Friant. Asi se ocupaba por nuestra parte, á falta de mas considerables fuerzas, todo el campo de batalla, que se extendia desde Semenoffskoie hasta los bosques de Outitza. De repente una gran victima cayó entre los rusos. Bagration fué herido mortalmente y se le llevaron en medio de los gritos de dolor de sus soldados, que le profesaban cierta especie de idolatria. A su vez se hallaba sin gefe el segundo ejército ruso. Llamóse á Raeffskoi, pero no podia abandonar los restos del sétimo cuerpo, que

ocupaba siempre con el principe Eugenio de Wurtemberg el trecho entre el gran reducto y la aldea de Semenoffskoie. Entonces se envió á buscar al general Doctoroff para que reemplazara á Bagration.

En este momento sabian los rusos que Ponia-towski, despues de cruzar los bosques, habia tomado las alturas de Outitza á Touczkoff, privado de la division de Konownitsin, sin habersele aun juntado la segunda de Bagowouth, mandada por Olsoufief; que Touczkoff, el mayor de los tres hermanos habia muerto, con lo cual eran dos los fenecidos en la misma jornada, y tres los perdidos para la familia en el espacio de quince dias. En la confusion que se experimentaba, pidióse á voz en grito, y se hizo partir inmediatamente el resto del cuerpo de Bagowouth, esto es, la division del principe Eugenio de Wurtemberg, que no habia cesado de ocupar bajo un fuego terrible de artilleria, el espacio casi abierto entre Semenoffskoie y el gran reducto.

Este espacio de tan alta importancia, que los rusos se esforzaban por cerrarnos de continuo, donde Raeffskoi habia perdido la mayor parte de su gente, y donde el principe Eugenio de Wurtemberg acababa de perder la mitad de la suya, estaba próximo á abrirse delante de nosotros. De nuevo nos ofrecia la fortuna una ocasion decisiva, y llevando toda la Guardia imperial sobre este punto, se podia aun penetrar á golpe cierto en las entrañas del ejército ruso. ®

Ney y Murat enviaron á proponer por segunda vez á Napoleon esta maniobra. Este, viendo llegada á madurez la batalla, acogió la propuesta de sus

lugartenientes, y expidió las primeras órdenes para que fuera ejecutada. Hizo que avanzase la division de Claparede y la Jóven Guardia, dejó á Schwardino, y se puso personalmente á su cabeza. Pero de repente sobrevino un tumulto espantoso á la izquierda del ejército y mas allá del Kolocza. Mirando hácia aquella parte, se vieron cantineros en fuga y bagages desordenados; se oyeron gritos, y se notaron en suma todas las señales de una derrota. Ante esta perspectiva, dispuso Napoleon que la Guardia no se moviera de su puesto, y se lanzó al galope con el fin de saber lo que acontecia. Despues de algun tiempo acabó por averiguarlo. Autorizadas por Kutusof las dos caballerias de Platow y de Ouvaroff cruzaron el Kolocza hácia nuestra izquierda desguarnecida, y cayeron Platow sobre nuestros bagages, y Ouvarof sobre la division de Delzons. Esta division valerosa, despues de conquistar por la mañana á Borodino, aguardaba descansando sobre las armas que aun se pidiera á su decision alguna cosa. En la imposibilidad de prever exactamente lo que iba á pasar hácia aquella parte, no quiso privarse Napoleon de su reserva. A Ney y á Murat envió cuanto le quedaba de la artilleria de la Guardia, hizo avanzar á la division de Claparede, pronta á dirigirse á la derecha sobre Semenoffskoie ó á la izquierda sobre Borodino, y se mantuvo personalmente á la cabeza de la infanteria de la Guardia, en espera de lo que pasara á la izquierda del Kolocza, adonde acababa de dirigirse el principe Eugenio.

Al primer ruido de esta irrupcion repentina, dejó el virey el centro, y pasando á la orilla izquierda del Kolocza, se trasladó á Borodino con toda la ve-

locidad de su caballo. Pero ya halló á sus regimientos formados en cuadro y aguardando al enemigo á pié firme. A la vista de los numerosos escuadrones rusos, la caballeria ligera del general Omano, muy débil para resistir á los ocho regimientos de caballeria regular de Ouvaroff, se replegó sucesivamente y con orden sobre nuestra infanteria. Los croatas, que estaban á las orillas del Kolocza, y á quienes la caballeria rusa presentaba el flanco en su arriesgado movimiento, la saludaron con un fuego bien nutrido. Entonces lanzose esta caballeria sobre el 84.º de línea, el que por el año de 1809 hizo en Gratz tan excelente resistencia, le halló formado en cuadro, y fué inútilmente á sufrir su fuego, sin atreverse á pesar de todo á arrostrar sus bayonetas. El resto fué á remolinarse en torno del 8.º de ligeros y del 92.º de línea, y se retiró despues de algunas evoluciones, desesperando de obtener ningun resultado. Ya la verdad no era prudente obstinarse contra tal infanteria sin mas que caballeria solo, y hacer una demostracion era lo único que podian prometerse. Se habia hecho y pagado con algunos hombres, muertos unos por nuestra fusileria y nuestra metralla, cogidos otros á la vuelta por nuestros ginetes ligeros, que acuchillaban á los menos listos en reparar el Kolocza.

Vana como era esta tentativa, nos costó mucho mas de una hora, interrumpió el movimiento de la Guardia, y dió tiempo á Kutusof, que se ilustraba lentamente, pero que se ilustraba al cabo, para llevar al centro el cuerpo de Ostermann, dejado inútilmente á su derecha y frente por frente de nuestra izquierda. Tambien habia puesto en marcha toda la Guardia imperial rusa para cerrar el alar-

mantisimo agujero de Semenoffskoie. Por nuestra parte, Ney y Murat vieron cerrarse nuevamente este agujero, y despechados no dejaron de criticar á Napoleon ausente, y ocupado hácia otra parte en cuidados de que no tenian noticias.

Pasada era ya, pues, la ocasion del todo, y esta vez por uno de los accidentes fortuitos, que con razon se llaman favores ó desfavores de la fortuna.

Napoleon, que habia enviado cerca de Murat y de Ney al mariscal Bessiéres, y que por su conducto acababa de saber que habia sido reforzado de nuevo el centro de los rusos, y que las miras de Murat y de Ney no eran ya ejecutables (aun cuando para Bessiéres no lo fueron nunca) ordenó al príncipe Eugenio hacer lo único que á la sazón le pareció mas adecuado para poner término á la lucha, y era tomar el gran reduto del centro, pues fundadamente pensaba que, arrancado este punto de apoyo á la línea rusa, se acabaria por romperla de un modo ó de otro. Murat tenia bajo la mano una inmensa cantidad de artillería, toda la de las divisiones de infantería que estaban á su lado, toda la de la caballería y ademas toda la de las reservas de la Guardia. Napoleon envióle á decir que agobiara á metrallazos á las fuertes columnas que se venian cerca, y luego que estuviera pronto á lanzar su caballería sobre ellas en el instante decisivo, pues se iba á tomar por asalto el gran reduto.

Este instante decisivo se acercaba al cabo. Por una parte Murat habia colocado sobre su izquierda y á lo largo del barranco de Semenoffskoie, junto al cual la division de Friant no cesó de mantenerse firme, toda la artillería con que se le habia provisto, y detrás de esta artillería los tres cuerpos de

los generales Montbrun, Latour-Maubourg y Grouchy, aguardando la orden de trasponer el barranco y de lanzarse sobre las líneas de la infantería rusa. Por otra parte, el príncipe Eugenio, concentrando sobre la derecha del gran reduto las divisiones de Morand y de Gudin, llevó sobre la izquierda del mismo reduto á la division de Broussier, enteramente fresca, é inflamada en deseos de distinguirse á su turno. Esta division se hallaba emboscada en un barranco, y pronta á arrojarse á la primera señal sobre los parapetos de la obra que iba á ser conquistada. Eran cerca de las tres de la tarde, y se contaban ya nueve horas de esta horrible carnicería. Murat y Ney vomitaban el fuego de doscientos cañones sobre el centro de los rusos. Todo el cuerpo de Doctoroff habia sido llevado detrás del reduto, y aunque padeciera en sumo grado, aun padecia menos que el cuerpo de Ostermann situado al descubierto entre el reduto mismo y Semenoffskoie. A muy corta distancia, la de la anchura del barranco, se veia á los rusos caer en el cuerpo de Doctoroff y en el de Ostermann por centenares, así como en las filas de la Guardia, desplegada á la espalda y recibiendo los tiros que habian perdonado á la primera línea. Murat y Ney, protegidos hasta entonces por una especie de milagro, llenos de júbilo al ver el efecto de sus cañones, duplicaban sus disparos. Creyendo ya sobradamente conmovida la línea rusa, se decide finalmente á volver á empezar el ataque de caballería, de que tan airoso habia salido el general Latour-Maubourg por la mañana. Primeramente lanza el segundo cuerpo de caballería, á cuyo frente habia reemplazado á Montbrun el general Caulaincourt, hermano del

duque de Vicencio. Al cuerpo de Latour-Maubourg ordena que sostenga al segundo y al de Grouchy que se prevenga á sostener á ambos. Por lo que hace á la caballería de Nansouty, ya hemos dicho que estaba á la derecha de Ney. A la señal convenida, cruza Caulaincourt el barranco, desemboca á la otra parte, y carga sobre cuanto encuentra con los regimientos 5.º, 8.º y 10.º de coraceros. Le sigue el general DeFrance con dos regimientos de carabineros. Todo aquel espacio queda cruzado en un abrir y cerrar de ojos: rotos son algunos restos del cuerpo de Baefskoi, todavía en pié sobre esta parte del terreno: hechas pedazos quedan la caballería de Korff y la del baron de Kreutz, y nuestros ginetes á rienda suelta, pasan mas allá del gran reduto. Ante este espectáculo, el general Caulaincourt, viendo detrás la infantería de Likatcheff, que guardaba esta obra, revuelve sobre ella por medio de un repentino movimiento á la izquierda, y la acuchilla al frente del 5.º de coraceros. Por desgracia cae herido de muerte. La infantería de Morand y de Gudin, situada á la derecha del gran reduto, prorrumpe en gritos de alegría y de admiración al ver retuir los cascos de nuestros coraceros al otro lado. Por su parte el principe Eugenio, que estaba á la izquierda, se pone al frente del 9.º de línea, el que habia suministrado los braves tiradores de Ostrowno, le dirige algunas palabras vehementes, le hace trepar el montecillo á toda prisa, y aprovechándose del tumulto del combate, del espesor del humo, escala los parapetos del reduto, y los supera en el instante en que el 5.º de coraceros acuchillaba á los infantes de la division de Likatcheff. Los tres batallones del 9.º caen á la bayoneta sobre

los soldados de esta division, cogen algunos prisioneros, matan mayor número, y vengan al 30.º de línea de sus desdichas de la mañana. Tambien iban á vengar al general Bonamy en la persona del gefe de la division, general Likatcheff, pero al aspecto de aquel anciano venerable caido en sus manos, le dejan la vida y le envian al emperador. Se alinean en batalla sobre el respaldo del reduto, y llegan á asistir al terrible combate de caballería empeñado entre la Guardia de á caballo rusa y nuestros coraceros.

Con efecto, desplegada toda la Guardia rusa de á caballo, se precipita sobre nuestros coraceros y los carga á fondo, pasando bajo el fuego de fusilería del 9.º y les obliga á ceder. A las órdenes del general DeFrance la hacen retroceder los carabineros. Cada vez que pasa y repasa, recibe los tiros de fusil del 9.º Incomodada por el fuego de este regimiento, quiere cargarle para librarse de él, pero la detienen sus balas. Nuestros coraceros llegan en auxilio del 9.º y al desfilar por delante, le gritan.—¡Viva el 9.º!—A lo que este responde.—¡Vivan los coraceros!—A su vez carga la caballería de Grouchy, ve á su valiente general derribado de un tiro, continúa avanzando, y llega á las líneas de la infantería rusa, formada en masa tan compacta que no se puede esperar penetrar en ella. Pero todo cuanto se halla entre las dos es barrido, y la caballería contraria vése forzada á buscar asilo detrás de su infantería.

Durante este tiempo el 9.º situado solo delante del gran reduto sufre cruelmente. Al fin le prestan apoyo las divisiones de Morand y Gudin dejadas á la derecha; se trasladan mas allá del re-

ducto, mientras, formando Murat y Ney ángulo con ellas, ganan terreno poco á poco, trasponen el barranco de Semenoffskoie, y siguen por su derecha hácia adelante, de esta suerte nuestro ejército forma una línea plegada, que envuelve en un ángulo de fuego al ejército ruso diezclado de una manera horrorosa. Lentamente retrograda bajo una metralla horrible y va á pegarse al lindé del bosque de Psarewo. Ya no se le carga, y en espera de un movimiento decisivo, se pone en línea la artillería de todos los cuerpos y se hacen converger trescientos cañones contra los rusos. Bajo el diluvio de proyectiles que les agobia, todos permanecen inmóviles y formados en masa cerrada.

A la sazón la batalla está ganada de seguro, pues se halla en nuestro poder todo el campo. A la extrema derecha, por el lado del bosque, después de un sangriento combate habia acabado Poniatowski por tomar posición delante de Outitza sobre el camino antiguo de Moscou: á la extrema izquierda la division de Delzons ocupaba siempre á Borodino, y en el punto esencial, esto es, entre el gran reducto y las tres flechas que se habian tomado, se tenia el grueso del ejército ruso arrinconado junto al lindé del bosque de Psarewo y expirando bajo el fuego de trescientos cañones. Sin embargo aun quedaban de luz muchas horas, y bien que ya no se ofreciera, como dos veces durante esta jornada, la ocasion de una maniobra decisiva, acometiendo de nuevo al ejército ruso por la derecha y hácia adelante con una masa de tropas frescas, se le podía arrollar sobre el Moskowa, haciéndole sufrir un verdadero descalabro. Ciertamente merecía nuevos sacrificios, cualesquiera que fue-

sen, un resultado de tanto bullo, pues ante una victoria completamente destructiva para las armas rusas, lo probable era que alojara la constancia de Alejandro. Pero para ello habia que emplear la Guardia imperial toda, contando diez y ocho mil hombres de infantería y de caballería, no entrados en pelea. A la izquierda en la division de Delzons, al centro en las divisiones de Broussier, Morand y Gudin, á la derecha en la division de Dessaix quedaban tropas, que, á pesar de haber peleado, todavía estaban capaces de un gran esfuerzo, sobre todo si debia ser decisivo. Para este instante supremo valieran tanto como tropas frescas las que solo se hallaban medio cansadas. Por su parte la Guardia podia hacer prodigios, y solicitaba hacerlos. Napoleon, para quien la altura del sol en el horizonte era una razon tan apremiante como las instancias de sus lugartenientes, y por decirlo así un cargo, montó á caballo para examinar por sí mismo el campo de batalla. Mucho le molestaba el constipado de que se sentia acometido, pero no de modo que paralizara su poderosa inteligencia. Sin embargo los estragos de esta horrorosa batalla, sin ejemplo hasta para él, aun cuando las habia visto tan sangrientas, dejaron como pasmado su genio. Ni un solo instante habia pasado sin que se le llegara á anunciar que algunos de los principales oficiales del ejército quedaban fuera de combate. Tales fueron los generales y oficiales superiores Planzonne, Monthron, Caulaincourt, Romeuf, Chastel, Lambert, Compère, Bessieres, Dumas, Canouville, muertos; tales fueron el mariscal Davout, los generales Morand, Friant, Compans, Rapp, Belliard, Nansouty, Grouchy, Saint-Germain, Bruyère, Pa-

jol, DeFrance, Bonamy, Teste, Guillemintot, gravemente heridos. El teson de los rusos, aun no siendo inesperado, tenia un carácter siniestro y terrible, que le inspiraba serios temores, pues, para honra de la naturaleza humana, en el patriotismo vencido, bien que furioso, hay algo que impone hasta al agresor mas temerario. Asi Napoleon, en aquel estado de irresolucion tan nuevo para él, pareció inexplicable á los que estaban en rededor suyo, hasta el extremo de querérselo explicar diciendo que estaba malo. Sin cuidarse de lo que se pensaba á su lado, recorrió al galope la linea de las posiciones tomadas, vio arrinconados á los rusos, si bien apretados en masa é inmóviles, no ofreciendo fácil acometida por ninguna parte, aun cuando de resultas de un postrer choque dado oblicuamente pudieran ser lanzados en desorden hácia el Moskowa. Sin embargo se ignoraba despues de todo, si la desesperacion triunfaria de los diez y ocho mil hombres de la Guardia, si por tanto se la sacrificaria inútilmente para degollar á algunos miles mas de enemigos; y no guardar entero el solo cuerpo que aun estaba intacto á tanta distancia de su base de operaciones, pareció á Napoleon una temeridad en que las ventajas no compensaban el peligro. Asi dijo, volviéndose á sus oficiales.—No expondré mi Guardia á ser destruida: á ochocientas leguas de Francia, no aventura uno su última reserva.—Razon tenia sin duda; mas, al justificar su resolucion del momento, condenaba aquella guerra, y por segunda ó tercera vez desde el paso del Niemen expiaba por un exceso de prudencia, en disonancia con su carácter, la culpa de su temeridad. Pasando el camino real de Moscou, y acercándose á Borodino, se

descubria á Gorki, única posicion algo avanzada y conservada por los rusos. Napoleon se consultó si debia tomarla, y renunció al cabo á ponerlo por obra, creyendo que el resultado no valia la pena. Apretados en masa hácia el fondo del campo de batalla los rusos, parecia como si nos desafiasen, y ofrecian al cañon muy vasta presa.—Puesto que quieren mas, dijo Napoleon con la familiaridad cruel del campo de batalla, dadles.—Y dispuso poner en batería cuanta artillería no estuviese empleada, y desde entonces empezaron á jugar cuatrocientas bocas de fuego. Durante muchas horas se disparó de esta suerte sobre las masas rusas, que persistieron en mantenerse en linea bajo este cañoneo espantoso, perdiendo miles de hombres y sin moverse. ¡Se mataban asi soldados en vez de cogernos prisioneros! Asi perdiamos hombres, mas no la sexta parte de los que estábamos inmolando.

Al fin declinó el sol sobre aquella escena atroz y sin igual en los anales humanos: sucesivamente fué alojando el cañoneo, y rendidos todos á la fatiga se fueron á tomar algun descanso. Nuestros generales trajeron algo atrás sus divisiones, para resguardarlas de las balas enemigas, y se situaron á la falda de las alturas conquistadas, bien convencidos de que los rusos no probarian á recuperarlas. Nuestros soldados, no provistos de víveres, se pusieron en los bivaques á devorar lo que aun les quedaba, y descansaron algun tanto refiriéndose unos á otros los sorprendentes horrores de que habian sido testigos. Napoleon victorioso entró en su tienda rodeado de sus lugartenientes, unos descontentos por lo que habia dejado de hacer, otros crei-

dos en que se habia procedido con razon al atenerse al resultado alcanzado, pues en suma estaban los rusos destruidos y las puertas de Moscon abiertas. Pero aquella noche no se hicieron oír en la tienda del conquistador los testimonios de júbilo y de admiracion, que estallaron en Austerlitz, en Jena, en Friedland.

Rusos y franceses durmieron unos junto á otros sobre el campo de batalla. Al despuntar la aurora distinguióse un espectáculo horrible, y se pudo formar idea del espantoso sacrificio de seres humanos, consumado el dia antes. Cubierto estaba el campo de batalla de muertos y de moribundos, como jamás lo estuvo ninguno otro. Cosa cruel de decir, número espantoso de pronunciar, cerca de ochenta mil hombres, esto es, la poblacion entera de una gran ciudad, yacian por tierra muertos ó heridos. Quince ó veinte mil caballos caidos ó errantes y dando horrorosos relinchos, trescientos ó cuatrocientos carros de artilleria desmontados, mil despojos de toda clase completaban este espectáculo, que sublevaba el corazon con especialidad al aproximarse á los barrancos, donde por una especie de instinto se habian arrastrado los heridos, para ponerse á cubierto de nuevos golpes. Allí estaban hacinados unos sobre otros sin distincion de naciones.

Por fortuna, si el patriotismo permite pronunciar esta palabra inhumana, por fortuna la proporcion en este catálogo fúnebre era desigual por extremo. Nosotros contábamos de nueve á diez mil muertos, y de veinte á veinte y un mil heridos, esto es, treinta mil hombres fuera de combate, y los rusos cerca de sesenta mil, segun confesion pro-

pia (1). Muerto habiamos á cuantos otras veces soliamos coger prisioneros por efecto de sabias maniobras. Así la guadaña de la muerte parecia haber reemplazado en manos de Napoleon á la espada maravillosa que en otro tiempo desarmaba mas enemigos que los que destruia. Lo que se tendria por increíble, si en documentos auténticos no se encontrara comprobado, es que tuvimos cuarenta y siete generales y treinta y cinco coroneles muertos ó heridos, y los rusos casi otros tantos, prueba de la energia que por ambas partes acreditaron los gefes, y de la corta distancia á que se habia peleado. Despues de este reto espantoso nos quedaban cien mil hombres, pues los que podian faltar para este guarismo, se completaban con la division italiana de Pino y con la division de Delaborde de la Guardia, llegadas una y otra despues de la batalla. No hubieran podido poner cincuenta mil hombres en línea los rusos, pero estaban en su casa, y nosotros distábamos de nuestra capital ochocientas leguas; ellos hacian una guerra necesaria, y haciamos una guerra de ambicion nosotros; y á cada paso hácia adelante, cuando el aturdimiento de la gloria cedia el puesto á la reflexion en nuestra mente, condenábamos en el fondo del corazon al arrebatador caudillo, de quien seguíamos la fortuna deslumbradora.

Kutusof, tan embustero como taimado, satisfecho de no estar destruido, tuvo la astucia de escribir á su soberano, que habia resistido á los asaltos del ejército francés todo un dia y le habia muer-

(1) Tomados se hallan de estados auténticos los guarismos franceses, y los guarismos rusos de relaciones ordenadas posteriormente y admitidas por el mismo gobierno ruso.

to tantos hombres como habia perdido, y que si abandonaba el campo de batalla no era por haber sido derrotado, sino por tomar la delantera para ir á cubrir á Moscou. Mas que nadie en el mundo sabia hasta que punto se podia mentir á las pasiones, sobre todo á las pasiones de los pueblos poco ilustrados, y salvo lo de atribuirse el triunfo, se atrevió á escribir todo lo mas próximo á esta mentira. Al gobernador de Moscou, conde de Rostopchin, destinado muy luego á una inmortalidad espantosa, dió parte de que acababa de dar una sangrienta batalla para defender á Moscou; que distaba mucho de haberla perdido; que además daría otras; que prometia muy de veras que el enemigo no entraría en la ciudad sagrada, pero que era urgente que se le enviaran todos los hombres capaces de empuñar las armas, los milicianos de Moscou sobre todo, de los cuales se habian prometido ochenta mil, y apenas pasaban de quince mil los recibidos hasta entonces. Para el 8 de setiembre por la mañana ordenó la retirada, prescribiendo que se disputara á Mojaisk todo el tiempo necesario para poner en salvo los viveres, las municiones y los heridos trasportables. Al general Miloradowitch le dió el mando de la retaguardia.

Napoleon, que no tenia las mismas razones para el disimulo, pues se hallaba indudablemente victorioso, sin embargo, experimentaba cierta especie de embarazo para dar cuenta de su triunfo. Otras veces tenia que anunciar, por algunos miles de muertos, hasta treinta ó cuarenta mil prisioneros, y la toma de algunos centenares de cañones y de banderas. Aquí no habia prisioneros, ni banderas, ni cañones (salvo un corto número de piezas de posi-

cion halladas en los reductos), sino que cubrian el terreno sesenta mil muertos ó moribundos pertenecientes al enemigo. Cosa extraordinaria, en sus boletines y en sus cartas (sobre todo á su suegro), dijo mucho menos de lo que habia, ya porque lo ignorase, ya porque no se atreviese á confesarlo á la faz del mundo. Segun su costumbre, esta batalla, que los rusos llamaron de Borodino, la calificó con un nombre retumbante y que hablara á las imaginaciones, con el de la Moskowa, riachuelo que pasaba á una legua del campo de batalla, para ir á cruzar á Moseou en su curso. Este nombre le quedará durante los siglos.

Despues de conceder Napoleon algunos instantes al efecto de la victoria, pensó en las ventajas que se debian sacar de ella. A Murat le encaminó á Mojaisk con dos divisiones de coraceros, con muchas divisiones de caballeria ligera, y una de las de infanteria del mariscal Davout. Este siguió con sus otras cuatro divisiones, haciéndose llevar en un carruage, porque no podia montar á caballo. El principe Poniatowski fué dirigido, como durante toda la marcha, sobre la derecha del camino real, por el de Wereja, y el principe Eugenio sobre la izquierda por el de Rouza. Esta doble fuerza, situada sobre los dos flancos del ejército tenia por objeto neutralizar toda resistencia deshordando al enemigo, extender el radio del abastecimiento y cubrir á nuestros forrageadores. Napoleon con el cuerpo de Ney, que habia padecido horribilmente, y con la Guardia, que no le abandonaba nunca, permaneció un día mas sobre el campo de batalla, para expedir las órdenes indispensables, dictadas tanto por la humanidad como por el interés de las tropas. Ante todo

transformó en hospital la grande abadía de Kolotskoi, porque, siendo de fácil defensa, debía ofrecer un abrigo seguro á los heridos no trasportables. Cuando fuéramos dueños de Mojaisk debian ser conducidos á esta ciudad los que se hallaran en mejor estado. También habia muchos caballos ligeramente heridos, de curación fácil, y muchas piezas desmontadas de reparación no dificultosa. Por esto Napoleon estableció un depósito de caballería y de artillería en las aldeas comarcanas á la abadía de Kolotskoi, y decidió que Junot ocupara este lugar fúnebre con sus westalianos para guardar los preciosos restos dejados allí, y para ir á lo lejos á tomar los viveres que los infelices heridos estarian en la imposibilidad de proporcionarse. El bienhechor de cuantos padecian, el ilustre Larrey, quiso quedarse con la mayor parte de los cirujanos del ejército en Kolotskoi. Apenas debian de bastar tres dias para aplicar el primer apósito á todas las heridas, y siendo ya el tiempo frio y húmedo, con especialidad de noche, gran número de heridos estaban reducidos á aguardar el socorro del arte tendidos á cielo raso sobre paja. Todo lo que se podia hacer por ellos, era llevarles algun alimento, y sobre todo aguardiente, á fin de sostener sus fuerzas. A mayor abundamiento atendió Napoleon á que se hiciera cuanto fuese posible con el material que se habia logrado conducir hasta aquella distancia.

Despues de estos primeros é indispensables cuidados, envió órdenes á Esmolensko para que se reemplazaran las municiones de artillería consumidas. Se habian disparado sesenta mil cañonazos y quemado un millon y cuatrocientos mil cartuchos de infantería. Hizo ordenar trasportes extraor-

dinarios de municiones por el gefe de la artillería del grande ejército, el general de Laribosiere, que en esta campaña, mas difícil para su arma que para ninguna otra, desplegaba á una edad muy avanzada la actividad y el valor de un mancebo. No teniendo ya que cruzar rios caudalosos, Napoleon habia dejado en Esmolensko sus grandes trenes de puente, y no llevó consigo mas que el material necesario para echar puentes de caballetes. Merced á esta medida, quedaron disponibles en Esmolensko de seiscientos á ochocientos caballos de tiro; y dispuso que se emplearan sin demora en acarrear municiones de artillería y de infantería. Por último, ordenó un nuevo movimiento adelante á todos los cuerpos franceses ó aliados, que se hallaban en las diversas etapas de Esmolensko, de Minsk, de Wilna, de Kowno, de Koenigsberg, y con particularidad á todos los batallones y escuadrones de marcha destinados á cubrir las bajas de los cuerpos de tropas.

Caminando continuaba el ejército mientras Napoleon expedía sus órdenes, y Murat llegó el 8 por la tarde á Mojaisk, ciudad de alguna importancia y que tenia interés en poseer intacta. A medida que se estaba mas cerca de Moscou, los recursos del pais iban en aumento, pero tambien se acrecia la rabia de destruirlos en los contrarios. Se hallaban mas aldeas florecientes y mas columnas de llamas. Queriendo los rusos proporcionarse tiempo, á fin de hacer algunas evacuaciones de heridos y de material, colocaron delante de un barranco pantanoso una fuerte retaguardia de infantería y de caballería, con la resolucion de defender la posicion aquella. Posible era evitarla, mas la oscuridad no per-

mitia descubrir por dónde, y para precaver la confusión de una escena de noche, se hizo alto, y se bivaqueó á tiro de cañon de los rusos.

Al dia siguiente 9 se quiso entrar en Mojaisk á viva fuerza, y despues de sacrificar algunos hombres sin fruto, penetróse en esta ciudad, donde habia muchos almacenes entregados á las llamas, si bien permanecieron intactas no pocas habitaciones. Allí se encontraron muchos heridos rusos, que fueron respetados, y fiados á la solicitud de sus propios cirujanos. Viveres contenia la ciudad y edificios para un segundo hospital, circunstancia muy venturosa, porque el de Kolotskoi estaba muy lejos de bastar á nuestras necesidades. Napoleon resolvió detenerse en Mojaisk para cuidarse el constipado de que se sentia acometido, y que le molestaba sin alterar lo mas minimo el uso de sus facultades (1). Su proyecto era irse á unir al ejér-

(1) La suposicion de que Napoleon en la batalla de Moscon estaba enfermo, admitida por respetables historiadores, para explicar su inaccion durante aquella jornada, no tiene ningun fundamento, si se lleva hasta el punto de presentar como atacadas sus facultades. Hemos leído y releído las mas intimas correspondencias, escritas dia por dia, con sinceridad completa, por hombres que no abandonaban el cuartel general, y que no tenian en alterar la verdad interés alguno, y hasta en la libertad de su lenguaje y en la ausencia de todo recelo se ve cuán leve era la indisposicion de Napoleon. No fué más que un fuerte constipado. El y sus lugartenientes hablaron de esta indisposicion en sus cartas y de modo de no dejar duda alguna sobre su naturaleza. Napoleon, que por lo comun no se cuidaba, y que tenia el mérito, casi indiferente en medio de sus demas dotes prodigiosas, de un valor personal muy alto, estuvo durante la batalla en sitio por donde pasaban no pocas balas, aunque no hubiera la casi certi-

cito cuando llegara á las puertas de Moscon, á fin de entrar allí al mismo tiempo ó de ponerse á su cabeza, si habia que dar otra batalla.

Su retirada continuaron los rusos y su persecucion los franceses. Habiendo tomado el principe Eugenio el camino lateral de la izquierda, se apoderó de Rouza, pequeña y linda ciudad, rica en recursos, que furiosos iban á destruir los paisanos, cuando se llegó con oportunidad para estorbarlo. El espanto de los habitantes al saber que se les habia engañado, que los rusos habian perdido completamente la batalla del dia 7, habia subido á su colmo, y se transformaba en cierta especie de rabia. De tal modo se les habia pintado á los franceses como monstruos salvages, que, á la sola idea de

dumbre de que le tocara alguna, como donde Murat y Ney sostenian la pelea, y esto, unido á la repugnancia de comprometer sus reservas, fué la verdadera causa de sus órdenes tardias é incompletas. Que hizo bien en no exponerse á tal fuego, es cosa fuera de duda, pues la salvacion del ejército se cifraba en su persona, y se puede formar idea del peligro, considerando el fenómeno de cuarenta y siete generales muertos ó heridos entre los nuestros, y otros tantos de los rusos, es decir, en el sacrificio de casi todos los generales que por ambas partes guiaron á las tropas. Barclai de Tolly, Ney y Murat fueron los únicos verdaderamente comprometidos que libraron de muerte ó de heridas. No se podia asomar al fuego sin ser tocado. En la division de Compans cayeron cinco gefes en menos de dos horas, el general Compans, el general Dupellin, el mariscal Davout, el general Rapp, el general Dessaix. Para liberrar á los hombres de aquel fuego espantoso, hizo Ney que sus soldados se tendieran por el suelo en ciertos instantes, permaneciendo de pie el solo, y luego les mandaba levantar cuando le eran útiles en linea.

aproximarse, se sentían poseídos á la vez de miedo y de furia. Así, desesperando de salvarse, querían destruirlo todo, y cuando se llegaba á tiempo de impedirlo, de babilarles, de arrancarles la tea de las manos, se maravillaban de tratar con vencedores humanos, pero hambrientos, y cuya pretendida barbarie se desarmaba con un pedazo de pan.

Llegado á Rouza el príncipe Eugenio, descansó allí un día, y juntó viveres de los cuales dió al grande ejército su parte. Por el camino lateral de la derecha, halló donde quiera el príncipe Poniatowski los mismos síntomas de terror y de ira, la misma abundancia y los mismos destrozos, pero, como para destruir se necesita tiempo, y no se le daba al enemigo, aun se hallaban medios de subsistencia. Solamente el merodeo consumía siempre igual número de hombres, que se retardaban, se dejaban coger prisioneros, ó renunciaban á volver á las filas.

A las órdenes de Murat llegó la principal columna el 40 de setiembre á Krimskoie. Queriéndose aprovechar Mioradowitch, gefe de la retaguardia rusa, de una buena posición que había reconocido cerca de las cenagosas fuentes del Nara, situóse con tropas de infantería ligera y de artillería detrás de un terreno fangoso, cubierto de espesos matorrales, y no ofreciendo acceso mas que por el camino real, que se tuvo cuidado de ocupar con la competente fuerza. Todo el día se pasó en batallar en torno de esta posición, y perdióse mucha gente de una parte y otra, de los rusos por no retirarse demasiado pronto, y de los franceses por no aliojar en seguirles la pista. Por la noche los rusos se vieron obligados á levantar el campo, de-

jando cerca de dos mil hombres sobre el terreno entre muertos y heridos.

A Koubinskoie se llegó el 11, el 12 á Momowo, por último, el 13 á Moriewo, última posición delante de Moscou. Junto á las mismas puertas de esta ciudad, y hacia la barrera llamada de Drogomilow se estableció el ejército ruso. Al entrar en Moscou, donde describe el Moskowa numerosos rodeos, forma un arco muy cóncavo hacia el lado del camino de Esmolensko. Allí fué á pegarse la hueste rusa, apoyando su derecha en la aldea de Tili, su izquierda en la altura de Worobiewo, y trazando en cierto modo la cuerda del arco descrito por el Moskowa. Por toda salida tenía detrás un puente echado sobre el Moskowa, en lo interior del arrabal de Drogomilow, y las calles de aquella ciudad inmensa. No era posición de combate, porque si se les asaltaba impetuosamente, podían ser arrollados en desorden sobre el puente del Moskowa ó sobre los vados de este río, y empujados por las calles, donde, degollándose, corrieran los mayores peligros. Bien lo sabía Kutusof y estaba convencido de la imposibilidad de detener delante de Moscou á los franceses. Pero, fiel á su sistema de halagar de continuo las pasiones populares, por creer mas fácil dirigirlas halagándolas que irritándolas, todos los días escribió al conde de Rostopchim, gobernador de Moscou, que defendería la capital á todo trance, y probablemente con buen suceso. Así sorprendió en Moscou sobremanera ver asomar al ejército ruso en el estado en que se hallaba, y situarse tan cerca de la ciudad que no le quedaba terreno para el combate. Aun cuando tenía abrazado el partido de preferir la salvación del ejército á la de la

capital, determinó Kutusof convocar un consejo de guerra, para hacer participes á sus lugartenientes de la pesada responsabilidad que se iba á echar encima. A pesar de su astucia y habitual flema, estaba agitado al oír los gritos de rabia que estallaban en rededor suyo, y el voto mil veces expresado de sepultarse todos bajo las ruinas de Moscou antes que abandonar esta ciudad á los franceses, á semejanza del esposo que, disputando á enemigos su amada esposa, prefiere darla de puñaladas con sus propias manos á dejarla abandonada á sus ultrages. Perfectamente sabia Kutusof que no, porque Moscou se perdiera, se perdía Rusia, al par que Rusia podia perderse, si el grande ejército llegaba á quedar destruido, y estaba firmemente resuelto á impedir tamaña desdicha. Pero si tenia valor para tomar las resoluciones necesarias, aunque odiosas á la muchedumbre, no tenia el de echarse la carga solo, y queria que la responsabilidad pesara sobre otras cabezas que la suya. A este consejo memorable, celebrado sobre la misma altura de Worobiewo, desde donde se descubria la capital infortunada, cuya entrega era forzosa, admitió á los generales Benningsen, Barclai de Tolly, Doctoroff, Ostermann, Konownitsin, Yermoloff. Allí asistió tambien el coronel Toll como cuartel-maestre general. Con su sencillez ordinaria y su consumada experiencia, declaró Barclai de Tolly insostenible la posicion que se ocupaba, afirmó que la conservacion de la capital no era nada al lado de la conservacion del ejército, y aconsejó la evacuacion de Moscou, retirándose por el camino de Wladimir, lo cual añadia nuevos espacios á los ya traspuestos por los franceses, dejaba al ejército en comunicacion con San

Petersburgo, y permitia, cuando la hora fuera llegada, volver á tomar la ofensiva. Benningsen, bastante experimentado para avalorar la cordura de tal dictámen, contando ademas con que se renunciaria á la defensa de la capital sin que él se mezclara en ello, bien que seguro de que no se perdonaria al que aconsejara el abandono, sostuvo que era necesario pelear á todo trance antes que entregar la sagrada ciudad de Moscou á los franceses. Konownitsin, valeroso oficial cual ninguno, cediendo al sentimiento general, opinó por una pertinaz defensa, no sobre el terreno en que se estaba sino sobre otro que se buscara, yendo al encuentro de los franceses y chocando furiosamente contra ellos. Los generales Yermoloff y Ostermann se adhirieron á este dictámen, que era el de la bravura á la desesperada. Buscando el coronel Toll combinaciones mas sábias, propuso retirarse, trasladándose inmediatamente hácia la derecha, sobre el camino de Kalouga, lo cual ponía al ejército ruso en una situacion amenazadora para las comunicaciones del enemigo, y le relacionaba directamente con las ricas provincias del Mediodia. Como acontece en semejantes circunstancias, este consejo de guerra fué agitado, confuso y abundante en contradicciones. Kutusof se levantó sin manifestar su opinion á las claras, bien que pronunciando estas frases que parecia dirigirse á sí propio.—Mi cabeza será buena ó mala, pero en suma á ella le toca decidir sobre cuestion tan grave. ®

Evidentemente ya tenia abrazado su partido, y conviene decir que era digno de un gran capitán. De todos los pareceres emitidos, ninguno era perfectamente bueno, aun cuando todos contuviesen

algo provechoso. Dar batalla por Moscou era una resolucion insensata. Batidos hubieran sido los rusos tanto algunas leguas delante como al pié de sus muros, solo que lo fueran mas desastrosamente teniendo apovadas en la ciudad las espaldas, y sin mas medio de retirada que un puente y algunas calles angostas. Para combatir habia que barrrear lo interior de Moscou y que disputar todas las avenidas, y que comprometer consigo á la poblacion entera, y que sostener pertinazmente la guerra de las calles á imitacion de Zaragoza, cuidando de situar la mayor parte del ejército fuera y sobre el camino por donde pensaran seguir la marcha. Perecido hubiera la ciudad entre las llamas, porque estaba construida de madera y no de piedra como Zaragoza, pero se inmolaran mas contrarios que en Borodino, perdiendo menos gente de la propia, lo cual fuera un inmenso resultado. Para defender á Moscou no habia mas que este medio (1), que consistia despues de todo en destruirla para defenderla, pero nadie habia pensado en tal cosa, porque nadie pensaba en su ruina, ni en que esta se consumara de resultas de entregársela á los franceses. No pudiendo pelear delante de Moscou, no queriendo destruirla para disputarla, el único partido que habia que seguir era el de la retirada. Retrogradar sobre Wladimir, como Barclai de Tolly proponia, era llevar este sistema demasiado lejos, aunque no

(1) Tal es la opinion del principe Eugenio de Wurtemberg que en sus *Memorias*, tan ingeniosas como sensatas, ha demostrado perfectamente la posibilidad de este plan, de estar resueltos á sacrificar á Moscou, en lo cual no pensaron nunca.

llevado lo bastante por el general Pfuhl al imaginar detenerse en Orisa, era ademas perder las comunicaciones con el Mediodia del imperio, siendo mas rico que el Norte en recursos de todas clases. No habia, pues, mas proyecto admisible que la retirada sobre la derecha de Moscou (la derecha con relacion á nosotros), la cual les ponía sobre las comunicaciones de los franceses y en relacion directa con las provincias del Mediodia al par que con el ejército procedente de Turquía. Pero marchar en esta direccion sin demora, segun el coronel Toll propuso, era atraerse desde luego encima á los franceses, que, contentandose con hacer que ocupara á Moscou un simple destacamento, se precipitarian al punto sobre el ejército ruso para rematarle; era revelarles la índole del sistema de retirada que se iba á adoptar, y que consistia, ahora que ya se habia atraído tan lejos á los franceses, en maniobrar sobre sus flancos, para acometerlos, cuando se les considerara bastante debilitados. Efectivamente, advertidos tan pronto, podian volver en sí á tiempo, fijar bien la atencion y correr para abrumar al enemigo que manifestara tales intenciones. Un plan habia mejor calculado, y era el de retirarse por dentro de Moscou mismo, y entregarlo como un despojo que se arroja delante del enemigo para ocuparle, y aprovechar el tiempo, que inevitablemente consumirian los franceses en apoderarse de esta rica presa, para desfilár tranquilamente delante de ellos, y tomarles de seguida de flanco, girando en torno de Moscou, la posicion amenazadora que, segun el consejo del coronel Toll, se debia tomar al punto y sin ningun rodeo. Esto era lo que se podia sacar en limpio de todo lo manifestado, y lo que

sacó el viejo Kutusof con profunda prudencia, prudencia fatal para nosotros, pero que no deja de merecer la admiracion de la posteridad por funesta que nos fuese.

De consiguiente decidió que se retirarian en la noche del 13 al 14 de setiembre; que cruzarian por Moscou sin decir palabra, evitando los combates de retaguardia, para que esta gran ciudad, cuya salvacion se apetecia y se esperaba lograr entregándola á los franceses, no fuese incendiada por las bombas (1); que despues no seguirian el camino de Wladimir, demasiado inclinado hácia el Norte, ni el de Kalouga, demasiado inclinado al Mediodia, y sobre todo muy indicante del secreto pensamiento que se abrigaba, sino un camino intermedio el de Kiazan, desde donde, mediante un ligero rodeo, sería fácil volverse á situar algunos dias despues en el camino de Kalouga, que era el que verdaderamente habia que ocupar mas tarde.

Ya adoptada esta resolucion, una de las mas importantes que se han tomado nunca y uno de los principales titulos de gloria del general Kutusof, anuncióla con firmeza, por desagradables que fuesen los gritos de los tropas, y por mas que los arrebatos de la poblacion de Moscou infundiesen recelos.

(1) Tal es la opinion del general Clausewitz, testigo ocular y convencido de que no pensaban en destruir á Moscou los rusos, y que uno de los motivos de su resolucion, fué el cuidado de conservar esta ciudad, entregándola por algunos dias á los franceses. Esta opinion nos parece demostrada por una porcion de circunstancias y de testimonios irrecusables, y por eso la adoptamos como una certidumbre adquirida para la historia.

Necesario era avisar al gobernador Rostopchin, ruso lleno de pasiones salvages, escondidas bajo costumbres cultas, y lleno sobre todo de un sentimiento estimable, sea cualquiera la forma en que se manifieste, el del patriotismo, aun cuando llegue al extremo de fanatismo. Nos aborrecia bajo todos aspectos, como ruso y como miembro de la aristocracia europea. Su deseo fuera que se sacrificara á la ciudad misma, para hácer que murieran veinte ó treinta mil franceses más, y pensaba que, despues de quemar tantas aldeas, no habia razon alguna plausible para perdonar á Moscou. Si se le ofreciera barrearla y defenderla á todo trance, no vacilara en exponer esta gran ciudad á una destruccion absoluta; pero, no habiéndose adoptado ni aun propuesto semejante proyecto por nadie, no podia hablar de él tampoco, y guardóse muy bien de revelar el que meditaba en el fondo de su alma exasperada. Profundamente le habian irritado contra el general Kutusof las vanas esperanzas con que le habia entretenido, y dijo cosas muy amargas: pero no era tiempo de recriminaciones, sino de preparar la evacuacion sin demora. En el exceso de su odio no queria que dentro de Moscou quedara un solo ruso para exornar el triunfo de los franceses, ni para prestarles servicio alguno, ni para proporcionarles la ocasion de ostentar su dulzura á los ojos de los vencidos. Usando de su autoridad de gobernador, intimó á todos los habitantes que salieran inmediatamente de Moscou, llevándose lo que pudiesen, y amenazó con los castigos mas severos á los que aun no lo hubieran abandonado al otro dia. A mayor abundamiento se habian propagado tan atroces calumnias sobre la conducta de los

franceses que no se necesitaba de amenazas, para obligar á la poblacion á huir á la aproximacion de ellos. De consiguiente calculaba entregarles una ciudad muerta y sin moradores. Quería más, quería, sin pesar todas las consecuencias, sin saber cual sería el resultado, entregarles, en vez de una mansion de delicias, un monton de cenizas, sobre el cual nada encontrarán para vivir, y que fuera un testimonio del horrible odio que inspiraban, una declaracion de guerra á muerte. Pero revelar tal proyecto equivalia á imposibilitarlo, porque. ¿A quién habia de decirlo? De comunicárselo al suave Alejandro, le indignara; de ponerlo en noticia de un general cualquiera, le asustara con el peso de responsabilidad tan enorme; de anunciárselo á los habitantes, les sublevara en contra suya, y se les presentara como cien veces mas abominable que los franceses. Por tanto á nadie habló de lo que meditaba en las profundidades de su alma. Pero, bajo pretexto de hacer fabricar una máquina infernal dirigida contra el ejército enemigo, acumuló muchas materias inflamables en uno de sus jardines, sin que nadie pudiera sospechar el destino que pensaba darlas. Llegado el momento de la partida, y una hora antes de la evacuacion, eligió por confidentes, por cómplices, por ejecutores de su proyecto, á aquellos seres infames que nada poseen mas que las cárceles, donde sus crímenes les han creado un asilo y que profesan gusto innato á la destruccion, en suma á los reos. Les juntó, les puso en libertad, y les encargó prender secretamente fuego á la ciudad, tan luego como partiese, y prenderlo sin descanso, sin ruido, afirmándoles que esta vez, destrozando á su patria, la servirían

y obedecerian á sus voluntades. No se necesitaban grandes estímulos para excitar á aquellas naturalezas perversas á obrar de semejante modo, porque el hombre entregado á si mismo goza en destruir, parecido bajo este aspecto á aquellos animales que de domésticos se vuelven á hacer muy pronto silvestres tan luego como la educacion deja un instante de suavizar sus inclinaciones. Algunos soldados de la policia les agregó para dirigirlos en esta cruel tarea. Dadas tales órdenes y temeroso el conde de Rostopchin de dejar en manos de los franceses los medios de atajar el incendio, medios muy perfeccionados en las ciudades construidas de madera, dispuso enviar por delante todas las bombas. En el instante de abrir las cárceles á los reos, hizo que dos fueran conducidos á su presencia, uno francés, y otro ruso, acusados de haber puesto en circulacion los boletines del enemigo. Al francés, que era uno de los expatriados que buscan su subsistencia en el extranjero, y que la habia hallado en Rusia, le dijo.—Tú, tú eres un ingrato, pero al cabo es natural el sentimiento que ha inspirado tu conducta: recobra tu libertad, y ve á unirte á tus compatriotas, y cuéntales cuanto has visto. Tú, dijo al ruso, tú eres un malvado, un parricida, y vas á expiar tu crimen.—Y dicho esto, le hizo acuchillar ante sus ojos. Despues de esta ejecucion sangrienta, salió de Moscou el 14 por la mañana, detrás del ejército, no llevando nada de sus riquezas, y consolándose con la idea de la sorpresa horrorosa que dejaba preparada á los franceses. Habiéndole encontrado á la salida de Moscou el coronel Wolzogen con el convoy de las bombas de apagar incendios, y preguntándole con que objeto

se las llevaba, obtuvo por única respuesta.—Tengo mis razones.—Y de seguida el conde de Rostopchin añadió estas palabras sin aparente enlace con la pregunta.—Por lo que á mí hace, nada me llevo de esta ciudad mas que el vestido que veis sobre mi cuerpo.—No dijo otra cosa al coronel Wolzogen, que por el momento no cogió la idea (1), si bien la comprendió posteriormente.

Toda la tarde y la noche del 13 y parte de la mañana del 14, gastó en desfilar por dentro de Moscou el ejército ruso. Detenido en el puente del Moskowa, único que existía sobre aquel punto, aglomeróse en el arrabal de Drogomilow hasta el extremo de inspirar temores de que vinieran á las manos unos soldados con otros, lo cual hizo for-

(1) A tenor de las noticias mas seguras cuento los hechos anteriores. Una porción de testigos de vista, rusos y alemanes, han referido ya sus recuerdos personales en muy interesantes memorias, y no es licito mantener dudas sobre las circunstancias y las causas del incendio de Moscou. Es positivo que nada supo el emperador Alejandro, que el ejército nada supo tampoco, y que el conde de Rostopchin, inspirado por un ardiente odio nacional, único odio perdonable siempre, resolvió por sí solo, y sin calcular todas las consecuencias de su resolución, el incendio de la antigua capital moscovita. Mas tarde, restituído á mayor sosiego, habitante de Francia contra la cual había cometido este exceso de furor, rodeado de dudas hasta en su país sobre el mérito de su conducta, vióse confuso y casi negó lo que habia hecho, de manera que este acto extraordinario pareciera afeado hasta por su autor mismo. Pronto se verán las consecuencias, no militares, sino morales de una acción, que á los ojos de la posteridad conservará siempre su salvaje grandeza, cualesquiera que sean las vicisitudes de apreciación que haya sufrido en la opinión de los contemporáneos.

mar idea del desastre que se hubieran preparado, si ejecutaran aquella travesía por la ciudad despues de la pérdida de una batalla. Aumentándose el hacinamiento, adoptaron las tropas el partido de vadear el Moskowa, lo cual puso término al conflicto. No teniendo Kutusof el valor necesario para sustentar su proceder cuerdo, escondióse al cruzar por Moscou: Barclai de Tolly, al revés, se mantuvo ostensiblemente á caballo al frente de sus soldados. En aquella desdichada ciudad llegaba el desorden á colmo. Ya fueran nobles ó comerciantes, todos los ricos habian ya huido á sus posesiones mas lejanas. Sabiendo otros la coacción odiosa que se pretendia ejercer sobre ellos, oyendo hablar tambien de incendio prendido por los franceses, se decidieron á abandonar sus mansiones con la desesperacion en el alma, llevándose á sus familias y lo mas precioso que tenían en carruages, ó sobre sus hombros, que se doblaban con tal peso. Ignorando las gentes del pueblo adonde irian y como se mantendrian, lanzaban gemidos horribos, y seguian al ejército maquinalmente. Sin embargo, no todos los habitantes de esta ciudad desgraciada habian consentido en la fuga. Algunos, creyendo el sacrificio que se les queria imponer harto costoso, ó sabiendo, mas instruidos que sus compatriotas, que los franceses, no saqueaban, no incendiaban, no asesinaban, y hasta que raras veces hacian uso de los derechos de la guerra en las ciudades conquistadas, preferian vivir algunos dias con los vencedores á huir detrás de un ejército con ignorancia completa sobre su marcha y sus intenciones. Entre estos últimos se contaban muchos negociantes de diversas naciones y especialmente de

la nuestra, que nada recelaban de los franceses, al par que temian verse expuestos, siguiendo el ejército de Kutusof, á todos los excesos de la soldadesca, con la cual se les queria obligar á retirarse. Para estos infelices hubo un momento de emocion horrorosa. De repente supieron el 14 por la mañana que las tropas rusas salian con las autoridades de la ciudad, que tres mil facinerosos escapados de la cárcel se metian en las tiendas, que las gentes del populacho se les habian unido, y que juntos se entregaban á la embriaguez y á la rapiña. Temblando dentro de sus casas estos infelices moradores aguardaban impacientes que un ejército llegara á ocupar el puesto del otro.

Toda la primera mitad del dia 14 trascurrió para ellos en estas crueles perplejidades, atravesando las calles de Moscou lentamente el ejército ruso, y todavía mas despacio sus parques, sus bagages y sobre todo sus heridos. Conociendo el general Miloradowitch, jefe de la retaguardia, que aun necesitaba de algunas horas para llevar la evacuacion á remate, imaginó celebrar un convenio verbal con la vanguardia de los franceses, y le hizo proponer que toda hostilidad se suspendiera, así en obsequio de los que iban á hacer la entrada como de los que estaban ejecutando la salida, no sin decir que, si se empeñaba la pelea, su resolución era defenderse á todo trance, y que por tanto la ciudad seria entregada instantáneamente á las llamas. Un oficial fué enviado cerca de Murat para convenir en esta especie de armisticio.

Durante este tiempo el ejército francés avanzaba con veloz paso hácia las alturas, desde donde al fin se esperaba descubrir la gran ciudad de Moscou.

Si de parte de los rusos todo era desconsuelo, de parte de los franceses todo era júbilo y orgullo y placenteras ilusiones. Reducido nuestro ejército á cien mil hombres de los cuatrocientos veinte mil que contaba al paso del Niemen, si bien es verdad que otros cien mil guardaban sus espaldas, extenuado de cansancio, llevando á muchos soldados heridos, que podian andar y quisieron seguirle, sentia disiparse el sentimiento de sus penalidades al acercarse á la brillante capital de la Moscovia. En sus filas habia una porcion de soldados y de oficiales, que habian estado en las Pirámides, á orillas del Jordan, en Roma, en Milan, en Madrid, en Viena, en Berlin, y que se estremecian de emocion ante la idea de que tambien iban á visitar á Moscou, la mas poderosa de las metrópolis de Oriente. Sin duda en su satisfaccion entraba por mucho la esperanza de encontrar allí reposo, abundancia y la paz verosimilmente, pero tambien la imaginacion, dominadora de los hombres y con especialidad de los soldados, se hallaba muy conmovida por el pensamiento de entrar en Moscou, despues de haber visitado todas las demas capitales de Europa, excepto Lóndres, la protegida de los mares. Mientras el principe Eugenio se adelantaba por el camino de Zwenigorod sobre la izquierda del ejército, y el principe Poniatowski por el de We-reja sobre la derecha, el grueso de la hueste, con Murat á la cabeza, Davout y Ney en el centro, y detrás la Guardia, seguia el camino real de Esmo-lensko. Desde muy temprano estaba Napoleon á caballo en medio de sus soldados, que, olvidando ante su vista y la aproximacion á Moscou muchos dias de desabrimientos, prorumpian en aclama-

ciones para celebrar la gloria del insigne caudillo y la suya. Hermoso estaba el tiempo, y á pesar del calor se apretaba el paso, para trepar á las cumbres, desde donde al cabo se gozaria la vista de aquella capital tan anunciada y tan prometida.

Presentándose el oficial enviado por Milorodowitch, fué perfectamente acogido, obtuvo lo que solicitaba, pues ni remotamente se queria prender fuego á Moscou, y se convino en no disparar un solo tiro, bajo la condicion añadida por Napoleon de que, sin detenerse un instante, continuaria desfilando por medio de la ciudad el ejército ruso.

Llegada finalmente la hueste francesa á la cresta de una montaña, descubrió súbito debajo, y á distancia bastante corta, una ciudad inmensa, brillante de mil colores, coronada de porcion de cúpulas doradas resplandecientes de luz, mezcla singular de bosques, de lagos, de chozas, de palacios, de iglesias, ciudad á la vez gótica y bizantina, realizando todo lo que de las maravillas de Asia refieren los cuentos orientales. Al par que formaban su circuito monasterios flanqueados de torres, se elevaba en el centro sobre una cumbre una fuerte ciudadela, especie de Capitolio, donde se veian juntamente los templos consagrados á la Divinidad y los palacios de los emperadores, donde por encima de almenados muros descollaban cúpulas magestuosas, con el emblema que representa toda la historia y toda la ambicion de Rusia, la cruz y debajo y vuelta del revés la media luna. Aquella fortaleza era el Kremlin, antigua morada de los czares.

Exaltándose á la vista de tan mágica perspectiva la imaginacion y el sentimiento de la gloria,

los soldados exclamaron á una.—¡Moscou, Moscou!—Aquellos, que habian quedado á la falda de la colina, se apresuraron á trepar á ella: por un momento se confundieron todas las filas; y todos quisieron contemplar la gran capital adonde nos habia llevado una marcha tan azarosa. No podian hartarse de aquel espectáculo fascinador y propio á despertar los mas diversos sentimientos. Napoleon llegó á su turno, y absorto con lo que se presentaba á sus ojos, él que, á semejanza de los mas veteranos de su hueste, habia visitado tambien sucesivamente el Cairo, Menfis, el Jordan, Milan, Viena, Madrid, Berlin, no pudo prescindir de una emocion profunda. Llegado á aquella cúspide de su grandeza, tras de lo cual iba á rodar con tan veloz paso al abismo, sintió una especie de desvanecimiento, olvidó todas las reconvencciones con que su buen seso, única conciencia de los conquistadores, le asaltaba ya hacia dos meses, y todavia creyó por un momento que era grande y maravillosa empresa la suya, que era grande y feliz temeridad justificada por el buen suceso la de haberse atrevido á correr desde Paris á Esmolensko, y desde Esmolensko á Moscou. Seguro de su gloria, todavia creyó en su ventura, y maravillados sus lugartenientes de igual modo, no acordándose ya de sus frecuentes sinsabores en esta campaña, le volvieron á halagar con aquellas efusiones de la victoria, á que no se entregaron al concluir la sangrienta jornada de Borodino. Este instante de satisfaccion vivo y breve fué uno de los que mas le impresionaron en su vida. ¡Ay, que debia ser el postrero!

A Murat se le previno que marchara de prisa con el fin de pretaver todo desorden. Por delante

fué enviado el general Durosnel para entenderse con las autoridades, y traerlas á las plantas de vencedor, que deseaba recibir sus homenajes y calmar sus recelos. Mr. Dennié fué encargado de ir á preparar viveres y alojamientos para las tropas. Galepando Murat á la cabeza de la caballería ligera, llegó al cabo por entre el arrabal de Drogomilow al puente del Moskova. Allí encontró una retaguardia rusa en retirada, y preguntó si había algun oficial que supiera francés. Al instante se presentó un jóven ruso, que hablaba correctamente nuestro idioma, delante de aquel rey á quien tan bien conocian los pueblos enemigos, y se informo de lo que le queria. Habiendo expresado Murat deseos de saber quien era el gefe de aquella retaguardia, el jóven ruso le señaló un oficial de cabellos blancos, envuelto en una capa de bivaque de largo pelo. Con su habitual donaire alargó Murat la mano al viejo oficial, y éste la estrechó en la suya. Asi el odio nacional enmudecia ante la bravura. Murat preguntó al gefe de la retaguardia rusa, si le conocia.—Sí, respondió este por medio de su jóven intérprete, harto os he visto entre el fuego para que no os conozca.—Como elogiara Murat la capa de largo pelo, por parecerle que había de ser muy cómoda para el bivaque, se la quitó de los hombros para regalársela al veterano. Admitiéndola Murat tan cortesmente como se le ofrecia, sacó un hermoso reló y se lo regaló al oficial enemigo, que aceptó el obsequio á la manera que se había aceptado el suyo. Despues de estas urbanidades, desfiló prontamente la retaguardia rusa para ceder el terreno á nuestra vanguardia. Seguido el rey de Nápoles de su estado mayor y de un destacamento

de caballería metióse por las calles de Moscou, cruzó sucesivamente barrios humildes y barrios suntuosos, hileras de casas de madera pegadas unas á otras, y series de palacios magníficos en medio de extensos jardines; por donde quiera se echó de ver la soledad mas profunda. Parecia que se penetraba en una ciudad muerta, y cuya poblacion hubiera desaparecido de repente. Este primer aspecto, propio á mover á asombro, no recordaba nuestra entrada en Berlin ó en Viena. Sin embargo aquella soledad podia explicarse por un sentimiento de terror que al principio experimentarían los moradores. De súbito aparecieron algunos individuos como desatinados; franceses eran de las familias extranjeras establecidas en Moscou, y pidiendo en nombre del cielo que se les salvara de los bandidos que señoreaban la ciudad. Se les acogió perfectamente, se procuró disipar su espanto sin fruto, se les hizo guiar hácia el Kremlin, y al dar vista á aquellos viejos muros, sufrióse una descarga de fusilería. Eran los bandidos desencadenados sobre Moscou por el feroz patriotismo del conde de Rostopchin. Aquellos miserables habían invadido la ciudadela sagrada y apoderádose de los fusiles del arsenal, y disparaban sobre los franceses, que llegaban á turbar su reinado anárquico de algunas horas. Acuchillados fueron muchos y purgado quedó el Kremlin de su presencia. Pero, al preguntarles, se supo que toda la poblacion había huido, excepto los extranjeros y algunos rusos mejor enterados de las costumbres de los franceses y que no temian su vista. Esta noticia entristeció á los gefes de nuestra vanguardia, que se habían lisonjeado de ver salir á su encuentro á una poblacion, a la

cual se complacieran en tranquilizar y en llenar de sorpresa y de agradecimiento. Presurosamente se puso algo de orden en los barrios de la ciudad y persiguióse á los facinerosos, creídos en gozar mas largo tiempo de la presa que el conde de Rostopchin les había entregado.

Trasmitidos á Napoleon estos pormenores, le alligieron bastante. Toda la tarde habia esperado las llaves de la ciudad llevadas por una poblacion sumisa, que llegara á implorar su clemencia, pronta siempre á descender sobre los vencidos. Este desengaño, sucediendo á un momento de entusiasmo, fué por decirlo asi la aurora de su mala fortuna. No queriendo entrar en aquella vasta capital de noche, habiéndola acabado de evacuar un enemigo implacable, y de quien podia recelar embo cadas, se detuvo en el arrabal de Drogomilow, y solo envió destacamentos de caballeria para ocupar las puertas de la ciudad y ejercer allí su vigilancia. Natural era suponer que aun quedaban en Moscú muchos heridos y rezagados, y sencillo tratar de apoderarse de ellos. Eugenio á la izquierda guardó la puerta que da al camino de San Petersburgo; Davout en el centro la de Esmolensko, por donde llegaba el grueso de nuestra hueste, y se extendió por su derecha hasta la de Toula. A la caballeria, que habia cruzado la ciudad, le tocó la custodia de las puertas del Norte y del Este, opuestas á aquellas por donde llegábamos nosotros. Pero con la ignorancia de los lugares y la ausencia de los moradores, se dejaron abiertas muchas salidas, y aun se pudieron escapar doce ó quince mil rezagados del ejército ruso, que fueran una buena captura. Sin embargo quedaron por lo menos quin-

ce mil heridos, que recomendaron los rusos á la humanidad francesa. ¡A la humanidad rusa debieron de recomendarlos, pues aquellos infelices iban á perecer á otras manos que las nuestras!

Aquella noche bivaqueó el ejército sin gozar aun de la abundancia y de las delicias que se prometia. A la otra mañana, que era la del 15 de setiembre, hizo Napoleon su entrada en Moscou á la cabeza de sus invencibles legiones, pero cruzó una ciudad desierta, y por primera vez sus soldados, al entrar en una capital, no tuvieron mas que á sí mismos por testigos de su gloria. La impresion que experimentaron fué muy triste. Llegado Napoleon al Kremlin, apresuróse á subir á la elevada torre del gran Ivan, y á contemplar desde aquella altura su magnífica conquista, que cruzaba lentamente el Moskowa, describiendo allí numerosos contornos. Miles de aves negras, cuervos ó grajos, tan multiplicadas en aquellas regiones como las palomas en Venecia, revoloteando por encima de las iglesias y los palacios, daban á esta gran ciudad un singular aspecto, que contrastaba con el lustre de sus brillantes colores. Un melancólico silencio, solo interrumpido por los pasos de la caballeria, habia sucedido á la vida de la capital extensa, que era de las mas animadas del universo aun el dia antes. A pesar de la tristeza de tal soledad, hallando Napoleon abandonada á Moscou como las demas ciudades rusas, tuvo á dicha no encontrarla incendiada, y no desesperó de calmar poco á poco los odios, que desde Witebsk estallaban á la vista de nuestras banderas. Distribuido fué el ejército en los diversos barrios de Moscou, decidiéndose que Eugenio ocupara el del Noroeste, comprendido entre el camino de

Esmolensko y de San Petersburgo, lo cual correspondía á la dirección por donde había llegado. Por igual causa debió ocupar Davout la parte de la ciudad que se extendía desde la puerta de Esmolensko á la de Kalouga, esto es, todo el barrio situado al Sudoeste, y el príncipe Poniatowski el situado al Sudeste. Habiendo cruzado el mariscal Ney á Moscou del Oeste al Este, debió establecerse en los barrios comprendidos entre los caminos de Riazan y Wladimir. Naturalmente la Guardia fué situada en el Kremlin y sus alrededores. En las casas rebosaban los viveres de todas clases. Con algo de cuidado se pudieran satisfacer ampliamente las primeras necesidades de los soldados. A la puerta de los palacios fueron recibidos los oficiales superiores por numerosos criados de librea, solícitos en ofrecerles una hospitalidad brillante. No previendo los dueños de aquellos palacios que estuviera destinada á perecer Moscou, aunque partícipes del odio nacional, se esmeraron en preparar protectores á sus ricas moradas, recibiendo en ellas á los oficiales franceses. Con vivo sentimiento de placer se establecieron en medio de aquel lujo que debía durar tan poco. Llenos de curiosidad se pasearon por estos palacios, donde estaban prodigados todos los refinamientos de la molice, espléndidos salones de baile, teatros particulares tan espaciosos como teatros públicos, bibliotecas llenas de libros franceses los mas licenciosos del siglo décimo octavo, pinturas que respiraban todo el gusto afeinado de Watteau y de Boucher, finalmente todas las señales de una licencia, que, con la ardiente devoción del pueblo, con la energía salvaje del ejército, formaba un contraste singular, bien que

frecuente en las naciones que de pronto han pasado de la barbarie á la civilización, pues lo que los hombres toman con mas facilidad de los que les han precedido en el arte de vivir, es el arte de gozar. Podía parecer extraño hallar en todas partes la imitación de Francia, sobre un país con que estábamos tan violentamente en guerra, y muy poco lisonjeros tambien el vernos especialmente imitados en lo menos plausible.

Salidos nuestros oficiales de aquellas brillantes moradas, vagaban no menos curiosos por medio de la ciudad, que parecia un campo tártaro, sembrado aqui y alli de palacios italianos. Con sorpresa contemplaban muchas ciudades, situadas concéntricamente unas dentro de otras: primeramente en el mismo centro, sobre una eminencia y á orillas del Moskowa, el Kremlin rodeado de torres antiguas y lleno de iglesias doradas; al pié del Kremlin, y á su amparo en cierto modo, la ciudad vieja, llamada Ciudad China, encerrando el antiguo y el verdadero comercio ruso, el comercio de Oriente; después, en torno y envolviendo á esta, una ciudad vasta, espaciosa, brillante de palacios y llamada la Ciudad Blanca, por último, y abarcando á las tres, la ciudad llamada de Tierra, conjunto de aldeas, de bosquecillos, de edificios nuevos é imponentes, y ceñida de un espolón de tierra. Sobre todo, en estas cuatro ciudades, encerradas unas en otras, se veían esparecidos muchos centenares de iglesias coronadas de cúpulas que figuraban como en Oriente inmensos turbantes, de campanarios con apariencias de minaretes, y que revelaban antiguo trato con Persia y Turquía, porque es lo singular que, aun combatiéndose las religiones, se imitan al me-

nos bajo el aspecto del arte. Algunos días antes contenía Moscou una población de trescientas mil almas, y de ella apenas quedaba una sexta parte, y los unos escondidos no salían de sus casas, y los otros al pie de los altares los abrazaban servorosos. Verdaderas soledades eran las calles, donde no se oían mas que los pasos de nuestros soldados.

Aunque habíamos llegado á ser dueños sin contraste, y legítimos hasta cierto punto, de una ciudad abandonada, nuestros oficiales y nuestros soldados, sociables siempre, se dolián de ser tan ricos y de no tener habitantes con quienes partir la abundancia que se les cedía. Por lo comun, al entrar en una ciudad, les agradaba hallar población á su paso, tranquilizarla, hacerse bien quistos, tomar de sus manos aquello de que podían apoderarse por sí propios, y sorprenderla con su hombría de bien despues de haberla espantado con su audacia. Les afligia la soledad de Moscou, aunque equivaliera á una cesion voluntaria de sus tesoros en favor de ellos, y eso que no sospechaban nada, pues, habiendo partido el ejército ruso, único que habia prendido fuego hasta entonces, no parecia que era de recelar un incendio.

Se esperaba, pues, gozar de Moscou y encontrar allí la paz, y en todo caso buenos cuarteles de invierno, si se prolongaba la guerra. En esto, al día siguiente de la entrada se levantaron algunas columnas de fuego por encima de un edificio vasto, donde se hallaban las bebidas espirituosas, que el gobierno vendía al pueblo de la capital por su cuenta. Corrióse allí sin sorpresa y sin susto, porque se atribuía á la naturaleza de las materias contenidas

en aquel edificio, ó á alguna imprudencia cometida por nuestros soldados, la causa de aquel parcial incendio. En efecto, se dominó y hubo motivo para tranquilizarse.

Pero de repente, y casi al mismo tiempo, estalló el fuego con violencia terrible en un conjunto de edificios llamado el Bazar. Situado al Nordeste del Kremlin abrazaba los mas ricos almacenes del comercio, donde se vendían los preciosos tejidos de la India y de Persia, las rarezas de Europa, los géneros coloniales, el azúcar, el café, el té, y por último, los vinos excelentes. General fué el incendio en este bazar á los pocos instantes, y para atajarle acudieron en tropel é hicieron los mayores esfuerzos los soldados de la Guardia. Por desgracia no pudieron conseguirlo, y en breve fueron presa de las llamas las inmensas riquezas de aquel establecimiento. Estrechados á disputar al fuego y por sí mismos aquellas riquezas, ya sin dueños, y no habiendo podido salvarlas, nuestros soldados trataron de retirar algunos restos de ellas. Se les vió salir del Bazar llevando pieles, sederias, vinos de gran precio, sin que se pensara en culparles de ningun modo, porque no perjudicaban mas que al fuego, único dueño de aquellos tesoros. Se podía sentirlo por su disciplina, pero de nada habia que acusar á su honra. Además, el pueblo que allí quedaba les daba el ejemplo, y tomaba muy larga parte de aquellos despojos del comercio de Moscou. Hasta entonces solo un vasto edificio, extremadamente opulento sin duda, pero uno solo, estaba asaltado por las llamas, y por la ciudad nada se temía. Se achacaban á un accidente muy natural y muy comun, mas explicable todavia en el tumulto de una

evacuacion, estos primeros fracasos muy limitados hasta el presente.

En la noche del 15 al 16 de setiembre, cambió la escena de pronto. Como si á la vez hubieran debido caer todas las desventuras sobre la capital moscovita, el viento del equinoccio sopló con la violencia peculiar de la estacion y de los paises llanos, donde nada detiene á los huracanes. Soplando al principio este viento del Este, llevó el incendio al Oeste, hácia las calles comprendidas entre los caminos de Twer y de Esmolensko, y conocidas por las mas hermosas, por las mas ricas de Moscou, las de Twerskaia, de Nikitskaia, de Povorskaia. A las pocas horas, propagadas violentamente las llamas sobre aquellas construcciones de madera, se comunicaron de unas en otras con celeridad formidable, y vió-elas invadir los otros barrios del Oeste, lanzándose como flechas de fuego. Tambien se vieron cohetes en el aire, y muy luego fueron cogidos varios miserables que llevaban materias combustibles á la punta de largos palos. Ya presos, interrogóseles con amenazas de muerte y revelaron el arcano espantoso, la orden dada por el conde de Rostopchin de prender fuego á la ciudad de Moscou como á la mas simple aldea del camino de Esmolensko.

Esta noticia hizo cundir la consternacion entre el ejército en un instante. Despues de las prisiones hechas y de las declaraciones tomadas en diversos puntos de la ciudad, ya no era posible la duda. Napoleon dispuso que los cuerpos acantonados en cada barrio formaran comisiones militares, para juzgar de seguida, fusilar y colgar de horcas á los incendiarios cogidos en fragante delito. Tambien pre-

vino que todas las tropas ya entradas en la ciudad, se dedicaran á apagar el fuego. Acudióse á las bombas, y no se encontró ninguna. Esta última circunstancia desvaneciera la duda mas leve, si alguna quedara todavía, sobre la horrible combinacion que entregaba á Moscou á las llamas.

A mas de la carencia de medios para apagar el incendio, como el viento crecia en intensidad de instante en instante, todos los esfuerzos del ejército fueron vanos. Con la repentinidad del equinoccio pasó el viento del Este al Noroeste, y cambiando súbito de direccion el torrente del incendio, fué á extender sus destrozos adonde la mano de los incendiarios no habia llegado todavía. Aquella inmensa columna de llamas, comprimida por el viento sobre los tejados de los edificios, los consumia apenas los tocaba, se aumentaba á cada instante con las conquistas que habia hecho, hacia resonar mugidos tremendos, interrumpidos por horribles explosiones, y lanzaba á lo lejos vigas hechas ascuas, que iban á esparcir la calamidad donde aun no se sentia, ó caian como bombas en mitad de las calles. Despues de soplar algunas horas del Noreste, mudando nuevamente el viento y soplando del Sudoeste, llevó el incendio por otras direcciones, como si la naturaleza se complaciera de un modo cruel en desparramar alternativamente la ruina y la muerte sobre aquella ciudad desgraciada, ó mas bien sobre nuestro ejército, que solo era culpable de heroismo, á menos que la Providencia quisiera castigar sobre él los desordenados designios de que era instrumento involuntario. Bajo este nuevo impulso del Sudoeste, el Kremlin, salvo hasta entonces, vióse de repente en peligro. Ca-

yendo pavesas ardientes sobre las estopas de la artillería desparramadas por tierra amenazaban allí con el fuego. En el patio del Kremlin había mas de cuatrocientas arcas de municiones, y el arsenal contenía como cien mil libras de pólvora. Inminente era el desastre, y Napoleón podía volar por los aires con su Guardia y con el palacio de los czares.

Sabiendo los oficiales que le acompañaban y los soldados de la artillería que su muerte sería la de ellos, le rodearon y le estrecharon con gritos á alejarse de aquel cráter inflamado. De los mas amenazantes era el peligro. Aunque acostumbrados los veteranos artilleros de la Guardia á cañoneos como el de Borodino, casi perdían su sangre fría. Acercándose á Napoleón el general Lariboisière, le manifestó la turbación á que daba margen, y con la autoridad de sus años y de su adhesión le expuso que era deber suyo dejar que se salvaran solos, sin aumentar sus apuros con la inquietud que excitaba su presencia. Además, varios oficiales, enviados á los barrios adyacentes, referían que el incendio, cada vez mas intenso, apenas permitía andar por las calles y respirar en ellas; que era forzoso partir por tanto, sino se quería quedar sepultado en las ruinas de aquella ciudad herida de maldición.

Seguido Napoleón de sus lugartenientes abandonó aquel Kremlin, cuyo acceso no le pudo estorbar el ejército ruso, pero de donde le expulsaban las llamas á las veinte y cuatro horas de poseerlo; bajó al muelle del Moskowa; allí encontró preparados sus caballos, y tuvo mucha dificultad en atravesar la ciudad, que hacía el Noroeste, por donde se dirigía, ardía toda. A veces el viento, cuya violencia se acrecentaba de continuo, hacía que

se doblaran sobre la tierra las columnas de fuego, y lanzaba delante torrentes de chispas, de humo y de cenizas sofocantes. Al espectáculo horrible del cielo correspondía el de la tierra no menos horrible. De Moscou salía el ejército lleno de espanto. Las divisiones del príncipe Eugenio y del mariscal Ney, entradas en la ciudad, se habían replegado sobre los caminos de Zwenigorod y de San Petersburgo; las del mariscal Davout se habían replegado sobre el camino de Esmolensko, y excepto la Guardia, dejada en torno del Kremlin para disputárselo á las llamas, se echaban atrás todas nuestras tropas, poseídas de horror á la vista de aquel fuego, que, despues de lanzarse hácia el cielo, parecía replegarse sobre ellas, como si quisiera devorarlas. Ocultos al principio en sus casas los habitantes que se habían quedado dentro de Moscou en número corto, y no atreviéndose antes á salir de ellas, ahora se escapaban llevando consigo lo que tenían en mas estima, las madres sus hijos, los hombres sus padres enfermos, salvando lo que podían de sus ajuares, prorumpiendo en gemidos dolorosos, y detenidos á menudo por los bandidos que Rostopchin había desencadenado sobre ellos, creyendo desencadenarlos sobre nosotros, y que se holgaban en medio de este incendio como el genio del mal en medio del caos.

Consternados se retiraban nuestros soldados, socorriendo á veces, cuando el tiempo se lo permitía, á los infelices arruinados por su causa, bien que mas á menudo apresurándose á seguir á sus regimientos fuera de la ciudad esta, donde vanamente se habían lisonjeado de hallar reposo y abundancia.

Napoleon fué á establecerse al palacio de Petrowskoie, á una legua de Moscou en el camino de San Petersburgo, en el centro de los cantones del príncipe Eugenio. Allí aguardó á que al azote le pluguiese aplacar su furia, pues ya los hombres nada podían para excitarlo, ni para extinguirlo. Cogidos y fusilados fueron algunos de aquellos miserables incendiarios, que sufrían el suplicio sin decir palabra, y que sobre las horcas de que se les colgaba no eran mas que una inútil advertencia, pues sus cómplices ya no podían hacer mas daño. Para exacerbarlo bastaba el viento, y con su aliento infernal se adelantaba á todas las manos.

Para último y fatal sobresalto, á otro día pasó el viento del Sudoeste al Oeste puro, y entonces los torrentes de llamas se inclinaron hácia los barrios de Metsnitskaia y de Basmanaia, y hácia el palacio de verano. Los restos de la poblacion se refugiaron á los campos descubiertos que se extienden por esta parte. Aproximándose á su horrorosa madurez el incendio, se oían á cada minuto desmoronamientos aterradores. Consumidos los apoyos de los tejados de los edificios, se doblaban y se hundían con estruendo, haciendo saltar torrentes de llamas bajo la presión producida por su caída. Las fachadas elegantes, compuestas de ornamentos aplicados sobre construcciones de madera, se desmoronaban y obstruían las calles con sus escombros. Llevados por el viento los palastros iban á caer aquí y allí todavía hechos ascua. Dificilmente se descubría el cielo por entre aquellas densas nubes de humo, y apenas asomaba el sol como un globo de color de sangre. Ni un solo momento, durante los días 16, 17 y 18 de setiembre, dejó la naturaleza de aparecer

formidable así en sus perspectivas como en sus efectos.

Finalmente, estando devoradas de la ciudad las cuatro quintas partes, se detuvo el incendio casi sin causa, porque en nuestro mundo finito, ni el mal, aun siendo excesivo, como tampoco el bien se remata. La lluvia, que en el equinoccio sucede comunmente á las violencias del viento, cayó sobre aquel volcan de repente y, sin apagarlo, llegó á amortecerlo. De huracan que era, trasformóse el fuego en espantosa brasa, cuyos ardores calmó poco á poco la lluvia, persistente por fortuna. Solo se veían en pié algunas tapias de ladrillos, algunas altas chimeneas no tocadas por el fuego, y presentándose como espectros de aquella ciudad suntuosa. Se habia salvado el Kremlin, y cerca de la quinta parte de la ciudad con esta fortaleza. Llevando la Guardia imperial agua con cubos, y echándola sobre los tejados de cierto número de habitaciones, contribuyó á preservarlas de las llamas.

En diversas casas medio quemadas, en otras que lo estaban del todo, intentó introducirse el populacho de Moscou, y robó lo que pudo. No habia manera de impedir que nuestros soldados hicieran lo mismo por su cuenta, y permitióseles esta especie de saqueo, que no consistia despues de todo sino en saquear á las llamas. Por consiguiente volvieron á entrar en bandas para salvar del fuego algunos de los recursos que iban á ser destruidos. Muy luego echaron de ver que, penetrando hasta los sótanos bajo los escombros de las casas incendiadas, se hallaban provisiones de boca, á veces tostadas, pero intactas generalmente y abundantísimas en un país, donde habia costumbre de hacer

para muchos meses los acopios, á causa de lo largo de los inviernos. En cantidad hallaron trigo excelente, carne salada, vino, aguardiente, aceite, azúcar, café, té. Dentro de muchas casas, donde sin que el fuego lo destruyera todo, daba derecho para hacer un registro, encontraron los objetos del mas refinado lujo, vestidos y sobre todo pieles, que hacia muy apreciables el invierno cercano, plata, que su codicia imprevisora preferia á los vestidos y á los comestibles, carruages, que la perspectiva de la vuelta hacia estimar en mucho, y finalmente preciosas vajillas de China, de las cuales se reia su ignorancia y que indolentemente hacian pedazos.

Habiéndose divulgado muy luego, entre los cuerpos que se habian quedado fuera, el rumor de este singular género de salvamento, forzoso fué permitir que entrara cada cual á su turno á sacar el diezmo de este incendio, y á proveerse de comestibles, de bebidas espirituosas y de vestidos de abrigo. Se pusieron salvaguardias en interés de los oficiales, de los heridos y de los enfermos, á todos los edificios no tocados por las llamas, y se entregó el resto á la curiosidad y á la codicia de los soldados, que guiados por el populacho del Moscou, muy conocedor de los lugares y de las costumbres del pais, les descubria mejor los secretos asilos, donde se podian hacer preciosos hallazgos. Lamentable espectáculo al par que grotesco fué la muchedumbre de soldados y de gentes del pueblo registrando los escombros de la capital suntuosa, disfrazándose al son de carcajadas de los mas singulares trages, llevando en sus manos los objetos mas preciosos, vendiéndolos casi de balde á los que eran capaces

de apreciarlos, ó rompiéndolos con pueril ignorancia, y embriagándose á menudo con los licores descubiertos en las bodegas. Este espectáculo extravagante y triste tomaba á cada momento un carácter de mayor tristeza por el regreso de los infelices moradores, que á la hora de la evacuacion ó del incendio se habian ido y tornaban á sus hogares para averiguar si se habian salvado ó quemado, y si podrian proporcionarse medios para vivir en ellos. Frecuentemente quedaban reducidos á llorar sobre las ruinas de sus habitaciones incendiadas hasta los cimientos, ó bien les era forzoso disputar á un populacho desenfrenado los restos de su bienestar destruido, y no eran los mas fuertes cuando nuestros soldados no iban en su ayuda. Para resguardarse de la intemperie del aire, juntaban los mas las planchas caidas de los tejados de Moscou, y colocándolos sobre pertigas medio calcinadas, se construian asi albergues, bajo los cuales tenian por lecho las cenizas de sus antiguas moradas. Allí estaban sin otro recurso que el de mendigar entre nuestros soldados para obtener un pedazo de pan. De esta suerte se repoblaba Moscou poco á poco, bien que de infelices gimientes. Tambien con ellos retornaron, dando siniestros graznidos, los millares de cuervos, lanzados de alli por las llamas, y venian á tomar posesion de los antiguos edificios, donde estaban acostumbrados á vivir. A estos espectáculos desgarradores hay que añadir otro mas desgarrador todavia, y era el que presentaba lo interior de ciertas casas, donde el ejército ruso habia hacinado sus heridos. No pudiéndose mover estos desdichados, habian perecido abrasados por el incendio. En quince mil se calcula el número de es-

las víctimas del bárbaro patriotismo de Rostopchin (1).

Siendo las desgarradoras escenas que ofrecía Moscou también peligrosas para la disciplina del ejército, urgía ponerlas coto. Nuestros soldados no eran delincuentes, pues no hicieron más que arrancar á las llamas lo que á ellas había arrojado el fanatismo de un ruso; pero no convenia permitir que se obstinaran en una ocupacion embrutecedora, y que se acostumbraran á la ruina de las poblaciones conquistadas, aun cuando no fuesen autores de ella. Además convenia salvar aquellos restos de la soberbia Moscou, no para servir á la intemperancia del soldado, sino para alimentar al ejército y aplacar el hambre de los infelices moradores, que se habían quedado dentro de su ciudad por confianza en nosotros. Ordenes eran pues necesarias.

Napoleon volvió á entrar en Moscou el 19 de setiembre con el corazón entristecido, y el espíritu gravemente caviloso de resultas del horrible suceso. Llevado había su marcha hasta Moscou, á pe-

(1) Esta es una nueva prueba de que el ejército ruso era ageno al incendio de Moscou: si esperara esta catástrofe espantosa, no dejara allí de seguro ni á sus soldados ni á sus oficiales heridos. De resolverse á sacrificio semejante, hubiera de Moscou, según hemos dicho, un campo de batalla, donde pudiera perecer parte del ejército francés, sabiendo atraerle. En sus Memorias ha elevado el príncipe Eugenio de Wurtemberg esta demostracion al último grado de evidencia, y no se puede apartar de su autor la responsabilidad de este trágico suceso, tan difícil de juzgar á pesar de todo como el acto de Bruto, pero que, tal cual sea, no se debe atribuir al ejército francés ni al ejército ruso.

sar de algunas objeciones suscitadas por su genio contra esta carrera temeraria, animado de la esperanza de encontrar allí la paz, como la había encontrado en Viena y Berlin. ¿Pero qué podía aguardar de gentes que acababan de cometer un acto tan espantoso, y de dar una prueba tan cruel de su odio implacable? Sobre cada uno de aquellos palacios incendiados, de los cuales no quedaban más que los muros ennegrecidos, le parecia á Napoleon leer estas palabras escritas con rasgos de sangre y de fuego: ¡NADA DE PAZ... GUERRA Á MUERTE!

Así las reflexiones que hizo durante este incendio horroroso fueron las más amargas y las más sombrías de su vida. Jamás, en su larga y tempestuosa carrera, había dudado de su fortuna, ni sobre el puente que no podía cruzar en Arcole, ni en el momento de los ocho asaltos rechazados desde San Juan de Acre, ni en el de estar perdida la batalla de Marengo, ni en el de estar la de Eylau por largo tiempo indecisa, ni en el de ser precipitado durante la de Essling al Danubio. Ahora por vez primera entreveía la posibilidad de un gran desastre, pues conociase colocado en la cumbre de un edificio de prodigiosa altura, y que á un simple movimiento podía venir á completa ruina.

Con todo, sin que aun le desvelaran las consecuencias ulteriores del incendio de Moscou, se ocupaba en precaver las consecuencias inmediatas para la humanidad y para sus tropas. Ordenes expidió las más severas á fin de poner término al saqueo, que se había establecido bajo pretexto de arrancar del incendio lo que iban á devorar sus llamas. Algun trabajo costó apartar á los soldados de esta especie de juego de azar, donde, á costa de

muchos esfuerzos y á veces de harto grandes peligros, hacian felices hallazgos, y descubrian riquezas que se lisonjeaban de conducir á Francia sobre sus hombros. ¡Infortunados que ignoraban que los mas favorecidos apenas podrian llevar allí sus cuerpos! A pesar de todo atajóse el desórden, y se le sustituyeron rebuscos regularmente practicados, para crear almacenes y proveerse así del medio de pasar en Moscou el tiempo necesario. Iniciados estos rebuscos muy luego revelaron la existencia de porciones considerables de granos, de carnes saladas, de bebidas espirituosas, y sobre todo de azúcar y café, preciosa bebida y mas en los países donde el vino escasea. Distribuyóse la ciudad entre los diferentes cuerpos de tropas casi lo mismo que el día de su llegada, teniendo cada uno su cabeza de columna en el Kremlin y su masa principal en la puerta por donde habia entrado, el principe Eugenio entre las puertas de San Petersburgo y de Esmolensko, el mariscal Davout entre las de Esmolensko y de Kalouga, el principe Poniatowski hacia la puerta de Toulá, la caballería á la parte de afuera en persecucion del enemigo, el mariscal Ney hacia el Este, entre las puertas de Riazan y la de Wladimir, la Guardia solo en el centro, esto es, en el Kremlin. Para los oficiales se reservaron las casas conservadas, y trasformaronse en almacenes los grandes edificios no tocados por el incendio. Cada cuerpo debia depositar en estos almacenes lo que descubriera diariamente, de manera de reunir, ademas de las distribuciones cotidianas, provisiones para lo venidero, ya se optara por la permanencia ó por la partida. Se adquirió la certidumbre de que habria pan, carnes saladas y bebidas

del país para muchos meses y para el ejército entero (1).

Sin embargo, daba motivo de grave inquietud la carne fresca, que no se podia proporcionar sin ganado, y el ganado que no se podia mantener sin forrages. Asunto era tambien de desvelos, y todavía de mas bulto, la conservacion de los caballos de la artillería y de la caballería, que dependia de los forrages de igual modo. Napoleon esperó superar tales obstáculos extendiendo sus avanzadas á diez ó quince leguas de Moscou, de manera de abarcar una gran porcion de territorio, donde se hallaran legumbres y forrages en cantidad suficiente. Otra providencia imaginó, y fué la de atraer á los paisanos, dándoles buena paga. Siendo los rublos en papel la moneda que tenia curso en Rusia, y contando el tesoro del ejército una gran cantidad de estos rublos, de cuya procedencia ya se ha hablado, bien que fuera ignorada de todos, hizo anunciar que todos los viveres que se llevaran á Moscou serian pagados al contado, y sobre todo los forrages, y recomendó expresamente la proteccion de los paisanos que respondieran á este llamamiento: con rublos en papel dispuso que se pagara el sueldo a las tropas, teniendo sin embargo la precaucion de añadir (lo cual era un acto indispensable de lealtad para con el ejército) que los oficiales que desearan enviar sus pagas á Francia, estarian autorizados para convertir en metálico aquel papel de origen extrangero en todas las oficinas del tesoro.

(1) El doctor Larrey, uno de los testigos mejor informados de esta situacion, creia que con los viveres hallados en Moscou se podia subsistir durante seis meses.

Dando realce al uso de estos medios por un acto de humanidad digno de su persona y del ejército francés, mandó distribuir socorros a todos los que de resultas del incendio se habían quedado en la calle. Ayudóse á los unos á que se construyeran pequeñas chozas, ofrecióse asilo á los otros en los edificios de que no se servían las tropas, y además se les distribuyeron comestibles. Pero éstos comestibles, cuya necesidad podia llegar á ser muy grande, según la duración de la permanencia en Moscou, eran demasiado preciosos para distribuidos por largo tiempo entre extranjeros, enemigos la mayor parte. Napoleon prefirió repartirles dinero, y lo hizo por medio de los rublos en papel á fin de que cada uno se proveyese fuera de lo que necesitara. Como nuestro propio ejército fueron tratados los franceses establecidos en Moscou desde antiguo, y á los que sabían de letra se les destinó á crear una administracion municipal interina, hasta que se lograra atraer á la capital á los mismos rusos.

Debajo de los muros del Kremlin tenia Napoleon ante los ojos un vasto edificio, que desde el dia en que entró en Moscou fijó sus miradas, y era el hospicio de niños expósitos. Este hospicio magnífico, puesto bajo la proteccion de la emperatriz madre, objeto de la predileccion de esta princesa, habia sido evacuado en gran parte; pero la dificultad de los trasportes hizo que se dejaran allí los niños mas pequeños, los que era mas difícil llevar de un punto á otro y los menos amenazados, pues, aunque nuestros soldados hubieran sido tan feroces como se complacian en propalarlo, no ejercieran su barbarie contra niños de cuatro ó cinco años.

Cuando entramos en Moscou, poseidos de susto estos infelices, no hacian mas que llorar en torno de su respetable director el general Toutelmine, anciano de cabellos blancos. Sabiéndolo Napoleon, le envió una salvaguardia, que veló por este noble establecimiento antes y durante el incendio. Vuelto á Moscou, se dirigió allí á pie, no teniendo mas que cruzar la puerta del Kremlin para encontrarse en el hospicio, que vino á ser, como va á verse, objeto de su interés y de su política ingeniosa. El director le salió á recibir á la puerta, rodeado de sus pupilos, que se precipitaron delante de Napoleon, besando sus manos y asiéndose de los faldones de su levita, para darle gracias por haberles salvado la existencia.—¿Pues qué, dijo Napoleon al general Toutelmine, acaso creen vuestros niños que el ejército francés va á devorarlos? ¡Cuán bárbaros son los hombres que os gobiernan! ¡Qué Eróstrato tan estúpido vuestro gobernador Rostopchin! ¿A qué tantas ruinas? ¿A qué medios tan salvages, que costarán á Rusia mas que le hubiera costado la guerra mas desastrosa? Mil millones no bastan á pagar el incendio de Moscou. Si, en vez de entregarse á estos furores, se respetara esta capital, yo la contemplara como á París mismo, hubiera escrito á vuestro soberano y tratado con él bajo condiciones equitativas y moderadas, y estaria muy próxima á su conclusion esta guerra terrible. Lejos de eso, se incendia, se incendiará mas todavía, y mucho habrá que incendiar, os lo aseguro, porque no estoy próximo á dejar el suelo de Rusia, y sabe Dios cuanto costará aun á la humanidad esta guerra.—El general Toutelmine, que detestaba el acto de Rostopchin, como todos los habitantes de Mos-

cou, convino en la verdad de estas observaciones, expresó el sentimiento de que las disposiciones de Napoleon no fueran mejor avaloradas, y pareció como si dijese que, si se conocieran en San Petersburgo, quizá tomaran las cosas distinto sesgo. Prestándose Napoleon á esta abertura, como que tuvo intencion de provocarla, preguntó al general Toutelmine qué deseaba para sus niños, y contestándole éste que solo deseaba licencia para comunicar á la emperatriz madre que sus pupilos estaban salvos, le invitó Napoleon á que escribiera y prometiéndole que haría llegar la carta á su destino. — Debo añadir, indicó el general Toutelmine, que las disposiciones de V. M. son tales como acaba de explicarlas? — Si, respondió Napoleon, decid que, si los enemigos interesados en malquistarnos dejaran de interponerse entre el emperador Alejandro y yo, la paz se celebraría muy pronto.

Escrita inmediatamente la carta del director de los pupilos, fué enviada antes de que expirara el día á San Petersburgo. Casi al mismo tiempo se encontró á un personaje que parecia ilustre, un ruso que se habia quedado en Moscou, solicitando dirigirse á espaldas del ejército, para poner en orden sus propiedades incendiadas. Menos ciego de cólera se mostraba que sus compatriotas, y deploraba la atroz furia de Rostopchin, que, juzgando solo por los efectos materiales, habia hecho mas daño á los rusos que á los franceses, porque estos, hasta bajo las humeantes ruinas de Moscou, todavia hallaban alimento, mientras los otros vagaban moribundos de hambre por los bosques. Se le hizo que se presentara, obtuvo el honor de que Napoleon le recibiera, y le hablara, y le asegurara directamen-

te de sus disposiciones pacíficas. Napoleon, que no pensaba dar á la guerra actual todo el ensanche que pensó darla al principio, repitió lo que ya habia manifestado al general Toutelmine, que su intencion fué emprender una guerra política, y no una guerra social y devastadora; que habiendo podido insurreccionar á los paisanos en Lithuania, se abstuvo de hacerlo; que se habia esforzado por apagar los incendios prendidos sobre su camino; que el teatro de esta guerra debió ser la Lithuania y no la Moscovia; que allí se decidiera la cuestion en una ó dos batallas, y un tratado poco oneroso restableciera la alianza entre Francia y Rusia, y no su dependencia, como se complacian en asegurar para agitar los ánimos; que en vez de esto se aspiraba á imprimir á la guerra un carácter atroz, digno de los negros de Santo Domingo; que al querer hacer el conde de Rostopchin el romano, se habia mostrado bárbaro, y que ya era hora de poner término á tantos horrores en interés de la humanidad y de Rusia.

Mr. de Jakowleff, que es el personaje ruso de quien se trata, no contradijo ninguna de las aserciones de Napoleon, porque, saliendo de las ruinas humeantes de Moscou, habiendo presenciado los horribles padecimientos experimentados por los infelices habitantes de esta capital, se sentia indignado contra el furor de Rostopchin, y pensaba que semejante guerra se debia terminar lo mas pronto posible, ó al menos de sostenerse por otros medios. Habiendo dicho, como el general Toutelmine, que debia Napoleon dar á conocer sus disposiciones pacíficas al emperador Alejandro, y que sentaria bien al vencedor ser el primero que hablara de paz, Napoleon, que nada mejor deseaba, ofreció á su in-

terlocutor que fuera personalmente á San Petersburgo, para que llevara escritas las palabras que acababan de sonar en sus oídos. Mr. de Jakowleff apresuróse á consentir en ello, y partió con una carta para Alejandro, carta al par que cortés alta-nera, como Napoleon no habia dejado de escribirlas, ni aun en el momento de la declaracion de la guerra.

Sin duda el inconveniente de estas aberturas consistia en dejar entrever el apuro en que empezabamos á hallarnos, y en hacer de consiguiente que el emperador Alejandro diera tantos pasos atrás como nosotros adelante para entendernos. Por otra parte, se podia tener la certeza de que, si con este príncipe no se tomaba la iniciativa, su orgullo, profundamente herido, le impediria tomarla, y que un exceso de reserva tendria para la paz tantos inconvenientes como un paso indiscretamente pacífico. De consiguiente Napoleon no vaciló en ensayar estas aberturas, sin prescindir á pesar de todo de las atenciones que exigia esta guerra, que cabalmente se hacia mas árdua á proporcion que parecia mas venturosa, puesto que cada ventaja hacia adelante añadia una nueva dificultad á la vuelta.

Efectivamente, convenia pensar en los proyectos ulteriores que exigia la situacion extraordinaria en que se habia colocado, trasladándose á seiscientas ó setecientas leguas de la frontera de Francia, en medio de la capital incendiada de la antigua Rusia. Pero los tales proyectos dependian en parte de los del enemigo, y hacia ya dias que no se tenían noticias de su paradero. Llegado accidentalmente á Moscou el general Sebastiani, que habia

reemplazado á Murat á la cabeza de la vanguardia, vióse obligado á confesar que habia sido engañado por los rusos tan completamente como en Roudnia. Efectivamente, siguiendo al ejército de Kutusof primero por el camino de Wladimir, luego por el de Riazan, adelantóse hasta las márgenes del Moskowa, que encuentra á ocho ó nueve leguas de Moscou este camino, cruzó el Moskowa detrás de los rusos, y viendo siempre delante á los cosacos con alguna caballeria regular, sin pensar en ilustrarse por su derecha, corrió en direccion del Sudeste hasta Bronitey, lo menos veinte leguas, tomando de continuo la apariencia por la realidad. Cuando estuvo en aquel punto, acabó por reconocer que se le indujo á engaño, que no tenia delante al enemigo, y lo comunicó á Moscou, espresando francamente que no sabia donde buscarle. En esto se supo que dos escuadrones de marcha, escoltando areas de municiones, y dirigiéndose á Moscou por el camino de Esmolensko, el propio que llevamos á la ida, acababan de ser sorprendidos en las cercanias de Mojaisk por una nube de cosacos, y envueltos y obligados á rendirse con su convoy. Al punto se dió la voz de alarma por todo el camino de Moscou á Esmolensko, y ya se gritaba con una turbacion, muy fácil de engendrarse á las espaldas de un ejército, que el enemigo se habia situado sobre nuestras comunicaciones, y que ya estaba en aptitud de cortarnos la retirada.

En los dias del 21 al 22 de setiembre le llegaron á Napoleon estas desagradables noticias, que venian de una manera infausta á continuacion del incendio de Moscou. Montó muy en cólera contra el general Sebastiani, á pesar de la estimacion en que

le tenia; pero los gritos y los arrebatos no podian remediar cosa alguna.

Napoleon prescribió á Murat que fuera inmediatamente á ponerse á la cabeza de la vanguardia, y fióle el cuerpo de Poniatowski, fatigado y extenuado como estaba, para que con soldados á quienes era familiar la lengua eslava, pudiera adquirir mas fácilmente noticias sobre la marcha del enemigo. Dando lugar á creer las correrías de los cosacos que el general Kutusof habia operado un movimiento de flanco sobre nuestra derecha, para situarse á nuestras espaldas sobre el camino de Kalouga, Napoleon recomendó á Murat que declinara del Sudeste al Sur, es decir, del camino de Riazan al de Toula, y que hasta saber noticias de Kutusof siguiera la marcha. No queriendo dejar aventurado solo á Murat en busca del ejército ruso, hizo partir por la puerta de Kalouga, y con orden de dirigirse á la poblacion del mismo nombre, al mariscal Bessiéres con los lanceros de la Guardia, la caballería de Grouchy, la caballería ligera, y la cuarta division de infantería del mariscal Davout; finalmente, mandó retroceder por el camino de Esmolensko á los dragones de la Guardia, á una division de coraceros, y á la division de Broussier, perteneciente al príncipe Eugenio. Estos tres cuerpos de tropa, desplegándose á la manera de abanico sobre nuestras espaldas, desde el camino de Esmolensko al de Toula, debian adelantarse como á tientas hasta que dieran alcance al enemigo. De sobra recelaba Napoleon el punto donde Kutusof seria hallado, pues le suponía sobre el camino de Kalouga, atraído hácia aquella direccion por el doble motivo de amenazar nuestras espaldas y de

ponerse en comunicacion con las provincias mas ricas del imperio. Casi cierto de no equivocarse, estaba sin embargo impaciente por saberlo de una manera positiva. De ningun modo participaba de los terrores de aquellos que nos creian cortados, pero tenia resuelto no sufrir de parte de Kutusof un establecimiento inquietante sobre nuestras espaldas, y salir de Moscou para dar una segunda batalla, si el general ruso tomaba posicion demasiado cerca de nosotros y de nuestra linea de retirada. El mariscal Davout, cuya prevision se inquietaba á la vista de un enemigo, que habia quedado bastante fuerte para maniobrar sobre nuestros flancos, suplicó á Napoleon que partiera inmediatamente á combatirle y á anonadarle, tras de lo cual se podría dormir en Moscou tranquilamente y aun todo el invierno si se deseaba. Tambien Napoleon opinaba del mismo modo con tal de que no fuera necesario ir muy lejos á buscar á los rusos. Efectivamente, el ejército solo llevaba de residencia en Moscou siete dias, cuatro de ellos pasados entre las llamas, y no queria arrancarle á las primeras delicias del reposo, á no ser para descargar un golpe decisivo. Aprestóse, pues, á la partida, mas sin mover aun sus principales cuerpos de tropas, aguardando á esclarecer el misterio de la nueva posicion tomada por los rusos.

Véase cuáles fueron entretanto las resoluciones del general Kutusof y los movimientos ejecutados por su hueste. Al salir de Moscou fué su idea seguir un plan medio entre todos los que se le habian propuesto, é ir á situarse sobre el flanco de los franceses, mas no girando muy cerca de ellos, para no tenerlos encima tan pronto. Deconsiguie-

te, su primer proyecto, concertado con el ayudante de campo de Alejandro, el oficial piemontés Michaud, fué retroceder hasta detrás del Oka, río caudaloso que, naciendo al Mediodía, pasando por Orel, Kalouga, Riazan, recoge bastante cantidad de afluentes, con especialidad el Moskowa, y va por Nijney-Novogorod á desembocar en el Wolga. Detrás de este río se hallara bien cubierto y abundantemente alimentado con todos los productos de las provincias del Mediodía, llevados de Kalouga por el mismo Oka. Pero esto era alejarse mucho de los franceses, dejar un vasto campo á sus forrages, y acrecentar infinitamente el desaliento del ejército ruso, que creía haber faltado á su encargo con no haber podido defender á Moscou. Efectivamente en este ejército la tristeza y el abatimiento habian llegado á colmo, y el espectáculo de miles de familias tras de su huella, unas á pié, otras en carros, no era propio á disminuir las amarguras de que se sentia oprimido. Asi, aun siendo Kutusof ruso, en punto de popularidad comenzaba á correr parejas con Barclai de Tolly. Para restaurarla, con especies pérfidamente sembradas, aspiraba á divulgar la opinion de no ser él quien habia querido evacuar á Moscou y de haberle forzado á obrar así muchos gefes de sus tropas, y designaba á Barclai de Tolly entre ellos, y al mismo Benningsen, pues ya muerto Bagration, este era el que le hacia mas sombra. Temeroso del efecto que podria producir la pérdida de Moscou en San Petersburgo, habia despachado al ayudante de campo Michaud para que expusiera á la corte sus resoluciones y sus motivos é hiciera valer las unas y los otros.

Tal era el estado de las cosas, cuando de re-

rente, en la horrorosa noche del 16 al 17, el viento violento del Noroeste llevó hasta el ejército ruso, que giraba en torno de Moscou, los mugidos y los sombríos fulgores del incendio. Surgiendo este espectáculo horrible como la erupcion de un volcan en el horizonte, arrancó al ejército y al pueblo fugitivo de sus bivaques, y todos, llamándose unos á otros, se levantaron para contemplar este desastre de la antigua capital de su patria. Al verlo llegó á colmo la furia. Tanto el verdadero incendiario, esto es, el conde de Rostopchin, como el mismo Kutusof, que no estaba en el secreto del conde, se apresuraron á anunciar que habian prendido fuego á Moscou los franceses, y esta calumnia, tan poco verosímil, cundió entre las filas del pueblo y del ejército con celeridad increíble.—¡Los franceses han prendido fuego á Moscou!—Se gritaba de todas partes, y á esta noticia se hizo el ódio tan ardiente como la inmensa hoguera de la ciudad infortunada. De todas partes se prorumpia en gritos de rabia, con desesperacion se señalaban los rasgos de fuego que brotaban de aquel incendio espantoso, y que de vez en cuando iluminaban todo el horizonte con resplandor vivo y siniestro. Pedíase venganza y de seguida se ansiaba marchar al combate (1). Asi Rostopchin, que al incendiar á Moscou no nos habia privado de nada, pues en aquella vasta capital quedaban sobrados techos para darnos abrigo, sobrados víveres para alimentarnos,

(1) El príncipe de Wurtemberg dice en sus memorias, que, despues de la salida de Moscou, él y otros muchos consideraban perdida la causa rusa, sobre todo por razon del desaliento que reinaba entre las tropas; pero que la vista de las llamas que devoraban la capital las dió nue-

ahondó un abismo entre las dos naciones, despertó la violencia toda de los odios nacionales contra nosotros, hizo imposibles las negociaciones y reanimó toda la energía del ejército ruso, que empezaba á desalentar la impotencia aparente de sus esfuerzos.

Ya á la sazón no era el caso de alejarse mucho de los franceses y de dejarles el campo libre, en vista de las disposiciones manifestadas por los soldados rusos. Bajar por el camino de Riazan hasta la ciudad de Kolomna para ir al Oka, era mostrar demasiada prudencia, y prudencia inútil por otra parte, pues ocupados exclusivamente los franceses en arrancar á las ruinas de Moscou el pan que les hacía falta, no se hallaban en disposición de seguir é inquietar al ejército ruso. Así Kutusof, llegado por el camino de Riazan hasta las márgenes del Moskowa, creyó que allí debía hacer alto, y emprender desde este punto el movimiento de flanco proyectado en torno de las tropas francesas, esto es, dar un radio de diez leguas, en vez de darlo de treinta al arco del círculo que se proponía describir de Este á Sur en rededor de Moscou.

Aprovechándose el general Kutusof de algunos parlamentos habidos entre el general Sebastiani y el general Raefskoi, á fin de evitar las inútiles escaramuzas, ordenó prestarse á todo lo que desearan los franceses, adormecer así su vigilancia y ocul-

vos brios, y que instantáneamente se reanimaron las esperanzas de todos los adictos á Rusia. Además, sobre esto es unánime el testimonio de los extranjeros que servían en los ejércitos rusos. Militarmente el acto del conde de Rostopchin fué nulo; moralmente tuvo consecuencias incalculables.

tarles completamente la dirección que iba á seguirse. Con efecto, á contar desde el 17, mientras una retaguardia de caballería continuaba marchando al descuido por el camino de Riazan, y atraía al general Sebastiani detrás de ella, cambiando de dirección el grueso del ejército de pronto, torció del Sudeste al Sudoeste y trasladóse detrás del Pakra, riachuelo, que naciendo cerca del camino de Esmolensko, traza en torno de Moscou un círculo semejante al que querían describir los rusos, y de consiguiente era adecuado para servirles de línea de defensa. Detrás de este riachuelo, y no detrás del Oka, vino Kutusof á apostarse, estableciéndose no precisamente sobre nuestra línea de comunicación, sino al lado, y en aptitud de ir á ella en una jornada.

Llegado el 18 á Podolsk, se hallaba Kutusof el 19 en Kusnaia-Pakra, detrás del Pakra. Desde este punto situado del todo al Sudoeste, muy cerca de nuestra línea de comunicación, envió corredores sobre el camino de Esmolensko para que se apoderasen de nuestros puestos y de nuestros convoyes, lo cual fué para Napoleón la voz de alerta que le indujo á tomar las disposiciones que acaban de ser expresadas.

Tal era la situación elegida por el ejército ruso, cuando los cuerpos de Murat y de Bessiéres se pusieron en movimiento, y comenzaron á buscarle, Murat por el Sudoeste hacia el camino de Riazan, Bessiéres al Sur por el camino de Toula. Muy luego fué reconocido el error del general Sebastiani, y Murat, con su instinto de oficial de vanguardia, torciendo á la derecha y remontando el Pakra, volvió á hallar prontamente la pista del enemigo, mientras que Bessiéres, apoyando por su parte mas

á la derecha y torciendo un poco del Sur al Sudoes-
te, vino á Podolsk y despues á Desna, donde en-
contró el grueso de la retaguardia rusa mandada
por Miloradowitch. Con órdenlos generales france-
ses de estrechar al enemigo para enterarse de sus
proyectos, se le fueron resueltamente encima, y
Murat, que habia cruzado el Pakra sobre las hue-
llas del ejército ruso, fué á su vez á amenazar co-
gerle de flanco.

A la vista de Murat establecido mas allá del
Pakra, hubiera querido el atrevido Benningsen que
se le acometiera para abrumarle. Pero Kutusof,
que ya no estaba de acuerdo con Benningsen, su
verdadero rival, no fué de este dictámen, y para
hacerlo valer tenia excelentes razones sin duda. No
se sabia en el campo ruso que Murat, estaba allí
solo con su caballería y la infantería de Poniatows-
ki, y era de temer que estuviera allí con el ejército
francés entero. Ahora bien, Kutusof, contando to-
do lo que habia allegado, no tenia mas que setenta
mil hombres de tropas regulares, y no juzgaba
prudente, en visperas de recoger el premio de un
plan de campaña doloroso, bien que profundo, re-
nunciarlo de golpe y correr los azares de un cho-
que incierto. De Kalouga le iban á llegar conside-
rables refuerzos de tropas regulares: de Ucrania
aguardaba una soberbia division de antiguos cosa-
cos, y en este interválo la mala estacion que se
aproximaba, la penuria de víveres, la dificultad de
las distancias, debian haber debilitado el ejército
francés casi en la misma proporcion que se au-
mentara el ejército ruso. No era, pues, el caso de dar
batalla antes del dia en que la proporcion de las
fuerzas cambiara en provecho de los rusos. Aun-

que Kutusof se equivocaba, dado que Murat no dis-
ponia mas que de un destacamento, le asistia la
razon teóricamente hablando, y su pensamiento
fundamental era perfectamente juicioso. En su con-
secuencia resolvió retirarse mas lejos por el camino
de Kalouga, tan lejos como fuera necesario para
evitar á Murat, porque no habia medio entre acom-
eterle y evitarle.

Habiendo abrazado este partido, todavía retro-
cedió el 27, haciendo cara á Murat á pesar de todo,
mientras el mariscal Bessiéres se mostraba empre-
ndedor sobre la izquierda, y los dias siguientes fué
á establecerse sucesivamente en Woronowo, en
Winkowo y por último en Taroutino detrás del Na-
sa. Firme el general Kutusof en su proyecto de evi-
tar una batalla, nada mejor podia hacer que retro-
gradar hasta el punto en que hallara una posicion
bastante fuerte para contener á los franceses. El
Nasa es un río que, naciendo como el Pakra cerca
del camino de Ksmolensko, en las cercanías de
Krimskoie, viene á torcer en torno de Moscou, si
bien describiendo un arco mas tendido que el Pa-
kra, lo cual, en vez de hacerle desaguar en el Mos-
kova, le lleva hasta el Oka. Sus márgenes son
escarpadas, sobre todo á la derecha, donde se habian
apostado los rusos, y allí se podia establecer un
campo casi inexpugnable. Esto resolvió el general
Kutusof, y puso todo esmero en ejecutarlo. Mien-
tras estaba muy bien mantenido por los almacenes
de Kalouga, se proponia llamar allí á sus reclutas,
hacerlos ingresar en sus cuadros, instruirlos, y
elevar su ejército á un número tal que al cabo pu-
diera hacer frente á los franceses con ventaja. Ha-
biéndole seguido Bessiéres y Murat hasta este pun-

to, se detuvieron en aptitud de gentes, que, sin renunciar á la ofensiva, aguardaban nuevas órdenes. Efectivamente, se hallaban á veinte leguas de Moscou, casi sobre el camino que habíamos llevado á la ida, y bastante cerca de Mojaïsk, donde se había dado la batalla del Moskowa. Ir mas lejos no podia ser mas que consecuencia de una resolucion grande y definitiva, que solo era capaz de tomar su soberano.

Para Napoleon era este un momento grave, que iba á decidir de la campaña y probablemente de su suerte. Así en el fondo del Kremlin no cesaba de meditar sobre el partido á que debía atenerse. Exponer al ejército á nuevas fatigas para correr en pos de los rusos, sin la seguridad de darlos alcance, y por la única ventaja de darles otro combate mas ó menos mortífero, no era á los ojos de Napoleon una determinacion admisible. Fatigadísima estaba la infantería y muy mermada por el merodeo, y la caballería arruinada. Apenas entrado el ejército en Moscou, y despues de pasar los dias luchando contra el incendio, no habia tenido tiempo de respiro. Cinco ó seis dias era lo mas que habia saboreado de verdadero reposo. Se necesitaba, pues contemplarle, y no sacarle de su inmovilidad sino en el momento de tomar un partido decisivo. Ya era llegada la hora de pensar en el mas conveniente, pues el mes de setiembre habia pasado, sin que se recibiera ninguna respuesta á las aberturas iniciadas y remitidas á San Petersburgo, por lo cual habia que pensar en establecerse en Moscou, ó en dejar esta capital para acercarse á los almacenes, á los refuerzos, á las comunicaciones con Francia, esto es, á Polonia.

Invernar en Moscou era una resolucion que á primera vista no tenia la aprobacion de nadie, porque nadie admitia que pudieran inmovilizarse durante seis meses á doscientas leguas de Wilna, á trescientas de Danzick, á setecientas de Paris, con la mayor incertidumbre de los medios de alimentar el ejército, y con la perspectiva de ser bloqueados, no solo por el invierno, sino tambien por todas las fuerzas rusas. Abandonar á Moscou para retornar á Polonia, era por el contrario una idea que correspondia á lo que pensaban todos, salvo Napoleon. En su concepto, abandonar á Moscou era retroceder, era declarar al mundo que se habia cometido una gran falta al marchar sobre esta capital, y que se desesperaba de encontrar allí lo que se habia ido á buscar, la victoria y la paz; era renunciar á esta paz, recurso el mas pronto, é indisputablemente el mas positivo, para salir del apuro en que se habia puesto avanzando á tanta distancia; era decaer, perder en parte, y aun quizá en el todo, aquel prestigio que tenia sojuzgada á Europa, dócil á Francia, confiado al ejército y fieles á nuestros aliados; era, no bajar, sino caer de la inmensa altura á que se habia subido.

Así no habia que esperar que Napoleon abrazase este partido sino en el último extremo, y no solo por orgullo repugnaba un movimiento retrógrado á este grande hombre, sino tambien por el sentimiento profundo de su situacion presente, pues bastaba una duda inspirada al mundo sobre la realidad de sus fuerzas, para que se viniera abajo todo el edificio de su grandeza de un solo golpe. Ya al parecer habia detenido Torres-Vedras su pujanza en el Mediodía; pero podia explicarse de algun modo por

su ausencia, y por la presencia en Portugal de uno de sus lugartenientes que, por grande que fuera, no se le acercaba ni con mucho. Pero si encontraba en el Norte, donde mandaba por sí propio y á la cabeza de sus ejércitos principales, un obstáculo nuevo, forzosamente se le habia de considerar detenido de una manera definitiva en el curso de sus victorias; se iba á concebir la esperanza de vencerle, y una sola esperanza restituida á la Europa esclava, podia sublevarla toda á sus espaldas y sumergir al nuevo Faraon en las olas de una insurreccion europea.

Razon asistia pues á Napoleon para ocuparse gravemente acerca del modo con que abandonaria á Moscou, y para no querer salir de allí sino en la actitud de un enemigo que maniobra, y no en la de un enemigo que se pronuncia en retirada. Con esta mira se ofrecian varios arbitrios. Por ejemplo, la vuelta sobre el camino de Kalouga, donde se hallarian todos los recursos de las opulentas provincias del Mediodia, donde se batiria al ejército ruso, y desde donde se podia finalmente retornar por Jelnia á Esmolensko, se debia asemejar lo mismo á una maniobra que á una retirada. Pero esta marcha, que seria sustancialmente un movimiento retrógrado, por mucho que se cuidara de disimularlo, porque seria imposible invernar en Kalouga, á causa de la distancia entre esta ciudad y Esmolensko, nos condenaria á una travesía de ciento cincuenta leguas por lo menos y á todas las pérdidas consiguientes: sin duda nos proporcionaria la ventaja de encontrar y batir al ejército ruso, pero, obligándonos á llevar cinco ó seis mil heridos, á no ser que se les entregara á la exasperacion de los

contrarios, y aun aproximándonos á nuestros cuarteles, tambien aproximaria á los rusos á sus provincias mas opulentas, y sobre todo á los refuerzos que les llegaban de Turquía. Asi Napoleon se inclinaba á esta operacion muy poco, y de emprender la retirada, preferia lisa y llanamente desandar el camino, ya conocido por nosotros de Mojaisk, Wiasma, Dorogobouga, Esmolensko, cincuenta leguas mas corto que el de Kalouga, arruinado sin duda, mas por el cual podian salirnos al encuentro los convoyes de viveres sacados de Esmolensko á medio camino, por el cual debiamos llevar ademas viveres sacados de Moscou para diez dias, y protegeriamos finalmente todas nuestras evacuaciones con nuestra sola presencia, y estariamos poco expuestos á dar batalla y á cargarnos de nuevos heridos.

Pero á Napoleon no convenia ninguno de estos dos proyectos, pues con ambos renunciaba evidentemente á la ofensiva. El único plan bueno á sus ojos era el que juntara las cuatro condiciones siguientes: Primera, colocarle en comunicaciones directas y cotidianas con Paris; segunda, aproximar el ejército á sus recursos en viveres, equipo y reclutas; tercera conservar entero el prestigio de nuestras armas; cuarta en fin apoyar fuertemente las negociaciones de paz recién ensayadas. Estas cuatro condiciones hallólas en un plan concebido por su genio inagotable, y muy excitado á la faz del peligro, y digno de lo mas profundo y mas grande que habia imaginado nunca. Semejante plan consistia en una retirada hácia el Norte que, combinándose con un movimiento ofensivo del duque de Bellune sobre San Petersburgo, tendria la ven-

taja de aproximarnos á Polonia, presentándonos tambien mas amenazadores que nunca y poderosos para negociar de consiguiente. Véase el pormenor de este plan, que Napoleon quiso redactar y redactó en efecto, como tenia costumbre de hacer siempre que aspiraba á darse razon de sus propias ideas.

Segun se ha visto, Napoleon se habia proporcionado, ademas del ejército del príncipe de Schwarzenberg junto al Dnieper y del ejército de los mariscales Saint-Cir y Macdonald junto al Dwina, el cuerpo del duque de Bellune en el centro, el cual aguardaba en Esmolensko órdenes ulteriores. Fuerte el cuerpo de este mariscal de treinta mil hombres, podia ascender á cuarenta mil por la reunion de parte de las tropas westfalianas, sajonas y polacas, que aun no habian tenido tiempo de incorporarse, y de los batallones de marcha destinados á cubrir las bajas del ejército. Fácil era trasladarle al Norte del Dwina, sobre el camino de San Petersburgo por Witebsk y Veliki-Luki. Reunido allí al mariscal Saint-Cir y á una division del mariscal Macdonald, podia reunir setenta mil hombres, prontos á dirigirse sobre la segunda capital de Rusia, sede actual del gobierno. Delante de este cuerpo el príncipe Wittgenstein no tuviera cosa mejor que hacer que retirarse prontamente sobre San Petersburgo. Al instante que el duque de Bellune comenzara su movimiento, Napoleon con la Guardia, el príncipe Eugenio y el mariscal Davout podia retirarse oblicuamente al Norte en direccion de Veliki-Luki, marchando paralelamente al camino de Esmolensko y á una distancia de doce ó quince leguas por Woskresensk, Wolokolamsk, Zub-

kow y Bieloi, mientras el mariscal Ney, siguiendo con su cuerpo el camino recto de Moscou á Esmolensko, cubriría todas nuestras evacuaciones, y mientras Murat, ocultándose á la vista de Kutusof por un movimiento sobre su derecha, se trasladaría á Mojaisk y llegaría con el mariscal Ney á establecerse entre Esmolensko y Witebsk. Despues de diez ó doce dias de esta marcha tan profundamente combinada, el ejército se hallaria situado de este modo: el duque de Bellune con setenta mil hombres en Veliki-Luki, amenazando á San Petersburgo, Napoleon con otros setenta mil en Willij, pronto á apoyarle ó á reunirse con los treinta mil hombres de Murat y Ney para hacer frente á Kutusof, por cualquier camino que viniera á buscarlos. Segun todas las probabilidades, se debia hacer esta travesia sin que el enemigo nos diera alcance, sin que nos siguiera la pista, sin perder todo lo que se pierde cuando un ejército es perseguido de cerca, sin escaseces, porque el camino de Woskresensk, Wolokolamsk y Bieloi, que Napoleon se proponia tomar, era nuevo del todo, y por consiguiente muy bien aprovisionado, y Ney y Murat por el camino de Esmolensko, que era el nuestro, podian sin trabajo llevar viveres para treinta mil hombres. Ademas atraeríamos á los rusos en sentido inverso de sus refuerzos, lo cual les expondria á perder la mitad de ellos por darnos alcance, y aun retirándonos á Polonia, tomaríamos una posicion ofensiva como se necesitaba para la paz: de esta suerte, sin perder ni moral ni físicamente nada, saldriamos del mal paso de Moscou por medio de una marcha de las mas atrevidas y de las mas bellas que jamás se han ejecutado. Res-

pecto del invernaje todo anunciaba que seria fácil en estas condiciones. Estando reunidos nuestros almacenes en Wilna, con el auxilio de los trineos, tan cómodos en invierno, podian ser acarreados pronto á Polotsk y á Witebsk, de donde sacarian sus viveres las tropas. No teniendo que cruzar la inmensa cantidad de bueyes reunida en Grodno mas que un pais amigo, llegaria á Witebsk sin dificultad alguna. Despues, cuando asomara la primavera, habiendo empleado Napoleon el invierno en allegar nuevas fuerzas, estaria en aptitud de marchar con trescientos mil hombres sobre San Petersburgo. Probable era que ante la simple amenaza de tal paso, se firmara la paz, si no éramos muy exigentes en las condiciones, y que en todo caso ocupáramos á San Petersburgo, como habiamos ocupado á Moscou, sin hallar aquella capital incendiada, porque allí no se empleaba tanta madera como en Moscou para las construcciones, y porque los rusos no harian dos veces un sacrificio de tanta monta, y finalmente porque allí no era tan fogoso el patriotismo moscovita.

De consiguiente este plan reunia todas las condiciones que Napoleon se habia propuesto, restablecer las comunicaciones cotidianas con el centro de su imperio, trasladar el ejército hácia Polonia, conservar el prestigio de sus armas, y apoyar con un movimiento formalmente ofensivo las negociaciones pacíficas, cuya iniciacion tenia en proyecto. Jamás habia imaginado su genio un plan mas hábil, profundo y admirable. Concebido en los últimos dias de setiembre, resuelto y redactado (1) en

(1) Este proyecto se halla referido, bien que enteramente desfigurado en la relacion de Mr. Fain (manuscri-

los tres primeros dias de octubre, podia estar de todo ejecutado á las dos semanas, si se partia inmediatamente, por cuya época era aun el tiempo hermoso, y efectivamente estuvo soberbio. Todo se prestaba pues á maravilla á la ejecucion del nuevo plan, que era como una inspiracion venida de arriba á Napoleon para salvarle. Pero destinado estaba á fracasar todo lo mejor que le ocurria, por el mismo vicio de la situacion que se habia creado,

to de 1812). Está atribuido á una fecha que no puede ser exacta, pues Mr. Fain lo supone concebido y resuelto por el emperador cuando se hallaba en el palacio de Petrowskoie, donde estuvo durante el incendio de Moscou, del 16 al 19 de setiembre. Ahora bien, existe en los archivos y en la correspondencia de Napoleon una exposicion de este plan, dividido en titulos y articulos como un proyecto de ley, y comprensivo del dictámen de Napoleon sobre el estado de la guerra de Rusia y sobre los mejores medios de terminarla. Este documento, uno de los mas importantes de la campaña y de los mas gloriosos para el genio de Napoleon, tiene la fecha de octubre, sin designacion de dia. No pudo, pues, ser resuelto en el palacio de Petrowskoie, abandonado por Napoleon el 19 de setiembre. Ademas todo induce á creer, segun las circunstancias indicadas en la exposicion misma, que el plan se refiere á los dos ó tres primeros dias de octubre, y de ningun modo al 16, 17 ó 18 de setiembre. Evidentemente este plan fué redactado para comunicarlo á los lugartenientes de Napoleon, y no debió abandonarse sino despues de consultarlo con ellos. Concebido fué verosimilmente en los últimos dias de setiembre y puesto por escrito del 1 al 5 de octubre. En el orden de las ideas que en la mente de Napoleon debieron sucederse, no se le puede atribuir ni anterior ni posterior fecha. Mr. Fain solo debió conservar memoria de este traslado, y de cierto, no lo tuvo á la vista al escribir su obra, pues de otro modo lo añadiera á las piezas justificativas, donde ha insertado cuanto de la correspondencia de Napoleon poseia.

aventurándose á tal distancia. Habiendo pedido ya tanto á sus lugartenientes y á sus soldados, habiéndoles llevado tan lejos, y no teniendo que ofrecerles en Moscou mas que ruinas, obligado estaba á contemplarlos sobremanera, á consultarlos mas que de ordinario, á procurar atraerlos á sus planes, en vez de mandar imperiosa y concisamente, segun lo habia hecho en todas las épocas de su carrera, en que cada dia producía un resultado portentoso y acrecentaba su ascendiente. Ahora en el ejército empezaba á reinar, ademas de un inmenso cansancio, una tristeza profunda, que nacia de la sola vista de aquella ciudad hecha cenizas, y del secreto espanto que se experimentaba al pensar en lo largo de la vuelta, y del terrible invierno de Rusia, que distaba un mes á lo sumo. A espíritus dispuestos de tal modo se necesitaba hablar no en tono de amo imperioso, que manda sin explicaciones, porque el buen éxito cotidiano basta á explicarlo todo, sino como señor dulce, casi cariñoso, que consulta y persuade mas bien que ordena. Napoleon habló pues de su proyecto á sus lugartenientes uno tras otro, mas apenas expuso las primeras palabras, todos clamaron contra una nueva correría al Norte, contra una nueva conquista de capital. Harto mal habia salido el movimiento sobre Moscou, al cual se habian sacrificado todas las consideraciones de prudencia con la esperanza de un gran resultado, para que hubiera tentacion de empezar de nuevo, comprometiéndose á mayor distancia, y siendo ya la estacion mas avanzada, en una marcha sobre San Petersburgo.

No se trataba, pues, de ir á reconquistar la segunda capital de Rusia, sino de retroceder oblicua-

mente sobre Polonia, y de situarse, á titulo de apoyo, detrás de un cuerpo no destinado tampoco á trasladarse á San Petersburgo, sino á amenazarle, cosa que era muy diferente, y que ha dado margen despues á la falsa version de un proyecto de ir desde Moscou á San Petersburgo, atribuido á Napoleon por aquel tiempo. Esencialísima e.a la diferencia; pero los ánimos inquietos y desalentados no se paraban en estas distinciones. Unos alegaban la maleza, los pantanos, la esterilidad de las provincias del Norte, que se trataba de cruzar, otros hacían valer, con harta razon por desgracia, el estado del ejército, la consuncion de la caballería, la ruina de los carros de la artillería, la indispensable necesidad de dar descanso á los hombres y á los caballos, á fin de que pudiesen volver á andar el largo camino que nos separaba de Esmolensko, la urgencia asimismo de retirarse antes de la mala estacion, y de entablar entretanto algunas negociaciones que pudiesen conducir á la paz, medio siempre el mas positivo de salir sanos y salvos del apuro en que estaban puestos.

Muy luego echó de ver Napoleon que á la sazón nada se podia pedir á espíritus decaídos y espantados por el espectáculo que tenían ante los ojos, y sobre todo prestóse á desistir de su proyecto por el estado de las tropas, que exigía imperiosamente algun descanso. Obligado á abandonar ó á aplazar por lo menos el único plan capaz de sacarle de apuros, dejó flotar su mente entre varios proyectos que tuvo por inadmisibles al principio, como el de establecerse é invernar en Moscou, extendiendo sus cantones para proporcionarse forrages, como el de poner una guarnición en Moscou é ir á fijarse de

seguida á la rica provincia de Kalouga, desde donde tenderia su mano izquierda sobre Toula y su derecha sobre Esmolensko. Pero contra todos estos proyectos habia graves objeciones, y su dificultad le volvia á traer de continuo hacia el deseo de aquella paz tan locamente sacrificada á sus pretensiones de dominacion universal y que, vencedor y todo, ansiaba ahora tan vehementemente como jamás pudo anhelarla ningun vencido.

En sus continuas perplejidades imaginó enviar á Mr. de Caulaincourt á San Petersburgo, á fin de entablar francamente una negociacion con el emperador Alejandro. Cualesquiera que fuesen sus apuros, su actitud de vencedor, tratando desde Moscou mismo, tenia sobrada grandeza para poder aventurar este paso. Pero Mr. de Caulaincourt, temeroso de que bajo esta grandeza aparente se trasluciera lo difícil de la situacion, temeroso asimismo de no hallar en San Petersburgo el favor de que gozó allí en otro tiempo, rehusó el encargo, afirmando ademas, y con fundamento, que no quedaria airoso. Entonces, dirigiéndose Napoleon á Mr. de Lauriston, cuyo modesto buen sentido habia desdenado con exceso, encargóle que se dirigiera al campo del general Kutusof, no para ofrecer allí la paz, sino para ir á explicar al generalísimo ruso el deseo de dar á la guerra un carácter menos feroz. Por texto debia tomar el general Lauriston el incendio de Moscou para decir que, acostumbrados los franceses á tratar bien á las poblaciones vencidas, á ahorrárlas inútiles daños, tenían contristado el corazón de no hallar donde quiera mas que ciudades consumidas por el incendio, poblaciones desoladas, heridos expirantes entre las llamas, y que

era cruel para la humanidad, funesto para el honor de todos, y particularmente pernicioso para la prosperidad de la Rusia el continuar semejante género de guerra; que, si daba tal paso, no era porque semejante género de guerra hubiese embarazado á los franceses, pues hasta entonces no se habia logrado impedirles que vivieran, y lo testificaba la abundancia de que gozaban sobre las humeantes ruinas de Moscou, sino porque veían con sentimiento que se imprimiera á una guerra esencialmente política, fácil de terminar por un tratado, un carácter sublevador de barbarie y de irreconciliable odio.

De tales insinuaciones á palabras de paz la distancia era corta, y se estaba en una pendiente que por necesidad habia de conducir con rapidez á este punto. Si se le oia, Mr. de Lauriston estaba encargado de avanzar mas, pues debia decir que en el último altercado habia mas de mala inteligencia que de verdaderas causas de enemistades, sobre todo de enemistades implacables, y que los enemigos de ambos países eran los que se habian interpuesto entre los dos soberanos, para malquistarlos en provecho de la Inglaterra. Debia insinuar que la paz seria fácil y sus condiciones nadatendrian de rigorosas. Por último, debia poner todo el esmero en alcanzar cuando menos un armisticio transitorio, que ahorrara la efusion de sangre, efusion inútil al presente, puesto que ni uno ni otro ejército estaban dispuestos al parecer á intentar cosa seria. Verdaderamente para descender á tales pasos, vencedor y todo, valiera mas no comenzar tan fatal guerra, y se puede afirmar que en este momento estaba muy vengado Mr. de Lauriston de la poca acogida que sus consejos alcanzaron en Paris seis

meses antes. Pero para un buen ciudadano es una desdicha mas la venganza que surge de los infortunios de su patria.

Mr. de Lauriston partió el 4 de octubre, haciendo que le precediera un billete dirigido al general Kutusof, anunciándole su deseo de una entrevista directa con el jefe del ejército ruso. Al campo enemigo llegó el mismo día. Rodeado el prudente Kutusof de los parciales mas exaltados de la guerra, y con especialidad de los agentes ingleses, idos allí para vigilarle, titubeó al pronto en recibir personalmente á Mr. de Lauriston, por el temor de verse comprometido y llamado traidor, como Barclai de Tolly. De consiguiente envió al cuartel de Benningsen al principe Wolkonsky, ayudante de campo del emperador Alejandro, para que recibiera á Mr. de Lauriston y le hablara. Ofendido éste de tal conducta, negóse á la entrevista con el principe Wolkonsky, y volvió al cuartel general de Murat, diciendo que no pensaba tratar mas que con el generalísimo en persona. Esta repentina ruptura de relaciones apenas comenzadas inquietó á pesar de todo el estado mayor ruso. Si en las filas inferiores del ejército era siempre ardorosa la pasión contra los franceses, en las mas elevadas empezaban á dividirse, á calificar esta guerra de muy atroz y ruinosa, y á no mirar ya á los franceses como autores del incendio de Moscou; en una palabra, sentíase minorar la cólera con susangre tan copiosamente derramada. Por tanto, no se hubiera querido que se imposibilitara la paz de todo punto (1). Hasta los mismos enemigos de ella

(1) El general Clausewitz en sus interesantes Memorias, llenas de imparcialidad y buen seso, dice formal-

se dolián de la conducta observada respecto de monsieur de Lauriston por un motivo muy diverso. Comprendiendo perfectamente la situación de los franceses, conociendo el interés que habia en retenerlos en Moscou, en esta Capua tan atractiva aun despues de incendiada, temiendo que una ruptura tan ofensiva les trajera iracundos y resueltos sobre el ejército ruso, no reforzado todavía ni rehecho, se lamentaban de que al enviado de Napoleon se le hiciese tan mala acogida, y quisieron que se le buscara en cierto modo. El astuto Benningsen, que juntaba la sutileza á la audacia, trató de ver á Murat, habló con él, aprovechó su facilidad para arrancarle muy sensibles declaraciones, y manifestándole un deseo de paz que era fingido, le atrajo á explicar otro que era verdadero y harto patente. Semejantes conexiones se verificaron casi espontáneamente en las avanzadas, entre oficiales de diversos grados, y establecióse una especie de armisticio de hecho, por cuya consecuencia se con-

mente que el cansancio se empezaba á hacer sentir en el ejército ruso; que era una fortuna que no estuviese allí el emperador Alejandro, pues quizá, coincidiendo sus disposiciones habitualmente pacíficas con las del ejército, se hubiera tratado con Napoleon y perdido la coyuntura de emancipar la Alemania, que para el general Clausewitz, alemán y prusiano, era naturalmente el objeto esencial de la guerra. Este aserto, aunque exacto, no impide, que hubiera tambien parte de cálculo en la acogida hecha á Mr. de Lauriston, segun va á verse. Hubo á la vez astucia para enganar á los franceses, y algo de inclinacion á la paz. Siempre los sentimientos de los hombres son mas complejos que se imagina, lo cual hace dificilísimo señalarlos y reproducirlos en la justa medida de la verdad.

vino en que se recibiria al general Lauriston en el mismo cuartel del generalísimo ruso.

Dirigióse, pues, Mr. de Lauriston adonde el principe Kutusof se hallaba y tuvo con él muchas entrevistas. Tan dulces como valerosos, tan disimulados como violentos son los rusos, segun el cálculo ó el impetu del momento. Ora por el deseo de la paz, ora por designio de adormecer á los franceses, razones habia para acoger bien á su representante, y además esto no costaba gran cosa á los generales rusos, á quienes es natural la cortesía, y á quienes Mr. de Lauriston inspiraba una estimacion justa. El principe Kutusof le habló largo tiempo, y respondió con discrecion y dignidad á todas sus observaciones. Con motivo de las quejas contra el carácter dado á la guerra, le dijo que se aplicaba todo lo posible á conservar el carácter de una guerra regular entre naciones civilizadas, y que se lo conservaria donde quiera que lograra ser obedecido; pero que su voz no seria escuchada por los paisanos rusos, y que no era maravilla que un pueblo, á quien los franceses llamaban bárbaro, no se pudiera civilizar en tres meses. Respecto de las justificaciones del general Lauriston sobre el incendio de Moscou, respondió que por su parte no echaba la culpa á los franceses, y que en su opinion el patriotismo moscovita era el único autor de este sacrificio, pero que mas estimaban los rusos reducir su país á cenizas que entregárselo al enemigo. Sobre las insinuaciones de paz y aun de un armisticio, presentóse el principe Kutusof como falto de poderes, y como obligado á ponerlo en conocimiento de su soberano. Lo que propuso y se aceptó fué despachar al ayudante Wolkonski á San

Petersburgo, á fin de llevar las aberturas de Napoleon y traer la respuesta. Armisticio no era posible firmarlo, mas se convino en que cesaria el tiroteo sobre toda la linea de las avanzadas, no entendiéndose lo mismo respecto de las alas extremas de las dos huestes, y no impidiéndose tampoco las correrías de los cosacos, ni las de los franceses para hacer forrages.

Aun cuando se prodigaban á Mr. de Lauriston las atenciones, no quiso permanecer en el campo de los rusos, como hubiera podido hacerlo un vencido que aguardase la paz de que necesitaba, y volvió á Moscou para trasmitir á Napoleon el pormenor de cuanto habia visto y oido.

Aun cuando contáse poco Napoleon con la paz despues del acceso de rabia que habia producido el incendio de Moscou, y sobre todo despues de las aberturas infructuosas de que Mrs. Toutelmine y Jakowleff habian sido mediadores, creyó no obstante deber aguardar los diez ó doce dias necesarios, segun informes, para recibir contestacion de San Petersburgo. Por vagas que fueran sus esperanzas de paz, no pudo menos de concebir algunas á pesar de todo, tan grande necesidad sentia de ella; y en todo caso no creia que la prolongacion de residencia fuese tiempo perdido, pues le servia para rehacer sus tropas. Las gentes mas acostumbradas al clima del país le afirmaban que las heladas no sobrevenian hasta mediados ó fines de noviembre. Un aplazamiento de diez ó doce dias le llevaria á la mitad de octubre, y nada le inclinaba á creer que, partiendo del 15 al 18, lo ejecutara demasiado tarde. Entretanto se preparaba á todos los planes, así á retirarse sobre Esmolensko como á

pasar el invierno en Moscou. A Murat encargóle que se mantuviera en observacion delante del campo de Taroutino, que diera allí descanso á sus tropas, alimentándoles lo mejor posible, y le envió víveres de los sacados de los sótanos de Moscou, en cuanto se lo permitian sus medios de transporte. Un nuevo movimiento prescribió hácia adelante, lo mismo á las tropas dejadas á la espalda que á los batallones de marcha destinados á cubrir las bajas de los varios cuerpos. Dispuso la formacion de una division de quince mil hombres en Esmolensko, la cual debia avanzar sobre Jelnia, para que le alargara la mano si se dirigia á Kalouga. Al duque de Bellune previno que estuviera pronto para toda clase de movimientos. Asimismo ordenó que se enviaran á Moscou todos los hombres desbandados y recogidos en Wilna, Minsk, Witebsk y Esmolensko, no puestos en marcha hasta entónces por falta de armas que darles, y á quienes se proponia armar con los numerosos fusiles hallados en el Kremlin; recomendando que se les hiciera ir entre convoyes capaces de protegerlos. Un reglamento redactó para estos convoyes, prohibiendo que se pusieran en camino á no tener mil quinientos hombres de infanteria bien armados, independientemente de la caballeria y la artilleria que se pudieran agregar á ellos, y determinando de una manera expresa que acamparan en cuadro y con el comandante en el centro. Nuevamente veló por abastecer á costa de desembolsos todos los puestos del camino, y empezó á pensar en las evacuaciones de heridos. A Junot encargó que los dividiera en tres partes, una de los que pudieran marchar dentro de quince dias, otra de los que necesitaran mas tiempo, y otra por

último de aquellos cuyo transporte se considerara imposible. Vedó ocuparse de los primeros que podian retirarse á pie, y de los últimos, á quienes era forzoso dejar morir donde se hallaban; dispuso la traslacion de los otros hácia Wilna, ya valiéndose de carros del pais, ya de los del tren de equipages, de los cuales habia hasta mil y doscientos en Moscou, ascendiendo á doscientos los que á este objeto fueron destinados. Bajo el supuesto de invernar en Moscou, porque, indeciso como estaba, no excluia Napoleou hipótesis alguna, emprendió en el Kremlin obras de defensa, hizo derruir los edificios pegados á este punto fuerte, erizar las torres de cañones, cubrir de tambores las puertas, fortificar algunos de los principales conventos de la ciudad destinados á almacenes, hacer con la pólvora, hallada en el Kremlin, cartuchos de fusil y de artilleria, á fin de proporcionar á las seiscientas bocas de fuego del ejército dobles municiones, velar esmeradísicamente por el descubrimiento y la conservacion de los géneros alimenticios, de modo que se proveyera á cada cuerpo de víveres para cinco ó seis meses, en pan, en sal, en bebidas espirituosas y en carne salada. Siendo siempre la dificultad principal el abastecimiento de forrages envió al príncipe Eugenio por el camino de Jaroslaw, y al mariscal Ney por el de Wladimir, á distancia de doce ó quince leguas, para ocupar, pacificar y conservar una gran extension de pais, y proporcionarse en ella el alimento del ganado y de la caballeria. Ademas procuró atraer á los campesinos, pagando al contado y á muy alto precio las legumbres, los forrages y los víveres de toda especie. Hizo buscar á los sacerdotes griegos, y les compro-

metió á abrir de nuevo las iglesias de Moscou, á celebrar allí el culto divino, y hasta á orar por su soberano legítimo, el emperador Alejandro. Finalmente, no para divertirse, pues no tenia necesidad de ello, sino para distraer á sus oficiales, y sobre todo para dar pan á pobres franceses, que ejercian el oficio de cómicos en Rusia, tambien dispuso que se volvieran á abrir los teatros, y rodeado de una brillante corte militar asistió á las representaciones dramáticas, que hacian poco antes las delicias de la nobleza rusa, esforzándose lo posible por resucitar el cadáver de la desventurada Moscou. Luego pasaba las noches en despachar los negocios administrativos de su imperio, que una estafeta, empleando desde París diez y ocho días, le llevaba muchas veces á la semana. En ocasiones le atraian á las ventanas del Kremlin de pronto columnas de humo que se elevaban de vez en cuando del incendio que aun consumia sordamente la ciudad sin ventura. Confiado, al hacer memoria de tantos peligros superados gloriosamente, triste cuando veia el abismo en que se habia metido tan hondo, nada se pintaba en su rostro soberbio de sus agitaciones internas, porque ni un corazon habia en torno suyo, al cual quisiera exponer á la carga ominosa de sus confianzas. Asi, tan pronto tranquilo como inquieto, pudiendo aun operar un prodigio despues de haber dado cima á tantos, allí estaba dentro del antiguo palacio de los czares, en el solsticio de su pujanza, esto es, en aquella especie de tiempo indeterminado que separa la época de la mayor elevacion y de la declinacion de los astros.

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

El Bereziua.

Estado de los ánimos en San Petersburgo. — Entrevista del emperador Alejandro y del principe real de Suecia en Abo. — Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou. — Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y union del ejército del Moldavia al ejército de Volhinia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff. — Órdenes expedidas á los generales rusos de marchar contra los dos ejércitos franceses, que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada. — Mandato al general Kutusof para que rechace toda negociacion y vuelva á empezar las hostilidades lo más pronto posible. — Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleon en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaria á los ojos de Europa é imposibilitaria todo trato. — Se inclina al proyecto de dejar á Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaria la mano al mariscal Victor, llevado de Esmolensko á Jelnia. — Mientras Napoleon se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusof á Murat en Winkowo, despues de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos. — Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizzarria. — Irritado Napoleon marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa, abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital. — Partida de Moscou el 19 de octubre,

metió á abrir de nuevo las iglesias de Moscou, á celebrar allí el culto divino, y hasta á orar por su soberano legítimo, el emperador Alejandro. Finalmente, no para divertirse, pues no tenia necesidad de ello, sino para distraer á sus oficiales, y sobre todo para dar pan á pobres franceses, que ejercian el oficio de cómicos en Rusia, tambien dispuso que se volvieran á abrir los teatros, y rodeado de una brillante corte militar asistió á las representaciones dramáticas, que hacian poco antes las delicias de la nobleza rusa, esforzándose lo posible por resucitar el cadáver de la desventurada Moscou. Luego pasaba las noches en despachar los negocios administrativos de su imperio, que una estafeta, empleando desde París diez y ocho días, le llevaba muchas veces á la semana. En ocasiones le atraian á las ventanas del Kremlin de pronto columnas de humo que se elevaban de vez en cuando del incendio que aun consumia sordamente la ciudad sin ventura. Confiado, al hacer memoria de tantos peligros superados gloriosamente, triste cuando veia el abismo en que se habia metido tan hondo, nada se pintaba en su rostro soberbio de sus agitaciones internas, porque ni un corazon habia en torno suyo, al cual quisiera exponer á la carga ominosa de sus confianzas. Asi, tan pronto tranquilo como inquieto, pudiendo aun operar un prodigio despues de haber dado cima á tantos, allí estaba dentro del antiguo palacio de los czares, en el solsticio de su pujanza, esto es, en aquella especie de tiempo indeterminado que separa la época de la mayor elevacion y de la declinacion de los astros.

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

El Bereziua.

Estado de los ánimos en San Petersburgo. — Entrevista del emperador Alejandro y del principe real de Suecia en Abo. — Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou. — Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y union del ejército del Moldavia al ejército de Volhinia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff. — Órdenes expedidas á los generales rusos de marchar contra los dos ejércitos franceses, que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada. — Mandato al general Kutusof para que rechace toda negociacion y vuelva á empezar las hostilidades lo más pronto posible. — Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleon en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaria á los ojos de Europa é imposibilitaria todo trato. — Se inclina al proyecto de dejar á Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaria la mano al mariscal Victor, llevado de Esmolensko á Jelnia. — Mientras Napoleon se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusof á Murat en Winkowo, despues de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos. — Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizarria. — Irritado Napoleon marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa, abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital. — Partida de Moscou el 19 de octubre,

después de haber permanecido allí treinta y cinco días.—Salida de esta capital.—Singular aspecto del ejército, arrastrando tras sí inmensa cantidad de bagages.—Llegada á orillas del Pakra.—Ya en este punto, concibe Napoleón súbito el proyecto de ocultar su marcha al ejército ruso, y de pasar, ofuscándole, del viejo al nuevo camino de Kalouga, y de llegar allí sin disparar un fusilazo y sin tener que trasladar gran número de heridos.—Órdenes para este movimiento que lleva consigo la evacuación definitiva de Moscou.—Advertido oportunamente el ejército ruso, se traslada á Malo-Jaroslavetz en el nuevo camino de Kalouga.—Sangrienta y gloriosa batalla de Malo-Jaroslavetz, dada por el ejército de Italia á parte del ejército ruso.—Lisonjándose Napoleón de penetrar hasta Kalouga, desearia persistir en su proyecto, pero el temor de una nueva batalla, la imposibilidad de llevar consigo nueve ó diez mil heridos, y las instancias de todos sus lugartenientes, le determinan á volver á tomar el camino de Esmolensko, ya seguido por el ejército al dirigirse á Moscou.—Resolución fatal.—Primeras lluvias y dificultades del camino.—Principio de tristeza en el ejército.—Penosa marcha sobre Mojaisk y Borodino.—Escasez que resulta del consumo de los viveres sacados de Moscou.—Atraviesa el ejército el campo de batalla del Moskowa.—Triste aspecto de este campo de batalla.—Se dan á perseguirnos los rusos.—Dificultades con que tropieza nuestra retaguardia fiada al mariscal Davout.—Sorpresas nocturnas de los cosacos.—Ruina de nuestra caballería.—Peligro que el príncipe Eugenio y el mariscal Davout corren en el desfiladero de Czarewo-Zaimitche.—Soldados que no pueden seguir al ejército por falta de viveres y de fuerzas para las marchas.—Formación hacia la retaguardia de una multitud de hombres desbandados.—Movimiento de los rusos para llegar antes que el ejército francés á Wiasma, mientras una fuerte retaguardia á las órdenes de Miloradowitch debe acometerle y quitarle sus rezagados.—Combate del mariscal Davout en Wiasma, á quien atacan de frente y por la espalda los rusos.—Sálvase este mariscal de un gran peligro, por virtud de su energía y del socorro del mariscal Ney.—Extenuado el primer cuerpo de resultas de las fatigas y penalidades sufridas, es reemplazado por el tercer cuerpo, encargado ya de cubrir á las órdenes del mariscal Ney la retirada.—Frios repentinos y principio de padecimientos crueles.—Pérdida de caballos que no se pueden mantener sobre el hielo, y abandono de parte de los carros de la artillería.—Llegada á Dorogobouga.—Tristeza de Napoleón y su inacción durante la retirada.—Noticias que recibe del movimiento de los rusos sobre su línea de comunicación y de la conspiración de Malet en París.—Origen y pormenores de esta conspiración.—Precipitada marcha de Napoleón sobre Esmolensko.—Desastre del príncipe Eugenio al paso del Vop, durante su marcha sobre Witebsk.—Se incorpora al grande ejército en Esmolensko.—Al saber allí Napoleón que el mariscal Saint-Cir se ha visto obligado á abandonar á Polotsk, que el príncipe de Schwarzenberg y el general Rey-

nier se han dejado engañar por el almirante Tchitchakoff, el cual se adelanta sobre Minsk, se apresura á llegar al Berezina, para librarse del peligro de ser envuelto.—Partida sucesiva de su ejército en tres columnas y encuentro con el ejército ruso en Krasnoe.—Tres días de batalla en torno de Krasnoe y separación del cuerpo del mariscal Ney.—Marcha extraordinaria de este para incorporarse al ejército.—Llegada de Napoleón á Orscha.—Sabe que Tchitchakoff y Wittgenstein se hallan próximos á juntarse á orillas del Berezina y á cortarle toda retirada.—Se apresura á llegar á las margenes de este río.—Grave deliberación sobre la elección del punto por donde ha de pasarse.—En el momento en que se desesperaba de hallarlo, llega milagrosamente el general Corbineau, perseguido por los rusos, y descubre un punto, por donde es posible pasar el Berezina hacia Studianka.—Todos los esfuerzos del ejército se dirigen sobre este punto.—Admirable decisión del general Eblé y del cuerpo de pontoneros.—El ejército emplea tres días en pasar el Berezina, y durante ellos pelea con el ejército que le ataca de frente para estorbarle el paso y con el que le acomete por la espalda para lanzarle sobre el Berezina.—Vigor de Napoleón, cuyo genio entero se despierta delante de este gran peligro.—Heróica lucha y espantosa escena junto á los puentes.—Salvado el ejército por milagro, se traslada á Smorzoni.—Ya allí, y después de reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes de su partida, se resuelve Napoleón á dejar clandestinamente el ejército para dirigirse á París.—Parte el 5 de diciembre en trineo, acompañado por Mr. de Lauriston, el mariscal Duroc, el conde Lobau y el general Lefebvre-Desnoettes.—Después de su partida, la desorganización y el súbito aumento del frío consuman la ruina del ejército.—Evacuación de Wilna y llegada de los estados mayores á Koenigsberg sin un soldado.—Carácter y resultados de la campaña de 1812.—Verdaderas causas de este inmenso desastre.

Mientras en Moscou acontecian estas cosas, retirado el emperador Alejandro en San Petersburgo, dedicaba á esta guerra sus días y sus noches, y aun cuando hubiese renunciado á ordenar las operaciones sobre el terreno, se ocupaba en dirigir su conjunto, en preparar los recursos para llevarlas á cabo y en dilatar el círculo de ellas con sus alianzas.

Ya hemos dicho que se negó á tratar con los ingleses hasta el día de la ruptura definitiva con Francia, pero que, á contar desde su salida de Wil-

na, esto es, despues del regreso de Mr. de Balachoff, no anduvo ya en vacilaciones, y que, bajó los ojos y por conducto del principe real de Suecia, autorizó á Mr. de Suchtelen para firmar el 48 de julio la paz de Rusia con la Gran Bretaña, bajo las condiciones mas sencillas y mas breves, como las de una alianza ofensiva y defensiva, sin ninguna designacion de medios que, abandonados á las circunstancias, debian ser cuantos cupieran en lo posible. Tambien hemos dicho que lord Cathcart, el que habia adquirido en Copenhague una celebridad siniestra, corrió inmediatamente á San Petersburgo, para representar allí á Inglaterra. Bajo los auspicios de este embajador fué preparada y se realizó una entrevista, que era objeto de los ardientes deseos del principe real de Suecia. Ser admitido en presencia de Alejandro, recibir testimonios de su confianza, muestras de distincion por su parte, su palabra imperial de ser mantenido sobre el trono de Suecia y galardonado con la Noruega, constituia una verdadera pasion en el nuevo principe sueco. Aunque el orgullo de Alejandro padecia singularmente al abocarse con semejante aliado, y aun cuando supiera hacer diferencia entre las familiaridades con un grande hombre como Napoleón y las familiaridades con un favorito de la fortuna como el general Bernadotte, le interesaba tanto asegurarse la ayuda del ejército sueco que consintió en una entrevista, que habia de tener lugar en Abo, punto de la Finlandia el mas próximo á las costas de Suecia. Esta entrevista importaba tanto mas al emperador Alejandro, cuanto que tenia en Finlandia veinte mil hombres de buenas tropas, cuya incorporacion al ejército de Wittgenstein po-

dia ser de la mayor consecuencia, y que habian sido dejados en el Norte del imperio bajo pretexto de concurrir á la conquista de Noruega, segun el tratado de 24 de marzo, si bien realmente para estar en guardia contra una traicion imprevista. Con efecto, á pesar de las instancias del principe real para estrechar sus vínculos con Rusia, buenos observadores creyeron descubrir algunas veces sobre su rostro vacilaciones, pesares, cólera mal comprimida, especialmente desde los principios de la campaña no favorables á los rusos, y oyéronle expresar quejas harto amargas porque no se le ayudaba de seguida á conquistar la Noruega. Por estas diversas razones fué aceptada la entrevista y celebróse el 28 de agosto en la ciudad de Abo, delante de lord Cathcart y bajo los auspicios de la marina inglesa, cuyos buques trasladaron al principe Bernadotte de las costas de Suecia á las de Finlandia. Apenas llegado éste, fué tratado con las mas delicadas atenciones, pues, cuando la necesidad lo exige, el orgullo ruso truecense de pronto en una deferencia obsequiosa, acompañada de una gracia asiática que no pertenece en tanto grado mas que á esta nacion formidable. Desplegando Alejandro en Abo la amabilidad interesada, que en Tilsit y en Erfurt habia desplegado antes, sin tener ahora otra excusa que la de la política para su decoro, hizo al principe sueco la primera visita, prodigóle abrazos, recibió los suyos, y á la verdad obtuvo el premio de su condescendencia, puesto que, poseido el nuevo principe de cierta especie de embriaguez, se prestó á todos los arreglos anhelados por Rusia. Se convino en que, en vez de gastar inútilmente las fuerzas de la coalicion en Noruega, pro-

vincia de que se podian apoderar siempre, se llevarian todas las fuerzas disponibles al teatro, donde se iba á decidir verdaderamente la suerte de la guerra; en que se enviaria á las márgenes del Dwina el cuerpo ruso retenido en Finlandia; en que se reservaria el ejército sueco para un desembarque á retaguardia de los franceses; en que, debiéndose efectuar verosímilmente este desembarque en Dinamarca, por sí mismo se proveeria el príncipe sueco de una prenda fácil de trocar mas tarde por Noruega; en que finalmente se emplearian en batir á Napoleón las fuerzas comunes, pues este era el objeto esencial de la guerra y el medio seguro de que el futuro monarca de Suecia conquistara la Noruega. Admitidas estas cosas, el príncipe real dió al emperador Alejandro los mejores consejos, funestísimos para nosotros; consejos sacados de su experiencia, y expresados en el lenguaje de la mas violenta saña. Según dijo á Alejandro, no era Napoleón todo lo que suponía la estúpida admiración de Europa; no era el genio profundo, universal, irresistible de la guerra que se imaginaba; no era mas que un general bullicioso, impetuoso, sin saber mas que ir adelante, y atrás nunca, aunque la situación lo exigiera. En su contra no se necesitaba mas que un talento, el de esperar, para vencerle y destruirle. Su ejército no era ya el que se habia conocido. Se hallaba demasiado compuesto de extranjeros, y sobre todo de reclutas: los generales, que le tenían bajo su mando, estaban cansados de guerras continuas, y no resistiria á la prueba á que acababa de ser expuesto, llevándole á las profundidades de Rusia. Después de haberle metido Napoleón en tal empeño, no sabia retirarle, y para

alcanzar un triunfo completo, solo se necesitaba una cosa, no mas que una, perseverancia. Se perderian una, dos, tres batallas, después las habria indecisas, y tras las indecisas vendrian las victoriosas, con tal de que se supiera persistir y no ceder nunca. Quitad á estos consejos, que el buen sentido inspiraba entonces á todo el mundo, quitadles el lenguaje del odio, y lo demás era verdadero por desgracia.

Persuadido Alejandro de antemano de estas verdades, sintióse mas penetrado de ellas, al oír al príncipe real de Suecia, y se separaron encantados uno y otro, el uno glorioso de intimidación semejante (1), el otro no glorioso, pero sí convencido de que, por poco segura que fuese la fé del nuevo sueco, sin peligro alguno podria retirar sus tropas de Finlandia para trasladarlas á Livonia, resultado á la sazón el mas provechoso que podia sacar de esta entrevista. Mientras el emperador Alejandro se ajustaba así con Suecia, concluía sus tratos con la Puerta, aceptando sus condiciones, por diferentes que fuesen de las que se habia lisonjeado de obtener durante largo tiempo. Después de desistir sucesivamente de la Valaquia, de la Moldavia hasta Sereth, y por último, de la Moldavia toda, no se atuvo definitivamente mas que á la Besarabia, para adquirir al menos las bocas del Danubio, é insistió sobre todo en tener la alianza de los turcos con la intención quimérica, de que ya hemos ha-

(1) No necesito declarar que, cuidadoso siempre de no decir mas que la verdad, tomo estos pormenores de los despachos mas auténticos, unos dirigidos al gabinete francés, otros comunicados al mismo por una corte aliada, que conservó un embajador en San Petersburgo.

blado, de inducirles á invadir las provincias de Iliria, y aun quizá la Italia, juntamente con el ejército ruso. Cansados los turcos de guerra, cansados también de sus relaciones con las potencias de Europa, y no queriendo mezclarse con ellas para cosa alguna, hicieron el imprudente sacrificio de la Besarabia, pudiendo conservarla sin mas que unos pocos dias de paciencia, pero se negaron constantemente á toda alianza con Rusia. Solo por este motivo se tuvo en suspenso el tratado de paz ya firmado. El almirante Tchitchakoff, cuyo espíritu ardiente aspiraba á un gran resultado, cualquiera que fuese, al ver frustradas sus esperanzas de invadir el imperio francés en union de los turcos, imaginó otra cosa distinta, la de invadir el mismo imperio de Turquía y propuso á Alejandro marchar en derecha sobre Constantinopla y apoderarse de ella. En el trastorno continuo de Estados, á que se estaba acostumbrado entonces, esperaba que en virtud de los ajustes de la paz inmediata podria quedar esta hermosa conquista á Rusia. Cuando llegó esta proposición á manos de Alejandro, se conmovió profundamente: su corazón, oprimido por las desdichas de la guerra, dilatose de pronto, y estuvo á punto de ordenar que se emprendiera esta atrevida marcha; pero muy luego la reflexion vino á calmar los primeros ardores del nieto de Catalina. Pensando en sus aliados declarados, Suecia é Inglaterra, en sus aliados ocultos y próximos acaso, Prusia y Austria, temiendo disgustar mortalmente á todos y alejarlos de su lado, si se atrevia á poner la mano sobre Constantinopla; conociendo la dificultad de marchar á esta capital con cincuenta mil hombres á lo sumo, la imprudencia de invadir


el territorio ageno, cuando estaba invadido el propio, el grau provecho que se podria sacar de estos cincuenta mil hombres uniéndolos á los treinta mil de Tormazoff, para llevarlos sobre los flancos del ejército francés, retuvo á su temerario amigo el almirante Tchitchakoff, y sin embargo, en vez de darle una orden positiva, pues tanto le costaba la renuncia temporal á estas miras hereditarias, le recomendó mas bien que le mandó el aplazamiento de estos magníficos designios sobre Constantinopla, la terminacion de todo con los turcos, y su pronta marcha á Volhinia, donde se le aguardaba dentro de pocas semanas.

(1) Esta proposición del almirante Tchitchakoff es ciertamente una de las circunstancias mas curiosas de la historia moderna, y no la referiríamos, sino tuvieramos certidumbre de ella. Habiendo podido proporcionarnos, no por la familia del almirante establecida en Paris, sino por comunicaciones emanadas de otras fuentes, la correspondencia personal del emperador Alejandro con el almirante Tchitchakoff, citamos el documento siguiente que no deja ninguna duda sobre el hecho que aseveramos.

El emperador Alejandro al almirante Tchitchakoff.

Liakow cerca de Polotsk 6 (18) de julio de 1812.

Quisiera haber enviado mi respuesta á vuestra carta de 26 de junio (8 de julio) cuando recibí vuestro despacho del 29 (11). Quería aprobar todas las disposiciones que tomásteis hasta el 26, y daros para obrar carta blanca: no obstante, confieso que vuestra carta del 29 me embataza para la decisión que tengo que comunicaros. Muy vasto es el plan y muy atrevido, pero ¿quién puede responder de su buen suceso? Entretanto nos privamos del efecto que vuestra diversion podria causar sobre el enemigo, y generalmen-

Tales fueron los ajustes políticos concluidos por Alejandro con los que podian ayudarle y con los que hubieran podido crearle estorbos. De vuelta en San Petersburgo despues de la entrevista de Abo, recibió la noticia de la batalla del Moskowa, tomóla al principio por un triunfo, envió al príncipe Kutusof el baston de mariscal, un regalo de 100,000 rublos, (10,000 francos) para él, y de cinco rublos para cada soldado y ordenó que se die-

ran acciones de gracias al cielo en todas las iglesias del imperio. Mas pronto supo la verdad é indignóse de la imprudencia de su general en jefe, sin atreverse á pesar de todo á ponerla de manifiesto, pues se aprovechaba de una mentira que sostenia el corazon de sus súbditos: despues experimentó una sensacion profunda al saber la toma de Moscou, y la catástrofe de esta ciudad sacrificada á los dioses infernales de la guerra y del odio. Inmensa fué la impresion que hizo en todo el imperio, con

te nos privamos por muy largo tiempo de la cooperacion de todas las tropas que militan bajo vuestro mando, llevándolas hácia Constantinopla.

»Sin hablar ya de la opinion general ¿no vamos á añadir embarozos á los que nos rodean al presente, chocando tanto con nuestros compatriotas como con nuestros aliados los ingleses y los suecos de resultas de determinacion semejante? Los austriacos que á la sazón no se presentan en la lucha mas que con treinta mil hombres, viendo amenazado el imperio otomano hasta en sus cimientos, se verán obligados, sino por su propia voluntad, de seguro por la del emperador Napoleon, á hacer marchar todas sus fuerzas para impedir tales resultados, y entrando en la Moldavia y la Valaquia, pondrán en los mayores apuros á vuestra retaguardia y aun á las fuerzas con que marchais sobre Constantinopla. Si la diversion á que pareceis determinado del todo en vuestra carta del 26 de junio (8 de

especialidad en San Petersburgo, debiéndose decir que en esta segunda capital igualó el miedo á la pesadumbre.

San Petersburgo, creacion artificial de Pedro el Grande, ciudad de empleados, de gentes de córte, de comerciantes, de extrangeros, no era á semejanza de Moscou el corazon de Rusia, sino mas bien la cabeza, cabeza llena de ideas tomadas de fuera. Al principio habia deseado la guerra, cuando no vió en ella mas que el restablecimiento de las relaciones mercantiles con la Gran Bretaña; mas, al descubrir una larga serie de sacrificios y de peligros, no la queria ya tanto. Tambien achacaba sus infortunios actuales á aquel sistema de retirada indefinida, que habia llevado á los franceses hasta el centro del imperio: acusaba á los genera-

julio halla ahora tantos obstáculos en vuestro concepto, quizá habria que tomar una determinacion mas prudente que todas y que podria producir resultados no menos provechosos. Se reduciria á cangear las ratificaciones, contentarse por ahora con esta paz sin exigir imperiosamente la alianza, y trasladar todas las fuerzas á vuestras órdenes por Holling y Camenisk-Podolsk hácia Doubna, donde seriais reforzado por todo el ejército de Tormazoff, al cual daria yo orden de entregaros el mando, enviándole á mandar á Kiew, y con este ejército imponente, compuesto de ocho ó nueve divisiones, marchar sobre cuanto encontrárais delante por el lado de Varsovia, y producir una diversion eficazísima para los dos primeros ejércitos que tienen delante fuerzas muy superiores. Creo que solo se puede elegir entre estos dos planes, ó el de la diversion hácia la Dalmacia y el Adriático, ó por la Podolia del lado de Varsovia.

»Mas tarde puede ser reproducida la historia de Constantinopla. Luego que marchen bien nuestros asuntos contra Napoleon, podremos volver á vuestros etc.»

les de traicion ó de cobardia, al emperador de flaqueza, y se vengaba de los terrores que padecia con un lenguaje amargo y violento hasta lo mismo. No podia el general Pfuhl asomar por las calles sin exponerse á ser insultado. Por el contrario el general Paulucci, considerado como contradictor suyo, era acogido con las mas lisonjeras demostraciones.

Universalmente estaba divulgada la idea de que Napoleon marcharia muy pronto de Moscou á San Petersburgo, y ya se hacian preparativos de partida. Porciones de objetos preciosos eran encaminados á Arcangel y á Abo. Sobre la conducta que debia seguirse, los pareceres andaban discordes. Guerra á muerte querian los espíritus fogosos, y no se recataban para decir que, si desmayaba Alejandro, habria que destituirle y que elevar al trono á la gran duquesa Catalina, su hermana, esposa del principe de Oldenburgo, aquel de quien Napoleon habia tomado el patrimonio, princesa hermosa, de capacidad no escasa, emprendedora, reputada por enemiga de los franceses, y residente á la sazón donde su marido, gobernador de las provincias de Twer, de Jaroslaw y de Kostroma. Al revés los espíritus mas templados propendian á que se aprovechara una coyuntura para entrar en ajustes. Les espantaba ver á los franceses en San Petersburgo, y al emperador fugitivo hacia Finlandia, provincia dudosa, ó hacia Arcangel, provincia situada junto al mar Blanco. La emperatriz madre, aquella princesa tan altiva, tan poco favorable á los franceses, asustada de los peligros de su hijo y del imperio, sintió desfallecer su corazon de pronto, y volvió á la idea de la paz, como tambien el

gran duque Constantino, que habia abandonado el ejército despues de la pérdida de Esmolensko, y pensaba que convenia limitarse á una de aquellas guerras politicas que se terminan, despues de perder dos ó tres batallas, con un tratado mas ó menos desfavorable, y no venir á parar á una guerra destructora, como la que sostenian los españoles ya hacia cuatro años contra Francia. Lo mas extraño era que el mismo Mr. Araktehejef propendia á la paz, siendo recientemente uno de los mas enérgicos parciales de la guerra á cuchillo. Mr. de Romanzoff, silencioso desde que las nuevas intimidades con Francia habian desmentido tan cruelmente su sistema, y que ya se hallara totalmente alejado de los negocios, si desgraciado al representante de la política de Tilsit no pareciera que Alejandro se condenaba á sí mismo, habia recobrado la voz para hablar de paces. Sin embargo, los gritos de guerra habian cubierto estas timidas palabras de reposo, y especialmente los emigrados alemanes, que habian ido á buscar un albergue en Rusia y á pedirla que se pusiera al frente de la insurreccion europea, viendo próxima á sucumbir su causa, duplicaban esfuerzos y súplicas para alentar á la familia imperial á la resistencia. Mr. de Stein al frente de ellos mostrábase el mas vehemente y mas firme. En medio de este conflicto entre el odio y el miedo, la agitacion era general y profunda.

Alejandro tenia el corazon afligido por las desgracias actualmente irreparables de Moscou, por las desgracias posibles de San Petersburgo, no estaba muy seguro de poder salvar la capital esta, y quizá desmayara, tanto era su quebranto, si no le sostu-

viera su orgullo hondamente herido. Imposible le parecía rendir otra vez mas su espada á aquel imperioso aliado de Tilsit y de Erfurt, por quien habia sido tratado tan desdenosamente. Tenia el noble orgullo de preferir la muerte á una humillacion semejante, y decia en el seno de la confianza que él y Napoleon no podian ya reinar juntos en Europa, y que era menester que uno ú otro desapareciera de la escena del mundo.

Por lo demas, entre este caos de opiniones divergentes, afectado por la timidez de los unos, ajado por el ardor casi insultante de los otros, cansado del tumulto de todos, se habia ocultado á los ojos del público y tomado en silencio la resolucion irrevocable de no ceder de ninguna manera. Un instinto secreto le decia que, llegado á Moscou, corria Napoleon mas peligros que hacia correr á Rusia, y ademas el invierno, ya cercano, le parecia un aliado que muy en breve cubriria con un escudo de hielo á San Petersburgo.

Fija ya su resolucion, adoptó las providencias consiguientes. Pronto podia hallarse la flota rusa de Cronstadt encerrada en los hielos y expuesta á ser presa de los franceses; y asi determinóse al sacrificio penoso de confiarla á los ingleses. Hizo llamar á lord Cathcart, le confesó sus aprensiones, declaróle al par sus resoluciones irrevocables y le dió la prueba mas inequívoca de ellas, pidiéndole que tomara en depósito la escuadra rusa con todo cuanto tenia á bordo, y diciéndole que la confiaba al honor y á la buena fé de la Gran Bretaña. Ufano el embajador británico de semejante abertura, prometió que el depósito seria fielmente guardado y la escuadra rusa recibida con la mas cordial hos-

pitalidad en los puertos de Inglaterra. Alejandro ordenó que se hiciera á la vela, cargándose á bordo lo mas precioso y encaminándola hácia el Gran-Belt para que saliera del Báltico á la primera señal, bajo la escolta y proteccion del pabellon de la Gran Bretaña. Dirigidos fueron á Arcangel otros objetos pertenecientes á la corona, sobre todo en materia de papeles de Estado.

A estas precauciones, tomadas para el caso de nuevas desventuras, añadió Alejandro otras mucho mejor entendidas, y cuyo resultado probable debia ser que sucediera el triunfo á la derrota. De acuerdo se acababa de poner con Suecia para el envío á Livonia del cuerpo de ejército del general Steinghel, que hasta entonces estuvo retenido en Finlandia. Se convino en que la mayor parte de este cuerpo, trasladada por mar de Helsingford á Revel, iria por tierra á Riga, para juntarse allí al conde de Wittgenstein, lo cual proporcionaria á este una fuerza total de sesenta mil hombres. Tambien fijó sus resoluciones definitivas respecto del ejército del almirante Tchitchakoff, y renunciando á todos los planes seductores, si bien actualmente funestos, que le habian sido presentados, expidió al almirante orden formal para trasladarse á Volhinia, juntar allí las tropas del general Tormasoff bajo su mando, con las cuales debia componer un ejército de setenta mil hombres, y de remontar el Dnieper para concurrir á un movimiento concéntrico á retaguardia de Napoleon de los ejércitos rusos. Entre las ideas emitidas por el general Pfuhl de continuo, se contaba una que habia llamado particularmente la atencion de Alejandro, y era la de operar sobre los flancos y la retaguardia del ejérci-

to francés, luego que se le hubiese atraído á lo interior del imperio. Esta idea, prematura en julio cuando Napoleon estaba en Wilna, prematura aun cuando se hallaba entre Witebsk y Esmolensko, y en aptitud de desbaratar todas las tentativas preparadas sobre sus flancos, venia á ser muy oportuna, y podia producir grandes consecuencias en octubre, cuando estaba en Moscou. Efectivamente ahora ó nunca era el caso de caer sobre su linea de comunicacion, pues se encontraba muy lejos del punto de partida, sus tropas no habian adquirido un ascendiente decidido en ninguna parte, y si el conde de Wittgenstein abundantemente reforzado lograba rechazar al mariscal Saint-Cir del Dwina y adelantarse entre Witebsk y Esmolensko, al agujero mismo por donde Napoleon habia pasado para marchar sobre Moscou; si el almirante Tchitchakoff, dejando un cuerpo delante del principe de Schwarzenberg para contenerle, remontaba con cuarenta mil hombres el Dnieper y el Berezina, para dar la mano á Wittgenstein, podian unirse junto al alto Berezina uno y otro y recibir á la cabeza de cien mil hombres á Napoleon, cuando volviera de Moscou extenuado por una larga marcha, acosado por Kutusof y expuesto á ser cogido entre dos fuegos.

Inducido el emperador Alejandro á estas miras de resultas de sus conversaciones con el general Pfuhl, alentado á perseverar en ellas por su ayudante de campo piemontés Michaud, encargó á Mr. de Czernicheff que se dirigiera adonde estaba Kutusof para hacer que las pusiera en planta, y las comunicara al almirante Tchitchakoff de seguida, y se trasladara por último cerca de Wittgenstein

con el propio objeto, y corriera sin cesar de uno á otro hasta conseguir reunirlos y que concurrieran á la misma empresa. Con semejantes miras no podia Alejandro responder á las aberturas de Napoleon de una manera favorable. Asi desde que tuvo noticia de ellas, resolvió no escucharlas. Sin embargo causáronle satisfaccion muy viva, como que daban nuevo testimonio de los apuros que en el seno de Moscou empezaban á experimentar los franceses, apuros que le presagiaban, no solamente la salvacion de Rusia, sino tambien su triunfo. Con todo importaba retener á Napoleon en Moscou lo mas posible, pues, si salia de alli muy pronto, podria volver sano y salvo, y asi determinó Alejandro hacerle aguardar su respuesta, sin permitirle sospechar en que sentido se la daria. Consiguientemente á los proyectos manifestados, Mr. de Czernicheff partió para el campo del generalísimo Kutusof, y le comunicó el plan adoptado de guardar silencio, contemporizar, aguardar los progresos de la mala estacion, y preparar entretanto á espaldas del ejército francés una reunion de fuerzas abrumadora. Sobre esto nada habia que decir, nada que aconsejar al viejo Kutusof, que mejor que nadie en Rusia comprendia este sistema de guerra, y era capaz de ejecutarlo con buen suceso. Por tanto admitió sin discusion un plan, que era la continuacion de sus ideas y ademas la justificacion de toda su conducta.

Mientras Napoleon era blanco de estos cálculos formidables, consumia su tiempo en Moscou, dedicándose á las ocupaciones que hemos descrito, esperando las respuestas que no llegaban, y siguiendo las oscilaciones comunes de todo espíritu

agitado, cualquiera que sea, tan pronto creia lo que deseaba, esto es la paz, como dejaba de creerlo, sin mas razon que la de haberlo creido un instante, si bien las mas veces desesperaba de conseguirla, fundándose para no contar con ella en el incendio de Moscou, en este acto, que revelaba un patriotismo furioso, y en el silencio del emperador Alejandro, quien debía haber recibido ya hacia mucho tiempo las primeras aberturas trasmitidas por Mrs. Toutelmine y Jakowleff. De consiguiente se decia que era forzoso tomar un partido y tomarlo pronto, y se preparaba á ello mucho antes de que las palabras comunicadas al general Kutusof el 3 de octubre pudieran recibir respuesta. Magnifico era el tiempo, de una pureza y una suavidad extremadas. Jamás en nuestros climas de Francia habia hermoseado otoño mas sereno las campiñas de Fontainebleau y de Compiègne. Pero cuanto mas seductor el tiempo tanto mas debía ser seguido de una reaccion pronta y completa y tanto mas convenia pensar en retirarse. Con descanso y alimento abundante se habian repuesto los soldados de infantería, y respiraban salud y confianza. Llegado habian, ademas de la division italiana de Pino, del cuerpo del principe Eugenio, y de la division de la Joven Guardia de Delaborde, cierto número de heridos de la jornada del 7, restablecidos de sus heridas, y algunos batallones y escuadrones de marcha. De consiguiente ascendia el ejército á cien mil hombres de todas armas, verdaderamente bajo banderas, con seiscientas bocas de fuego perfectamente municionadas. El respetable general Lariboisiere, que habia perdido en el Moskowa un hijo ante sus ojos, y á quien su profundo

dolor no impedia llenar sus deberes con la actividad de un mancebo, no veia con gusto esta masa de artillería, y hubiera preferido tener menos cañones y mas municiones, porque sabia con cuanta rapidez se habian consumido en esta guerra, y con cuanto trabajo habria que arrastrar detras de sí un aprovisionamiento proporcionado al número de bocas de fuego. Pero Napoleon, haciendo memoria del efecto producido por la artillería en el Moskowa, previendo que pronto le faltarian hombres, y lisonjeándose de suplir á la fusilería con la metralla, persistia en sus resoluciones. Hizo coger todos los pequeños caballos del pais, llamados *cognados* para los carros privados de tiros, y con estos recursos esperaba superar las dificultades que preocupaban al general Lariboisiere. De suerte que en el ejército se hallaba todo en buen estado, salvo los medios de transporte. Mientras rebosaban salud los hombres, desprovistos los caballos de forrages, estaban flacos, flojos y en situacion que inspiraba las mas vivas inquietudes. Tristísimo aspecto presentaba la caballería, junta casi toda á las órdenes de Murat delante del campo de Taroutino. Acampado Murat en una llanura, detras del riachuelo Czerniczna, mal cubierto sobre sus alas, y mal protegido por el armisticio verbal que no observaban los cosacos, veíase obligado á tener su caballería siempre en movimiento, lo cual, unido al alimento detestable, compuesto de la paja podrida que cubria las chozas, contribuía á aniquilarla. Por via de socorro envió Napoleon á Murat algunos forrages y autorizacion para replegarse sobre Woronowo, en mejor posicion, á siete ú ocho leguas detras del enemigo. Pero, previendo Murat un movimiento

general y cercano, y rehusando lanzar á sus tropas en un cambio de cantones, que apenas les aprovecharian algunos dias. quedose en Winkowo, delante de Kutusof, que se hallaba establecido en Taroutino.

Ya el 12 de octubre, cuando aun no era posible tener respuesta de San Petersburgo al paso dado el 5, despues de pasar en Moscou veinte y siete dias, conocia Napoleon que era indispensable abrazar un partido, y que, si se quedaba en Moscou, debia alejar á los rusos de sus cantones, y, si se retiraba de aquel punto, habia que emprender la marcha antes de que la mala estacion viniese. De consiguiente dispuso la partida de todos los heridos, cuyo estado lo permitiera, hizo que se sacaran los que se llamaron trofeos, esto es, varios objetos cogidos del Kremlin, prohibió que de Esmolensko á Moscou se llevara ya cosa alguna, y previno que en la primera de estas ciudades se aprestase todo para darle la mano en la direccion que indicara. Pero una idea, una sola, le retenia como á pesar suyo, y le retenia siempre que iba á determinarse. No era, como se ha creído, la esperanza de la paz, esperanza que no abrigaba, sino el temor de perder el ascendiente de la victoria, iniciando un movimiento retrógrado á los ojos del mundo; y en esto cedia, no á una ilusion pueril, sino al profundo sentimiento de la situacion en que se hallaba. Se decia que el primer paso dado hacia atras seria el principio de una serie de confesiones costosísimas y peligrosas; confesiones de que habia avanzado muy lejos, de que le era imposible sostenerse á tal distancia, de que se habia engañado, de que se le habia frustrado su objeto en esta

campana. ¡Cuántas defecciones y que de ideas insurreccionales debia suscitar el espectáculo de Napoleon hasta entonces invicto, obligado á retroceder al cabo! Prescindiendo del orgullo, y el orgullo sin duda entraba á la parte en los sentimientos que experimentaba, habia en este primer paso hacia atrás un peligro inmenso. Efectivamente podia ser el principio de su caída (1).

Preocupado con este peligro pensaba siempre en invernar en Moscou, ó en ejecutar un movimiento que, aproximándole á sus almacenes, tuviera visos de una maniobra y no de una retirada. Invernar en Moscou era una resolucion de singular audacia, y esta resolucion tenia parciales. Uno digno de la mayor consideracion figuraba entre ellos, y era Mr. Daru, que habia acompañado á Napoleon en calidad de secretario de Estado, y estaba encargado de todos los detalles de la intendencia del ejército, y la desempeñaba con un celo, una inteligencia y una actividad, dignas de tan alto y difícil empleo. Este administrador eminente consideraba mas fácil sustentar al ejército en Mos-

(1) Con documentos á la vista, segun la correspondencia del mismo Napoleon y á tenor de una porcion de notas escritas de su puño, todas las cuales revelan su verdadera idea, enuncio y afirmo que, contra la tradicion recibida, Napoleon fue retenido en Moscou menos por la esperanza de la paz que por el temor de perder el ascendiente militar y moral, operando un movimiento retrógrado. Me gusta poco alterar las versiones admitidas en historia. Procuro ser veraz y no nuevo. Sobradamente nuevo es uno solo con ser veraz. Sostengo pues el aserto de que se trata sobre las causas de la larga permanencia de Napoleon en Moscou, porque tengo el convencimiento y la prueba de su exactitud.

con y asegurarle allí sus comunicaciones durante el invierno, que volverle á llevar sano y salvo á Esmolensko por un camino desconocido, si se tomaba alguno nuevo, ó devastado, si se tomaba por el seguido antes. Consejo de Leon llamaba Napoleón á este, y á la verdad se necesitara de rara osadía para adoptarlo. No estribaba la dificultad mayor en la manutención de los hombres, segun ya hemos indicado, pues habia trigo, arroz, legumbres, bebidas espirituosas y algunas carnes saladas. Hasta habia medio de proporcionarse carne fresca, con tal de que antes de la mala estacion se juntara ganado y forrage para nutrirlo durante algunos meses. Lo mas dificultoso era hacer vivir á los caballos, que se morian de inanición, no sabiendo como sostenerlos ni en aquel instante, que no era el mas desfavorable del año. Aun quedaba el recurso de llevar los cantones á diez ó doce leguas á la redonda, segun se habia ya hecho, pero ademas de la inseguridad de que esto bastase para hallar los forrages necesarios ¿cómo se podian sostener estos cantones á tanta distancia, luego que la mala estacion llegase, con una caballería ligera destruida y contra una innumerable muchedumbre de cosacos, ya venidos ó próximos á venir de las orillas del Don? Vencidas estas dificultades, todavía quedaba otra de no menos peso, la de mantener todas las comunicaciones entre los puestos escalonados en el camino de Esmolensko á Moscou, la de asegurar no solo sus relaciones de uno á otro, sino la conservación particular de cada uno de ellos, porque, á no convertirlos en plazas fuertes, ¿cómo se les habia de poner al abrigo de un cuerpo de doce á quince mil hombres, que acometiera la em-

presa de atacarlos y de tomarlos uno á uno? Se necesitaban en Dorogobouga, en Wiasma, en Ghjat, en Mojaisk, etc., sin contar otros muchos menos importantes aunque necesarios; y suponiendo todos estos puestos armados, abastecidos, provistos no solo de guarniciones permanentes, sino tambien de fuerzas movilizadas y capaces de socorrerse unas á otras, evidente era que este objeto solo requeriria el valor de un ejército. Y á pesar de todos estos cuidados para mantener las comunicaciones ¿qué seria de París, qué de la Europa, si un dia llegaban á faltar noticias de Napoleon, y existia la misma separacion de él que de Masena durante la campaña de Portugal? Por último, aun superadas tan múltiples dificultades de la manera mas venturosa ¿qué se habria ganado con hallarse en Moscou al asomar la primavera? En Moscou se estaba á ciento ochenta leguas de San Petersburgo, ciento ochenta leguas de un camino muy malo, sin contar ciento para ir de Esmolensko á Moscou, lo cual sumaba doscientas ochenta para los refuerzos que fueran á juntarse al grande ejército en marcha sobre San Petersburgo, al par que desde Witebsk, por ejemplo, no seria mas que de ciento cincuenta leguas la distancia. Si la campaña próxima consistia en dirigir los esfuerzos contra la segunda capital de Rusia, valia mas evidentemente arrancar desde Witebsk que desde Moscou, y este era el único punto de partida que hubiera podido adoptarse.

De consiguiente el invernar en Moscou suscitaba las mas graves objeciones. Sin embargo, la repugnancia de Napoleon á un movimiento retrógrado era tan pronunciada, que no excluia la hipótesis de invernar en Moscou, y que, aun habien-

do ordenado la partida de los heridos, cuyo estado lo permitia, para estar desembarazado en sus movimientos, hacia fortificar el Kremlin, limpiar los aproches de este alcázar, cubrir con tambores sus puertas, armar de cañones sus muros y torres, traer refuerzos al ejército y llevar muy lejos sus avanzadas para estudiar los recursos del pais tanto en víveres como en forrages.

En medio de estas perplejidades crueles, preferia siempre Napoleon la excelente maniobra que aproximándole á Polonia por una marcha oblicua hacia el Norte, le colocara detrás del duque de Bellune en Veliki-Luki, y le diera apariencias no de retirarse, sino de apoyar un movimiento ofensivo sobre San Petersburgo. Desgraciadamente cada dia que pasaba, trayendo el invierno, hacia mas anti-pática para el ejército una direccion al Norte, y ademas las noticias llegadas del Mediodia reclamaban forzosamente hacia aquel lado las combinaciones del momento. Mientras todo permanecia estacionado junto al Dwina y Macdonald se consumia delante de Riga sin poder sitiarse esta plaza, y el mariscal Saint-Cir resistia inmóvil en Polostk, sin poder sacar de su victoria del 18 de agosto otro resultado que el de mantenerse en su posicion, el almirante Tchitchakoff, de vuelta de Turquía, despues de firmar la paz con los turcos, habia atravesado la Podolia y la Volhinia, y tranquilizado por la neutralidad de la Galitzia, secretamente convenida con Austria, habia penetrado hasta las márgenes del Styr para reforzar á Tormazoff. Obligado á dejar algunos miles de hombres á su espalda, no llevaba mas que treinta mil consigo, y así ascendian á sesenta mil los dos ejércitos juntos. Toman-

do el mando general de ellos, obligó á Schwarzenberg y á Reynier, que no contaban mas que treinta y seis mil entre uno y otro, á replegarse sobre el Bug, y luego detrás de los pantanos de Pinsk, para cubrir el gran ducado. De cuanto Napoleon pidió para el príncipe de Schwarzenberg nada mas habia llegado que el baston de mariscal, y la promesa de siete ú ocho mil hombres, que no se veian aparecer nunca. De nuevo se habia esparcido la alarma en Varsovia, donde, en vez de un entusiasmo creador reinaba un general abatimiento, donde se daban por abandonados de Napoleon, donde se quejaban de que no hubiera incorporado la Lithuania á Polonia, donde de todas estas quejas se formaba una excusa para no moverse y para no enviar reclutas ni material al príncipe Poniatowski.

En situacion semejante no se podia pensar en un movimiento hacia el Norte, pues así se dejara vasto campo de sobra á las empresas del almirante Tchitchakoff. Mejor convenia una marcha sobre Kalouga á la actual direccion de las fuerzas enemigas, y al estado de los ánimos, á los cuales se tranquilizaba ofreciéndoles en perspectiva el clima y la abundancia de las provincias meridionales.

Por todas estas razones ideó Napoleon una combinacion mixta, consistente en trasladarse al campo de Taroutino, á expulsar á Kutusof de este punto, lo cual no tenia apariencias de una retirada, á arrollarle sobre la derecha ó sobre la izquierda, á marchar de seguida á Kalouga, á llevar allí por el camino de Jelnia al duque de Bellune, ó al menos una fuerte division, ya lista en Esmolensko á invernar así en Kalouga, en el seno de un pais fértil, bajo un cielo poco riguroso, en comunicacion por

la derecha con Esmolensko, y por su espalda con Moscou. Dentro de este plan estaba guardar el Kremlin, dejar allí al mariscal Mortier con cuatro mil hombres de la Jóven Guardia, con otros cuatro mil de ginetes desmontados, organizados en batallones de infantería, depositar allí su material mas pesado, sus heridos, sus enfermos, sus rezagados, proporcionar así á este mariscal de carácter experimentado una guarnicion de diez mil hombres y víveres para seis meses. Situado Napoleon en Kalouga, en el seno de cierta especie de abundancia, pudiendo alargar las manos al mariscal Mortier, de quien distaria cinco jornadas, ó al duque de Bellune, de quien distaria tambien lo propio, trasladándole a Jelnia, se hallaria como una araña en el centro de su tela, pronto á correr á donde quiera que se sintiese un movimiento. De este modo nada habria evacuado, sino que al revés se hallarian invadidas nuevas provincias, tomando posicion en el pais mas hermoso y mas central de Rusia. Supóngase una batalla ganada por completo sobre Kutusof en los alrededores de Taroutino; supóngase ademas un invierno de rigor ordinario, y este plan tenia grandes probabilidades de buen suceso, fuera de que, si se deseaba definitivamente aproximarse á Polonia, podia Mortier tomar víveres para diez dias, evacuar á Moscou por el camino seguido antes en derechura, y volver tranquilamente á Esmolensko, recogiendo todos los puestos que se hallaran entre ambos puntos, y hallándose á cubierto por la presencia de Napoleon en Kalouga. Esta operacion bastaba por sí sola para traer al almirante Tchitchakoff sobre Mozir y desbaratar sus proyectos fingidos ó reales contra el gran ducado.

Semejante combinacion nueva, prueba de la fecundidad del talento de Napoleon, no era la que hubiese preferido, sino la que juzgaba mas conveniente. Habiendo sobrevenido de pronto una ligera helada el 13 de octubre, sin que el hermoso tiempo de que se gozaba experimentara variacion alguna, todos conocieron que era llegada la hora de resolverse. Napoleon juntó á sus mariscales para oír sus pareceres, aunque ordinariamente se cuidara poco de la opinion ajena; pero en la situacion de entonces, cada cual adquiria con la gravedad creciente de las circunstancias algun derecho á ser consultado. El principe Eugenio, el mayor general Berthier, el ministro de Estado Daru, los mariscales Mortier, Davout y Ney asistieron á esta junta. No faltaban mas que Murat y Bessiéres, retenidos delante del campo de Taroutino. La primera cuestion versaba sobre el estado particular de cada cuerpo, la segunda sobre el partido que debia tomarse. Sobre el estado de los cuerpos y con relacion al número nada habia que no fuera lastimoso, pues el del mariscal Davout estaba reducido de setenta y dos mil á veinte y nueve ó treinta mil hombres; el del mariscal Ney de treinta y nueve mil á diez ú once mil soldados. No contaba el principe Poniatowski mas que cinco mil hombres, dos mil los westfalianos, veinte y dos mil la Guardia, sin haber peleado. En totalidad y contando los parques se podia calcular el ejército en cien mil y algunos mas combatientes, de los ciento setenta y cinco mil que componian su fuerza efectiva al partir de Witebsk, y de los cuatrocientos veinte mil que la formaban al pasar el Niemen. Por lo demas el estado de los hombres era satisfactorio. Frescos estaban y

descansados y muy decididos, aunque harto inquietos de resultas de su posicion azarosa, que su rara inteligencia avaloraba perfectamente.

En cuanto al partido que debía tomarse discor-daron los pareceres. El mariscal Davout opinó que, habiendo vuelto á ingresar en las filas los soldados levemente heridos y hallándose los cuerpos muy descansados, no había instante que perder en la partida; que, llevándonos el camino de Kalouga á países fértiles y no devastados, y bajo climas me-nos rigurosos, no cabía elegir otra direccion que esta. Con su lenguaje indicaba el mariscal Davout harto á las claras que se había permanecido en Moscou mas de lo conveniente. Dispuesto como de costumbre el general Berthier á contradecir al ma-riscal Davout, y encargado naturalmente de defen-der las resoluciones que habían prevalecido, pue-sto que representaba al estado mayor general, sos-tuvo por el contrario que la permanencia en Moscou había sido útil y necesaria, que, merced á ella, había sido posible rehacer las tropas y resti-tuirlas la salud y las fuerzas. Sin embargo, convi-no en que la hora de partir era llegada. Habitua-do á conformarse con la opinion de Napoleon y sabien-do su constante preferencia al camino del Norte, propuso la vuelta sobre Witebsk, marchando late-ralmente al camino de Esmolensko por Waskren-sensk, Wolokolamsk, Zubkow, Bieloj. Este era el plan de Napoleon cuando ya no cabía ejecutarlo. Leal el mariscal Mortier al par que sumiso, fué del mismo dictámen que Berthier, representante co-mun del pensamiento imperial. Rudo é indócil el mariscal Mortier cuando se abandonaba al primer impulso, apoyó vigorosamente la opinion del ma-

risical Davout, consistente en decir que se había permanecido en Moscou sobrado tiempo, lo cual significaba ya mucho, y que convenia partir lo mas pronto posible. No poco habló del estado de su cuerpo, reducido á diez mil hombres, sin los wur-tembergeses, y sostuvo que la direccion de Kalou-ga era la única admisible. De sobra apacible y ti-mido el príncipe Eugenio para tener otra opinion que el estado mayor general, habló como Berthier. Al revés Mr. Daru no vaciló en declarar que no par-ticipaba del dictámen de los unos ni de los otros, y en sostener que se debía invernar en Moscou. Se-gun aseveraba, dentro de la ciudad había en vive-res, arroz, harina y bebidas espirituosas para todo el invierno. Extendiendo los cuarteles había posi-bilidad de juntar forrages, y de mantener por este medio el ganado y los caballos. De suerte que se podia evitar el doble inconveniente de un movi-miento retrógrado y de una marcha por entre pai-ses desconocidos unos, aniquilados otros al primer tránsito por ellos, en una estacion muy avanzada y con soldados muy aptos para las marchas ofensi-vas y poquisimo para las de retirada.

Napoleon tan fácil y pronto en formar su opi-nion y expresarla, tenia la costumbre de callar, y de oír, y de reflexionar sobre lo que oía, cuando consultaba la opinion agena. Parece que se calló y reservó su decision ahora, segun había acontecido en mas de una ocasion de esta clase.

A la verdad había que buscar en sus perpleji-dades la causa de su silencio. Permanecer allí hu-biera querido, pero conocia la dificultad de vivir y de mantener sus comunicaciones. Reducido á par-tir, hubiera preferido la marcha al Norte por tener

el carácter de ofensiva; pero la mala estacion, la aparicion del mariscal Tchitchakoff junto al bajo Dnieper le empujaban forzosamente al Mediodia, y la marcha sobre Kalouga, el establecimiento en esta rica provincia, dejando una guarnicion en el Kremlin, y situando al duque de Bellune en Jelnia, para comunicarse con Esmolensko, le parecian constituir el plan mejor adecuado á las circunstancias. De consiguiente estaba resuelto á adoptarlo; pero la vaga esperanza de recibir una respuesta de San Petersburgo, aun cuando no contase con ella, la lentitud de las evacuaciones por falta de carros, el tiempo que era deslumbrador por lo hermoso, como si la naturaleza hubiera sido cómplice de los rusos para engañarnos, y finalmente la repugnancia siempre grande á iniciar un movimiento retrógrado, le retuvieron aun cuatro ó cinco dias, y ya se iba á determinar á expedir sus últimas órdenes para la marcha sobre Kalouga, cuando un repentino y grave accidente le vino á sacar el 18 de octubre de sus deplorables dilaciones.

Con efecto el dia 18 revistaba las tropas del mariscal Ney estando magnifica la mañana, cuando súbito se oyó el sordo estampido del cañon hácia el Mediodia, sobre el camino de Kalouga. Muy luego un oficial enviado desde Winkowo anunció que Murat, fiando en la palabra verbal que se habian dado de avisarse con algunos horas de anticipacion en el caso de volver á las hostilidades, habia sido sorprendido y asaltado aquella misma mañana por todo el ejército ruso, y que, segun su costumbre, habia salido del trance á fuerza de valor y fortuna, aunque no sin perder hombres y cañones. Véase el pormenor de cuanto habia acontecido.

Algun tiempo habia que llegaban refuerzos al ejército ruso, y por las continuas detonaciones de armas de fuego era fácil conjeturar que el viejo Kutusof ejercitaba á sus reclutas, para incorporarlos en sus batallones. Desembarazado del infeliz Barclai de Tolly por la intriga, de Bagration por el fuego del enemigo, no le quedaba mas censor importuno que Benningsen, y aspiraba á librarse de él ó á anularle por lo menos para seguir con mas holgura su propia idea. Esta era profundamente juiciosa, y consistia en reforzar tranquilamente su ejército mientras se disminuia el de los franceses, en no atropellar nada, en no aventurar contra un enemigo como Napoleon cosa alguna, y en no operar en su contra sino cuando el clima se le entregara vencido en las tres cuartas partes. Y aun queria dejar que le venciera el clima de tal manera que nada casi quedara que hacer á sus tropas. ¡Tanto le gustaba jugar á golpe hecho, y tanto temia á su adversario! Hasta el presente le habia salido todo á medida de su deseo. Mas de veinte regimientos de cosacos habia recibido, veteranos todos, socorro muy apreciable para cuando tuviera que perseguir al enemigo. De los depósitos le habian llegado numerosos reclutas que incorporó en sus regimientos. Muchos soldados extraviados ó levemente heridos se le habian juntado, y al mediarse octubre contaba entre infantería y caballería regular no menos de ochenta mil hombres, y ademas veinte mil excelentes cosacos. A tenor de las intenciones de Alejandro, no habia dado á Napoleon ninguna respuesta, con el fin de prolongar la permanencia de los franceses en Moscov.

Sin embargo de su resolucion de no obrar toda-

via, la situación de Murat era adecuada para tenerle, pues, según hemos dicho, se hallaba en una dilatada llanura, detrás de la cuenca del Czernicznia, teniendo cubierta su derecha por la parte honda de esta cuenca, que iba á parar al Nara, si bien quedando su izquierda al aire, á causa de que por este lado la escasa profundidad del Czernicznia no era un obstáculo contra los ataques del enemigo. Aprovechándose de un bosque dilatado entre los dos campos, y que podía ocultar los movimientos del ejército ruso, era fácil desembocar por la izquierda de Murat, rebasarle, cortarle de Woronowo, y quizá destruir su cuerpo, que, además de la infantería de Poniatowski, constaba de casi toda la caballería francesa.

Habiendo reconocido esta posición el ardiente coronel Toll de concierto con el general Benningsen, propuso inaugurar las nuevas hostilidades con este atrevido golpe de mano, tras del cual, por bien que librara Napoleón, quedaria tan debilitado que de pronto caeria en una grandísima inferioridad numérica respecto del ejército ruso. Aunque muy resuelto Kutusof á no aventurar nada, vencido por la verosimilitud del triunfo, por las instancias del coronel Toll, por el temor de dar á Benningsen armas en su contra, consintió en la operación propuesta. De consiguiente la noche del 17 de octubre, el general Orloff-Denisoff con una gran masa de caballería y muchos regimientos de cazadores y el general Bagowouth con toda su infantería recibieron orden de adelantarse á la callada por entre el bosque extendido entre los dos campos, y de desembocar por la izquierda de los franceses, mientras el grueso del

ejército ruso marchaba de frente sobre Winkowo.

Convenido este plan fué puesto en ejecución la noche del 17, y el 18 por la mañana vióse asaltado de imprevisto el general Sebastiani. A la izquierda, diseminada para ir á forragear nuestra caballería, fué rechazada mas allá de la cuenca naciente del Czernicznia; hácia el centro, despertando con sobresalto nuestra infantería en las aldeas donde acampaba, corrió á las armas y vino á hacer fuego á lo largo de la misma cuenca del Czernicznia, mas honda por esta parte. Allí habíamos perdido algunas piezas de artillería, algunos centenares de prisioneros, y una gran cantidad de bagages; pero Poniatowski y el general Friederichs con su infantería atajaron de plano la marcha de los rusos por nuestro frente; y hácia nuestra izquierda sorprendida, reparando siempre Murat sobre el campo de batalla la ligereza de sus lugartenientes y la suya propia, dió cargas de caballería tan reiteradas, tan bien dirigidas, tan vigorosas, que dispersó la caballería de Orloff-Denisoff, y rompió y acuchilló á cuatro batallones de infantería. Gracias á estos prodigios de bravura, gracias á las falsas maniobras de los rusos, que anduvieron vacilantes, siempre temiendo hallarse con el mismo Napoleón cara á cara, pudo replegarse Murat sano y salvo sobre Woronowo, tan vencedor como vencido, y dueño del camino de Moscou. Cerca de mil quinientos hombres habia perdido, matando dos mil á los rusos. Estos experimentaron además la dolorosa pérdida del bizarro general Bagowouth que, agraviado por una especie ofensiva del coronel Toll, fué á plantarse á la boca de nuestros cañones y cayó sin vida.

Noticioso de esta accion que, aun siendo brillante, revelaba la falsedad de la posicion de Murat, como tambien su imprevision y la de sus lugartenientes, airóse mucho Napoleon contra unos y otros, y airóse mucho mas contra los rusos, que no habian respetado el compromiso verbal de avisarse tres horas antes. Evidentemente era preciso castigarlos, y así entre todas las combinaciones venia á ser mejor que otra alguna y ademas la única practicable, la que consistia en marchar sobre Kalouga. Al punto Napoleon expidió sus órdenes para llevar esta combinacion á cabo en los términos que ya hemos expuesto. En la tarde del 18 de octubre, el principe Eugenio, los mariscales Ney y Davout y la Guardia imperial debian hacer sus preparativos de marcha para la mañana siguiente, cargar en los carros pertenecientes á sus cuerpos y en los que se habian proporcionado los viveres que les fuera posible llevar consigo, calculándolos en doce ó quince dias de subsistencias para el ejército entero, cruzar á Moscou, é ir á bivaquear delante de la puerta de Kalouga, á fin de poder hacer una gran marcha el dia 19. No estando resuelto de ningun modo á evacuar á Moscou, y queriendo reservarse la posibilidad de guardar este puesto, y aun de volver allí en caso necesario, prescribió Napoleon al mariscal Mortier que se quedara en este punto con diez mil hombres, cuatro mil de la Joven Guardia, otros cuatro mil de caballeria desmontada, y los demas de caballeria montada y de artilleria. Recomendóle cargar las minas que se habian preparado, á fin de hacer saltar el Kremlin á la primera orden, reunir allí el material, los hombres aspeados y enfermos, y todo lo que aun

no se habia podido enviar á Esmolensko. A los heridos que no podian marchar ni sufrir su traslacion á otro punto depositólos en el hospicio de niños expósitos que habia salvado, fiando su custodia al respetable general Toutelmine, con cuyo agradecimiento contaba. Igualmente previno al general Junot que estuviera pronto á dejar á Mojaisk al primer instante para volver á Esmolensko. Al gobernador de esta ciudad le escribió que enviara á Jelnia una division que se habia formado con las tropas de marcha á las órdenes del general Baraguay de Hilliers, y al duque de Bellune que se aprestara á seguir á esta division en persona. En suma todo lo dispuso para la doble eventualidad de un simple movimiento sobre Kalouga, quedando siempre Moscou en nuestras manos, ó de una retirada definitiva sobre Witebsk y Esmolensko. Dadas estas órdenes, se hicieron preparativos para la evacuacion verdadera de Moscou, y el ejército adoptó sus disposiciones de partida, con la idea de no ver á aquella capital ya nunca.

Toda la noche se pasó en cargar los carros con viveres y bagages, y en cruzar las arruinadas calles de Moscou para tomar posicion de marcha junto á la puerta de Kalouga. A la siguiente mañana del 19 de octubre, primer dia de esta retirada por siempre memorable, á causa de los infortunios y el heroismo que la señalaron, se puso el ejército en movimiento. Delante de todos desfiló el principe Eugenio, el mariscal Davout en seguida, y detrás el mariscal Ney, los tres con sus respectivos cuerpos, y la Guardia imperial cerraba la marcha. La caballeria, á las órdenes de Murat, los polacos á las de Poniatowski, una division del mariscal Da-

vout á las del general Friederichs estaban en Woronowo, enfrente de las retaguardias rusas. Ya hacia dias que una division del príncipe Eugenio, la del general Broussier, habia tomado posicion en el nuevo camino de Kalouga, el cual se extendia entre el antiguo, que seguia el grueso del ejército, y el de Esmolensko. A la verdad el ejército presentaba un espectáculo extraño. Ya se ha dicho que los soldados estaban sanos y robustos, y los caballos flacos y consumidos; pero el séquito del ejército era el que ofrecia singular aspecto. Despues de un inmenso aparato de artillería, como se necesitaba para seiscientas bocas de fuego abundantemente municionadas, seguian masas de bagages como desde los siglos bárbaros jamás se habian visto, de aquellos siglos en que poblaciones enteras mudaban de lugar sobre toda la superficie de Europa á fin de ir en busca de nuevos territorios. El temor de carecer de viveres habia inducido á cada regimiento, á cada batallon, á poner sobre los carros del país cuanto pudieron haber á las manos de pan y de harina, y los que tomaron esta precaucion no eran los mas cargados. Otros habian añadido á los bagages los despojos recogidos en el incendio de Moscou, y muchos soldados llenaron con ellos sus morrales, como si sus fuerzas hubieran bastado para llevar sus viveres y su botin al mismo tiempo. La mayor parte de los oficiales se habian apoderado de los ligeros carruages de los rusos, y los habian cargado de viveres y trages de abrigo, á fin de precaverse del hambre y del frio. Finalmente, las familias francesas, italianas, alemanas, que se habian atrevido á permanecer en Moscou con nosotros, temiendo la vuelta de los rusos, solici-

taron acompañarnos, y formaban una especie de colonia alligida detrás del ejército. A ellas se habian agregado gentes de teatro, y ademas las infelices mugeres que vivian de la prostitucion en Moscou, todos temblando de igual modo la vuelta á la ciudad de sus fugitivos moradores. El número, la variedad, la rareza de estos bagages, carretas, calesas, droskis, berlinas, carruages todos tirados por malos caballos, atestados de sacos de harina, de vestidos, de muebles, de enfermos, de mugeres, de niños, ofrecian un espectáculo extravagante, casi sin término, y muy propio á inspirar inquietudes, pues era cosa de pensar cómo se habia de maniobrar con semejante aparato, y cómo se podria defender especialmente contra los cosacos. Aunque por la ancha avenida de Kalouga marcharan ocho carros de frente, y no se interrumpiera la fila un instante, la salida comenzada el 49 por la mañana todavia duraba por la noche. Sorprendido Napoleon, desazonado, casi alarmado á la simple vista, quiso desde luego poner remedio á tal embarazo, pero, despues de reflexionar un momento, ocurriole que la marcha, los accidentes del camino, los consumos cotidianos, reducirian muy pronto la cantidad de estos bagages; que de consiguiente era inútil afligir á los propietarios con rigores, á los cuales la necesidad supliria por sí sola; que, á mayor abundamiento, aquellos carruages, si habia combates, servirian para conducir á los heridos, y por estas razones consintió que cada cual se llevara lo que pudiera. Solamente previno que se dejara cierto espacio entre las columnas de bagages y las columnas de soldados, á fin de que el ejército pudiera maniobrar libremente. Napoleon no salió de Mos-

cou hasta el otro dia, queriendo vigilar en persona los últimos pormenores de la evacuacion, y contando con la facilidad que tendria siempre de alcanzar á caballo á la cabeza del ejército, tan luego como su presencia fuera alli necesaria.

Esta primera jornada del 19 empleada en salir de Moscou, no lo fué en adelantar camino. Llegado el ejército á las alturas que dominan á Moscou, hizo alto para lanzar la postrera mirada sobre esta ciudad, término extremo de nuestras conquistas, primer término de nuestras desventuras. Al pie de las colinas que habiamos trepado, se descubria la larga é interminable línea de nuestros bagages, mas allá las doradas cúpulas de la gran capital moscovita, al menos aquellas no devoradas por el incendio, y en el fondo de este cuadro el cielo mas puro. Se contemplaron una vez mas estos objetos, que ya no se habian de ver nunca, y siguióse el camino con el anhelo de ganar pronto las comarcas de Polonia y Alemania, experimentándose ahora tanto desagrado como antes orgullo de haberlas traspuesto. Por lo demas el cielo estaba siempre trasparente, víveres habia, y se miraba al enemigo con desden inspirado por la confianza de vencerle. Este primer dia se anduvieron tres ó cuatro leguas á lo sumo, y se debian andar mas al siguiente.

Con efecto, continuando magnífico el tiempo, fué el ejército á acampar de resultas de una gran marcha entre el Desna y el Pakra. Napoleon, saliendo de Moscou por la mañana, llegó prestamente al palacio de Troiskoie, y viendo alli la situacion de los dos ejércitos, reflexionando sobre las noticias recibidas, tomó de pronto la resolucion mas importante. De Moscou habia salido no con la

idea de emprender la retirada, sino con la de castigar al enemigo por la sorpresa de Winkowo, de arrollarle mas allá de Kalouga, y de establecerse en esta ciudad de seguida, alargando una mano á las tropas trasladadas de Esmolensko á Jelnia, y la otra al mariscal Mortier dejado en el Kremlin. A la vista del terreno y de la posicion del enemigo, modificó su determinacion de súbito y con admirable presteza. Efectivamente, habia dos caminos para dirigirse á Kalouga, uno á la derecha, lateral de Esmolensko, llamado camino nuevo, y pasando por Scherapowo, Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, enteramente libre de enemigos, ocupado por la division de Broussier, y cruzando ademas paises aun no devorados; y otro el que ibamos siguiendo y pasaba por Desna, Gorki, Woronowo, Winkowo, Taroutino, sobre el cual se hallaban fuertemente establecidos los rusos en un campo preparado muy de antemano. Para desalojarlos de alli habia que dar una gran batalla, y la ventaja de ganarla no compensaba el inconveniente de perder quizá doce ó quince mil hombres, y de tener que llevar consigo ó que abandonar por los caminos diez mil heridos. Seguramente, á ser posible, valia mas desfilas delante del ejército ruso, sin que este lo descubriera, ocultándole el movimiento de traslacion del viejo al nuevo camino de Kalouga, por medio de un súbito cambio de direccion á la derecha, tomar por Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, y ponerse asi fuera de alcance, despues de engañar completamente al enemigo. De salir bien esta maniobra tan hábil y tan oportuna, se alcanzaba un triunfo equivalente á la victoria mas brillante y que debia llenar de confusion al

generalísimo ruso, pues, sin venir á las manos, habríamos ganado á su vista el camino de Kalouga, recuperado nuestras comunicaciones comprometidas, y conquistado el país mas fértil que podíamos hallar en tales climas y en la estación aquella. Pero semejante resolución implicaba otra, la del abandono definitivo de Moscou. Cuando salíamos de allí para batir á los rusos, para arrollarlos ante nosotros, el camino de Moscou á Kalouga se hallaba por decirlo así desembarazado de su presencia, y si revolvían sobre Moscou despues de que los hubiéramos batido, su vuelta sobre esta capital á continuacion de una gran derrota, no era impedimento para comunicarnos con ella. Pero renunciando á batirlos con el fin de evitarlos, dejándonos entre Moscou y nosotros con cien mil hombres del todo ilesos, no podíamos ya mantener al mariscal Mortier en el Kremlin por la imposibilidad de socorrerle. Además, al cabo de dos jornadas de esta marcha, de la vista de aquellos bagages, seguida de flanco y á la cola por un enjambre de cosacos, despues de haber arrancado de Moscou su cuerpo, su alma y su orgullo sobre todo, Napoleón se hallaba mas propenso á decidirse á la evacuacion definitiva, y abrazando su partido con la prontitud de un gran capitán, aquella misma noche despachó desde el palacio de Troitskoie la orden al mariscal Mortier para evacuar á Moscou con los diez mil hombres que le fueron confiados, para hacer saltar el Kremlin por medio de las minas practicadas con este objeto, y para traerse cuantos enfermos y heridos le fuera posible, recordándole que en Roma habia premios por cada ciudadano de quien se salvaba la libertad ó la vida. A fin de que

se incorporara al ejército le indicaba el camino de Wereja, le señalaba del 22 al 23 para que pusiera fuego á las minas, momentos en que nuestra marcha de flanco estaria ya casi ejecutada, y prevenia al general Junot que evacuara á Mojaisk con las últimas columnas de heridos por el camino de Esmolensko, que el ejército iba á cubrir con su presencia en el camino de Kalouga (1).

(1) Es idea admitida por todos los historiadores tanto franceses como extrangeros, y hasta por Mr. Fain, sin embargo de haber tenido conocimiento de parte de la correspondencia imperial, que Napoleón salió de Moscou con la resolución definitiva de abandonar esta capital, para retornar á Polonia, y que al principio se dirigió por el camino viejo de Kalouga con la intencion ya concebida de cambiar de direccion sobre la marcha, de trasladarse del camino viejo al nuevo, para sorprender el paso por Malo-Jaroslawetz de esta suerte, y volver á Polonia pasando por la rica provincia de Kalouga. La correspondencia de Napoleón, no conocida hasta ahora, demuestra que este es un error, del cual resultan varios inconvenientes: el primero es no dar razon de la verdadera causa que retardó tanto tiempo la partida de Napoleón, y que no fué otra que su repugnancia á ejecutar un movimiento retrógrado, repugnancia tan grande que, al salir de Moscou, tuvo la pretension de no evacuar esta capital y de no hacer mas que una maniobra: el segundo es hacer cometer á Napoleón una falta grave (no habiéndola cometido), como lo fuera tomar un rodeo que le obligara á perder dos dias, dos dias muy de sentir como se verá en breve, para trasladarse del camino viejo de Kalouga al nuevo, mientras que tomando desde luego este, salvo que sobre el siejo hiciera por conducto de Murat, que allí se encontraba, las demostraciones mas aparentes, hubiera podido estar del 22 al 25 en Malo-Jaroslawetz, lo cual le asegurara su llegada sobre Kalouga é hiciera infalible el éxito de este movimiento. Ahora bien, esta falta, de inmensas consecuencias, fué involuntaria por su parte, pues al principio se

Expedidas estas órdenes concernientes á la evacuacion de Moscou, ocupóse Napoleon en dar las relativas al movimiento de izquierda á derecha, que debian ejecutar sus tropas, con el fin de tras-

puso en marcha con propósito de ir en derechura sobre el enemigo, y no de evitarle, y esto explica por qué no temió dejar al mariscal Mortier en el Kremlin. Mas descubriendo sobre la marcha que Kutusof permanecia obstinadamente acampado sobre el camino viejo de Kalouga, concibió la idea de evitar su encuentro, engañándole, y por esto se dirigió al camino nuevo por uno de travesía, cambio de direccion que produjo la pérdida de dos dias, que se ahorraran si desde el principio se eligiera el camino nuevo. Asi se explica, que dejando al contrario á su espalda sin batirle, no quiso que el mariscal Mortier permaneciera en el Kremlin con diez mil hombres, expuesto á los golpes de un ejército intacto. Por no haber conocido á estas determinaciones sucesivas, no se representa á Napoleon tal como fué verdaderamente en estos decisivos momentos, saliendo de Moscou sin entender que salia, dejando esta capital sin idea de evacuarla, y luego cambiando de resolucion de pronto, cuando se prometió llegar sin combate y por medio de un excelente movimiento á Kalouga.

Mostrada la importancia del error histórico que se comete, haciendo salir á Napoleon de Moscou de distinta manera que salió, me resta alegar las pruebas de lo que afirmo. Consisten en muchas cartas, en una serie de órdenes auténticas, cuyas minutas existen en los archivos imperiales, y todas las cuales fueron expedidas sin duda. Primeramente escribiendo Napoleon á Murat y á Junot les repite, durante muchos dias consecutivos, que sale para rechazar al enemigo... para ir sobre el enemigo. El 18 Napoleon hace que Berthier escriba á Murat: «El emperador ha hecho partir esta noche sus caballos, y pasado mañana llegará el ejército adonde os hallais para caer sobre el enemigo y ahuyentarle de ese punto.» El mismo dia dispone que Berthier escriba al intendente general [del ejército]: «Os prevengo que esta noche lleva el emperador su cuar-

ladarse del camino viejo de Kalouga al nuevo. Para operar este movimiento eligió el camino que cruza de Gorki á Fominskoie por Ignatowo, y ordenó al príncipe Eugenio, que tenia ya parte de su caba-

tel general al arrabal de Kalouga, á fin de estar en aptitud de poner en movimiento al ejército mañana para marchar sobre el enemigo.» A las ocho de la mañana del 20 hace que se escriba á Junot: «El emperador ha partido esta mañana con el ejército para marchar sobre el enemigo, que se halla entre el Nara y el Pakra, camino de Kalouga.» Estos textos no consienten la mas leve duda; pero otro hay que acaba de hacer absolutamente cierta la prueba de este designio. Ya hacia algunos dias que la division de Broussier, perteneciente al príncipe Eugenio, y la caballeria de Ornano se hallaban en el mismo Fominskoie, sobre el camino nuevo de Kalouga, por donde Napoleon se decidió á penetrar la noche del 20. Si desde el principio abrigara Napoleon el designio de seguir el camino nuevo, que pasa por Fominskoie y Malo-Jaroslawetz, al menos dejara la division de Broussier en Fominskoie, y tanto mas, cuanto que debiendo atacar á Malo-Jaroslawetz el príncipe Eugenio, era natural que concentrara bajo su mano todas las divisiones de su cuerpo. Ahora bien, Napoleon hace que por el contrario se escribiera á Murat el 18 por la mañana que parte hacia el punto donde se halla, *que la division de Broussier está en Fominskoie con el general Ornano; que es necesario que le envíe órdenes para dirigirse donde quiera que lo exigiesen los movimientos del enemigo, ya hacia Woronowo, ya hacia Desna, etc.* y Woronowo y Desna están en el camino viejo de Kalouga, y Napoleon no desguarneciera el camino nuevo, si tratara de tomarlo, y mas bien reforzara á Murat desde Moscou en derechura, pues no habia mayor distancia que desde Fominskoie. De consiguiente es muy cierto que partió con la intencion, no de evitar al enemigo, sino de combatirle y de llevárselo por delante, lo cual explica cómo podia querer dejar al mariscal Mortier en Moscou. ¿Y quiso dejarle en este punto? Sobre ello hay una prueba incontestable y es una larga carta del 18 en que le ordena

llerta y la division de Broussier en Fominskoie, que pasara por este camino el primero, al mariscal Davout que pasara el segundo, y á la Guardia que pasara la postrera. Quedando el mariscal Ney en

establecerse allí con diez mil hombres; juntar víveres para muchos meses, atrincherarse, reunir todos los enfermos, etc. Podriase decir que esto era fingido, pero ante todo no habia razon alguna para usar de tal subterfugio, no necesitandose de su movimiento para el triunfo: además, cuando Napoleon recurria á ficciones, lo declaraba á aquel á quien se dirigia, para que entrara mejor en sus intenciones y las apoyara mas de seguro, y entre todos los hombres á nadie mejor que al mariscal Mortier podia confiar un secreto; y finalmente, si Napoleon fingiera entonces, no puntualizara tantos pormenores sobre la manera de fortificar y de defender el Kremlin. Esta carta es tan precisa y detallada que no puede dejar duda alguna sobre su intencion verdadera, y de ella existe hasta una prueba moral irrefragable. En Moscou quedaban algunos centenares de heridos, que mandó reunir en el Kremlin á unos y en la casa de Niños espósitos á otros, y cuando mudó de resolucion el 20 por la noche, previno de repente al mariscal Mortier que se los trajera hasta sobre los caballos del estado mayor, recordandole que en Roma habia recompensas para los que salvaban á un ciudadano. Y si Napoleon no hubiera querido guardar á Moscou, no perdiera tres dias para hacer partir los heridos, sino que desde el 19 y por los mismos medios que hubo de emplear el 25, los dirigiera por el camino de Esmolensko. Por último, enviando órdenes al intendente, hace que se le diga el 18:

El mayor general al intendente general.

«El emperador manda que los carros de los trasportes militares cargados de víveres y las camillas se hallen aprestadas mañana de madrugada y aun durante la noche en la gran explanada que se halla cerca de los obeliscos de la puerta de Kalouga. Os prevengo que esta noche lle-

Gorki con su cuerpo, con la division polaca de Claparede y parte de la caballeria ligera, debia ocupar el puesto de Murat delante de Woronowo, mostrarse muy al descubierto delante de las avanzadas rusas y asomar tambien por Podolsk, á fin de dar lugar á todas las suposiciones, sin excluir la de un movimiento por nuestra izquierda, y representar esta especie de comedia hasta el 23 por la noche, para enganar á los rusos y proporcionar á nuestros bagages el tiempo que necesitaban para deslizarse. Representado este papel, debia el mismo mariscal Ney moverse el 23 por la noche para pasar del camino viejo de Kalouga al nuevo, eje-

va el emperador su cuartel general al arrabal de Kalouga, á fin de estar en aptitud de poner mañana el ejército en movimiento para marchar sobre el enemigo. Os recomiendo que deis las órdenes mas precisas para que todos los hombres que quedan en los hospitales, sean trasladados á la casa de Niños espósitos, segun os he escrito hace un momento.

«El emperador deja al mariscal duque de Treviso con todo su cuerpo para custodiar el Kremlin y los principales almacenes de la ciudad. Relativamente al cuartel general de la intendencia, compuesto de cuanto forma parte del tesoro, estará pronto á partir mañana por la noche con la division del general Roguet por escolta.

«Teniendo el emperador intencion de volver aqui, guardaremos los principales almacenes de harina, de avena y aguardiente. Todos los agentes, de que acabo de hablar mas arriba, dormirán en el Kremlin, y el ordenador tomará las órdenes del duque de Treviso.»

De consiguiente es cierto que Napoleon el 18 queria dos cosas; primera marchar sobre el enemigo; segunda dejar á Mortier para guardar á Moscou. De repente y el 20 por la noche en el palacio de Troitskoie muda de desigmo, y en vez de marchar al enemigo, tuerce á la derecha y da

cular una marcha forzada, estar el 24 por la mañana en Ignatowo, el 24 por la noche en Fominskoie y el 25 en Malo-Jaroslawetz, lo cual bastaba para que esta magnífica operacion se llevara á remate.

Nunca anduvo Napoleon mejor inspirado ni mas rápido en sus concepciones, y para esta habia muchas probabilidades de buen suceso, salvo siempre una dificultad que, de algun tiempo á esta parte, venia á ser el escollo comun de sus planes todos, el de maniobrar con tales masas de hombres y de bagages. Nada perdía el arte de la guerra por sus combinaciones, mas perdía siempre por sus empresas, de resultas de la proporcion desmesurada que habia dado á todas las cosas. Con un ejército como

instrucciones para trasladar al ejército del camino viejo de Kalouga al nuevo. Al mismo tiempo prescribe á Mortier que evacue el Kremlin y se le incorpore por el camino de Wereja. Hasta el estilo de las órdenes indica una determinacion repentina, instantánea y tan nueva que lleva consigo la revocacion de las órdenes dadas antes. Todo se explica si se admite, que sobre el terreno, viendo á los rusos obstinados en mantenerse sobre el camino viejo de Kalouga, y concibiendo la esperanza de ocultarles su marcha por el camino nuevo, prefiere llegar á su objeto sin batalla, sin diez ó doce mil heridos que hubiera de llevar consigo, y ya entonces no quiere dejar á Mortier solo, separado de él por un ejército intacto y no batido. Esta es la única version acorde con todas las órdenes expedidas. Una vez aceptada revela el hecho importante de que Napoleon, aun dejando á Moscou, no se podia decidir á evacuarlo, y da al traste con el argumento de haber perdido dos dias en el camino, cuya pérdida fué decisiva para el movimiento sobre Kalouga. Si hubiera querido ir allí directamente y sin combate, marchara simplemente por el camino nuevo y se limitara á una falsa demostracion sobre el viejo.

el que mandaba en Italia, ó como el que dirigia el general Moreau en Alemania, saliera bien tal movimiento y fuera uno de los hermosos timbres de gloria para el que lo habia concebido. Pero con todo lo que Napoleon llevaba detrás de sí era dificultoso. Y hay que añadir que valiera mas tomar este partido en el mismo Moscou, salir de consiguiente por el camino nuevo de Kalouga, dejando á Murat sobre el viejo, para engañar allí al enemigo con su presencia, llegar con el grueso del ejército á Malo-Jaroslawetz dos dias antes, y asegurarse de esta suerte muchas mas probabilidades de penetrar sin combate por el camino de Kalouga. Pero para que aconteciera así fuera necesario que Napoleon se resignara en Moscou mismo á la idea de una retirada, la cual distaba mucho de su mente, puesto que no salió de allí sino con la intencion de maniobrar contra el enemigo, puesto que no tomó la resolucion definitiva de separarse sino sobre el terreno, reconociendo la posibilidad de una maniobra atrevida, aprovechando la coyuntura de compensar el mal efecto de un movimiento retrógrado por el efecto brillante de una sabia maniobra, maniobra que, sin combate, le restituyera sus comunicaciones, le llevara sano y salvo á un pais rico y habitable en invierno, y expusiera á la irrision de Europa al enemigo que le habia dejado escape.

Véase de qué extraño modo se resolvió al fin Napoleon á emprender la retirada, y á evacuar á Moscou por decirlo así de improviso, sin desearlo, y solo de resultas de una repentina inspiracion del momento. Hecho este sacrificio, de que se indemnizaba con la perspectiva de una marcha prodigiosamente hábil y atrevida, pasó el dia entre

Troitskoie y Krasnoe-Pakra, para asistir personalmente al desfile de su ejército, que continuaba presentando el espectáculo mas singular y mas alarmante bajo el aspecto de los embarazos que se aglomeraban á sus espaldas. Al paso de todas las quebradas, de todos los pequeños puentes, que habia que reparar ó consolidar á menudo, al paso de todas las aldeas, de las cuales habia que atravesar las largas avenidas, se prolongaban las columnas para cruzar estos desfiladeros, se retardaban pronto de la manera mas importuna, y era fácil de prever que habria exposicion á graves incidentes cuando fuera detrás una innumerable caballería ligera. Ahora los cosacos estaban aun mantenidos á distancia, á la izquierda por la presencia de Ney sobre el camino viejo de Kalouga, á la derecha por la ocupacion del camino de Esmolensko, y hasta el presente no habia que sufrir de resultas de su presencia. No habia cesado el tiempo de ser hermoso: abundaban los viveres, pues ademas de los que se llevaban consigo, se hallaban muy bastantes en las aldeas. Pero ya muchos carros abandonados, porque no se les podia hacer cruzar los desfiladeros, ó porque, con la prisa de ir adelante, los lanzaban las tropas á derecha ó izquierda de los caminos, engañaban la prevision de los que quisieron ponerse al abrigo de escaseces, ó la avaricia de los que imaginaron conservar el botin de Moscú.

Habiéndose cansado el cuerpo del príncipe Eugenio á consecuencia de la larga marcha que hizo el día 21 por la travesía de Gorki á Fominskoe, se le concedió el día 22 para descansar, para reunirse, juntar sus bagages y recibir las cinco divisiones del mariscal Davout, con las cuales podia presen-

tar una masa de cincuenta mil infantes, los primeros del mundo, á todo enemigo que hallara por delante. Despues de pernoctar Napoleon el 21 en Ignatowo, se trasladó el 22 á Fominskoe, y dirigió algo mas á la derecha sobre la ciudad de Wereja al príncipe Poniatowski, á fin de unirse mas estrechamente al camino de Esmolensko, por el cual se operaban todas nuestras evacuaciones de heridos y de material bajo la custodia del general Junot.

A Borowsk llegó el 23 el príncipe Eugenio, llevando la division de Delzons y la caballería de Grouchy á la cabeza, la division de Broussier en el centro, la division de Pino y la Guardia real italiana á retaguardia. Ya no faltaba mas que un paso para dar remate á la maniobra, cuya idea concibió Napoleon el 20 por la noche, porque Borowsk ya estaba en el camino nuevo de Kalouga y cabalmente á la altura á que se hallaban los rusos en el viejo, ocupando el campo de Taroutino, y para rebasar esta altura bastaba apoderarse de la pequeña ciudad de Malo-Jaroslawetz. Esta se hallaba situada mas allá de un riachuelo, llamado el Lougea, y fangoso como todos los que atraviesan aquellas llanuras de inciertas pendientes. Por orden de Napoleon hizo el príncipe Eugenio que el general Delzons forzara este paso y le empujó mas alla de Borowsk, adonde se llegó muy temprano, á fin de que penetrara en Malo-Jaroslawetz el mismo dia. Muy tarde se presentó alli el general Delzons, encontró medio destruido el puente sobre el Lougea, apresuróse á hacer pasar como pudo dos batallones para lanzarlos contra la ciudad, guardada por algunos puestos insignificantes, y ocupóse al punto en la reparacion del puente con los zapa-

dores del ejército de Italia. Hasta que el puente se hallara restablecido no quería que toda su division se trasladase al otro lado del Lougea. A esta operacion se dedicó toda la noche.

Mientras este magnífico movimiento se estaba ya terminando, el ejército ruso permaneció con singular ceguedad en su campo de Taroutino, no sospechando de ningún modo la humillacion que se le preparaba. No suponía a Napoleón otro intento que el de atacar y tomar á Taroutino, en desquite de la sorpresa de Winkowo. Sin embargo, habiendo señalado las tropas ligeras del general Dorokoff la presencia de la division de Broussier en Fominskoe, despues de ocupar algunos dias el camino nuevo de Kalouga, imaginóse el generalísimo Kutusof que esta división no tenia otro objeto que el de enlazar al ejército de Napoleón, descubierto muy distintamente en el camino viejo de Kalouga, con las tropas que seguian el camino de Esmolensko, y resolvió apoderarse de esta division, considerándola en situacion muy aventurada. Fiolo al general Doctoroff con el sexto cuerpo. Habiéndose adelantado este el 22 hasta Aristowo, creyó descubrir delante algo de mas consideracion que una division sola; al mismo tiempo algunos gefes de partidas vieron tropas que operaban un movimiento transversal de Krasnoe-Pakra á Fominskoe, y se lo notificaron al generalísimo Kutusof el 23 de madrugada. Por tales señales reconoció éste que, abandonando Napoleón el camino viejo de Kalouga, pensaba penetrar por el nuevo y rebasar el campo de Taroutino. Detener á Napoleón en Borowsk ya no era posible, y no habia probabilidad de embazararle el camino mas que trasladándose á Malo-

Jaroslavetz detrás del Lougea. De consiguiente el generalísimo Kutusof dió órdenes al general Doctoroff para dirigirse con toda diligencia á Aristowo, y él mismo dióse prisa á reunir el ejército ruso para encaminarle por Letachewa sobre Malo-Jaroslavetz, cuya posesion parecia que habia de decidir del término de esta memorable campaña.

Habiendo pasado el general Doctoroff el dia 24 el Protwa, en el cual se lanza el Lougea mas abajo de Malo-Jaroslavetz, llegó delante de esta ciudad al despuntar la aurora, cuando ya la ocupaba el general Delzons con sus dos batallones. Véase cual era el punto que iban á disputarse.

Malo-Jaroslavetz se encuentra sobre alturas, á cuya falda corre el Lougea en un lecho pantanoso. Viniendo de Moscou los franceses tenian que pasar el Lougea, y que trepar las alturas y que sostener aquel punto. Marchando los rusos por su izquierda á otro lado del rio, no tenian mas que meterse en la pequeña ciudad, objeto del sangriento combate que iba á darse, repelernos y lanzarnos de arriba abajo en el lecho del Lougea. Para sacar provecho el general Doctoroff de las sinuosidades de las colinas, colocó á su derecha y nuestra izquierda baterias que, enfilando el puente del Lougea, debian acribillarnos á balazos, ora cuando pasáramos el puente para trepar aquellas alturas, ora cuando bajáramos de las alturas hacia el puente.

A las cinco de la mañana del 24 de octubre atacó á los dos batallones del general Delzons con cuatro regimientos de cazadores, y desalojólos con poco trabajo, llevando en su contra ocho batallones. El general Delzons, á quien se disponia á apoyar con todo su cuerpo de ejército el principe Eugenio,

apresuróse á pasar el puente, á trepar las cumbres bajo el fuego de escarpa de la artillería rusa, y á entrar en Malo-Jaroslavetz. Allí penetró á bayoneta calada, echando fuera á los rusos. A su vez tornó el general Doctoroff con todo su cuerpo, que constaba de diez á once mil hombres, al par que solo tenía de cinco á seis mil el general Delzons, y consiguió que se replegaran los franceses. Otra vez el bizarro Delzons volvió á su cabeza espada en mano, y cayó mortalmente herido de tres balazos. Su hermano, que servía á sus órdenes y que le amaba como merecía serlo, precipitóse á arrancarle de mano de los rusos y cayó atravesado de balas. Empeñóse una horrible refriega, y la división de Delzons fué arrollada de nuevo. Pero enviando el príncipe Eugenio al general Guillemínót, su gefe de estado mayor, para reemplazar á Delzons, acudió personalmente con la división de Broussier á restablecer el combate, y dejó en reserva, al otro lado del Lougea, á la división de Pino con la Guardia italiana.

Bajo un fuego espantoso trepó la división de Broussier por la ladera cubierta de cadáveres de la división de Delzons, penetró en la pequeña ciudad de Malo-Jaroslavetz, arrojó de calle en calle á las tropas de Doctoroff y obligólas á replegarse sobre la meseta. Pero en este momento, adelantándose al ejército ruso el cuerpo del general Raeffskoi, llegaba á las cercanías de la ciudad, y lanzóse á ella al punto con singular ardimiento. Furiosos y con todos sus generales á la cabeza luchaban los rusos para impedir á los franceses aquella preciosa retirada del Kalonga: por su parte los franceses combatían con cierta especie de desesperación para

abrirse, y aun cuando fuesen diez ú once mil á lo sumo contra veinte y cuatro mil contrarios, y bajo una artillería dominante, se mantuvieron firmes. Inceñdiada muy pronto aquella ciudad sin ventura fué perdida y recuperada hasta seis veces. Se lidiaba enmedio de un incendio que devoraba á los heridos y calcinaba sus cadáveres. Finalmente estábamos próximos á sucumbir al cabo, cuando la división italiana de Pino, que aun no se habla batido en esta campaña y que ardía en deseos de señalarse, cruzó el puente, trepó las alturas, llegó á la meseta á pesar de una horrorosa lluvia de metralla, y desembocando por la izquierda de la ciudad, logró arrollar á las masas de la infantería rusa. Sobre ella se precipitó el cuerpo del general Raeffskoi; mas le hizo cara y empeñóse un furioso combate á la bayoneta. De refuerzo necesitaba la brava división de Pino: se lo dieron los cazadores de la Guardia real italiana y la sustentaron bizarramente. Así tomada por séptima vez la ciudad de Malo-Jaroslavetz por los franceses con ayuda de los italianos, quedó al fin por nuestra. Miles de hombres cubrían este horroroso campo de batalla y estaban amontonados sobre las humeantes ruinas.

Declinaba el día y nada revelaba que estuviese concluida la batalla ni que debía pertenecernos el punto disputado, pues situado Napoleon á la opuesta vertiente del Lougea, y enfrente de este campo de carnicería, podía divisar las masas compactas del ejército ruso, adelantándose á marchas forzadas. Por dicha á las órdenes del mariscal Davout llegaban dos divisiones del primer cuerpo, y con este socorro había seguridad de resistir

á todas las fuerzas del enemigo. Habiéndose trasladado á las órdenes de Napoleon la division de Gerard, que era la antigua de Gudin, á la derecha de Malo-Jaroslawetz, y la division de Compans á la izquierda, perdieron los rusos la esperanza de desalojarnos, porque tambien desde la meseta que ocupaban ellos veian á nuestras masas adelantarse con bríos, y se retiraron á una legua corta, abandonandonos á Malo-Jaroslawetz, horrible teatro de los furios de la guerra, donde yacian muertos cuatro mil franceses é italianos y seis mil rusos, unos calcinados, otros molidos bajo las ruedas de los cañones, que habian pasado sobre los cadáveres en la precipitacion del combate. Ni el campo de batalla del Moskowa ofrecia espectáculo mas horrible enrededor del gran reducto. Aquí habia de mas el incendio, que añadió nuevas deformidades á la muerte.

Bivaqueóse con el corazon oprimido y pensando en lo que se preparaba para el dia siguiente. Algo detrás del Lougea acampó Napoleon en la aldea de Gorodnia. Este excelente movimiento, cuyo éxito habia esperado y hubiera obtenido, si maniobrara á la cabeza de masas menos considerables, no era ya posible sin una gran batalla, que ganara sin duda con tropas que sabian lidiar en la proporcion de uno contra tres, pero durante cuatro dias acababa de ver lo que podia ser su retirada, embarazada por tan gran cantidad de bagages, acosada por innumerable caballeria ligera, y se estremeó á la sola idea de tener que llevar en pos del ejército a diez mil heridos. Dos mil por lo menos habia tenido en esta jornada, habiendo muerto los otros ó no pudiendo ser llevados á ningun punto,

y debiendo ser abandonados con general pesar sobre el teatro de su decision gloriosa. Asi pasó aquella noche rumiando en su vasta cabeza, llena de desvelos crueles, las eventualidades propicias ó adversas de una marcha obstinada sobre Kalouga, y apresuróse á montar á caballo el 25 por la mañana para reconocer la posicion que á una legua de allí habian ido á ocupar los rusos. Partiendo de la aldea de Gorodnia y rodeado de sus principales oficiales, hallábase á la orilla del Lougea é iba á cruzarlo, cuando súbito se oyeron gritos tumultuosos de cantineros y cantineras á quienes perseguia una nube de cosacós, que en número de cuatro ó cinco mil habian pasado el Lougea hácia nuestra derecha, con un arte de sorpresa en que nadie aventaja á estos incansables salvages, cruzando los ríos á nado, galopando por las laderas de las cumbres como por las llanuras, astutos, implacables, y tan veloces en asomar como en desaparecer á la vista. Aposeñarse de Napoleon y llevarle prisionero á Moscou era el constante sueño del hetman Platow y de toda la nacion cosaca. Les ocurría que cientos de millones no serian galardón excesivo por tamaña captura, y lo que es ahora se realizara su sueño, si un cosaco tan solo conociera de vista al que excitaba su codicia tan fuertemente. Corriendo á derecha é izquierda se avalanzaron al grupo imperial lanza en ristre, é iban á hacer allí victimas y aun prisioneros, cuando Murat, Rapp, Bessiéres, con todos los oficiales de estado mayor, desenvainaron sus espadas, y pelearon apretados en torno de Napoleon, que se sonreía de este percance. Por fortuna los dragones de la Guardia echaron de ver el peligro, y corrieron al galope á las órdenes del bizarro te-

niente Dulac, y cayeron sobre los asaltadores, y acuchillaron á algunos, y los lanzaron al lecho sangoso del Lougea, en el cual se sumergieron aquellos ginetes del Don á semejanza de animales acostumbrados á vivir entre pantanos. Se apoderaron de algunas piezas de artillería y de algunos carros de bagages, que se les quitaron de nuevo, rechazándolos medianamente maltratados hacia el punto de donde habian venido. Desde la salida de Moscou no se les habia visto aun tan de cerca, porque la extension de nuestras alas no se lo permitia. Pero recientemente les llegó un refuerzo de doce mil ginetes, reputados por los mejores de sus tribus, y se podia juzgar de lo que harian por el espectáculo que estaba á la vista. Por aquí y allí vagaban centenares de caballos, que se les habian escapado á los criados del ejército al llevarlos á dar agua; embarazada estaba la llanura por gran porcion de carros de artillería y de bagages, arrancados del parque donde pasaron la noche; mugeres y niños gritaban á una, era una confusion tan alarmante como desagradable á la vista.

Napoleon fingió no hacer caso de ella, y prosiguió el reconocimiento que habia empezado mas allá de Malo-Jaroslawetz. Asombrado quedó mas bien que conmovido delante de aquel horroroso campo de batalla, porque ningun hombre de cuantos menciona la historia habia asistido á mas horribles escenas de carniceria, ni se habia acostumbrado mas á ellas, y así fué á reconocer mas de cerca al ejército ruso. No teniendo el cauto Kutusof el apoyo de Malo-Jaroslawetz, que le habiamos quitado, teniendo ademas ser rebasado sobre su derecha ó sobre su izquierda, se obstinaba en defen-

der la misma orilla del Lougea, y juzgó prudente tomar posicion á alguna distancia, donde le cubria un gran barranco, y dejaba á los franceses, si llegaban á atacarle, el inconveniente de dar batalla con el Lougea á sus espaldas. Despues de recorrer Napoleon el terreno en todas direcciones y de estudiarlo profundamente en silencio, mientras sus lugartenientes lo estudiaban no menos atentamente, retrocedió camino, volvió á pasar el Lougea, y fué á discurrir á una granja de la aldea de Gorodnia sobre el partido mas conveniente, y que debia decidir de la suerte del grande ejército y por tanto del imperio.

Propuso la cuestion á los generales presentes, y admitióles á emitir su voto con libertad completa. Lo grave de la situacion no consentia la reserva, ni la lisonja. ¿Convenia obstinarse y dar una segunda batalla para penetrar sobre Kalouga, ó simplemente torcer á la derecha sobre Mojaisk, á fin de volver á ganar el camino real de Esmolensko, que era propiedad nuestra no disputada á causa de ocuparlo numerosos puestos y de recorrerlo los convoyes? Nadie dudaba de que, si se daba la batalla, sería nuestra la victoria, mas tampoco se ocultaba á nadie la perspectiva de perder como veinte mil hombres, diez mil heridos por lo menos, que habia que abandonar ó llevar consigo. Y haber llegado á una especie de igualdad numérica respecto del enemigo á tanta distancia de Polonia, y sobre todo de Francia, ofrecia un peligro, al cual era muy imprudente añadir la pérdida de la quinta parte de las tropas. Ya importaba no perder inútilmente ni un solo hombre. Ademas abandonar los heridos á la rabia de los paisanos rusos, desgarra-

ba el corazón al par que envolvía el grave peligro de desmoralizar al soldado, significándole que toda herida equivalía á la muerte.

Por otra parte, volver de resultas de un movimiento á la derecha al camino real de Esmolensko, era condenarse á andar cien leguas sobre un país que el ejército ruso y el ejército francés habían ya convertido en desierto. Víveres se habían llevado, si bien se acababa de consumir gran parte de ellos durante los siete días empleados en dirigirse desde Moscou á Malo-Jaroslavetz, y ciertamente se consumirían del todo á la llegada á Mojaisk, donde no se podía estar antes de tres días. Así se habrían perdido en hacer una travesía inútil diez jornadas y víveres en proporción de ellas, siendo así que, tomando simplemente el camino de Esmolensko, con estas jornadas y estos víveres fuera posible acercarse mucho á tal punto, llegar al menos á Dorogobouga, y hallar allí convoyes enviados á nuestro encuentro. ¡Eterno asunto de sentimiento, si el sentimiento sirviera de algo, el haber sacrificado á cálculos de política y de orgullo el recurso tan sencillo y tan modesto de volver por donde se había ido!

No había quien no experimentase tal sentimiento, mas no era ocasión de recriminaciones. Nadie se atreviera, ni debía atreverse á suscitarlas. En aquel memorable consejo celebrado bajo el techo de una oscura cabaña rusa, obedeciéronse á un sentimiento unánime, aconsejando sin reserva la retirada mas pronta y mas directa por Mojaisk y el camino trillado de Esmolensko. Razones que todos los opinantes tenían en la boca, porque las abrigaban en el ánimo, eran la certidumbre de de-

hilitarse mucho con una batalla en situación en que todo hombre se debía considerar precioso, la imposibilidad de llevar consigo diez ó doce mil heridos, y por último, en el caso de obstinarse en pelear para penetrar sobre Kalouga, el peligro de que, aprovechándose el contrario de nuestras nuevas dilaciones, se corriera en masa hacia nuestra derecha y nos obstruyera el camino de Mojaisk, que á la sazón era nuestro postrer recurso. Cuando la turbación se apodera de los ánimos y aun de los mas briosos, no lo hace á medias. Solo un espectáculo se tenía delante de los ojos, y era el de las fuerzas rusas juntas en Mojaisk para cerrarnos el camino de la Polonia. Sin embargo con soldados y oficiales como los que teníamos jamás cabe ser cortado, y hay siempre la seguridad de abrirse calle. Uno de los lugartenientes de Napoleón que unía al vigor en la acción una rara firmeza de espíritu, el mariscal Davout, participando de la opinión de que era forzoso renunciar al proyecto de penetrar sobre Kalouga, emitió un parecer medio, y consistía en tomar un camino todavía expedito y que, situado entre el nuevo de Kalouga, cerrado por Kutusof, y el de Esmolensko, cerrado por la miseria, pasaba por Medouin, Jouknow, Jelnia, por entre países nuevos y abundantes en víveres. Con medios de subsistencia había seguridad de mantener el ejército reunido, y de llegar á Esmolensko fuertes, respetados y siempre formidables.

Este dictámen no recibió buena acogida por parte de los colegas del mariscal Davout, que no veían seguridad sino en volver á ganar por el camino mas corto, esto es por Mojaisk, la carretera de Esmolensko. Napoleón no lo apoyó como hubie-

ra debido, porque no participaba de la opinion del mariscal Davout ni de la de sus demás lugartenientes. Persistía en pensar que lo mejor seria dar batalla, penetrar sobre Kalouga é ir á establecerse victoriosamente en la fértil provincia, cuya entrada nos querian impedir los rusos á tanta costa. Además de la ventaja de alcanzar una victoria, de restablecer el ascendiente de las armas, ya algo comprometido, veía la de estar en un país rico, y no dudaba del ejército cuando tuviera con que comer y abrigarse. Verdad es que existía el peligro de debilitarse numéricamente, bien compensado, según Napoleon, por la ventaja de reforzarse moralmente, pero quedaba también la dificultad á que no hallaba respuesta, de dejar yaciendo por tierra á diez ó doce mil heridos. Menester es decir en su elogio que, habituado como estaba á los horrores de la guerra, su espíritu se perturbaba al figurarse tantos infelices abandonados, á pesar de sus gritos y de sus ruegos, sobre un camino abierto por su bizarria. ¡Ah, si el libro de los destinos se abriera por un instante, ya á él ó ya á los suyos, y se pudieran ver cien mil hombres muriendo de hambre, de frio y de cansancio sobre el camino de Esmolensko, sacrificara sin vacilar veinte mil heridos á la ventaja de evitar el camino de la miseria para ganar el de la abundancia!

Perplejo, agitado, atormentado por los espectáculos contrarios que le presentaba sin cesar su imaginacion vigorosa, vacilaba Napoleon todavía, cuando, por un gesto familiar de los que á veces se permitía con sus lugartenientes, tomando la oreja del conde Lobau, antiguo general Mouton, soldado rudo y nada lerdo en callar y no hablar mas que oportu-

namente, preguntóle su dictámen sobre las diversas proposiciones emitidas. Sin tardanza ni vacilacion respondióle el conde Lobau que su parecer era salir al punto y por el camino mas corto de un país donde se habia permanecido sobrado tiempo. Esta última respuesta, dada en términos incisivos acabó de trastornar á Napoleon que, sin rendirse inmediatamente, mostróse ya propenso á la opinion que parecia dominante. Esta vez mas, por haber osado mucho al acometer esta guerra, no osaba lo bastante en la manera de dirigirla. Para el día siguiente aplazó su resolucion terminante. Sin embargo, no se perdía tiempo, pues habiendo salido Ney en la noche del 23 de Gorki, desfilaba en este momento detrás del grueso del ejército y necesitaba dos días para tomar la cabeza. En la noche del 23 al 24 habia caído una lluvia repentina y de mal agüero, ablandando los caminos y preparando á los caballos fatigas muy superiores á sus fuerzas. Ya se sentia frio en el bivaque. Todo tomaba un aspecto triste y sombrío. Como se pudo y de donde se pudo se encendieron con los restos de chozas rusas grandes hogueras para conjurar este invierno que comenzaba.

Al día siguiente 26 de octubre, á caballo Napoleon desde muy temprano, quiso reconocer de nuevo la posicion de los rusos. Al parecer retrogradaban con el fin de tomar mejor posicion mas á distancia y de colocarse en aptitud de interceptar mas eficazmente el camino de Kalouga. Napoleon halló todos los pareceres tan pronunciados á favor de una pronta retirada sobre Mojaisk como el día antes. Por desgracia, habiendo intentado trasladarse el principe Poniatowski desde Wereja, donde se ha-

llaba, al camino de Medouin, direccion intermedia por el mariscal Davout aconsejada, experimentó un descalabro, poco adecuado á recomendar el tal consejo. Asi Napoleon abrazó su partido, y determinóse al cabo á la vuelta directa por el camino de Esmolensko, no admitida al principio, á causa de revelar demasiado claramente la intencion de emprender la retirada. De suerte que por no haber querido hacer una confesion indispensable, por no haberla querido hacer á tiempo, habia que hacerla ahora mas completamente de una manera mas triste, y con los inconvenientes graves que resultaban del tiempo gastado y de los viveres consumidos.

De todos modos fuerza era resignarse y tomar la travesia de Wereja, por donde en tres dias iriamos á Mojaisk, con lo cual á los once dias nos hallariamos en este punto, donde pudiéramos llegar en cuatro. Napoleon expidió todas las órdenes para emprender este movimiento, cuya dilacion no era posible. La Guardia con el cuartel general debió marchar á la cabeza; el mariscal Ney, que ya habia desfilado detrás del grueso del ejército, debía seguir á la Guardia con lo que aun quedaba de caballería; despues debian marchar el principe Eugenio y el principe Poniatowski, y por último detras de todos el mariscal Davout, cuyo cuerpo, mas consistente que los otros, estaba llamado á representar el papel tan difícil como peligroso de la retaguardia. Los restos de la caballería de Grouchy, cuyo mando habia vuelto á tomar este denodado general á pesar de su herida, fueron dados al mariscal Davout para que le ayudaran al desempeño de su tarea.

El movimiento definitivo de retirada comenzó

el 26 de octubre, y el mariscal Davout permaneció en posicion todo el dia, para proteger la marcha de los demas cuerpos. A contar desde este instante se derramó en los ánimos cierta especie de tristeza. Hasta aqui se habia creído maniobrar, al pasar por paises fértiles, para trasladarse á mejores climas; pero ya no era posible forjarse ilusiones y desconocer la cruel verdad. Se emprendia una retirada forzosa, por un camino conocido, que no ofrecia nada nuevo, y solo presentaba en perspectiva, la miseria. Sin embargo, no se temia al enemigo, y si algun deseo se abrigaba, era el de encontrarle y tomar venganza de las penosas resoluciones que habia que tomar á la fuerza.

A otro dia que era el 27, se hallaban todos en marcha desde Malo-Jaroslawetz á Wereja, á la cabeza la Guardia, segun se ha dicho, Murat y Ney detrás de la Guardia, Eugenio detrás de estos, Davout detrás de todos, con encargo de protegerlos. Especialmente en la retaguardia se debian experimentar las mayores dificultades y correr los mayores peligros. Cruelmente los experimentó durante los tres dias empleados en ir de Malo-Jaroslawetz á Mojaisk por Wereja. Delante de sus bagages iban las tropas de cada cuerpo, con el fin de llegar lo mas pronto posible al lugar donde debian pasar la noche, y se cuidaban muy poco de la cola de estos bagages, dejando que se prolongara detrás de ellos. Todo el embarazo caia sobre la retaguardia, porque, debiendo cubrir la marcha, estaba obligada á detenerse en todos los pasos, á menudo á reparar los puentes que no habian podido resistir una carga demasiado pesada; á mantenerse en posicion bajo un fuego de artillería que molestaba

sobremuera, y en medio de los hurras continuos de los cosacos. Indispensable fuera una caballería numerosa y bien montada para ayudar a la infantería en este servicio penoso. Pero la del general Grouchy, corriendo todo el día para velar sobre nuestras alas y nuestra espalda, y teniendo que ir de noche á buscar forrages á lo lejos, se hallaba á la tercera marcha tan rendida de cansancio, que, viéndola el mariscal Davout amenazada de una disolución completa, envió delante de su cuerpo los restos de ella, y resolvió hacer el servicio de retaguardia tan solo con su infantería.

Este intrépido y solícito mariscal no abandonaba un momento sus tropas, vigilándolo todo en persona, haciendo reparar los puentes, limpiar los pasos, destruir los bagages que no podía seguir llevando, saltar las cajas de municiones que no tenían tiros. Ya se oía el siniestro ruido de estas explosiones, que anunciaban la falta de nuestros medios de transporte, y se veían los caminos cubiertos de aquellos carruages que no se habían querido sacrificar á la salida de Moscou, y de que era menester separarse ahora, no pudiéndolos llevar mas lejos. Otro sacrificio habia harto mas costoso, el de los heridos, y tristemente se renovaba á cada paso. De la manera que se pudo fueron reunidos los heridos de Malo-Jaroslawetz, obligando á todos los carros de los bagages á encargarse de ellos, sin exceptuar los del estado mayor, y el mariscal Davout anunció que mandaría quemar los que no guardarán el precioso depósito que se les habia confiado. Así se obtuvo al menos por los primeros días el transporte de estos heridos, pero los bizarros soldados de la retaguardia, que cubrían al ejército con

su denuedo, no tenían quien los recogiese cuando caían con heridas, y oíaseles lanzar gritos desgarradores y suplicar vanamente á sus camaradas que no les dejaran morir en los caminos, privados de socorros ó rematados por la lanza de los cosacos. Sobre las cureñas de los cañones, hacia colocar el mariscal Davout á todos los que habia tiempo de alzar de tierra; pero á cada paso veíase obligado á abandonarlos por falta de espacio y de medios de llevarlos consigo, y el corazon de hierro del inflexible mariscal se desgarraba de resultas. De sus apuros daba parte al estado mayor general, que, marchando á la cabeza del ejército, se cuidaba poco de lo que acontecia á la cola. Habiéndose acostumbrado Napoleón tiempo habia á fiar los pormenores de ejecución á sus logartenientes, no necesitando por otra parte ordenar ninguna maniobra, no teniendo que hacer mas que caminar tristemente al paso de su infantería, viendo ya muchos males en el camino, previéndolos todavía mayores, profundamente humillado por esta retirada, sobre la cual ya no cabia disimulo, comenzó á encerrarse en el estado mayor general, limitándose, sin irlo á inspeccionar por sí mismo, á censurar al mariscal que mandaba la retaguardia, de quien decia que era sobradamente metódico y caminaba muy despacio. Para colmo de desdicha, en su irritación contra los rusos habia prevenido que se quemasen todos los lugares por donde se cruzara. Esta faena se hubiera debido abandonar á la retaguardia, que hubiera prendido fuego á las poblaciones, cuando ya no tuviera que sacar provecho alguno de ellas, pero complaciéndose cada cual en hacer cuadir el incendio, á menudo el primer cuerpo hallaba presa de las llamas.

mas los lugares donde pudiera proporcionarse víveres y abrigo.

Así se emplearon tres penosos días en llegar á Mojaisk por Wereja. A pesar de estos primeros trabajos de la retirada, que pesaron casi exclusivamente sobre el primer cuerpo, aun reinaba la confianza en todos los corazones. Ya en Mojaisk, había que hacer siete ú ocho marchas para ganar á Esmolensko; aunque frío de noche, continuaba el tiempo siendo hermoso de día, y después de algunos instantes de padecimientos, se lisonjeaba todos de hallar en Esmolensko el descanso, la abundancia y abrigados cuarteles de invierno.

Al ejército se había incorporado el mariscal Mortier en Wereja. Después de hacer saltar el Kremlin en la noche del 23 al 24, salió de Moscou con cuantos heridos y enfermos pudo llevar consigo, con los cuatro mil hombres de la Joven Guardia, los cuatro mil de caballería desmontada, y los dos mil de caballería artillería é ingenieros, que completaban su guarnición. En la casa de los Niños expósito dejó algunos centenares de hombres, que no podían ser trasladados á ningún punto, confiándolos al honor y á la gratitud del respetable Mr. Toutelmine. En el momento de la partida hizo una captura de bastante importancia, la de Mr. de Wintzingerode, wurtembergés de nacimiento, á quien siempre había encontrado Francia entre sus mas activos contrarios, y que, habiendo pasado al servicio de Rusia, mandaba en los alrededores de Moscou una partida. Harto impaciente por volver á entrar en aquella capital, que creía evacuada, se aventuró á penetrar en ella, y fué cogido prisionero con uno de sus ayudantes de campo, jóven de la

familia de Narishkin. Llevados al cuartel general estos dos oficiales enemigos, Napoleon recibió muy mal á Mr. de Wintzingerode, diciéndole que pertenecía á la confederacion del Rhin, y era de consiguiente súbdito suyo y rebelde; que no figuraba como prisionero ordinario, y que iba á ser sometido á una comision militar y tratado con todo el rigor de las leyes. Suavizándose mas respecto del jóven Narishkin le dijo que, siendo ruso, seria tratado como los demas prisioneros de guerra, pero que era de extrañar que un jóven de familia ilustre sirviera á las órdenes de uno de los extranjeros mercenarios que infestaban la Rusia. Por su decoro y por el del ejército francés deploraron los oficiales que rodeaban á Napoleon que no reprimiera mejor la explosion de su desagrado, se apresuraron á consolar á Mr. de Wintzingerode, le colmaron de atenciones, le hicieron comer con ellos, bien convencidos de que Napoleon no les miraria de mal ojo porque enmendaran las faltas á que le arrastraba su genial impetuoso.

Habiendo llegado el ejército á la altura de Mojaisk al cabo de tres dias, bivaqueó sobre el fúebre campo de batalla de Borodino, y no pudo volverlo á ver sin experimentar las impresiones mas dolorosas. En un pais poblado, que conserva sus habitantes, pronto desaparecen los tristes despojos de que comunmente queda cubierto un campo de batalla; pero en la infeliz ciudad de Mojaisk entregada á las llamas, no hubo habitante que no huiera, las aldeas inmediatas sufrieron idéntica suerte, sin que dar nadie para enterrar los cincuenta mil cadáveres que yacian por tierra. Carros rotos, cañones desmontados, cascos, corazas, fusiles des-

parramados aqui y alli, cadáveres medio devorados por los animales impedían el paso y presentaban el espectáculo mas horrible. Siempre que se llegaba cerca de algun punto donde habia caido número de victimas no escaso, se veían nubes de aves de rapiña que volaban, lanzando siniestros graznidos y oscureciendo el cielo con sus asquerosas bandadas. Como empezaba ya á hacerse sentir por las noches la escarcha y caía encima de aquellos cuerpos, suspendiéronse por fortuna sus peligrosas emanaciones, sin disminuir lo horrible de su aspecto, y antes bien aumentando; así las reflexiones que excitaba su vista eran profundamente lastimosas. ¡Cuántas victimas, se decía, y para qué resultado! Se habia corrido de Wilna á Witebsk, de Witebsk á Esmolensko, con la esperanza de una batalla decisiva: se habia ido en pos de esta batalla hasta Wiasma, despues hasta Ghjat; se habia hallado al fin en Borodino sangrienta, encarnizada: se habia avanzado hasta Moscou con la esperanza de obtener alli el fruto de ella, y no se habia encontrado mas que un vasto incendio! Ahora se retrocedía sin haber obligado al enemigo á rendirse y sin recursos para vivir durante la retirada: se retrocedía al punto de partida, tras de perder la mitad de la gente, sembrando todos los dias la tierra de despojos, con la certidumbre de un invierno rigoroso en Polonia, y con perspectivas de paz muy lejanas, porque la paz no podía ser el precio de una retirada forzada á todas luces. ¡Y para un resultado de tal especie se habia cubierto con cincuenta mil cadáveres la tierra!

Todos hacían estas desconsoladoras reflexiones, porque en el ejército francés piensa el soldado tan

prestamente como el general, y no menos bien á menudo. Napoleon no quiso que los soldados tuvieran tiempo de cabilar sobre este asunto, y dispuso que no permaneciera cada cuerpo mas que una noche en aquel funesto campo de Borodino. Alli se halló á los westfalianos, á las ordenes del pobre general Junot, siempre doliente de su herida, padeciendo aun mas de resultas de los disgustos experimentados en esta campaña, y no conservando mas que tres mil hombres de los diez mil que existían en Esmolensko, de los quince mil que pasaron el Niemen. Mientras el ejército permaneció dentro de Moscou, ocupóse en custodiar los heridos de la abadia de Kolotskoi, y en dirigir cuantos pudo á Esmolensko por medio de carros que logró proporcionarse. Mas de dos mil le quedaban por trasladar todavía. Continuando Napoleon solícito respecto de los heridos, previno que se cargaran de ellos los carros de los bagages, é impuso á todo oficial, á todo cantinero, á todo refugiado de Moscou, dueño de un carro, la obligacion de tomar parte de esta preciosa carga. A impulsos de su bondad inagotable, adelantóse el cirujano Larrey para dedicar á los heridos de Kolotskoi los cuidados que le permitiera su rápida permanencia en aquel punto. Hizo que fueran trasladados aquellos, cuyo estado lo consentía, prodigó á los demas los últimos recursos de su arte, y encontrando alli oficiales rusos que le debían la vida y le daban muestras de su agradecimiento, les exigió por única recompensa que, libres dentro de algunas horas y señores de sus compañeros de infortunio, les pagarian el bien que del cirujano en gefe del ejército francés habían recibido. Así lo prometieron todos, y solo Dios ha

podido saber cómo pagaron esta deuda contraída con el mejor de los hombres.

En la mañana del 34 dejó la retaguardia del mariscal Davout estos lugares horrorosos, y fué á pernoctar á mitad de camino de la pequeña ciudad de Ghjat. Una noche sobrevino de las mas frias, y ya desde entonces se empezó á padecer de resultas de la temperatura. Nos seguía el enemigo de continuo con caballería regular, y artillería bien tirada, y una nube de cosacos, todo bajo las órdenes del hetman Platow. Al ejército principal no se le descubría. Despues de la jornada de Malo-Jaroslawetz quedó el general Kutusof tan perplejo como triste su adversario. Inspirado por su rara prudencia se decia que no era cosa de correr los azares de choques sangrientos contra un enemigo, á quien el mal tiempo, el cansancio, la miseria le entregarían casi destruido dentro de poco, y que por el contrario, si era acometido cuando aun se hallaba en toda su fuerza, era muy capaz de revolver á semejanza de un jabali acosado por cazadores, y de asestar golpes mortales á los imprudentes que osaran acercarsele mucho. Quería deber modestamente la salvacion de su patria al tiempo, á la perseverancia, mejor que á una victoria, gloriosa pero insegura, y con esto se hacia acreedor á la gratitud de su nacion y á los elogios de la posteridad. Tanto la juventud presuntuosa y apasionada como los oficiales ingleses que habian acudido á su campo, le asediaban, y le reprendian á menudo por no tentar algo mas decisivo contra los franceses, y el se negaba á ello con un valor mas meritorio que el que se acredita sobre un campo de batalla. De Barclai de Tolly se habia desembaraza-

do, segun hemos dicho, y de Bagration le habia libertado la muerte. No le quedaban mas censores que el astuto y audaz Benningesen, el fogoso Miloradowitch, un estado mayor jóven y exaltado, y tenia de sobra para que se le cansara la paciencia, si la tuviera menor y no tan reflexiva. Al dia siguiente del combate de Malo-Jaroslawetz, mientras Napoleon retrogradaba hácia Mojaisk, el general Kutusof retrocedia sobre Kalouga, hasta un lugar llamado Gonzerowo, bajo pretexto de cubrir el camino de Medouin, que, permaneciendo en Malo-Jaroslawetz, cubriera mejor de seguro, si bien con la intencion positiva de evitar una batalla, de la cual fundadamente queria preservarse.

Noticioso muy luego de que Napoleon habia llegado á Mojaisk, siguióle, calculando que, en vez de tomar el camino de Esmolensko ya arruinado, tomaria mas al Norte el que se dirige por Woskresensk, Wolokolamsk, Bieloj sobre Witebsk, camino en que pensó Napoleon al concebir su gran proyecto ofensivo sobre San Petersburgo, y que efectivamente habia hallado provisto el príncipe Eugenio. Asi corrió detrás de nosotros hasta cerca de Mojaisk muy inútilmente, dando tambien el rodeo de Wereja. Echando de ver su yerro, retrocedió camino, y tomó el de Medouin y de Jucknow, lateral al de Esmolensko, que el mariscal Davout propuso en vano. Por este camino iba á flanquear la marcha del ejército francés, á acosarle al paso, y quizá á tomarle la delantera en algun desfiladero, donde seria posible detenerle. Especialmente desde Juenowk á Wiasma habia un camino bastante corto y practicable, que por las cercanias de Wiasma iba á parar á la carretera de Esmolensko.

No fuera imposible llegar allí antes que los franceses y atravesarse de por medio para atajarles el paso; pero el prudente Kutusof distaba mucho de acariciar tales pretensiones. Exponerse á que el ejército francés le arrollara completamente, era un triunfo que no quería proporcionarle, prefiriendo hostigarle de continuo, coparle de vez en cuando algunas columnas retrasadas, renovar este suceso lo mas frecuentemente posible, llevarle así hasta Wilna, donde llegaria extenuado, casi destruido; y estando resuelto á hacer que prevaleciera esta táctica nada peligrosa á fuerza de paciencia, y aun de astucia, cuando el uso directo de su autoridad no bastara. De consiguiente prosiguió marchando en el orden prescripto, llevando á nuestra espalda un fuerte destacamento de caballería y de artillería provista de buenos caballos, y manteniéndose personalmente sobre nuestro flanco con el grueso del ejército ruso.

Después de pernoctar entre Borodino y Ghjat, el mariscal Davout, siempre encargado de la retaguardia, fué á dormir á Ghjat mismo. De día en día era mas árdua la retirada, porque de día en día se hacia el frio mas intenso y apretaba mas el enemigo. De la caballería del general Grouchy no quedaba nada. Así la infantería estaba condenada á hacer sola el servicio de la retaguardia, y á desempeñar el papel de todas las armas á un mismo tiempo. A menudo necesitaban hacer cara á la artillería enganchada del enemigo, habiendo quedado la nuestra incapaz de moverse de resultas de la fatiga de los caballos. Mas los veteranos infantes del mariscal Davout valian para todo; ya detenian á los ginetes enemigos con sus bayonetas, ya se lanza-

ban sobre su artillería y se apoderaban de ella, bien que tuviesen que abandonarla seguidamente en el camino, contentándose con haberselibrado de sus destrozos durante algunas horas. Poco á poco era menester ir separandonos de la nuestra. A elegir entre las bocas de fuego y las arcas de municiones, valiera mas abandonar las primeras, puesto que habia dobles ó triples cañones de los que pronto podrian ser arrastrados y servidos, al par que las municiones siempre debian de ser provechosas. Pero las bocas de fuego serian trofeos dejados en poder del contrario, y el mismo orgullo que nos retuvo en Moscou tanto tiempo, inspiró la orden de conservar las piezas de artillería y de destruir las arcas de municiones, cuando llegaran á faltar los tiros de caballos. Al principio resistió el mariscal Davout esta orden, mas al fin hubo de obedecerla, y siniestras explosiones repetidas muchas veces al día revelaban al ejército que se aumentaban sus apuros.

Otra causa de constante pena era el abandono de los heridos. A medida que la inquietud se acrecentaba tambien el egoismo, y los miserables conductores de carros, á quienes fueron confiados los heridos, aprovechándose de la noche, los arrojaban por los caminos, y la retaguardia los encontraba muertos ó moribundos. Su vista exasperaba á los soldados que permanecian fieles á sus banderas. Se castigaba á los delinquentes siempre que se podía; pero en medio de la confusion naciente era difícil descubrirlos. En Malo-Jaroslawetz dispuso Napoleon que se numeraran los carros á los cuales se confiaban los heridos, mas la vigilancia que suponía tal providencia se hizo imposible al cabo

de dos marchas. A cada paso se renovaba el espectáculo de los heridos abandonados, sin quebrantar á los veteranos del mariscal Davout, acostumbrados á la rigurosa disciplina del primer cuerpo, si bien cuantos no habian sido inspirados por el mismo espíritu reflexionaban que la adhesión era un engaño y desertaban de las filas. De continuo se prolongaba la cola del ejército, compuesta de ginetes desmontados, de soldados cansados, desalentados ó enfermos, y marchando todos sin armas. Allí habian ido á eludir el cumplimiento de sus deberes de toda clase los aliados ilirios, anseátas, españoles, holandeses, pertenecientes al primer cuerpo, y entre los franceses los reclutas, los prófugos, arrancados recientemente á su vida errante, siguieron igual ejemplo. Bajo pretexto de ir en busca de víveres se alejaban de las filas, y despues de arrojar el fusil se iban á ocultar entre la innumerable muchedumbre, que detrás del ejército lo pasaba como podía. Los soldados de la retaguardia, que debian alcanzar á esta muchedumbre en los pasos difíciles y en los bivaques de la noche, veíanla engrosar con pena, con ira, porque agravaba sus apuros, y era un refugio para los que rehusaban dedicarse á la salvación comun. De veinte y ocho mil hombres, que al salir de Moscou componían el primer cuerpo, ya no se contaban mas que veinte mil á lo sumo á los once dias de marcha, y castigar á los que desertaban de las filas, ya muy difícil á la salida de Moscou, se iba á hacer imposible. Lo propuso el mariscal Davout á Napoleon que, no queriendo ver con sus ojos los males, cuya realidad le hubiera confundido y condenado, preferia achacar la culpa al carácter del mariscal, demasiado minucioso y

exigente, segun su dicho, y á cada una de sus instancias respondia con la orden de andar mas de prisa.

A dormir fué Davout á Ghjat el 31 de octubre por la noche. Al aproximarse á esta ciudad quiso hacer un gran forrage á derecha é izquierda del camino con columnas de infanteria ligera, á falta de caballeria, y caminar despacio para dar tiempo á sus columnas de registrar las aldeas y de recoger viveres tanto para el primer cuerpo como para la hambrienta muchedumbre que le seguia. Pero la caballeria contraria se presentó tan numerosa sobre nuestros flancos y nuestra espalda, que no fué posible alejarse ni retardar la marcha, y hubo que renunciar á medida tan juiciosa y que vivir á la aventura.

Al dejar á Ghjat el 1.º de noviembre sabia el mariscal que en la aldea de Czarewo-Zaimitche, hallaria un desfiladero difícil donde era de esperar grande embarazo. Habia que cruzar un riachuelo pantanoso, precedido y seguido de terrenos que lo eran de igual manera, donde no se podia pasar mas que por una estrecha calzada, que debia ser obstruida muy luego. Previendo esta dificultad, hizo que se instara al príncipe Eugenio para que acelerase el paso, prometiendo por su parte retardarlo cuanto pudiera. A pesar de estas precauciones el cuerpo del príncipe Eugenio agolpóse al paso de este desfiladero, y bajo el peso cedió el puente. Queriendo desembarazar el camino, algunos carros de artilleria probaron á vadear el riachuelo y lo consiguieron del todo: otros se atollaron y fueron obstáculo á los que les seguian, de manera que el desórden llegó á su colmo. Poco antes de anochecer

llegó el primer cuerpo á esta acumulacion triste, que era forzoso proteger contra el enemigo, cada vez mas numeroso y mas molesto, porque despues de haber tenido solo á Plato y á nuestra espalda, ya teníamos á Miloradowitch sobre nuestro flanco.

A los pocos instantes, una masa de caballería, acompañada de mucha artillería, cubrió con sus fuegos tanto la columna del príncipe Eugenio, agolpada en torno del puente, como las divisiones del primer cuerpo. El intrépido general Gerard, jefe de la division de Gudin, alineóse en batalla á la extrema retaguardia, y viósele ora alejar con su artillería la del enemigo, ora correr personalmente á la cabeza de un batallon sobre las baterías contrarias para cogerlas ú obligarlas á la fuga. Asi protegió durante la caída de la tarde y parte de la noche esta especie de derrota, siempre acudiendo á lo mas recio del peligro. Durante este mismo tiempo el mariscal, ya con el general Gerard, ya con los zapadores del primer cuerpo estaba ocupado en dirigir el combate, en restablecer el puente roto, en echar caballetes en otros puntos, y en hacer que fuera avanzando la muchedumbre. El, sus generales y los soldados de la division de Gerard pasaron esta noche de pie, sin comer ni dormir, exclusivamente dedicados á la salvacion del resto del ejército.

Al despuntar la aurora del día siguiente 2 de noviembre, el mariscal Davout suplicó de nuevo al príncipe Eugenio que anduviera de prisa á fin de llegar el día 3 muy temprano á Wiasma, adonde Napoleon se hallaba desde el 31 y apretaba para que llegase pronto la retaguardia, y adonde efectivamente era de temer que se encontrara al grue-

so del ejército ruso desembocando por el camino de Jucknow. Gastóse todo el día en adelantarse hasta Federowskoie, que se halla á corta distancia de Wiasma, y se convino en que al día siguiente partiría el príncipe Eugenio á las tres de la madrugada. Desgraciadamente este jóven príncipe, dotado de calidades caballerescas, si bien no sabia ejercer el mando con la puntualidad y el brio que el mariscal Davout, no supo hacer partir sus tropas á tiempo, y tan fué asi que á las seis de la mañana aun no estaban en marcha. El primer cuerpo, que iba detrás, necesitaba esperar a que fuesen pasando las tropas del príncipe Eugenio, los rezagados y los bagages, y de consiguiente hasta muy tarde no se pudo poner en camino. Para ganar el tiempo perdido hizo cuanto estuvo á su alcance.

A legua y media de Wiasma se divisó al enemigo de pronto hacia la izquierda del camino, y sus balas fueron á caer en medio de la masa desbandada, que iba detrás del ejército y delante de la extrema retaguardia. A cada descarga de la artillería rusa, todo eran gritos desgarradores y oscilación espantosa entre aquella muchedumbre impotente, compuesta de soldados desarmados, de heridos, de enfermos, de mugeres y niños. El cuarto cuerpo, que era el del príncipe Eugenio, se esforzaba por hacerla avanzar camino y aun la maltrataba á menudo, creyéndose los soldados fieles á sus banderas en el derecho de menospreciar á los que de grado ó por fuerza las habian abandonado. Finalmente, empujando el cuerpo del príncipe Eugenio hacia adelante á la masa que le servia de embarazo, habia llegado á conseguir que desfilara casi del todo, cuando aprovechándose parte de la

caballería enemiga del hueco dejado entre las dos brigadas de la division de Delzons, atravesóse de por medio é interceptó el camino. Era la caballería de Wasiltchikoff, que con numerosa artillería vino á obstruir el paso, mientras desplegada la del general Korff á la izquierda del mismo camino, le cubria tambien con sus proyectiles. Cortados se hallaban los franceses y era forzoso abrirse calle.

Una brigada de la division de Delzons y los restos de Poniatowski se hallaban detenidos por la maniobra del contrario y repelidos sobre la cabeza del primer cuerpo, cuyas cinco divisiones se adelantaban en buen orden y dirigidas por el mariscal Davout en persona. Recelando éste que se pudiera hallar á Kutusof con todo el ejército ruso en Wiasma, donde el camino de Jucknow venia á juntarse al de Esmolensko, confirmandole en esta conjetura las frecuentes apariciones de caballería regular, tomó todas las precauciones y marchaba en orden de batalla. De sus veteranos generales, Gudin habia muerto; Friant estaba tan gravemente herido que no se podia tener en pie; Compans se hallaba herido en el brazo desde la jornada del Moskowa, y Morand en la cabeza. Estos dos últimos venian á caballo á pesar de sus heridas, Gerard no habia cesado de montar igualmente. Todos rodeaban al mariscal y dirigian las reliquias del primer cuerpo, reducido á quince mil hombres, de veinte mil que le quedaban en Mojaisk, de veinte y ocho mil que contaba todavia en Moscou, de setenta y dos mil que tenia al pasar al Niemen. Veteranos eran todos que podian triunfar solamente por su naturaleza.

Al ver sorprendida y arrollada la cola del cuar-

to cuerpo el bravo general Gerard, que formaba con su division la vanguardia, aceleró el paso, y por entre un vivísimo fuego de artillería corria hácia los cañones del enemigo para apoderarse de ellos. No le esperó la caballería de Wasiltchikoff que los cubria, y se escapó al galope. Mas detrás de esta caballería se encontraba ya en batalla la infantería del principe Eugenio de Wurtemberg, que tuvo tiempo de cortar el camino, mientras la de Olsoofief llegó á flanquearlo. En derechura marchó la division de Gerard contra la del principe Eugenio de Wurtemberg, á quien amenazaban coger de flanco la segunda brigada de Delzons y los restos de los polacos situados á la derecha del camino. Miloradowitch, que mandaba, no se atrevió á mantener esta posicion y trasladó la division de Eugenio de Wurtemberg á la izquierda de la carretera. Asi volvió á quedar abierto el paso. Algunos escuadrones de caballería rusa, arrollados hácia nuestra derecha y tambien cortados, sufrieron un violento fuego de fusilería al volver á pasar á nuestra izquierda.

Libertadas por el primer cuerpo la segunda brigada de Delzons y los polacos, se apresuraron á entrar en Wiasma á paso de carrera, con el fin de cruzar el riachuelo de este nombre, que divide la ciudad en dos, y de desembarazar el camino. Sin pelear conviniera cruzar el Wiasma de ser posible, agravándose cada vez mas la suerte de los heridos, y no necesitando la moral del ejército de lides para subir á todo su ange. Pero asomando á cada instante nuevas masas enemigas por el flanco del camino y apareciendo en la direccion de Jucknow el grueso del ejército ruso, era inevitable el

combate y había que prepararse á sostenerlo.

Al estampido del cañoneo detuvo el mariscal Ney su cuerpo en el instante de salir de Wiasma, y se dirigió personalmente á donde se hallaban Davout y el príncipe Eugenio. Entre ellos se convino en desplegarse delante del camino de Jucknow para hacer frente á Kutusof, llegado efectivamente con el grueso del ejército ruso, situando Eugenio la division de Broussier entre Wiasma y el cuerpo de Davout, y formando este en batalla á la izquierda del camino para contener á Miloradowitch. Cuantos no tenían obligacion de estar en línea, especialmente las divisiones de Delzons y de Poniatowski, los bagages, los desbandados, recibieron orden de cruzar á toda prisa los puentes del Wiasma y de ganar con toda la presteza posible el camino de Dorogobouga.

Defensa natural formaba en torno de la ciudad hácia el lado de Jucknow un riachuelo que desagua en el Wiasma. Ney se situó detrás con las divisiones de Razout y Ledru, reducidas á seis mil hombres: puso todo sus cañones en batería, y con su gallardo continente transmitió su intrepidez al alma de sus soldados, que veían, no sin algun sobresalto, adelantarse contra ellos las columnas compactas del ejército ruso. Broussier formó el punto de enlace entre Wiasma y el cuerpo del mariscal Davout. Este alineó en batalla sobre el flanco del camino sus divisiones tercera y cuarta á las órdenes del general Compans, y detrás de ellas la division de Gerard para que las sirviera de apoyo. Llegado Morand con la primera division, que era la suya, con la segunda, que era la de Friant, apoyó su derecha en Compans, y la espalda en el ca-

mino real, que tuvo cuidado de despejar, formando gancho con su izquierda replegada. No tenía el primer cuerpo en estado de servicio mas de cuarenta bocas de fuego, aunque se le obligaba á arrastrar consigo ciento veinte y siete.

Miloradowitch comenzó el cañoneo con cien bocas de fuego, é hizo que dispararan á muerte contra las cinco divisiones del mariscal Davout. Nuestras cuarenta piezas le respondieron con ventaja. Fogoso como era Miloradowitch no se atrevió á atacar á aquel imponentísimo frente de veteranos, y contentóse con emplear su artillería en contra de ellos. Apareciendo la cabeza del ejército ruso delante del riachuelo, que cubria Ney, se puso á cañonear por su lado, pero Ney le respondió al punto con una granizada de balas. Así permanecieron durante algun tiempo unos enfrente de otros, ocupados en cruzar un vivísimo fuego de artillería, y guardándose bien el enemigo de acometernos, aun cuando hubiera debido agobiarnos, por hallarse en proporción de cuatro contra uno. Para nosotros ya era tiempo de emprender la retirada, pues habíamos impuesto al ejército ruso lo bastante para que se abstuviera de toda formal tentativa, y porque, adelantándose la noche, convenia cruzar el Wiasma. Mientras el general Broussier se retiraba sobre esta pequeña ciudad, aprovechando la circunstancia de estar mas cerca, desfilaron las cinco divisiones del mariscal Davout, despues de hacer fuego cada línea al replegarse y pasar por entre los huecos de la línea siguiente, que hacia fuego á su vez para proteger el movimiento de las columnas en retirada. Estos movimientos se ejecutaron como sobre un campo de maniobras. Sintióndose

maltratado por la artillería enemiga el regimiento 83.º, que pertenecía á la division de Dessaix y formaba la derecha del mariscal Davout, se abalanzó á ella, la hizo suya, y trajo tres piezas que hubo que abandonar por falta de tiros. El general Morand fué el último que quedó en batalla para proteger la retirada de todos. Replegóse á su turno, y siendo acosado vivamente, hizo alto el regimiento 57.º, volvió caras, se dirigió á bayoneta cada una contra los rusos, rechazólos, y despues tornó á tomar el camino de Wiasma. Desgraciadamente era de noche: súbitamente fué invadida por el enemigo la parte de la ciudad mas acá del Wiasma, como que la retirada del mariscal Ney la dejó al descubierto. Allí se le encontró y fué necesario un choque de los mas violentos para abrirse calle. En esta confusion perdiéronse dos bocas de fuego. Como no habia mas que dos puentes sobre el Wiasma, uno dentro de la ciudad y otro fuera, produjeron algun desórden la afluencia de tropas, la oscuridad y el fuego de la artillería. A fuerza de repetidas cargas el brioso regimiento 57.º contuvo á los rusos y protegió el paso.

Esta jornada nos costó de mil quinientos á mil ochocientos soldados de los mas veteranos y de los mejores. Siendo mejor servida nuestra artillería lo menos tuvo el enemigo doble número de hombres fuera de combate; pero sus heridos no estaban perdidos, á la par que era imposible salvar ni uno solo de los nuestros. La absoluta falta de asistencia, el frio que comenzaba á ser intenso y sobre todo la crueldad de paisanos feroces condenaban á morir á cuantos se dejaban por los caminos. De consiguiente no se abandonaba un campo de batalla sin tener

el corazón lacerado, y se necesitaba el sentimiento del honor militar en este ejército, el ascendiente de sus generales heridos mandándolo con una banda al brazo ó con la cabeza vendada, para mantener una adhesion tan cruelmente galardonada. Al entrar en Wiasma no se halló ningun medio de subsistencia. Todo lo habian devorado la Guardia y los demas cuerpos que iban por delante. De los viveres de Moscou no quedaba nada. Siendo la noche oscura y fria hubo que pasarla en un bosque, encendiendo grandes hogueras y asando carne de caballo. Los soldados del principe Eugenio y especialmente los del mariscal Davout, que hacia tres dias se hallaban en pié de continuo, se acostaron delante de los fuegos de sus bivaques y durmieron profundamente. Ya era el 3 de noviembre y hacia quince dias que estaban encargados de cubrir la retirada. Mas de la mitad de su fuerza efectiva habian perdido. Napoleon resolvió que tomaran algun descanso y que Ney los reemplazara en la retaguardia, y no lo hizo por espíritu de justicia, sino al contrario. Se quejaba de que habian marchado muy lentamente: viviendo en medio de la Guardia, que formaba la cabeza del ejército, que consumia lo poco que aun se hallaba por los caminos, y dejaba á los que iban detrás solamente caballo muerto, nada veía de la retirada ni queria verlo tampoco, á causa de que asistiera muy de cerca á las consecuencias horrosas de sus faltas. Negarlas preferia, y yendo dos marchas delante de la retaguardia, no presenciando ninguno de sus apuros, persistia en quejarse de ella en vez de ir á dirigirla.

No se necesitaba á la sazón de grandes concep-

ciones, sino de valor para ver con sus propios ojos todo el mal que habia causado, estar á caballo de dia y de noche para presidir el paso de los rios, el restablecimiento de los puentes, el desfile de la muchedumbre inerte, para sostener con su ascendiente la quebrantada autoridad de sus generales, para compartir equitativamente las dificultades con ellos, reservarse la mayor parte, morir de fatiga si era forzoso, pues era autor de todo padecimiento y de toda muerte, sonreirse ante los rostros abatidos, apaciguar los semblantes furiosos, exponerse hasta á los arrebatos de la desesperacion, pues se podian encontrar muy terribles. Lejos de esto, Napoleon, no por flaqueza, sino por sustraerse al espectáculo acusador de esta retirada, no abandonaba la cabeza del ejército, y ora á pie, ora á caballo, y mas frecuentemente en carruaje, pasaba horas enteras sin proferir una palabra con Berthier consternado y Murat casi sin aliento, sumergido en un abismo de reflexiones desconsoladoras, de las cuales no salia, sino para quejarse de sus lugartenientes, como si todavia pudiera inducir á engaño á nadie, censurando á otros que á sí mismo.

Desde Malo-Jaroslawetz no habia hablado con el mariscal Davout que fué siempre á la retaguardia. Al verle de nuevo tuvo con él una explicacion de las mas vivas. Aunque amoldado el mariscal á la obediencia de aquel tiempo, tenia un orgullo, que no podia doblegar autoridad alguna. Amargamente defendió el honor del primer cuerpo. De ningun cargo eran merecedores oficiales como los generales Compans, Morand, Gerard, siempre á caballo á pesar de sus heridas. No se defendió el mariscal

Davout á sí propio, mas hizo la defensa de sus lugartenientes, dignos tan solo de homenajes. Napoleon callóse, pero hasta el dia de su partida del ejército apenas cruzó con el mariscal Davout una palabra, si bien despues de todo el silencio no era para este un castigo. Mas como el despotismo necesita de victimas que ocupen su puesto, cuando la opinion pública censura sus errores, fué aqui sacrificado este ilustre personage, como en Portugal lo fué Massena. Haciéndose eco de Napoleon se dieron á repetir que no habia observado una conducta digna de su gran carácter en esta retirada. Tan verdad era esto como que Massena fué causa de las desventuras del ejército en la Peninsula. Durante quince dias, con incansable vigilancia, con una firmeza fria, si bien incontrastable, habia dirigido una retirada de las mas arduas, heredando todos los embarazos que los demas le echaban encima, y viviendo de lo que le dejaban, ó lo que es lo mismo, de nada. A la verdad las tropas del principe Eugenio se habian agolpado con alguna precipitacion á Wiasma, en el momento en que, desembarazadas por el primer cuerpo, se apresuraban naturalmente á atravesar el desfiladero. Marchando con imperturbable sangre fria, el primer cuerpo fué quien cubrió á todo el mundo. ¡Y se le acusaba de haberse desbandado! ¡Y la cabeza del ejército, provista, sino de todo, al menos de cuanto quedaba en aquellas desoladas campiñas, y no teniendo jamás á la espalda al enemigo, hablaba asi de la retaguardia! Hasta el mariscal Ney, cuya razon no igualaba á su denuedo, incurrió en la falta de soltar algunas especies análogas contra su camarada. Muy en breve iba á hacer una gloriosa,

pero terrible experiencia del papel de la retaguardia (1).

Napoleon llegó el 5 de noviembre á Dorogobouga; el príncipe Eugenio el 6, y los demas cuerpos el 7 y el 8. Hasta aquí el frio habia sido sensible, molesto, pero no mortal todavía. De repente el 9 se cargó la atmósfera de sombríos vapores y cayeron sobre la tierra torrentes de nieve impulsados por un violentísimo viento. Nuestros regimientos, salidos de Polonia con un calor sofocante, llevados á Moscou con el designio de fijar allí la residencia, dejaron en los almacenes de Danziek el vestuario de mas abrigo, y creyeron que para ellos seria bastante encontrarlo en Wilna. Algunos soldados tenían pieles cogidas en Moscou, pero eran en número escaso, habiéndolas vendido la mayor parte á sus oficiales. Bien alimentados pudieran aguantar el frio, que aun no era mas que de 9 á 10 grados de Reaumur; pero manteniéndose con un poco de harina desleida en agua, con carne de caballo asada en la lumbre de los bivagues, durmiendo en el suelo sin tiendas ni abrigo, debian ser trabajados cruelmente hasta por frios inferiores á los que ya habian experimentado tanto en Alemania como en Polonia. Esta primera nieve caída despues de pasar de Dorogobouga, aumentó la miseria general sobremanera. A excepcion de la retaguardia, que Davout habia dirigido con firmeza inflexible, que

(1) El príncipe Eugenio de Wurtemberg, uno de los narradores extranjeros mas equitativos, dice, á propósito de las quejas del mariscal Ney contra el primer cuerpo, estas palabras: *pero Ney no se hallaba este dia en la posicion escabrosa de su colega.*—El príncipe Eugenio de Wurtemberg alude á la jornada de Wiasma,

ahora dirigia Ney con una energia de valor y de buena salud que no podia menos cabar padecimiento alguno, el sentimiento del deber empezaba á abandonar á todos. Solo el cañon restituia el honor, la dignidad y el valor á aquellos soldados extenuados. Todos los heridos habian sido abandonados, y soldados aliados, cuyo cuerpo no designamos, encargados de escoltar prisioneros rusos, se desembarazaban de ellos levantándoles la tapa de los sesos á tiros. Todo el que se hallaba atacado de tan general contagio de egoismo, tan de bulto en las grandes calamidades, no pensando mas que en sí propio, desertando de las filas para buscarse la subsistencia, iba á acrecentar la muchedumbre errante é inerte, que al salir de Dorogobouga ascendia á cerca de cincuenta mil individuos, incluso los fugitivos de Moscou y los conductores de bagages. Mas de diez mil soldados habian ya muerto por los caminos, y apenas quedaban cincuenta mil hombres sobre las armas. Desmontada estaba toda la caballeria, salvo la de la Guardia. Sin embargo, ya solo habia que hacer tres marchas para llegar á Esmolensko, y una vez allí esperábase encontrar almacenes, víveres, vestuario, abrigo, refuerzos y murallas fortificadas. Esta esperanza sostenia el corazon del ejército. ¡Esmolensko, Esmolensko! era el grito que salia de todas las bocas. Se contaban las leguas, las horas. ¡Nunca despues de la tempestad se descó mas vivamente ningun puerto!

Pero noticias funestas fueron á asaltar á Napoleon en Dorogobouga; noticias desfavorables de las operaciones militares sobre las alas, noticias extrañas de Francia, donde el gobierno habia sido ata-

cado audazmente, pues, segun dice el vulgo, bien vengas mal si vienes solo.

Sobre las dos alas del ejército se habian desarrollado los planes del enemigo por completo. Después de haberse unido el almirante Tchitchakoff á Tormazoff con cerca de treinta mil hombres y de sucederle en el mando de los dos ejércitos reunidos, tomó la ofensiva en setiembre contra el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier, que mandaban el cuerpo austro-sajon con mucho concierto, aunque sin grande energia. El nuevo general ruso empujó por delante desde la linea del Stry á la del Bug á los dos generales aliados. No teniendo estos en totalidad mas que treinta y cinco mil hombres, veinte y cinco mil austriacos y diez mil sajones, no creyeron que debian arriesgar una batalla, cuya pérdida hubiera descubierto la derecha del grande ejército y alarmado á Varsovia, ya harto asustadiza. De consiguiente retrogradaron hasta Brezesc, y fueron á meterse en los pantanos de Pinks, su ordinario asilo. No habia por qué censurarles. El general Reynier no podia ser mas emprendedor que el príncipe de Schwarzenberg, y este por su parte no hubiera podido hacer mucho mas de lo que hacia, y no por traicion, ni por tibieza, sino por circunspección extremada. Encargado de la suerte de un ejército de treinta mil hombres, ya reducidos á veinte y cinco mil por las pérdidas de la campaña, ponía su honor de militar y su deber de ciudadano en conservarlo, y quizá á esto se aplicaba mas que á hacerlo provechoso. Tratado por Napoleon con bondad infinita, mostrándosele agradecido, incapaz de venderle, ni aun á medias, se dedicaba solo á procurar no salir batido, y aun-

que seguro del porte honroso de sus tropas una vez roto el fuego, conocia tan á fondo su frialdad por la causa en que se les habia empeñado, que no queria exigir demasiado de ellas. Reforzado con diez mil hombres, segun habia solicitado, pudiera mostrarse mas atrevido; pero, resuelto el gobierno austriaco á mantenerse en la medida que prometió secretamente guardar á Rusia, no se afanaba por acrecer su participacion en la guerra. Cuando mas, consentia en completar con un refuerzo de cinco ó seis mil hombres los treinta mil del cuerpo auxiliar dado á Napoleon desde el principio. A la verdad en Galitzia tenia un ejército que hubiera podido operar contra la Volhinia, si bien atrajera á Galitzia á los rusos, con los cuales se habia comprometido á no pasar la frontera mientras no la pasaran ellos; á esto llamaba francamente *la neutralizacion de Galitzia*, y deseaba no salir de situacion semejante.

Por sí solas bastaran estas disposiciones, aun no agregándose los sucesos militares á ellas, para hacer al príncipe de Schwarzenberg circunspecto de sobra. Noticioso de que al fin llegaba un refuerzo de cinco á seis mil hombres, anunciado desde mucho antes, dejó al general Reynier detrás de los pantanos de Pinsk, y fué á alargar la mano á dicho refuerzo, que se adelantaba por Zamosc. Después de unirsele volvió por Brezesc á juntarse al general Reynier, quien por su parte aguardaba á una division francesa de doce á quince mil hombres, á la division de Durut, sacada del cuerpo de Augereau, y compuesta de los batallones procedentes de las islas de Walcheren, de Ré, de Belle-Isle. Napoleon destacó del cuerpo de Augereau la division esta, contando

para reemplazarla en Alemania con la soberbia division de Grenier, que llegaba de Italia. Habiendo recibido el principe de Schwarzenberg de cinco á seis mil hombres de refuerzo, y estando el general Reynier en visperas de recibir de doce á quince mil, se iban á hallar á la cabeza de mas de cincuenta mil soldados, y en aptitud de hacer cara a los sesenta mil del almirante Tchitchakoff. Pero mientras empleaban el tiempo en movimientos desbarahustados, para ir el uno al encuentro de los austriacos, que avanzaban por Zamosé, y el otro al de los franceses que iban por Varsovia, ateniéndose el almirante Tchitchakoff á las instrucciones que le habia enviado Alejandro por conducto de Mr. de Czernicheff, dejó al general Sacken con veinte y cinco mil hombres delante de los generales aliados, y marchó con treinta y cinco mil sobre el alto Berezina, á fin de alargar la mano al conde de Wittgenstein, encargado de repeler al mariscal Saint-Cyr de las márgenes del Dwina y de ir al encuentro del ejército de Moldavia. Lo mas sencillo fuera seguir al almirante Tchitchakoff, pero no columbrando bien el principe de Schwarzenberg y el general Reynier las intenciones harto oscuras de los rusos, no sabian que partido tomar, entre Sacken á quien tenian delante, y Tchitchakoff, de quien se decia que estaba camino de Minsk. En medio de estas vacilaciones, dejaban que el almirante diera cima á su movimiento.

Esto es lo que Mr. de Basano comunicaba á Napoleón sobre el estado de las cosas hácia la derecha, es decir, hácia la Volhinia y el bajo Dnieper. Aun iban peor hácia la izquierda, es decir, junto al Dwina alto y bajo. Despues de permanecer el ma-

riscal Macdonald durante los meses de setiembre y octubre agitándose en vano cerca de Dunaburgo con una division polaca de siete ú ocho mil hombres para dos fines, sin que lograra ninguno de ellos, el de cubrir el sitio de Riga y el de mantenerse en comunicacion con el mariscal Saint-Cir, fué trasladado al bajo Dwina para sostener á los prusianos contra las tropas de Finlandia, llevadas á Livonia, segun los ajustes de Rusia con Suecia. Definitivamente lanzado á la sazón fuera del radio de las operaciones del grande ejército, vióse condenado á una larga inutilidad, segun habia temido.

Aun habian pasado en el mismo Polotsk mas tristemente las cosas. Embarcadas las tropas de Finlandia para Revel, despues de perder alguna gente por efecto de accidentes de mar, tomaron tierra en Livonia, marcharon sobre Riga, ayudaron al general Essen en las operaciones que habian llamado al mariscal Macdonald hácia el bajo Dwina, y remontaron de seguida este rio á las órdenes del conde de Steinghel en número de doce mil hombres. Reforzado Wittgenstein por estas tropas y por algunas milicias, que todas juntas elevaban su cuerpo á cuarenta y cinco mil hombres, resolvió tomar la ofensiva para obligar al mariscal Saint-Cir á que evacuara á Polotsk y para ir á dar la mano al almirante Tchitchakoff sobre el alto Berezina. Conforme al plan enviado desde San Petersburgo, el conde de Steinghel debia cruzar el Dwina por mas abajo de Polotsk para inquietar al mariscal Saint-Cir por su espalda, y facilitar así la operacion proyectada en su contra.

Ante las hostilidades con que el mariscal Saint-Cir estaba amenazado, habiendo pasado muchos tra-

bajos durante los meses de setiembre y octubre para vivir en un país arruinado por el paso de las tropas de todas las naciones, demandando vanamente subsistencias á Wilna, que no se le podían enviar por falta de medios de transporte, no pudo rehacer su cuerpo ni restablecer su efectivo. No ascendía á mas de quince ó diez y seis mil hombres el segundo cuerpo á las órdenes del mariscal Oudinot, de los cuales doce mil eran franceses y los demas croatas ó suizos. Disminuidos hasta tres mil los bávaros, se aumentaron hasta cinco ó seis mil con algunos reclutas. De consiguiente el mariscal Saint-Cir contaba á lo sumo veinte y uno ó veinte y dos mil soldados contra los cuarenta y cinco mil rusos, de los cuales treinta y tres mil le iban á asaltar directamente, y doce mil le debían coger por la espalda, cruzando mas abajo de Polotsk el Dwina. Por fortuna el mariscal Saint-Cir era hombre de recursos, tenía una posición ya muy estudiada, buenos soldados, excelentes lugartenientes, y estaba resuelto á disputar bien el terreno.

Situada la ciudad de Polotsk, segun hemos dicho, en el seno del ángulo que forman el Polota y el Dwina hacia su confluencia, habia sido cubierta con obras de campaña de bastante buena defensa. A la izquierda, protegiendo el Polota el frente de la posición y la mayor parte de la ciudad, sembraron reductos bien armados; á la derecha, en la abertura del ángulo formado por los dos rios, se construyeron obras de tierra, y pudiendo trasladarse con presteza las tropas de uno á otro frente, se hallaban en aptitud de hacer cara por todas partes. A la izquierda, y detras de las obras del Polota mas faciles de defender, colocó el mariscal Saint-

Cir á la division suiza y croata; y á la derecha, hacia la abertura del ángulo, por donde el ataque ofrecia mas probabilidades de éxito, á las divisiones francesas de Legrand y Maison, capaces de hacer frente á un enemigo muy superior en número. Mas acá del Dwina estaban los bávaros con la caballería destacada á lo lejos para observar y contener á las tropas de Finlandia, que se disponían á cogernos por la espalda. En lo interior de Polotsk habia muchos puentes, que debían servir para el paso del ejército en caso de retirada forzada. En esta posición aguardó el mariscal á pie firme los dos ataques con que estaba amenazado.

Habiendo avanzado el enemigo sucesivamente hacia nuestras posiciones durante los dias 16 y 17 de octubre, vino á atacarnos resueltamente el 18 por la mañana.

El conde de Wittgenstein, cuyas determinaciones inspiraba un joven oficial, hábil y fogoso, que mas tarde habia de ganar alto renombre, el general Diebitch, trasladó sus mejores y mas numerosas tropas hacia nuestra derecha, sobre la abertura del ángulo formado por el Polota y el Dwina. Su designio era atraer todas nuestras fuerzas hacia aquella parte, la mas accesible de nuestra posición, y hacer en seguida que el principe de Jackwill con el resto del ejército se apoderara del Polota, desgarnido de tropas.

Con efecto, desembocando atrevidamente los rusos por nuestra derecha, se aproximaron sin saberlo á las baterías situadas en Strwunia, las cuales flanqueaban la parte descubierta de la ciudad. Conviniere dejarles llegar sin hacer fuego, para ametrallarlos á muerte cuando ya retrogradar no les

fuera posible. Pero ardorosos los artilleros bávaros, que servian las baterías, dispararon demasiado pronto, y advertidos los rusos se adelantaron con mas mesura de la que era de desear para el éxito de nuestra manobra. No obstante se dirigieron sin vacilaciones hácia el frente de la ciudad no protegido por el Polota; pero las divisiones de Maison y Legrand se habian desplegado y marchaban resueltamente contra ellos. Sobre todo la division de Maison, mas expuesta que la de Legrand, se mantuvo firme, aunque asaltada por todas partes, y acabó por rechazar al enemigo á gran distancia. No se mostró indigna la division de Legrand de su vecina, y donde quiera fueron los rusos atajados y repelidos. No afectando mucho al mariscal Saint-Cir el peligro de su derecha, tuvo la cordura de no desgarnecer su izquierda, é hizo perfectamente, porque el principe de Jackwill, desembocando á su turno, se lanzó sobre los reductos del Polota. Permitiéndole llegar hasta el pie de las obras, se le abrumara con el fuego de los reductos; pero pecando los suizos, á semejanza de los bávaros, por demasiado ardimiento, cayeron sobre los rusos á la bayoneta, y rechazándolos, paralizaron la artillería de los reductos, bajo los cuales habian ido á situarse. Además sacrificaron hombres para un resultado que nuestras solas balas hubieran obtenido. Sin embargo, tanto en este punto como en el otro, el ejército del conde de Wittgenstein fué rechazado con pérdida de tres ó cuatro mil hombres, no pasando de la mitad la nuestra.

Si el conde de Steinghel no amenazara con coger al mariscal Saint-Cir por la espalda, se podia considerar como bien establecido junto al Dwina.

Pero, despues de pasar este rio el cuerpo de Finlandia, remontaba la orilla izquierda para unirse junto á Polotsk á parte de las fuerzas de Wittgenstein. Ante este nuevo peligro el mariscal Saint-Cir reforzó á los bávaros á las órdenes del general Wrede, con destacamentos sacados de cada una de sus tres divisiones, y le puso en aptitud de resistir al conde de Steinghel. Con efecto el 19 vióse obligado el cuerpo de Finlandia á retroceder despues de un choque vigoroso. Pero ante un nuevo ataque por las dos márgenes del Dwina, que amenazaba renovarse con mas concierto y empuje, especialmente desde que, llegados los dos ejércitos enemigos á la misma altura, se podian comunicar de una orilla á otra, no era prudente obstinarse, y el mariscal Saint-Cir creyó que debia evacuar á Polotsk durante la noche para retirarse en buen orden detrás del Oula, que, segun se ha visto, reúne el canal de Lepel al Berezina. Al retirarse hicieron nuestras tropas una horrorosa carnicería en los rusos, que se arrojaron con harta prisa enmedio de la ciudad de Polotsk incendiada.

Esta retirada continuóse los dias siguientes, haciendo cara el general Wrede al conde de Steinghel, el mariscal Saint-Cir al conde de Wittgenstein, con la esperanza de encontrar al duque de Bellune junto al Oula.

Efectivamente, despues de vacilar este largo tiempo entre el almirante Tchitchakoff, que llegaba por el Sur, y los generales Wittgenstein y Steinghel, que llegaban por el Norte, resolvió en fin dirigirse á este punto, de resultas de lo que en Polotsk habia acontecido, para llevar al mariscal Saint-Cir socorro. Por desgracia, hallándose esta-

blecido, no en Witebsk, sino en Esmolensko, á consecuencia de la nueva disposicion que varió el camino del ejército, para dirigirse á Lepel tuvo que atravesar muy larga distancia. Gravemente herido el mariscal Saint-Cir en la última jornada de Polotsk tuvo que abandonar el mando, y tomólo con el mas laudable celo el mariscal Oudinot, harto mal restablecido de su herida.

Así á fines de octubre dos ejércitos, uno de cerca de treinta y cinco mil y otro de cuarenta y cinco mil hombres, habiéndose librado el primero del príncipe de Schwarzenberg y llevándose el segundo por delante el segundo cuerpo, estaban á punto de darse la mano junto al alto Berezhina y á cerrarnos la retirada con ochenta mil hombres. Solamente la reunion y la victoria de los mariscales Oudinot y Victor podian conjurar este grave peligro.

Llamos pues á hallar á Esmolensko desprovisto del refuerzo poderoso del noveno cuerpo y hasta de la division de Baraguey de Hilliers, que, despues de prevenida desde mucho antes, atrajo Napoleon hacia Jelnia, cuando pensaba en marchar sobre Katouga. Verdad es que expidió contraórden luego, pero demasiado tarde, y ya en camino la division de Baraguey de Hilliers, podia caer en medio de todo el ejército de Kutusof. Así ante los pasos de Napoleon se multiplicaban por donde quiera las circunstancias alarmantes. No era lo que se habia imaginado la abundancia que se lisonjeaba de hallar en Esmolensko. A causa de no haberse podido continuar la navegacion interior de Danzick y Kowno hasta Wilna, organizóse una compañía de transportes, gracias á la activísima solicitud

de Mr. de Bassano, y acarreaaba mil quintales al dia desde Kowno hasta Minsk por Wilna. Pero estos medios de transportes se habian aplicado á las bebidas espirituosas y á las municiones de guerra, con la confianza que se tenia de hallar trigos en Lithuania. Hallarouse efectivamente, pero, careciendo de carros los reuterios lithuanios, ó negándose á proporcionarlos, con la esperanza de que al fin no se desprenderian de sus géneros por falta de medios para trasladarlos á otro punto, solo se pudo reunir una parte de los granos y las harinas que se pidieron para Wilna, Minsk, Borisow y Esmolensko. Llevándose así mismo los bueyes, no faltaba carne á lo menos, si bien á lo sumo tendria el ejército víveres para siete ú ocho dias en Esmolensko, para quince en Minsk, para veinte en Wilna. Con todo, procurándolo activamente, era posible proveerle de subsistencias para tiempo mucho mas largo. A la sazón no estaba asegurada mas que la subsistencia de los primeros dias.

No se hallaba pues tan proxima á realizarse como se habia creído la esperanza de ricos cuarteles de invierno en Lithuania. Verdad es que solo Napoleon estaba en el secreto, mas no habia por que se regocijase su alma, profundamente atribulada por tantos conceptos. Aun tenia que saber cosas peores. Francia, á la cual habia dejado tan quieta, tan sumisa, habia estado á pique de ser trastornada, y aun quizá arrancada á su dominacion por un loco, por un maniático atrevido, cuyo fácil triunfo durante algunas horas demostraba hasta que punto dependia todo en Francia de la vida de un solo hombre, amenazada de continuo no por los puñales, sino por las balas.

De muchos años atrás se hallaba retenido en las cárceles de la Conserjería un oficial antiguo, el general Malet, noble del Franco-Condado, republicano ardiente y sincero, formado á semejanza de muchos hombres de su tiempo y de su cuna en la escuela de J. J. Rousseau, que llegó á ser general de la república y que no perdonaba á Napoleon haberla destruido. Una idea dominando por sí sola hace á un hombre loco ó capaz de muy grandes cosas, y produce á menudo á la vez ambos resultados. Ahora bien, la sola idea que llenaba la mente del general Malet de continuo era que el gefe de un Estado, haciendo constantemente la guerra, debía ser arrebatado un día ú otro por una bala; que con esta noticia, verdadera ó forjada, seria empresa fácil quitar á todas las autoridades, y hacer que la nacion aceptara otro gobierno, pues la persona de Napoleon lo era todo, hombres, cosas, leyes, instituciones. Bajo el imperio de preocupacion semejante, combinó en su mente los medios de sorprender á las autoridades, inventando la noticia de la muerte de Napoleon, proclamando un nuevo gobierno, y poniendo á los pies de este gobierno á la nacion cansada de despotismo, de silencio y de guerra. Por los años de 1807 y de 1809 pensó un instante en la realizacion de su quimera, y habiendo puesto á la policia en camino de lo que meditaba algunas confidencias, inevitables ó no inevitables, fué encerrado. Se le detuvo en París desde aquel tiempo. Ya preso, su preocupacion se hizo aun mas exclusiva, y viendo á Napoleon en Moscou, reflexionó que para tentar la ejecucion de su plan no habria otra ocasion como aquella, si bien ahora no iniciando en su secreto á nadie, sacando

todo de él mismo, de él solo y por medio de la mas increíble audacia. Trasladado á una casa de salud cerca de la puerta de San Antonio y habiéndose relacionado allí con un eclesiástico no menos discreto, y animado de los mismos sentimientos que los suyos, ideó forjar la noticia de la muerte de Napoleon, no declarando á nadie la falsedad de este supuesto, falsificando órdenes y una deliberacion del senado, y con el auxilio de esta deliberacion, que restableceria la república, ir á un cuartel y arrastrar un regimiento, dirigirse con este á la cárcel para poner en libertad á muchos militares á la sazón presos, tales como el general Lahorie, antiguo gefe de estado mayor de Moreau, el general Guidal, comprometido á causa de algunas relaciones con los ingleses, apoderarse con estos generales de las personas de los ministros, convocar en la casa de Ayuntamiento á una porcion de personajes de importancia, reputados como poco favorables al gobierno y proclamar allí la república. Aunque meditó profundamente sobre el asunto, y meditó mucho en todos los pormenores de ejecucion, cosas hubo á las que no proveyó de ningun modo, ora por demasiada prisa en lanzarse al designio, ora porque se fiase de la fortuna, que debe entrar por la mitad en todas las empresas extraordinarias, si bien á condicion de que no se le deje hacer mas que lo menos posible.

Auxiliado por este eclesiástico, que se le habia asociado, eligió dos jóvenes muy candorosos, pero tambien muy valientes, no poseedores de su secreto, y destinados á servirle de ayudantes de campo. Con su auxilio proporcionose cerca de su casa de salud asi uniformes como pistolas. El 22 de octu-

bre por la noche, á la hora en que Napoleon maniobraba en torno de Malo-Jaroslawetz, se aprovecha de las tinieblas, escápase por una ventana de la casa de salud donde se le detenía, habiéndose fugado ya antes el eclesiástico que le habia llevado la pluma, corre al aposento donde le esperaban los dos jóvenes dichos, viste á uno de ellos de ayudante de campo, vistese él de general, les dice que Napoleon ha muerto en Moscou el 7 de octubre, que reunido el senado por la noche ha votado el restablecimiento de la república, y mostrando las órdenes falsas preparadas cuidadosamente en su encierro, se dirige al cuartel de Popincourt, donde se hallaba la décima cohorte de la Guardia nacional, mandada por un veterano procedente de la reforma. Antes de ser colocado á la cabeza de esta cohorte habia servido algun tiempo y muy honrosamente en España. Soulier era su nombre. El general Malet hace que le despierten, se introduce al lado de su cama, le anuncia que Napoleon ha sido muerto en Moscou de un tiro el 7 de octubre, que reunido el senado secretamente ha determinado el restablecimiento de la república, y ha nombrado al general Malet jefe de la fuerza pública en Paris, y fingiendo no ser el general Malet, sino el general Lamotte, uno de los empleados en la capital de Francia, dice que va de orden superior á tomar la legion décima para conducirla á diversos puntos de la capital, donde debe prestar importantes servicios. Sorprendido el comandante Soulier por esta noticia, no imaginando que pudiera ser inventada, sencillo como era, la deplora y se dispone á la obediencia. Se levanta, hace que se reúna la cohorte, trasmítela en el patio del cuartel la noticia llevada

por el supuesto general Lamotte, noticia acogida con sorpresa, bien que sin incredulidad, tan natural parecia á todos y aun grata á algunos, pues habia en las cohortes antiguos oficiales republicanos vueltos á llamar al servicio y muchos soldados sacados muy á disgusto suyo de sus hogares despues de cumplir muchas veces todas las leyes de la conscripcion ó quinta. Todos obedecen sin oponer duda ni objecion de ninguna especie.

Antes de amanecer los lleva el general Malet, supuesto general Lamotte á la Fuerza, manda llamar al jefe de la prision, le muestra una orden para que sean puestos en libertad los generales Lahorie y Guidal, obtiene su excarcelacion por consecuencia de la misma credulidad, estrechándolos en sus brazos les anuncia la gran noticia, les engaña como á los demas, unge participar de su alegría, les enseña los decretos del senado, y les traza la conducta á que han de atenerse. Guidal debe ir á apoderarse del ministro de la Guerra y Lahorie del de Policia, llevándole despues á la Consergeria, mientras Malet va á apoderarse del general Hulin, trasladandose al estado mayor de la plaza. Se les dá la consigna de levantar la tapa de los sesos al que rehuse atemperarse á los decretos del senado, sobre los cuales ni á Guidal ni á Lahorie les ocurre la menor duda. Con fundamento habia creído Malet que sus cómplices engañados no vacilarian en ejecutar sus instrucciones con una buena fé que arrastraria á todo el mundo. De uno de los dos jóvenes citados se vale Malet para enviar al prefecto del Sena, Frochot, los decretos del senado y la intimacion de preparar la casa de Ayuntamiento, donde se debe reunir el gobierno provisional: A

uno de los regimientos de la guarnicion corre el otro agente improvisado, con orden para el coronel de guardar con destacamentos todas las barreras de Paris, no dejando entrar ni salir á nadie.

Convenidas rápidamente todas estas cosas, á fin de llevar á remate la sorpresa de Paris dormido, se va a casa del duque de Rovigo al tiempo de despuntar la aurora. Habiendo pasado el ministro de Policia toda la noche en el despacho de los negocios, tenia absolutamente prohibido que se le despertase. A la cabeza el general Lahorie de un destacamento de la décima cohorte, penetra en su casa, echa abajo la puerta de su alcoba, y por entre los pedazos de ella pasa y le sorprende, apareciéndosele delante. Juntos habian servido, teniendo relaciones amistosas. — Ríndete sin resistencia, le dice, porque te estimo y no quiero hacerte daño. El emperador ha muerto, el imperio está abolido, y el senado ha restablecido la república. — El duque de Rovigo responde á Lahorie que es un insensato, que una carta llegada aquella misma noche desmiente el aserto, que la noticia es falsa, y que figura como autor ó juguete de una impostura. Lahorie, tan convencido como el duque de Rovigo puede estarlo, afirma: el duque de Rovigo niega. Lahorie manda entonces que le echen mano. Por su parte el duque de Rovigo procura desengañar á la tropa, mas es natural que suscite disputas el hombre á quien se prende, y su posicion basta para impedir que se le crea. Segun sus instrucciones, Lahorie debiera levantar la tapa de los sesos al duque de Rovigo; no quiere hacerlo, corre cerca de Guidal que se halla cerca, para acordar juntos lo mas conveniente. Guidal le sigue. Persistiendo

ambos en su credulidad, si bien no queriendo matar á un antiguo camarada, impone silencio al duque de Rovigo, y sin hacerle daño le envian á la Consergeria, adonde ya ha sido trasladado el prefecto de policia por iguales medios.

Hasta aqui va bien todo. Pero el arresto del duque de Rovigo ha retardado algo el del ministro de la Guerra, y por su parte el general Malet pierde tiempo en la del general Hulin, comandante de la plaza. Habiéndose trasladado á su casa con un destacamento de la misma cohorte, le sorprende en la cama, hace que se levante, le anuncia los mismos asertos empleados ya con tanta fortuna, no le halla incrédulo á la noticia de la muerte de Napoleon, pero si muy recalcitrante en cuanto al restablecimiento de la república por una deliberacion del senado, y asi le responde, invitándole á que le presente las ordenes. Mas fiel el general Malet á su plan que sus cómplices improvisados, le contesta que se las va á comunicar en su gabinete, hace que se lleve allá el general Hulin, y le derriba con una pistola disparada á quema-ropa. Sale Malet de seguida, se dirige á casa del gefe de estado mayor Doucet, le repite cuanto ha dicho á los otros, le anuncia ademas su elevacion al grado de general, y le intima que le entregue al punto el mando de la plaza. Ya fuese que hubiera debilitado su resolucion el acto de violencia á que el general Malet acababa de entregarse, ya que le trastornase la primer duda encontrada aquel dia, mostrose con este gefe de estado mayor menos firme. Vacila, pierde tiempo, y alienta la incredulidad que no anonada sin demora con una afirmacion absoluta ó con un nuevo pistoletazo. En esto aparece otro ofi-

cial de la plaza, llamado Laborde, recuerda las facciones del general Malet, instantáneamente penetra que se trata de una conspiración atrevida, llama á un oficial de policía, que conocia á Malet precisamente por haber contribuido á trasladarle de una cárcel á otra. Seguro el oficial de policía de que el general es uno de los sometidos á su autoridad, le pregunta cómo y por qué ha abandonado su prisión, le embaraza, le desconcierta y le hace perder todo su ascendiente sobre su tropa. Entonces Malet quiere hacer uso de sus armas; se le echan encima, le atan las manos, le aprisionan delante de su tropa vacilante, que ya empieza á creer que ha sido engañada. Aun se lisonjea de ser socorrido por sus cómplices, pero, en lugar de ellos, acuden soldados de la Guardia imperial, que, avisados á toda prisa, libertan al estado mayor de sus asaltadores, y así los que iban á prender quedan presos.

A la vuelta de una hora se hallan libres el duque de Rovigo y el prefecto de policía y vuelven á entrar ambos en el ejercicio de sus funciones. Sin duda parecerá mas singular que cuanto acaba de leerse, que, llegando del campo al amanecer el prefecto del Sena, sorprendido por la noticia divulgada en la casa de Ayuntamiento, no pudo creer que fuese inventada, y dedicóse á preparar los aposentos, según se le habia prevenido, á la verdad muy despacio, no porque abrigase dudas, sino porque era poco afecto al gobierno republicano, que al parecer debia suceder al imperio. No maravillará tanto que el jefe del regimiento, encargado de guardar las barreras, obedeciese y enviase destacamentos para apoderarse de ellas.

Apenas era medio día, cuando todo estaba acabado, tornado á su ser las cosas, las autoridades, sorprendidas un momento, al ejercicio de sus funciones, y pasando Paris, al saber la rápida sucesión de tales escenas, del miedo que siempre le inspiraban las tentativas de los llamados terroristas á una inmensa carcajada contra una policía detestada, y cogida tan fácilmente de sorpresa. Concebía-se que fuera preso cualquier otro ministro. ¡Mas serlo el ministro de Policía en personal Asunto de risa, de diversion y de parla ofrecia de sobra, si bien, despues de preceder el miedo á la risa, la seguia igualmente, pues habia muchas reflexiones tristes que hacer sobre semejante estado de cosas.

Tanta credulidad en admitir las órdenes mas extrañas, tanta obediencia en ejecutarlas, acusaban, no á los hombres, siempre expuestisimos al engaño y tan prontos en obedecer luego que han contraido la costumbre, sino al régimen bajo el cual eran posibles tales cosas. Bajo este régimen de misterio, de obediencia pasiva y ciega, donde un solo hombre era el gobierno, la constitucion, el Estado, donde este hombre jugaba cotidianamente la suerte de Francia y la suya en aventuras fabulosas, natural era creer en su muerte, creida su muerte buscar una especie de autoridad en el senado y continuar obedeciendo pasivamente, sin examen ni disputa, pues ya no habia costumbre de concebir ni de tolerar contradicción alguna. No se pudiera sorprender por medios semejantes á un estado libre, pues á cada paso encuéntranse mil contradictores en los países donde todos racionan y discuten sobre sus deberes. Bajo un estado despótico el temerario que pone la mano en el resorte

esencial del gobierno es el amo, y es el que da origen á las conspiraciones de palacio, signo afrentoso de la caducidad de los imperios condecorados al despotismo. ¡Y entretanto Napoleon tenia un heredero, en quien nadie habia pensado siquiera!

De consiguiente á nadie se podia acusar mas que al régimen existente, pero temiendo la policia y la autoridad militar que el emperador culpase á una ó á otra por tan extravagante aventura, cada una de ellas se esforzaba por que del exámen de los hechos resultara su justificacion propia y la acusacion de su rival. La policia no habia descubierto esta trama, y la autoridad militar se habia prestado á ponerla por obra con una facilidad que tenia visos de connivencia. Sin embargo, las dos eran inocentes. No habia podido descubrir la policia lo que estaba en la cabeza de un solo hombre, y nada mas natural que creyera la autoridad militar inferior una cosa tan creible como la muerte de Napoleon. No era pues inepta la primera, ni infiel la segunda, pero una y otra necesitaban ser acusadoras de miedo de ser acusadas. Ademas no se estimaban los ministros de Policia y de la Guerra: el duque de Feltre tenia todas las exterioridades del bien, el duque de Rovigo todas las exterioridades del mal, y en ninguno de ellos la realidad correspondia á las apariencias. Buscó la verdad el duque de Rovigo, como que tenia grande interés en su descubrimiento, y esta verdad redundaba en descargo de todo el mundo, exceptuando al general Malet tan solo. Donde quiera deseaba el duque de Feltre hallar cómplices del delincuente, á fin de que la policia apareciera culpable de no haber dado con ellos, siendo tan nume-

rosos. Bajo régimen semejante debian ejercer estas preocupaciones un funesto influjo sobre la suerte de los reos. El gobierno, compuesto de los ministros, de los grandes dignatarios que en Paris se hallaban entonces, juntóse bajo la presidencia del archicanciller Cambaceres, y providenció lo que tuvo por conveniente. Con su arte de dulcificar las asperezas, de neutralizar las proposiciones extremadas, lo cual arguye buen seso, mas no siempre se acuerda con la justicia, hizo resolver la formacion de una comision militar, á que fueran sometidos mas de veinte acusados. Realmente no habia mas que un culpable, el general Malet, quien ademas del atentado político acababa de cometer otro crimen, derribando casi muerto á sus pies á un hombre, que no murió por dicha. Pero los generales Lahorie y Guidal, entrados en su proyecto voluntariamente sin duda, bien que á consecuencia de la enunciacion de un hecho falso, á que dieron asenso, y en vista de órdenes supuestas, que tuvieron por seguras, no eran culpables á la faz de Dios ni á la de los hombres. A la verdad eran oficiales de alta graduacion y muy sospechosos, y tambien habian tenido no escasa participacion en el atentado y de consiguiente se concibe que dierran lugar á alguna duda. ¿Pero cuál podia existir respecto del comandante de la décima cohorte, Soulier, militar valeroso, que supo la muerte de Napoleon con pesadumbre, la prestó asenso y obedeció de resultas? Contra éste era una iniquidad toda pena y mas la de muerte: sin embargo, fué condenado con otros trece. En su favor pidió la policia un aplazamiento para la instruccion de la causa, y no pudo obtenerlo. En cinco dias fueron pre-

sos, juzgados y sentenciados catorce infelices, y ejecutados no menos de doce.

Tales fueron las extrañas noticias que asaltaron á Napoleon en Dorogobouga. Y bien tenian porque afectarle, pues las que le llegaban del ejército debian inquietarle gravemente por su retirada, y las que le llegaban de Paris revelaban cuánto habia de efimero en su poder prodigioso. Lo que mas efecto hizo á Napoleon de las últimas noticias fué la facilidad en creer y en obedecer bajo su reinado, y sobre todo el olvido completo relativamente á su hijo.—¡Pues qué (exclamó muchas veces) no se pensaba en mi hijo, en mi esposa, en las instituciones del imperio!—Y cada vez que lanzaba esta exclamacion de sorpresa, recaia en sus sombrías reflexiones, de cuya amargura se podia juzgar por la triste expresion de su semblante.

Mas justo respecto de los infelices, á quienes se acababa de inmolar, que los que tan ligeramente los habian sentenciado, preguntó al general Lariboisiere, que al lado de Moreau habia conocido á todos los generales republicanos, quien era Lahorie.—Un oficial valeroso (le contestó el respetable jefe de artilleria) un oficial del mas alto mérito, que os sirviera muy bien, si no se empeñaran en perderle ante vuestra gracia; que os hubiera servido como os sirve el general Eblé, á quien no dejaron tampoco de presentárosle como sospechoso, y de cuyo carácter y talento podeis juzgar todos los dias.—Razon teneis, repuso Napoleon tristemente: esos imbéciles, despues de haberse dejado coger de improviso, quieren congraciarse á mis ojos fusilando hombres por docenas!

Sin embargo, Napoleon necesitaba ocuparse en

cosas mas urgentes que esta conjura, accidente efimero y sin otra consecuencia para él que la de un fulgor siniestro lanzado sobre su situacion politica; necesitaba expedir órdenes á los diversos cuerpos de sus tropas, cuya concurrencia era indispensable para impedir la reunion de todas las fuerzas enemigas á nuestra espalda, reunion ya muy de temer, y que podia reducirnos á pasar por las horcas caudinas, y aun quizá á constituir á Napoleon en prisionero de Alejandro.

Napoleon hizo que Mr. de Bassano escribiera al principe de Schwarzenberg y al general Reynier para que no vacilaran entre Brezese y Slonim, y dejaran alli el cuerpo de Sacken, que no era muy peligroso contra Varsovia, y á quien por otra parte se abrumaria en breve tanto mas de seguro cuanto fuera mas temerario, y marcharan sin descanso contra el almirante Tchitchakoff, pues la presencia de este general ruso junto al Berezina, esto es, en la linea de retirada, podia ser desastrosa. Al duque de Bellune escribió para que se juntara al punto con el mariscal Oudinot: á ambos recomendó que fueran velozmente sobre Wittgenstein, á quien aventajaban tanto en la cantidad como en la calidad de las tropas, y le empujaran mas allá del Dwina á todo trance, y le ganaran una batalla decisiva, y relevaran al grande ejército de presentarla, pues estaba cansado en demasia (Napoleon no osaba decir que arruinado), y se dieran sobre todo prisa, pues quizá contra Tchitchakoff fuera tambien indispensable su ayuda. A Wilna escribió para que se hiciera ir de Koenigsberg á una de las divisiones del mariscal Augereau, la que ya habia sido enviada á Danzick y habia pasado de manos

del general Lagrange á manos del general Loison. Esta y la del general Durutte, enviada á Varsovia para auxiliar al general Reynier, componian las dos destacadas del ejército de Augereau, que iban á ser reemplazadas por la del general Grenier, procedente de Italia y elevada á la sazón á diez y ocho mil hombres.

Además Napoleon recomendó á Mr. de Bassano, el cual desplegaba en Wilna la mayor actividad administrativa, que dirigiera á los diversos depósitos del ejército, esto es, á Minsk, Borisow, Orscha, Esmolensko, cuantos viveres, bebidas espirituosas, vestuario y caballos pudiera proporcionarse. Ordenó que se hiciera á dinero contante una compra de cincuenta mil caballos en Alemania y en Polonia, y para efectuarla, si era posible, debió partir al punto el general Bourcier, gefe allí de los depósitos de caballería.

Expedidas estas órdenes partió Napoleon para Esmolensko, recomendando al mariscal Ney, encargado de cubrir la retirada, que retardase todo lo posible la marcha del enemigo, para dar tiempo de unirse á los rezagados. Al príncipe Eugenio prescribió que se desviara en Dorogobouga del camino de Esmolensko para tomar el de Doukhowtchina, que este príncipe habia ya andado, que en viveres ofrecia algunos recursos, y desde donde podía asegurarse la posición de Witebsk, amenazada por Wittgenstein entonces. Si esta plaza corría peligro, el príncipe Eugenio debía trasladarse á ella y establecerse allí de seguida, pues Witebsk y Esmolensko estaban destinadas á ser los dos puntos de apoyo de nuestros cantones.

Napoleon salió de Dorogobouga el 6 de no-

viembre. Todo el ejército siguió el 7 y el 8. Ya mas sensible el frío hizo que nuevamente se echara de menos la ropa de abrigo, y todavía mas el de las herraduras para que sobre el hielo anduvieran los caballos. Esta doble omisión explicábase por la estación en que se habia partido, y por la creencia concebida al partir de hallarse de retorno antes del mal tiempo. Nuestros infelices soldados marchaban disfrazados con vestidos de todas clases, cogidos en el incendio de Moscou, sin poderse resguardar de un frío de nueve á diez grados, y á cada cuesta, resbaladiza por consecuencia de los hielos, nuestros caballos de artillería no lograban subir las piezas del mas escaso calibre, ni aun duplicando ó triplicando los tiros. Por mas que se les apaleaba hasta hacerlos sangre, caian con las rodillas destrozadas y no podian superar el obstáculo, privados como estaban de fuerzas y de medios para mantenerse sobre el hielo. Arcas se habian abandonado hasta el extremo de no tener ya casi municiones: muy pronto fué menester abandonar cañones, trofeo que nuestra brava artillería no entregó á los rusos sino con el dolor en el alma y la confusión en la frente. Así disminuyeron mucho los carros, y cotidianamente se abandonaban otros nuevos, muriéndose los caballos por los caminos. Estos servian de alimento. Llegada la noche se arrojaban sobre los que habian sucumbido, se dividian á sablazos en trozos, se asaban sobre inmensas hogueras encendidas con arboles echados abajo, se les devoraba, y luego dormian las tropas al calor de aquellas hogueras. Si los cosacos no iban á perturbar un sueño comprado á tanta costa, frecuentemente unos despertaban medio tosta-

dos, otros hundidos en lo que el calor había transformado de hielo en lodo. Sin embargo, no todos tornaban á levantarse, porque á medida que el termómetro descendía mas de diez grados, ya cierto número de ellos no resistía la temperatura de las noches. Y con todo se volvía á emprender la marcha, sin mirar apenas á los infelices, á quienes se dejaba muertos ó moribundos en el bivaque y por quienes ya no se podía hacer nada. Pronto los cubría la nieve, y ligeras empujencias señalaban los lugares donde yacían estos valientes soldados sacrificados á la mas loca empresa.

Mientras Napoleón, escoltado por el mariscal Ney, marchaba sobre Esmolensko con la Guardia imperial, el cuerpo del mariscal Davout, la caballería desmontada y una masa de rezagados, que el abandono de las filas aumentaba mas que disminuía la muerte, el príncipe Eugenio tomaba el camino de Doukhowtchina, siguiéndole de seis á siete mil hombres armados, inclusa la Guardia real italiana, algunos restos de ginetes bávaros que conservaban sus caballos, su artillería todavía con tiros, muchos rezagados, y cierto número de familias fugitivas, que se agregaron al ejército de Italia. Llegado al fin de la primera jornada, el 8 de noviembre, cerca del palacio de Zazete, donde esperaba hallar algunos recursos y abrigo para la noche, fué sorprendido por un frío intenso. De repente se detuvieron su artillería y sus bagages al pie de una cuesta, sin posibilidad de trasponerla. Tan resbaladiza estaba la escarcha que era imposible hacer subir las menores cargas. Desenganchando las piezas para doblar ó triplicar los tiros, se consiguió poner arriba las de pequeño calibre,

pero fué preciso renunciar del todo á las de á doce, que componían la reserva. Despues de perder los artilleros todo el dia en resultado tan exiguo, se hallaban extenuados, no menos que sus caballos, y humillados por la necesidad de abandonar de esta manera su artillería mas pesada. Mientras consumían estérilmente sus fuerzas, Platow, que les había seguido con sus cosacos y con ligeros cañones, llevados sobre trineos, no cesó de enviarles balas. Entonces el general Anthonard fué gravemente herido, hasta el punto de no poder ya mandar la artillería del ejército de Italia. Se le reemplazó con el coronel Griois, bravo oficial, modesto y distinguido, á quien dejó sin empleo la destruccion de la caballería de Grouchy, á la cual estaba agregado.

En el palacio de Zezele se pasó muy triste noche. A otro dia, que era el 9, partióse muy temprano para cruzar el Vop, riachuelo que el anterior mes de agosto no presentaba mas que un hilo de agua, arrastrándose sobre un lecho casi seco. Ahora rodaba sobre un lecho ancho y hondo cuatro pies cuando menos, cargado de lodo y de témpanos de hielo. Tomando la delantera los pontoneros del príncipe Eugenio, emplearon la noche en construir un puente, y helados, moribundos de inanición, suspendieron su trabajo algunas horas, con intención de tornar á emprender y de concluir su tarea despues de este corto descanso. Pero al despuntar el dia, llegan los mas diligentes de la muchedumbre inerme á colocarse sobre el puente no acabado. Por causa de una espesa niebla, que no permite distinguir claramente los objetos, creyendo la masa practicable el puente, sigue á los que trataron de pasarlo antes que todos, se agolpa detrás de ellos,

muy pronto se impacienta de que no adelanten camino, se irrita, hace empuje, y echa al agua fangosa y helada á los imprudentes que se empeñaron en este paso sin salida. Al cabo los gritos de los infelices precipitados en el torrente avisan á la cola de las columnas, que retrocede y mira con desesperacion aquel riachuelo, imposible de cruzar á lo que parece. Algunos pelotones de ginetes, que han conservado sus caballos, tratan de vadearlo, y efectivamente, despues de vacilaciones, hallan un punto por donde pasan con el agua hasta el arzon de la silla. Entonces sigue su ejemplo la infanteria y entra en aquel torrente rápido y que arrastra enormes témpanos de hielo. Asi desfila casi toda, y llegada á la opuesta orilla, se apresura á encender hogueras para entrar en calor y secarse la ropa. A su vez procura la muchedumbre cruzar el torrente: unos lo consiguen, otros caen para no levantarse nunca. Al mismo tiempo se emprende la tarea de trasladar la artilleria de una orilla á otra. Triplicando los tiros se logra que pasen el lecho del torrente las primeras piezas, pero el suelo se hunde, se abre, se abonda el vado, comienzan á estar altas las aguas, y algunas piezas quedan atolladas en la pendiente. Asi el vado se obstruye y llega á ser impracticable el paso. Los infelices que se arrastraban sobre pequeños carros rusos y no han pasado todavia, con desesperacion ven al obstáculo aumentar en proporciones, hasta el punto de no ser posible vencerlo. Entonces mismo aparecen tres ó cuatro mil cosacos, lanzando gritos salvages. Atajados por el fuego de fusileria de la retaguardia, no osan acercarse á alance de sus lanzas, pero con su artilleria sobre trineos disparan balas contra la

espantada muchedumbre, destrozan los carros de bagages, y esparcen una desolacion verdadera. Acude el principe Eugenio para restituir algo de calma á la muchedumbre desesperada, y no lo consigue. Véense pobres cantineras, mugeres italianas ó francesas, fugitivas de Moscou, abrazando á sus hijos, y llorando al borde de aquel torrente á que no osan lanzarse, mientras soldados valientes, llenos de humanidad, las toman los hijos en sus brazos, y van y vienen hasta dos y tres veces para trasladar á la otra orilla á estas familias desconsoladas. Pero á cada instante aumenta el tumulto, es fuerza renunciar á aquellos preciosos bagages con que vivian los fugitivos, y de los cuales aun sacaban los oficiales algunos recursos. Entonces los soldados, á vista de aquella presa, que va á ser abandonada á los cosacos, no escrupulizan saquearla. Cada cual echa mano á lo que puede ante los ojos de las infelices familias desoladas, que ven desaparecer sus medios de subsistencia. Queriendo tambien tener parte en el botin los cosacos, se adelantan para el saqueo, y se les desvia á bayonetazos ó á tiros en medio de una confusion espantosa.

Este deplorable suceso, que se llamó el desastre de Vop en la retirada, y era preludio de otro desastre de la misma clase, destinado á ser cien veces mas horrible, retuvo al ejército de Italia hasta la noche. Se hizo alto á la otra orilla del Vop, se encendieron hogueras, secóse la ropa, reflexionóse amargamente sobre la miseria amenazante, y al dia siguiente se volvió á tomar el camino de Doukhowtchina. Se habian perdido todos los bagages y toda la artilleria, á excepcion de siete ú ocho piezas. Unos mil infelices alcanzados por las balas ó

caídos al agua pagaron con su vida esta marcha inútil del todo, como se verá al punto.

Por fin el día 10 se llegó á Doukhowtchina. Era una ciudad pequeña, bastante rica, donde ya el príncipe Eugenio había vivido en el anterior mes de agosto. Ocupábanla los cosacos. Se les arrojó de allí sin mucho trabajo, porque, á semejanza de aves de rapina, estos ginetes ligeros, rapaces y fugitivos, jamás hacían cara y se contentaban con seguir á nuestras columnas, para rematar á los heridos, despojarlos, y dejar vacíos los carros abandonados. Desierta estaba la ciudad de Doukhowtchina, si bien no incendiada y bastante provista de víveres. Allí había harina, patatas, coles, carne salada, aguardiente, y lo que valía mas de todo, casas para alojarse. Este infortunado cuerpo de ejército halló allí algo de reposo, casi abundancia, y sobre todo abrigo de que estaba privado hacia tiempo, ventajas que fueron apreciadas como lo pudiera ser la prosperidad mas brillante.

Costaba desprenderse de tan buen albergue. Así el príncipe Eugenio, despues de haber deliberado con su estado mayor y antes de aventurarse hasta Witebsk por entre una nube de enemigos, juzgó prudente que se tomaran lenguas para saber si acaso se iría en auxilio de una ciudad ya perdida para nosotros. Con el fin de adquirir informes, se enviaron algunos polacos, y durante este tiempo se dejó descansar al cuerpo de ejército en Doukhowtchina.

Allí estuvo los días 10 y 11 de noviembre, en situación que se llamara venturosa, á no ser por los tristes presentimientos que asediaban de continuo á los espíritus menos previsores. No se pudo averi-

guar gran cosa: sin embargo, por ciertos rumores, que oyeron algunos polacos, hubo lugar á creer y casi con certidumbre, que Witebsk estaba tomada. Ya no era el caso de aventurarse tan lejos, y á todos convino la idea de incorporarse al grande ejército, marchando á Esmolensko en derechura. En tan crueles angustias, deseaban unos juntarse á otros, y separarse era una verdadera agravacion de infortunio. Con el fin de ganar una marcha, se partió en la noche del 11 al 12 prendiendo fuego á aquella pobre ciudad de madera, y que sin embargo había servido de tanto socorro. Dos leguas caminóse al resplandor de este fanal siniestro, que coloraba con sangrientas tintas los abetos cubiertos de nieve.

Toda la noche y parte del día siguiente marchó el príncipe Eugenio, perseguido siempre por los cosacos, y establecióse al fin de la jornada como pudo dentro de algunas chozas, para pasar á su abrigo la noche del 12 al 13. A la mañana siguiente se volvieron á poner en camino, y desde lo alto de las colinas extendidas á orillas del Dnieper divisaron como al medio día las torres de Esmolensko brillantes de blancura. Todos sus bagages había perdido aquel cuerpo, su artillería y unos mil hombres, pero la vista de Esmolensko, que parecía casi la frontera de Francia, causóle un vivo movimiento de alegría. ¡Ah, no sabia lo que allí le aguardaba!

Durante estos mismos días 9, 10, 11 y 12 de noviembre, continuó el grande ejército su marcha de Dorogobouga á Esmolensko, sembrando á cada paso la tierra de hombres y de caballos sin vida, de carros abandonados, y consolándose con la idea

que animaba á todos de hallar en Esmolensko viveres, descanso, techos, socorros, y finalmente, todos los medios de recuperar las fuerzas, la victoria y aquella gloriosa supremacía de que se habia gozado durante veinte años. Mientras la cabeza del ejército marchaba sin que la persiguieran enemigos encarnizados, bien que bajo un cielo que era el mayor enemigo de todos, la retaguardia guiada por el mariscal Ney sostenia á cada paso algo difícil combates obstinados, para contener sin artillería y sin caballería á los rusos, abundantemente provistos de todas las armas. Dentro el mariscal Ney de Dorogobouga empeñóse en defenderla, lisonjeándose de defenderla muchos dias y de dar asi espacio á que cuanto iba como á rastra, hombres y cosas, llegara á Esmolensko. Este hombre singular, cuya alma enérgica estaba sostenida por un corazon de hierro, que jamás sentia cansancio ni privacion alguna, que se acostaba á cielo raso, dormia ó no dormia, se alimentaba ó no se alimentaba, sin que nunca el desfallecimiento de sus miembros menoscabara su bizarría, marchaba á pie lo mas del tiempo, en medio de sus soldados, no desdenándose de juntar cincuenta ó ciento, y de ir á su cabeza como un capitan de infanteria por entre el fuego de la fusilería y la metralla, tranquilo, sereno, considerándose invulnerable, pareciendolo efectivamente, y no creyéndose rebajado cuando en una de estas escaramuzas de todos los instantes, cogia un fusil de manos de un soldado moribundo y lo descargaba contra el enemigo, para probar que no hay tarea indigna de un mariscal, si es provechosa. Implacable con los demas como consigo propio iba á despertar con su propia mano á los remolones,

movíalos de un lado á otro, los obligaba á partir, y hacia que se sonrojaban de su remolonamiento (cobardes de hoy que ayer habian sido héroes á menudo). No ablandándose ante los heridos que caian en torno suyo y le suplicaban que no los abandonase, les respondia bruscamente que alli para llevarse no tenia cada cual mas que sus piernas; que ellos eran hoy victimas de la guerra, y él quizá lo seria mañana, y que morir entre el fuego ó sobre el camino era el oficio de las armas. No pueden ser de hierro todos los hombres, pero les es lícito mostrarse tales con los demas, cuando lo son primeramente y sobre todo consigo mismos. Despues de mantenerse un dia y luego otro en Dorogobouga, retiróse el mariscal luego que los rusos pasaron el Dnieper sobre su derecha, y le amenazaron con envolverle y aprisionarle. Entonces trasladóse al otro paso de este rio, junto á Solowiewo, defendiólo igualmente, y á algunas leguas de este punto, sobre la meseta de Valoutina, que habia cubierto de cadáveres tres meses antes, obstinóse en defender aun el terreno. Llegado alli, tenia que entrar en Esmolensko y entró efectivamente, si bien el último y despues de hacer todo lo posible por retardar la marcha del enemigo.

Cada cuerpo, marchando en su sitio, se aproximaba sucesivamente á Esmolensko. ¡Ah, todos debian experimentar alli crueles desengaños! Napoleon, llegado el primero, sabia muy bien que no habia en esta ciudad los vastos almacenes con los cuales se contaba; pero con las subsistencias que habia alli para ocho ó diez dias, habíase lisonjeado de atraer en torno de sus banderas á los soldados desbandados, haciéndoles distribuciones de viveres

que no se repartirían sino en el cuartel de cada regimiento. Con los fusiles, que había en Esmolensko esperaba armarlos despues de reunirlos. Llegado Napoleon á esta ciudad con la Guardia, dispuso que solo entrara ella, é hizo que se la distribuyeran víveres y los alojamientos disponibles. Al ver la muchedumbre de rezagados que se le interceptaba el acceso de la ciudad, blanco de sus esperanzas, sintióse poseida de desesperacion y de ira, y exhaló su cólera especialmente contra la Guardia imperial, diciendo que se la sacrificaba todo. Verdad es que el grande interés de mantener la disciplina justificaba la preferencia de que gozaba en la distribucion de los recursos; pero la Guardia, que en esta campaña había prestado tan pocos servicios, y á la cual se gastaba en el camino, no queriendo gastarla en el fuego, no inspiraba gratitud bastante para imponer silencio á la envidia. Juntándose los veteranos del primer cuerpo, á los cuales no se había contemplado ni un solo dia, con la muchedumbre desarmada que obstruía las puertas de Esmolensko, y quejándose vehementemente, disciplinados como estaban y todo, no hubo mas arbitrio que el de renunciar á prohibiciones quiméricas é impotentes para precaver la disolucion del ejército ya casi consumada. Solamente la abundancia, el descanso, la seguridad, podían restituir á los hombres la fuerza física y moral, el decoro, el sentimiento de la disciplina. Como era de esperar, la muchedumbre penetó violentamente por las calles de Esmolensko, y dirigióse á los almacenes. No hizo buen efecto que los que los custodiaban enviasen á sus respectivos regimientos á los que llegaban muertos de hambre, con la promesa de que

alli encontrarían distribuciones, y sin embargo se les creyó y prestó obediencia al pronto. Pero cuando despues de andar errantes de derecha á izquierda por aquella ciudad llena de confusion y arruinada, no hallaron los soldados en parte alguna los puntos de distribucion tan prometidos, retornaron, prorumpieron en gritos de rebeldía, se arrojaron sobre los almacenes, derribaron las puertas y entraronlos á saco.—¡Que si quean los almacenes! fué el grito general, grito de espanto y de desesperacion. Todos quisieron correr alli para arrancar algunos restos con que alimentarse. Con todo acabóse por restablecer algo de orden y por salvar algo para los cuerpos del principe Eugenio y del mariscal Ney, que se aproximaban batiéndose de continuo y cubriendo la ciudad contra las tropas enemigas. A su vez recibieron subsistencias, y algo de descanso, aunque no á cubierto, sino en las calles, y al abrigo, no del frio, sino del contrario. A pesar de todo ya no era posible forjarse ilusiones: el ejército, que había creído en Esmolensko hallar subsistencias, vestuarios, techos, socorros y murallas, y que no encontraba nada de esto, á no ser víveres, reconoció muy luego que seria forzoso tornar á partir al dia siguiente, y empezar de nuevo aquellas interminables carreras, sin abrigo para dormir de noche, sin pan con que alimentarse, dando combates no interrumpidos, con fuerzas agotadas, casi sin armas, y con la cruel certidumbre de ser presa de los lobos y de los huitres, si se recibía una herida. Semejante perspectiva sumió al ejército entero en una desesperacion verdadera; vióse en un abismo, y sin embargo aun no lo sabia todo.

Al llegar á Esmolensko supó Napoleon noticia

mucho mas siniestras que las que le asaltaron en Dorogobouga. Ante todo, habiéndose adelantado el general Baraguey de Hilliers, á tenor de órdenes del cuartel general, con su division por el camino de Jelnia, y haciendo que le precediera una vanguardia á las órdenes del general Augereau, cayó en medio del ejército ruso, y ya fuese por falta de vigilancia, ya, y esto es mas verosímil, porque la situacion no permitiera obrar de otro modo, perdió la brigada de Augereau, fuerte de dos mil hombres. Con el resto de su division, habia tornado á Esmolensko. Napoleon, á quien sus propias faltas debieran hacer indulgente respecto de las ajenas, dispuso que el general Baraguey de Hilliers se dirigiera á Francia, para someter allí al juicio de una comision militar su conducta. Mientras esta infeliz division, deshonrada por semejante orden del dia mas que por la conducta de que se la acusaba, volvia á entrar en Esmolentko, sabia Napoleon que el ejército de Tchitchakoff habia hecho nuevos progresos, y amenazaba á Minsk, á los inmensos almacenes que teníamos dentro, y sobre todo la línea de retirada de las tropas; que el príncipe de Schwarzenberg, fluctuando entre el deseo de marchar detrás de Tchitchakoff y el temor de dejar á Saeken á su espalda, perdía el tiempo en inútiles perplejidades y no avanzaba; que el mariscal Victor, duque de Bellune, habia hallado junto al Oula al segundo cuerpo separado de los bavaros, y reducido por efecto de esta separacion á diez mil hombres; que personalmente no mandaba mas que veinte y cinco mil soldados, sumando treinta y cinco mil entre todos; que ya reunidos los mariscales Victor y Oudinot, exagerándose las fuerzas de Wittgenstein,

temiendo darle una accion decisiva, entendiéndose poco, limitándose á marchas y contramarchas entre Lepel y Stenno, no habian repelido, como se necesitara, con una rápida victoria á Wittgenstein y á Steinghel mas allá del Dwina. Por tanto Tchitchakoff y Wittgenstein se adelantaban muy de prisa, á treinta leguas se hallaban uno de otro, lo cual hacia quince para cada uno, solo les separaba el ejército de los mariscales Oudinot y Victor, que podian combatir ó evitar, segun les conviniese, y juntos finalmente en el alto Berezina, hácia Borisow, quizá nos iban á oponer ochenta mil hombres. ¿Y entonces, qué haríamos con nuestra mermaidísima hueste entre Kutusof por la cola y Tchitchakoff y Wittgenstein por la cabeza? Esta marcha, que al salir de Moscou habia comenzado por una manobra ofensiva, cambiada despues en retirada, al principio arrogante, de seguida triste, dolorosa, llena de tormentos, podia de consiguiente venir á parar en un desastre inaudito, quizá en el cautiverio del caudillo, y de los soldados, señores del mundo seis meses antes.

Sin embargo urgia abrazar un partido, puesto que permanecer en Esmolensko era imposible de todo punto. Granos y carne solo habia para subsistir cuando mas una semana. Habia pues necesidad de encaminarse á vivir á otra parte, al centro de la Polonia, y sobre todo mas allá de aquel Berezina, cuyo paso amenazaban cerrarnos dos ejércitos rusos. Se necesitaba marchar con la espada desnuda sobre ellos, empujar por un lado á Oudinot y Victor contra Wittgenstein, arrojarse al paso encima de Tchitchakoff y abrumarle, y seguidamente ir á establecerse entre Minsk y Wilna, con el Nie-

men por apoyo. Pero para esto no habia que perder instante, se necesitaba no permanecer un dia mas en Esmolensko.

Alli estaba Napoleon con la Guardia imperial desde el 9 de noviembre: los demas cuerpos habian entrado unos tras otros los dias 10, 11, 12 y 13. Con las tropas llegadas el 9 resolvió salir de alli el dia 14, y hacer que las llegadas el 10, 11 y 12 partieran los dias 13, 16 y 17. Falta de prevision es esta poco digna de su genio, y que solo se explica por la ilusion que respecto del ejército de Kutusof se forjaba. Tambien este ejército habia padecido, y de ochenta mil hombres de tropas regulares (sin los cosacos) se hallaba reducido a cincuenta mil por los combates de Malo-Jaroslawetz y de Wiasma, por el cansancio y por el frio. Hasta ahora nos habia perseguido con vanguardias de tropas ligeras contentándose con hostigarnos, aumentar nuestras escaseces, recoger los rezagados pero sin designio aparente, á no ser en Wiasma, de interceptarnos el camino. Venturoso el veterano Kutusof al vernos perecer uno á uno, no queria arrosstrar nuestra desesperacion atravesándose de por medio para atajarnos el paso. No cifraba su gloria en batirnos, sino en aniquilarnos. Al principe de Wurtemberg le dijo estas notables palabras.— Ya sé que vosotros los jóvenes renegais *del viejo* (asi se calificaba á sí propio), que le hallais timido é inactivo..... pero sois muy jóvenes para juzgar sobre cuestion semejante. El enemigo que se retira es mas terrible que os parece, y si volviera caras, ninguno de vosotros haria frente á su furia: con llevarle arrainado al Berezina habré coronado mi tarea. Esto es lo que debo á mi patria y lo haré de

seguro.—Pero, á pesar de su constante prudencia, sabia que era forzoso conceder algo á las pasiones de las tropas, y algo tambien á la fortuna del imperio, que sin duda podia muy bien entregarle á Napoleon en tal paso que le fuera fácil destruirle de un solo golpe. No renunciaba á esto del todo, bien que fuese otro el objeto esencial de su marcha. Nos seguia lateralmente, por un camino bien provisto, hostigándonos con las tropas ligeras de Platow y de Miloradowitch, pronto, si en alguna parte nos podia tomar la delantera, no á atravesarse de por medio, pues asi nos obligara á pasar por encima de su tropa, sino á codearnos fuertemente, y cortar algun trózo de nuestra larga columna.

Segun acontece en las situaciones extremas, Napoleon tenia alternativas de abatimiento y confianza, de severidad y de condescendencia consigo propio, y adivinando el miedo que Kutusof le tenia, sacando de aqui un consuelo y fiándose en él demasiado, no creia hallarle en su camino de Esmolensko á Minsk de ningun modo. Alli no temia mas que la reunion de Tchitchakoff y de Wittgenstein, y por parte de Kutusof no esperaba mas que algunos ataques de retaguardia. Por este motivo, aun teniendo el gran ejército de Kutusof sobre su espalda y sobre su izquierda, ni siquiera pensó en poner el Dnieper de por medio, ni en continuar su retirada sobre Minsk por la orilla derecha de este rio. Prefirió tomar el camino trillado de la orilla izquierda, el de Esmolensko á Orscha, por el cual habia ido, que era el mejor y el mas corto. Tambien por este motivo no partió en una sola masa, lo cual imposibilitara todo accidente, y le permitiera abrumar á Kutusof, si le encontrara en algu-

na parte. Pudiendo oponer todavía ¡ay, que habrémos de confesarlo! treinta y seis mil hombres á los cincuenta mil de Kutusof, hallárase en aptitud de atropellarlo, si se le atravesaba sobre su camino. Pero, no suponiendo que esto pudiera verificarse, y con prisa de cruzar las sesentas leguas que le separaban de Borisow junto al Berezina, imaginó que, haciendo partir el 14 los que llegaron el 9, el 15 los que llegaron el 10, el 16 y el 17 los que llegaron el 11 y el 12, daría á cada uno tiempo de descansar, de reorganizarse un poco, de recobrar alguna fuerza, á fin de presentarse en mejor estado delante del ejército de Moldavia, único enemigo en quien pensaba entonces. Ilusión importuna que nos hubo de ser muy funesta, que nos produjo pérdidas crueles, y que en tan grande espíritu como el de Napoleón solo puede explicar una preocupación dominante, la de llegar á Borisow muy pronto!

Con este objeto adoptó sus disposiciones. Se le habian incorporado algunos batallones y escuadrones de marcha, figurando la mayor parte en la división de Baraguev de Hilliers, tan desdichadamente comprometida en el camino de Jelnia. Dispuso que se embebieran en los cuadros, lo cual aumentó algo la fuerza de los demas cuerpos. De esta suerte el del mariscal Davout subió á once ó doce mil hombres, el del mariscal Ney á cinco mil, y á seis mil el del principe Eugenio. No quedaban mas que unos mil hombres á Junot, gefe de los westfalianos, y setecientos ú ochocientos al principe Poniatowski, gefe de los polacos. Sobre las armas no conservaba mas que diez ú once mil hombres la Guardia, á la cual se habia contemplado tanto pa-

ra verla perecer por los caminos. Todo el resto de la caballería no comprendia mas que quinientos ginetes montados. Así, marchando en masa, todo lo mas que se podia oponer á Kutusof era una fuerza de treinta y seis ó treinta y siete mil hombres. Cuantos faltaban á este guarismo para completar los cien mil y mas hombres con que se contaba al salir de Moscou, seguian á la desbandada, ó habian muerto por el camino. Despues de las reiteradas representaciones de los gefes de la artillería, consintió Napoleón en sacrificar parte de sus cañones, y en proporcionar su número á la cantidad de municiones, cuya traslacion era posible. Por ejemplo, el mariscal Davout, que aun tenia su artillería casi intacta, habiendo podido llevar hasta Esmolensko ciento veinte y siete bocas de fuego para once ó doce mil hombres, que aun le quedaban de pie y con armas en sus cinco divisiones, solo tenia municiones para treinta piezas de artillería. Se le redujo á veinte y cuatro bocas de fuego convenientemente municionadas. Lo propio se hizo en los demas cuerpos. Se repartieron los tiros entre los carros conservados.

Despues de reorganizar su ejército algun tanto, por segunda vez hizo comunicar al principe de Schwarzenberg la orden de perseguir vivamente al almirante Tchitchakoff, á fin de cogerle por la cola antes de que pudiera caer sobre nosotros, y á los mariscales Oudinot y Victor la de atacar resueltamente á Wittgenstein para alejarle por lo menos del Berezina, si no se le podia repeler mas allá del Dwina. En seguida partió de Esmolensko el 44 por la mañana con la Guardia, precedido de la caballería desmontada á las órdenes del general

Sebastiani y seguido de gran parte de los embarazos del ejército. Resuelto estaba que el príncipe Eugenio partiera el 15, procurando echar por delante á toda la masa desbandada. A su vez el mariscal Davout debía abandonar el 16 á Esmolensko, precediéndole su artillería y sus equipages de modo que dejara detrás lo menos posible, y por último debía evacuar aquella ciudad el mariscal Ney, despues de hacer saltar sus murallas. Se convino en no llevar mas lejos las mugeres que se arrastraban detrás desde Moscou, pues en vista del frio, de la proximidad del contrario, y de los peligros que se iban á correr á cada instante, lo mas humano era volverlas á entregar en manos de los rusos. A última hora y con ánimo de salvar de Esmolensko cuanto fuera posible, y sobre todo de destruir completamente sus defensas, prescribió Napoleon al mariscal Ney que no partiera hasta que las órdenes expedidas estuvieran ejecutadas del todo, para lo cual le dió de término hasta el 17. ¡Resolucion fatal que costó la vida á muchos soldados, los mejores del ejército!

Segun se acaba de ver Napoleon se puso en camino el 14 por la mañana. Ya se habian despachado por delante muchos hombres inútiles, muchos carros con refugiados y con enfermos, de los cuales murieron no pocos á causa del frio, que aun se hizo mas intenso, habiendo bajado el termómetro de Reaumur á 21 grados (1). Cubierto estaba el ca-

(1) Tal es el aserto de Mr. Larrey, que, llevando un termómetro colgado de los botones de su levita, es el único testigo ocular, cuyas aserciones merecen fé respecto de la temperatura que hubo que sufrir durante esta memorable retirada.

mino de restos humanos que asomaban por debajo de la nieve. Napoleon fué con la Guardia á pernóctar á Koritnia, mitad de camino de Esmolensko á Krasnoe. Completamente desnuda de recursos estaba la comarca aquella, y solo se pudo vivir de lo llevado de Esmolensko, ó de carne de caballo asada al fuego de los bivaques.

Precediendo el general Sebastiani con la caballería desmontada á la columna de la Guardia, entró este dia en Krasnoe, encontró allí al enemigo, y vióse obligado á encerrarse dentro de una iglesia para defenderse, hasta que se acudiera en su ayuda. Con efecto al dia siguiente 15, partió Napoleon de Koritnia por la mañana y llegó á Krasnoe por la tarde, libertó á Sebastiani, y supo con dolorosa sorpresa que, no limitándose Kutusof esta vez á hostigaruos de flanco, se aproximaba á Krasnoe con todas sus fuerzas, ora para obstruirnos el camino, ora para cortar cuando menos una parte de nuestra larga columna. Este era el caso de sentir vivamente la marcha sucesiva, que dejaba la cola del ejército á tres jornadas de su cabeza, y ofrecia al enemigo el medio casi seguro de cortar la parte que le acomodara. Aunque solo quedaran treinta y seis ó treinta y siete mil hombres con el fusil al hombro, estos, que sobrevivian á la disciplina militar destruida, sin duda valian por dos ó tres enemigos cada uno, á pesar de hallarse extenuados. Por otra parte, no teniendo Kutusof mas que cincuenta mil combatientes, sin contar los cosacos, fácil fuera abrirse camino, si se marchara en una sola masa; y como la razon ordinaria de extenderse para vivir tenia poco valor en un pais enteramente devastado, donde los que iban delante consumian lo po-

quisimo que aun quedaba, y en que los demas se alimentaban con carne de caballo, posible era marchar todos juntos, y caminar ademas por la orilla derecha del Dnieper, que, no estando aun helado del todo, ofrecia un resguardo de alguna importancia.

Conociólo Napoleon harto tarde, pues por parte de Kutusof no esperó mas que algunos ardides de retaguardia y de ningun modo un ataque en regla. Ilustrado al fin sobre la inminencia del peligro, sintió vivas inquietudes por la suerte de todo lo que le seguia. Habiendo hallado algunos restos de provisiones en Krasnoc, que fué uno de los puntos de etapa del ejército, determinó quedarse allí cuando menos hasta el dia siguiente 16, para alargar la mano á sus lugartenientes escalonados á la espalda, y muy amenazados por la posicion que acababa de tomar el general Kutusof.

Con efecto, aunque segun discurria Napoleon, no quisiera el generalísimo ruso interceptarnos completamente el camino, ni provocar un acceso de desesperacion por nuestra parte, no habia renunciado á hacer alguna gruesa captura sobre nosotros, y aprovechándose del descanso forzoso, que habiamos tomado en Esmolensko, fué á colocarse junto al desfiladero de Krasnoc, situado á mitad de camino de Esmolensko á Orscha. Evidentemente queria cortar y coger á una porcion de nuestros soldados. Consistia el desfiladero de Krasnoc donde llegó á apostarse, en un puente echado sobre una quebrada por la cual corria el Lossmina para juntarse al Dnieper á dos leguas de distancia de aquel punto. Yendo desde Esmolensko habia necesidad de cruzar el puente y la quebrada poco antes de llegar á

Krasnoc. De propósito dejó el enemigo que desfilara parte de nuestras tropas y entrara en la ciudad sin tropiezo alguno, y bloqueándola con una mitad de sus fuerzas y ocupando el borde de la quebrada con la otra, podia muy bien interceptar á aquellas de nuestras columnas que marchaban á retaguardia.

Muy inquieto pasó Napoleon la madrugada del 16 por el principe Eugenio, que partido el 15 de Esmolensko, para ir á pernoctar á Koritnia, debia aparecer en todo el 16 delante de Krasnoc. Acompañado este principe de muchos hombres desbandados, y escoltando ademas casi todos los parques de artilleria, ya de la Guardia, ya del primer cuerpo, llegó al borde de la quebrada del Lossmina seguido de seis mil combatientes. Allí encontró el cuerpo de Miloradowitch, que, situado á lo largo del camino, lo flanqueaba con una parte de sus fuerzas y lo obstruia con la otra. Detrás de Miloradowitch se veian otras columnas de infanteria y de caballeria, que rodeaban en masas compactas la pequeña ciudad de Krasnoc. Este aspecto bastaba para revelar la situacion, y demostraba que, habiendo abierto el enemigo el paso á Napoleon y á la Guardia imperial por un hábil cálculo, cerrólo á los demas cuerpos, con la intencion firme de mantenerse obstruido. Intentando el general Ornano adelantarse con algunos restos de caballeria, fué repelido á pesar de sus esfuerzos y de su bravura. No habia mas que abrirse camino con la punta de la espada. El principe no vaciló un instante. Colocando la division de Broussier á la izquierda del camino, la division de Delzons sobre el camino mismo, y detrás los restos de las tropas italianas,

de los polacos y de los westfalianos, dirigióse vigorosamente contra la columna enemiga. Pero además de la posición ventajosa, tenían los rusos una inmensa artillería bien apostada, y nos cubrieron de metralla. Siempre heroica la división de Broussier adelantóse hacia la izquierda del camino por entre aquella metralla mortífera, y muy determinada á apoderarse de las baterías enemigas á la bayoneta. Sin embargo, cargada por una nube de ginetes, recibiéndolos formada en cuadro, haciéndoles cara obstinadamente, pronto se vió obligada á replegarse y á aproximarse al cuerpo de batalla. En menos de una hora, de tres mil hombres yacían dos mil por tierra, y muertos ó heridos eran perdidos de igual manera, pues la necesidad obligaba á premiar su sacrificio, abandonando á aquellos admirables soldados del ejército de Italia.

Imposible parecía romper la muralla de hierro que nos oponían los rusos, y por tanto era indispensable abrirse otra vía. Habiendo ido un oficial de Kutusof á intimar la rendición al príncipe con mucho respeto, le despidió desdeñosamente, respondiéndole que debía pensar en combatir y no en coger prisioneros. Mas, después de concertarse el príncipe con sus generales, determinó usar de un stratagemata, que ofrecía algunas probabilidades de buen suceso. Sustancialmente se reducía á dejar á la división de Broussier en línea para fingir un nuevo ataque sobre la izquierda contra las cumbres que se alzaban al borde del camino, á ganar la llanura á lo largo del Dnieper hacia la derecha, y á desfilarse de esta suerte á las calladas hacia Krasnoe á favor de la noche, que por aquella estación comenzaba entre cuatro y cinco de la tarde. Con la

vida debían pagar esta maniobra los restos de la división denodada, pero se podía contar con la adhesión de tan heroica tropa.

Haciendo el príncipe Eugenio que esta división sin ventura se adelantara sobre la izquierda á la caída de la tarde, de modo que fijara la atención del enemigo, dispuso que el resto de su cuerpo de ejército desfilara muy silenciosamente y cubriéndose con algunos recortes del terreno hacia el Dnieper, y así llegó á ocultarse á la vista de los rusos. Expuesta la división de Broussier á la metralla y sin esperanza de salvarse, arrostraba entretanto la muerte ó un cautiverio casi seguro.

Mientras la columna del príncipe Eugenio se deslizaba sobre la nieve, sin otro ruido que el que hacían al caer los hombres rendidos de cansancio, ó al tropezar durante aquella marcha nocturna, encontróse de pronto con un destacamento de las tropas ligeras de Miloradowitch, á quien la claridad de la luna reveló nuestra maniobra. Por dicha un oficial polaco del cuerpo de Poniatowski, sabiendo el ruso y valiéndose con singular presencia de ánimo del conocimiento de este idioma, le dijo que se callara y se alejara porque el cuerpo que se proponía detener era un destacamento de Miloradowitch que ejecutaba una maniobra en torno de Krasnoe. Así pudo llegar á esta ciudad al cabo de dos horas de marcha, no sin dejar más de dos mil muertos ó heridos sobre el camino, y además los restos de la división de Broussier, que solo con la llegada de los mariscales Davout y Ney podía salvarse.

Napoleon recibió á su hijo adoptivo con cierta especie de alegría mezclada de amargura, y tranquilo ya respecto de su persona y de sus soldados,

se puso á pensar con profundo desvelo en el destino que amenazaba á Davout y á Ney, quedados á retaguardia. Si los dos mariscales hubieran marchado juntos, poco habria que temer por ellos, pues así contarán una masa de diez y siete ó diez y ocho mil hombres de la mejor infanteria del ejército, y mandados por Davout y Ney, no era de recelar que pudiera Kutusof ni detenerlos, ni aprisionarlos. Pero, segun las órdenes dadas, Davout debia llegar solo al dia siguiente y Ney al otro. Habia, pues, que aguardar dos dias y que sostener dos batallas para que se incorporasen á la demas tropa, y que experimentar pérdidas crueles y que correr espantosos azares. ¡Nuevo asunto de dolor y sobre todo de remordimiento por haber adoptado semejante sistema de marcha! Pero cuanto mas tenia que reconvenirse Napoleon por no haber salido de Esmolensko en masa, ó por no haber tomado la orilla derecha del Dnieper, mas resuelto estaba á esperar en Krasnoe á los dos mariscales sucediera lo que sucediese, y á dar batalla, si era forzoso, para volverles á abrir camino. Arriesgando Napoleon una accion general, podia perderla: dilatando veinte y cuatro horas mas el momento de partir con la Guardia, se podia exponer hasta á caer prisionero; mas ocasiones hay en que la misma muerte es preferible á una resolucion prudente, cualquiera que sea la categoría que se ocupe, y cabalmente en razon de esta misma categoría. Despierto Napoleon de aquella especie de letargo, en que durante algunos dias se le vió sumido, vuelto de súbito á toda la grandeza de su carácter, no anduvo en vacilaciones y abrazó su partido con noble energia. Toda entera determinó consumir, si era forzoso, aquella Guar-

dia, á cuya conservacion dedicó tanto esmero, á trueque de incorporarse consus dos lugartenientes, y así alegaba la mejor excusa de no haberla empleado en Borodino.

Su plan era sencillo. Determinado estaba á salir al dia siguiente de Krasnoe con la Guardia, no por el camino de Orscha, que le hubiera llevado al término de su retirada, sino por el de Esmolensko, que le conducia á retaguardia, y era por donde Davout y Ney debian presentarse. Se proponia desplegar detrás de Krasnoe sobre una meseta, á cuya falda estaba la quebrada del Lossmina, la Joven Guardia á la izquierda, la Vieja á la derecha, y aguardar allí en batalla la aparicion del mariscal Davout, bajo el fuego de trescientas piezas de artilleria. Situada fué la caballeria de la Guardia mas á la izquierda, sobre la llanura, que se extiende á lo largo del Dnieper y por la cual halló salida el principe Eugenio: unos quinientos hombres, que quedaban de caballeria desmontada, fueron colocados al otro extremo, esto es, á la derecha, mas allá de Krasnoe, para observar el camino de Orscha. Cruelmente trabajadas las tropas del principe Eugenio, tuvieron la custodia de Krasnoe á cargo, descansando y comiendo las sobras del almacen que allí se habia formado. Habiendo tomado los rusos aquella misma noche posicion en la aldea de Koutkowo, y estando demasiado próxima á Krasnoe para sufrir allí la presencia del enemigo, hizo Napoleon que se la arrebatara á la bayoneta un regimiento de la Joven Guardia, el cual se vengó en las tropas del conde Ojarowski de las pérdidas de aquel dia, pasando á cuchillo á cuantos soldados no tuvieron tiempo de retirarse.

A la mañana del otro día, que era el 17 de noviembre, á pie Napoleon, porque los caballos no se podían sostener sobre la escarcha, alineó personalmente su Vieja y Jóven Guardia en batalla bajo el fuego del enemigo, y por el estruendo del de la fusilería se pudo convencer de que el mariscal Davout se acercaba. Su presencia, su resolución, su noble sangre fría, la gravedad del peligro electrizaban todos los corazones.

Habiendo hecho el mariscal Davout que durmieran sus divisiones en Koritnia, se adelantó personalmente por el camino de Krasnoe durante la noche, pues con su habitual vigilancia queria cerciorarse de la índole de los peligros que le amenazaban por sus propios ojos. Grandes creia los tales peligros, á juzgar por el cañoneo que oyó todo el día, y de cuyas resultas el príncipe Eugenio padeció tanto. Una legua antes de la quebrada del Lossmina encontró á la infortunada division de Broussier, reducida á cuatrocientos hombres de tres mil que contaba aun al salir de Esmolensko, enteramente cortada de Krasnoe, y confusamente acostada sobre la nieve, mezclados vivos, muertos y heridos. Allí estaban los generales Lariboisiere y Eblé con el resto de los parques de artillería, aguardando que se les libertara.

Ante este espectáculo el mariscal tomó de pronto la resolución de abrirse paso al día siguiente, y de salvar espada en mano, no soto su cuerpo, sino tambien las reliquias de la columna del príncipe Eugenio. De sus cinco divisiones nada mas tenia que cuatro, pues la segunda, mandada por Friant antes, y por Ricard ahora, fué cedida al mariscal Ney para reforzar la retaguardia. A nueve mil hom-

bres ascendía y á cerca de diez mil con los que halló sobre el camino, y calculaba de plano que nada le impediría pasar con semejante fuerza, marchando resueltamente contra cualquier obstaculo que se le opusiera.

Un poco antes de amanecer hizo que se adelantaran sus cuatro divisiones, formólas en columnas cerradas, y careciendo de artillería, á consecuencia de la orden expedida por Napoleon para que fuera por delante, mandó á sus tropas caer sobre el enemigo á la bayoneta, y sin sufrir el fuego, abrirse paso por un combate cuerpo á cuerpo. Con este fin se puso á la cabeza de la division de Gerard, por ser la primera que se habia de arrojar á la lucha.

Sin saberlo habíale facilitado Kutusof la empresa. Creyendo á Napoleon ya en camino sobre Orscha, envió parte de sus fuerzas á las órdenes del general Tormazoff para impedirle que entrara de nuevo en Krasnoe, y dispuso el resto en torno de esta ciudad á las órdenes del príncipe de Gallitzin, no dejando á lo largo de la quebrada del Lossmina mas que á Miloradowitch, para obstruir el camino de Esmolensko.

En conformidad de las órdenes que las cuatro divisiones del mariscal Davout habían recibido, cayeron sobre el contrario en columnas cerradas. Las tropas de Miloradowitch las recibieron con un fuerte fuego de fusilería, pero intimidadas por el empuje no aguardaron la carga á la bayoneta, y se retiraron á un lado del camino. Así las divisiones del mariscal Davout llegaron casi sin daño al borde de la quebrada del Lossmina, allí encontraron á la Jóven Guardia que les esperaba, ocuparon su pue-

to, quedaron ó caballo sobre la quebrada, unos á la derecha y enfrente de la Guardia, otros á la izquierda á través del camino de Esmolensko, para alargar la mano á cuantos quedaban á la espalda. De esta suerte se salvaron los restos de la division de Broussier con los parques que se le habian unido.

Pero el principe de Gallitzin, que con el tercer cuerpo y la segunda division de coraceros estaba encargado de contener á las tropas desplegadas sobre la meseta de Krasnoe, Miloradowitch que con los cuerpos segundo y sétimo y la mayor parte de la caballería de reserva tenia el cargo de seguir de flanco á las columnas francesas procedentes de Esmolensko, juntaron sus esfuerzos para atacar á la Guardia y á Davout, que estaban en batalla á derecha é izquierda de la quebrada. Como tenian una artillería formidable, abrumaron con sus fuegos á nuestros soldados bien compactos, pero sin lograr que se movieran de su puesto. Algo delante del semicírculo, que describian la Guardia y Davout, habia una aldea, la de Ouworowo, desde la cual molestaba sobremanera el fuego de los rusos. A ella se lanzó la jóven division de Roquet, y tomola á la bayoneta. Los rusos la recuperaron, atacandola en masa, de nuevo la recuperó la Guardia, y alternativamente se cubrió de cadáveres franceses y rusos. El principe de Gallitzin destacó á los coraceros de Duka para acometer á los tiradores de la Jóven Guardia. Estos, formados en cuadro á la vista del valeroso Mortier, rechazaron todas las cargas de los coraceros. Pero, habiendo dirigido el principe de Gallitzin un gran número de bocas de fuego contra uno de los cuadros, derribó un ángulo con la me-

tralla, y entrando los coraceros rusos por esta brecha, rotos nuestros heroicos tiradores, se vieron obligados á retirarse á toda prisa, dejando la tierra cubierta de muertos.

Inmediatamente llegó la division de Morand á ocupar su puesto y á cubrirlos. Entretanto las otras divisiones del mariscal Davout, que completaban el semicírculo alrededor de Krasnoe, estorbaban con su actitud imponente las empresas del enemigo, que no se atrevia á atacarlas.

Sin embargo, convenia adoptar un partido para caer sobre los rusos y desbaratarlos, ó bien retirarse á lo interior de Krasnoe para evitar una inútil destruccion de hombres. Pero el general Tormazoff habia comenzado su movimiento en torno de la ciudad aquella por interceptar el camino de Orscha, y echándolo de ver Napoleon, no quiso prolongar esta audaz tentativa de detenerse en Krasnoe, para no ser cortado de Orscha, único punto que aun se tenia junto al Dnieper, y reducido á rendir las armas. Tomar el partido de retirarse equivalia á sacrificar al mariscal Ney, pues no era creible por ejemplo que el mariscal Davout pudiera permanecer solo en Krasnoe para aguardarle, cuando costaba tanto trabajo mantenerse á todos juntos. Aun se podian alargar algunas horas para tender la mano á Ney, bien que era forzoso que se quedaran ó que partieran todos, bajo pena de perder los que alli fueran situados, y de haber hecho una cosa inútil en detenerse los dias 16 y 17. Asi y todo, no queriendo Napoleon ni renunciar á ganar á Orscha á tiempo, ni mandar el abandono de Ney por sí mismo, partido cruel, con cuya responsabilidad podia cargar él tan solo, expidió órdenes am-

biguas, nada dignas de la claridad de su talento ni de la firmeza de su carácter, y que revelaban todo el horror de la situación en que se había colocado. Prescribió á la Guardia que partiera, y para indemnizar las pérdidas recientemente experimentadas, la agregó la division de Compans, dejando por tanto al mariscal Davout nada mas que con tres divisiones, pues la de Ricard habia sido ya destacada, y ordenándole que desde luego reemplazara al mariscal Mortier en torno de Krasnoe, dentro de la ciudad luego y que se mantuviera allí lo mas posible para esperar al mariscal Ney, y que siguiera al mariscal Mortier á pesar de todo, orden equivocada, que, imponiendo al primer cuerpo dos deberes inconciliables, el de esperar á Ney y el de no separarse de Mortier, hacia pesar sobre este cuerpo, el primero en renombre, en adhesion, en heroismo y en disciplina, no menos que en linea de batalla, la terrible responsabilidad de abandonar al mariscal Ney. Mas noble fuera que Napoleon se la cargara á sí mismo, pues solo él era capaz de llevarla.

No se hizo el reemplazo de la Jóven Guardia por las tres divisiones que aun quedaban al mariscal Davout sin gran trabajo. Menester era maniobrar sin artillería sobre la meseta de Krasnoe, bajo un cañoneo de mas de doscientas bocas de fuego, y bajo las repetidas cargas de la numerosa caballería rusa. Además habia que desfilas ó detenerse alternativamente para formar en cuadro, algunas veces correr á la bayoneta sobre los cañones del enemigo para alejarlos, y por último retirarse sucesivamente por escalones á lo interior de Krasnoe. Con menos de cinco mil hombres contuvieron

el esfuerzo de veinte y cinco mil las divisiones de Morand, de Gerard y de Friederichs, y cubrieron la tierra de cadáveres rusos. Sufriendo mucho de su artillería los regimientos 30.º de linea y 7.º de ligeros, se lanzaron sobre ella á la bayoneta, se apoderaron de varios cañones, y no de otro modo se libertaron de su fuego. Sin ser desbaratadas volvieron á entrar en Krasnoe las tres divisiones del primer cuerpo. No obstante, al replegarse despues de todas la division de Friederichs, como que estaba á la extrema derecha, fué asaltada por la caballería enemiga. Entonces el regimiento 33.º de ligeros, compuesto de holandeses, y del cual tanto hubo que lamentarse bajo el aspecto de la disciplina, formóse en cuadro, y resistió con teson los ataques furiosos de los ginetes rusos, bien que acabó por ser roto y acuchillado en mucha parte.

Entretanto Napoleon se retiraba á toda prisa por el camino de Krasnoe á Orscha. Obstruido pudiera hallarlo, á no ser porque, sabiendo Kutusof que estaba allí todavía, experimentó un movimiento de debilidad y atrajo á sí al general Tormazoff, situado primeramente á través de este camino. Así pudo Napoleon salir con la Guardia, sufriendo un fuego espantoso, y sin encontrar á pesar de todo ningun obstáculo invencible. Pero, á medida que desfilaba cada cuerpo, se veía á las columnas de Tormazoff avanzar ó hacer alto, como aguardando visiblemente la orden de cerrar definitivamente el camino, que así y todo cubria con sus fuegos. Ante esta perspectiva se clamaba en nuestras filas por la partida, diciendo que ya no se podría pasar de allí á poco. Al salir el mariscal Mortier de Krasnoe bajo las cargas de la caballería enemiga, y

descubriendo la inminencia del peligro, avisó al mariscal Davout de su partida, y estrechóle á que le siguiera, pues no habia que perder minuto. A la sazón comenzaba la noche, dentro de Krasnoe llovian las balas, y la confusion llegaba á colmo. Las tres divisiones de que aun disponia el mariscal Davout, y que no contaban mas que cinco mil hombres, siempre sin artilleria, clamaban porque no se las sacrificara esterilmente y de seguro á la muerte ó al cautiverio. Atúvose pues el mariscal Davout á la órden de seguir el movimiento del mariscal Mortier, que á la sazón era la única ejecutable. A la verdad el mariscal Ney se hallaba abandonado. ¿Pero de quién era la culpa, si era de alguno, si no del que, en vez de salir en masa de Esmolensko, salió en columna larga de tres marchas? Hasta cerrada la noche aguardó el mariscal Davout por si oia algo hácia el camino de Esmolensko; pero, no habiendo partido Ney de allí hasta el 17 por la mañana, no podia llegar delante de Krasnoe hasta el 18 por la tarde. Con diferir mas la espera, sin salvar á Ney, se exponian las tres divisiones del primer cuerpo á quedar prisioneras ó á ser destruidas. De consiguiente el mariscal Davout se puso en camino para Liady acosado de continuo por una caballeria numerosa, y volviéndose á cada paso para hacerla cara. En Liady habian hecho alto Napo'eon y la Vieja Guardia. Entre este punto y Krasnoe bivaquearon Mortier y Davout á campo raso y como les fué posible. Al dia siguiente marchó la cabeza del ejército sobre Dobra, la cola sobre Liady, estando consternados todos por la suerte que aguardaba al mariscal Ney, á pesar de legoismo que cunde en los grandes desastres.

Bien habriamos dejado en estas jornadas del 16 y el 17 como cinco mil muertos ó heridos, todos perdidos para el ejército de igual modo, sin contar seis ú ocho mil rezagados, que en las relaciones, extravagantemente falsas de los rusos, se contaron como prisioneros cogidos sobre el campo de batalla. Ademas perdimos gran porcion de bagages, de cañones y de arcas abandonadas. Pero la mayor pérdida de que estábamos amenazados era la del cuerpo entero del mariscal Ney y de la division de Ricard, que le fué confiada. Despues de hacer saltar las torres de Esmolensko, de enterrar ó de arrojar al Dnieper toda la artilleria que no podia llevar consigo, y de empujar por delante á cuantos hombres pudo de los que habian contraido la costumbre de marchar á la desbandada, partió el mariscal Ney de Esmolensko el 17 por la mañana, esperando tener al enemigo sobre su espalda y aun sobre sus flancos, preparándose á hacerle cara vigorosamente, bien que no suponiendo que le habia de hallar á su paso, como una impenetrable muralla de hierro. Verdad es que el mariscal Davout le envió el 16 por la noche desde Koritnia un aviso de los peligros que se anunciaban para la jornada del 17; pero habiendose interpuesto muy luego el enemigo, ya no hubo manera de que se comunicaran uno con otro; circunstancia de las mas fatales, pues, avisado Ney oportunamente, pudiera salir por la derecha del Dnieper de Esmolensko, y ganar quizá á Orscha, por medio de una marcha de noche, antes de que avisados los rusos pasaran este rio sobre el hielo, aun no sólido por todas partes. Alentándole su habitual confianza y careciendo de exactas noticias, partió pues el 17, segun se habia

convenido, llegó por la noche á Koritnia, á la hora en que el grueso del ejército se veia obligado á evacuar á Krasnoe, oyó el cañoneo sin que le causara sorpresa, y preparóse á superar el obstáculo al día siguiente, según lo habian ya hecho sus camaradas. Creia que por donde habian pasado otros, pasaría igualmente, y á otro día, que era el 18, encaminóse hacia Krasnoe.

Primeramente llegó la division de Ricard delante del enemigo. Acostumbrada á no andar en vacilaciones, guiada por un oficial distinguido, que anhelaba salir de la desgracia en que le hizo caer lo de Oporto, marchó resueltamente contra los rusos. Habiéndose estos alineado en masa al borde de la quebrada del Lossmina, tenían sobre su frente una artillería formidable. En un instante la infeliz division de Ricard fué acerbillada y perdió mucha de su gente. Aguardó al mariscal Ney, y llegando éste y viendo el peligro, sin titubear dispuso todo su cuerpo, así como la division de Ricard en columnas de ataque, para caer sobre la línea enemiga y abrirse paso.

Instantáneamente se formaron sus tropas. Después de cruzar la quebrada el regimiento 48.º, que ocupaba la extrema derecha, debia lanzarse sobre los rusos á la bayoneta, y tratar de repelerlos hácia la izquierda del camino.

Todo el resto del cuerpo de ejército habia de seguir este ejemplo, agolpándose á la izquierda y repeliendo por este lado á los rusos, para penetrar después en Krasnoe. Jamás tropa bien conducida sostuvo fuego semejante mas briosamente. Recibidas fueron por la metralla las columnas de Ney apenas asomaron al borde de la quebrada. A ella

bajaron y subieron por el lado opuesto, siempre bajo aquella metralla espantosa y sin ser detenidas en su empuje. Hasta lograron quitar algunos cañones al enemigo; pero abrasadas por cien bocas de fuego, acometidas á la bayoneta, fueron repelidas al fondo de la quebrada, y arrolladas hasta su punto de partida. La vista de las columnas rusas, unas detrás de otras, pues el ejército de Kutusof se hallaba allí entero, no dejaba ninguna esperanza. Siete mil combatientes, reducidos á cuatro mil en una hora, no podian romper ciertamente por entre cincuenta mil hombres formados en batalla. De consiguiente renunció Ney á tal tentativa, aunque sin pensar en rendirse ni en entregar su espada á los rusos. El partido que iba á adoptar salvaria menos hombres que salvara una capitulación, y aun los expondria á perecer casi todos, pero salvaria el honor del ejército y el suyo. No vaciló nada. Formó la resolución de esperar el fin del día fuera del alcance del fuego, y aprovechar después las sombras de la noche para cruzar el Dnieper y escaparse por la orilla derecha, lo cual pudo hacer desde el mismo Esmolensko, si le llegara á tiempo un aviso. Por desgracia para cruzar el Dnieper solo contaba con el hielo, que podia muy bien no presentar solidez bastante para que un ejército lo pasara, aun siendo muy intenso el frío. Con su habitual confianza, no concibió al parecer el mariscal Ney duda alguna sobre el estado de la corriente, y habiéndole querido hacer alguna observación uno de sus oficiales, le dijo bruscamente que el Dnieper debia estar helado; que se hallaria tal que se pasara sobre el hielo ó de otro modo, y que se pasaria sin duda, fuera como fuere.

No sospechando los rusos lo que meditaba, y viéndole colocarse fuera del alcance del fuego, se creyeron seguros de tenerle prisionero al día siguiente, y quisieron dejarle el tiempo de la resignación, con el fin de ahorrarse á sí propios una efusión inútil de sangre. Por la tarde le enviaron un parlamentario para hacerle conocer su situación desesperada, y decirle que ochenta mil hombres (no eran mas que cincuenta mil y bastaban) le obstruían el camino; que de consiguiente se hallaba sin recursos, que debía pensar en capitular, y que por lo demas se le otorgarian condiciones dignas de la bizarría de sus soldados y de su alto renombre. Ni aun se dignó el mariscal responder al parlamentario, y receloso de que su vuelta diese alguna luz al enemigo, le retuvo prisionero, diciéndole que le queria tener por testigo de la respuesta que preparaba al príncipe Kutusof. Ya de noche juntó á cuantos aun eran capaces de sostenerse, á cuantos conservaban alguna fuerza moral y física, dejando tristemente la tierra cubierta de muertos, de heridos y de los que habian llegado al cabo de su constancia. Encaminóse hácia el Dnieper silenciosamente. Con la oscuridad y la confusión que reinaba, era de temer que equivocara la direccion de su camino y cayera en medio de los bivaques de los rusos. Un riachuelo helado, que debía desaguar en el Dnieper sin duda, sirvióle de guia. Siguiendo su curso, llegóse á la orilla del rio. ¡Feliz favor de la naturaleza debido al heroismo del mariscal y de sus soldados! Helado estaba el Dnieper, no muy solidamente, bien que lo bastante para pasar con precaucion, y asegurándose á cada paso de la resistencia del hielo sobre el cual se caminaba. En

ciertos puntos se halló manera de echar algunas tablas, y pasóse á la orilla opuesta.

Mas arduo era el paso para la artillería y para los carros de bagages. Algunos cañones pasaron y tambien algunos carros. Se abandonaron los demas, cuidándose poco de lo que no podia seguir adelante, y no propendiendo mas que á salvar lo que podia aun marchar resueltamente y sin descanso hasta la extincion total de las fuerzas. En salvar su honor y el de su cuerpo tenia empeño el mariscal, mas de ningun modo la vida de sus soldados.

Cruzado el Dnieper se torció á la izquierda, yendo á lo largo del rio en direccion de Orscha. Quince ó diez y seis leguas habia que andar por un pais desconocido, y de consiguiente no se podia perder instante. Primero cruzóse una aldea llena de cosacos, si bien dormidos: se les quitó la vida, y siguióse adelante. Al despuntar la aurora del 19, marchando siempre á toda prisa, se descubrieron nuevos cosacos sobre los flancos, en corto número todavía, y no se hizo caso de ellos. Como á medio dia se hallaron varias aldeas, cuyos habitantes sorprendidos abandonaron algunas provisiones, que se apresuraron á devorar nuestros hambrientos soldados. Apenas terminada esta comida, se presentaron los cosacos, muy numerosos ahora, mandados por Platow mismo, y trayendo su artillería sobre trineos como los días anteriores. No eran capaces de romper los cuadros de nuestros intrépidos infantes. pero si de hacernos perder tiempo y gente, pues á veces habia que pararse para formar los cuadros, rechazar á los ginetes enemigos, y que emprender de nuevo la marcha, y en estas evolu-

ciones se dejaban siempre heridos y extenuados de fatiga. A eso de la caída de la tarde se vió asaltado el mariscal Ney por tal masa de enemigos y envuelto de tal modo que el camino pareció cortado. Así y todo, refugiándose en los bosques extendidos á lo largo del Dnieper, defendióse al borde de una quebrada hasta la noche. Ya cerrada esta marchóse á la ventura por entre estos bosques, dispersándose á meando y avanzando en medio de horrosas perplejidades. Como á media noche, sirviendo de señal las hogueras, vinieron á juntarse unos á otros en torno de una aldea, donde se hallaron algunas provisiones. A las dos de la madrugada emprendieron de nuevo la marcha, con ánimo de atravesar el 20 las pocas leguas que faltaban para Orscha. Sin hacer caso de la fatiga de los que ya estaban extenuados de resultas de las jornadas del 18 y del 19, se lanzaron al camino con la esperanza de superar las últimas dificultades, si como el día anterior solo venian persiguiéndonos los ginetes de Platow, por numerosos que fueran estos.

Por desgracia á medio día hubo que cruzar una extensa llanura, en la cual las bandas de Platow, mas fuertes que el día antes, se arrojaron sobre nuestros peones con mucha artillería. Inmediatamente el mariscal Ney formó los restos de su escasa tropa en dos cuadros, colocó dentro de ellos á algunos pobres rezagados, que se habian agregado á su columna, algunos soldados que no pudieron seguir sino abandonando sus armas, y los mantuvo contra los repetidos ataques de los cosacos, que hacian punto de honra vencer una vez por lo menos á un trozo cualquiera de infantería francesa.

Ahora era el caso de obstinarse hasta conseguirlo, tan poco numerosa era en este encuentro, tan numerosos eran ellos, y tan grande era la gloria de coger prisionero ó de matar siquiera al mariscal Ney de una lanzada. Sin embargo, no hubo nada. El ilustre mariscal sostuvo á sus soldados, próximos á desfallecer muchas veces de cansancio y de desaliento, porque aun no se divisaba á Orscha. Después de rechazar á los cosacos y de matarles mucha gente, ganóse una aldea, donde se encontró abrigo y se tomó algun alimento. Un polaco habia enviado el mariscal á Orscha para llevar la noticia de su milagrosa retirada y pedir socorro. Hacia allí marchó durante la tarde y llegó muy cerca de noche. Con cierta especie de asombro indecible, á una legua de distancia distinguió columnas de tropas. ¿Acaso eran franceses ó rusos? Siempre confiado el mariscal y contando con el aviso que despachó á Orscha, no titubeó un punto, siguió adelante y oyó hablar francés: eran el principe Eugenio y el mariscal Mortier, que á la cabeza de tres mil hombres llegaban en auxilio de su camarada, de quien se habian separado con tanto dolor como remordimiento. Se tendieron unos á otros los brazos, se estrecharon con efusion en ellos, y en todo el ejército no se oyó mas que un grito de admiracion sobre el heroismo del mariscal Ney.

De seis á siete mil hombres llevaba mil doscientos á lo sumo y moribundos de cansancio, é incapaces de ser útiles hasta rehacerse física y moralmente; pero llevaba el honor, su nombre, su persona, y habia hecho expiar al enemigo con una verdadera confusion las crueles ventajas de los últimos dias. Al saber Napoleon en el castillo de

Baranoui, adonde se dirigió desde Orscha el día 20, esta vuelta inesperada, estremeciöse de alegría, pues se le acababa de aborrrar la humillacion cruelísima de que se dijera por Europa que el mariscal Ney habia quedado prisionero de los rusos. Napoleon tuvo la debilidad de hacer que sobre el mariscal Davout pesara el cargo del abandono de Ney y su tropa. Toda la culpa de estas desastrosas jornadas consistia en haber salido de Esmolensko en tres destacamentos separados con veinte y cuatro horas de intervalo unos de otros, y en haber proporcionado al enemigo de esta suerte el medio de copar una parte del ejército francés cada día; y si el último de estos días funestos hubo culpa en el abandono del mariscal Ney, sobre nadie recaia mas que sobre Napoleon, que en vez de detenerse un día mas para esperar á la retaguardia y salvarse todos juntos, se alejó de Krasnoe, dejando allí al mariscal Davout con cinco mil hombres, sin un cañon, casi sin cartuchos, mas comprometido que el día antes, reducido á partir sin demora ó á rendir las armas, y con orden de unirse á Mortier á mayor abundamiento. No obstante, ahora no tenia que dirigirse Napoleon ningun cargo, pues de no abandonar á Krasnoe, todo el ejército quedara prisionero; mas por lo mismo no debia hacer pesar la responsabilidad de esta resolucion sobre nadie particularmente, y debia refundirla en la responsabilidad general de esta campaña horrorosa. Y sucedió lo contrario, pues, por afan de eximirse de cargos, ó por su pésimo humor creciente con las circunstancias, manifestó respecto de la conducta del mariscal Davout una desaprobacion, que cada cual se apresuró á acoger y á propalar á

impulsos del dolor que se experimentaba, y del placer siempre grande de menospreciar una reputacion hasta entonces sin mancha. Asi la especie en boga al fin de esta retirada espantosa fué que el mariscal Davout habia abandonado al mariscal Ney, pero que éste se habia salvado milagrosamente. Solo era verdad el segundo de estos asertos. Segun ya hemos dicho, Napoleon echaba en su camino sus primeros lugartenientes como victimas á la fortuna, ¡Sacrificios vanos! Solo él, él solo podia aplacar muy pronto á esta deidad justamente airada de tantas insensatas empresas.

Estas jornadas costaron al ejército verdadero, al que aun llevaba armas, de diez á doce mil hombres muertos, heridos ó prisioneros: á la masa flotante costó siete ú ocho mil rezagados y grande porcion de bagages. En Orscha quedaban á lo sumo veinte y cuatro mil hombres con armas y veinte y cinco mil rezagados. Estos eran la mitad de los que salieron de Moscou, la octava parte de los cuatrocientos mil hombres que pasaron el Niemen (1). Respecto de los rusos, si el resultado era

(1) No se comprende cómo Mr. de Boutourlin, escritor grave, puede citar á cada paso guarismos tan extraordinariamente exagerados como los que se enuncian en su libro. Si se sumaran todas las pérdidas que despues de cada acción enumera, no quedaria un solo hombre en pié á nuestra llegada á Wiasma. Véase un singular ejemplo de estas exageraciones. Mr. de Boutourlin asegura que la jornada del 18 costó á los franceses ocho mil quinientos hombres del cuerpo de Ney capitulados, tres mil quinientos cogidos prisioneros por los rusos durante la refriega, sin contar los muertos (tomo II, pag. 229). No es mucho suponer que al mariscal Ney le mataran mil hombres sobre el campo de batalla, y asi los que capitularon y que-

grande para ellos, no así la gloria, pues con cincuenta ó sesenta mil hombres, provistos de todo y especialmente de una artillería inmensa, con una posición como la de Krasnoe, hubieran debido, ya que no detener al ejército entero, copar á lo menos la mayor parte, si después de pasar Napoleón con el príncipe Eugenio, se atravesaran de por medio

daron prisioneros y fueron muertos sumarian un total de trece mil hombres. Ahora bien, con su cuerpo y la división de Ricard no contaba Ney al salir de Esmolensko mas que siete mil soldados bajo su mando, ¿cómo pudo perder trece mil en aquella jornada? Además dice Bourtoulin en la página 254 del mismo tomo que en estas jornadas del 16, 17 y 18 de noviembre, las cuales califica de obra maestra del arte, perdieron los franceses veinte y seis mil prisioneros, diez mil muertos heridos ó abogados y doscientos veinte y ocho bocas de fuego. Semejantes asertos son insostenibles. Por esta cuenta el ejército francés quedara reducido á la nada al llegar al Berezina. A su salida de Esmolensko ascendia á treinta y seis mil hombres con armas y cerca de treinta mil rezagados. Después de las fatales jornadas de Krasnoe solo contaba la Guardia unos ocho mil hombres, tres mil el príncipe Eugenio, ocho mil el mariscal Davout, mil y quinientos Ney, dos mil quinientos Junot é igual número Poniatowski; total veinte y tres mil hombres. Así trece mil fueron los que se perdieron á lo sumo. Resta averiguar cuantos rezagados fueron cogidos, y es mucho suponer que ascendieran á siete ú ocho mil entre todos, de lo cual resultaria una pérdida de veinte mil y no de treinta y seis mil hombres. Por lo que hace á la artillería, el ejército al salir de Esmolensko tenia ciento cincuenta bocas de fuego con tiros ¿cómo habia de perder doscientos veinte y ocho? Ciertamente nuestros desastres fueron grandes, y disimularlos seria tan pueril como lo es exagerarlos; pero téngase presente que con tal modo de contar no quedaria suficiente, no ya para nuevas exageraciones, sino para la simple enumeración de las pérdidas electivas que experimentamos mas tarde.

en masa, pues así el mariscal Davout cayera con toda su fuerza en sus manos, y el mariscal Ney de seguida. Pero, codeándonos algo cada día, retirándose espantados tan luego como sentian el choque, dejaron que el ejército francés se salvara trozo á trozo, y el postrer día llegó su confusión al punto de no apoderarse del mariscal Ney, que no debió escapárseles de ningun modo. No recogieron mas trofeo que muchos de nuestros soldados muertos ó heridos bajo su espesa metralla, y muchos de nuestros rezagados, á quienes era fácil coger á centenares desde que la miseria les privó de armas. ¡Ah, muy grande fué el número así de unos como de otros! Resultados importantes eran sin duda y desconsoladores para los franceses, pero no maravillas del arte militar, dignas de los títulos que se han complacido en prodigarles. En estas operaciones habia un mérito sin embargo, uno tan solo, pero efectivo, la prudencia constante del generalísimo Kutusof, quien, contando con el clima y con el invierno, queria gastar poca sangre, y no aventurar nada ni aun para coger los mas brillantes trofeos. Aun con este designio, hubiera debido medir mejor la presa de que aspiraba á apoderarse; hubiera debido calcular la porción de nuestra larga columna á que habia de interceptar el paso, cortarla resueltamente, cogerla, y dejar que el resto siguiera adelante. Su prudencia, laudabilísima sin duda cuando se considera el conjunto de la campaña, no fué durante estas jornadas, que pudieron ser decisivas, mas que la de un viejo tímido é irresoluto de continuo, y glorificándose al fin de resultados, que eran obra de la fortuna mas que de su pericia.

Sea como quiera, después de abandonar Napoleón á Krasnoe, pernoctó el mismo 17 en Liady, el 18 en Doubrowna, el 19 en Orscha. Allí habia un puente sobre el Dnieper, y si Kutusof fuera á esperarnos á este punto, en vez de esperarnos en Krasnoe, es probable que no saliéramos de tal abismo, pues no pasáramos tan fácilmente el Dnieper como la quebrada del Lossmina, y por otra parte el rio no estaba aun bastante sólidamente helado, con especialidad en las cercanías de Orscha, donde tenia doscientas toesas de anchura, para que fuera posible pasarlo por encima del hielo. Felicitándose Napoleon de hallarse al fin en lugar seguro, y de hallar viveres, pues habia en Orscha almacenes bien provistos, hizo un nuevo ensayo para allegar á los desbandados por medio de distribuciones regulares. Un destacamento recientemente llegado de la gendarmeria de preferencia tuvo á su cargo la policia de los puentes, para empeñar á cada uno con la persuasion ó á la fuerza á que se juntara á su cuerpo. Aquellos buenos soldados, acostumbrados á reprimir los desórdenes, que surgen á retaguardia del ejército, nunca habian visto cosa semejante y mostráronse consternados. Inútiles fueron sus esfuerzos todos, y de nada sirvieron las amenazas, ni las promesas de distribuciones á cada cuerpo. A los hombres aislados, armados ó inermes, les parecia mas cómodo, y sobre todo mas seguro, ocuparse de sí mismos, no mas que de ellos, no exponerse por la salvacion de los demas á quedar heridos, lo cual equivalia á ser muertos, y ya sacudido el yugo del honor, se negaban á someterse nuevamente á su influjo. Entre los desbandados algunos habian guardado sus ar-

mas, pero solo para defenderse contra los cosacos y para merodear mas fructuosamente. A medida que se prolongaba la retirada se habian acostumbrado á esta miseria, formándose en sociedades de marcha, viviendo de su propia industria, aprovechándose de la escolta de cuerpos armados, sin prestarles jamás ningun servicio, resistiéndose si se procuraba llevarlos á sus regimientos, no haciendo uso de sus armas sino contra los cosacos ó sus camaradas, merodeando, saqueando por el camino y á uno y otro lado, llevando su botin en carros, que contribuian á alargar las columnas, destruyendo tanto como consumian, prendiendo á menudo fuego para calentarse á casas, donde se alojaban oficiales ó heridos, muchos de los cuales perecieron así entre las llamas. ¡Tan necesario es el yugo de la disciplina sobre seres en quienes se ha desarrollado el instinto de la fuerza, para que no abusen de ella, y se trasformen en verdaderas fieras! Entre estos obstinados merodeadores se encontraban muchos antiguos prófugos y poquisimos veteranos, pues la mayor parte de estos perseveraban y morian á la sombra de su bandera. Detrás de los mas despiertos venia la muchedumbre de hombres débilmente constituidos, marchando sin armas, victimas de todos, así del enemigo como de sus camaradas, arrastrándose y viviendo como les era posible, sembrando los caminos ó los bivagues con sus cuerpos extenuados, y defendiéndose apenas en su profundo abatimiento contra la muerte. Generalmente eran los mas mozos, los menos indóciles, los arrancados últimamente por la quinta de sus hogares.

Este contagio moral habia cundido hasta á la
Biblioteca popular. T. XIV. 37

Guardia. Napoleon la juntó para arengarla, para traer el sentimiento del deber á su memoria, diciéndola que era el último asilo del honor militar; que á ella tocaba especialmente dar ejemplo, y salvar así las reliquias del ejército de la disolución de que estaban amenazadas; que, si la Guardia se hacia culpable á su turno, seria mas culpable que todos los demas cuerpos, pues no tendria la excusa de la necesidad, por habérsele siempre reservado los pocos recursos de que se disponia; que podría apelar á los castigos y mandar que se fusilara al primero de sus granaderos veteranos que se hallara fuera de filas, pero preferia contar con sus antiguas virtudes guerreras y obtener de su adhesión, no de su miedo, los buenos ejemplos que invocaba de su parte. A estos antiguos servidores, descontentos á veces, mas fieles al deber de continuo, arranco algunos gritos de asentimiento, y lo que era aun de mas precio, resoluciones de buena conducta, que á mayor abundamiento no eran nuevas, pues, exceptuando los muertos, casi todos los demas de la Vieja Guardia permanecian en las filas. De seis mil hombres que la componian al pasar el Niemen, sobrevivian cerca de tres mil y quinientos. Perecido habian los demas de cansancio ó de frio, muy pocos en el fuego: casi ninguno se habia desbandado. Diezmada la Joven Guardia por la fatiga y por el fuego, y algo tambien por la desercion de las filas, aun contaba dos mil hombres, y la division de Claparede mil y quinientos. Estos eran el último resto de los antiguos regimientos del Vístula. Entre la caballeria de esta Guardia se contaban aun algunos centenares de ginetes montados: al cuerpo seguian en bastante buen orden

los desmontados. Solo las tropas del mariscal Davout podian presentar un regular efectivo.

Atendiendo Napoleon á los inconvenientes de las largas hileras de carros, determinó que se quemasen todos los que no llevaran heridos ó familias fugitivas y no pertenecieran á la artilleria ó al arma de ingenieros. No reservando mas que uno para sí y para Murat, y otro para cada uno de los mariscales que mandaban cuerpo, hizo quemar implaceablemente los restantes. Celoso por la conservacion de la artilleria y á pesar de las prudentes representaciones del general Eblé, quiso que fueran destruidos los dos trenes de puentes, que consistian en bareas llevadas sobre carros. Estos trenes fueron dejados en Orseha al partir hácia Moscou, y tenian de quinientos á seiscientos caballos de tiro fuertes y descansados. Segun calculaba el general Eblé solo con quince barcas de aquellas habria para echar un puente que pudiera ser utilísimo en determinados momentos, y que no exigiria para trasladarlo de un punto á otro mas que la tercera parte de los caballos disponibles. Pero Napoleon dispuso la destruccion de todas aquellas barcas, y solo á instancias del general Eblé se avino á que se llevara el material necesario para un puente de caballetes. A la sazón fueron destruidos la correspondencia militar de Napoleon y una porcion de papeles preciosos.

Tales esfuerzos, para que volviera á tener alguna unidad el ejército, fueron estériles ahora como antes. Viendo los soldados en perspectiva que aun necesitaban andar mucho camino y pasar muchos trabajos, no se prestaban á cambiar de costumbres. Fueran menester un descanso prolonga-

do, seguridad, abundancia y la inmediacion de cuerpos sanos, para obligarles á que se sometieran de nuevo al yugo de la disciplina. Apenas duró algunas horas la prohibicion de hacer distribuciones á los que no se hallaran en rededor de su bandera. Despues de un momento de rigor, ningun almacén quedó cerrado al hambre, pues esto equivaliera á provocar el saqueo. Por otra parte, aproximándose el enemigo, debía devorar el fuego lo que se dejara, y mejor era darlo á franceses á quienes solamente los padecimientos habian arrancado á la observancia de sus deberes.

De consiguiente las cuarenta y ocho horas pasadas en Orscha no sirvieron mas que para dar algo de descanso y de alimento á los hombres y á los caballos, lo cual no era indiferente de modo alguno, y para arreglar mejor los tiros de la artillería, de que aun se conservaron unas cien piezas bien municionadas, y finalmente para cobrar aliento y tornar á emprender tan horrorosa retirada. Pero la disciplina no ganó cosa alguna, pues la disolucion del ejército pertenecía al número de las enfermedades que no se pueden contener sino con la muerte del cuerpo que las padece.

En Orscha llegaron á asaltar á Napoleon noticias mas desconsoladoras que las recibidas hasta entonces. Decididamente el almirante Tchitchakoff habia tomado la delantera al príncipe de Schwarzenberg sobre el alto Berezina. Fluctuando este príncipe entre el temor de dejar á su espalda á Sacken en libertad de ir á Varsovia, y el de dejar á Tchitchakoff en libertad de trasladarse hácia el alto Berezina, tardó muchos días en resolverse, y Tchitchakoff dirigióse por Slonim á Minsk. Para defen-

der este punto se encontraba allí el general Bronikowski con un batallon francés, alguna caballería francesa, y uno de los nuevos regimientos lithuanios, y ademas la hermosa division polaca de Dombrowski, que para guardar el Dnieper habia quedado á la espalda. Obligado el general Dombrowski á dividir sus fuerzas en diversos destacamentos, y teniendo ademas del duque de Bellune la orden de estar pronto siempre á concentrarse sobre Mohilew, no quiso juntarse al general Bronikowski para defender á Minsk, lo cual redujo las fuerzas de éste á unos tres mil hombres. Forzado se vió á evacuar á Minsk este caudillo despues de perder un destacamento de dos mil soldados fuera de la plaza, teniendo mucha parte de culpa uno de los nuevos regimientos lithuanios que arrojó las armas. A abastecer abundantemente esta ciudad habia dedicado todos sus esfuerzos Mr. de Bassano. De consiguiente allí se perdía uno de los principales puntos del camino de Wilna, y ademas subsistencias para mantener durante un mes á las tropas. Reunidos ahora, aunque ya tarde, los generales Bronikowski y Dombrowski, se trasladaron á Borisow junto al alto Berezina; pero, disponiendo á lo sumo de cuatro á cinco mil hombres, por consecuencia de las pérdidas del uno y de los destacamentos dejados en Mohilew por el otro, no estaban seguros de poder defender el puente de Borisow, y si caía en manos de Tchitchakoff este puente sobre el Berezina, quedaba el camino cerrado al grande ejército del todo, á no ser que se remontara hasta las mismas fuentes del Berezina. En este caso se exponía á encontrar á Wittgenstein, mas temible aun que Tchitchakoff, segun las noticias que aca-

baba de traer el general Dode de la Brunerie. Estas noticias no eran menos tristes que las anteriores.

Napoleon habia contado con que los mariscales Oudinot y Victor, á quienes suponía fuertes de cuarenta mil hombres, se llevarian a Wittgenstein y á Steinghel por delante, los arrollarian mas allá del Dwina, y seguidamente le traerian aquellos cuarenta mil hombres victoriosos, como Schwarzenberg y Reynier debian traerle, despues de batir á Tchitchakoff, los otros cuarenta mil hombres que tenian bajo su mando. De esta suerte hubieran reunido ochenta mil hombres, con los cuales podiera descargar un golpe terrible sobre los rusos antes del fin de la campaña. Mas todo fué ilusion así á la parte del Dnieper como del Dwina. Ante todo, despues de la segunda batalla de Polotsk, que produjo la evacuacion de esta plaza importante, el general bávaro Wrede se dejó separar del segundo cuerpo, y quedóse hácia Gloubokoe con sus cinco ó seis mil soldados. Así el segundo cuerpo, cuyo mando habia tomado el mariscal Oudinot, hallóse reducido á diez mil hombres extenuados. Apenas conservaba veinte y dos ó veinte y tres mil el duque de Bellune con las tres divisiones del noveno cuerpo, debilitado considerablemente por las marchas que hizo. Opuestos á Wittgenstein y á Steinghel, que no contaban mas de cuarenta mil hombres despues de los últimos combates, hubieran podido batirlos. Pero Wittgenstein tomó posicion detrás de Oula que, segun hemos dicho, forma la union del Dwina y el Dnieper por el canal de Lepel y el Berezina. Ambos mariscales procuraron atacar á Wittgenstein en una fuerte posicion hácia Smoliantzy, y perdieron dos mil hombres sin lo-

grar desalojarle de ella, lo cual les redujo cuando mas á treinta mil soldados, y no se atrevieron á tentar nada decisivo, temiendo comprometer á un cuerpo que ofrecia á Napoleon el postrer recurso. Quizá no les fuera imposible emprender algo con mas armonia y arrojo, pero su situacion era muy ardua y su perplejidad naturalísima. A instancias del general Dode, se reunieron, despues de estar separados un momento, con el fin de operar juntos, y aguardaban en Czereia, á dos marchas del camino que seguia Napoleon y hácia la derecha, sus órdenes definitivas. Estas órdenes iba á pedir el general Dode, despues de exponer con exactitud suma cuanto habia pasado á orillas del Dwina (1).

Si se hace memoria de los lugares ya descritos, se comprenderá facilmente la situacion de Napoleon en este instante. Al marchar sobre Moscou habia pasado por el espacio que dejan abierto el Dwina y el Dnieper entre Witebsk y Esmolensko. A la ida tenia el Dwina á su izquierda y el Dnie-

(1) La parte que el general Dode tuvo en estos sucesos y las escenas de que fué testigo, se han presentado de la manera mas diversa y mas inexacta, lo cual se explica porque jamás dió comunicaciones precisas sobre punto tan importante de la historia. Este hombre respetable y veraz, uno de los mas ilustrados y de los mejores de nuestros dias, ejecutor con el mariscal Vaillant del magnifico monumento levantado en las fortificaciones de Paris á la defensa de Francia, tuvo la bondad de escribir y de enviarme el año de 1849, poco antes de su fallecimiento, una relacion minuciosa de cuanto vió en la época del paso del Berezina. Tambien el general Corbineau tuvo la bondad de hacer lo propio algunos años antes, y de sus relaciones, firmadas de su puño y muy fidedignas, tome la mayor parte de los hechos que voy á referir ahora.

per á su derecha; y por el contrario, á la venida tenia el Dnieper á su izquierda y el Dwina á su derecha, y acababa de pasar la abertura entre Esmolensko y Witebsk, puesto que se encontraba en Orscha. Pero mas allá el Dwina y el Dnieper se juntaban hasta cierto punto de una manera accesorio por una línea de agua continúa, ya canal, ya río, que consiste en el Oula, afluente del Dwina, en el canal de Lepel, que une el Oula al Berezina, y finalmente en el mismo Berezina, que desagua en el Dwina mas abajo de Rogaczew. Por tanto era necesario forzar esta segunda línea. Sobre su izquierda, antes su derecha, veia Napoleon á Tchitchakoff dueño de Minsk y de sus vastos almacenes, pronto á apoderarse del puente de Borisow sobre el alto Berezina. Sobre su derecha, antes su izquierda, veia á Wittgenstein y á Steinghel pronto á aprovecharse de la primera falsa maniobra de los mariscales Oudinot y Victor, para seguir el Oula, ganar el alto Berezina y dar la mano á Tchitchakoff, y á su espalda á Kutusof con el grande ejército ruso. Muchas probabilidades habia de pe-
recer y poquisimas de salvarse. Sin embargo, en medio de todas sus penas, tuvo Napoleon un consuelo, y fué el de saber que los cuerpos de Oudinot y Victor, aunque muy debilitados por el fuego, las marchas y el frio, contaban todavía veinte y cinco mil hombres, animados del mejor espíritu, conservando toda su disciplina, y que unidos á los soldados que aun le quedaban con armas, podian poner bajo su mano una fuerza de cincuenta mil hombres, que, hábilmente dirigida, tenia una especie de martillo, con que sabia golpear alternativamente á todo el que osara acercársele. A la

verdad era necesario manejarlo con destreza, bien que sobre este punto se podia tener en el plena confianza, pues nadie le igualaba en el arte de maniobrar concéntricamente entre enemigos separados unos de otros, y despues de un instante de confusion y de abatimiento habia recuperado toda la energia de sus poderosas facultades.

A pesar de lo horroroso de su situacion lisonjéose aun de salir del aprieto, mediante una pos-
trera y quizá brillante victoria. Sin criticar al general Dode lo que habia hecho, le ordenó que tornara cerca de los dos mariscales, y prescribiera á Oudinot que se trasladara sin demora y por un movimiento trasversal de derecha á izquierda, de Czereia á Borisow, á fin de sostener allí á los polacos y de ayudarles á conservar el puente del Berezina, y á Victor que permaneciera sobre la derecha, enfrente de Wittgenstein y de Steinghel, los contuviera haciéndoles temer una maniobra del grande ejército en su contra, y le diera asi espacio para llegar al Berezina. Si, como debia esperarlo, se observaban estas instrucciones, siendo alejado Tchitchakoff de Borisow por Oudinot, y contenido Wittgenstein por Victor, se podia ganar oportunamente el Berezina, pasarlo juntando á Victor y á Oudinot, recuperar á Minsk con sus almacenes, de los cuales solo habia podido consumir Tchitchakoff una pequeníssima parte, incorporarse á Schwarzenberg, hallarse de esta suerte á la cabeza de noventa mil hombres y en aptitud de abrumar á uno ó dos de los tres ejércitos rusos, y terminar con una victoria una campaña brillante hasta Moscou, calamitosa desde Malo-Jaroslawetz, bien que destinada quizá á tornar á ser brillante y hasta

triumfal en su último período. Aun cuando ya desconfiado respecto de la fortuna, no desesperó Napoleón de realizarse en el postrer momento, y al despedir al general Dode lució como un rayo de satisfacción en su rostro, y emprendió la marcha desde Orscha á Borisow sin tardanza.

De Orscha trasladóse el 20 de noviembre al castillo de Baranoui: el 21 fué á Kokanow, y salió para Bobr al día siguiente. Aunque siguiera el tiempo muy frío, algo había alojado de su rigor extremado; pero no se pasaba mejor á pesar de todo.

Los soberbios álamos alzados á los bordes del camino dejaban caer gota á gota la nieve y la escarcha de que estaban cubiertos, y los soldados marchaban entre el lodo expuestos á una humedad que hacía el frío mas penetrante. Por lo que hace á los carros de la artillería rodaban muy trabajosamente por medio de aquel fango medio helado. Así, a pesar de los inconvenientes de una temperatura rigorosa, mas valieran un terreno sólido y ríos helados, y mas ahora que el primer interés era andar de prisa. Pero ya no se podía contar ni con el infortunio, y parecía que marchábamos bajo sus golpes como se marcha bajo la metralla delante de un enemigo, cuando es cosa resuelta el ataque.

Llegado el 22 á Toloczín al medio día, recibió Napoleón un despacho de Borisow, donde se le comunicaba la mas cruel de las noticias, que los generales Bronikowski y Dombrowski, despues de haber defendido de una manera obstinada la cabeza de puente de Borisow sobre el Berezina, y rechazado muchos asaltos, y perdido dos ó tres mil hombres, y causado al enemigo una pérdida igual

por lo menos, y herido ó muerto á oficiales de los mas distinguidos, especialmente al general ruso Lambert, se habian visto obligados á retirarse detrás de la ciudad de Borisow y á abandonar el puente del Berezina. Se hallaban sobre el camino real que se seguía y á marcha y media por delante. Con efecto, solo se distaba algunas leguas del enemigo que nos obstruía el camino del Berezina, y sin poseer ya el único puente por donde se podía cruzarlo. ¡Cómo echar uno con los pocos medios de que se disponía, sobre todo con tan escaso tiempo, teniendo á la izquierda á Tchitchakoff victorioso, que se nos podía echar encima para destruir nuestras obras; á la derecha á Wittgenstein, que no dejaría de cogernos de flanco mientras probáramos á trasladarnos de orilla á orilla, y detrás finalmente á Kutusof, que, segun todas las probabilidades, debia acometernos por la cola, al par que los otros generales rusos nos atacaran de frente ó por el costado! Jamás se habia pasado por situacion tan horrorosa, y mas si se compara al grado de fortuna de que se habia caído desde el paso del Niemen por Kowno en el anterior mes de junio. ¡Qué caída tan espantosa en cinco meses!

Al recibir Napoleón este despacho, se apeó del caballo, leyólo con una emocion de que no dejó traslucir nada, dió algunos pasos hácia una hoguera de bivaque acabada de encender sobre el camino real y descubriendo al general Dode, de vuelta del encargo con que habia ido adonde estaban los mariscales Oudinot y Victor, le ordenó que se aproximara. Tan luego como le tuvo cerca, mirándole Napoleón con indefinible expresion de ojos, le dirigió estas solas palabras:—*Ahí los tenemos....*

refiriéndose á las conversaciones anteriores entre el general y el emperador, y que significaban en suma.—Los rusos están en Borisow.—Entonces Napoleon entró en una choza, y desarrollando sobre una mesa de campesino el mapa de Rusia, se puso á discutir con el general Dode acerca de los medios de salir de aquella situacion casi sin escape. Napoleon estaba afectado, pero no abatido. Unas veces se mostraba atento á la conversacion, otras parecia ausente de ella, escuchaba sin oír, miraba sin ver, y luego volvía á su interlocutor y al asunto que les ocupaba. Al general Dode, espíritu firme aunque modesto, dejó la iniciativa del partido que debia adoptarse. Este conocía el curso del Berezina, que por ambas márgenes tiene una zona de pantanos de muchos miles de toesas de anchura, y sostuvo ante el emperador que era forzoso renunciar al paso por Borisow mismo, á causa de que los rusos quemarian el puente de esta ciudad, si no podian defenderlo, y tambien por mas abajo de Borisow, á causa de que, á medida que se descendía por junto al Berezina, se hallaba el pais mas cubierto de maleza y mas cenagoso. No solo encontraran cortados los puentes sobre las aguas corrientes, sino tambien los echados sobre los pantanos, mucho mas largos y de paso mas penoso. Por el contrario, remontando el Berezina hácia el punto de su confluencia con el Oula, en las cercanías de Lepel, se hallarian parages por donde corre sobre arenas, dentro de un lecho poco hondo, y se pasaria con el agua á la cintura. Afirmaba el general Dode que nunca el décimo cuerpo, al cual estaba agregado, se habia visto embarazado en sus numerosos movimientos. De consiguiente

propuso al emperador apoyar hácia la derecha, atraer á Victor y á Oudinot al remontar el Berezina, atropellar á Wittgenstein y á sus tropas, y volver á entrar en Wilna por el camino de Gloubokoe, despues de terminado este rodeo.

A pesar de cuanto se le manifestaba, aun no habia podido Napoleon apartar la mente del camino de Minsk, el mas hermoso, el mejor provisto, y por donde estaba seguro, no solo de que se le incorporaran Victor y Oudinot, que ya casi se le habian unido, sino tambien al príncipe de Schwarzenberg y á Reynier, con lo cual podria operar una concentracion de fuerzas de noventa mil soldados armados. Dos objeciones hacia á la propuesta del general Dode: primera la longitud del rodeo que le alejaba de Wilna, exponiéndole á que allí le tomaran los rusos la delantera: segunda el encuentro probable en la direccion esta con Wittgenstein y Steinghel, á quienes Victor y Oudinot no habian podido vencer por sí solos. El general Dode respondía que verosimilmente se evitaria el encuentro con aquellos dos gefes, y que á mayor abundamiento no tendrían hácia las fuentes del Berezina un terreno tan fácil de defender como á las márgenes del Oula, ni tampoco se atreverian á mantenerse firmes cuando vieran á Napoleon y á los mariscales Victor y Oudinot reunidos. A todo esto, y mientras se discutía, Napoleon, que no necesitaba de que se le respondiese, porque de antemano se habia hecho cargo de todas las respuestas que daba de sí el asunto, examinaba el mapa tendido ante sus ojos, sin casi escuchar las palabras del general Dode, seguía con el dedo el curso del Berezina, luego el del Dnieper, y hallando con la

vista á Pultawa, exclamó de pronto.—¡Pultawa, Pultawa!—Después dejando allí el mapa, y andando por la mezquina pieza donde se verificaba esta entrevista, se puso á repetir varias veces.—¡Pultawa, Pultawa!—sin mirar á su interlocutor y aun sin hacerle caso. Conmovido el general Dode por este espectáculo extraordinario, guardaba silencio, y contemplaba con cierta mezcla de dolor y sorpresa al nuevo Carlos XII, cien veces mas grande que el antiguo, pero tambien cien veces mas desgraciado, y reconociendo á la sazón su verdadero destino. A este punto de la entrevista llegaron Murat, el príncipe Eugenio, Berthier y el general Jomini, que, siendo gobernador de la provincia durante la campaña, habia hecho como el general Dode un estudio reflexivo de los lugares, y era muy capaz de dar un consejo. Por modestia creyó el general Dode que debía retirarse, y salió de allí sin que lo echara de ver Napoleon, siempre distraido. Fijándose éste en el general Jomini, le dijo.—Cuando nunca se han experimentado reveses, se deben experimentar grandes como lo ha sido la fortuna.—Después quiso oír la opinion de este jefe, el cual pensaba lo mismo que el general Dode en punto á la imposibilidad de pasar por mas abajo de Borisow el Berezina, pero creia muy largo y muy fatigoso para un ejército ya extenuado el remontarse para irlo á cruzar hacia sus fuentes. Según los informes del pais entendia que era posible pasarlo en derecha, algo mas arriba de Borisow, y tomar desde allí el camino de Smorgoni, el mas corto para ir á Wilna y el menos devastado por los ejércitos beligerantes. Pronto acreditó el suceso que este dictámen era muy sano. Sin combatirlo

Napoleon, pues apenas prestaba oídos, de súbito pareció trasladarse mentalmente á la época de sus mas brillantes operaciones, y quejándose de todo el mundo, andando y hablando con una animación extraordinaria, se puso á decir que, si no estuvieran abatidos todos los corazones, (y al pronunciar estas palabras parecia como si se fijara en sus principales lugartenientes, presentes en torno suyo) se podría ejecutar una excelente maniobra, cual era la de remontarse hácia el alto Berezina, según el general Dode lo aconsejaba, y en vez de aspirar solo al paso del rio, lanzarse sobre Wittgenstein, acosarlo y hacerle prisionero. Añadia que, si al volver á entrar en Polonia, después de grandes desdichas, llevaba consigo prisionero á pesar de todo un ejército ruso, la Europa reconoceria á Napoleon, al grande ejército y la fortuna del imperio. Exaltándose su imaginación á medida que se expresaba de este modo, embellecia con mil pormenores, que la hacian verosímil, esta hipótesis con la que se consolaba de su actual penuria. Limitóse el general Jomini á responderle que este excelente movimiento seria ejecutable sin duda, pero en Italia, en Alemania, en países donde se hallara de que vivir por donde quiera, con un ejército sano y vigoroso, no extenuado completamente por largas privaciones. Aun hubiera podido añadir, si fuera oportuno el instante, que á menudo el que halla enervados los caracteres es la causa única de este enervamiento, y se parece al imprudente ginete que mata de fatiga al caballo destinado á llevarle.

Napoleon no hizo mas caso de las observaciones expuestas que de los brillantes ensueños á que acababa de abandonarse, y que no eran mas que

los preliminares por donde su poderoso espíritu iba á llegar á su determinacion verdadera. Efectivamente, su partido estaba adoptado con aquel tacto, con aquel discernimiento que eran infalibles, cuando no le estraviaban tristes arrebatos, y á la verdad el peligro era harto grande para preservarse de errores. Despues de oir al general Dode, le parecia imposible pasar hácia la izquierda, por mas abajo de Borisow. De la opinion del general Jomini participaba en lo de que, pasar hácia la derecha y por mas arriba, era muy largo y le exponia á que en Wilna se le ganara por la mano. Penetrar por delante y en derecha para ir á Wilna por el camino mas corto, y anticiparse á todos los que le amenazaban por el flanco y por la espalda, era el mejor, el mas juicioso de todos los planes, bien que el mas modesto. Pero la dificultad era enorme, pues se necesitaba arrebatar el puente de Borisow á los rusos, ó echar otro en las inmediaciones, á pesar de todos los enemigos que nos estrechaban de cerca; dos empresas de realizacion poco probable, á no lograr un golpe de fortuna como los que Napoleon habia logrado en sus mejores dias. No desesperó de alcanzarlo, y resolvió ir en derecha sobre el Berezina, empujar vivamente á Oudinot sobre Borisow, á fin de recuperar este punto, y si no lo conseguia, tratar de echar un puente en las inmediaciones.

Dirigió las instrucciones convenientes á Oudinot, que precisamente llegaba sobre nuestra derecha, y encaminóse personalmente á Bobr para vigilar por sí mismo la ejecucion de sus voluntades. El interés de no ser cogido con todo su ejército le hizo recuperar toda la actividad de sus mejores

dias, y cesaba de aparecer como emperador para figurar como general. ¿Volveria á hallar con sus cualidades su antigua fortuna? Esto no era seguro, pero si posible.

Con efecto parece que en este momento, cansada la fortuna de tantos rigores, le deparaba un milagro para salvarle de las humillaciones postre-ras. Se ha visto que el mariscal Saint-Cir, despues de la evacuacion de Polotsk, habia destacado del segundo cuerpo al general Wrede, para oponerle á Steinghel, y que el general bávaro, por su gusto ó por las circunstancias, se habia dejado aislar del segundo cuerpo y confinar en las cercanias de Gloubokoe. Junto á si habia conservado la division de la caballeria ligera del general Corbineau, division compuesta de los regimientos 4.º y 20.º de cazadores y del 8.º de lanceros, que el segundo cuerpo echaba mucho de menos y reclamaba con instancia. Partido de Gloubokoe el 16 de noviembre para reunirse al segundo cuerpo, el general Corbineau habia llegado sucesivamente á Dolghinow, á Pletchenitzi, á Zemin, muy cerca de Borisow, y habia caido en medio de las partidas enemigas lanzadas por el almirante Tchitchakoff hácia adelante, para traladarse con Wittgenstein sobre el alto Berezina. Entre el número de estas partidas se contaba un cuerpo de tres mil cosacos, á las órdenes del ayudante de campo Chernizeff, que el emperador Alejandro acababa de enviar alternativamente á Kutusof, á Tchitchakoff, á Wittgenstein, para comunicarles el famoso plan de operar sobre las espaldas de Napoleon, y para atraerles á caminar de acuerdo. Habiéndose apartado el ayudante Chernizeff de Tchitchakoff, que se

hallaba sobre la derecha del Berezina, remontaba este río y buscaba un paso para ir en busca de Wittgenstein á la orilla izquierda, y concertar las fuerzas todas contra Napoleon, que se encontraba á la misma parte. Al paso tuvo la buena fortuna de librar al general Wintzingerode, y por una casualidad, no menos feliz para él, tropezó de pronto con el general Corbineau. Este, que bajo las apariencias mas sencillas juntaba á una sagacidad suma un valor á toda prueba, no se aturdió á pesar de no tener mas que setecientos caballos, desembarazóse á sablazos de sus acometedores, é hizo punta hasta muy cerca de Borisow, donde ya habian entrado los rusos. Hallándolos ahora delante, y habiéndolos dejado la vispera á la espalda, no le ocurrió mas que una manera de salir del aprieto, la de cruzar el Berezina, para incorporarse al grande ejército, donde hallaria refugio seguro. No sospechaba que, anhelando salvarse, le salvaria, y que tan debilitado se hallaba de ginetes, que los setecientos puestos bajo su mando le serian de grande ayuda. A lo largo de la orilla derecha del Berezina y mas arriba de Borisow fué á buscar un vado practicable, cuando descubrió á un paisano polaco, que acababa de cruzarlo. Por indicacion suya vino en conocimiento de que frente por frente de la aldea de Studianka, tres leguas mas arriba de Borisow, habia un punto, por donde podian pasar los caballos con el agua hasta los hijares. Negruzco y fangoso el Berezina arrastraba enormes témpanos muy peligrosos. No obstante formó en columna cerrada el general su caballeria, metióse en el agua y pasó el río, sin perder mas que unos veinte hombres, arrastrados por los témpanos.

nos. Contento de haber superado este obstáculo, ganó al galope á Lochnitza, y finalmente á Bobr, donde halló al mariscal Oudinot, cortando el camino de Esmolensko á este punto, para trasladarse á Borisow. A su mariscal dió cuenta el general Corbineau de lo que le habia sucedido, y seguidamente unióse al segundo cuerpo á que pertenecia. Casi al mismo tiempo se lanzaba el mariscal Oudinot sobre Borisow de improviso, cogia de sorpresa y envolvía la vanguardia del conde de Pahlen, hacia quinientos ó seiscientos prisioneros, mataba ó heria á igual número de hombres, se apoderaba de muchos centenares de carros de bagages, tomaba la ciudad, y despues caia sobre el puente, quemado por los rusos, que, desesperados de defenderlo, se dieron presurosamente á la fuga. Se hallaba pues Borisow en manos del segundo cuerpo, sin que nuestra situacion mejorara, como que estaba quemado el puente sobre el Berezina; pero el descubrimiento inesperado del general Corbineau hacia lucir un rayo de esperanza, y así el mariscal Oudinot despachó al general á Bobr, en donde el emperador se encontraba.

Napoleon conocia y estimaba á los hermanos Corbineau, el mayor de los cuales habia muerto en Eylau á su lado. A este le arrojó como á un enviado del cielo, le preguntó á la larga, le hizo describir minuciosamente los lugares, explicar la posibilidad de pasar el río por Studianka sobre simples puentes de caballetes, y resolvió sin demora hacer la prueba. Al punto volvió á enviar el general Corbineau cerca de Oudinot, con orden de empezar de seguida y muy secretamente los preparativos del paso por Studianka, mas arriba de Bori-

sow, bien que haciendo por mas abajo de esta ciudad muy aparentes demostraciones, de manera de engañar á Tchitchakoff y de distraer su atencion del verdadero punto por donde se intentaba el paso. Con efecto, no bastaba haber hallado milagrosamente un parage, por donde la poca hondura del Berezina permitia que se pasara, era forzoso que el trabajo á que se iba á poner mano permaneciera oculto á los ojos del enemigo el tiempo suficiente, para que hubiese medio de trasladar á la otra orilla fuerzas capaces de contener á los rusos acudidos por aquel gefe, y de impedirles que se opusieran al paso. Hasta se previno por Napoleon á Oudinot que esparciera en el ejército la voz de que por mas abajo de Borisow se debia pasar el rio, á fin de atraer hácia alli á la muchedumbre de rezagados y de hacer completa á los ojos del enemigo la ilusion única que podia salvarnos.

Despidiéndose el general Corbineau de Napoleon el 23 de noviembre ya muy tarde, encaminóse muy de prisa á unirse á Oudinot, y ateniéndose este á las órdenes que acababan de llegarle desde el 24 por la mañana empezó las demostraciones prescriptas mas abajo de Borisow, y luego, aprovechándose de la noche y de los bosques extendidos á la márgen del Berezina, envió secretamente al general Corbineau con todos sus pontoneros á comenzar los trabajos del paso por Studianka. Grande y ardua era la tarea, pues habia que encontrar maderas preparadas ó prepararlas, acomodarlas, fijarlas en el agua, y todo á la vista de las avanzadas de Tchitchakoff, que, despues de la pérdida de Borisow, se habia quedado á la otra orilla, y tenia vigias hasta frente por frente de Studian-

ka. De consiguiente habia cien probabilidades contrarias y una ó dos favorables.

Durante este tiempo trasladóse Napoleon el 24 á Lochnitza sobre el camino de Borisow, proponiéndose llegar el 25 con la Guardia á este punto, para confirmar á los rusos en la idea de que se queria pasar por mas abajo de esta ciudad, habiéndose resuelto por el contrario pasar hácia mas arriba, esto es, por Studianka, y dirigirse allí secretamente por un camino de travesia. Al mariscal Davout, que despues de la batalla de Krasnoe formaba de nuevo la retaguardia, expidió la orden de acelerar la marcha, á fin de realizar cuanto antes el paso del Berezina, si se lograban los medios de cruzarlo, mas lo primero de todo envió al general Eblé con los pontoneros y su material á Studianka en derechura, para ejecutar la construccion de los puentes, que solo habian podido empezar los pontoneros del segundo cuerpo.

Llegada era la hora en que el respetable general Eblé iba á coronar con un servicio inmortal su carrera. Del material que Napoleon hizo destruir en Orscha salvó seis cajones llenos de herramientas, de clavos, de ganchos, y finalmente de todo el herage necesario para la construccion de puentes de caballetes, y dos fraguas de campaña. Teniendo buenos tiros éstos diversos carros podian caminar de prisa. En su prevision profunda se habia reservado el general Eblé dos carros de carbon para forjar sobre el terreno las piezas de que necesitara. Cuatrocientos pontoneros probados le quedaban de su cuerpo, y sobre ellos habia conservado un imperio absoluto. Eblé y Larrey eran los dos hombres de bien, á quienes todo el ejército seguia

respetando y oyendo, aunque le pidieran cosas casi imposibles.

Partió pues el general Eblé el 24 de noviembre por la noche de Lochnitza para Borisow con sus cuatrocientos hombres, seguido del hábil general Chasseloup, que aun tenia zapadores, bien que sin ningun resto de material, y que era digno de asociarse al ilustre gefe de nuestros pontoneros. Toda la noche caminaron, y llegaron el 25 á Borisow á las cinco de la mañana. Allí dejaron una compañía para hacer los engañosos aprestos del paso por mas abajo de esta ciudad, y metiéronse de seguida por entre los pantanos y los bosques, para remontar por un movimiento hácia la derecha la márgen del rio hasta Studianka. No se llegó á este punto sino la tarde del 25. Impaciente Napoleón quisiera que los puentes se echaran aquella misma noche, cosa imposible, aunque, trabajando toda ella, podian estar el 26, y de esto se trataba, á pesar de haber caminado las dos noches y los dos días anteriores. El general Eblé habló á sus gentes, les dijo que la suerte del ejército estaba en sus manos, les comunicó sus nobles sentimientos, y obtuvo la promesa de la adhesión mas absoluta. Menester era, con un frío que de nuevo habia arceciado, que trabajaran dentro del agua toda la noche y todo el otro día, en medio de enormes témpanos, quizá bajo las balas del enemigo, sin una hora de descanso, ni tiempo apenas para tragar, en vez de pan, carne y aguardiente, un poco de caldo sin sal. A este precio se podia salvar el ejército. Se lo prometieron los pontoneros á su general, y vâse á ver cómo se desempeñaron de su palabra.

Ya los pontoneros enviados por el mariscal Ou-

dinot habian preparado algunos caballetes, pero no tenían la misma experiencia que los del general Eblé, y fué preciso volver á empezar el trabajo. Para que le ayudaran tenia el general Eblé oficiales dignos de asociarse á su obra, especialmente su gefe de estado mayor Chapelle y el coronel de artillería Chapuis. No teniendo tiempo de derribar árboles ni de prepararlos, se recurrió á la infeliz aldea de Studianka, se demolieron las casas y se tomaron las maderas adecuadas á la construcción de puentes, se forjaron los hierros necesarios para su trabazon, y con los unos y las otras construyóse una serie de caballetes. Al asomar la aurora del 26 ya se estaba á punto de sumergir estos caballetes en el agua del Berezina.

Despues de trasladarse Napoleón de Lochnitza á Borisow y de pernoctar en la hacienda de Staro-Borisow, corrió al galope hácia Studianka el 26 por la mañana para asistir al establecimiento de los puentes. Llegado con sus lugartenientes Murat, Berthier, Eugenio, Caulaincourt, Buroc, todos los cuales tenían retratada la mas profunda ansiedad en su rostro, pues se trataba á la sazón de saber si el señor del mundo seria prisionero de los rusos al día siguiente, miraba trabajar, y no se atrevia á apretar á los hombres, que á la voz de su respetable general desplegaban toda su fuerza é inteligencia. No bastaba con sumergir osadamente y fijar en aquella agua glacial los caballetes, sino que era necesario dar cima á tan difícil obra á pesar del enemigo, cuyas avanzadas se veian en la orilla opuesta. ¿Acaso estaba solo con los cosacos ó con todo un cuerpo de tropas? ¿Habria solo que ahuyentar á algunos corredores ó que pelear

con un ejército entero en el momento del paso? Tal era la cuestión que importaba aclarar. El mariscal Oudinot tenía un ayudante de campo tan hábil como inteligente, y dotado además de raro denuedo. Este ayudante, que era el jefe de escuadrón Jacqueminot, seguido de algunos ginetes y llevando cada cual un cazador á la grupa, metióse á caballo en el Berezina. Ora vadeandolo, ora cruzándolo á nado, llegó á la otra orilla erizada de témpanos, que dificultaban aproximarse. Superadas estas dificultades, cayó sobre un bosquecillo ocupado por algunos cosacos, y lo señoreó de seguida. Solo se descubría muy corto número de enemigos, y el jefe de escuadrón Jacqueminot volvió á participar á Napoleon esta buena nueva. Sin embargo se necesitara de un prisionero para informarse mas exactamente de lo que habia que temer ó que esperar. Otra vez pasó el valiente Jacqueminot el Berezina, llevóse algunos ginetes arrestados, y con ellos se arrojó sobre un puesto raso, donde los que lo guardaban se estaban calentando alrededor de una gran hoguera, y apoderándose del sargento, le trajo al bosquecillo donde habia establecido su pequeña tropa. Despues le obligó á que montara á la grupa de su caballo, y pasando nuevamente el Berezina, le llevó á las plantas de Napoleon. Se interrogó al prisionero y se supo con una satisfaccion fácil de comprender que Tchitchakoff estaba con el grueso del ejército delante de Borisow, ocupado del todo en el supuesto paso de los franceses por mas abajo de esta ciudad, y que en Studianka solo habia un destacamento de tropas ligeras.

Forzoso era aprovecharse de estas propicias

coyunturas; mas aun no estaban concluidos los puentes. Tomando á la grupa el bizarro Corbineau con su brigada de caballería á cierto número de cazadores, metióse en el Berezina, cruzólo al modo que ya lo habia hecho, ora haciendo pié los ginetes, ora llevados á nado por sus caballos y á veces arrastrados tambien por el torrente. Cruzado el lecho del rio superó las dificultades que obstruian la orilla opuesta erizada de témpanos, y fué á establecerse con bastante fuerza al bosquecillo, que debia servirnos de apoyo. A la falta de artillería por aquella parte suplió Napoleon colocando en la orilla izquierda unas cuarenta bocas de fuego, que debian disparar sobre la otra por encima de la cabeza de nuestros hombres á riesgo de darlos; pero en situacion tan critica no habia que tomar en cuenta los inconvenientes. Terminada esta operacion primera, se podia abrigar la esperanza de señorear la orilla derecha hasta que, terminados los puentes, se trasladaran alli todas las tropas. Al parecer la estrella de Napoleon relucia, y sus oficiales, agrupados en torno suyo, le saludaron con una expresion de gozo, que no experimentaban ya hacia largo tiempo.

Ahora todo dependia del establecimiento de los puentes. Dos se proyectaba echar á cien toesas de distancia, uno á la izquierda para los carros, otro á la derecha para los peones y los ginetes. Cien pontoneros se habian metido en el agua, y ayudándose de pequeñas balsas construidas para este uso, empezaban á fijar los caballetes. Se helaba el agua y formábanse témpanos de hielo en rededor de sus espaldas, de sus brazos y de sus piernas que, adhiriéndose á las carnes, causaban muy vi-

vos dolores. Los padecian sin quejarse y hasta sin parecer afectados; tanto era su ardimiento. Por aquel parage no tenia el rio mas de cincuenta toesas de anchura, y con veinte y tres caballetes en cada puente se abarcaba de orilla á orilla. A fin de trasportar tropas al otro lado cuanto antes, se concentraron los esfuerzos en el puente de la derecha, el destinado á los peones y á los ginetes, y á la una de la tarde se encontraba ya practicable. Napoleon habia llevado el cuerpo de Oudinot á Studianka, reemplazándole en Borisow con las tropas que venian detrás. Al punto hizo pasar á la orilla derecha á las divisiones de Legrand y de Maison, á los coraceros de Doumerc, que componian el segundo cuerpo, agregando las reliquias de la division de Dombrowski, todo lo cual ascendia á cerca de nueve mil hombres. Muy cautamente se hicieron rodar dos bocas de fuego sobre el puente de los peones, y armado Oudinot con estos medios, arrojóse de pronto hacia la izquierda encima de algunas tropas de infantería ligera, que el general Tchaplitz, gefe de la vanguardia de Tchitchakoff, tenia por aquel punto. Vivo fué el combate, pero corto. Se mataron unos doscientos hombres al enemigo, y se pudo ocupar una buena posicion para proteger el paso. Empleando bien lo que aun quedaba del día 26 y toda la noche, habia tiempo de que pasaran tropas bastantes para hacer cara al almirante Tchitchakoff. Verdad es que por lo menos se necesitaban dos dias para que todo el ejército llegado á Studianka pasara los dos puentes, y en estos dos dias podia Tchitchakoff concentrarse en el punto del paso, con el fin de impedirnos desembocar sobre la orilla derecha. Por su parte Wittgenstein, que se

hallaba á la orilla izquierda como nosotros, podia arrollar á Victor y caer sobre nuestro flanco derecho, mientras Kutusof llegara á acometernos por la espalda. En este caso la confusion debia ser espantosa, y era de recelar que la tentativa del paso se convirtiera en un desastre. Sin embargo la mitad de nuestros peligros estaba superada por fortuna, y cabia esperar que la otra mitad se superara de igual modo.

Terminado estaba el segundo puente á las cuatro de la tarde, y Napoleon se empleó personalmente en hacer que desfilaran á la orilla derecha cuantos iban llegando. Por su parte no queria abandonar la orilla izquierda sino de los postreros. Sin tomar el general Eblé ni un solo instante de reposo, hizo que la mitad de sus pontoneros se acostaran sobre paja, á fin de que se pudieran relevar unos á otros en la penosa tarea de guardar los puentes, de mantener el orden sobre ellos, y de repararlos, si sobrevenian accidentes. En este dia se hizo pasar la Guardia de á pié y lo que aun quedaba de la de á caballo. Despues se empezó el desfile de los carros de la artillería. Por desgracia el puente de la izquierda, destinado á los carruages retemblaba bajo el peso enorme de los que se sucedian sin intermision alguna. Con la prisa no hubo tiempo de labrar á escuadra la madera que formaba el tablero del puente; se usaron simplemente los palos redondos ó troncos, que presentaban una superficie desigual, y para suavizar los resaltes á los carruages, se rellenaron los huecos con musgo, con cañamo, bálago y cuanto se pudo recoger en la aldea de Studianka; pero los caballos arrancaban con sus pies aquella especie de cama,

y viniendo á ser demasiado ásperos los resaltes, cedieron los caballetes fijados en los puntos menos sólidos del fondo, de consiguiente formó el puente ondulaciones, y á las ocho de la noche se hundieron tres caballetes con los carros que sustentaban, al lecho del Berezina.

Preciso fué que de nuevo pusieran nuestros heroicos pontoneros manos á la obra, y se volvieron á meter en el agua tan fria que el hielo roto se tornaba á cuajar al instante. Habia que romperlo á hachazos, y meterse en el agua para fijar otros caballetes á seis ó siete pies de hondura, y á veces de ocho en los parages donde habia cedido el puente. Solo era de cuatro á cinco pies la hondura por otros lados. Ya el puente volvió á estar practicable á las once de la noche.

El general Eblé, que tuvo cuidado de mantener despiertos á la mitad de sus pontoneros mientras dormian los otros, velando él de continuo, hizo construir caballetes de remuda para estar á todos los accidentes. Muy luego acreditó la cordura de esta precaucion el suceso. A las dos de la madrugada volvieron á ceder tres caballetes en el puente de la izquierda, el de los carruages, y por desgracia en el centro de la corriente, allí donde el rio tenia de siete á ocho pies de hondura. Necesario era trabajar de nuevo, y ejecutar esta vez la difícil obra en medio de las tinieblas. Ya no podian mas los pontoneros tiritando de frio y moribundos de hambre. El venerable general Eblé, que no tenia su juventud, ni la ventaja de haber tomado algun descanso, sufría mas que ellos, pero tenia la superioridad de su alma, y comunicosela con sus palabras. Apeló á su adhesion, les puso de mani-

fiesto el desastre seguro del ejército, si no llegaban á restablecer el puente, y su virtud fué oída. Con admirable celo pusieron manos á la obra. El general Lauriston, enviado por el emperador para averiguar la causa de este nuevo accidente, estrechaba la mano de Eblé con llanto en los ojos, y le decía.—Por favor, daos prisa; estas dilaciones nos amenazan con los mayores peligros.—Sin impacientarse por estas instancias, el anciano Eblé, que por lo comun tenia la aspereza de un alma fuerte y activa, le contestaba con dulzura.—Ya veis lo que estamos haciendo.... y volvía, no á estimular á sus hombres, que no lo necesitaban, sino á alentarlos, á dirigirlos, y á veces á sumergir su ancianidad en aquella agua helada, que apenas podia aguantar la juventud de ellos. A las seis de la mañana del 27 de noviembre quedó reparado este segundo accidente, y pudo tornar á empezar el paso el material de la artillería.

No habiendo tenido que sufrir las mismas sacudidas el puente destinado á los peones y á los ginetes, ni un solo momento dejó de estar practicable, y aquella noche del 26 al 27 de noviembre se hubiera podido hacer pasar á toda la masa desarraigada; pero el atractivo de algunas trojes, de un poco de paja, de algunos viveres hallados en Studdianka, retuvo á gran parte á la orilla izquierda del rio. Aunque el frio, que habia arreciado, no fuera aun bastante á detener el agua corriente, ya todos los pantanos de las inmediaciones del rio estaban helados, lo cual fué una fortuna, pues, sin esta circunstancia, no se pudiera cruzarlos. Se encendieron pues sobre el hielo de los pantanos miles de hogueras, y por no ir á correr á otro punto la

eventualidad de bivaques menos soportables, diez ó quince mil individuos se habían establecido á la orilla izquierda sin querer abandonarla, de modo que el descuido de los peones hizo inútil el puente de la derecha, al par que las dos rupturas ocurridas una tras otra hacian inútil el de la izquierda durante aquella noche del 26 al 27 de noviembre. ¡Tiempo precioso, cuya pérdida se debía sentir amargamente!

Con todo lo que pertenecía á su cuartel general cruzó Napoleon los puentes el 27 por la mañana, y fué á alojarse á una pequeña aldea, la de Zawnicki sobre la orilla derecha, detrás del cuerpo del mariscal Oudinot. Todo el día se mantuvo á caballo para acelerar personalmente el paso de los diversos destacamentos del ejército. Este día pasaron los que aun quedaban del cuarto cuerpo del príncipe Eugenio, del tercero del mariscal Ney, del quinto del príncipe Poniatowski, del octavo de los westfalianos. Apenas eran dos mil hombres de cada uno de los dos primeros, y quinientos ó seiscientos de los dos segundos, es decir, doscientos ó trescientos hombres armados por regimiento, persistiendo en mantenerse con sus oficiales alrededor de sus águilas, que conservaban preciosamente como el depósito de su honor. Progresos espantosos habia hecho desde Krasnoe la desorganizacion por efecto de la laxitud creciente, que era causa de que muchos soldados, aun de los de buena voluntad, se quedaran rezagados, y de que una vez asi permanecieran maquinalmente entre el inmenso tropel de hombres que iban sin armas.

A la caída de la tarde llegó el primer cuerpo á las órdenes de su gefe, el mariscal Davout, que des-

de Krasnoe habia vuelto á empezar á dirigir la retaguardia. Este era el único que conservaba algo de continente militar. La inmortal division de Friant, ahora de Ricard, habia perecido casi toda en Krasnoe, y sus restos seguian confusamente al primer cuerpo. Las otras cuatro divisiones presentaban tres ó cuatro mil hombres, pero armados, agrupados enredador de sus banderas y llevando su artillería. Mas triste el mariscal Davout que de costumbre, experimentaba una especie de sublevacion interior al ver al ejército reducido á tal estado; de ser menos sumiso, diera suelta á su enojo. Los lisonjeros, que no habian perdido su costumbre de adular ni aun en situacion tan horrorosa, pintaban á Napoleon la tristeza del mariscal como una debilidad, y exaltaban á porfia la excelente salud, el buen humor del mariscal Ney, cuya resistencia á todas las miserias era admirable sin duda. Para adular bien á Napoleon entonces, era menester no tener frio, ni hambre, ni sueño, ni rastro alguno de enfermedad. Por desgracia no todas las saludes se prestaban á este género de lisonja.

Despues de retrogradar lentamente delante de Wittgenstein el cuerpo del mariscal Victor, que era el nono, disputándole el terreno palmo á palmo, acababa de replegarse cubriendo al grande ejército. Se habia situado entre Borisow y Studianka, de manera propia á proteger estas dos posiciones. Ya se habia previsto que seria poco perturbado el paso durante los dos primeros dias, el 26 y el 27, porque ignorando Tchitchakoff á la orilla derecha el verdadero punto del paso, aspiraba á estorbarnoslo mas abajo de Borisow, y no habiendo tenido aun tiempo de juntarse á la orilla izquierda.

Wittgenstein y Kutusof no nos estrechaban muy de cerca. Probablemente no sería tan tranquilo el paso el día 28, en que mejor informado Tchitchakoff nos atacaría violentamente sobre la orilla adonde habíamos empezado á descender, y en que llegados al cabo Kutusof y Wittgenstein sobre nuestro flanco y nuestra espalda, nos atacarían no menos violentamente en la orilla que acabábamos de abandonar. Con razon esperaba Napoleon que el día decisivo sería el 28, en que Tchitchakoff aspiraría á arrojar al Berezina la cabeza de nuestra columna, mientras Wittgenstein y Kutusof se esforzarían por arrojar allí la cola. No repitiendo aquí la falta cometida en Krasnoe de una retirada sucesiva, estaba resuelto á que se salvaran ó perecieran todos juntos, y de consiguiente destinó á Oudinot, que había pasado el primero, á Ney y á la Guardia, que habían pasado despues de Oudinot, á contener á Tchitchakoff, y á Victor á sustentar el fin del paso con el cuerpo nono. Poniendo siempre extremado esmero en engañar á Tchitchakoff, previno al mariscal Victor que dejara en Borisow á la division de Partouneaux francesa, y ya reducida por las marchas y los combates de doce á cuatro mil hombres. Con la division polaca de Girard y la alemana de Daendels, no sumando las dos mas que nueve mil hombres y setecientos ú ochocientos caballos, debía el mariscal Victor cubrir á Studianka. Estos eran los que sobrevivían de los veinte y cuatro mil hombres, con que este mariscal había salido de Esmolensko para irse á juntar con Oudinot sobre el Oula. En un mes de marcha y en algunos combates habían desaparecido de diez á once mil hombres. Por lo demas su porte era excelente, y al

ver llegar el grande ejército, á quien envidiaban hacia poco, llenos de lástima preguntaban á aquellos soldados abrumados, que á fuerza de miseria habían perdido casi el orgullo, qué calamidades les habían cargado encima.—Pronto os vereis como nosotros, respondían tristemente los vencedores de Esmolensko y del Moskowa á la curiosidad de sus jóvenes camaradas.

Napoleon había completado sus disposiciones para el temido día 28, ordenando á Davout que, tan luego como pasara, se adelantase sobre el camino de Zemin, que era el de Wilna, á fin de que no tomaran la delantera los cosacos en muchos desfiladeros de este camino, con bosques y pantanos á un lado y otro.

Así se empleó el día 27 en cruzar el Berezina y en preparar una resistencia desesperada. Un tercer accidente sobrevino á las dos de la tarde, siempre en el puente de la izquierda. Pronto quedó reparado; pero llegando los carros en gran número detrás de los cuerpos, se agolpaban á este puente, y era por extremo difícil obligarles á no desfilar mas que uno á uno. Trabajo infinito costaba á los gendarmes de preferencia y á los pontoneros mantener el orden, y solo de la fuerza en su mas brutal manifestación hacían caso aquellos ánimos despavoridos.

Razon había para que se dieran prisa, y aun no se daban la bastante, sobre todo en el puente de los peones, pues se acercaba la hora de la crisis suprema. Vuelto en sí acudia al cabo el enemigo, engañado ó retrasado hasta entonces. No habiendo sabido estorbarnos echar los puentes iba á acometernos en el momento en que aun no habíamos aca-

bado de pasarlos, y en que estábamos repartidos á las dos márgenes del Berezina. Por fortuna Tchitchakoff se habia engañado completamente acerca del punto que debia servirnos de paso. Llegando por el camino de Minsk, habiéndose podido vencer por sus propios ojos de los esfuerzos que habiamos dedicado á abastecernos por este punto, debió considerar á Borisow y á Minsk como los puntos por los cuales volveria Napoleon hácia Wilna. La presencia del principe de Schwarzenberg en las inmediaciones de este camino era una razon mas para que creyera que lo tomaria Napoleon para incorporarse la hueste austro-sajona. Añádase que, informado Kutusof por las relaciones de los espías de que el camino de Minsk era el del ejército francés, le advirtió que estuviera alerta hácia Borisow y por mas abajo. Para Tchitchakoff, que á la vez tenia en Kutusof un gefe y un enemigo, desde que le reemplazó en Oriente, era de grande importancia este aviso. Engañarse con Kutusof tenia excusa; engañarse solo carecia de ella. Finalmente las demostraciones de paso ordenadas por Napoleon hácia mas abajo de Borisow, fueron la última causa de su engaño, y habiendo insinuado el general Tchaplitz al almirante Tchitchakoff los preparativos que descubria en Studianka, estos, los únicos formales, fueron considerados por aquel gefe como simples demostraciones destinadas á ilusionarle. Asi no le tuvimos encima el 26 ni el 27, concentrado como se hallaba mas abajo de Borisow. Con todo, habiendo visto muy á las claras las tropas ligeras del general Tchaplitz el paso de un ejército la tarde del 26 y la mañana del 27, acabó por desengañarse el general del ejército de Orien-

te, y resolvió atacarnos con violencia sobre la orilla derecha. Mas no queriéndolo hacer sino en combinacion con los otros dos ejércitos rusos situados á la orilla izquierda, apresuróse á comunicarse con ellos, y les propuso un ataque enérgico y simultáneo para el día 28. Sobre el punto de paso elegido por los franceses debia llevar el grueso de sus tropas, y procurar arrollar sobre el Berezina á cuantos lo habian cruzado, mientras Kutusof y Wittgenstein probaran á precipitar allí á cuantos quedaban por trasladarse á la otra orilla. A fin de enlazar sus movimientos, ideó Tchitchakoff hacer que pasara su retaguardia por los restos del quemado puente de Borisow, y ponerse en comunicacion con Kutusof y Wittgenstein por este medio. Podia disponer de unos treinta ó treinta y dos mil hombres, entre ellos diez ó doce mil de caballeria, que no ofrecian ventaja sobre el terreno donde se iba á trabar la pelea.

Por lo que hace á Kutusof y á Wittgenstein su situacion era la siguiente. Kutusof, que creia haber desempeñado su tarea con entregar en Krasnoe á Napoleon casi vencido á los dos ejércitos rusos, del Dwina y del Dnieper, y que por otra parte no sentia el mas remoto deseo de contribuir á la gloria de Tchitchakoff, y hallaba extenuados á sus soldados, se detuvo junto al Dnieper, en Kopis, á fin de proporcionar algun descanso á sus tropas, y de restituirles algo de conjunto, porque tambien se hallaban en un estado muy miserable. Se habia pues contentado con enviar mas allá del Dnieper á Platow, á Miloradowitch y á Yermoloff con una vanguardia de cerca de diez mil hombres. Llegadas á Lochnitza estas tropas, se hallaban prontas

á contribuir con Tchitchakoff y Wittgenstein á la destruccion de la hueste francesa. Habiendo seguido Wittgenstein lo mismo que Steinghel al cuerpo del mariscal Victor, se hallaba á espaldas de este con unos treinta mil hombres y dispuesto á caerle encima con todas sus fuerzas para arrojarle al Berezina. A setenta y dos mil hombres ascendian por tanto, sin contar los treinta mil con que se habia quedado atrás Kutusof, los que iban á caer por la espalda sobre los doce ó trece mil hombres de Victor, y por el frente sobre los nueve mil de Oudinot y los siete ú ocho mil de la Guardia. Eugenio, Davout, Junot, todos en marcha hácia Zemin, no estaban en aptitud de servir sobre este punto, y veinte y ocho ó treinta mil hombres, repartidos á las dos márgenes del Berezina y molestados por cuarenta mil rezagados, iban á habérselas de frente y por la espalda con setenta y dos mil hombres durante la difícil operacion del paso de un rio.

Esta lucha terrible comenzó el 27 por la noche. La infortunada division francesa de Partouneaux, la mejor de las tres de Victor, recibió órdenes de Napoleon para mantenerse aun todo el día 27 delante de Borisow, á fin de contener y de engañar allí á Tchitchakoff. En esta posicion estaba separada del resto de su cuerpo, que se hallaba concentrado en rededor de Studianka, por tres leguas de bosques y de pantanos. De consiguiente era de temer que fuese cortada de resultas de la llegada de las tropas de Platow, de Miloradowitch y de Yermoloff, que nos habian seguido por el camino real de Orscha á Borisow. Esta triste circunstancia, tan fácil de prever, se habia realizado en efecto, y operando la vanguardia de Miloradowitch

su union con Wittgenstein y Steinghel sobre el camino de Orscha, se interpuso entre la division de Partouneaux, situada en Borisow, y las dos divisiones de Victor, encargadas de cubrir á Studianka. Cortada estaba pues la infeliz division de Partouneaux, á no ser que, siguiendo á lo largo del Berezina por entre bosques y pantanos, consiguiera unirse al cuerpo de Victor por el camino que Oudinot habia tomado el día antes para remontarse á Studianka. Durante la noche del 27 echó de ver el general Partouneaux la situacion esta, que, peligrosa de suyo, se hacia mas desesperada de hora en hora. En el instante en que se sentia asaltado por el camino de Orscha, vióse de repente acometido del otro lado por las tropas de Tchitchakoff, que probaban á pasar el Berezina sobre los restos del puente de Borisow. A los inmensos peligros de que estaba amenazado se agregaba el embarazo horroroso de muchos millares de rezagados, que, en la creencia de que por mas abajo de Borisow iba á ser el paso del rio, se habian agolpado allí con sus bagages y aguardaban en vano la construccion de puentes. Para engañar mejor al enemigo, se les habia tambien engañado á ellos, é iban á ser sacrificados juntamente con la division de Partouneaux á la terrible necesidad de mantener á Tchitchakoff en el engaño. Siendo de instante en instante mas evidente el peligro de ser envuelto, llegando de todas partes las balas, muy luego el desorden y la confusion tocaron á su colmo, y queriendo las tres pequeñas brigadas de Partouneaux, formarse para defenderse, se hallaron como inundadas por algunos millares de infelices, que prorumpian en gritos, se precipitaban en sus filas é impedian toda

maniobra. A esta escena desgarradora añadian sus clamores y su espanto las mugeres que formaban parte de los bagages. A pesar de todo resolvió el general Partouneaux á abrirse paso, y saliendo de Borisow con la izquierda sobre el Berezina y la derecha sobre las colinas de Staroi-Borisow, procuró remontarse por entre el dedalo de bosques y de pantanos helados, que le separaban de Studianka. Formado en tantas columnas como eran sus brigadas, avanzó con la cabeza baja y determinado á perecer ó á abrirse camino. Cuatro mil hombres tenia para resistir á cuarenta mil de los rusos. Seguidas las tres brigadas de la barahunda espantosa, al principio hicieron algun progreso; mas recibidas de frente por toda la artillería contraria, situada sobre las cumbres, asaltadas á la cola por caballería innumerable, fueron horriblemente maltratadas. El general Partouneaux, que marchaba con la brigada de la derecha, la mas amenazada, quiso salvarse, torció á lá derecha bastante, no tardó en verse separado de sus otras dos brigadas, y fué envuelto y casi destruido. No cedió sin embargo, ni quiso rendirse á pesar de muchas intimaciones, sino que siguió peleando. Sus dos brigadas de la izquierda, aisladas y todo, imitaron su ejemplo sin recibir órden alguna. Extenuado tambien el enemigo suspendió su fuego á eso de media noche, muy seguro de apoderarse hasta del último hombre de aquel puñado de valientes, que se obstinaban en hacerse degollar con heroismo. Esperaba que la evidencia de la situación les impulsaria á capitular y le ahorraria mayor efusion de sangre. Al despuntar la aurora del 28, intimaron de nuevo la rendicion los gene-

rales rusos al general Partouneaux, que se mantenía de pié sobre la nieve con cuatrocientos ó quinientos hombres, le manifestaron que no le quedaba recurso, y que estaba reducido á hacer matar los pocos soldados que aun tenia en torno, y se rindió ó mas bien fué cogido con la desesperacion en el alma. Las otras dos brigadas, á las cuales se comunicó esta noticia depusieron las armas, y los rusos hicieron dos mil prisioneros, única reliquia de cuatro mil y algunos centenares de hombres (1). Solo un batallon de trescientos hombres logró á favor de las tinieblas remontar el Berezina y llegar á Studianka. Seguidamente los cosacos pudieron recoger á lanzadas algunos millares de rezagados que se hallaban en el mismo atolladero.

Durante esta cruel noche se oyeron en Studianka hácia el lado de Borisow el fuego de la fusilería y el cañoneo. Napoleon estaba zozobroso, y el mariscal Victor mas todavía, pues hácia el punto en que se hallaba mucho mejor podia apreciar el peligro de su principal division, y juzgaba que la órden de permanecer en Borisow era una precaucion

(1) Mr. de Boutourlin, siempre pródigo de guarismos increíbles, á pesar de su imparcialidad de apreciacion, habla de siete mil prisioneros hechos á una division que no constaba mas que de cuatro mil hombres, dos mil de los cuales habian sucumbido en la pelea. No hacemos este reparo mas que en obsequio de la verdad, porque estos desastres, cuyo relato nos desgarta el corazon, son harto grandes, para que tengamos ningun interés en disminuirlos, ni lo pueden tampoco tener nuestros enemigos en exagerarlos. No habiendo salvado mas que nuestra gloria, poco importa haber salvado algunos hombres mas, cuando por desgracia es positivo que casi todo el ejército estaba destruido ó disperso al fin de la campaña.

inútil y bárbara de consiguiente, ya que después del paso del 26 y sobre todo del 27, no era posible prolongar la ilusión del enemigo, y por tanto sin provecho se exponía á perecer á cuatro mil hombres, cuya conservación era de incalculable precio. Pero agobiaban el espíritu desvelos de tantas clases que apenas se sentían los nuevos que llegaban á asaltarle de minuto en minuto. Se pasó aquella noche en medio de crueles inquietudes, pero cuando el silencio sobrevinido por la mañana pudiera revelarnos la catástrofe de la división de Partouneaux, comenzó el fuego á las dos márgenes del Berezina, á la derecha contra aquellas de nuestras tropas que habían pasado y á la izquierda contra las que cubrían el fin del paso. Desde entonces ya no se pensó más que en pelear. Muy luego sonaron con extremada violencia el fuego de fusilería y el cañoneo, y corriendo Napoleon de continuo á caballo de un lado á otro, iba á asegurarse ora de si Oudinot se mantenía firme contra Tchitchakoff, ora de si Eblé continuaba manteniendo sus puentes, y de si Victor, á quien se veía empeñado con Wittgenstein, era arrojado á las heladas olas del Berezina con la muchedumbre que aun no lo había pasado.

Aunque por todas partes era terrible el fuego, y se llevaba millares de víctimas, todas las cuales debían sucumbir sobre aquel campo lúgubre, nos manteníamos á una y otra orilla. Segun se ha visto, los generales rusos habían convenido en asaltar á los franceses por las dos márgenes del Berezina, y de precipitarlos juntos, si les era posible, en sus aguas. Por fortuna la presencia de Napoleon y del grande ejército les intimidaba tanto, que, aun

teniendo todas las ventajas de la situación y del número, obraban con extremada reserva, y no nos estrechaban con el vigor que hubiera podido determinar nuestra ruina.

Desde por la mañana tuvo que habérselas el mariscal Oudinot con las tropas de Tchaplitz y de Palhen, apoyadas por el resto de las fuerzas de Tchitchakoff y por un destacamento de Yermoloff, que, para unirseles, había cruzado el Berezina sobre los restos reparados del puente de Borisow. El terreno sobre que se combatía, llamado Ferme de Brill y situado sobre la orilla derecha á la misma altura que Studianka sobre la izquierda, era una serie de bosques de abetos, en los cuales se habían hecho numerosas cortas. Aun cubrían la tierra los árboles derribados. De consiguiente el campo de batalla era mas adecuado para combate de guerrillas que para grandes ataques en línea, circunstancia muy propicia para nuestros soldados tan inteligentes como valerosos. El mariscal Oudinot con las divisiones de Legrand y de Maison, con los mil doscientos coraceros del general Doumerc, y los setecientos ginetes ligeros del general Corbineau, sostenía una tenaz lucha en aquellos bosques alternativamente muy espesos, ó presentando vastisimos claros. Era un combate de tiradores de los mas vivos, de los mas mortíferos, y del todo ventajoso para nuestros soldados. Los generales Maison, Legrand, Dombrowski, dirigiendo sus tropas con tanta habilidad como vigor, ora llenando los bosques de una nube de tiradores, ora dando cargas á la bayoneta, cuando tenían espacio, acabaron por ganar terreno y por rechazar á Tchaplitz y á Palhen sobre el grueso del cuerpo de Tchitcha-

koff. El mariscal Oudinot que, desgraciado siempre en el fuego, se mostraba tan pronto á exponer su persona cual si nunca le hubieran tocado las balas, fué herido y apartado del campo de batalla. Lo fué tambien el general Legrand, y por órden de Napoleon acudió Ney para reemplazar á Oudinot. A los dos mil hombres, que próximamente quedaban de los cuerpos de Ney y de Poniatowski, habia agregado Napoleon mil quinientos hombres de la division del Vistula á las órdenes de Claparede. De reserva tenia á Mortier con dos mil hombres de la Joven Guardia, á Lefebvre con tres mil y quinientos de la Vieja y cerca de quinientos ginetes, último resto de sus granaderos y cazadores de á caballo.

Con la presencia de Ney bastaba para reanimar los corazones, que la ausencia forzosa de Oudinot y de Legrand habia afectado. Haciendo que le siguiera Claparede y guiando las reliquias de su cuerpo, dedicóse primero á sostener á Maison y á Legrand, luego ayudó á rechazar la cabeza de las tropas de Tchitchakoff sobre su cuerpo de batalla. Mas despejado el terreno hácia aquel parage permitia ataques en línea. Ney previno á Doumerc que estuviera pronto á cargar con sus coraceros á la derecha, y dispuso sus columnas de infantería de manera de cargar personalmente á la bayoneta, ora por el centro, ora por la izquierda. Entretanto emprendió un fuego violento de artillería sobre las masas rusas pegadas á la parte mas espesa de los bosques. Impaciente Doumerc por aprovechar la coyuntura, descubrió sobre la derecha seis ó siete mil rusos de infantería veterana (la que hacia tres años que combatía á los turcos), apoyados por una línea

de caballería, y tomó sus disposiciones para cargarlos. A fin de asegurar sus flancos, mientras se empeñara en la pelea, situó su caballería ligera á la derecha, el 4.º de coraceros á la izquierda, y despues lanzó el 7.º sobre la infantería rusa, y se puso en aptitud de sostenerla con el 14.º Dubois, coronel del 7.º de coraceros, animó á sus soldados, diciéndoles que la salvacion del ejército dependia de su valor, de lo cual no le costó trabajo persuadirles, y cayó al galope sobre la infantería rusa formada en cuadro. Tan violenta fué la carga que, á pesar de un fuego de fusilería de los mas nutridos, roto el cuadro dió entrada á nuestros ginetes. Cayendo estos entonces sobre los infantes diseminados se dieron á acuchillarlos con sus largos sabres. En el mismo instante acudió Doumerc con el 44.º de coraceros para impedir que se reformaran las líneas rusas, mientras el 4.º contenia hácia la izquierda á la caballería contraria, y la caballería ligera la contenia por la derecha. De esta suerte se cogieron unos dos mil prisioneros, además de mil hombres heridos de sablazos. A su turno hizo Ney que avanzara su infantería. Apeándose el heroico Maison del caballo, echó mano de un fusil, cargó á la cabeza de sus infantes, destruyó á los rusos, y los obligó á replegarse á la espesura de los bosques. Ney, que dirigia el combate, dispuso que la persecucion se continuara hasta la extremidad de la selva de Stakou, á mitad de camino entre Brill y Borisow. Allí, delante de un barranco, que separaba las dos huestes, hizo alto y sostuvo un cañoneo para terminar la jornada. Pero ya no habia peligro alguno de ser forzados por aquella parte, y estaba asegurada la victoria. Además

de tres mil prisioneros perdieron los rusos cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos.

Divulgada à las espaldas esta fausta nueva, excitó allí las aclamaciones de la Joven y la Vieja Guardia, disponibles desde este momento para llevar socorros al otro lado del Berezina, si un peligro apremiante llegaba à exigirlo. Allí era encarnizada la pelea, pues Victor, con nueve ó diez mil combatientes, embarazado por diez ó doce mil rezagados y una porcion de bagages, hacia cara à mas de cuarenta mil enemigos.

Por fortuna se prestaba à la defensa el terreno à la orilla izquierda del Berezina, que era menester disputar el mas largo tiempo que fuera posible antes de abandonarla definitivamente. Tomado habia posicion el mariscal Victor al borde de una quebrada bastante ancha, que remataba en el Berezina, y colocado allí à la division polaca de Girard asi como à la division alemana y holandesa de Berg. Por su derecha cubria à Studianka y protegía los puentes. Por su izquierda se apoyaba en el bosque, no alcanzándole el número de fuerzas para ocuparlo, si bien situó delante los ochocientos caballos que le quedaban y estaban à las órdenes del general Fournier. Con su artillería de à doce estableció contra los rusos un fuego dominante, y de este modo pudo contenerlos.

El general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, era quien dirigía el ataque, ya muy vivo desde la punta de la aurora. Queriendo el general ruso, despues de un fuerte cañoneo, desembarazarse de la izquierda de los franceses, compuesta de la caballería de Fournier, la hizo atacar por numerosos escuadrones, que, situados en el

nacimiento de la quebrada, no tenían que superar grandes obstáculos para venirsenos encima. Cargando à su vez el general Fournier con el brio mas extremado, logró repeler à la caballería enemiga, aun siendo triple ó cuádruple que la nuestra, y hasta pudo lanzarla mas allá de la quebrada. Atacando al mismo tiempo los cazadores de la infantería rusa à nuestra derecha, bajaron à lo hondo de la quebrada, se apostaron entre los matorrales, y facilitaron al general Diebitch el medio de establecer una fuerte batería, cuyos disparos pasaban por encima de nuestra derecha hasta llegar à los puentes, junto à los cuales se agolpaba espantada una masa de rezagados y de bagages.

Receloso el mariscal Victor por este lado de su línea, pues à la defensa de los puentes se debia aplicar sobre todo, lanzó muchas columnas de infantería para apartar de allí las baterías rusas, al par que, echando de ver el peligro la Guardia imperial desde la otra márgen del Berezina, dispuso algunos cañones para contrabatar à la artillería enemiga. Durante algunas horas cruzóse asi una granizada de balas de una orilla à otra, y muy cerca de los puentes, que recibían parte de los proyectiles rusos.

No hay que decir cuan espantosa confusion se produjo entonces entre la muchedumbre de los que habían descuidado pasar los puentes, ó de los que para aprovecharse de ellos habían llegado muy tarde. Ignorando unos y otros que el primer puente estaba reservado para los peones y los ginetes, y el segundo para los carros, se amontonaban con impaciencia delirante hacia la doble avenida. Situados los pontoneros à la cabeza del de la derecha

veíanse en la necesidad de rechazar á los carros, y de señalarles el puente de la izquierda, construido cien toesas mas abajo. Cabia alojar si fuera solo asunto de consigna, pero era cosa de necesidad absoluta, porque el puente de la derecha era incapaz de sostener los carros. Obligados á retroceder camino los infelices conductores, no podían romper sino con gran trabajo la columna que les apretaba, y su esfuerzo para volver atrás opuesto al de los que se afanaban por ir adelante, producía una espantosa lucha. Echándose á un lado los que lograban librarse del conflicto de estas dos corrientes contrarias, hallaban allí otra masa no menos compacta, la que se dirigía al puente de los carros. Tanta era el ansia de llegar á los puentes que muy luego acabaron por inmovilizarse unos á otros. Cayendo en medio de esta masa compacta las balas del enemigo trazaban allí horribles surcos, y arrancaban gritos de terror á las pobres mugeres, cantineras ó fugitivas, que iban dentro de los carros con sus hijos. Se apretaban, se atropellaban, se subían los mas fuertes sobre los mas debiles y los aplastaban debajo de sus plantas. Tan enorme era la apretura que los ginetes corrían peligro de ser sofocados al par que sus caballos. De vez en cuando algunos de estos se desbocaban furiosos, derribaban y apartaban á la muchedumbre, y por un momento se abrían un claro á fuerza de echar por tierra á infelices. Pero al punto se rehacía la masa no menos espesa, flotante, y lanzando gritos horrosos bajo las balas (1). ¡Espectáculo atroz y pro-

(1) Hablo á tenor de relaciones manuscritas, que tengo en mis manos y son dignas de toda confianza.

pio para hacer odiosa y por siempre execrable aquella expedición insensata!

El excelente general Eblé, á quien desgarraba el corazon este espectáculo, quiso restablecer algo de orden, bien que sin fruto. Colocado á la cabeza de los puentes procuraba hablar á la muchedumbre, con el fin de desembarazar al menos á los mas cercanos y facilitarles el paso del rio; pero solo habia medio de hacerse oír á bayonetazos, y solo arrancando algunas victimas, mugeres, niños ó heridos, se lograba traerlos hasta la entrada del puente. Esta especie de resistencia, que por exceso de afán se oponían unos á otros, fué causa de que no pasaran la mitad de los que pudieran haber pasado. Cansados muchos de aquella lucha se tiraban al agua, otros eran allí arrojados por la muchedumbre, y se ahogaban procurando pasar á nado. Otros, probando á pasar por encima del hielo, rompíanlo con sus plantas, flotaban sobre el agua algun tiempo, y despues eran arrastrados por la corriente. Este conflicto horrible, despues de durar todo el día, lejos de ir á menos, se acrecentaba á cada vaiven de la lucha empeñada entre Victor y Wittgenstein.

Victor, que desplegó el mas noble denuedo en esta jornada, viéndose próximo á ser forzado sobre su derecha, lo cual produjera una tremenda catástrofe hacia los puentes, resolvió intentar un ataque furioso contra el centro del enemigo. Desde luego lanzó una columna de infantería al barranco, mientras el general Fournier renovaba sobre la izquierda una vivísima carga de caballería. Recibiendo súbito á nuestros infantes el fuego de cuarenta cañones, se dispersaron en el fondo de la que-

brada, bien que sin darse á la huida, se repartieron como tiradores entre los matorrales, se sostuvieron allí y hasta ganaron algo de terreno á los rusos. Aprovechándose el mariscal Victor de esta circunstancia, lanzó una nueva columna, que se precipitó al barranco, y trepó al opuesto borde en formación correcta, y acometió á la línea rusa, y forzóla á que retrogradara. Ejecutando al propio tiempo el general Fournier la postrera carga de caballería, apoyó este movimiento y lo hizo decisivo. Rechazada desde entonces la artillería rusa, cesó de excitar el desorden junto á los puentes con sus balas.

Pero, no queriendo el general Diebitch darse por batido, rehizo su línea tres veces mas numerosa que la nuestra, volvió á la carga, y repeliónos mas acá del barranco, que vino á ser limite de los dos ejércitos á pesar de todo. Por fortuna comenzaba la noche, que separó pronto á los combatientes agotados de fuerzas. De setecientos á ochocientos caballos apenas conservaba el general Fournier trescientos: de ocho á nueve mil infantes apenas conservaba cinco mil el mariscal Victor; y de todos aquellos valientes, holandeses, badeses, polacos sobre todo, que así se habían sacrificado, y de los cuales gran número pudieran salvarse por estar solo heridos, dolia decir que ni uno solo podia ser puesto en salvo por falta de medios de transporte. Expuestos en mayor masa al fuego de nuestra artillería los rusos, perdieron de seis á siete mil hombres. De consiguiente esta doble batalla á las dos márgenes del Berezina costó de diez á once mil hombres á los rusos, sin contar los tres mil prisioneros cogidos por el general Doumerc. Pero se salvaban sus heridos, y por el contrario los

nuestros eran sacrificados de antemano, y con ellos eran sacrificados los rezagados, habiendo ya que desesperar de hacerles pasar en tiempo útil el Berezina.

1. Sobreviniendo la noche trajo algo de calma á aquel lugar de confusion y de carnicería (1). Aunque apenas habiamos escapado de un desastre espantoso, y como por milagro, pues se necesitaba sustraerse á tres ejércitos perseguidores por entre un río medio helado, lo cual era la peor de las condiciones; aunque todavia tuviéramos empeñada la cola de nuestra columna en las manos del enemigo, abrigábamos el sentimiento de un verdadero triunfo, triunfo sangriento y doloroso, triunfo ganado á costa de muy crueles sacrificios, pero triun-

(1) Mr. de Bourtoulin supone que hubo cinco mil muertos ó heridos por parte de Oudinot y de Ney, y cinco mil del lado del mariscal Victor. Estos guarismos son exagerados. Cuatro mil hombres de los de Victor y tres mil de Oudinot y de Ney, son la verdad aproximada. Pero las pérdidas del enemigo fueron mucho mayores, pues, fuera del número harto mas considerable de hombres que matamos á los rusos, les hicimos por mano del general Doumerc alrededor de tres mil prisioneros. Mr. de Bourtoulin dice que perdimos solo de los pertenecientes al cuerpo del mariscal Victor, inclusa la division de Partouneaux, no menos de once mil prisioneros. Ahora bien, al llegar el mariscal Victor á Studianka, no conservaba mas que trece ó catorce mil hombres, con la division de Partouneaux y todo. De ella perdió dos mil hombres en el fuego, cuatro mil de las divisiones de Girard y de Daendels, y cinco mil puso en salvo. ¿Cómo habia de dejar once mil soldados en manos de los rusos? Estas son exageraciones evidentes. Los rusos cogieron al general Partouneaux como dos mil hombres, algunos centenares á los generales Girard y Daendels, que, juntos á los seis mil perdidos en el fuego

fo al cabo y uno de los mas gloriosos de nuestra historia, pues de los veinte y ocho mil hombres que asi peleaban contra setenta y dos mil á caballo sobre un rio, ni uno solo debió escaparse. De este modo, tal como era nuestra desventura, se podía calificar de prodigio.

Asi lo conocian nuestros soldados, y en medio de aquel desastre, de cuya pérdida material participábamos con los rusos, siendo toda la confusion para ellos, creyó Napoleón volver á encontrar la grandeza de su destino, ya que no su pujanza. Sin embargo al dia siguiente habia que volver á empezar, no la retirada, sino la fuga. Con efecto, se necesitaba arrancar de manos del enemigo los cinco mil hombres que aun le quedaban al mariscal Victor, su artilleria, sus parques, y cuantos se pudieran de los infelices que no supieron aprovecharse de los puentes durante los dias anteriores. Napoleón previno á Victor que aquella noche se trasla-

por las tres divisiones y á los cinco mil puestos en salvo suman los trece ó catorce mil hombres del cuerpo del mariscal Victor. Los supuestos prisioneros hechos por los rusos evidentemente no fueron mas que rezagados recogidos por los caminos. Tambien los rusos han hablado de doscientas bocas de fuego tomadas en el Berezina. Doscientas veinte pretendieron haber ganado en Krasnoe, doscientas en el Berezina, cuatrocientas entre todas. Ahora bien, solo doscientas fueron las sacadas por Napoleon de Esmolensko. Segun la relacion verídica de los pontoneros, ni un solo cañon quedó al otro lado del Berezina. A rezagados hallados por los caminos dieron los rusos el caracter de prisioneros cogidos sobre el campo de batalla, y á los carros de bagages el de cañones ganados en la pelea. No de otro modo se explican las exageraciones de Mr. de Bourtoulin que acaban de ser citadas.

dara á la margen derecha del Berezina, y se llevara su artilleria, é hiciera desfilar á la mayor parte de los hombres desbandados, que aun se hallaban á la margen izquierda.

¡singular flujo y reflujo de la espantada muchedumbre! Mientras el cañon tronaba, todos querian efectuar el paso, sin que lo pudieran conseguir á fuerza de quererlo. Cuando vino con la noche el silencio de la artilleria, no se pensó mas que en el peligro de atropellarse, peligro de que tan cruel experiencia se habia hecho durante el dia; y se alejaron de la escena de horror que presentaba el punto del paso, con el fin de cederlo, segun se decia, á los mas impacientes; de suerte que la dificultad iba á consistir ahora en forzar á aquellos infelices á que desfilaran antes del incendio de los puentes, que era menester destruir á la otra mañana, si se habia de tomar algo de delantera al enemigo.

Pero la primera diligencia era limpiar las avenidas de los dos puentes de la masa de hombres y de caballos muertos, por la sofecacion ó por las balas, de carros rotos y de embarazos de todas clases. Segun el lenguaje de los pontoneros habia que practicar una especie de trinchera en medio de cadáveres y de restos de carros. Con sus pontoneros emprendió el general Eblé esta tarea tan ardua como dolorosa. Se recogian los cadáveres y se echaban á un lado, se arrastraban los carros hasta el puente, y desde el tablero se arrojaban seguidamente al rio. No obstante, aun quedaba una masa de cadáveres de que no pudieron ser desembarazadas las avenidas de los dos puentes. Forzoso era pues andar al paso por encima de aquellos cuer-

pos y por medio de la carne y de la sangre.

Desde las nueve hasta las doce de la noche cruzó el mariscal Victor el Berezina, recatandose del contrario, harto fatigado para que pensase en perseguirnos. Por el puente de la izquierda hizo desfilar su artillería, su infantería por el de la derecha, y logró trasladar toda su gente y todo su material á la orilla derecha del Berezina, excepto los heridos y dos bocas de fuego. Operado el paso puso en batería sus cañones, á fin de contener á los rusos y de impedirles que cruzaran los puentes detrás de nosotros.

Aun quedaban por pasar muchos miles de rezagados, desbandados ó fugitivos, que durante el día lo ansiaban de sobra, y no de noche, ó al menos lo dilataban para la otra mañana. Habiendo prescrito Napoleon que tan luego como despuntara la aurora se destruyeran los puentes, envió á decir al general Eblé y al mariscal Victor que emplearan todos los medios para acelerar el paso de aquellos infelices. Personalmente fué el general Eblé á sus bivaques, acompañado de muchos oficiales, y les exhortó á que cruzaran el río, afirmandoles que se iban á destruir los puentes. Todo en vano. Tendidos por el suelo sobre paja ó sobre ramas de árboles, en rededor de grandes hogueras, devorando algunos trozos de caballo, unos temian la grande alluencia y con especialidad durante la noche, otros la pérdida de un bivaque seguro por uno dudoso; y con el frio que hacia, una noche sin fuego y sin descanso era la muerte. Varios bivaques mandó incendiar el general Eblé para despertar á aquellos pertinaces, entorpecidos por el frio y por la fatiga; pero sin fruto. Hubo pues que ver

trascurrir toda una noche, sin sacar provecho tantos desdichados de la existencia de los dos puentes, que debia de ser tan corta.

Al asomar la aurora del día 29 recibió orden el general Eblé de destruir los puentes á las siete de la mañana; pero aquel noble corazon, tan humano como intrépido, no se podia decidir á ponerlo por obra. De antemano habia hecho colocar sobre el tablero las materias incendiarias, para que se pudiera prender fuego á la primera aparicion del enemigo, y entretanto lograran pasar los morosos. Habiendo estado tambien de pie aquella noche, que era la sexta, mientras sus pontoneros tomaron todos los dias algo de reposo, encontrábase allí esforzándose por acelerar el paso, y enviando á decir á los que se retardaban que era menester darse prisa. Mas, siendo ya de día, estaba de más estimularlos, pues, convencidos demasiado tarde, todos se mostraban diligentes. Se iba desfilando á pesar de todo; pero el enemigo se hallaba frente por frente sobre las alturas. El general Eblé, que, segun las órdenes del cuartel general, debiera haber destruido los puentes á las siete de la mañana lo mas tarde, dilatólo hasta las ocho. A esta hora, las órdenes reiteradas, la vista del enemigo, que se aproximaba, todo en fin le imponia el deber de no perder instante. Sin embargo, como estaba allí la artillería del mariscal Victor para contener á los rusos, fué á situarse en persona detrás de los puentes, y detenia la mano de sus pontoneros, con el fin de salvar algunas mas victimas si era posible. En este momento, su alma, tan buena como ruda, padecia cruelmente.

Por último, habiendo esperado hasta cerca de

las nueve, llegando el enemigo á pasos acelerados, y no pudiendo ser ya útiles mas que á los rusos aquellos puentes, si se dilataba destruirlos, determinóse á prenderlos fuego, con el corazon traspasado y apartando los ojos de escena tan espantosa. De seguida torrentes de llamas y de humo envolvieron á los dos puentes, y los infelices, que estaban encima de ellos, se precipitaron para no ser arrastrados en su caída. Del seno de la muchedumbre, que aun no habia pasado, salió un grito de desesperacion de repente: lágrimas y gestos convulsivos se divisaron á la otra orilla. Heridos y pobres mugeres tendian los brazos á sus compatriotas, que se iban, forzados á abandonarles á pesar suyo. Unos se arrojaban al agua, otros se lanzaban á las llamas del puente, cada cual en fin tentaba un esfuerzo supremo, para librarse de un cautiverio, que equivalia á la muerte. Pero, presentándose los cosacos al galope y metiendo sus lanzas por medio de aquella muchedumbre, de pronto mataron á algunos infelices, cogieron á los otros y los empujaron como un rebaño hácia el ejército ruso, y se echaron sobre el botin de seguida. No se sabe si fueron seis, siete ú ocho mil individuos, hombres, mugeres, niños, militares ó fugitivos, cantineros ó soldados del ejército, los que de este modo quedaron en manos de los rusos.

De este espectáculo retiróse el ejército profundamente afectado, y nadie mas entre todos que el generoso é intrépido Eblé, quien, dedicándose á la salvacion comun, figuraba como libertador de cuantos no habian perecido ó depuesto las armas. De mas de cincuenta mil individuos que, armados ó desarmados, pasaron el Berezina, ni uno solo

hubo que no debiera la vida ó la libertad á él ó á sus pontoneros. Pero la mayor parte de los pontoneros, que trabajaron dentro del agua, habian ya pagado este gran servicio, ó lo iban á pagar con su existencia; y el mismo general Eblé contrajo una enfermedad mortal, á la cual debia sucumbir muy pronto.

Tal fué este inmortal suceso del Berezina, uno de los mas trágicos de la historia. Espantados del nombre de Napoleon los rusos, vacilando en obstruirle el camino, y no queriéndolo intentar sino en masa, le proporcionaron asi tiempo de hallar un paso, de echar allí puentes, y de cruzarlo. A la milagrosa casualidad de la llegada del general Corbineau, á la sagacidad y al valor de éste, á la noble adhesion de Eblé, á la resistencia desesperada de Victor y de sus soldados, á la energia de Oudinot, de Legrand, de Maison, de Zayonchek, de Doumerc, de Ney, y por último á su discernimiento recto y profundo, debió Napoleon el librarse por medio de una escena sangrienta del mas humillante y contundente descalabro. Este trágico fin coronaba dignamente tan terrible campaña, y desgraciado Napoleon por su culpa, aun se mostraba grande. Gracias debia pues dar á todos, porque este dia, mas que en los de sus brillantes victorias, estaba obligado á sus generales, á sus soldados y hasta á sus aliados. Con todo, despues de felicitar á Victor la noche del 28 por los prodigios ejecutados durante el dia, cuando el 29 conoció el desastre de la division de Partouneaux, abrumóle con sangrientas reconvencciones, volvió á lo pasado, al tiempo perdido á lo largo del Oula, y pagó con severidad excesiva el mayor servicio que Victor le

habia prestado nunca. Sin embargo, si la desgracia de Partouneaux debia recaer sobre alguno, tanto era suya la culpa lo menos como del mariscal Victor, pues quiso prolongar la falsa demostracion sobre Borisow mucho mas de lo necesario. Al siguiente dia de decision tan admirable, se retiró Victor con el corazon contristado.

Y a todo esto era forzoso andar y andar sin perder un minuto para llegar por Zembin, Pletchenitzi, Illia, Molodeczno, al camino de Wilna, donde se entraba al estar en el postrer punto. Desde el sitio por donde se habia pasado el Berezina hasta Molodeczno se dilataba una region donde los caminos, contruidos por entre selvas pantanosas, se formaban ora por lechos de fajinas ó por puentes de muchos centenares de toesas. Tres puentes habia de esta clase entre el Berezina y Pletchenitzi, y alli pudieran detener los rusos al ejército entero, si los hubieran incendiado. Una vanguardia de cosacos, apoyada por alguna caballeria regular, tenian en Pletchenitzi á las órdenes del general ruso Landskoi. Por fortuna esta vanguardia nada hizo de lo que hacer pudo. Ocupada se hallaba en asediar dentro de una granja de Pletchenitzi al mariscal Oudinot gravemente herido, y no teniendo en su compañía mas de unos cincuenta hombres, que escoltaban á algunos oficiales heridos tambien el dia 28. En union de los que le rodeaban y sin poderse tener apenas en pie, se defendia el mariscal intrépido contra numerosos asaltadores, y sirviéndose él mismo de sus pistolas, disparabalas por entre algunas rendijas practicadas en las paredes de su choza. Al llegar el ejército le libertó á él y á sus compañeros de infortunio, ahuyentando á los cosacos.

Merced á esta incurria de la vanguardia rosa, todo el ejército pudo cruzar sin tropiezo los largos puentes del camino de Zembin y Molodeczno, y llegar sin contratiempo á parage, donde ya estaban traspuestos los mas difíciles pasos. Habiendo reemplazado el mariscal Ney al mariscal Oudinot en el mando del segundo cuerpo, encontró alli un lugarteniente digno de su persona, el general Maison, que le igualaba en buena salud, en buen humor, en bizarría, y juntaba una rara sagacidad militar á todas las prendas de soldado. De resultas de ser herido el general Legrand, jefe de una de las divisiones francesas del segundo cuerpo, reunia el general Maison bajo su mano los tres mil hombres restantes de este cuerpo de tropas, que ascendia á treinta y nueve mil á la abertura de la campaña. Ney y Maison se entendian perfectamente. Deteniéndose en Zembin cubrieron los puentes de fajinas, y prendiéronlas fuego cuando asomó la caballeria contraria, y así esta no encontró para pasar mas que montones de ardientes cenizas sobre el hielo medio derretido de los pantanos.

Hasta el dia siguiente 30 no llegó á Pletchenitzi la retaguardia. Allí fué acometida por el general Platow, que dirigia la persecucion. Un espantoso tropel se produjo á la entrada de la aldea, y durante un momento el mariscal Ney y el general Maison se hallaron en la imposibilidad de moverse y de hacer que jugara su artilleria. Desembarazados al cabo, no encontraron mas que unos mil hombres en las filas, habiéndose dejado desordenar los otros por la muchedumbre de desbandados. El frio, que habia alojado un momento antes del paso del Berezina, volvió á ser agudo, y de

10 á 14 grados bajo el termómetro de Reaumur á 48, 49 y 20. A proporción aumentaron los padecimientos, y casi no se podían tener en pié los hombres. Además, la vista de los heridos, á quienes ya no se pensaba en recoger ni por asomo, tampoco era adecuada para estimular á los combatientes, y no había porque extrañar que se aprovecharan de un instante de confusión para librarse de una carga, que no pesaba mas que sobre los últimos que se quedaban en rededor de la bandera. No por esto se amilanaron el mariscal Ney y el general Maison, antes bien hicieron cara al enemigo, y ayudados por mil doscientos ó mil quinientos polacos, llegados á la sazón, consiguieron repeler á los rusos.

Gracias á este enérgico esfuerzo, se libraron de la caballería enemiga por dos ó tres días, pero aun se iba acrecentando la pérdida de hombres, á causa de llegar el frío á 24 grados. Cubiertos se hallaban los bivaques de los que se dormían para no despertarse nunca, ó se despertaban con los miembros helados, y reducidos á la imposibilidad de emprender la marcha, eran despojados por los rusos, y abandonados en cueros sobre la tierra helada.

Llegado había el 4 de diciembre la cabeza del ejército á Smorgoni y la cola á Molodeczno. Aquí trabóse un violento y terrible combate entre los rusos y la retaguardia mandada por Ney y Maison. A la caballería de Platow se había unido la división de Tchaplitz. No tenían Maison y Ney mas que seiscientos ó setecientos hombres, pero conservaban un resto bastante considerable de la artillería del segundo cuerpo, arrastrada hasta allí y de la cual no era de esperar que siguiera mas lar-

go tiempo, visto el estado de los caballos. Por tanto resolvieron Ney y Maison consumir en este punto sus postreras municiones, y hacer una espantosa inmolacion de rusos en venganza de nuestras pérdidas cotidianas. De metralla acribillaron a la caballería de Platow y á la infantería de Tchaplitz, y les detuvieron largo rato delante de Molodeczno. El mariscal Victor, que había precedido á Ney y á Maison en este punto, y se hallaba allí con los cuatro mil hombres, que aun quedaban del nono cuerpo, se les unió y ayudóles á repeler á los rusos. Estos experimentaron una pérdida considerable, sin quitarnos mas que hombres aislados, que desgraciadamente recogian todos los días á centenares. Aun nos proporcionó este postrer combate algunos días de respiro.

Llegados allí Ney y Maison únicamente con cuatrocientos ó quinientos hombres, ya no podían bastar para el servicio de la retaguardia. Encargósele al mariscal Victor con los bávaros del general de Wrede que, despues de una separacion larga se incorporaban al cabo, mermados ya en mucha parte de los cuatro mil reclutas recibidos el mes precedente.

Hallándose Napoleon en Smorgoni, y creyendo que por su honor había hecho lo bastante con permanecer entre el ejército hasta el punto en que ya no tenía que temer las horcas caudinas, resolvió al fin ejecutar el proyecto que meditaba ya hacia muchos días, sin haberse franqueado mas que con Mr. Daru verbalmente y con Mr. de Bassano por escrito. Este proyecto, muy sujeto á cuestion, consistía en tomar la vuelta de Paris desde luego. Siempre aplicado con firmeza Mr. Daru á sus dehe-

res, sin hacer gala de virtud por mover à desagrado, pero considerando obligacion suya decir la verdad cuando era provechosa, sostuvo ante Napoleon que el ejército era perdido, si le abandonaba. Mr. de Bassano, que no sentia el mismo estímulo de sus peligros personales para opinar como lo hizo, pues no se hallaba en las filas de las tropas, contrajo el mérito revelante para la situacion de entonces de escribir à Napoleon una larga carta, aconsejándole que se quedara. Le decia que la conspiracion de Malet no habia producido emocion alguna en Francia, que los ánimos estaban mas sumisos que nunca (aserecion verdadera, si se trataba de la sumision material); que desde Wilna seria tan obedecido como desde las mismas Tullerías; que, por el contrario, sin su presencia el ejército acabaria de disolverse, y esta disolucion completa seria la mayor de las calamidades que pudiera terminar la campaña. Como postrer motivo alegaba Mr. de Bassano al emperador que su presencia al frente de sus tropas contendria à Alemania y la impediria lanzarse sobre las reliquias de nuestra hueste. Ninguna de estas razones hizo à Napoleon fuerza y aun algunas le produjeron contrario efecto al que se propuso Mr. de Bassano.

Napoleon creia el ejército mas próximo à su disolucion de lo que se decidia à confesar, aun dirigiéndose à Mr. de Bassano: considerando pues el mal como ya casi consumado, no se fijaba mas que en el peligro de verse con unos pocos soldados extenuados, incapaces de resistencia alguna, à cuatrocientas leguas de la frontera francesa, teniendo à sus espaldas à los alemanes muy inclinados à la rebeldía. Y se preguntaba que sería de él, que se-

ria del imperio, si los alemanes se llegaban à hacer la reflexion muy sencilla de que, impidiéndole volver à Francia, destruian su poderio con su persona, y si, despues de hecha la reflexion esta, se alzaban à sus espaldas para cerrarle el camino del Rhin y cerrárselo à las reliquias de sus tropas. Todo estaba perdido entouces, y la guerra terminaria muy en breve con su cautiverio. Ahora bien se restituye la libertad à un principe como Francisco I que, para sucederle, tiene un heredero no contrariado; pero cuando se destrona à un hombre, por grande que sea, elevado por los azares de las revoluciones à un trono, donde no habia nacido y donde no está acostumbrado à verle el mundo, en vez de un sucesor universalmente reconocido, tiene competidores à quienes el voto público llama à menudo, y cuya popularidad ha labrado con sus propias faltas. Exagerándose Napoleon esta clase de peligro con la vivacidad de percepcion que le era peculiar, estaba impaciente por abandonar su ejército, y sobre todo desde que, pasado milagrosamente el Berezina, no le retenia un deber de honor imperioso à la cabeza de sus soldados. Recelaba que su desastre, desconocido todavia, llegándose à revelar de pronto, causara en los ánimos tal conmocion que imposibilitara su vuelta, hallando levantados mil brazos en su camino para detenerle. Por tanto, antes de que se conocieran las desventuras que le habian caido encima, ó mientras se empleara el tiempo en creerlas, deseaba ponerse en salvo con cuatro hombres seguros, Caulaincourt, Lobau, Daru, Lefebvre Desnoettes, cruzar la Polonia en trineo, la Alemania en posta, una y otra muy à las calladas, y llegar à las Tullerías antes

de ser esperado allí ni aun por su esposa. Cuando Europa supiera su desastre, y al mismo tiempo su vuelta á la capital de Francia, ya reflexionaria antes de sublevarse, y en todo caso le hallaria al frente de las fuerzas considerables que aun le quedaban al imperio, y podria pagar muy caro el alborozo de un instante.

Sin duda habia poderosísimas razones para pensar de este modo, y bastantes para que haya que dejar á la turba de los partidos el cuidado de calificar de desercion esta partida del ejército. Sin embargo, habia algunas otras que tomar en consideracion y contrarias á estas, las cuales, sin igualarlas acaso, tenian su valor á pesar de todo. Con el teson de Massena ó la flema de Moreau fuera posible sacar de aquella situacion algunos recursos, y hallar al fin un límite donde contener á los rusos y allegar las reliquias de las tropas. Con efecto, incluyendo la Guardia y los cuerpos de Davout y de Victor, aun habia doce mil hombres capaces de manejar el fusil, seguidos por cerca de cuarenta mil rezagados, capaces de tornar á ser soldados tan luego como en alguna parte se les proporcionaran víveres, techos, descanso, seguridad. Siempre trascurririan uno ó dos meses antes de que estos desbandados volvieran á ser soldados. Pero entretanto los doce mil, que habian conservado sus armas, iban á encontrar entre Molodeczno y Wilna á de Wrede con seis mil bávaros, en la misma Wilna á Loison con nueve mil franceses, á Franceschi y Contard con dos brigadas de siete á ocho mil polacos y alemanes, y fuera de estos cuerpos organizados, algunos escuadrones y batallones de marcha elevándose á cuatro mil hombres, ademas

seis mil lituanos, esto es, treinta y tres mil hombres, que, unidos á los restos del grande ejército, podian oponer cierta resistencia al enemigo, pues no serian menos de cuarenta y cinco mil combatientes reunidos y bien armados. A la derecha estaban Schwarzenberg con veinte y cinco mil austriacos, Reynier con quince mil franceses y sajones excelentes, esto es, cuarenta mil hombres, que no dejarian de llegar luego que se les comunicara la orden de avance. Por último á la izquierda estaba Macdonald con diez mil prusianos, que no se atreverian á abandonar al ejército francés sino cuando se abandonara á sí propio, y seis mil polacos á cubierto de toda seduccion enemiga. Posible era pues tener aun en Wilna cuarenta y cinco mil hombres, siempre que no se les enviara á morir por los caminos para que fueran delante del grande ejército, ademas cuarenta mil á la derecha de Wilna, y quince mil á la izquierda, que para acudir á la cita comun solo necesitaban de ocho á diez dias: detrás la division de Heudelet, del cuerpo de Augereau, llegaba fuerte con quince mil franceses: otra quedaba á Augereau de igual número, ademas muchas tropas de marcha, y por último el cuerpo de Grenier, que acababa de pasar los Alpes con diez y ocho mil hombres de las antiguas tropas de Italia. De consiguiente Augereau podia mantenerse firme en Berlin con treinta mil hombres, Heudelet llenar con quince mil la distancia entre esta capital y Wilna, y Napoleon juntar cien mil en torno de este punto, y allí mismo la mitad de ellos (1). No tenian

(1) Mas bien reduzco que exagero estos guarismos, y los tomo de la misma correspondencia de Mr. de Bassano, que todos los dias enviaba á Napoleon el estado de las

mas gente los rusos. A Kutusof le quedaban cerca de cincuenta mil hombres, veinte mil á Wittgenstein, y los mismos á Tchitchakoff poco mas ó menos. Sacken, despues de los desgraciados combates que acababa de sostener contra Schwarzenberg y Reynier, como se verá pronto, no tenia mas que diez mil hombres sobre las armas. Este total presentaba cien mil hombres á lo sumo, excelentes sin duda, pero no mejores que los de Napoleon por cierto, ni mucho mas concentrados, pues apenas Wittgenstein, Tchitchakoff y la vanguardia de Kutusof hubieran podido juntar cuarenta mil hombres delante de Wilna, y allí Napoleon estaba en aptitud de tener lo menos otros tantos. Supóngase una batalla ganada delante de Wilna, y que bajo la influencia de triunfo semejante, se hiciera ingresar á treinta ó cuarenta mil rezagados en las filas; y así se reconstituyera un verdadero ejército, capaz de detener á los rusos, de aguardar los socorros procedentes de Francia, y de sacar grandes recursos de Polonia. Aunque hubiera que retroceder hácia el Vistula mas tarde para acercarse á los propios socorros, para disminuir el inconveniente de las distancias, para aumentarlo en desventaja de los rusos, se habria retrogradado con cien mil hombres, teniendo bajo los pies la Alemania contenida, en rededor la Polonia armada, y detrás las cohortes viniendo de Francia. Volviendo así Napo-

tropas que pasaban por Wilna. De la correspondencia de Schwarzenberg y Reynier tomo el guarismo de las fuerzas de estos generales, quienes, excusándose de continuo de no obtener mayores resultados, no habian de exagerar los medios de que se les acusaba de no hacer el uso suficiente.

leon á apoderarse de la victoria en medio de su desastre, lograra tanto en Wilna como en Paris ser obedecido de todos

Pan habia en Wilna para veinte ó treinta dias, diez mil bueyes que llegaban de todos los puntos de la Lithuania y muchas bebidas espirituosas. En Kovno habia almacenes considerables de vestuario y de municiones de boca y guerra. Finalmente los renteros polacos suministraran los granos y las harinas que las requisiciones de la autoridad militar habian reunido en sus casas, y que no se habian podido sacar de allí por falta de trasportes. Ahora se iba á suplir á esta necesidad con los trineos. De consiguiente se pudiera vivir en Wilna, y retrogradando sobre el Niemen en todo caso, por dinero proporcionara la vieja Prusia cuanto hiciera falta (1).

No abandonando el ejército á la desercion creciente que se propagaba por sus filas, aun era posible formar una fuerza respetable con los restos de la muchedumbre sacada de Polonia en el precedente mes de junio, y volver á empezar con ciertas eventualidades de buen suceso una lucha, que esta vez se habia hecho necesaria. Para esto fuera menester menos de aquella prevision política de que Napoleon tuvo tan poca antes de empezar esta guerra, y de que la tuvo tan excesiva cuando esta guerra le salió en contra.

Sin embargo en este grave asunto se podria sostener el sí y el no con igual fundamento, y para propender al partido que consideramos como sos-

(1) Estas aserciones se fundan en la correspondencia de Mr. de Bassano.

tenible, se necesitara el impulso de un sentimiento moral que llevara hasta preferir la pérdida del trono al desamparo de un ejército, al cual se había arrastrado á un desastre. Si no existiera mas peligro que el de la vida (y no existía realmente), Napoleon era harto buen soldado para que vacilara en correrlo con un ejército comprometido por su causa; pero quedar destronado, y peor todavía, prisionero de los alemanes, era una perspectiva que no pudo contemplar sereno, y así tomó la resolución de partir en el mismo Smorgoni.

Necesitaba de quien le reemplazara, y despues de pensarlo, solo halló uno con bastante renombre y elevación de categoría para que se le obedeciese, y era el rey de Nápoles. Eugenio brillaba por mas prudente y mas constante, y en aquellos dias nefastos se había grangeado la alta estimación de todos los hombres de bien de la hueste, pero era capaz de obedecer á Murat, al par que Murat no era capaz de obedecerle. Entre los mariscales, Ney, aun habiéndose cubierto de gloria, no tenia la autoridad necesaria, y Davout la había perdido desde que Napoleon dió la señal de denigramiento respecto de su persona. Dejando el mayor general Berthier á Murat, esperaba Napoleon poner á su lado un consejero sensato, laborioso, y en estado de contenerle y de suplir su ignorancia de los pormenores. Por desgracia el mayor general estaba completamente desmoralizado, y su salud arruinada del todo. Los males que acababa de padecer habían destruido su cuerpo y alterado su alta razón profundamente. Con Napoleon queria partir, y para obligarle á que se quedara hubo que usar de un lenguaje duro por extremo. Resignóse con su

docilidad de costumbre, pero con violenta pena, porque su raro buen juicio no le permitia entrever mas que nuevos y mas horrorosos desastres, luego que Napoleon se ausentara.

Por la noche del 3 de diciembre juntó Napoleon en Smorgoni, adonde se había llegado, á Murat, á Eugenio, á Berthier, á sus mariscales, y puso en noticia de ellos su determinación, que les produjo sorpresa y les afectó sensiblemente, si bien no se atrevieron á desaprobársela, temiendo aun á su soberano vencido, y hallando además muy poderosas las razones que alegaba, pues les decía que dentro de dos meses les traería trescientos mil hombres de refuerzo, y que solo de Francia podía sacar tales socorros. Por otra parte estuvo mas cariñoso que de costumbre, dirigió palabras afectuosas á todos, hasta al mariscal Davout, á quien había maltratado en tan gran manera durante esta campaña, y así procuró conquistar con halagos una aprobación que recelaba no alcanzar con las buenas razones que podía aducir en su apoyo. Lisongeóles hasta el punto de acusarse á sí propio, diciendo que todos habían cometido faltas, así él como los demás, que se había quedado en Moscou mucho tiempo, seducido por la prolongación de la buena estación y por el deseo de la paz: que en realidad la causa de los desastres recién sufridos, emanaba de la precocidad y del rigor del invierno; que esto era mas bien una desdicha que una falta, y á mayor abundamiento convenia ser indulgentes unos respecto de otros, sostenerse, amarse y cobrar confianza; que pronto volveria á aparecer en medio de ellos á la cabeza de un ejército formidable, y que entretanto les recomendaba que se ayudaran unos á otros y obe-

decieran á Mural fielmente. Terminados estos discursos, les estrechó en sus brazos, cosa que quizá no había acontecido nunca, y metiéndose en un trineo, seguido de Mr. de Caulaincourt, del mariscal Duroc, del conde Lobau y del general Lefebvre Desnoettes, partió á media noche, dejando á sus lugartenientes sumisos y casi convencidos, bien que consternados en el fondo y sin esperanzas.

Hasta el día siguiente se debía observar el mayor secreto, con el fin de que no le precediera por los lugares del tránsito ningun susurro de su partida, pues iba con el incógnito mas rigoroso. Antes de emprender la marcha redactó el boletín 29.º, despues tan famoso, en el cual, hablando por vez primera de la retirada, confesaba la parte de nuestros infortunios que no se podía negar absolutamente, los achacaba al invierno, y daba realce á la parte historial de sus reveses con la excelente é inmortal escena del paso del Berezina.

Grande fué la estupefaccion cuando se supo en el ejército la partida de Napoleon al día siguiente 6 de diciembre, pues con él se desvanecía la última esperanza. Sin embargo solo en la mente de los hombres capaces de reflexionar produjo sensacion la noticia, y para con estos abogaban muchas razones en favor de la resolucion que por Napoleon acababa de ser tomada. Respecto de la masa, tan amortiguado tenia el sentimiento que la impresion no fué la que hubiera sido en cualesquiera otras circunstancias. Siguióse pues andando maquinalmente hácia adelante, deseando llegar á Wilna, á la manera que un mes antes se deseaba llegar á Esmolensko. En Wilna se esperaba hallar comestibles, de qué á la verdad no se carecia tanto

desde la entrada en Lithuania, y sobre todo abrigo, descanso y tropas organizadas para atajar la persecucion de los rusos. Pero cada día se exacerbaban los sufrimientos de esta marcha. Al salir de Molodeczno se hizo aun el frio mas rigoroso, y el termómetro bajo á 30 grados de Reaumur. Hasta en cuerpos sanos se interrumpiera la vida, mucho mas en cuerpos extenuados por la fatiga y las privaciones. Casi todos los caballos habian muerto; y á centenares caian los hombres muertos por los caminos. Andando iban apretados unos á otros, en muchedumbre armada ó desarmada, con silencio estupefacto, con honda tristeza, no diciendo palabra, no mirando cosa alguna, siguiéndose unos á otros, y siguiendo todos á la vanguardia, que seguia el camino real de Wilna indicado por todas partes. Segun se marchaba, operando el frio sobre los mas débiles, primero les privaba de la vista, despues del oido, muy luego del conocimiento, y por último y en el momento de expirar de la fuerza para moverse. Solo entonces caian sobre el camino, pisados por los que iban detras como si fueran cadáveres desconocidos. Los mas fuertes de hoy eran á su turno los mas débiles de mañana, y cada día se llevaba nuevas generaciones de víctimas.

Por la noche en el bivaque morian de otra causa, y era de la accion del calor mal regulada. Ansiosos por calentarse, la mayor parte de ellos presentaban al ardor de las llamas sus heladas extremidades. Siendo el efecto comun del calor descomponer los cuerpos que el principio vital ya no defiende, desde luego se declaraba la gangrena en los pies, en las manos y aun en el rostro de aque-

llos, á quienes su excesiva impaciencia por arri-
marse al fuego no les permitia precaucion alguna.
Solo se salvaban los que por virtud de una marcha
continua, de algunos alimentos moderadamente to-
mados, de algunas bebidas espirituosas ó calientes,
mantenian la circulacion de la sangre, ó que, sin-
tiendo una extremidad paralizada, la frotaban con
nieve hasta volverla á la vida. Los que descuida-
ban esto, se hallaban paralizados por la mañana, al
abandonar el bivaque, ó del cuerpo todo ó de al-
gun miembro atacado súbitamente de gangrena.
Otros, al parecer mas favorecidos, morian came-
dio de una buena fortuna inesperada. Si, por ejem-
plo, hallaban alguna granja para pasar la noche,
alli encendian grandes hogueras, se entregaban al
sueño, dejaban que el incendio cundiese, y no des-
pertaban sino cuando se les desplomaba encima el
techo cubierto de llamas. Porcion de muertos se
contaron por este extraño accidente, el menos es-
perado sin duda.

A esta muchedumbre de victimas llegaron á
añadirse inutilísimamente otras, que sucumbieron
todavía mas pronto que aquellas, cuya suerte la-
mentable acaba de ser referida. Al partir Napoleon
no dejó mas que instrucciones vagas por extremo,
tan preocupado se hallaba de los desastres padeci-
dos y de los que le seguian amenazando. Reco-
mendado habia que al llegar á Wilna se juntasen
las tropas, se las alimentase, se las armara de nue-
vo, se las concentrara, y se replegasen de seguida
hácia el Niemen, si junto al Wilna no se podian
hacer firmes. Por desgracia nada habia prescripto
respecto de los veinte y cinco mil hombres ó cerca
de ellos, que estaban en Wilna, y cuya conserva-

cion dependia del cuidado que se dedicara á no
moverlos sin necesidad de aquel punto. Sabiendo
Mr. de Bassano y el gobernador de la Lithuania
que el grande ejército venia vivamente persegui-
do por los rusos, no habiendo sobre todo experi-
mentado en lo que podia venir á parar una tropa
al cabo de cuatro ó cinco dias de marcha con el
tiempo que hacia, llevados de la intencion mas sa-
na, enviaron á Smorgoni lo mejor que se hallaba
en Wilna, especialmente la division francesa de
Loison, las brigadas de Contard y de Franceschi,
la caballeria napolitana y la caballeria de marcha.
Todos eran jóvenes y muy capaces de batirse á
maravilla, segun lo habia acreditado recientemen-
te la division de Durutte, enviada al general Rey-
nier, pero incapaces de soportar cuarenta y ocho
horas los padecimientos que agoviaban ya hacia dos
meses á los infelices vueltos de Moscou. Saliendo
de los cuarteles con un calor de 14 ó 15 grados, y
pasando á un frio de treinta, los mas enfermaron
y perecieron de alli á pocos dias.

Habiendo salido el ejército de Molodeczno, ha-
lló á los unos en Smorgoni, á los otros en Ochmia-
na, bien vestidos, bien alimentados, y muertos de
súbito pasmo á pesar de todo. Moviése á lástima,
sin embargo de la insensibilidad en que habia cai-
do. Cinco ó seis dias bastaron para que murieran
ocho ó diez mil de estos recién llegados. Sobre to-
do los napolitanos, traídos de tan lejos para hacer
bajo el cielo de Rusia el aprendizaje de las armas,
sucumbieron á lo repentino de tamaña prueba. Los
menos mal parados solo perdieron sus caballos. De
esta suerte se empezaron á disipar sin ningun pro-
vecho los últimos recursos, que se pudieran em-

plear en detener al enemigo y reorganizar la hueste.

Finalmente, á fuerza de andar, de padecer, de sembrar la tierra de muertos aquella masa desolada, macilenta, enflaquecida, cubierta de andrajos, llevando encima de sus uniformes los mas singulares vestidos que pueden imaginarse, pieles cogidas en Moscou y para uso de hombres y de mugeres, telas de seda sucias y quemadas, coberturas de caballos, y en suma todos los objetos que habia podido apropiarse, llegó el 9 de diciembre á las puertas de Wilna. Para aquellos corazones, que ya á todas las impresiones parecian insensibles, fué esto ocasion del postrer sentimiento de gozo.— Wilna, Wilna!—Semejaba que el reposo, la abundancia, la seguridad, y en fin la existencia, se iban á hallar de nuevo en aquella feliz capital de la Lithuania, donde, segun se anunciaba y se repetia con fruicion, habia acumulado la prevision de Napoleon inmensos recursos. Ciertamente no habia tantos como se suponía, pero si mas de los que hacian falta para cubrir las primeras necesidades de las tropas, y darlas fuerza para llegar al Niemen. Olvidando la muchedumbre, á la vista de los muros de la ciudad, que la puerta mas ancha seria un desfiladero muy angosto, para tantos hombres como anhelaban entrar al mismo tiempo, y sobre todo para la masa de bagages, que se conservaban todavia, no pensó mas que en dar vuelta á aquellos muros, para penetrar allí por muchas partes. Maquinalmente se seguia la cabeza de la columna, y muy luego se aglomeraron junto á la puerta que mira hácia Esmolensko, y se ahogaron, y golpearon, y mataron como en los puentes del Berezina. Durante veinte y cuatro horas hubo la misma apre-

tura, la misma dificultad de entrar, á causa del extremado anhelo de hacerlo pronto. Muy luego los esfuerzos de la autoridad por restablecer el orden en los cuerpos de tropas, dió márgen al mismo desórden que en Esmolensko. Se quería pan, carne, vino, abrigo sobre todo, y nadie estaba de humor de que se le despidiera por empleados de la administracion militar á un regimiento que ya no existia, y del cual ya no quedaban mas que algunos oficiales marchando juntos en rededor del abandonado, que á menudo habia tambien doblado la bandera y guardádola en su saco para salvarse. De nuevo se precipitaron sobre los almacenes para saquearlos. Encontrando los soldados, que llevaban algo de dinero, cafés, tabernas, posadas, almacenes de todas clases en una poblacion amiga, que no habia huido, se agolparon á comprar lo que les hacia falta, asustaron con sus gritos á los que podian suministrarlo, hicieron que se cerraran todas aquellas casas donde pudieran hallar con que vivir, y viéndolas cerradas, a pesar de no querer cosa alguna mas que por su dinero, echaron las puertas abajo. Al poco tiempo Wilna fué una ciudad saqueada. Si de antemano se conservaran tropas, á fin de mantener el órden bajo el mando de un gefe previsor y firme, si previamente se pusieran en puntos accesibles de una manera cómoda viveres para los mas impacientes, esta confusion se evitara. Pero, ausente Napoleon, nadie mandaba y nadie obedecia. Murat no era mas capaz de lo uno que de lo otro.

Sucesivamente llegó el ejército el 8 y el 9 de diciembre. Muy necesarios eran algunos dias de reposo á nuestros soldados extenuados, y fácil fue-

ra proporcionárselos, de no haberse expuesto á pe-
recer inútilmente por los caminos á las tropas fres-
cas que ocupaban á Wilna, y sobre todo de haerse
llegar al príncipe de Schwarzenberg y al ge-
neral Reynier órdenes que estaban en actitud y en
disposición de poner en planta. Con efecto el
príncipe de Schwarzenberg, despues de haber re-
cibido cinco ó seis mil hombres de refuerzo, habia
vuelto á Slonim, y el general Reynier habia avan-
zado hácia el Narew, para alargar la mano á la di-
vision de Durutte, que llegaba de Varsovia. Este
último habia encontrado en su camino al general
ruso Sacken, le atrajo á si y le hizo experimentar
una sangrienta derrota. Advertido el príncipe de
Schwarzenberg á tiempo, cayó sobre el flanco de
Sacken, le asaltó á su vez, y cooperó á repelerle
en desorden hácia la Volhinia. Estos triunfos, que
costaron á Sacken de siete á ocho mil hombres,
tuvieron el inconveniente de ser alcanzados á bas-
tante distancia del Berezina y del punto decisivo
de la campaña; pero tuvieron la ventaja de inutili-
zar á Sacken por largo tiempo, y de asegurar al
príncipe de Schwarzenberg y á Reynier hácia sus
espaldas, lo cual necesitaban para marchar ade-
lante; y si desde el 19 ó el 20 de noviembre se
les hablara á las claras, no limitándose á decirles,
como hacia Mr. de Bassano, que todo iba bien en
el grande ejército; que el emperador volvia de
Moscou victorioso; revelándoles por el contrario
que el ejército llegaba perseguido, cruelmente tra-
tado por la estacion; que no estaba asegurado su
regreso á Wilna sino á condicion de un poderoso
socorro, de seguro el príncipe de Schwarzenberg
sacudiera su timidez, á impulsos de su lealtad

personal, marchara, y en union del general Rey-
nier pudiera estar antes del 28 de noviembre en
Minsk, y antes del 10 de diciembre en Wilna. En
tal caso, con las tropas que se hallaban en este
punto, se juntaran unos sesenta mil hombres, y
setenta y dos mil con los restos del grande ejérci-
to. Ahora bien los rusos distaban mucho de poder
reunir otros tantos. Però Napoleon habia partido
sin dar órdenes; Mr. de Bassano, que le habia su-
cedido inmediatamente, no se creyó autorizado pa-
ra suplir semejaate falta, y el príncipe de Schwar-
zenberg y el general Reynier perdieron el tiempo
entre Slonim y Neswij, no sabiendo qué hacer, ni
á qué atenerse entre las noticias satisfactorias, que
les llegaban por conducto de los franceses, y las
noticias enteramente contrarias, que les hacian
llegar los rusos (1). Se acaba de ver que el cuerpo
hávaro del general de Wrede, la division de Loi-
son, las brigadas de Coutard y Franceseat, envia-
das desde el seno de la abundancia y de una buena
temperatura al centro de los horrores de esta reti-
rada, fueron acometidas por el frio y desorganiza-
das del todo. De consiguiente Wilna estaba ahier-
ta, y no habia probabilidad alguna de defenderse
alli contra los tres cuerpos enemigos que seguian
el avance.

(1) La correspondencia de estos dos cuerpos suminis-
tra la prueba segura de las disposiciones de sus generales
á obedecer las órdenes que se les hubieran expedido. So-
lo mas tarde vino al Anstria el valor de abandonarnos; y
además la fidelidad personal del príncipe de Schwarzem-
berg, que no cedió posteriormente sino ante un grave in-
terés de su patria, no deja ninguna duda sobre lo que á la
sazon se pudiera obtener de su persona. Nada enuncia-
mos aqui de que no estemos informados perfectamente.

Habiendo dejado atrás su principal ejército el generalísimo Kutusof, para tomar el mando superior de los ejércitos rusos reunidos despues del paso del Berezina, encargó a Wittgenstein que se adelantara sobre Wilna por el camino de Swenziani, á Tchitchakoff que concurriera al mismo punto por el de Ochmiana, y aunque despacio, tambien encaminó al fin sus tropas hácia Nowoi-Troki para impedir que Schwarzenberg se incorporara á Napoleon. A la verdad no tenia disponibles ochenta mil hombres entre todos, y no mas de cuarenta mil podia presentar sobre el mismo punto un dia de batalla. Pero estando Wilna al descubierto, para sembrar la confusion en su recinto, habia bastante con una vanguardia de cinco á seis mil hombres. Esta vanguardia existia en los cosacos de Platow y en la infantería de Tchaplitz.

Por parte de los franceses no habia cuerpo de tropas del cual quedaran algunos restos; el primero, de Davout, el segundo, de Oudinot, el tercero, de Ney, el cuarto, del principe Eugenio, el nono, de Victor, acabaron de disolverse en estos últimos dias bajo la influencia del frio creciente de continuo y de una marcha sin descanso. A las puertas de Wilna, el mariscal Victor, el postrero que habia llenado el papel de la retaguardia, finalizó por encontrarse sin un solo hombre. Cada soldado iba á calentarse y á comer donde podia, y sobre todo procuraba evitar las heridas que equivalian á la muerte. A lo sumo de la division de Loison habian sobrevivido tres mil hombres, y de la Guardia imperial quiza otros tantos. Todos los generales, heridos ó sanos, no teniendo á quien mandar, se fueron cada uno por su lado; y desconsolado Murat

enmedio de aquel desorden por la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, alarmado por su reino al aspecto del vasto naufragio que habia empezado ante sus ojos, poco sostenido por Berthier enfermo y consternado, no sabia qué hacer ni qué mandar con la cabeza turbada.

Pero el enemigo no le dejó ni siquiera tiempo de que vacilara. segun se ha dicho, las reliquias del ejército llegaron el 8 y el 9 de diciembre, y se hallaban hacinadas en Wilna, saqueando los almacenes de víveres y de vestuarios, cuando Platow apareció el frente de sus cosacos á las puertas de esta ciudad el 9 por la noche. A los primeros disparos la turbacion y el desorden llegaron á colmo. Ya no habia retaguardia. El general Loison, único que tenia á su disposicion algunas fuerzas, acudió con el 19.º, antiguo regimiento ahora formado por reclutas, y probó á situarse fuera de la ciudad. El mariscal Ney, que no ejercia mando, si bien lo tomaba donde quiera que habia peligro, lo cual se le consentia de buen grado, el anciano Lefebvre, que recuperaba enmedio del riesgo, sus brios antiguos, corrian por las calles de Wilna, gritando á las armas, y esforzándose por reunir algunos soldados con ellas para conducirlos á los bañartes. ¡Espectáculo triste y digno de compasion horrorosa el de ver al grande ejército reducido por designios insentatos á tales miserias! Al cabo se contuvo á los cosacos, pero solo por algunas horas, y cada cual no pensó mas que en la fuga. Murat, tan heróico en los campos del Moskowa; Murat, el invulnerable Murat, á quien parecia no poder tocar las balas ni la metralla, acometido de la enfermedad general de pronto, imitó á su soberano, y no

quriendo dejar á los rusos un rey prisionero, al modo que Napoleon no quiso dejarles un emperador, trasladóse al arrabal de Wilna abierto sobre el camino de Kowno. Allá fué para estar en aptitud de partir de los primeros. Se puso la noche del 10 en camino, diciendo que se procuraria juntar el ejército en Kowno detrás del Niemen. A mayor abundamiento no habia ordenes que expedir, pues cada cual procuraba acelerar la partida. Fuéronse en confusio unos por un lado y otros por otro, dejando al enemigo vastos almacenes de todos clases, y lo que era aun mas sensible con mucho, una porcion de heridos y de enfermos, unos situados en los hospitales, otros depositados en las casas de los habitantes, donde el cirujano Larrey hizo que se les recibiera estos dos dias, y finalmente doce ó quince mil soldados faltos ya de fuerzas, y que preferian quedar prisioneros á proseguir aquella marcha mortal con un frio de 30 grados, sin abrigo durante la noche, y sin pan durante el dia. Aun se perdieron durante esta evacuacion atropellada diez y ocho ó veinte mil hombres que fuera facil poner en salvo. Toda la noche del 10 se empleó en salir de Wilna delante de los cosacos impacientes por penetrar en su recinto. Los tiros de fusil de los que entraban, á los cuales respondian los tiros de fusil de los que salian, mantuvieron á aquella desgraciada ciudad en el espanto. Horrible es decir que, tan luego como estuvo el ejército en retirada, los judios polacos, á quienes se habia forzado á recibir nuestros heridos, los arrojaban por las ventanas, y aun degollaron á algunos despues de haberles despojado. ¡Triste homenaje rendido á los rusos, de quienes eran parciales!

Otra escena afflictiva sobrevino á las puertas de Wilna y como á una legua de distancia. Una montaña, que formaba la margen izquierda del Wilna, y que seis meses antes bajaron nuestros escuadrones victoriosos al galope en persecucion de los rusos, se veia cubierta de escarcha, y presentaba para los carros un obstáculo casi insuperable. Al pie de la cuesta se hallaban como apiñados los carros donde iban los oficiales heridos ó enfermos, las arcas de la artillería, y por último los furgones del tesoro, que Mr. de Bassano habia dejado el más largo tiempo que pudo en Wilna, á fin de no confesar el peligro de la situacion harto pronto. Espantados los conductores por el ruido de la fusilería, gritaban y sacudian con el látigo á sus caballos, profiriendo juramentos horribles. No pudiendo los caballos sostenerse sobre el hielo, lo rompian con sus patas y al caer se ensangrentaban las rodillas, mientras los cañones, abandonados á mitad de la cuesta por ser imposible arrastrarlos á mas altura, se soltaban sobre la pendiente, y rodaban haciendo pedazos cuanto encontraban en su caída. Despues de muchas horas de este tumulto y de esta impaciencia, adoptóse el partido de cortar los tiros de los caballos y de abandonar aquellos restos preciosos al pié de la cuesta. Allí perecieron tambien mas heridos y enfermos. Diez millones de francos en oro y plata contenian los furgones del tesoro. Sin embargo algunos consiguio salvar el pagador, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes, si bien hubo de abandonar los mas de ellos á la codicia de los soldados. Infelices se contaron que, sintiendo reanimadas ante este espectáculo sus fuerzas, tuvieron valor para cargarse de metales

preciosos; pero despues de desvencijar los furgones, daban mil francos en plata por cien francos en oro, pues el peso quitaba todo valor à lo que era necesario llevar consigo. Allí quedaron algunos de los trofeos de Moscou y muchas banderas tomadas al enemigo. Acababa la noche, cuando los cosacos llegaron à poner término à la rapiña de los franceses, y à sustituir la rapiña de los rusos. Nunca la codicia de estos ginetes de planta fogaz se vió llamada à coger un botin semejante.

Se emplearon los dias 10, 11 y 12 en andar las veinte y seis leguas que separan à Wilna de Kowno, y los restos del ejército alluyeron en esta última ciudad durante los dias 11 y 12 de diciembre. ¡En qué estado, en qué desnudez, en qué confusion se volvía à pasar este Niemen helado, que seis meses antes se habia cruzado bajo un sol hermoso, en número de cuatrocientos mil hombres, con sesenta mil ginetes, mil doscientas bocas de fuego y un brillo incomparable! Todo el que conservara el sentimiento bajo aquel frio de 30 grados, no podía menos de hacer esta comparación cruel con los ojos arrasados de llanto. Helado el Niemen, los puentes que habiamos construido y rodeado de sólidas obras, no eran un medio exclusivo de pasar el rio, y así los cosacos lo habian ya cruzado al galope. No se podia pues aspirar à guardar à Kowno, como no se habia aspirado à guardar à Wilna, por no ser ya el Niemen en aquella estacion una verdadera línea de defensa. Vaciar los almacenes, esto es, saquearlos, era el único modo de sacar partido de ellos. Invadidos fueron con cierta especie de furia. Mucho mas abundantes eran que los de Wilna, pues la navegacion interior del Vistula al Nie-

men habia hecho afluir en aquel punto, gracias à la actividad del general Baste, todas las riquezas de Danzick. Nuestros infelices soldados se dirigieron sobre todo à los almacenes de bebidas espirituosas, buscando en el calor interior un socorro contra el frio exterior, y se mataban por impaciencia de volver à la vida. En un instante viéronse llenas las calles de toneles desfoudados, y de soldados espirantes entre el ataque del frio y el de la borrachera.

Por la mañana del 12 de diciembre convocó Murat à los mariscales, al príncipe Berthier y à Mr. Daru para deliberar sobre la conducta que debia seguirse. Segun la relacion de todos los gefes ya no habia soldados en ningun cuerpo, quizá quedaban todavia à la division de Loison unos dos mil hombres, y alrededor de mil y quinientos en las filas de la Guardia, de los cuales à lo sumo quinientos capaces de disparar un tiro. Murat que, en su movilidad, pasaba respecto de Napoleon del amor al odio, y que en este momento no le perdonaba el poner en peligro las coronas de la familia de Bonaparte, soltó quejas contra el soberano, cuya ambicion insensata, segun decia, les precipitaba à un abismo. Todos los corazones participaban de estos sentimientos; pero, contenidos por el temor todavia la mayor parte, consolados otros, como Ney, de los infortunios presentes por la gloria adquirida en esta campaña, maravillandose otros, como Davout, de que los que mas provecho habian sacado de la ambicion de Napoleon fueran los primeros en quejarse, acogieron las recriminaciones de Murat con el silencio ó la censura. Especialmente Davout, à quien inspiraban aversion instintiva así las

dotes aventajadas como los defectos del rey de Nápoles, y que había tenido con él muchos y serios altercados, le impuso silencio manifestando que, si la ambición de Napoleón debía hallar en el ejército censores, no era en aquellos de sus lugartenientes á quienes había ceñido coronas, y que además en las circunstancias actuales solo había que tener á la vista un objeto, el de salvarse, sin añadir malos ejemplos á la indisciplina de las tropas. Esta escena, que revelaba el estado de los ánimos, no tuvo consecuencias, y se pasó á ocuparse de lo que había que poner por obra. Se encargó de común acuerdo al mariscal Ney la defensa de Kowno y la dirección de este fin de retirada. Para dar lugar á que pasara por delante el torrente de fugitivos, debía defender á Kowno durante cuarenta y ocho horas con el resto de la división de Loison, con algunas tropas de la confederación germánica, y retirarse de seguida á Koenigsberg, donde se le incorporaría el mariscal Macdonald, que retrogradaba de Riga á Tilsit por su parte. Juzgóse imposible reunir los restos del ejército en otro punto que sobre el Vistula, este es, detrás de una línea donde cesaran de ser perseguidos. Decidióse que los cuadros, consistentes en treinta ó cuarenta oficiales por regimiento, y algunos subalternos, que llevaban las banderas, se reunirían los de la Guardia en Danzick, los del primero y sétimo cuerpo, de Davout y de los westfalianos, en Thorn, los del segundo y tercer cuerpo, de Oudinot y Ney, en Marienburgo, los del cuarto y sexto, del príncipe Eugenio y de los bávaros, en Marienwerder, los del quinto, de los polacos, en Varsovia, y que hácia estos puntos de reunión se empujaría á los solda-

dos esparcidos por los caminos. Para tentar el último esfuerzo bajo los muros de Kowno, pidió el mariscal Ney que se le agregara el general Gerard, y le fué concedido.

Adoptadas estas disposiciones se pusieron en marcha hácia Koenigsberg todas. Solos se quedaron Ney y Gerard en Kowno para probar á detener á los cosacos. Ney situó en las obras construidas, delante de los puentes del Wilia y del Niemen, algunas tropas alemanas, y á lo largo de las heladas aguas de ambos rios, que era menester disputar sin el apoyo de ninguna obra defensiva, á los restos de la división de Loison, especialmente al 29.º de línea, antiguo regimiento, según hemos dicho, ahora compuesto de reclutas. Ya el 13 por la mañana asomaron los cosacos con su artillería llevada sobre trineos. Primero se presentaron en el puente del Niemen por el camino de Wilna é hicieron descargas sobre la cabeza del puente. Los soldados alemanes de Reuss y de la Lippe, poseídos de terror pánico, no quisieron oír hablar de defenderse, tiraron las armas y clavaron sus cañones. Lleno de honor el oficial que los mandaba, se levantó la tapa de los sesos desesperadamente. Al ruido que sonaba por este lado, acudieron Ney y Gerard, y tomando á los soldados de la mano, conjurándolos á detenerse, cogiendo un fusil cada uno, haciendo personalmente fuego, apenas lograron contener á algunos. Al ver esto echaron pie á tierra doscientos cosacos, y marcharon con el fusil en la mano sobre la cabeza del puente. Ney y Gerard se iban á encontrar solos, cuando Rumigni, ayudante de campo del mariscal Ney, trajo un destacamento del 29.º, que con sus disparos contuvo

á los cosacos y obligóles á retroceder camino. El mariscal Ney creyó haber salvado á Kowno, y en un movimiento de efusion estrechó al general Gerard en sus brazos. Pero muy pronto se desbandaron los alemanes, y los soldados del 29.^o arrastrados por el ejemplo, espantados particularmente de verse reducidos á algunos centenares de hombres para defender á Kowno, se marcharon poco á poco, y al fin de la jornada del 13, Ney y Gerard no tuvieron á su lado mas que quinientos u seiscientos hombres y ocho bocas de fuego de la division de Loison. Despues de mantenerse firmes todo el dia 13, y de hacer que pasaran por delante cuantos rezagados fué posible, resolvieron partir personalmente la misma noche con los pocos hombres fieles que habian consergado. Con los que les quedaban on habia por lo menos para resistir á una carga de cosacos. A eso de media noche, seguros de que cuantos podian andar ya habian desfilado, trataron de trepar aquella misma cumbre, desde la cual el 21 de junio dominaba el ejército el curso del Niemen y se disponia á pasarlo. Pero las escarchas, al modo que al salir de Wilna, habian detenido á los últimos carros de los bagages y de la artilleria y á algunos furgones, única reliquia del tesoro. Igual escena, los propios esfuerzos, los mismos gritos que en Wilna, y la misma impotencia. Para mayor desastre, despues de cruzar algunos cosacos el Niemen sobre el hielo, treparon el respaldo de la cumbre, y amenazaban cortar el camino. Ante este nuevo peligro, los quinientos ó seiscientos hombres de Ney y de Gerard se dispersaron en las tinieblas, buscando cada uno su salvacion donde creia hallarla. Solos casi el mariscal Ney y el ge-

neral Gerard con algunos oficiales, ya no tuvieron que pensar mas que en la seguridad de sus personas, y torciendo hácia la derecha, siguieron el curso del Niemen para ocultarse á la vista del contrario, continuando á lo largo del encajonado y heladísimo lecho del rio. Sanos y salvos ganaron despues el camino de Gumbinnen á Koenigsberg, unico y postrer servicio que podian prestar entonces, pues algo era salvarse estos dos hombres en la inmensidad de tamaño desastre.

A contar desde este momento, ya no hubo un solo cuerpo armado, y la retirada acabó por pequeñas bandas, fugitivas á través de las heladas llanuras de Polonia y delante de las últimas corrierias de los cosacos. Estos, despues de andar algunas leguas mas acá del Niemen, volvieron á entrar en linea junto al rio, que no querian cruzar los ejércitos rusos triunfantes, pero agotados de fuerzas y reducidos en dos terceras partes.

Á Koenigsberg habian llegado los estados mayores y la Vieja Guardia. De siete mil hombres, que contaba esta al principio de la campaña, le quedaban cinco mil novecientos sesenta y dos al evacuar á Esmolensko. De estos cinco mil novecientos sesenta y dos, al llegar á Koenigsberg habia perdido quinientos veinte y ocho hombres muertos ó heridos, que no pudieron ser transportados, mil trescientos setenta y siete, de los cuales se sabia que sucumbieron á la fatiga ó á la miseria, dos mil quinientos ochenta y seis que se suponian helados ó cogidos por no poder seguir la marcha, esto es, cuatro mil cuatrocientos noventa y uno desaparecidos desde Esmolensko, y de ellos solo quinientos veinte y ocho en los combates. De pie

habia mil cuatrocientos setenta y uno el 20 de diciembre, de los cuales serian capaces de disparar un fusil quinientos. Remitido fué al estado mayor por el mariscal Lefebvre el cuadro de estas pérdidas de la Guardia. ¡Y era el único cuerpo al cual se habian hecho distribuciones regulares! De la Joven Guardia no quedaba ningun vestigio.

En Koenigsberg habia cerca de diez mil individuos en los hospitales, corto número de ellos heridos y la mayor parte enfermos. Entre estos, los unos tenian los miembros helados, los otros estaban atacados de una especie de epidemia, llamada fiebre de congelacion por los médicos y horriblemente contagiosa. Aunque extenuado de cansancio y de padecimientos corrió el heroico Larrey a estos hospitales, para cuidar á nuestros enfermos, y allí contrajo el funesto contagio que le arrastró al borde del sepulcro. De cualquiera especie que sea, figura el heroismo como el consuelo de los grandes desastres. Este consuelo tuvimoslo del todo, pues igualó á la magnitud de nuestras desventuras. En Koenigsberg, en medio de la muchedumbre de infelices, que expiaban con la muerte ó la ambicion de Napoleon o su propia intemperancia, hubo dos defunciones, por siempre sensibles, dos especialmente, la del general Lariboisiere y la del general Eblé. Abruñado el primero de fatigas, soportadas con rara constancia á pesar de sus muchos años, pero inconsolable sobre todo por la pérdida de un hijo, muerto á sus ojos en la batalla del Moskowa, falleció de la epidemia reinante en Koenigsberg. Se nombró por sucesor suyo al ilustre Eblé en el puesto de comandante general de la artilleria; pero este noble anciano, acometido tambien de una

enfermedad mortal en el Berezina, y no habiendo hecho mas que languidecer desde entonces, expiró á los dos dias de exhalar el último aliento el gefe á quien acababa de reemplazar. De los cien pontoneros, que á su voz se habian metido en las aguas del Berezina para construir los puentes solo vivian doce. De los otros trescientos, apenas quedaba una cuarta parte. Esta necrologia del ejército es desgarradora, pero es necesario que los grandes hombres y las naciones conozcan lo que cuestan las empresas insensatas, y lo que costó esta, una de las mas locas y mas mortíferas que se han acometido nunca. Frecuentemente se ha procurado calcular las pérdidas de Francia y de sus aliados en la expedicion de Rusia. ¡Cuenta espantosa é imposible! Sin embargo cabe aproximarse á la verdad, aunque no fijarla. El ejército total, destinado á operar del Rhin al Niemen, ascendia á seiscientos doce mil hombres y á ciento cincuenta mil caballos, y con los austriacos á seiscientos cuarenta y ocho mil hombres. De ellos cuatrocientos veinte mil pasaron el Niemen. Despues se les unieron treinta mil combatientes del nono cuerpo al mando del mariscal Victor, doce mil de la division de Loison, quince mil de la division de Durutte, algunos aliados y algunos batallones de marcha en número de veinte mil hombres, y por último los treinta y seis mil austriacos, sumando asi los que pasaron el Niemen hasta quinientos treinta y tres mil hombres entre todos. A las órdenes del príncipe de Schwarzenberg y del general Reynier quedaban cuarenta mil austriacos y sajones, retirándose á pasos contados por entre el Bug y el Narew, quince mil prusianos y polacos á las órdenes del mariscal Macdonald,

esforzándose por llegar al Niemen, y algunos soldados aislados, volviendo á ganar la línea del Vistula por entre las llanuras de la Polonia. De estos soldados aislados se recogieron treinta ó cuarenta mil posteriormente. Así se contaban perdidos cuatrocientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales retenían prisioneros unos cien mil los rusos. Según esta cuenta serían trescientos cuarenta mil los muertos. ¡No, por fortuna! Habiéndose desbandado un número que no puede determinarse al principio de la campaña, poco á poco volvieron á su país nativo á través de la Polonia y la Alemania; pero no es exagerado decir que cerca de trescientos mil hombres murieron en el fuego, ó de miseria, ó de frío. ¿Qué parte cupo á los franceses en esta horrible hecatombe? Los aduladores de Napoleón, pues siempre los tuvo, reinando ó destronado, vivo ó muerto, han querido consolarnos, diciendo que en este sacrificio de trescientos mil hombres tocó mas parte á los aliados de Francia que á nosotros; falsedad material, pues nos tocaron dos terceras partes en este horroroso lote. ¡Mas rechacemos ese indigno consuelo, y tengamos por franceses á cuantos aliados murieron con nosotros!

Sacada esta cuenta. ¿Qué se puede decir de la empresa en sí misma? ¿Qué juicio se puede emitir sobre ella, no pronunciado ya por el buen sentido de las naciones?

Nada, ó casi nada podía hacer que la empresa fuese venturosa. Ni aun la infalibilidad en el modo de proceder alcanzara á corregir el vicio esencial de que adolecía. Y todavía era mas imposible el buen suceso con las faltas cometidas y emanadas en su mayor parte del mismo principio de la empresa.

Ante todo no fué necesaria á Napoleón si políticamente se considera: prosiguiendo perseverante la guerra de España, por ingrata que fuese, consagrando á ella sus fuerzas y su dinero de una manera exclusiva, y sacrificando además algunas adquisiciones de territorio mas onerosas que útiles, obtuviera la paz general sin duda alguna. Y aun suponiendo que haya error en esto, y que antes de llegar á la paz general se hubiera de unir de nuevo la Rusia á la Inglaterra, convenia no anticipársela, dejarla el cargo de la agresion, aguardarla junto al Vistula donde se la batiera de seguro, porque se tuvieran trescientos mil combatientes de los quinientos mil soldados puestos en movimiento, al par que de los seiscientos mil apenas se contaron ciento cincuenta mil junto al Moskowa, y batida junto al Vistula la Rusia, quedara tan vencida y mas que junto al Dwina ó el Moskowa. Ir á buscar á los rusos, en vez de esperarlos junto al Vistula, es una de las faltas políticas mas enormes de la historia, y esta falta no fué efecto de un error de talento de Napoleón, sino de un arrebató de su carácter impetuoso que no se acomodaba ni á la lentitud, ni á la espera. Para un conquistador son invencibles los rusos dentro de su casa: no lo serian para Europa francamente ligada en interés de su independencia. Atacando por mar la Europa, ó bien avanzando por tierra metódicamente y con paciencia, marchando con constancia de una línea á otra, y sin tener por que inquietarse de lo que dejara á su espalda, llegaria á alcanzar el triunfo sobre este vasto imperio, si se uniera por un interés general y universalmente sentido. Pero marchar sobre Moscou por medio de Europa, conjurada en secreto, y

dejándola detrás llena de odios, era una ciega temeridad, al par que, aguardando á Rusia en Alemania ó en Polonia, se venciera á la vez á Rusia y á Alemania, si esta se declarase aliada suya.

De consiguiente, irrazonable la empresa en principio, lo era mas todavía considerando el estado en que Napoleon se hallaba en 1812 bajo el aspecto de las fuerzas militares. Ya no habia aquellas veteranas huestes de Austerlitz y Friedland, pues habian ido á morir, ó acababan de perecer en España. Algo le quedaba de ellas en el cuerpo de Davout, en algunas antiguas divisiones de Ney, Oudinot y Eugenio: por desgracia se las habia aumentado desmesuradamente con jóvenes reclutas, llevados por fuerza á las filas, unos robustos pero indóciles, otros dóciles, pero todavía muy tiernos, y á aquellas veteranas huestes así debilitadas se habia mezclado además una porción de aliados, que nos aborrecian de veras: que se batian sin duda, pero que desertaban tan luego como se les ofrecia ocasion favorable. Con tan incoherente conjunto no se debió tentar semejante empresa. Mas valieran trescientos mil veteranos como los del mariscal Davout, que los seiscientos mil soldados que se reunieron, pues disminuyeran en la mitad las dificultades de alimentarlos, y alimentándolos, se les conservara en las filas. Por haber avanzado hasta el Niemen se estuvo á pique de sucumbir el año de 1807, á pesar de llevar excelentes soldados; probar á ir el año de 1812 á doble distancia, con soldados dos veces inferiores, equivalia á hacer infalible el desastre. Y aqui resalta una verdad de mucho bulto, y es que Napoleon tocaba al término de su sistema ambicioso, consistente en vencer

las afecciones de los pueblos con fuerzas de toda clase, levantadas á toda prisa é imperfectamente organizadas. Se estaba á la vez al cabo de la dificultad y de los recursos, porque, despues de excitarse la rabia de los españoles, que consumia parte de nuestras mejores tropas, pasar por encima de la rabia concentrada de los alemanes, para ir á enorme distancia á provocar la rabia incendiaria de los rusos, y oponer á esta rebelion de los corazones en toda Europa, rebelion sorda ó fulminante, soldados apenas formados, apenas agregados unos á otros, mezclados á una muchedumbre de naciones secretamente hostiles, retenidas por el honor solamente á la hora del combate, si bien prontas á desertar así que el honor se lo consintiera, juntar así á la dificultad de los odios que habia que vencer la dificultad de las distancias que habia que atravesar, con fuerzas, no mas vigorosamente compuestas en proporecion de la dificultad, sino por el contrario mas débilmente constituidas que la dificultad era grande, equivalia á amontonar en una empresa todas las ilusiones que se puede forjar el despotismo embriagado con el triunfo, equivalia á prepararse casi inevitablemente la catástrofe mas terrible.

De consiguiente la falta esencial consistia en la misma empresa. Fuera estéril rebuscar las faltas de ejecucion que pudieron añadirse á la principal falta, si casi todas las faltas de ejecucion se derivaron de ella, al modo que las consecuencias se derivan irremisiblemente de su principio.

Así, es verdad que Napoleon, entrado en Rusia el 24 de junio, se detuvo diez y ocho dias en Wilna, diez y ocho dias muy preciosos; que, empujan-

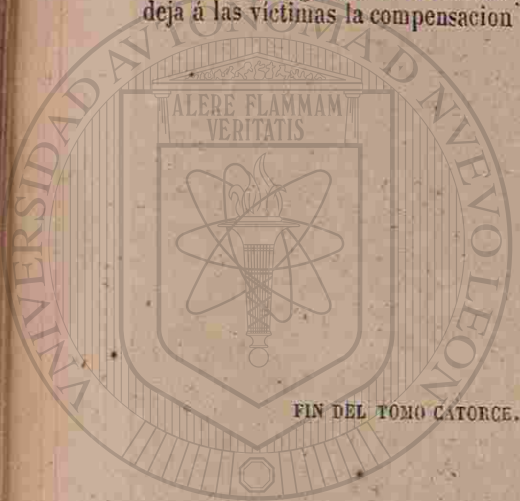
do á Davout sobre Bagration, no le dió las fuerzas necesarias, con la idea de reservarse personalmente una masa aniquiladora para abrumar á Barclai de Tolly de seguida; que, llegado á Witebsk, se detuvo otros doce dias; que, partido de Witebsk para rebasar á los dos ejércitos rusos juntos en Esmolensko, quizá vaciló demasiado en remontar el Dnieper mas arriba de esta ciudad, lo cual le proporcionara verosimilmente el resultado apetecido; que, en vez de detenerse en Esmolensko, se dejó arrastrar detrás del ejército ruso, por la necesidad de un éxito brillante, á las profundidades donde debia perecer; que en la gran batalla del Moskowa titubeó mucho en desprenderse de su Guardia, lo cual impidió que fuera completa la destruccion del ejército ruso; que, entrado en Moscou, viéndose rodeado por el incendio, conociendo la necesidad de salir de alli, y habiendo imaginado una combinacion vasta y profunda para volver sobre el Dwina por Veliki-Luki, no supo vencer la resistencia de sus lugartenientes; que, viendo el peligro de permanecer en Moscou, se quedó alli por el orgullo de no declarar á la faz del mundo que se hallaba en plena retirada; que á este sentimiento sacrificó un tiempo precioso y muy suficiente para salvarse; que, saliendo de Moscou mal de su grado, é imaginando coger la vuelta en Malo-Jaroslawetz al ejército ruso, para penetrar en el hermoso pais de Kalouga, no supo ser perseverante, y de nuevo cedió al desaliento de sus lugartenientes; que, por último, obligado á huir sobre aquel triste camino de Esmolensko, no prestó atención á la retirada, ni personalmente hizo cosa alguna para disminuir sus desdichas; que en Krasnoe pasó destacamento á

destacamento, en vez de pasar en masa, y perdió alli todo el cuerpo del mariscal Ney, excepto este caudillo, cuantos quedaban de los soldados del principe Eugenio, parte de los del mariscal Davout y de la Guardia; finalmente, que, salvado por milagro en el Berezina, partiendo de su hueste, desperdició la coyuntura de juntar sus restos y de descargar sobre los rusos, casi tan extenuados como nosotros, un golpe terrible que compensara un desastre por una victoria. Todo esto es verdad sin duda, pero los que pretenden ver aqui el genio de Napoleon oscurecido ó debilitado, y no ven casi en todo la falta principal reproducida y diversificada hasta lo infinito, emiten un juicio débil sobre esta catastrofe inmensa. Cuando Napoleon, al adelantarse hacia Wilna, cortaba en dos al ejército ruso; cuando deslizándose á las calladas á Witebsk primeramente y despues de Witebsk á Esmolensko, estuvo dos veces á punto de rebasar y de coger la vuelta á aquella hueste; cuando en medio de las ruinas de Moscou ideaba un movimiento sobre Veliki-Luki, que al par que retrógrado era ofensivo; cuando elegia tan perfectamente el punto para pasar el Berezina, de cierto nadie dijera con fundamento que la poderosa inteligencia de Napoleon estaba debilitada. Y por el contrario se puede sostener que no cometia una falta que no resultase forzosamente de la misma empresa. Asi, cuando perdía tiempo en Wilna y en Witebsk, era para allegar á sus soldados esparcidos y fatigados por la distancia, y la verdadera falta consistia, no en esperarlos, sino en haberlos llevado tan lejos: si no daba á Davout tropas bastantes, para acabar con Bagration antes de correr sobre Barclai, consistia en

que contaba con reuniones de fuerzas que la naturaleza del país hacia casi imposibles, y entraba por mucho en su error la empresa misma; si no se detenía en Esmolensko, á la misma empresa hay que atribuirlo, pues, si era peligroso ir á Moscou, no lo era menos invernar en Lithuania con dos rios helados por frontera, con la Europa rebosando en odio á la espalda, y empezando á dudar de la invencibilidad de Napoleon; si en la batalla del Moskowa no se atrevió á desprenderse de su Guardia, que era su única reserva, forzoso es achacarlo á la empresa misma, cuya locura estaba tocando, y que le hacia tímido de pronto en castigo de haber sido muy temerario; si en Moscou se detuvo en demasia, no fué por la vana esperanza de obtener la paz, sino por la dificultad de confesar sus apuros á la faz de Europa, pronta siempre á pasar de la sumision á la rebeldia; si vaciló ante sus lugartenientes, ora al proyectar el movimiento sobre Veliki-Luki, ora al tratar del ideado sobre Kalouga, fué porque, despues de haber exigido mucho de ellos, se hallaba reducido á no poderles pedir más que lo necesario; si en la retirada no tuvo la actividad y la energia, de que habia dado tantas pruebas, fué porque paralizó su vigor el sentimiento excesivo de sus errores. Un hombre menos penetrante, menos buen juez de las faltas ajenas y de las propias, se sintiera menos agoviado, nutriera menos pesares y reparara mejor sus yerros. Castigo es del genio sentir sus faltas más que las medianías, y ser más martirizado en lo recondito de su conciencia. Finalmente, si, abandonando su ejército, partió de Smoigoni, fué porque previó demasiado y aun se exageró las consecuencias inmediatas de su desas-

tre, y creyó que solo en París podia repararlas. Se erraria al creerle debilitado en todo esto bajo el punto de vista del espíritu ó del carácter, pues no lo estaba, y muy luego lo probó en numerosos campos de batalla: preciso es verle tal como estaba, es decir, agoviado por su falta misma, y si pueden descubrirse algunos errores de detalle, que no se refieran á la principal falta, todo procede de ella en el conjunto, ó de aquel carácter desordenado que indujo á Napoleon á cometerla, y entonces todo el desastre no es imputable á un accidente, sino á una causa moral, cosa á la vez más instructiva y más digna de la Providencia, nuestro juez soberano, nuestro supremo remunerador así en este mundo como en el otro. A nuestro juicio, en estos sucesos trágicos no hay que ver tal ó cual defecto en la manera de efectuar las operaciones, sino la gran falta de haber ido á Rusia, y en esta falta otra más enorme, la de haberlo querido intentar todo en el mando contra el derecho, contra las afecciones de los pueblos, sin respeto á los sentimientos de aquellos á quienes habia que vencer, sin respeto á la sangre de aquellos con quienes habia que triunfar, y en suma el extravío del genio no tolerando ya freno, ni contradicción, ni resistencia, el extravío del genio obcecado por el despotismo. Para ser veraz y útil, no hay que rebajar á Napoleon, pues abatir el genio equivale á abatir á la naturaleza humana; hay que juzgarle, que presentarle al universo con las verdaderas causas de sus errores, mostrarle como enseñanza á las naciones, á los gefes de imperios, á los gefes de ejércitos, para que vean lo que viene á ser el genio abandonado á sí propio, el genio, arrastrado, extraviado por la

omnipotencia. De esta espantosa catástrofe no hay que sacar otra enseñanza. Fuerza es dejar al que se engaña tan desastrosamente su grandeza, que aumenta la magnitud de la lección y que al menos deja á las víctimas la compensacion de la gloria.



FIN DEL TOMO CATORCE.

INDICE.

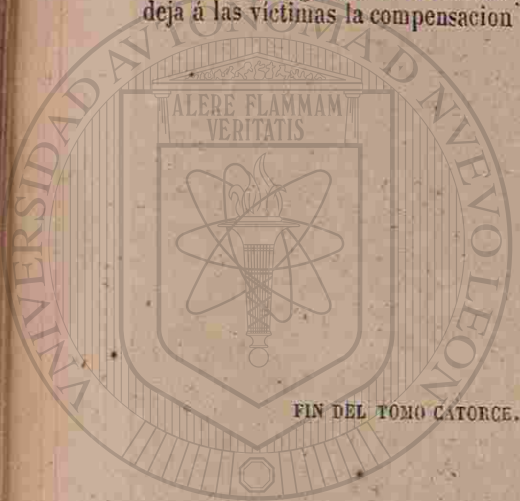
PAGS.

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

MOSCOU.

Prepárase Napoleon á marchar sobre Wilna.
 —Sus disposiciones en Kowno para asegurar la posesion de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su linea de navegacion.—Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés.—Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento.—Razones que provocaron este paso.—El emperador Alejandro y su estado mayor.—Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra.—Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfluhl.—Sentimiento de los generales Barclai de Tolly y Bagration con
 Biblioteca popular. T. XIV. 43

omnipotencia. De esta espantosa catástrofe no hay que sacar otra enseñanza. Fuerza es dejar al que se engaña tan desastrosamente su grandeza, que aumenta la magnitud de la lección y que al menos deja á las víctimas la compensacion de la gloria.



FIN DEL TOMO CATORCE.

INDICE.

PAGS.

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

MOSCOU.

Prepárase Napoleon á marchar sobre Wilna.
 —Sus disposiciones en Kowno para asegurar la posesion de esta ciudad y hacer que fuera allí á parar su linea de navegacion.—Movimiento de los diversos cuerpos del ejército francés.—Al aproximarse á Wilna encuentra á Mr. de Balachoff, enviado por el emperador Alejandro con el fin de hacer la última tentativa de avenimiento.—Razones que provocaron este paso.—El emperador Alejandro y su estado mayor.—Opiniones reinantes en Rusia acerca del modo de conducir esta guerra.—Sistema de retirada á lo interior propuesto por el general Pfluhl.—Sentimiento de los generales Barclai de Tolly y Bagration con
 Biblioteca popular. T. XIV. 43

motivo de este sistema.—Al saber Alejandro la llegada de los franceses, se decide á retirarse junto al Dwina al campamento de Drisa, y á dirigir al príncipe de Bagration sobre el Dnieper con el segundo ejército ruso.—Entrada de los franceses en Wilna.—Tempestades de verano durante la marcha del ejército á este punto.—Primeros padecimientos.—Desde el principio de la campaña contraen muchos hombres la costumbre del merodeo.—Por la dificultad de las marchas y de los aprovisionamientos se determina Napoleon á detenerse en Wilna.—Inconvenientes de hacer este alto.—Mientras Napoleon se detiene para juntar sus hombres desbandados y dar tiempo á que lleguen sus convoyes, envía al mariscal Davout hacia su derecha, con el fin de perseguir al príncipe Bagration, separado del principal ejército ruso.—Organizacion del gobierno lithuano.—Creacion de almacenes, construccion de hornos, establecimiento de una policia en los caminos.—Entrevista de Napoleon y de Mr. de Balachoff.—Lenguaje inoportuno usado con este personage.—Operaciones del mariscal Davout á la derecha de Napoleon.—Peligro á que se hallan expuestas muchas columnas rusas, separadas del principal cuerpo de su ejército.—Logra salvarse la columna del general Doctoroff, y son rechazados los demas sobre el príncipe Bagration.—Atrevida marcha del mariscal Davout hacia Minsk.—Hallándose

delante del ejército de Bagration, dos ó tres veces mas fuerte que las tropas que manda, pide este mariscal refuerzos.—Napoleon, que medita el proyecto de lanzarse sobre Barclai de Tolly con la mayor parte de sus fuerzas, niega á Davout los socorros necesarios, y cree suplirlos acelerando la reunion del rey Gerónimo a este mariscal.—Marcha del rey Gerónimo desde Grodno á Neswij.—Sus lentitudes involuntarias.—Le pone Napoleon bajo las órdenes del mariscal Davout para mostrar su desagrado.—Ofendido este príncipe, abandona el ejército.—Pérdida de muchos dias, durante los cuales el príncipe Bagration logra salvarse.—Corre el mariscal Davout á perseguirle.—Hermoso combate de Mohilew.—Aunque batido, consigue Bagration retirarse mas allá del Dnieper.—Ocupaciones de Napoleon durante los movimientos del mariscal Davout.—Después de organizar sus medios de subsistencia, y de dejar en Wilna gran parte de sus convoyes de artilleria y de víveres, se dispone á marchar contra el principal ejército ruso de Barclai de Tolly.—Insurreccion de la Polonia.—Recibimiento hecho á los diputados polacos.—Lenguaje reservado con que Napoleon les habla, y motivos de esta reserva.—Partida de Napoleon para Gloubokoe.—Magnifico plan consistente en caer sobre Barclai de Tolly, después de lanzar á Davout y á Gerónimo sobre Bagration, por un movimiento de izquier-

da á derecha, para rebasar á los rusos y cogerlos por la espalda.—Marcha de todos los cuerpos del ejército francés, desfilando por delante del campamento de Drisa, para trasladarse á Polostk y Witebsk.—Los rusos en el campamento de Drisa.—Sublevación de su estado mayor contra el plan de campaña atribuido al general Pfuhl, y presión ejercida sobre el emperador Alejandro para obligarle á que se alejara del ejército.—Este resuelve dirigirse á Moscou.—Barelai de Tolly evacua el campamento de Drisa, y se traslada á Witebs marchando por el otro lado del Dwina, con el fin de juntarse á Bagration.—Napoleon se esfuerza por tomarle la delantera en Witebsk.—Brillante serie de combates delante y mas allá de Ostrowno.—Audaz bravura del ejército francés y tesón del ejército ruso.—Por un momento se espera una batalla, mas los rusos desaparecen para tomar posición entre Witebsk y Esmolensko y juntarse al príncipe Bagration.—Descacimamiento producido por los excesivos calores, cansancio de las tropas, nueva pérdida de hombres y de caballos.—No pudiendo Napoleon llegar á Esmolensko antes que Barelai de Tolly, y desesperando de impedir que se una á Bagration, se resuelve á hacer un nuevo alto de quince dias, para allegar los hombres rezagados y los convoyes de artillería, y dejar que pasen los grandes calores.—Su establecimiento en Witebsk.—Sus acanto-

namientos en derredor de esta ciudad.—Sus desvelos por su ejército, ya reducido de cuatrocientos mil á doscientos cincuenta y seis mil hombres desde el paso del Niemen.—Operaciones en el ala izquierda.—Los mariscales Macdonald y Oudinot, encargados de operar junto al Dwina, deben de bloquear á Riga el uno y de apoderarse de Polostk el otro.—Ventajas obtenidas en los dias 29 de julio y 4.º de agosto por el mariscal Oudinot sobre el conde de Wittgenstein.—Con el fin de proporcionar algun descanso á los bávaros, arruinados por la disenteria, y de reforzar al mariscal Oudinot, los dirige Napoleon á Polostk.—Operaciones en el ala derecha.—Después de incorporarse á Napoleon, el mariscal Bavout y parte de las tropas del rey Gerónimo, encarga al general Reynier con los sajones y al príncipe de Schwarzemberg con los austriacos guardar el curso inferior del Dnieper, y hacer frente al general Tormazoff, que ocupa la Volhinia con cuarenta mil hombres.—Después de adoptar estas disposiciones y de conceder algo de reposo á sus soldados, vuelve Napoleon á emprender las operaciones ofensivas contra el gran ejército ruso, compuesto ya de las tropas reunidas de Barelai de Tolly y de Bagration.—Excelente marcha de izquierda á derecha delante del ejército enemigo, para pasar el Dnieper mas abajo de Esmolensko, sorprender esta ciudad, coger de revés á los rusos, y arrinconarlos sobre

el Dwina.—Mientras Napoleon operaba contra los rusos, estos pensaban en tomar la iniciativa.—Desconcertados por los movimientos de Napoleon y descubriendo el peligro de Esmolensko, se repliegan sobre esta ciudad con ánimo de socorrerla.—Marcha de los franceses sobre Esmolensko.—Brillante combate de Krasnoe.—Llegada de los franceses delante de Esmolensko.—Inmensa reunion de hombres en torno de esta ciudad desventurada.—Ataque y toma de Esmolensko por Ney y Davout.—Retirada de los rusos sobre Dorogobouga.—Encuentro del mariscal Ney con parte de la retaguardia rusa.—Sangriento combate de Valoutina.—Muerte del general Gudin.—Pesadumbre de Napoleon al ver fracasar una tras otra las mas felices combinaciones que jamas hubo imaginado.—Dificultades del terreno y poco favor de la fortuna en esta campaña.—Gran cuestion relativa á determinar si conviene detenerse en Esmolensko, para invernar en la Lithuania, ó marchar adelante para precaver los peligros políticos que podrian emanar de una guerra prolongada.—Razones en pró y en contra.—Mientras delibera Napoleon, sabe que el general Saint-Cir, reemplazando al mariscal Oudinot herido, ha ganado una batalla el 18 de agosto sobre el ejército de Wittgenstein en Polotsk; que los generales Schwarzenberg y Reynier, despues de diversas alternativas, han ganado otra batalla el 12 de agosto en Go-

rodeczna sobre el ejército de Volhinia, que el mariscal Davout y Murat, persiguiendo al gran ejército ruso, le han hallado en Dorogobouga, con apariencias de querer venir á las manos.—Al saber esta última noticia, parte Napoleon de Esmolensko con el resto del ejército á fin de terminarlo todo en una gran batalla.—Su llegada á Dorogobouga.—Retirada del ejército ruso, cuyos gefes divididos fluctúan entre la idea de combatir ó de retirarse, destruyéndolo todo á su paso.—Su marcha sobre Wiasma.—Juzgando Napoleon que van al cabo á dar batalla y esperando decidir en una jornada la suerte de la guerra, se da á perseguirlos, y resuelve así la gran cuestion que tenia su espíritu como en suspenso.—Ordenes á sus alas y á su retaguardia durante la marcha que proyecta.—Para cubrir la retaguardia del ejército se traslada el 9.º cuerpo, á las órdenes del mariscal Victor, de Berlin á Wilna; le reemplaza en Berlin el 11.º á las órdenes del mariscal Augereau.—Marcha del gran ejército sobre Wiasma.—Aspecto de Rusia.—Numerosos incendios prendidos por mano de los rusos en todo el camino desde Esmolensko á Moscou.—Exaltacion del espíritu público en Rusia, é irritacion tanto entre el ejército como entre el pueblo, contra el plan reducido á retirarse destruyéndolo todo delante de los franceses.—Impopularidad de Barclai de Tolly, acusado como autor ó ejecutor de este sistema, y envio del vete-

rano general Kutusof para reemplazarle. —Carácter de Kutusof y su llegada al ejército. —Aunque inclinado al sistema defensivo, se determina á presentar batalla delante de Moscou. —Eleccion del campo de batalla de Borodino á orillas del Moskowa. —Marcha del ejército francés de Wiasma á Ghjat. —Algunos dias de mal tiempo hacen titubear á Napoleon entre el proyecto de retroceder y el de perseguir al ejército ruso. —Vuelto el buen tiempo, se decide, á pesar del dictámen de los principales gefes del ejército, á continuar su marcha ofensiva. —Llega el 5 de setiembre á la vasta llanura de Borodino. —Toma del reducto de Schwardino el 5 de setiembre por la noche. —Descanso del 6 de setiembre. —Preparativos de la gran batalla. —Proposicion del mariscal Davout para rebasar al ejército ruso por su izquierda. —Causas por las cuales esta proposicion es desechada. —Plan de ataque directo, consistente en tomar á viva fuerza los reductos que sirven á los rusos de apoyo. —Espiritu militar de los franceses, espíritu religioso de los rusos. —Memorable batalla del Moskowa, dada el 7 de setiembre de 1812. —Cerca de sesenta mil hombres quedan fuera de combate de los rusos, y treinta mil de los franceses. —Espectáculo horrible. —Por qué no fué decisiva la batalla á pesar de lo mortifera para los rusos y de haberla perdido del todo. —Se retiran los rusos á Moscou. —Les persiguen los fran-

ceses. —Consejo de guerra celebrado por las generales rusos para determinar si se da nueva batalla ó se abandona Moscou á los franceses. —Kutusof se decide á abandonar á Moscou, cruzando por medio de la ciudad y retirándose por el camino de Riazan. —Desesperacion del gobernador Rostopchin y sus preparativos secretos de incendio. —Llegada de los franceses delante de Moscou. —Soberbio aspecto de esta capital, y entusiasmo de nuestros soldados al descubrirla desde las alturas de Worobiewo. —Entrada en Moscou el 14 de setiembre. —Algunos indicios de fuego en la noche del 15 al 16. —Horroroso incendio de esta capital. —Se ve obligado Napoleon á abandonar el Kremlin para retirarse al palacio de Petrowskoie. —Dolor que el desastre de Moscou le causa. —Ve en él una resolucion desesperada que excluye toda idea de paz. —Es dominado el incendio al cabo de cinco dias. —Aspecto de Moscou despues del incendio. —Quedan destruidas las cuatro quintas partes de la ciudad. —Inmensa cantidad de viveres hallada en los sótanos, y formacion de almacenes para el ejército. —Pensamientos que agitan á Napoleon en Moscou. —Conoce el peligro de detenerse en aquel punto, y desearia, por medio de una marcha oblicua hácia el Norte, unirse á los mariscales Victor, Saint-Cir y Macdonald delante del Dwina, para resolver el doble problema de aproximarse á Polonia y de amenazar

San Petersburgo.—Mala acogida que halla esta concepcion profunda en sus lugartenientes, y fundadas objeciones sobre el estado del ejército ya reducido á cien mil hombres.—Mientras Napoleon vacila, se apercibe de que el ejército ruso ha desaparecido y tomado posicion á su flanco derecho hácia el camino de Kalouga.—Murat enviado á perseguirle.—Los rusos establecidos en Tarousino.—Embarazado Napoleon por la posicion en que se halla, envia al general Lauriston á Kutusof para procurar que se entre en tratos.—Sutileza de Kutusof fingiendo recibir bien estas aberturas y aceptacion de un armisticio tacito.

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

EL BEREZINA.

Estado de los ánimos en San Petersburgo.—Entrevista del emperador Alejandro y del príncipe real de Suecia en Abo.—Plan de operaciones sobre la retaguardia del ejército francés temerariamente empeñado hasta Moscou.—Refuerzo de las tropas de Finlandia enviado al conde de Wittgenstein, y union del ejército del Moldavia al ejército de Volhinia bajo las órdenes del almirante Tchitchakoff.—Ordenes expedi-

das á los generales rusos de marchar contra los dos ejércitos franceses, que guardan el Dwina y el Dnieper, á fin de cerrarles toda retirada.—Mandato al general Kutusof para que rechace toda negociacion y vuelva á empezar las hostilidades lo mas pronto posible.—Durante este tiempo, sin esperar mucho de la paz, se detiene Napoleon en Moscou por causa de su repugnancia á un movimiento retrógrado, que le debilitaria á los ojos de Europa é imposibilitaria todo trato.—Se inclina al proyecto de dejar en Moscou una fuerza considerable, yendo con el resto del ejército á establecerse á la rica provincia de Kalouga, desde donde alargaria la mano al mariscal Victor, llevado de Esmolensko á Jelnia.—Mientras Napoleon se halla en tal incertidumbre, sorprende Kutusof á Murat en Winkowo, despues de proporcionar á sus tropas descanso y refuerzos.—Brillante combate en que Murat repara su incuria con su bizzarria.—Irritado Napoleon marcha contra los rusos, á fin de castigarlos por esta sorpresa, abandona á Moscou, dejando á Mortier con diez mil hombres para guardar esta capital.—Partida de Moscou el 19 de octubre, despues de haber permanecido allí treinta y cinco dias.—Salida de esta capital.—Singular aspecto del ejército, arrastrando tras sí inmensa cantidad de bagages.—Llegada á orillas del Pakra.—Ya en este punto, concibe Napoleon súbito el proyecto de ocultar su marcha al

ejército ruso, y de pasar, ofuscándole, del viejo al nuevo camino de Kalouga, y de llegar allí sin disparar un fusilazo y sin tener que trasladar gran número de heridos.—Ordenes para este movimiento que lleva consigo la evacuacion definitiva de Moscou.—Advertido oportunamente el ejército ruso, se traslada á Malo-Jaroslawetz en el nuevo camino de Kalouga.—Sanguenta y gloriosa batalla de Malo-Jaroslawetz, dada por el ejército de Italia á parte del ejército ruso.—Linsonjeándose Napoleon de penetrar hasta Kalouga, desearia persistir en su proyecto, pero el temor de una nueva batalla, la imposibilidad de llevar consigo nueve ó diez mil heridos, y las instancias de todos sus lugartenientes, le determinan á volver á tomar el camino de Esmolensko, ya seguido por el ejército al dirigirse á Moscou.—Resolucion fatal.—Primeras lluvias y dificultades del camino.—Principio de tristeza en el ejército.—Penosa marcha sobre Mojaisk y Borodino.—Escasez que resultá del consumo de los viveres sacados de Moscou.—Atraviesa el ejército el campo de batalla del Moskowa.—Triste aspecto de este campo de batalla.—Se dan á perseguirnos los rusos.—Dificultades con que tropieza nuestra retaguardia liada al mariscal Davout.—Sorpresas nocturnas de los cosacos.—Ruina de nuestra caballería.—Peligro que el príncipe Eugenio y el mariscal Davout corren en el desfiladero de Czarewo-Zaimitche.—

Soldados que no pueden seguir al ejército por falta de viveres y de fuerzas para las marchas.—Formacion hácia la retaguardia de una multitud de hombres desbandados.—Movimiento de los rusos para llegar antes que el ejército francés á Wiasma, mientras una fuerte retaguardia á las órdenes de Miloradowitch debe acometerle y quitarle sus rezagados.—Combate del mariscal Davout en Wiasma, á quien atacan de frente y por la espalda los rusos.—Sálvase este mariscal de un gran peligro, por virtud de su energia y del socorro del mariscal Ney.—Extenuado el primer cuerpo de resultas de las fatigas y penalidades sufridas, es reemplazado por el tercer cuerpo, encargado ya de cubrir á las órdenes del mariscal Ney la retirada.—Frios repentinos y principio de padecimientos crueles.—Pérdida de caballos que no se pueden mantener sobre el hielo, y abandono de parte de los carros de la artillería.—Llegada á Dorogobouga.—Tristeza de Napoleon y su inaccion durante la retirada.—Noticias que recibe del movimiento de los rusos sobre su línea de comunicacion y de la conspiracion de Malet en Paris.—Origen y pormenores de esta conspiracion.—Precipitada marcha de Napoleon sobre Esmolensko.—Desastre del príncipe Eugenio al paso del Vop, durante su marcha sobre Witebsk.—Se incorpora al grande ejército en Esmolensko.—Al saber allí Napoleon que el mariscal Saint-Cir se ha visto obli-

gado á abandonar á Polotsk, que el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier se han dejado engañar por el almirante Tchitchakoff, el cual se adelanta sobre Minsk, se apresura á llegar al Berezina, para librarse del peligro de ser envuelto.—Partida sucesiva de su ejército en tres columnas y encuentro con el ejército ruso en Krasnoe.—Tres dias de batalla en torno de Krasnoe y separacion del cuerpo del mariscal Ney.—Marcha extraordinaria de éste para incorporarse al ejército.—Llegada de Napoleon á Orscha.—Sabe que Tchitchakoff y Wittgenstein se hallan próximos á juntarse á orillas del Berezina y á cortarle toda retirada.—Se apresura á llegar á las márgenes de este río.—Grave deliberacion sobre la eleccion del punto por donde ha de pasarse.—En el momento en que se desesperaba de hallarlo, llega milagrosamente el general Corbineau, perseguido por los rusos, y descubre un punto, por donde es posible pasar el Berezina hacia Studianka.—Todos los esfuerzos del ejército se dirigen sobre este punto.—Admirable decision del general Eblé y del cuerpo de pontoneros.—El ejército emplea tres dias en pasar el Berezina, y durante ellos pelea con el ejército que le ataca de frente para estorbarle el paso y con el que le acomete por la espalda para lanzarle sobre el Berezina.—Vigor de Napoleon, cuyo genio entero se despierta delante de este gran peligro.—Heróica lucha y espan-

tosa escena junto á los puentes.—Salvado el ejército por milagro, se traslada á Smorgoni.—Ya allí, y despues de reflexionar sobre las ventajas y los inconvenientes de su partida, se resuelve Napoleon á dejar clandestinamente el ejército para dirigirse á Paris.—Parte el 5 de diciembre en trineo, acompañado por Mr. de Lauriston, el mariscal Duroc, el conde Lobau y el general Lefebvre-Desnoettes.—Despues de su partida, la desorganizacion y el súbito aumento del frio consuman la ruina del ejército.—Evacuacion de Wilna y llegada de los estados mayores á Koenigsberg sin un soldado.—Caractères y resultados de la campaña de 1812.—Verdaderas causas de este inmenso desastre. 423

